

Selección de lecturas medievales, 20

EL LIBRO DE LA ROSA

GUILLAUME DE LORRIS

JEAN DE MEUN



EDICIONES SIRUELA

Selección de lecturas medievales, 20

GUILLAUME DE LORRIS
JEAN DE MEUN

EL LIBRO DE LA ROSA

728

Prólogo
de
CARLOS ALVAR

Traducción
de
CARLOS ALVAR
y JULIÁN MUELA

Apéndice
de
ALFRED SERRANO I DONET

EDICIONES SIRUELA
Madrid, 1986

Las ilustraciones proceden del manuscrito 387, que perteneció a Alfonso V el Magnánimo, conservado en la Universidad de Valencia.

Título original: *Le Roman de la Rose*

Selección de lecturas medievales, 20

Colección dirigida por Jacobo F. J. Stuart

© de la traducción: Carlos Alvar y Julián Muela
© Ediciones Siruela, S.A. Madrid, 1986
Pza. Manuel Becerra, 15
El Pabellón
28028 Madrid. Teléfono: 245 57 20
I.S.B.N.: 84-85876-56-3
DEPOSITO LEGAL: M-42964-1986

Fotomecánica: Atelier, s. a.
Fotocomposición: Fernández Ciudad, s. a.
Impresión: Dispograf, s. a.
Encuadernación: Perellón, s. a.

Printed and made in Spain

CONTENIDO

PRÓLOGO IX
BIBLIOGRAFÍA XXXIII
EL LIBRO DE LA ROSA
Guillaume de Lorris 1
EL LIBRO DE LA ROSA
Jean de Meun. 73
ICONOGRAFÍA 399
BIBLIOGRAFÍA ICONOGRÁFICA. 433

PRÓLOGO

«El Libro de la Rosa, a pesar de tener cosas buenas —y por eso es más peligroso, ya que lo bueno que contiene es auténtico, como he dicho en otras ocasiones—, dado que la naturaleza humana se inclina al mal, digo que puede ser causa de malvada y perversa exhortación a mantener abominables costumbres, recomendando la vida disoluta con su doctrina llena de engaños, camino de condena, difamación pública, causa de sospecha e infidelidades, vergüenza para muchos; su lectura puede llevar al error y a la deshonestidad en varios momentos...»

Estas palabras de la famosa Christine de Pisan, dirigidas a Gontier Col, secretario del rey de Francia, a fines del año 1401 pueden servir de muestra para comprender el éxito de la obra siglo y medio después de ser escrita, y para entender las apasionadas actitudes que suscitaba su lectura a pesar del transcurso del tiempo.

El 13 de septiembre del mismo año, Gontier Col le había escrito una carta a la misma poetisa en la que califica a Jean de Meun como «auténtico católico, solemne maestro y doctor en santa teología, filósofo muy profundo y excelente conocedor de todo lo que puede saber el entendimiento humano, cuya gloria y fama viven y vivirán en los tiempos futuros». Dos días más tarde, el mismo secretario real le escribe de nuevo a Christine, intentando sacarla del error: «En mi carta de anteayer te aconsejaba, exhortaba y rogaba que corrigieras tu error manifiesto, la locura o demencia que te

ha llegado... Por segunda vez te ruego, te aconsejo y te suplico que corrijas tu error, te desdigas y cambies con respecto al muy excelente e intachable doctor en Santas Escrituras, alto filósofo, sabio muy profundo en las siete artes liberales...»

Ni tanto como pretende Gontier Col, ni tan poco como dice Christine de Pisan.

Desde el último cuarto del siglo XIII se designa con el nombre de *Roman de la Rose (Libro de la Rosa)* a una extensa obra de casi 22.000 versos; e incluso, muchos lectores de finales de la Edad Media identificaban con este título la segunda parte de la misma obra, escrita por Jean de Meun. Sin embargo, la continuación de este autor es medio siglo posterior a la primera parte, redactada por Guillaume de Lorris. A los 4.000 versos del comienzo, que dejaban el libro sin finalizar, Jean de Meun añadió otros 18.000. Casi medio siglo separaba las dos partes; y las dos partes se pueden distinguir sin ningún tipo de dificultad. Entre la primera y la segunda, el mundo cortés se ha eclipsado, dejando el paso libre a una nueva escala de valores.

I

Guillaume de Lorris es uno de tantos escritores de la primera mitad del siglo XIII que ocultan de forma intencionada su personalidad. De no haber sido por Jean de Meun, que alude a él en varias ocasiones, la primera parte del *Roman de la Rose* nos hubiera llegado como obra anónima. Pero las alusiones del continuador valen de poco, pues apenas ofrecen más datos que el nombre y el lugar de origen del primer poeta: los esfuerzos de los estudiosos en busca de alguna luz no han dado frutos dignos de consideración.

Parece bastante seguro que el autor de la primera parte era natural de la ciudad de Lorris, lugar frecuentado con asiduidad por la corte de Francia. De su obra se

deduce que tenía cierta cultura y un indudable conocimiento de la vida de corte, lo que hace sospechar que pertenecía a una familia noble, posiblemente al servicio de la casa real francesa.

De las alusiones que hace Jean de Meun, se deduce que Guillaume de Lorris dejó el libro sin acabar y que Jean reemprendió la narración cuarenta años después de la muerte de su predecesor, ocurrida cuando el continuador aún no había nacido.

Por distintas referencias internas de la obra se puede llegar a la conclusión de que Jean debió iniciar su trabajo entre 1268 y 1278, y no era demasiado joven al comenzar la labor, a juzgar por los conocimientos literarios y estilísticos que muestra en la parte que redactó.

De ser ciertas estas deducciones, Jean de Meun tendría por lo menos 25 años al escribir la segunda parte del *Roman de la Rose,* y debió nacer entre 1240 y 1250; Guillaume ya había muerto para entonces; y, posiblemente, escribió los primeros 4.000 versos hacia 1225, a la edad de veinte años *(«el vintieme an de mon aage»),* más o menos.

La parte del *Roman de la Rose* redactada por Guillaume de Lorris es ante todo un arte de amar, como el mismo escritor deja en claro desde el principio, en unos versos que son de todos conocidos:

> ce est li *Romanz de la Rose*
> ou l'art d'Amors est tote enclose.

Estas palabras sitúan la primera parte de la obra en una corriente literaria perfectamente definida: el didactismo erótico, que remonta —para el hombre de la Edad Media— al *Ars Amatoria* de Ovidio. Además, es una obra de carácter alegórico, heredera de una tradición no menos rica, que tendría su recuerdo más antiguo en la *Psychomachia* de Prudencio.

Guillaume de Lorris escribió una historia de amor:

el poeta (enamorado y protagonista a la vez) intenta conseguir los favores de la dama a la que dedica la obra; en su porfía encontrará aliados y enemigos, ayudas y obstáculos, que no son otra cosa que las distintas facetas del comportamiento femenino.

Este relato amoroso se divide en siete núcleos fundamentales y un breve prólogo en el que el poeta habla de Macrobio y da el nombre de la destinataria del poema. Estos siete núcleos son:

1. El descubrimiento del jardín rodeado de muros, y la descripción del recinto exterior (versos 45-515).
2. Entrada y descripción del jardín de Solaz (versos 516-1.422).
3. Episodio de la fuente de Narciso (versos 1.423-1612).
4. Hallazgo de la rosa y del mundo que ésta le revela (versos 1.612-2.054).
5. Arte de Amar y mandamientos de Amor (versos 2.055-2.748).
6. Episodio del beso de la rosa (versos 2.749-3.480).
7. Venganza de Celos (versos 3.481-3.974).

Los últimos versos (3.975-4.028) sirven de despedida, en el momento en que el enamorado lamenta su desdicha, pues se encuentra lejos de la amada, y con pocas posibilidades de llegar a ella.

Los continuadores medievales de la obra de Guillaume de Lorris se inclinaron a favor de un final que culminaba con el éxito amoroso. Luego, el poeta despertaba de su sueño y quedaba cerrado de este modo el marco narrativo en el que se inserta la visión.

Es de suponer que no faltaba mucho para llegar al final de la obra que tenía pensada Guillaume de Lorris, a pesar de que Jean de Meun se esforzó en darle una extensísima continuación: no extrañará que en algún manuscrito aparezcan 78 versos que servían de final a la parte compuesta por Guillaume de Lorris; es una adición ajena a los dos autores conocidos, y anterior a Jean de Meun.

La unidad de los distintos núcleos narrativos queda confiada al marco general de la obra y a la figura del protagonista: tanto el anónimo continuador de los 78 versos, como Jean de Meun respetaron esa estructura, cerrando ambos la obra con el despertar del poeta. Este tipo de marco narrativo tiene su origen en el *Somnium Scipionis* de Cicerón, conocido en la Edad Media a través del comentario de Macrobio, texto que tuvo un extraordinario éxito.

En cuanto al protagonista, es el que recorre los jardines, recibe los consejos de Amor y es víctima de la enemistad de Celos: en el fondo nos hallamos ante la técnica narrativa del *roman,* con un viaje inacabable, una búsqueda o demanda, con la presencia de aliados y enemigos.

Por otra parte, al ser el asunto amoroso, es necesaria la presencia de la dama. En contra de lo que se podría esperar, el personaje femenino se desdobla en múltiples personificaciones, cada una de las cuales representa una actitud, un sentimiento de la amada, o un vicio habitual en el mundo de la corte. De este modo, el poeta-enamorado-narrador cuenta sus desdichas amorosas, analizando con detenimiento cada una de las reacciones de la dama, que son expresadas —mediante un recurso que remonta a Prudencio— en plena acción, como partícipes de un combate interior.

El desdoblamiento del personaje femenino en múltiples personificaciones alegóricas permite cierta objetividad en el análisis de la fenomenología amorosa, pues el poeta aparenta limitarse a la descripción de una realidad que está viendo con todos sus detalles. Pero esa realidad le afecta muy directamente, de forma que el poeta no puede sustraerse a intervenir interpretando sus propias vivencias con un elevado lirismo: en la fusión de estos dos factores, objetividad y lirismo, encontramos una de las más altas cualidades de Guillaume de Lorris como escritor, y en esa fusión reside uno de los más sublimes valores de la primera parte del *Roman de la*

Rose. La alegoría se convierte así en algo más que el hábil movimiento de unas personificaciones, es algo más que una «metáfora prolongada»: acaba siendo el único cauce válido para la expresión de unos sentimientos que de otra manera habrían sido descritos con cierta frialdad mediante soliloquios o monólogos interiores, según la técnica impuesta en los *romans* de la Materia Clásica, un siglo más antiguos.

Con respecto a la forma alegórica, hay que recordar que Guillaume de Lorris había tenido notables precursores. Desde que Prudencio había adquirido carta de naturaleza en la literatura de tema psicológico o religioso: basta recordar los nombres de Claudiano, Sidonio Apolinar, Ennodio, Marciano Capella y Venancio Fortunato dentro de la tradición de «epitalamios», o a Boecio y Fulgencio como máximos cultivadores de la personificación y del comentario alegórico. Al lado de estos autores de la tardía latinidad encontramos a los poetas de la Escuela de Chartres (siglo XII), encabezados por Bernardo Silvestre y, sobre todo, por Alain de Lille, de claro influjo boeciano. En lengua vulgar tampoco faltan textos alegóricos: desde el curioso debate del trovador Guilhem de Sant Leidier (segunda mitad del siglo XII), hasta el *Bestiario de Amor* de Richard de Fournival (mediados del siglo XIII), la tradición se puede seguir de forma clara, gracias a la abundancia de testimonios conservados.

Si nos apoyamos en esta rica tradición alegórica, encontraremos sin demasiada dificultad un significado concreto a cada uno de los elementos que constituyen la narración.

C. S. Lewis señala —en su libro clásico sobre la alegoría de amor— que en sentido literal el escenario en que se desarrolla la acción está formado por la orilla de un río, por el muro que rodea el jardín, por el jardín mismo y por la rosaleda que queda protegida con el seto. Sin embargo, en sentido alegórico, el escenario estaría formado por el río de la vida, el mundo de la sociedad

cortés y el ánimo de la joven amada que vive en este ambiente. Algo similar ocurre con la historia que se nos cuenta: el poeta, siguiendo el curso normal de su vida, llega al punto de tener que entrar en el mundo cortés; en ese momento se entera de los principales vicios que impiden a cualquiera comportarse con cortesía; iniciado ya en los modos y actitudes de esta sociedad noble, pasa el tiempo sin hacer nada, limitándose a la contemplación de cuanto le rodea. Tanto por la edad, como por la estación del año, como por el mundo en el que se mueve y por el ocio en el que vive, es normal que se enamore; por eso, le sigue incesantemente el dios del Amor. Mientras tanto, el poeta —no enamorado aún al comienzo de la obra— se encuentra con una joven, a la que le dirige la palabra, y que le trata con buenas maneras (Dulce Albergue, Franqueza, etc.); en el transcurso de su relación con la doncella, el protagonista se detiene a contemplar los ojos de la joven (los cristales de la Fuente de Narciso), que no sólo le devuelven el recuerdo de cuantas cosas buenas ha conocido en el mundo cortés, sino que además le revelan otras muchas que todavía le quedan por descubrir, a la vez que —de acuerdo con las ideas medievales— el poeta comienza a enamorarse: es el momento en que descubre entre todas las rosas un capullo hermosísimo, de fragancia sin par, que no es más que el tierno amor de la joven, meta del protagonista a partir de ahora. El resultado es que el poeta se enamora, recibe una tras otra todas las flechas de Amor y termina rindiéndose al despiadado dios.

El joven poeta se mantiene en buenas relaciones con la amada y sigue la senda del amor cortés: empieza ocultando sus sentimientos, sin atreverse a descubrirlos; se debe limitar a recordar las experiencias vividas (Dulce Pensamiento), a mantener inocentes conversaciones (Dulce Conversación) y a contemplar a la dama (Dulce Mirada). Pero llega un momento en que el enamorado decide avanzar un paso, y se dispone a confesar su amor a la joven. Alegóricamente, pretende

atravesar el seto que protege a las rosas. La amada acoge al poeta con cortesía y buenos modales (Dulce Albergue), a la vez que el enamorado considera esta actitud como una invitación a amar. Sin embargo, el comportamiento del protagonista despierta cierto temor en la amada, y como consecuencia desaparecen discretamente las buenas maneras, dejando paso libre a la resistencia o, incluso, a la animadversión (Rechazo, *Danger*), fruto de las envidias de la corte (Mala Lengua), del miedo que siente la joven por su propia reputación (Miedo, Vergüenza) y de la preocupación de la mujer que no se atreve a conceder libremente sus propios encantos (Celos).

La amada, a pesar de sus temores, se comporta con buenos modales hasta que el enamorado le descubre sus sentimientos: la mujer duda entre rechazar a su acompañante o aceptarlo y, por fin, lo aleja de su lado. Abatido por el fracaso, el joven reflexiona sobre el amor (aparece Razón) y se da cuenta de la imposibilidad de alejar de sí mismo sus propios sentimientos. En tal situación, decide buscar un confidente que le ayude en sus pretensiones y que alivie sus penas (Amigo); éste le recomienda que regrese al lado de la amada. El poeta le pide perdón a la muchacha, que acepta su presencia siempre que no intente cometer nuevos excesos.

De este modo se mantienen las relaciones durante algún tiempo, hasta que la amada deja de preocuparse y vuelve a tratar con buenos modales al poeta. Empieza entonces una época agradable para ambos, un período en el que procuran conocerse: vista de cerca, la forma de ser de la amada es mucho más agradable de lo que el protagonista había podido concebir.

Al cabo de algún tiempo, el enamorado le pide un beso a la amada; ésta teme pecar contra la castidad, pero a pesar de todo, está dispuesta a concederlo. Los amores de la pareja van por buen camino; la amada no se enoja, ni rechaza al joven pretendiente. Tras el momento de duda, la muchacha le da el beso: el enamo-

rado ha conseguido avanzar un paso importante en su relación amorosa.

El peligro que acechaba a los enamorados era que sus relaciones dejaran de ser secretas; los envidiosos, los murmuradores y los maldicientes abundaban y estaban dispuestos a divulgar cualquier asunto que pudiera poner fin a un amor incipiente. Por otra parte, la amada siente inevitables remordimientos por haber cedido a las pretensiones del joven: teme que éste se propase, pues ella ya no siente vergüenza ante su proximidad; el peligro es evidente. En la alegoría, Desenfreno y Lujuria amenazan a Castidad.

A partir de este momento intervienen elementos ajenos a la pareja. Ya habíamos visto la presencia de los maldicientes de la corte; ahora es el circuito de los allegados (¿padres? ¿marido? ¿tutores?): sienten preocupación por el cariz que está tomando el amor de los jóvenes, y deciden custodiar a la muchacha más estrechamente. En el plano alegórico, es la construcción del castillo. Al lado de la joven habrá una vieja, dispuesta a evitar cualquier nuevo acercamiento. En esta situación, queda inacabada la obra.

Es evidente que una narración alegórica como la de Guillaume de Lorris no puede ser perfectamente coherente; tampoco es imprescindible tal perfección. El autor ha contado de forma bastante nueva la historia de su amor; los detalles que proporciona son innumerables, aunque a veces falle la clave para reinterpretarlos; pero es mucho más importante que haya sabido captar el proceso amoroso con todas sus dudas e inseguridades, y que haya logrado que un solo beso dé materia para setecientos versos.

El lector medieval veía en la obra de Guillaume de Lorris un manual de doctrina cortés; así lo pretendía el autor desde el comienzo, y así fue considerado después. En efecto, el *Roman de la Rose* es un sueño alegórico en el que el poeta aspira a conseguir la rosa de mayor belleza; es, también, la historia de las vicisitudes amoro-

sas de un joven, y una guía para enamorados. Por eso, no extraña la extensión que ocupan los Mandamientos de Amor (alrededor de setecientos versos): la teoría amorosa y las normas de comportamiento constituyen una parte importante dentro del conjunto.

Guillaume de Lorris ha sabido entrelazar perfectamente los tres planos, con el consiguiente éxito: en su obra se podía encontrar tanto un inocente esparcimiento, si el lector se limitaba al plano literal, como una historia más atrevida, para los iniciados que interpretaran el plano alegórico; e incluso, se podía obtener una información válida si se aspiraba a entrar en el mundo del amor cortés.

Esta multiplicidad de sentidos —frecuente en la literatura de la Edad Media— aseguró la fama del *Roman de la Rose:* las «lecturas» posibles dependían en gran manera de la madurez de los lectores y, por tanto, el libro se leía y releía a cualquier edad; el público buscaba una doctrina o, al menos, cierto didactismo, y lo encontraba sin dificultad. Resulta curioso que gran parte de los manuscritos antiguos estén recogidos en volúmenes que contienen —además— otras obras, de asunto religioso o moralizante en general.

II

A partir del último cuarto del siglo XII el *Roman de la Rose* es —ante todo— la obra de Jean de Meun; Guillaume de Lorris casi ha sido olvidado, aunque la narración siga empezando con sus 4.000 versos. La continuación de Jean de Meun apareció o fue el resultado de un momento crucial de la Historia occidental: los ideales corteses se habían hundido o estaban heridos de muerte; la sociedad feudal se tambaleaba en toda Europa, a la vez que las ciudades y los grupos burgueses adquirían una fuerza significativa; las crisis de todo tipo se suceden. En la Universidad —y fuera de ella—

discuten franciscanos y dominicos. El espíritu laico gana terreno a costa de grandes esfuerzos, a la vez que el poder papal choca incesantemente con el Emperador; las herejías se multiplican. El mundo intelectual se agita insatisfecho con el estado de cosas. En ese ambiente lleva a cabo su trabajo Jean de Meun: su actividad se desarrolla como traductor (Vegecio, Boecio, Abelardo) y como autor —entre otras obras de menor importancia— de la segunda parte del *Roman de la Rose*. Jean de Meun no puede sustraerse a las corrientes más vivas y poderosas de su momento: por una parte se muestra estoico y hedonista, neoplatónico; por otra, revela un saber amplísimo, con intenciones didácticas y de divulgación, que lo convierten en uno de los autores de «enciclopedia» de la segunda mitad del siglo XIII, y también en uno de los escritores satíricos más crueles de su época.

Entre 1268 y 1278 Jean de Meun debió iniciar la continuación del libro que Guillaume de Lorris había dejado inconcluso. La primera parte del *Roman de la Rose* mostraba, en sus 4.000 versos, la pauta que debería haber desarrollado el continuador; en cualquier caso, quedaba claro que el enamorado debía conquistar la rosa y que el poeta debía despertar del sueño, poniendo fin de este modo a la obra. Pero Jean de Meun no se conformó con seguir unas directrices, ni siquiera aceptó que la segunda parte fuera un *arte de amar,* como había definido Guillaume de Lorris a su libro; buscó algo más, haciendo que su continuación se convirtiera en un «espejo de enamorados».

Es indudable que los lectores de la primera parte no se limitaban a la interpretación literal de la obra: las enseñanzas morales que podían derivar de una lectura alegórica eran muchas. Jean de Meun, al continuar el libro de Guillaume, también procedió a la interpretación, aunque concediendo muy poca importancia al desarrollo de la historia inicial y reduciendo en gran medida el juego alegórico: el didactismo ya no procede tanto de los símbolos y de las imágenes, como de una

voluntad clara del autor en este sentido; Jean de Meun no puede sustraerse a exponer de forma poética sus abundantes conocimientos y a tomar partido en las más importantes polémicas intelectuales de la segunda mitad del siglo XIII, que afloran por doquier en su continuación del *Roman de la Rose*. Ni siquiera la parte de Guillaume de Lorris queda al margen de la crítica de Jean, pudiendo considerarse que el continuador llevó a cabo una obra antagónica a la que le había servido de base.

Posiblemente, la continuación del *Roman de la Rose* es la primera obra de relieve de Jean de Meun, que, no obstante, ya disponía de una amplia cultura al emprender la redacción. En una epístola dirigida a Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, que le había encargado la traducción del *De consolatione Philosophiae* de Boecio, enumera las obras que había escrito (siguiendo un hábito frecuente, como muestra Chrétien en su *Cligès*), y manifiesta un indudable orgullo con respecto a la continuación del *Roman de la Rose:*

> Yo, Jean de Meun, que en el *Roman de la Rose* enseñé la manera de tomar el castillo y coger la rosa a partir del momento en que Celos encerró en prisión a Dulce Albergue, y que traduje del latín al francés el libro de Vegecio sobre la Caballería, el *Libro de las Maravillas de Irlanda,* la *Vida y Epístolas* de Pedro Abelardo y Eloísa su mujer, y el libro de Aelred sobre la *Amistad Espiritual,* ahora envío la *Consolación* de Boecio, que he trasladado del latín al francés.

De las obras citadas, se han perdido el *Libro de las Maravillas de Irlanda,* cuya versión original en latín fue obra del polígrafo Giraud de Berri (obispo de S. David, muerto el año 1223), y las *Amistades Espirituales* de Aelred de Rievaulx (muerto el año 1166). En la lista faltan el *Testamento* y su *Codicilo,* que se atribuyen a Jean de Meun en numerosísimos manuscritos. Parece

lícito pensar que la enumeración sigue un orden cronológico; al menos, así autorizan a hacerlo las fechas más seguras (*Roman de la Rose,* entre 1268 y 1278; Vegecio, 1284).

Además de esta información, podemos extraer valiosos datos de la obra de Jean de Meun.

El autor de la continuación era natural de Meung-sur-Loire, cerca de Orleans, de la misma región que Guillaume de Lorris. Al parecer, estuvo vinculado a la Universidad de París y —como su poema atestigua— no pudo evitar tomar parte en las disputas que encendían los ánimos en la ciudad, enfrentando a religiosos y laicos por la enseñanza universitaria. De ahí que los estudiosos le recuerden en reiteradas ocasiones asociado al enigmático poeta satírico Rutebeuf. Ambos poetas se oponen a los privilegios que Alejandro IV había concedido a las órdenes mendicantes, especialmente a los franciscanos, a través de las bulas *Nec insolitum* (22 de diciembre de 1254) y *Quasi lignum vitae* (14 de abril de 1255): igual que Rutebeuf, Jean se alinea en el bando del polémico Guillaume de Saint-Amour. Por eso, nada de extraño tiene que el *Roman de la Rose* sea atribuido erróneamente en muchos manuscritos a este maestro universitario y no extrañan las abundantes diatribas de Jean de Meun contra los franciscanos, a quienes simboliza con la figura de Falso Semblante.

Jean de Meun no sólo tomó del ambiente universitario la animadversión contra la orden de frailes menores; es posible que sintiera también ciertas inclinaciones hacia las ideas filosóficas averroístas, aunque el platonismo heredado de Bernardo Silvestre y de Alain de Lille constituye la base principal del pensamiento de la segunda parte del *Roman de la Rose*. El averroísmo de los comentarios a Aristótles ya era conocido por Michael Scotus (+1235) y por S. Alberto Magno, que en 1267 le dedicó el *De unitate intellectus (contra Averroem),* senda que seguirá Santo Tomás de Aquino poco tiempo más tarde. Stephan Tempier, obispo de París, condenó a

los averroístas en 1270, condena que corroboraría en 1277 con el apoyo del arzobispo de Canterbury, Robert Kilwardby.

Jean de Meun, si estaba en París por entonces, debió conocer estas prohibiciones y condenas, así como el ambiente de la Facultad de Artes, en la que discutían filósofos y teólogos averroístas, aristotélicos, platónicos, dominicos y agustinos...

En cualquier caso, parece indudable que Jean de Meun pasó los diez últimos años de su vida, por lo menos, en París, hasta su muerte, en 1305. En la capital de los estudios poseía una casa, en la conocida Rue de Saint-Jacques, cabeza de peregrinaciones y centro de la actividad extraacadémica, dada su proximidad al Colegio fundado en 1253 por Robert de Sorbon.

Jean de Meun adquirió fama por su continuación del *Roman de la Rose,* en la que cambia totalmente el ritmo y la intención de Guillaume de Lorris. Para comprobar las diferencias, bastará con hacer un somero análisis del contenido, y de su distribución en episodios.

1. Presencia de Razón: llegada (versos 4.191-4.198); discurso, interrumpido por las intervenciones del enamorado (versos 4.199-7.198); marcha de Razón (versos 7.199-7.200).

2. Presencia de Amigo: llegada (versos 7.201-7.206); diálogo de Amigo con el enamorado (versos 7.207-7.252); discurso de Amigo (versos 7.253-7.764); intervenciones del enamorado (versos 7.765-7.854); fin del discurso de Amigo (versos 7.855-9.972).

3. Encuentro con Dulce Pensamiento y Dulce Conversación (versos 9.973-10.020).

4. Presencia de Riqueza: encuentro del enamorado y Riqueza (versos 10.021-10.040); discurso de Riqueza (10.041-10.237).

5. El enamorado cede ante Hipocresía (versos 10.238-10.288).

6. Presencia de Amor: diálogo con Amor (versos 10.289-10.408); formación del ejército de Amor y aparición de Falso Semblante (versos 10.409-10.462); discurso de Amor, con la referencia a los dos autores de la obra (versos 10.463-10.648); preparativos del combate (versos 10.649-10.975).

7. Participación de Falso Semblante: discurso de Falso Semblante (versos 10.976-11.980); peripecias de Falso Semblante y Abstinencia Obligada (versos 11.981-12.120); diálogo de estos dos personajes con Mala Lengua (versos 12.121-12.330); ataque al castillo y fin de Mala Lengua (versos 12.331-12.354).

8. Participación de la Vieja: se pone de parte de los atacantes (versos 12.355-12.709); habla con Dulce Albergue, discurso de la Vieja (versos 12.710-14.516); combate (versos 14.517-14.573); la Vieja sigue hablando con Dulce Albergue (versos 14.574-14.648); ayuda de la Vieja en la aproximación, fracaso (versos 14.649-15.104).

9. Digresión del autor (versos 15.101-15.272).

10. Combate, con la participación de Venus (versos 15.273-15.861).

11. Participación de Naturaleza: llegada (versos 15.862-16.221); lamentación de Naturaleza ante Genio (versos 16.222-16.283); Genio reconforta a Naturaleza (versos 16.284-16.676); confesión de Naturaleza (versos 16.699-19.375).

12. Protagonismo de Genio: Genio acude al campamento de Amor (versos 19.376-19.474); arenga de Genio (versos 19.475-20.637).

13. Asalto final al castillo y triunfo del enamorado, que conquista la rosa (versos 20.638-21.749).

14. Fin del sueño (verso 21.750).

La presencia de cada uno de estos núcleos viene a destacar la importancia que tienen en la continuación de Jean de Meun ocho personajes, que son los que en realidad centran la acción de toda la obra: Razón, Amigo, Riqueza, Amor, Falso Semblante (con Abstinencia Obligada), Vieja, Naturaleza y Genio. De todos ellos, Razón, Vieja, Naturaleza y Genio son los que ocupan el lugar más destacado: se trata, justamente, de perso-

najes que no aparecían en la parte de Guillaume de Lorris, o que desempeñaban un papel poco relevante. Este hecho ya muestra ciertas diferencias.

En la continuación de Jean de Meun alternan los diálogos con la narración y, además, son muy abundantes las digresiones de todo tipo, que dan cabida a historias ajenas al hilo narrativo o muy distantes de la materia tratada: en este sentido, Jean de Meun demuestra que es un maestro en la técnica amplificatoria y, por tanto, desde el punto de vista del escritor medieval, es un artista consumado; no se debe olvidar que la principal labor del poeta consistía en alargar lo más posible el tema tratado; para ello, hay una decena de recursos retóricos, entre los que destacan la *descriptio,* la digresión, la prosopopeya, la *interpretatio* y la *expolitio* (estos dos últimos consisten en la acumulación de términos en torno a una misma idea, de forma que no avanza la narración). El escritor dispone de muchos procedimientos para llevar a cabo esta dilación: puede enunciar un hecho, dar una prueba del mismo o demostrarlo, puede aportar su propia opinión sobre el asunto, o puede presentar la antítesis de la misma idea, poner ejemplos, hacer comparaciones, etc.

Todos estos recursos y algún otro (como la *frequentatio*) son utilizados con asiduidad por Jean de Meun, y son los que le permiten elaborar por extenso la idea de Guillaume de Lorris; pero a la vez, el abundante empleo de la técnica amplificatoria hace que la continuación sea menos dinámica, más lenta, que la parte redactada por el primer autor.

Naturaleza y Genio, su sacerdote, son, sin lugar a dudas, los personajes más destacados de la continuación de Jean de Meun; ambos tienen una larga tradición literaria, que remonta a Ovidio y, sobre todo, a Claudiano (finales del siglo IV d. de J.C.), heredero al parecer de algunos elementos de los himnos órficos. En el mundo cristiano, la figura de Naturaleza entra de la mano de Lactancio (contemporáneo de Claudiano) y Prudencio

(*Contra Símaco,* año 402), que escriben contra Claudiano: Dios ha logrado dominar a la Naturaleza, convirtiéndola en nodriza del hombre.

La presencia de Naturaleza, que se había mantenido en un segundo plano durante siglos, resurge con extraordinaria fuerza a partir del siglo XII, gracias a las ideas neoplatónicas de la Escuela de Chartres, representadas principalmente por Bernardo Silvestre y por Alain de Lille. En el *De universitate mundi* (entre 1145 y 1153), Bernardo Silvestre explica cómo Naturaleza ha tenido que pedir ayuda a la deidad suprema para poder crear al hombre, y que el resultado de su obra es un *microcosmos* en el que están representados todos los elementos del universo, del *macrocosmos*. El elogio de los órganos viriles y de la sexualidad como fuente de vida que impide el fin de la especie tendrá imitadores durante todo el siglo XII, y llegará sin graves alteraciones hasta Jean de Meun. De intermediario sirve Alain de Lille (hacia 1128-1202), autor de un famoso *Planctus Naturae,* entre otras obras. En esta *Lamentación de la Naturaleza,* Alain de Lille sigue de cerca a sus predecesores más paganos (Bernardo Silvestre y Claudiano), aunque cristianiza algo e introduce un nuevo motivo para la queja de la Naturaleza: las relaciones homosexuales. En la continuación de Jean de Meun, Naturaleza se lamenta ante Genio por el mismo motivo. Pero Alain de Lille no se queda ahí: Naturaleza se siente ofendida porque todos los seres vivos le obedecen, a excepción del hombre; Venus y su hijo bastardo Juego han alejado del matrimonio al hombre. Para intentar restablecer el orden de las cosas, Naturaleza convoca a Genio, que al final de la obra condena a todos los pecadores que no se arrepientan. A continuación, el autor se despierta, pues todo ha sido un sueño.

Las relaciones del *Roman de la Rose* de Jean de Meun con el *De Planctu Naturae* de Alain de Lille son muy numerosas, como resulta evidente, y hace tiempo que han sido señaladas por los estudiosos. Jean ha dado

cabida en su continuación a Naturaleza, personaje muy distante del planteamiento alegórico inicial de la obra.

En cuanto a la figura de Genio, indicaré que ya aparecía en Bernardo Silvestre, pero es Alain de Lille quien le concede un papel destacado en el *De Planctu Naturae*: Jean de Meun hereda el personaje elaborado por Alain.

Para comprender en sus justos límites el significado de esta figura, habrá que recordar que en la tradición medieval Genio es tanto un «dios universal de la procreación» (emparentado etimológicamente con *engendrar, generación,* etc.), como el «espíritu tutelar de cada individuo» (sería el «genio del poeta», por ejemplo). No obstante, en la Edad Media predomina la primera acepción, que es la que aparece personificada en la obra de Alain de Lille y en la continuación de Jean de Meun: desde Claudiano (*De consulatus Stilichonis,* II, 432 y ss.), y aún antes, Genio se presenta como secretario de Naturaleza; S. Isidoro (*Etymologiarum,* VIII, 11.88) recoge la idea, subrayándola al hablar de los dioses paganos:

> Al *genio* se le da este nombre porque es como si tuviera la facultad de «generar» todas las cosas; o tal vez derive de «engendrar» hijos. Por ello, los gentiles denominan «geniales» a los lechos que se disponen para el recién casado. [Traducc. de J. Oroz Reta, Madrid, BAC, 1982; vol. I, p. 735.]

Bernardo Silvestre toma la misma imagen y la amplía con adiciones de las más variadas procedencias, destacando entre los textos utilizados el *Asclepius,* texto hermético atribuido a Apuleyo hasta el siglo XIX. El Genio de Bernardo Silvestre constituye el origen del mismo personaje del *De Planctu Naturae* de Alain de Lille y, a través de éste, del Genio de Jean de Meun; es, en definitiva, el enemigo del vicio *contra natura,* pues es el dios de la procreación, de la reproducción.

Jean de Meun presenta a Genio como el confesor, el sacerdote, de Naturaleza: tal vez pretendía rendir un

tributo —ciertamente irónico— a los filósofos de la Escuela de Chartres, de raíces platónicas. De este modo, el Genio personificado por Jean sería el resultado final de la cultura de Chartres, que había destacado a lo largo del siglo XII especialmente por sus ideas sobre la creación, según ha señalado Daniel Poirion.

Jean de Meun pone en funcionamiento a sus personajes dentro de un marco alegórico construido por Guillaume de Lorris y adaptado por su sucesor. No hay duda de que el continuador se proponía dar fin al sueño del enamorado, y así lo hizo. Sin embargo, también parece evidente que el planteamiento del autor de la segunda parte sufre una importante modificación en el transcurso de la obra. Al principio, se trataba sólo de finalizar el *Roman de la Rose;* luego, la continuación adquiere vuelo propio y se convierte en una obra que tiene muy poco que ver con la de Guillaume: incluso la trama narrativa se diluye en medio de las abundantes digresiones de todo tipo, que versan sobre las más variadas materias. El planteamiento fundamentalmente lírico de la primera parte da lugar a un proyecto didáctico en la segunda y, por tanto, más narrativo. La transformación resulta evidente. La aventura sentimental de Guillaume de Lorris se convierte en una reflexión enciclopédica que tiene como centro la ontología del amor: el poema se transforma en un *speculum* en el que todos los enamorados deben mirarse, como ya dije. El carácter subjetivo de la primera parte, en definitiva, es sustituido por unos valores más objetivos: de ahí, que no resulte extraña la abundancia de diálogos y digresiones.

Pero el aspecto que llama más la atención al leer las dos partes es que Jean de Meun ha sido incapaz de mantener el juego alegórico; es decir, la historia simbólica se atenúa de forma extraordinaria, hasta diluirse en la narración literal: las metáforas quedan rotas y, por tanto, se desarticula la gran variedad de matices psicológicos expresados mediante los diferentes personajes de

Guillaume de Lorris. Jean de Meun deja de ser poeta alegórico *stricto sensu* y se convierte en un hábil narrador, satírico, filosófico, científico... Y es la variedad de registros la que logra la salvación para los 18.000 versos de Jean de Meun: la unidad narrativa se rompe por las digresiones, pero son precisamente las digresiones las que convierten esta continuación en una enciclopedia poética o, mejor, en un poema enciclopédico, y de ahí su enorme interés.

Si la continuación de Jean de Meun resulta poco relevante desde el punto de vista de la técnica alegórica, no ocurre lo mismo con otros aspectos, como la ironía y la burla, aspecto en que la continuación de Jean de Meun muestra —con las oportunas diferencias— una indudable proximidad de tono con el Arcipreste de Hita, que es medio siglo posterior: así, cabe señalar que tanto Juan Ruiz como Jean de Meun escriben sendos manuales para enamorados, aunque ambos advierten que sus enseñanzas deben servir de ejemplo *vitando*. Sobre esta premisa se construye la ironía, basada en los juegos antitéticos, en la antífrasis y en la paradoja, de modo que resulta fácil hallar pasajes que deben ser interpretados en sentido contrario de lo que aparentan decir literalmente. Incluso, se ha llegado a indicar en alguna ocasión (y así lo ha hecho Ch. Dahlberg, por ejemplo), que la estructura general de la obra, planeada por Guillaume, constituye una gran ironía, pues como narración es una *narratio fabulosa,* que entraría a formar parte de lo que Macrobio denomina *somnium;* sin embargo, desde el punto de vista alegórico es un sueño erótico, o sea, un *insomnium,* según el comentarista del *Somnium Scipionis*; y el *insomnium* no es digno de interpretación.

La ironía y el cinismo son más frecuentes en la parte escrita por Jean de Meun, donde abundan los episodios con doble sentido: desde el principio se repiten los ataques razonados contra Razón y destaca la figura de Falso Semblante, esencial para que el enamorado

logre sus propósitos; Falso Semblante se expresa con un cinismo tan evidente como el de Amigo o el de la Vieja. La ética cortés es sustituida por el pragmatismo de la burguesía: el engaño, la mentira, el fingimiento... son útiles de los que debe servirse el enamorado para llegar a la meta que se ha establecido; la nobleza y honradez de nada sirven.

Como era previsible, las burlas y las sátiras de Jean de Meun no se limitan a aspectos concretos de la vida (contra los franciscanos, contra los jueces, contra las mujeres, contra el matrimonio) de acuerdo con la tradición satírica medieval; alcanzan también al concepto mismo de *amor cortés* y, con ello, pone en entredicho gran parte de la literatura de su siglo y del siglo anterior, y, sobre todo, se burla de los ideales de un dilatado período, tergiversando los términos, buscando la cara más vulgar, menos sublime de la relación amorosa: el discurso de la Vieja (personaje que recuerda a Trotaconventos y a la Celestina) es buena prueba de ello.

La dama cae estrepitosamente del pedestal en que la habían situado los trovadores, pierde el prestigio que le habían dado los autores de «romans»; el amor se convierte sólo en un comercio físico y, como tal, queda sometido a compraventa. No extraña, pues, que el enamorado logre alcanzar la rosa de forma violenta. Tampoco extraña la polémica —y por ende, la fama— que suscitó el *Roman de la Rose,* en especial la parte escrita por Jean de Meun.

Jean de Meun construye una obra que sólo le debe a su predecesora el punto de origen; todo lo demás es reelaborado desde innumerables puntos de vista, dando lugar a nuevas y variadas facetas. Esa multiplicidad es la que convierte el conjunto en uno de los libros más famosos de la Edad Media, objeto de abreviaciones, traducciones, y de todo tipo de empleos. No extrañará, pues, que los moralistas discutieran sobre la conveniencia de que la obra fuera leída por las mujeres; del mismo

modo que tampoco llamará la atención el hecho de que diera lugar a una controversia notable entre los años 1399 y 1402, en la que tomaron parte, por un bando, la destacada poetisa Christine de Pisan, el predicador Jean Gerson y Jean le Maingre, llamado Boucicaut, mariscal de Francia, mientras que los defensores de Jean de Meun y de sus doctrinas estaban representados por los hermanos Gontier y Pierre Col, secretario del rey y canónigo de Notre-Dame respectivamente, y por Jean de Montreuil, preboste de Lille: se cruzaron epístolas y sermones, poemas en lengua vulgar y textos en latín, que son —en definitiva— los primeros titubeos de un nuevo espíritu, el Humanismo.

El debate del *Roman de la Rose* en Francia es, sólo, una muestra de la popularidad alcanzada por el libro de Guillaume de Lorris y —sobre todo— por la continuación de Jean de Meun. La fama de la obra fuera de Francia se extendió con inusitada rapidez: ya desde finales del siglo XIII hallamos huellas suyas en autores italianos como Brunetto Latini o Dante, y no pasa mucho tiempo antes de que aparezcan las primeras versiones a otras lenguas, destacando la traducción inglesa por la personalidad del traductor, Geoffrey Chaucer (¿1340?-1400).

El éxito del *Roman de la Rose* no tardó en llegar a la Corona de Aragón. Es el mallorquín Ramón Llull el primero en mostrar su huella: a raíz de una de sus estancias en París escribió el *Arbre de filosofia d'amor,* en el último cuarto del siglo XIII; esta obra es de carácter alegórico y utiliza una ficción y personajes afines a los creados por Guillaume y Jean. Sin embargo, el libro de Ramón Llull —como en otras ocasiones— llegó antes de su momento y, así, esta primera manifestación parece que no tuvo gran descendencia, pues hasta cien años más tarde no se vuelve a tener noticias que permitan pensar en una lectura del *Roman.*

En los ambientes humanistas de la corte barcelonesa, Bernat Metge recurre a la forma alegórica en el *Libre de Fortuna e Prudencia* (1381), aunque es posible que el humanista catalán, secretario de cartas latinas del rey, se inspirara en Boecio y en Alain de Lille, más que en Lorris o Meun. A partir del siglo XV, el influjo se muestra más claro, y en las bibliotecas empiezan a documentarse copias de la obra, entre las que destaca la que llega a Valencia, procedente de Nápoles, riquísimamente adornada —parte de cuyas miniaturas publicamos en esta edición—, que fue elaborada hacia 1420. También en el primer cuarto del siglo XV, Jordi de Sant Jordi, poeta y servidor de Alfonso V el Magnánimo, compone varias obras de carácter alegórico con un evidente influjo del *Roman de la Rose,* al menos de la parte redactada por Guillaume de Lorris.

Por lo que respecta al reino de Castilla, sólo en Micer Francisco Imperial y en fray Diego de Valencia el influjo resulta evidente, mientras que en otros autores del siglo XV como Alfonso Álvarez de Villasandino, Alfonso de Medina, Álvarez de Alarcón, Ruy Páez de Ribera, etc., no pasa de ser una presunción con escaso fundamento. El Marqués de Santillana conocía la obra, y su rica biblioteca poseía una copia manuscrita de la misma, ilustrada con miniaturas de gran belleza, y la cita en la *Carta-Proemio.*

En autores castellanos del siglo XIV, la huella del *Roman de la Rose* es inexistente, aunque se han señalado algunas coincidencias del *Libro de Buen Amor* con la obra francesa: la hipotética relación de ambos textos —ahora puesta de relieve por F. Rico— parece que se debe a la utilización de las mismas fuentes y al ambiente general de una época de crisis.

Carlos Alvar,
1986.

Esta traducción es la primera que se lleva a cabo del texto completo al español. Ha sido realizada sobre la edición en francés medieval de F. Lecoy (París, Champion, 3 vols., 1965-1970). Las ilustraciones proceden del manuscrito 387 de la Biblioteca de la Universidad de Valencia, y han sido reproducidas gracias a la cortesía de dicha Institución.

BIBLIOGRAFÍA

I. *Repertorios bibliográficos*

Dahlberg, Ch.-Gunn, A. M. F., «*Rose Scholarship,* 1970-73. A Bibliography compiled by...», en *Encomia* I, 1976, pp. 68-77.

The Romance of the Rose, by Guillaume de Lorris and Jean de Meun, translated by Ch. Dahlberg, Princeton, Univ. Press, 1971 (amplia bibliografía en las pp. 429-438).

Ott, K. A., *Der Rosenroman,* Darmstadt, WB, 1980 (bibliografía cuidadísima en las pp. 193-215, con 330 títulos).

II. *Ediciones y traducciones al español. Manuscritos*

Le Roman de la Rose par Guillaume de Lorris et Jean de Meun, publié d'après les manuscrits, par E. Langlois, París, SATF, 5 vols., 1914-1924.

Guillaume de Lorris et Jean de Meun, *Le Roman de la Rose,* éd. par F. Lecoy, París, Champion (CFMA), 3 vols., 1965-1970.

——, *Le Roman de la Rose,* édit. par D. Poirion, París, Garnier-Flammarion, 1974.

Guillaume de Lorris, *Le Roman de la Rose,* a cura di S. Battaglia, Nápoles, A. Morano edit., 1947.

——, *Le Roman de la Rose/El libro de la Rosa,* por C. Alvar, Barcelona, El Festín de Esopo-Quaderns Crema, 1985.

Redoli Morales, R., *Le Roman de la Rose.* Guillaume de Lorris, Málaga, Universidad, 1984.

Langlois, E., *Les manuscrits du RR,* Lille-Paris, 1910; Ginebra, Slatkine, 1974.

Jung, M. R., «Ein Fragment des Rosenromans in der Stiftsbibliothek Engelberg», en *Vox Romanica,* 24, 1965, pp. 234-7.

III. *Estudios*

Alvar, C., «Oiseuse, Vénus, Luxure: trois Dames et un miroir», en prensa.

Allégorie du Moyen Age au XVIIe. siècle (D. Poirion, dir.), en *Cahiers de l'Association Internationale d'Études Françaises,* 28, 1976, pp. 5-116.

Badel, P. Y., «Raison, fille de Dieu, et le rationalisme de Jean de Meun», en *Mélanges J. Frappier,* Ginebra, Droz, 1970, vol. I, pp. 41-52.

——, *Le Roman de la Rose au XIVe. siècle. Étude de la réception de l'oeuvre.* Ginebra, Droz, 1980.

Baird, J. L.-Kane, J. R., «La Querelle de la Rose: in Defense of the Opponents», en *French Review,* 48, 1974, pp. 298-307.

——, *«La Querelle de la Rose». Letters and documents.* Chapel Hill, North Carolina University Press, 1978.

Batany, J., *Approches du RR,* París, Bordas, 1973.

Baumgartner, E., «De Lucrèce à Héloïse, Remarques sur deux exemples du *RR* de Jean de Meun», en *Romania,* 95, 1974, pp. 433-442.

Beltrán, L., «La Vieille's Past», en *Romanische Forschungen,* 84, 1972, pp. 77-96.

Benedetto, L. F., *Il Roman de la Rose e la letteratura italiana,* Halle, Max Niemeyer, 1910.

Bourdillon, F. W., *The Early Editions of the RR,* Londres, 1906.

Brumble, H. D., III, *Genius and other related allegorical figures in the «De planctu Naturae», the «Roman de la Rose», the «Confessio amantis», and the «Faerie Queene».* Univ. of Nebraska (Dissertation Abstracts 31 (1970), 4113 A).

Calin, W., «La comédie humaine chez Jean de Meun»,

en *Mélanges... offerts à Ch. Rostaing.* Lieja, 1974, pp. 101-104.

——, «Problèmes de technique narrative au Moyen Age: le *Roman de la Rose* et Guillaume de Machaut», en *Mélanges... offerts à P. Jonin.* Aix-en-Provence y París, 1979, pp. 125-138.

Contini, G., «Un nodo della cultura medievale. La serie *Roman de la Rose-Fiore-Divina Commedia»,* en *Lettere italiane,* 25, 1973, 162-189.

Cortés Vázquez, L., *El episodio de Pigmalión del «Roman de la Rose. Etica y estética de Jean de Meun.* Salamanca, Universidad, 1980.

Curtius, E. R., «Natura mater generationis», en *Zeitschrift für romanische Philologie,* 58, 1938, pp. 180-197.

——, «Rhetorische Naturschilderungen im Mittelalter», en *Romanische Forschungen,* 56, 1942, pp. 219-256.

——, *Literatura europea y Edad Media latina.* Méjico, F. C. E., 2 vols., 1955.

Cherniss, M. D., «Jean de Meun's Reason and Boethius», en *Romance Notes* 26, 3, 1975, pp. 678-685.

——, «Irony and authority. The ending of the *Roman de la Rose,* en *Modern Language Quarterly,* 36, 1975, pp. 227-238.

Dahlberg, Ch., «Macrobius and the unity of the *RR*», en *Studies in Philology,* 58, 1961, pp. 573-582.

——, «Love and the *RR*», en *Speculum,* 44, 1969, pp. 568-584.

Danos, J. R., *A Concordance to the RR of Guillaume de Lorris;* Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1975.

Defourny, M., «Le *RR* à travers l'historie et la philosophie», en *Marche Romane,* 17, 1967, pp. 53-60.

——, «Observations sur la première partie du *RR*», en *Mélanges offerts à R. Lejeune,* vol. 2, pp. 1163-1169. Gembloux, Duculot, 1968.

Demats, P., «D'amoenitas à deduit: André le Chapelain

et Guillaume de Lorris», en *Mélanges offerts à J. Frappier,* I, pp. 217-233, Ginebra, Droz, 1970.
Dragonetti, R., «Le *Singe de Nature* dans le *Roman de la Rose*», en *Travaux de linguistique et de littérature,* 16, 1, 1978, pp. 149-160.
Dronke, P., *Medieval Latin and the Rise of European Love Lyric,* 2nd. edit., 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1968.
——, «Bernard Silvestris, Natura and Personification», en *Journal from the Wartburg and Courtauld Institutes,* 43, 1980, pp. 16-31.
Dufeil, M. M., *Guillaume de Sant-Amour et la polémique universitaire parisienne,* 1250-1259. París, 1972.
Economou, G. D., *The Goddess Natura in medieval Literature,* Cambridge, Harvard Univ. Press, 1972.
Entretiens sur la Renaissance du XIIe. siècle (M. de Gandillac-E. Jeauneau, dir.). París, 1968.
Faral, E., «Le *RR* et la pensée française au XIIIe. siècle», en *Revue des Deux Mondes,* 1926, pp. 439-457.
Fleming, J. V., *The RR. A Study in allegory and iconography,* Princeton, 1969.
——, «The Moral Reputation of the *RR* before 1400», en *Romance Philology,* 18, 1965, pp. 430-435.
Formisano, L., «La *double quête* del cortese Guillaume», en *Studi offerti a G. Contini,* Florencia, Le Lettere, 1984, pp. 123-140.
Fourrier, A., *vid. Humanisme médiéval.*
Françon, M., «Jean de Meun et les origines du naturalisme de la Renaissance», en *Publications of the Modern Language Association of America,* 59, 1944, pp. 624-645.
Frappier, J., *Amour courtois et Table Ronde,* Ginebra, Droz, 1973.
——, *Histoire, mythes et symboles,* Ginebra, Droz, 1976.
Friedman, L., «Jean de Meun's antifeminism and bourgeois realism», en *Modern Philology,* 57, 1959, pp. 13-23.

Friedman, L. J., «Gradus Amoris», en *Romance Philology,* 19, 1965, pp. 167-177.
Galpin, S. L., «Fortune's Wheel in the *Roman de la Rose*», en *Publications of the Modern Language Association of America,* 24, 1909, pp. 332-342.
Gandillac, M. de, *vid. Entretiens.*
George, F. W. A., «Jean de Meun and the myth of the golden age», en H. T. Barnwell y otros (eds.), *The Classical Tradition in French Literature. Essays presented to R. C. Knight,* Londres, 1977, pp. 31-39.
Gilson, É., *La Philosophie au Moyen Age,* París, Payot, 1944 (2e. édit.).
Grégory, T., *Anima Mundi. La filosofia di Guglielmo di Conches e la scuola di Chartres,* Florencia, 1955.
——, *Platonismo medievale. Studi e ricerche,* Roma, 1958.
Gunn, A. M. F., *The Mirror of Love. A reinterpretation of the Romance of the Rose,* Texas/Lubboch, 1952.
——, «Teacher and Student in the *Roman de la Rose.* A Study in Archetypal Figures and Patterns», en *L'Esprit Créateur,* II, núm. 3, 1962, pp. 126-134.
Hatzfeld, H., «La mystique naturiste de Jean de Meun», en *Wissenschaftliche Zeitschrift der Friedrich-Schiller Univ. Jena* (Gesellschafts- und sprachwissenschaftliche Reihe), 5, 1955-56, pp. 259-269.
Hicks, E., *Le débat sur le RR,* París, Champion, 1977.
Hilder, G., *Der scholastische Wortschatz bei Jean de Meun. Die Artes Liberales.* Tübingen, 1972.
Hill, T. D., «La Vieille's digression on free love. A note on rhetorical structure in the *Romance of the Rose*», en *Romance Notes,* 8, 1966, pp. 113-115.
——, «Narcissus, Pygmalion, and the castration of Saturn. Two mythographical themes in the *Roman de la Rose*», en *Studies in Philology,* 71, 1974, pp. 404-426.
Hillman, L. H., «Another Look into the Mirror Perilous: The Role of the Crystals in the *RR*», en *Romania,* CI, 1980, pp. 225-238.
Humanisme in France at the End of the Middle Ages and

in the Early Renaissance, Colloque de Warwick, 1969 (A. H. T. Levi, éd.), Manchester, 1970.
Humanisme médiéval dans les littératures romances du XIIe. au XIVe. siècle, Colloque de Strasbourg, 1962 (A. Fourrier, édit.), París, 1964.
Ineichen, G., «Le discours linguistique de Jean de Meun», en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte / Cahiers d'Histoire des littératures romanes,* 2/3, 1978, pp. 245-253.
Jauss, H. R., *Genèse de la poésie allégorique française au Moyen Age (de 1180 à 1240).* Heidelberg, Winter Verlag, 1962.
——, «La transformation de la forme allégorique entre 1180 et 1240: d'Alain de Lille à Guillaume de Lorris», en *Humanisme médiéval,* pp. 107-142.
——, «Entstehung und Struckturwandel der Allegorischen Dichtung», en GRLMA, VI/1, 1968, pp. 146-244.
Jeauneau, E., *vid. Entretiens.*
Jung, M. R., «Der *Rosenroman* in der Kritik seit 18. Jahrhundert», en *Romanische Forschungen,* 78, 1966, pp. 203-252.
——, *Études sur le poème allégorique en France au moyen age,* Berna, Francke, 1971.
——, «Gui de Mori et Guillaume de Lorris», en *Vox Romanica,* 27, 1968, pp. 106-137.
——, «Jean de Meun et l'allégorie», en *Cahiers de l'Association Internationale d'Études Françaises,* 28, 1976, pp. 21-36.
——, «Jean de Meun et son lecteur», en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte / Cahiers d'Histoire des littératures romanes,* 2/3, 1978, pp. 241-245.
Kauke, R., «Jupiter et Saturne chez Jean de Meun», en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte./ Cahiers d'Histoire des littératures romanes,* 2/3, 1978, pp. 258-263.
Keck, S., «Faux Semblant, guerrier du dieu d'amour», en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte./ Cahiers d'Histoire des littératures romanes,* 2/3, 1978, pp. 263-265.
Kelly, D., «*Le chastiaus... Qu'Amors prist par esforz.* The conclusion of Guillaume de Lorris' *Rose*», en N. J. Lacy (ed.), *A Medieval French Literature,* Lawrence, 1972 (Univ. of Kansas Humanistic Studies, 42), pp. 61-78.
King, P., «Flos Veneris», en *Texts and Manuscripts: Essays presented to G. I. Lieftinck,* Amsterdam, A. L. van Gendt, 1972, vol. II, pp. 61-72.
Köhler, E., «Lea, Matelda und Oiseuse. Zu Dante, *Divina Commedia, Purg.* 27-30. Gesang», en *Zeitschrift für romanische Philologie,* 79, 1963, pp. 464-469.
——, «Narcisse, la fontaine d'Amour et Guillaume de Lorris», en *Journal des savants,* 1963, 86-103; también en *Humanisme médiéval,* pp. 147-166.
Kolb, H., «*Oiseuse,* die Dame mit dem Spiegel», en *Germanisch- romanische Monatsschrift,* 15, 1965, pp. 139-149.
Kuhn, A., «Die Illustration des *Rosenromans*», en *Jahrbuch der kunsthistorischen Sammlungen des Allerhöchsten Kaiserhauses,* 31, 1913, pp. 1-66.
Langlois, E., *Origines et sources du RR.* París, 1891; Ginebra, Slatkine, 1973.
Lanly, A., «La hardiesse de pensée de Jean de Meun», en *Linguistique et philologie. Actes du colloque des 29 et 30 avril 1977* (publié par D. Buschinger), París, 1977, pp. 345-358.
Lejeune, R., «A propos de la structure du *RR* de Guillaume de Lorris», en *Études offertes à F. Lecoy,* París, Champion, 1973, pp. 315-348.
Lepage, Y. G., «Le *RR* et la tradition romanesque au Moyen Age», en *Études littéraires,* 4, 1971, pp. 91-106.
Levi, A. H. T., *vid. Humanisme in France.*
Lewis, C. S., *The Allegory of Love,* Oxford, 1936; traducción italiana, *L'allegoria d'amore,* Turín, 1969.

——, *La imagen del mundo,* Barcelona, Antoni Bosch Edit., 1980.
Louis, R., *Le RR. Essai d'interprétation de l'allégorisme érotique,* París, Champion, 1974.
Lubac, H. De, *Exégèse médiévale. Les quatre sens de l'Écriture.* 4 vols., París, Aubier, 1959-1964.
Luquiens, F. B., «The *RR* and medieval Castilian Literature», en *Romanische Forschungen,* XX, 1907, pp. 284-320i.
Lyons, F., «Some notes on the *Roman de la Rose,* the golden chain and other topics in Jean de Meun», en *Studies in Medieval Literatures and languages in memory of Frederick Whitehead.* Manchester-N. York, 1973, pp. 201-208.
Maler, B., «La prophétie d'Abulmasar dans le *Roman de la Rose*», en *Studia neophilologica,* 18, 1945-1946, pp. 47-48.
McKean, F., «The role of Faux Semblant and Astenance Contrainte in the *Roman de la Rose*», en *Romance Studies in Memory of E. B. Ham,* Chapel Hill, North Carolina Univ. Press, 1967, pp. 103-107.
Ménard, Ph., «Les représentations des vices sur les murs du verger du *RR*: le texte et les enluminures», en *Texte et image. Actes du colloque international de Chantilly,* París, Les Belles Lettres, 1984, pp. 177-190.
Meyer, G., «A propos de la structure du *Roman de la Rose* de Guillaume de Lorris», en *Romanische Zeitschrift für Literaturgeschichte / Cahiers d'Histoire des littératures romanes,* 2/3, 1978, pp. 265-269.
Milan, P. B., «The Golden Age and the political theory of Jean de Meun. A myth in *Rose* scholarship», en *Symposium,* 23, 1969, pp. 137-149.
Moelk, U., *Französische Literarästhetik des 12. und 13. Jahrhunderts,* Tübingen, 1963.
Mueller, F. W., *Der Rosenroman und der lateinische Averroïsmus,* Frankfurt/Main, 1947.
Nichols, S. G., «The Rhetoric of Sincerity in the *RR*», en *Romance Studies in Memory of E. B. Ham,* Chapel Hill, North Carolina Univ. Press, 1967, pp. 115-129.
Nitze, J. Ch., «The Genius figure in Antiquity and the Middle Ages», Nueva York, Columbia University Press, 1975.
Ott, K. A., «Pauvreté et Richesse chez Guillaume de Lorris», en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte / Cahiers d'Histoire des littératures romanes,* 2/3, 1978, pp. 224-241.
——, «Jean de Meun und Boethius. Über Aufbau und Quellen des *Rosenromans*», en U. Schwab-E. Stutz (eds.), *Philosophische Studien. Gedenkschrift für R. Kienast,* Heidelberg, 1979, pp. 131-165.
——, *Der Rosenroman,* Darmstadt, WB, 1980.
Paré, G., *Le «Roman de la Rose» et la scolastique courtoise.* París, 1941.
——, *Les Idées et les lettres au XIIIe. siècle. Le «Roman de la Rose».* Montreal, 1947.
Patch, H. R., *The Goddess Fortune in Medieval Literature.* Cambridge, 1927.
——, *The tradition of Boethius.* New York, 1936.
——, *El Otro Mundo en la Literatura Medieval.* Méjico, FCE, 1956.
Paul, J., *Histoire intellectuelle de l'Occident médiéval.* París, Armand Colin, 1973.
Payen, J. Ch., «A Semiological Study of Guillaume de Lorris», en *Yale French Studies,* 51, 1975, Approaches to medieval literature, pp. 170-184.
——, *La rose et l'utopie.* París, Edit. Sociales, 1976.
——, «Le comique de l'énormité. Goliardisme et provocation dans le *Roman de la Rose*», en *L'Esprit Créateur,* 16, 1, 1976, pp. 40-60.
——, «Le *Roman de la Rose* et la notion de carrefour idéologique», en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte / Cahiers d'Histoire des littératures romanes,* 1, 1977, pp. 193-203.
——, «L'espace et le temps dans le *Roman de la Rose,* en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte ./*

Cahiers d'Histoire des littératures romanes, 2/3, 1978, pp. 253-258.
Pépin, J., *Dante et la tradition de l'allégorie*. Montréal-París, 1962.
Pézard, A., «Lune et fortune chez Jean de Meun et chez Dante», en *Studi in onore di Italo Siciliano*. Florencia, 1966, pp. 985-995.
Pickens, R. T., «*Somnium* and interpretation in Guillaume de Lorris», en *Symposium,* 28, 1974, pp. 175-186.
Piehler, P., *The Visionary Landscape. A Study in Medieval allegory*. Londres, 1971.
Planche, A., «Les robes du ciel. Autour d'une image de Jean de Meun», en *Romania,* 98, 1977, pp. 349-366.
Poirion, D., «Narcisse et Pygmalion dans le RR», en *Mélanges L. Solano,* Chapel Hill, North Carolina Univ. Press, 1970, pp. 153-165.
——, *Le RR.* París, Hatier, 1973.
——, *vid. Allégorie du Moyen Age.*
Polak, L., «Plato, Nature and Jean de Meun», en *Reading Medieval Studies,* 3, 1977, pp. 80-98.
Post, C. R., *Medieval Spanish Allegory,* Cambridge, 1915; Hildesheim-New York, G. Olms, 1971.
Potansky, P., *Der Streit um den Rosenroman*. Munich, 1972 (Münchener Romanistische Arbeiten, 33).
Raynaud de Lage, G., «Nature et Genius chez Jean de Meun et chez Lemaire des Belges», *Moyen Age,* 58, 1952, pp. 125-143.
Ribard, J., «Introduction à une étude polysémique du *RR* de Guillaume de Lorris», en *Mélanges F. Lécoy,* París, 1973, pp. 519-528.
Rico, F., «*Por aver mantenencia*. El aristotelismo heterodoxo en el *Libro de Buen Amor*», en *El Crotalón. Anuario de Filología Española,* 2, 1985, pp. 169-198.
Richards, E. J., *Dante and the RR. An Investigation into the Vernacular Narrative Context of the Commedia,* Tübingen, Max Niemeyer, 1981.
——, «Reflections on Oiseuse's Mirror: Iconographic

Tradition, Luxuria and the *RR*», en *ZfrPh,* 98, 1982, pp. 296-310.
Rossi, L., «Notula sul Re dei ribaldi», en *Cultura Neolatina,* 33, 1973, pp. 217-221.
Rossman, V. R., «The Art of Contradiction in the *Romance of the Rose*», en *Beiträge zum romanischen Mittelalter*. Tübingen, 1977, pp. 270-281.
Ruhe, D., *Le dieu d'amour avec son paradis. Untersuchungen zur Mythenbildung um Amor in Spätantike und Mittelalter*. Munich, 1974.
Rychner, J., «Le mythe de la fontaine de Narcisse dans le *RR* de Guillaume de Lorris», en *Le lieu et la formule. Hommage à M. Eigeldinger,* Neuchâtel, 1978, pp. 33-46.
Ryding, W. W., «Faus Semblant. Hero or hypocrite?», en *Romanic Review,* 60, 1969, pp. 163-167.
Sasaki, Sh., «Sur le personnage d'Oiseuse», en *Études de langue et de littérature françaises,* 32, 1978, pp. 1-24.
Sneyders de Vogel, K., «L'unité du *Roman de la Rose*», en *Neophilologus,* 37, 1953, pp. 135-139.
Tillman, M. K., «Scholastic and Averroistic Influences on the *RR*», en *Annuale Mediévale,* II, 1970, pp. 89-106.
Topsfield, L. T., «The *Roman de la Rose* of Guillaume de Lorris and the love lyric of the early troubadours», en *Reading Medieval Studies,* 1, 1975, pp. 30-54.
Tuve, R., *Allegorical Imagery. Some Medieval Books and their posterity*. Princeton, 1966.
Vallone, A., «Personificazione, simbolo e allegoria del Medioevo dinanzi a Dante», en *Filologia e Letteratura,* 10, 2, 1964, pp. 189-224.
Vanossi, L., *Dante e il «Roman de la Rose». Saggio sul «Fiore»*. Florencia, 1979.
Vinge, L., *Narcissus theme in Western European Literature up to the early 19th Century,* Lund, Gleerups, 1967.
Warren, F. M., «On the date and composition of Guillaume de Lorris' *Roman de la Rose*», en *Publications of*

the Modern Language Association of America, 23, 1908, pp. 269-284.
Wetherbee, W., *Platonism and poetry in the Twelfth century. The literary influence of the School of Chartres*. Londres, 1972.
Wetherbee, W., «The Literal and the Allegorical: Jean de Meun and the *De Planctu Naturae*», en *Medieval Studies,* 33, 1971, pp. 264-291.
Wood, Ch., «La Vieille, free love, and Boethius in the *Roman de la Rose*», en *Revue de littérature comparée,* 51, 1977, pp. 336-342.
Zingarelli, N., «L'Allegoria del *Roman de la Rose*», en *Studi dedicati a Francesco Torraca*. Nápoles, 1912, pp. 495-524.
Zumthor, P., *Essai de poétique médiévale*. París, 1972.
——, «De Guillaume de Lorris à Jean de Meun», en *Mélanges F. Lécoy*. París, 1973, pp. 609-620.
——, «Récit et anti-récit: le *RR*», en *Medioevo Romanzo,* I, 1974, pp. 5-24.

EL LIBRO DE LA ROSA

Guillaume de Lorris

ALGUNOS dicen que en los sueños no hay sino engaño y mentira; pero a veces se pueden tener sueños que no mienten y que, con el paso del tiempo, se revelan como ciertos. Para demostrarlo puedo aducir a un autor que se llamaba Macrobio; no tomó los sueños como cosa de broma, antes bien, escribió una obra sobre el sueño que tuvo el rey Escipión.

(vv. 1-10)

Si a pesar de todo, alguien piensa o dice que es locura y necedad creer que sucede lo soñado, quien así lo considere, que me tenga por loco, pues por mí mismo sé que el sueño advierte del bien y del mal que le va a sobrevenir a la gente; y son muchos los que durante la noche sueñan cosas oscuras que después se les presentan con claridad.

(vv. 11-20)

El vigésimo año de mi vida —a la edad en que Amor cobra peaje a los jóvenes—, me acosté una noche, como de costumbre, y me dormí profundamente. Tuve un sueño hermosísimo, que me agradó mucho: no hubo nada en él que después no haya ocurrido tal como el sueño me había mostrado. Ahora quiero contarlo en

verso para alegraros los corazones, pues así me lo pide y ordena Amor.

Si alguien desea saber cómo debe ser llamado el libro al que ahora doy comienzo, éste es el *Libro de la Rosa,* y en él se encierran todas las artes de Amor. El asunto es bueno y nuevo; Dios quiera que lo acoja con gusto aquella por quien empiezo la obra: vale tanto y es tan digna de ser amada, que se debe llamar Rosa.

(vv. 21-44)

Me parecía que era mayo, hace cinco años por lo menos. Soñé que era mayo, tiempo de amor y de gozo, tiempo en que todo se alegra: los arbustos y los setos se cubren de hojas en el mes de mayo; los bosques recobran su verdor, pues se habían mantenido secos durante el invierno, y la misma tierra siente orgullo por el rocío que la moja, olvidando la pobreza en que había estado por el invierno; la tierra se vuelve tan presumida que quiere tener un vestido nuevo: no le resulta difícil, pues dispone de cien pares de colores: la hierba y las flores, violetas, azules y de muchos tonos distintos, tal es el vestido que veo que utiliza la tierra para embellecerse. Los pájaros que habían permanecido callados mientras hacía frío, y cuando el tiempo era hostil y crudo, a la llegada de mayo, con el buen tiempo, se ponen tan contentos que muestran con el canto el gozo que tienen en el corazón, y se ven impulsados a cantar. El ruiseñor se esfuerza entonces con sus silbos y gorjeos; el papagayo y la calandria también se esmeran con sus trinos. Es el momento en que los jóvenes empiezan a estar contentos y se enamoran gracias al suave y dulce tiempo. El que no ama en mayo tiene muy duro el corazón, pues en vano oye a los pájaros que cantan en las ramas.

(vv. 45-83)

En esa época tan agradable, en la que todo ser vivo se esfuerza en amar, soñé una noche que me encontraba. Mientras dormía me pareció que era muy temprano; al

punto me levanté de la cama, me calcé y fui a lavarme las manos; tomé una aguja de plata de un acerico hermoso y bello, y me dispuse a enhebrarla. Entonces me vinieron deseos de salir de la ciudad a escuchar los trinos de los pájaros que cantaban en los setos con alegría por la llegada de la nueva estación. Así, mientras me cosía las mangas, me deleitaba escuchando a las avecillas que cantaban en los jardines que habían empezado a florecer.

(vv. 84-102)

Alegre, contento y lleno de gozo, me encaminé a un río que se oía cerca de allí, pues no se me ocurría un sitio mejor para solazarme que las orillas de aquel río: el agua bajaba de una colina cercana, y caía con fuerza e ímpetu; era clara y tan fría como la de pozo o fuente. El río era poco más pequeño que el Sena, pero más ancho. Nunca hasta entonces había visto este río tan agradable. Me senté a contemplar el apacible lugar, me refresqué y me lavé la cara con el agua transparente y clara. El fondo estaba cubierto y empedrado de gravilla, y hasta la misma orilla bajaba un prado hermoso y bello. La mañana era soleada, tranquila y luminosa, y hacía un día templado. A través del prado, junto a la orilla del río, fui bajando el curso del agua.

(vv. 103-128)

Al cabo de poco tiempo, me encontré con un jardín alegre y grande que estaba completamente rodeado por un alto muro. La parte de fuera de la pared tenía dibujos, esculturas y rótulos pintados con gran riqueza. Con gusto contemplé estas figuras e imágenes, que os voy a contar y describir tal como las recuerdo.

En el centro vi a Malquerencia, que daba la impresión de estar triste y afligida, y de ser perversa; resultaba evidente que quería provocar y molestar, pero manteniéndose oculta a todos. No iba bien vestida, sino que parecía mujer pobre. Tenía arrugado y fruncido el ceño,

y su nariz era chata. Esta horrible y despreciable mujer se cubría de forma torpe con un velo.

A su lado izquierdo había una figura de aspecto diferente; leí el nombre que tenía sobre la cabeza: se llamaba Felonía.

(vv. 129-155)

A la derecha vi una imagen que llevaba el nombre de Villanía: era semejante en aspecto y forma a las otras dos. Daba la impresión de ser una mala criatura loca, dispuesta a hacer daño y a hablar mal de todos; resultaba insolente. Muy bien sabía pintar y retratar el que hizo tal imagen, pues realmente parecía cosa villana: era como si estuviera llena de injurias, y como si fuera mujer poco dispuesta a hacer honrar a quienes debía.

A continuación estaba pintada Codicia, que es la que incita a la gente a tomar, a no dar nada, a reunir grandes riquezas; es la que hace que muchos presten con usura, porque siempre está deseosa de reunir y juntar bienes; es la que aconseja a los ladrones y a los malhechores para que se pongan en movimiento: gran error y gran desgracia, pues siempre acaban ahorcando a muchos. Codicia es la que hace tomar las cosas de los demás, robar, quitar y malvender, sisar y engañar en las cuentas; es la creadora de los tramposos; los charlatanes, siguiendo su consejo, privan de sus justas heredades a doncellas y jóvenes. Esta imagen tenía las manos encorvadas y ganchudas: es lógico que así fuera, pues Codicia siempre se ha esforzado en coger lo ajeno, sin escuchar razones: le gusta demasiado lo de los demás.

(vv. 156-194)

Al lado de Codicia había otra figura, llamada Avaricia: era fea, sucia, demacrada, flaca y de mala presencia, tan verde como un cebollino y tan descolorida que parecía enferma y muerta de hambre, o que viviera sólo de pan amasado con lejía fuerte y abrasadora. Además de estar flaca, vestía con pobreza: llevaba una cota

vieja, destrozada y llena de remiendos, como si hubiera sido arrojada a los perros. A su lado, colgando en una débil percha, estaba su manto y una cota parda. El manto no era de petigrís: era de mala calidad, raído, de lana negra, velluda y pesada. La cota tenía más de veinte años, pero a Avaricia le preocupaba poco el vestir: sentiría mucho no ponerse ese traje porque estuviera usado o porque ya no le sirviera, pues necesitaría un vestido nuevo y Avaricia —a la que no le gusta gastar— preferiría pasar gran penuria antes de hacérselo.

Tenía escondida en la mano una bolsa anudada y cerrada con tanta fuerza que pasaba un gran rato antes de que lograra sacar algo de ella, aunque esto le importaba poco, pues no tenía intención de tomar nada de la bolsa.

(vv. 195-234)

Después estaba pintada Envidia, que no se había reído en toda su vida, y que no se había alegrado nunca por nada, a no ser porque había visto o había oído contar una gran desgracia: nada le agrada tanto como el dolor y la calamidad. Cuando ve que un gran infortunio cae sobre una persona de pro, eso es lo que más le gusta, entonces sí que se le alegra el corazón, igual que cuando ve que un gran linaje se hunde o es afrentado. Sin embargo, si contempla a alguien que crece en honra gracias a su buen sentido y a sus propios méritos, eso es lo que más le hiere, pues se entristece cuando ocurre algo bueno.

Envidia es tan cruel que no mantiene lealtad con sus compañeros y no permite acompañamiento; es enemiga de todos sus familiares, pues ciertamente no desea el bien ni para su padre. Pero tened por cierto que paga cara su maldad, porque sufre tanto y siente tal dolor cuando las gentes hacen el bien, que poco falta para que se derrita: de este modo la golpea su corazón traidor, tomando venganza por Dios y por los hombres.

Envidia no deja en ningún momento de hablar mal de todos: pienso que si conociera al más noble de cuantos hay a este lado o más allá del mar, intentaría ofenderlo; y si fuera un hombre tan íntegro que ella no consiguiera hacerlo caer de su mérito, ni derribarlo, al menos le agradaría disminuir su valor y su honra, hablando de él lo menos posible.

En la pintura vi que Envidia tenía una mala mirada, pues no miraba de frente, sino de reojo, disimulando; ésa era una mala costumbre suya, que no contemplaba nada abiertamente, antes bien, cerraba un ojo con desprecio, deshaciéndose de rabia y ardiendo cuando alguien de los que veía era noble, hermoso o gentil, querido y halagado por todos.

(vv. 235-290)

Junto a Envidia, cerca de ella, Tristeza estaba pintada en el muro: por el color, parecía que llevara luto en el corazón, y daba la impresión de que padeciera ictericia. Avaricia no la superaba en palidez, ni por lo flaca, pues la aflicción y la pena, la preocupación y los enojos que sufría día y noche habían hecho que perdiera el color y que se quedara delgada y pálida. Nadie tuvo jamás un sufrimiento y un dolor semejantes al que ella parecía tener. Pienso que nadie sería capaz de hacer que se alegrara, y ella tampoco quería regocijarse ni aliviar con nada el dolor que sentía en el corazón: lo tenía demasiado triste y la pena había arraigado hondo.

Bien se veía que estaba afligida, pues en poco tiempo se había arañado toda la cara, desgarrándosela en muchos sitios, como quien está triste; tenía los cabellos despeinados y sueltos sobre el cuello, revueltos por la pena y la aflicción. Tened por seguro que lloraba amargamente: cualquiera que la viese, por duro que fuera, sentiría una gran misericordia por ella, que continuamente se arañaba, se golpeaba y se maltrataba con los puños.

La desdichada, la pobre, bien mostraba su dolor; no

le preocupaba alegrarse, bailar o danzar, pues quien tiene el corazón afligido sabed que no desea deleitarse con la danza o con el baile. El que está triste no se ablanda gracias a la alegría, pues gozo y aflicción son contrarios.

(vv. 291-338)

Después estaba retratada Vejez, un paso por detrás del lugar que solía ocupar; apenas se mantenía en pie, de puro vieja y ajada. Su belleza se había marchitado; se había vuelto muy fea. Tenía la cabeza cana y blanca como si hubiera florecido. Por Dios, no sería gran pérdida ni gran desgracia su muerte, pues todo el cuerpo se le había secado y arrugado por la edad. Su rostro, lleno de surcos, en otro tiempo había sido suave y terso; ahora lo tenía completamente repleto de arrugas. Sus orejas eran velludas, y había perdido todos los dientes, no le quedaba uno solo. Era tan vieja que parecía que no podría caminar cuatro toisas sin la ayuda de muletas.

El tiempo, que corre noche y día sin pausa ni reposo, que pasa por nosotros tan calladamente que creemos que se ha detenido en un cierto momento, cuando en verdad nunca descansa ni deja de correr, de forma que no se puede pensar que exista el presente (si le preguntáis a un hombre de letras docto, antes de que haya contestado habrán transcurrido tres tiempos); el tiempo, que no puede detenerse y avanza siempre sin volver, como agua que fluye sin que regrese una gota; el tiempo, al que nada resiste, ni el hierro ni cualquier otro objeto duro, que hace que las cosas crezcan deprisa, deprisa cría, y todo lo destruye y lo pudre; el tiempo, que envejeció a nuestros padres, que avejentó a reyes y emperadores y que a todos nosotros nos hará viejos si no se le adelanta la muerte; el tiempo, que tiene el poder de envejecer a todas las cosas, la había envejecido tanto que —a mi parecer— no podía valerse sola, con lo que volvía a la infancia, pues no tenía más capacidad, ni más fuerza y juicio que un niño de un año. A pesar de

que —según creo— había sido discreta y culta cuando era de edad madura, nada le quedaba y se había atontado.

Llevaba una capa forrada, si no recuerdo mal, con la que se abrigaba muy bien y tapaba su cuerpo. Debía ser un manto cálido, pues si no, habría muerto, porque los viejos enseguida sienten el frío, sabedlo, tal es su naturaleza.

(vv. 339-404)

Tras esta imagen había otra representada, que dejaba de manifiesto su falsedad: se llamaba Hipocresía. Es la que, manteniéndose oculta, cuando nadie se puede defender, hace toda clase de daño sin preocuparse. Por fuera mueve a compasión, tiene aspecto sencillo y piadoso, y parece una santa criatura; pero bajo el cielo no hay desgracia que no haya pensado en su interior.

La imagen que la representaba se le parecía mucho, pues tenía aspecto sencillo: iba calzada y vestida como mujer devota; en la mano llevaba un salterio y —sabedlo— se esforzaba en ofrecer a Dios oraciones falsas, invocando a santos y santas. No estaba alegre, ni contenta, sino que parecía pendiente sólo de hacer buenas obras y vestía áspera estameña. No era gorda, antes al contrario, daba la impresión de que estuviera cansada de ayunar, por su color pálido y mortecino.

A ella y a los suyos les está prohibida la entrada en el Paraíso, pues —según el Evangelio— este tipo de gente hace adelgazar sus rostros para que los alaben en la ciudad, y por obtener un poco de gloria vana, que los privará de Dios y de su reino.

(vv. 405-438)

Por último, estaba retratada Pobreza, que carecía de bienes, y había sido pintada desnuda como un gusano porque había vendido sus vestidos. Si la estación fuera un poco distinta, pienso que moriría de frío, pues sólo tenía un saco viejo forrado con recortes de pieles: tal era

su cota y su manto; no llevaba nada más para ponerse, a la fuerza tiritaría. Se mantenía un poco alejada de las demás; como un pobre perro en un rinconcillo, se acurrucaba y cubría, pues cualquier cosa miserable siempre siente vergüenza y despecho, esté donde esté. ¡Maldita sea la hora en que se concibió a un pobre! Nunca se alimentará bien, ni irá bien vestido y calzado; nadie lo querrá y no recibirá alabanzas.

(vv. 439-460)

Tal como he contado, ésas eran las imágenes que se veían por toda la pared, pintadas de oro y azul. El muro era alto y tenía forma cuadrada; dentro había un jardín en el que nunca había entrado un pastor. El lugar era precioso. Le quedaría muy agradecido a quien me llevara dentro mediante escalas o escaleras, pues a mi parecer, no se podría encontrar un gozo o una alegría semejantes a las que había en aquel jardín: el lugar no era ni esquivo ni tacaño a la hora de albergar aves, y nunca hubo un sitio tan rico de árboles y de pájaros cantores, pues allí había tres veces más que en todo el reino de Francia.

Resultaba muy agradable oír la armonía de sus cantos, que alegraban a todo el mundo. Me regocijé tanto, que, si el paso hubiera estado libre, yo no habría aceptado cien libras a cambio de no entrar a ver la reunión de los pájaros que allí dentro con gozo cantaban danzas de amor y notas agradables, hermosas y bellas. ¡Que Dios los salve!

(vv. 461-494)

Al oír cantar a los pájaros empecé a pensar de qué manera o con qué astucia podría entrar en el jardín. No hallé ningún sitio para pasar: sabed que ignoraba si había una entrada, un camino o un paso; y no había nadie que me lo pudiera indicar, pues estaba solo. Me hallaba vencido y muy triste, hasta que por fin recordé que nunca jamás ocurría que en un vergel tan hermoso

no hubiera puerta, escala o cualquier otra forma de entrada. Entonces, di la vuelta muy deprisa alrededor de la construcción y de la tapia cuadrada, hasta que encontré un portillo pequeño y estrecho, que estaba bien cerrado. No había ningún otro lugar de entrada. Empecé a llamar a la puerta, sin buscar más. Llamé y golpeé bastante; muchas veces presté atención por si oía venir a alguien; al fin, me abrió el portillo, que era de carpe, una doncella noble y hermosa: tenía cabellos rubios como bacín de cobre; su cara era más dulce que un polluelo; la frente brillaba, tenía las cejas arqueadas y el entrecejo separado, amplio y bien proporcionado; su nariz estaba bien hecha y sus ojos eran vivos como los de un halcón. Para dar envidia a los locos, tenía dulce aliento agradable; rostro blanco y grana; boca pequeña y carnosa, y un hoyuelo en la barbilla; cuello bien acorde, la piel más suave que un vellocino, sin granos ni espinillas: de aquí a Jerusalén no había mujer de cuello más hermoso; era pulido y suave al tacto; tenía la garganta tan blanca como la nieve recién caída sobre las ramas.

Tenía cuerpo elegante y esbelto: era inútil buscar en otras tierras un cuerpo femenino más bello. Llevaba un hermoso nimbo de seda y oro. Nunca hubo una doncella tan elegante ni que se vistiera mejor, bien la vi y la contemplé. Sobre el nimbo de seda y oro llevaba una guirnalda de rosas frescas; tenía en la mano un espejo, y en la cabeza un rico pasador le mantenía el pelo trenzado. Para mayor elegancia, las dos mangas de su vestido estaban cosidas, y para evitar que se estropearan sus blancas manos, llevaba guantes blancos. Vestía una cota de rica tela verde de Gante, con un cordoncillo bordado alrededor: por su aspecto bien se veía que tenía poco quehacer. En peinarse, vestirse y arreglarse, se le pasaba el día; para ella siempre hacía buen tiempo y siempre era mayo, pues nada le preocupaba ni le inquietaba, a no ser el arreglarse con elegancia.

(vv. 495-572)

Cuando la doncella del hermoso cuerpo me abrió la puerta, le di las gracias con buenos modales, y le pregunté cómo se llamaba y quién era. No se me mostró altiva ni desdeñosa al responder:

—Me hago llamar Ociosa por mis conocidos. Soy mujer rica y afortunada, y llevo una vida agradable, pues de nada me ocupo si no en gozar y disfrutar, peinarme y hacerme trenzas. Soy amiga íntima de Solaz, el joven, el agradable, dueño de este hermoso jardín: él hizo traer de la tierra de Alejandría los árboles que aquí están plantados: después, cuando crecieron, hizo construir alrededor del vergel el muro que habéis visto y ordenó que pintaran en la parte de fuera las imágenes que hay, que no son ni bellas ni agradables, sino dolorosas y tristes, tal como acabáis de ver.

Muchas veces vienen aquí a divertirse y a tomar la sombra Solaz y sus seguidores, que viven en continuo gozo y alegría. Ahora debe estar Solaz ahí dentro, escuchando el canto de los ruiseñores, de los mirlos y de otros pájaros; en este vergel se entretiene y distrae con sus gentes: no podría encontrar un sitio más bello, ni un lùgar mejor para disfrutar. Sabed que las gentes más hermosas que podríais ver son los compañeros de Solaz, que los lleva a su lado y los guía.

(vv. 573-616)

Cuando Ociosa terminó de hablar, yo que escuchaba con atención le dije:

—Señora Ociosa, no os lo toméis a mal: ya que Solaz el bello, el noble, está aquí en este vergel con sus gentes, me gustaría, si puedo, acudir a su reunión esta misma tarde. Tengo que ir, pues pienso que debe ser agradable a la vista, y los participantes creo que serán corteses y bien educados.

Sin decir nada más, entré en el vergel por la puerta que me había abierto Ociosa; cuando estuve dentro, me sentí alegre, contento y gozoso; me consideraba como en el Paraíso Terrenal, tenedlo por seguro: el lugar era tan

agradable que semejaba cosa propia del espíritu, y —según me parecía— en ningún paraíso se podría estar tan bien como en el vergel que tanto me gustaba.

Había numerosos pájaros cantores reunidos por todo el jardín: en un lugar había ruiseñores; en otro, arrendajos y estorninos; en otros sitios había bandadas de tórtolas y reyezuelos, de jilgueros y golondrinas, de alondras y paros; más allá había abundantes calandrias, que ya estaban cansadas de competir en el canto; con ellas había mirlos y malvises que intentaban superar a los otros pájaros con sus silbos. En otro lugar había papagayos y muchas aves de las que, en los setos y bosques que habitan, se deleitan con su bello canto.

(vv. 617-658)

Hacían buen servicio los pájaros de los que os estoy hablando. Cantaban como si fueran ángeles espirituales, y al oírlos yo me alegraba, pues ningún hombre vivo oyó antes una melodía tan dulce. Era un canto tan agradable y hermoso, que no parecía de pájaros, sino que más bien se pensaría en el canto de las sirenas del mar, llamadas así por sus voces puras y dulces.

Los pajarillos estaban atentos al canto, pues, tened por seguro que no eran ni aprendices ni ignorantes; al oírlos y al ver el verdor del lugar, me puse muy alegre, más de lo que había estado hasta entonces, y por la amenidad del jardín me llené de gozo: al punto me convencí de que Ociosa me había servido bien proporcionándome tal bienestar. Debería tenerla por amiga, ya que me abrió la puerta de aquel vergel lleno de árboles.

Y ahora, de acuerdo con mis conocimientos, os voy a contar todo lo que ocurrió. Antes de nada, os diré qué estaba haciendo Solaz y quiénes eran sus acompañantes, pero no quiero extenderme demasiado. Después, os describiré el vergel sin dejar nada. No puedo hacerlo todo a la vez, y, por eso, os lo voy a contar por orden, de forma que no se me pueda censurar nada.

(vv. 659-698)

Los pájaros iban cumpliendo con su deber dulce y agradable: cantaban lais de amor y canciones corteses, unos con voz alta, otros en tono bajo. El canto no era nada despreciable, y la melodía consiguió que en mi corazón volviera a brotar la dulzura. Después de escuchar un poco a los pájaros, no pude resistir mis deseos de ir ante Solaz para ver su aspecto y contemplar su persona. Sin detenerme, fui a la derecha por una pequeña senda que estaba llena de hinojo y de menta: no tardé en encontrar a Solaz, pues estaba en un bosquecillo en el que me metí. Allí se estaba distrayendo con gentes de tanta belleza que, al verlas, me pregunté de dónde podrían haber llegado, pues eran como ángeles con alas: nadie vio a jóvenes más bellos. Se habían puesto a bailar al corro al son de las canciones que les cantaba una dama llamada Alegría.

Alegría lo hacía bien y de forma agradable; nadie entonaría los estribillos mejor ni con más elegancia; cantaba extraordinariamente bien, con voz clara y pura; se movía con habilidad, golpeaba con los pies de forma adecuada y entraba en el momento oportuno: estaba acostumbrada a cantar siempre la primera, y ése era el trabajo que hacía más a gusto.

Allí los veríais dar vueltas, bailando con gracia en hermosos corros sobre la fresca hierba. Allí veríais flautistas, ministriles y juglares que cantaban retroenchas y canciones de Lorena, pues en Lorena es donde se hacen las canciones más bellas de todos los reinos. Había numerosas mujeres que tocaban las castañuelas y la pandereta con habilidad: no cesaban de lanzar la pandereta al aire y la recogían con un dedo sin fallar nunca. Solaz hacía que bailaran en medio de la rueda dos doncellas muy hermosas, que vestían sólo la cota y tenían el cabello recogido en una trenza; no es necesario cantar la elegancia con que bailaban: una se acercaba a la otra y, cuando ya estaban juntas, aproximaban las bocas de forma que os parecería que iban a besarse en el rostro. Bien sabían moverse.

(vv. 699-774)

No sé qué más deciros; no me iría de allí nunca, mientras aquellas gentes continuaran con sus bailes y danzas.

Contemplé la rueda de pie, hasta que me vio una alegre dama: era Cortesía, la apreciada y afable, ¡que Dios le evite todo mal!

Se dirigió a mí, diciéndome:

—Buen amigo, ¿qué hacéis aquí? Venid y tomad parte en el baile con nosotros, si queréis.

Sin tardanza ni demora me uní a la rueda, contento de que Cortesía me hubiera suplicado y pedido que bailase, pues estaba deseoso y con ganas de bailar, aunque no me atrevía a hacerlo. Contemplé los cuerpos, las formas, los rostros, el aspecto y las maneras de los que estaban bailando, y os los voy a describir.

Solaz era bello, alto, erguido: no encontraréis a un hombre más hermoso. Su rostro era como una manzana, sonrosado y blanco alrededor; era elegante y de buena presencia; tenía ojos verdes, boca hermosa, nariz bien hecha, recta; cabellos rubios, rizados; era algo ancho de hombros y estrecho de cintura: parecía pintado, de hermoso y elegante que era y por lo bien formados que estaban sus miembros. En sus movimientos era diestro y ágil: no conocéis a nadie más ligero; no tenía barba ni bigote, sino incipiente bozo, pues era joven doncel. Llevaba vestido su cuerpo con un jamete bordado con pájaros, todo de oro batido; el traje tenía muchos adornos: estaba acuchillado y cortado en varios sitios, para mayor elegancia. Iba calzado con gran perfección, con zapatos de lazo, hechos a medida. Por amor, y como gracia, su amiga le había hecho una corona de rosas que le quedaba muy bien. ¿Sabéis quién era su amiga? Era Alegría, que no odiaba a nadie, siempre estaba contenta y cantaba bien; desde que tenía apenas siete años le había otorgado su amor.

Solaz la sujetaba por los dedos en medio del corro y ella a él. Hacían muy buena pareja, pues él era hermoso y ella, hermosa. Ella parecía rosa fresca, por el color de

su tierna carne, que se podría herir con una espina pequeña. Tenía frente hermosa, despejada, sin arrugas; cejas morenas y arqueadas; ojos alegres y tan vivos que siempre empezaban a reír, antes que su boquita. No sé qué decir de la nariz: no se podría hacer una mejor con cera. Tenía la boca pequeñita y dispuesta a besar a su amigo; su cabeza era rubia y reluciente. ¿Qué más os puedo decir? Era bella y elegante; se adornaba con un hilo de oro, y llevaba un sombrero nuevo de seda y oro: yo, que he visto muchos tocados, nunca vi uno tan bien hecho. Vestía su cuerpo y lo cubría con un jamete dorado: se sentía orgullosa de que su amigo llevara un vestido igual.

(vv. 775-862)

A su otro lado estaba el dios de Amor, que reparte a su antojo enamoramientos. Es el que hace justicia con los enamorados, el que abate el orgullo de las gentes haciendo del señor, servidor, y de las damas, criadas, cuando las encuentra demasiado soberbias.

El dios de Amor no parecía un muchacho vulgar por su aspecto, y era apreciado por su belleza. Para contar cómo iba vestido me temo que tendré dificultades, pues no llevaba traje de seda, sino de florecillas, hecho por delicados amores. Era un vestido adornado por todas partes con losanges y ajedrezado, con aves, leones, leopardos y otras clases de animales; y, para mayor abundancia de colores, tenía flores de muchos tipos, que habían sido colocadas allí con gran arte. No hay flor que nazca en verano que no estuviera: retama y violeta, flores blancas y negras, amarillas, azules y verdes; todas estaban allí, tal variedad había. En algunos sitios se mezclaban pétalos de rosa grandes y anchos. En la cabeza llevaba una guirnalda de rosas, pero los ruiseñores que volaban alrededor hacían caer los pétalos.

Él mismo estaba rodeado de pájaros, oropéndolas, ruiseñores, calandrias y paros: parecía un ángel que acabara de llegar del cielo. A su lado había un jovencito,

al que mantenía cerca de sí, que se llamaba Dulce Mirada.

Este muchacho contemplaba el baile guardando al dios de Amor dos arcos turcos: uno estaba hecho con madera de un árbol cuyos frutos son amargos; estaba lleno de nudos y protuberancias por todas partes, y era más negro que mora. El otro era de madera tierna y flexible; era largo y de bella forma; estaba bien tallado y moldeado, y tenía abundantes adornos: en él había pinturas que representaban a damas de todas clases y a jóvenes alegres y elegantes.

Tales eran los dos arcos que sujetaba Dulce Mirada —que, además, no parecía un muchacho vulgar—, a la vez que guardaba diez flechas de su señor; tenía cinco en la mano derecha: éstas estaban pintadas de color oro y tenían penachos bien hechos y muescas perfectas; eran de punta fuerte, cortante y aguda, que podía clavarse sin dificultad; pero no eran de hierro ni de acero, pues no había en estas flechas nada que no fuera de oro, a excepción de los penachos y del asta, que habían sido colocados en cortantes puntas con barbas.

(vv. 863-934)

La mejor y más rápida de estas flechas, la más hermosa, la que llevaba el mejor penacho, se llamaba Belleza. Una de las que herían con mayor facilidad recibía el nombre de Sencillez, según creo. Había otra llamada Franqueza: tenía un penacho hecho con valor y cortesía. La cuarta flecha era muy pesada y no podía llegar demasiado lejos: se llamaba Compañía; si se utiliza en distancias cortas puede causar graves daños. La quinta se llamaba Buena Cara: era la más ligera, y sin embargo, producía grandes heridas; es digno de compasión el que es alcanzado por esta flecha, pues antes de que pase mucho tiempo verá afectada su salud, con un dolor nada pequeño.

Había cinco flechas de otro tipo, que eran muy feas. El asta y la punta eran más negras que diablo del

infierno. La primera se llamaba Orgullo; otra, que no era mejor, Villanía: ésta estaba teñida y envenenada con traición; la tercera recibía el nombre de Vergüenza y la cuarta, de Desesperación. La última se llamaba, sin duda, Mudanza en el Pensamiento. Estas cinco flechas eran todas iguales en forma, y parecidas entre sí. Les iba muy bien uno de los arcos, el que era feo, lleno de nudos y de bultos: ése debía disparar tales flechas. Seguramente tenían propiedades contrarias a las otras; pero no voy a decir ahora sus cualidades ni sus poderes: se os contará toda la verdad, y no olvidaré el significado de cada una de ellas, pues es importante, y os lo revelaré antes de que finalice mi relato. Ahora, volveré a lo que estaba diciendo.

(vv. 935-984)

Voy a contar el aspecto, los modos y el comportamiento de las nobles gentes que estaban bailando. El dios de Amor se había acercado mucho a una dama de elevada condición, y había escogido bien su acompañamiento: esa dama se llamaba Belleza, como una de las cinco flechas. Tenía todas las buenas cualidades: no era de piel oscura, ni demasiado morena, sino que brillaba como la luna, con respecto a la cual las estrellas parecen tímidas candelas. Tenía la carne frágil como el rocío; era pudorosa como una recién casada, y blanca como lirio; su rostro era suave y terso; estaba un poco delgada y era ágil; no se había maquillado ni se había pintado, pues no tenía necesidad de arreglarse y aderezarse. Tenía cabellos rubitos y largos que le bajaban hasta los talones; nariz bien hecha, como los ojos y la boca. En el corazón me entra una gran dulzura —así me ayude Dios— cuando me acuerdo del aspecto de cada uno de sus miembros, pues no ha habido mujer tan hermosa en el mundo. Para ser breve diré que era muy joven y rubia, agradable, afable, cortés y elegante, bien proporcionada, un poco delgada, gentil y alegre.

Al lado de Belleza estaba Riqueza, que era dama de

elevada posición, de gran valor y de reconocido mérito. El que se atreviera a hacerle daño a ella o a los suyos, mediante acciones o palabras, tendría que ser muy valiente y osado, pues ella podría perjudicarle o beneficiarle mucho: no es cosa de hoy ni de ayer que los ricos tienen un gran poder para ayudar o para perjudicar.

Todos, grandes y pequeños, tributaban honor a Riqueza; todos se esforzaban en servirle para merecer más sus recompensas; cada cual la llamaba dama suya, pues todos le tenían miedo; todo el mundo estaba bajo su dominio. En su corte hay muchos aduladores, muchos traidores y muchos envidiosos: son los que buscan el desprecio y la afrenta para los amantes. Los aduladores alaban a las gentes cuando están en su presencia, y untan con palabras a todo el mundo; luego, les clavan sus mentiras por la espalda, hasta el hueso: estos aduladores han obligado a huir a muchos, y hacen que se mantengan lejos de la corte muchos que deberían ser consejeros privados. ¡Que les sobrevengan abundantes males a estos mestureros llenos de envidia! Ningún hombre noble ama su vida.

(vv. 985-1050)

Riqueza llevaba un vestido de púrpura: no consideréis exageración si os digo y afirmo que jamás hubo otro así de bello, rico y elegante en el mundo. Estaba lleno de adornos de pasamanería y tenía dibujadas con hilo de oro historias de duques y reyes; llevaba en el cuello una banda de oro y esmaltes enriquecida con abundantes piedras preciosas que desprendían una gran claridad.

Riqueza llevaba un cinturón muy elegante; ninguna dama se había puesto nunca uno tan rico: el broche estaba hecho con una piedra que tenía unas propiedades y unas virtudes extraordinarias, pues el que la llevaba consigo no debía temer ningún veneno, ni ser envenenado por nadie. Hacía bien estimando tal piedra que valía —para cualquier rico— más que todo el oro de Roma. La hebilla era de otro tipo de piedra, que curaba el dolor

de muelas, con la virtud de que quien la contemplara —por joven que fuese— quedaría a salvo el resto de su vida. Los remaches que había en el dorado tejido eran de oro puro: eran gruesos y pesados, y el valor de cada uno de ellos era, por lo menos, de un besante.

Sobre las trenzas rubias llevaba una diadema de oro: nunca hasta entonces se había visto una tan hermosa, a mi juicio. Era de oro retorcido; sería muy hábil en la descripción el que fuera capaz de contaros o describiros las gemas que había en ella: resultaría imposible calcular el valor de las piedras que estaban engastadas en el oro: allí había rubíes, zafiros, jacintos y más de dos onzas de esmeraldas; la diadema tenía por la parte de delante un carbunclo engarzado con gran habilidad: daba tanta luz que cuando anochecía se podía ver a una legua de distancia; salía tal claridad de la piedra, que a Riqueza le resplandecía el rostro y la cara, y a su alrededor, estaba todo iluminado.

Tenía cogido de la mano a un muchacho extraordinariamente bello, que era su verdadero amigo. Era hombre que se entretenía con agrado en cuidar bien sus pertenencias: se calzaba y vestía con esmero, y tenía valiosos caballos, pues prefería ser acusado de asesinato o de latrocinio antes que tener malos rocines en su establo; y por eso estimaba en mucho la elegancia y la benevolencia de Riqueza, pues siempre estaba pensando en tener grandes gastos: ella se los mantenía y sustentaba, dándole tantos bienes como si los sacara de un granero.

(vv. 1051-1124)

Luego venía Generosidad, que estaba bien educada y sabía honrar a la gente y gastar bien. Era del linaje de Alejandro, y nada le causaba mayor gozo que decir «toma». Avaricia la pobre no estaba tan dispuesta a recibir como Generosidad a dar; Dios hacía que le crecieran sus riquezas, de modo que cuanto más daba, más tenía. Grandes eran el mérito y la fama de Genero-

sidad: tenía a su disposición a sabios y a locos, pues a todos se los había ganado con sus dones. Y si hubiera alguien que la odiara, ella conseguiría ganárselo como amigo con sus muchos favores; por eso la amaban los ricos y los pobres.

Muy loco está el hombre de elevada condición que es tacaño, ya que éste es el peor vicio de los que puede tener: el avaro no conquistará nunca ni señoríos ni grandes tierras, porque no tiene suficientes amigos con los que cumplir sus deseos. El que quiera tener amigos, no debe apreciar demasiado sus bienes, y ganará amigos con buenos regalos; pues del mismo modo que el imán atrae con facilidad al hierro, así atrae al corazón de las gentes el oro y la plata que se regalan.

Generosidad llevaba un vestido nuevo de púrpura sarracena. Su rostro era hermoso y bien formado; llevaba el cuello al descubierto, pues acababa de regalarle allí mismo a una dama su broche. Pero no le sentaba mal llevar abierto el cuello, dejando la garganta a la vista de forma que por debajo de la camisa se clareaba la suave piel. Generosidad, la preciada, la prudente, iba acompañada por un caballero del linaje del buen rey Arturo de Bretaña; ese caballero era el que sostenía el estandarte de valor y el gonfalón: aún tiene tal fama que sus historias se siguen cantando delante de reyes y condes. El caballero acababa de regresar de un torneo en el que había realizado grandes proezas y numerosos combates por su amiga; había destruido muchos yelmos verdes, atravesado innumerables escudos con brocal y derribado a abundantes caballeros, venciéndolos gracias a su fuerza y valor.

(vv. 1125-1188)

A continuación estaba Franqueza, que ni era morena, ni de color cetrino, sino que era más blanca que la nieve. No tenía nariz chata como los de Orleans, antes bien, era una nariz larga y recta; ojos glaucos, alegres, cejas arqueadas, cabellos rubios y largos, y era más sen-

cilla que una paloma. Tenía un corazón dulce y lleno de amabilidad: no se atrevía a decir o a hacer nada indebido contra nadie; y si conociera a un hombre que se sintiera atormentado deseando tenerla por amiga, pienso que no tardaría en compadecerse de él, pues su corazón era tan misericordioso, tan dulce y tan amable que, si alguien sufriera por ella sin que ella le prestara auxilio, pensaría estar cometiendo una gran villanía.

Llevaba un vestido que no era nada basto: no había otro tan rico hasta Arras, y estaba tan bien cortado y cosido que no había una sola puntada que no estuviera en su justo sitio. Muy bien vestida iba Franqueza, pues no hay un vestido mejor para las doncellas que el que llevaba ella: la mujer va más elegante y atractiva con un vestido como ése que con cota. El vestido, que era blanco, indicaba que quien lo llevaba puesto era dulce y sincera.

A su lado había un muchacho, que no sé cómo se llamaba, pero era bello, y debía ser hijo del señor de Windsor.

Detrás estaba Cortesía, que era muy estimada por todos, pues no era ni orgullosa ni loca. Fue ella la que me llamó para que bailara —y le doy las gracias— apenas llegué allí. No era tonta ni sombría, sino prudente y discreta, sin insolencia, de buenas respuestas y agradables palabras; a nadie le llevaba la contraria y con nadie se enfadaba. Era castaña, gentil, hermosa y elegante: no conozco a otra de aspecto más agradable; era bien digna de ser emperatriz o reina por su belleza.

Iba acompañada por un caballero de trato afectuoso y conversación amena, que honraba a la gente como correspondía. Era un caballero hermoso y de noble presencia, diestro con las armas y amado por su dama.

(vv. 1189-1248)

Venía después Ociosa la bella, que se mantenía cerca de mí. Ya os he dicho, sin ocultar nada, su aspecto y su imagen: no os contaré nada más; ella fue la primera

en tratarme con bondad, al abrirme la puerta del vergel; se lo agradezco.

A continuación estaba —si no me equivoco— Juventud, de rostro claro y alegre, que apenas tendría algo más de doce años, a mi parecer. Era un poco simple, no pensaba en ningún mal, ni en perfidia alguna, sino que estaba alegre y contenta, pues la joven no se preocupa más que de jugar, como bien sabéis. Su amigo era tan íntimo que la besaba siempre que quería, ante todos los que estaban bailando: aunque alguien les hubiera dicho dos palabras, no se habrían avergonzado, pues estaban besándose como dos tórtolas. El muchacho era joven y bello, y debía ser de la misma edad que su amiga, y de la misma forma de sentir que ella.

Así bailaban aquellas gentes, acompañadas por otras de su séquito. Todos ellos eran nobles, educados y de buen comportamiento. Después de ver el aspecto de los que dirigían las danzas, me entraron deseos de contemplar y recorrer el jardín, deteniéndome a la vista de los hermosos laureles, de los pinos, avellanos y nogales. El baile se iba apagando, pues la mayoría se retiraba con sus amigas a la sombra de estos árboles, para cortejar. ¡Dios, qué buena vida llevaban! ¡Loco es quien no siente envidia! El que pudiera permitirse una vida semejante, soportaría con gusto la carencia de otros bienes mejores, pues no hay paraíso más grande que estar a gusto con la amiga.

Me marché de allí, entreteniéndome solo por el vergel, yendo de un lado a otro; entonces el dios de Amor llamó a Dulce Mirada: no quería que le siguiera guardando por más tiempo el arco de oro; sin más demora, le ordena que se lo tense, y éste lo hizo de inmediato. Le da el arco ya tensado y cinco flechas fuertes y brillantes, preparadas para lanzar. El dios de Amor empezó a seguirme de lejos, con el arco en la mano. ¡Que Dios me proteja de herida mortal, si dispara contra mí!

Yo, que entonces no le di ninguna importancia a

aquello, me alejaba divirtiéndome libre por el vergel, mientras que el otro me seguía. No me detuve en ningún lugar hasta que lo había recorrido todo: era un jardín perfectamente cuadrado, igual de largo que de ancho. No hay árbol que se cargue de frutos —a no ser que fuera un árbol despreciable—, del que no hubiera dos o tres ejemplares, o incluso más, en el huerto: había manzanos, bien lo recuerdo, con abundantes manzanas rojas, que son buena fruta para los enfermos; había numerosos nogales, que cuando llegaba la sazón se llenaban de nueces moscadas, que no son ni amargas ni insípidas; abundaban los almendros que habían sido plantados en el vergel; quien las necesitara, encontraba allí muchas higueras y numerosas palmeras de dátiles. Había en el vergel diferentes especias: clavo, regaliz, grana del paraíso fresca, hierbaluisa, anís, canela y muchas otras especias agradables, que hacen que la comida sea buena en la mesa.

(vv. 1249-1344)

En el vergel había árboles frutales cargados de membrillos y de melocotones, castañas, nueces, manzanas y peras, nísperos, ciruelas claudias y negras, cerezas frescas rojas, serbas, alisos y avellanas. El jardín estaba poblado de grandes laureles y de altos pinos; los olivos y cipreses abundaban en el vergel. También había olmos, frondosos y robustos, ojaranzos y hayas, rectos avellanos, álamos y fresnos, arces, altos abetos y robles. ¿Qué más os puedo decir? Había tal variedad de árboles que me encontraría con muchos tropiezos antes de haberlos enumerado por completo. Sabed que los árboles estaban tan separados unos de otros como era debido, pues distaban más de cinco o seis toisas; las ramas eran largas y altas, y tan frondosas por arriba que impedían que el calor y el sol llegara a bajar hasta el suelo y dañara a la tierna hierba.

En el vergel había gamos y corzos, y abundantes ardillas que trepaban por los árboles; había conejos que

entraban y salían de sus madrigueras sin cesar: corrían unos tras otros de infinitas formas por la fresca hierba verde.

Había allí —aunque no sé cuántas eran— claras fuentes, que no tenían insectos ni ranas, a la sombra de los árboles. El agua corría, con murmullo dulce y agradable, por pequeños arroyos que Solaz había ordenado hacer. Alrededor de los riachuelos y a la orilla de las fuentes claras y vivas brotaba la hierba fresquita y con fuerza: allí se podría acostar a la amiga como en un lecho, pues la tierra era blanda y suave. Gracias a los manantiales crecía allí hierba suficiente. Pero el lugar estaba embellecido, además, por la abundancia de flores que había allí siempre, en invierno y en verano: hermosas violetas recién abiertas, frescas y tiernas; flores blancas y rojas, y muchas variedades de flores amarillas. Aquella tierra era bellísima, adornada y salpicada de flores de colores distintos y de extraordinario olor.

No os hablaré durante más tiempo de aquel lugar agradable y apacible. Me voy a callar, pues me sería imposible contar toda la belleza y la gran hermosura del vergel.

Fui de un lado a otro hasta que recorrí y contemplé el jardín en su totalidad. Mientras tanto, el dios de Amor me seguía atento, como el cazador que espera que el animal entre en el lugar adecuado para, entonces, dejar ir la flecha. Llegué a un sitio bellísimo, algo apartado, en el que encontré una fuente bajo un pino. Desde los tiempos de Carlomagno y de Pipino no se había visto un árbol tan hermoso: había crecido tanto que no había en todo el jardín un árbol más alto.

(vv. 1345-1429)

Naturaleza, con gran habilidad, había situado la fuente en una piedra de mármol que tenía escritas en el filo superior unas letras pequeñas, que decían: «Aquí murió el bello Narciso.»

Narciso fue un muchacho al que Amor atrapó en sus

redes: lo atormentó tanto y tanto hizo que llorara y se lamentara, que al final entregó su alma, pues Eco, dama de elevada posición, lo amaba más que a ningún ser vivo y fue tan mal tratada por él, que acabó diciendo que obtendría su amor o que moriría. Pero Narciso era tan bello que por su gran hermosura estaba lleno de desdén y de orgullo, y no quiso aceptar por más que se lo pidió y suplicó. Al verse rechazada sintió tal dolor y tal tristeza y lo consideró un despecho tan grande, que cayó muerta al punto. Pero antes de morir suplicó y requirió a Dios que Narciso, por su corazón arisco y su indecisión para amar, fuera atormentado y destruido algún día por un amor para el que no pudiera encontrar médico que lo curara: así sabría y conocería el sufrimiento de los leales amadores, cuando los rechazan de forma tan vil.

Esta súplica era razonable y, por eso, Dios la aceptó. Así, Narciso llegó un día por casualidad a aquella fuente de aguas puras y cristalinas; fue a ponerse a la sombra del pino un día que regresaba de cazar y que se había esforzado corriendo arriba y abajo, hasta que se sintió sediento por la dureza del calor y por el cansancio que le había privado de aliento.

Cuando llegó a la fuente, que el pino cubría con sus ramas, pensó beber en ella: se tumbó dispuesto a saciar la sed y entonces vio en el agua limpia y clara su propio rostro, su nariz y su dulce boquita; se quedó sorprendido, traicionado por su reflejo, pues pensaba estar viendo el rostro de un joven extraordinariamente hermoso. Bien se vengó Amor del gran orgullo y de la altivez que había tenido Narciso. Fue entonces cuando recibió la recompensa que se merecía: se pasó tanto tiempo en la fuente, que se enamoró de su propio reflejo y murió al fin, así concluyó el asunto. En efecto, cuando se dio cuenta de que no podría llevar a cabo sus deseos y de que estaba tan bien atrapado que no podría volver a estar a gusto en ningún lugar y en ninguna circunstancia, perdió la cabeza por el gran dolor y murió en poco

tiempo. De este modo recibió la recompensa y su merecido por la pobre a la que había despreciado.

Damas, aprended este ejemplo, vosotras que tratáis mal a vuestros amigos: si los dejáis morir, Dios os lo hará pagar caro.

Cuando gracias al rótulo supe que aquélla era ciertamente la fuente del bello Narciso, retrocedí sin atreverme a mirar dentro y me acobardé al recordar a Narciso y su desgracia. Pero consideré que me asustaba sin motivo, que podía acercarme a la fuente sin temor, que me alejaba sin razón.

(vv. 1430-1520)

Entonces me acerqué, me incliné para contemplar el agua que manaba y la gravilla que relucía en el fondo más blanca que la plata pura: tal era la fuente, no hay otra igual en todo el mundo; su agua era siempre fresca y recién salida, pues día y noche manaba a grandes borbotones de dos manantiales cristalinos y profundos.

Alrededor crece, espesa, la hierba gracias a la abundante y generosa agua: ni siquiera muere en invierno, y la fuente nunca se seca ni escasea.

En el fondo de la fuente había dos piedras de cristal que contemplé con atención; y os voy a decir una cosa que creo que os sorprenderá en cuanto la oigáis. Cuando el sol, que todo lo ve, lanza sus rayos a la fuente, y la claridad llega al fondo, aparecen más de cien colores en el cristal que, gracias al sol, se hace morado, amarillo y rojo. Es un cristal de propiedades maravillosas: en él se reflejan los árboles y las flores de alrededor y todo lo que adorna el vergel. Para que lo entendáis mejor, os lo voy a explicar mediante un ejemplo: del mismo modo que el espejo muestra todo cuanto tiene enfrente, que se ve sin dificultad incluso con su color y forma, así ocurre con el cristal del que os hablo, que muestra al que mira en el agua todo cuanto hay en el jardín: se coloque donde se coloque, siempre verá la mitad del vergel y si da la vuelta podrá contemplar el resto; y no hay nada

por pequeño que sea o por muy alejado o escondido que esté, que no aparezca como si estuviera pintado en el cristal.

Éste es el espejo peligroso en el que Narciso, lleno de orgullo, contempló su propio rostro y sus ojos glaucos, y en el que cayó muerto al fin. Quien se mire en este espejo no encontrará salvador ni médico que pueda impedir que vea en sus ojos algo que lo empuje de inmediato a amar. Muchos hombres valerosos han sido vencidos por el espejo, pues incluso los más sabios, los más nobles y los más dispuestos no tardan en ser apresados y cogidos. Aquí, una rabia nueva sorprende a las gentes; aquí se mudan los sentimientos; aquí no es necesario el buen sentido ni la discreción; aquí sólo hay voluntad pura de amar; aquí no hay nadie que pueda ser aconsejado, pues Cupido, hijo de Venus, sembró aquí la semilla de Amor, con la que está teñida la fuente, e hizo que se pusieran lazos y trampas alrededor para prender a las doncellas y a los muchachos, pues Amor no quiere otras aves.

Por la semilla que en ella sembraron, recibió esta fuente el justo nombre de Fuente de Amor y muchos han hablado de ella en numerosos lugares, en novelas y en historias. Pero no oiréis mejor descripción del asunto que la que yo os haré, descubriéndoos todos sus misterios.

Contemplé con detenimiento la fuente y los cristales del fondo, que me revelaban mil cosas de las que había alrededor. Pero en mala hora lo hice, desdichado de mí, ¡tanto he suspirado después! El espejo me engañó: si hubiera conocido antes su poder y sus virtudes, no me habría metido en él, pues al punto caí en el lazo que ha apresado y traicionado a tantos hombres.

(vv. 1521-1612)

En el espejo, entre otras mil cosas, vi rosales cargados de flores, que estaban en un sitio retirado, rodeado por un seto. Entonces sentí grandes deseos de ir

a contemplar el grupo mayor, y no dejaría de hacerlo a cambio de toda la riqueza de Pavía y de París. Alcanzado por tal furia, que ha sorprendido a otros muchos, me dirigí de inmediato hacia los rosales: al acercarme, el fragante olor de las rosas me atravesó hasta las entrañas, como si acabara de haber sido embalsamado.

Temiendo que me lo censuraran o que se me llamara la atención, no me atreví a coger ni una sola rosa, aunque sólo fuera para tenerla en la mano y oler su perfume. Pero temía tener que arrepentirme, pues podía molestarle al señor del jardín.

Abundaban en grandes grupos las rosas, no se encontrarían más bellas bajo el cielo; había capullos pequeños y cerrados, y otros un poco mayores; otros ya casi en sazón y a punto de abrirse. Estos no eran despreciables: las rosas abiertas y alegres se marchitan en un día, mientras que los capullos se mantienen frescos por lo menos dos o tres días. Me quedé embelesado, pues en ningún sitio crecen tan hermosos: el que pudiera arrancar uno debería estimarlo en mucho; por mi parte, nada me gustaría más que hacerme una guirnalda con ellos.

(vv. 1613-1652)

Entre todos, elegí un brote bellísimo, y a su lado me parecieron poco los demás que vi: tenía el color rojo más perfecto que Naturaleza pudo crear; estaba rodeado por cuatro pares de hojas, puestas por Naturaleza con habilidad unas a continuación de las otras; el tallo era recto como un junco y sobre él se asentaba la flor sin colgar ni inclinarse. Su aroma se esparcía alrededor y el perfume que producía llenaba todo el lugar. Al olerlo, se me fueron las ganas de abandonar aquel sitio y me acerqué para cogerlo, pero no me atreví a tender las manos: me lo impidieron los cardos afilados y agudas espinas; y no me dejaban avanzar —por miedo a hacerme daño— espinos cortantes y sutiles, ortigas y zarzas de puntas finas como cuernos.

El dios de Amor, que con el arco tensado se había aplicado a seguirme y espiarme, se detuvo bajo una higuera; al ver que yo había escogido aquel capullo, que me agradaba más que ningún otro, tomó una flecha, la empulgó en la cuerda y estiró el arco, que era muy resistente, hasta la altura de la oreja y, apuntándome, hizo que la flecha me entrara por un ojo y me llegara hasta el corazón con violencia. Sentí tal frío que después muchas veces tirito al recordarlo aun estando envuelto en un cálido manto. Alcanzado de este modo, caí de espaldas; el corazón me falló, el corazón me mintió y allí permanecí desvanecido durante un largo rato. Al volver en mí, cuando recobré el sentido y la razón, me encontraba débil y pensé que había perdido gran cantidad de sangre; sin embargo, la flecha que se me había clavado no me había hecho derramar una sola gota, y la herida estaba completamente seca. Tomé la flecha con las dos manos y empecé a tirar de ella con fuerza y, tirando, a suspirar con dolor; tanto me esforcé que conseguí arrancarme el asta empenachada, pero la barbada punta, que se llamaba Belleza, se me había clavado tan dentro del corazón, que no pudo ser arrancada y se quedó allí, sin que brotara ni una sola gota de sangre.

(vv. 1653-1718)

Me sentí angustiado y lleno de preocupación, pues el peligro se había duplicado y yo no sabía qué hacer, ni qué decir, e ignoraba si encontraría médico para mi herida, pues no esperaba que me la curara ninguna de aquellas hierbas y raíces: mientras tanto, mi corazón no se ocupaba de otra cosa que de llevarme hacia la rosa; si la tuviera en mi poder, sin duda, me devolvería la vida, porque me bastaba con verla y sentir su perfume para que el dolor se me aliviara de forma considerable.

Empecé a acercarme a la flor de suave aroma, mientras que Amor tomaba otra flecha de oro; era la segunda y se llamaba Sencillez; ha hecho que se enamo-

ren muchos hombres y muchas damas en el mundo. Cuando Amor vio que me acercaba. Sin mediar amenazas me disparó la flecha, que no tenía nada de acero, y la hiriente saeta me llegó al corazón a través de los ojos. No conseguiré sanar con nada, pues al intentar arrancármela, sin gran esfuerzo me quedé con el asta, pero la punta no salió. Tened por seguro que si antes deseaba alcanzar la rosa, ahora mi voluntad por lograrla era mucho mayor: al aumentarme el sufrimiento, me crecían los deseos de ir en busca de la flor que olía más que una violeta. Más me hubiera valido retirarme, pero no podía rechazar las órdenes de mi corazón: a la fuerza tenía que ir hacia donde él se dirigía.

El arquero, que se esfuerza en hacerme daño y lo procura, no me deja ir sin más, sino que para enloquecerme hace que la tercera flecha vuele contra mi cuerpo; esta flecha era la que se llamaba Cortesía. La herida fue profunda y ancha, y me hizo caer desmayado bajo un frondoso olivo. Durante mucho tiempo estuve allí sin moverme. Cuando volví a tener fuerzas, tomé la flecha y de inmediato arranqué el asta de mi costado, pero no pude sacar la punta, por más que lo intenté.

(vv. 1719-1774)

Me senté angustiado y pensativo. Esta herida me atormenta, obligándome a ir hacia la flor que tanto me agrada, pero el arquero me infunde miedo con razón, pues el que se ha escaldado debe huir del agua.

Gran cosa es la necesidad: aunque yo hubiera visto que caían mezclados cuadrillos y piedras, tan abundantes como si fueran granizo, no habría dejado de dirigirme hacia allí, pues Amor —que todo lo supera— me daba valor y atrevimiento para cumplir sus órdenes.

Me puse en pie, a pesar de que estaba débil y desfallecido, como un herido; sin preocuparme por el arquero procuré caminar hacia la rosa a la que tendía mi corazón, pero había tantos espinos, cardos y zarzas que no conseguí avanzar lo suficiente para llegar a la flor.

Tuve que quedarme junto al seto que rodeaba a las rosas y que tenía agudas espinas. Sin embargo, me resultaba muy agradable estar tan cerca y notar el dulce aroma que salía de la flor, y me gustaba todo cuanto veía: la recompensa era grande y me provocaba gozo y alegría suficientes para olvidar los sufrimientos. Estaba contento y a gusto, y no había nada que me apeteciera tanto como quedarme allí, de forma que no me iría nunca.

Al cabo de un buen rato, el dios de Amor —que está destrozando mi corazón, pues lo ha puesto como diana— me vuelve a atacar y para desgracia mía dispara otra flecha que me hace una nueva herida bajo la tetilla. La saeta se llamaba Compañía: ninguna vence más deprisa a las damas y a las doncellas. Se me renueva al punto el dolor de las heridas, y me desmayo tres veces en un instante.

(vv. 1775-1828)

Al volver en mí, lloro y suspiro, pues mi sufrimiento aumenta y empeora, de modo que pierdo toda esperanza de curación y de alivio; preferiría haber muerto en vez de seguir vivo, pues en definitiva —según me parece— Amor hará de mí un mártir y no podré escapar.

Mientras tanto, toma otra flecha, que aprecia mucho, pero que yo considero muy pesada: es Buena Cara, que no consiente que ningún enamorado se arrepienta de servir a Amor, al margen de sus propios sentimientos. Es una flecha aguda para atravesar con facilidad cualquier cosa y cortante como hoja de afeitar de acero; Amor había untado muy bien la punta con un bálsamo precioso para que no causara demasiado daño, pues no desea que yo muera, sino que reciba algún alivio con el ungüento, que estaba lleno de consuelo. Amor lo había preparado con sus propias manos para reconfortar a los leales amadores; para aligerar mis males me disparó esa flecha, produciéndome una gran herida.

El ungüento se vertió por mis llagas y me devolvió

la fuerza del corazón que había perdido: habría muerto y estaría mal de no haber sido por el bálsamo. Me arranqué el asta, pero la punta de la nueva flecha también se quedó dentro.

Se me habían quedado clavadas las cinco; difícilmente se podrán arrancar. El ungüento alivió el dolor de mis heridas, que me hacía empalidecer.

Esta última flecha tenía una curiosa virtud: producía dulzor y amargura. He sentido y notado el auxilio que me prestó, pero también su perjuicio; al clavarse produjo angustia, después su bálsamo me alivió. Por una parte me unge, por otra me hiere: así me ayuda, así me daña.

(vv. 1829-1880)

No tarda Amor en acercarse a mí, saltando con toda rapidez.

Al llegar a mi lado me dijo en voz alta:

—Vasallo, daos preso; no podéis huir ni defenderos; no opongas resistencia a entregarte. Cuanto más de grado lo hagas, antes hallarás piedad. Está loco quien pretenda resistir al que debe alabar y al que tiene que suplicar clemencia. No puedes esforzarte contra mí; quiero mostrarte cómo no ganarás nada con el orgullo y la soberbia. Ríndete sin luchar y de buen grado, pues así lo deseo.

Yo le contesté:

—Por Dios, con gusto lo haré; no voy a defenderme. No me permita Dios pensar que puedo resistir frente a vos, pues no sería justo ni razonable. Podéis hacer conmigo lo que queráis, ahorcarme o darme muerte: sé que no puedo impedirlo, pues mi vida está en vuestras manos. No viviré hasta mañana si no es ésa vuestra voluntad; de vos espero la alegría y la salud; nadie me las dará si vuestra propia mano, que me hirió, no me cura. Si queréis hacer de mí vuestro prisionero, no me causéis ningún daño: no quedaré decepcionado; y sabed que no siento ninguna aflicción, pues he oído decir de

vos tantas cosas buenas que deseo poner todo, cuerpo y corazón, a vuestra disposición, porque si cumplo vuestra voluntad no podré quejarme de nada. Es más, pienso que en algún momento lograré la merced que espero y, con esa condición, me rindo.

Tras hablar así quise besarle los pies, pero me cogió las manos, diciéndome:

—Te estimo mucho y te aprecio por haber respondido así. Nunca, ciertamente, tal contestación salió de boca de villano mal educado; has ganado tanto en mi consideración que quiero que ahora mismo me jures fidelidad, en beneficio tuyo. Me besarás en la boca, que a ningún villano le es permitido tocar: no dejo que lo hagan ni las gentes rudas ni los porqueros; hay que ser cortés y franco para entrar en mi servicio. Sin duda es duro y pesado servirme, pero te hago un honor muy grande al aceptarte, y debes ponerte muy contento por tener un dueño tan bueno y un señor tan famoso: Amor es el portaestandarte de Cortesía y lleva su bandera, y es de tan buenos modales, tan dulce, tan franco y tan gentil que quien entra a su servicio dispuesto a honrarlo pierde toda villanía, toda maldad y cualquier mala enseñanza.

(vv. 1881-1952)

Me hice vasallo suyo entonces juntando las manos y me alegré mucho cuando su boca besó la mía, ése fue el momento en que tuve mayor alegría. A continuación me pidió prendas de mi fidelidad:

—Amigo, he recibido el vasallaje de muchos, y la mayoría me han mentido. Los felones, llenos de falsedad, me han traicionado muchas veces y, por su culpa he oído numerosas quejas; pero ya sabrán cómo lo siento: si los puedo apresar de forma justa, les venderé cara su traición. Ahora deseo, por el amor que te tengo, estar seguro de ti y quiero que estés tan unido a mí que no puedas negarme ninguna promesa, ninguna condición, ni oponerte a hacer nada que te pida de ahora en

adelante. Si hicieras trampa, sería una gran desdicha, pues me pareces leal.

—Señor —contesté—, escuchadme. No sé por qué me pedís garantías y fianzas. Ya sabéis de verdad que me habéis privado de mi corazón de tal modo que aunque lo deseara no podría cumplir mi voluntad si no es mediante vuestra intercesión. Mi corazón es vuestro, no mío y, para bien o para mal, tiene que hacer vuestros deseos, pues nadie puede escaparse de vos. Le habéis puesto una vigilancia tal que es custodiado a conciencia; si a pesar de todo teméis algo, encerradlo bajo llave y llevaos la llave como fianza.

—Por mi cabeza, eso no es una burla —responde Amor—, lo acepto. Es señor del cuerpo quien tiene el corazón bajo su dominio: ultraje sería pedir más.

Saca entonces de su limosnera una llavecita muy bien hecha, labrada de oro puro:

—Con esta llave encerraré tu corazón, no quiero otra garantía. Bajo esta llave tengo guardadas mis joyas; por mi alma te digo de verdad que es la señora de mi cofre y tiene un gran poder.

(vv. 1953-2008)

Entonces me tocó con ella en el costado y encerró mi corazón con tal suavidad que casi no noté la llave.

De esta forma cumplió su deseo. Después de tranquilizarlo, le dije:

—Señor, estoy dispuesto a llevar a cabo vuestra voluntad, pero aceptad con gusto mi servicio, por la fe que me debéis. No lo digo por cobardía ante mis tareas, pero un servidor se esfuerza en vano en realizar obras dignas de encomio si tales obras no le agradan al señor al que se le presentan.

Amor responde:

—No te preocupes. Ya que has entrado en mi mesnada, recibo tu servicio con gusto; te colocaré en un alto lugar, si no te priva de él la maldad, pero creo que no será pronto: los grandes bienes no llegan de forma

repentina, es necesario esforzarse y esperar. Sufre y soporta la angustia que ahora te perjudica y hiere, pues conozco el fármaco que te sanará. Si te mantienes leal, te daré un bálsamo que curará tu herida. Pero, por mi cabeza, ya veremos si servirás de grado y cómo cumplirás día y noche los mandamientos que doy a los leales amadores.

—Señor, por Dios, antes de que os vayáis decidme cuáles son. Estoy dispuesto a cumplirlos, pero debo conocerlos antes, porque si no, podría errar el camino con facilidad; por eso quiero saberlos, para no infringirlos de ninguna manera.

—Bien has hablado; escucha y recuerda, pues el maestro desperdicia todo su esfuerzo cuando el discípulo que está oyéndolo no se ocupa en retener de modo que después pueda acordarse.

Entonces, el dios de Amor me explicó sus mandamientos tal como vais a oír palabra por palabra: este libro los enumera sin errores; quien desee amar, que preste atención, pues el libro se ocupa de ellos a partir de ahora.

Comienzan ahora buenas razones que se deben escuchar, si el que las cuenta lo sabe hacer de forma adecuada: el final del sueño es extraordinario y su contenido es totalmente nuevo. El que oiga el fin aprenderá bastante acerca de los juegos del Amor: que espere hasta que yo empiece a explicarle el significado del sueño: la verdad, que está encubierta, se os mostrará de forma evidente cuando me oigáis interpretar el sueño, pues en él no hay una sola palabra que sea mentira.

Primero —dijo Amor—, quiero y mando que abandones de inmediato a Villanía, y que no vuelvas a ella si no quieres enemistarte conmigo: maldigo y excomulgo a cuantos la aman. Villanía hace a los villanos, por eso no la quiero: el vil es traidor y despiadado, infiel y enemigo.

(vv. 2009-2075)

Guárdate de contar de la gente cosas que se deban mantener en silencio. No es ninguna proeza hablar mal: fíjate en Kay, el senescal, que por sus burlas tuvo mala fama y fue odiado antaño; igual que Galván, el discreto, era estimado por su cortesía, así era despreciado Kay por ser más vanidoso y cruel, insolente y de mala lengua que los demás caballeros.

Se cortés y afable, de dulces palabras sensatas tanto con los grandes como con los pequeños; por la calle, acostúmbrate a ser el primero en saludar a la gente. Si alguien se te adelanta, no mantengas muda tu boca, procura devolver el saludo sin tardanza ni demora.

Después, procura no decir palabras sucias y groseras: tu boca no debe abrirse para nombrar cosas villanas. No considero cortés a quien alude a vulgaridades y a cosas feas.

Sirve y honra a todas las mujeres, esfuérzate en hacerlo; si oyes que algún deslenguado se mete con ellas, repróchaselo y dile que se calle. Si puedes, haz algo que agrade a las damas y a las doncellas, de forma que oigan hablar bien de ti: de este modo ganarás prestigio.

A continuación, evita el orgullo, pues para cualquiera que esté en su juicio el orgullo es una locura y un pecado, y quien cae en él es incapaz de dominar a su propio corazón para que sirva y suplique. El orgulloso hace lo contrario de lo que debe hacer un leal enamorado.

El que quiera dedicarse al amor, debe comportarse con elegancia, pues, si no, valdrá poco. La elegancia no es igual que el orgullo: el que es elegante sin orgullo vale más, si no es un loco presuntuoso. Vístete y cálzate bien, de acuerdo con tus rentas: un vestido hermoso y bellos adornos constituyen grandes ventajas; encarga tu vestido a un buen sastre, que haga que las puntas queden bien y que las mangas sean elegantes y bien ajustadas. Ten zapatos con lazos y botines siempre nuevos y recientes, y procura que se te ajusten tan bien

que las villanas discutan de qué modo te los pusiste y por dónde. Engalánate con guantes, limosnera de seda y cinturón; y si no eres lo suficientemente rico como para hacerlo, arréglatelas como puedas, pero procura siempre ir lo mejor vestido posible, sin que eso te cause la ruina.

Utiliza guirnaldas de flores, que cuestan poco, o de rosas en Pentecostés: eso está al alcance de cualquiera, no es necesario ser muy rico.

(vv. 2076-2152)

No toleres ninguna mancha en tu atuendo; lávate las manos, límpiate los dientes; si en las uñas te aparece una mota de suciedad, no permitas su presencia. Cósete las mangas, péinate los cabellos, pero no te maquilles ni te pintes, pues eso es propio de las damas y de hombres de mala fama, que se ocupan de amores torcidos.

A continuación, recuerda que debes estar siempre contento: procura ser alegre y vivaz, pues Amor no se ocupa de las gentes sombrías. Es una enfermedad muy propia de la cortesía el reír y alegrarse continuamente. Pero a veces resulta que los enamorados alternan el gozo y el sufrimiento, pues sienten que los males de amor son unas veces dulces y otras amargos; el mal de amor es caprichoso: el enamorado ora está alegre, ora abatido o se lamenta; un rato llora, poco después canta.

Si sabes hacer algo que agrade a las gentes, te ordeno que lo hagas. Cada cual debe hacer en todos los sitios lo que considere que logra mejor, pues de ello recibirá fama, mérito y ventajas. Si te crees ágil y ligero, no te resistas a saltar; si montas bien, no ceses de galopar arriba y abajo; si eres hábil quebrando lanzas, puedes conseguir que se te aprecie mucho; y si eres diestro con las armas, serás diez veces más amado. Si tienes voz clara y entonada, no debes excusarte a la hora de cantar, si se te pide, pues el buen canto es muy apreciado. Lo mismo ocurre con el muchacho que sabe

tocar la vihuela o la cítola, y que sabe bailar: así se pueden lograr grandes progresos.

Evita que te consideren avaro, pues eso te sería perjudicial: es normal que los enamorados den de lo suyo con más generosidad que los villanos necios y simples. Quien no quiere hacer regalos, ignora qué es amar; el que desee esforzarse en el amor, debe evitar cuidadosamente la avaricia: si por una mirada o por una sonrisa dulce y serena ha entregado su corazón entero, puede dejar abandonados sus bienes, después de haber hecho tan rico don.

(vv. 2153-2212)

Voy a recordarte todo lo que hasta ahora te he dicho, pues es mucho más fácil de retener la lección cuando es breve: quien desee hacer de Amor su señor, debe ser cortés y humilde, vestir con elegancia, ser alegre y lograr que lo aprecien por su generosidad.

Como penitencia te pongo que no dejes de pensar en Amor día y noche, y no te avergüences por ello. Piensa sin cesar en él y acuérdate de la dulce hora que tanto te tarda; y para que seas un leal enamorado, quiero y ordeno que tengas todo tu corazón en un solo lugar, de forma que no esté repartido, sino entero y sin engaños, pues no me gustan las divisiones. Quien tiene su corazón en varios sitios a la vez, siempre llevará la peor parte. No temo por el que pone su corazón entero en un solo lugar, y por eso te ordeno que lo hagas así, pero procura no prestarlo, pues si obras de tal modo, lo consideraré una perfidia por tu parte.

Entrega tu corazón como un regalo, libre de cargas, y con ello alcanzarás mayor mérito, mientras que para compensar una cosa regalada, debe darse un alto galardón. Así pues, entrégalo sin reticencias, de buena gana, porque se debe estimar mucho lo que se regala con cara alegre, y yo no aprecio en nada lo que se da contra la propia voluntad.

Tras entregar tu corazón de acuerdo con los consejos de más arriba, empezarán a llegarte aventuras, difíciles y graves de soportar para los enamorados. Frecuentemente, al recordar tu amor, te verás obligado a alejarte de la gente, para que no puedan darse cuenta del dolor que sufres. Te retirarás a un lado, tú solo, y entonces se te acercarán suspiros y lamentos, temblores y otros muchos males; te sentirás atacado de muchas formas distintas: tendrás calor y al punto notarás frío; estarás encendido y al momento, pálido; nunca hubo fiebres tan malas, ni las diarias, ni las cuartanas. Así habrás probado los sufrimientos amorosos antes de marcharte.

En otras ocasiones te quedarás meditabundo y permanecerás inmóvil durante mucho tiempo, como si fueras una estatua muda, que ni se mueve ni se agita: no moverás un pie, ni las manos o los dedos, no girarás los ojos hacia ninguna parte, y tampoco hablarás. Al cabo de un rato, volverás en ti, te sobresaltarás estremeciéndote tembloroso, como quien tiene miedo y lanzarás profundos suspiros del corazón; pues así lo han hecho todos los que han probado esos males que a ti te preocupan.

(vv. 2213-2286)

Es justo que, a continuación, te acuerdes de que tu amiga está lejos. Entonces dirás:

—¡Ay, Dios! ¡Qué mal me porto no yendo al encuentro de mi corazón! ¿Por qué se fue solo mi corazón? Ahora lo pienso y no encuentro respuesta; pudiendo enviar los ojos para que acompañen al corazón, si no lo hacen no estimaré en nada cuanto vean. ¿Deben quedarse aquí? No, en absoluto, sino que deben ir a visitar el objeto de los apasionados deseos del corazón. Bien me puedo tener por perezoso al mantenerme tan alejado de mi propio corazón. Que Dios me ayude: debo estar loco. Voy a marcharme al punto, no tardaré más; no volveré a estar a gusto hasta que tenga noticias.

Entonces te pondrás en camino, dirigiéndote hacia

allí de tal forma que en reiteradas ocasiones te equivocarás y en vano emplearás tus pasos: lo que irás buscando no lo verás y tendrás que regresar sin lograr nada, cabizbajo y meditabundo.

Volverás a encontrarte mal; de nuevo sentirás suspiros, punzadas y temblores, más agudos que las espinas del erizo: el que los desconoce, que pregunte a los leales enamorados. No conseguirás calmar a tu corazón; otra vez más irás a intentar ver lo que tantos cuidados te causa; y si por fin lo logras, sólo te ocuparás de saciar y colmar a tus ojos. Tendrás una gran alegría en tu corazón por la belleza que estarás contemplando, pero de tanto admirar, tu corazón se abrasará y se deshará, pues harás que se avive el ardiente fuego: el que más mira a quien quiere, más enciende su corazón y lo expone a las llamas como si lo recubriera con tocino; ese tocino es el que arde y hace arder el fuego que enamora a las gentes. Los enamorados están acostumbrados a seguir esa llama, que les quema y les abrasa. Al sentir el fuego más de cerca, van hacia él con mayor ímpetu. Las llamas son de tal condición que hacen que se consuma en ellas aquel que se detiene a contemplar a su amiga: así le ocurre cuando se acerca demasiado a ella y cuando está más dispuesto a amar. Todos lo saben, sabios y estúpidos: el más próximo al fuego arde con mayor facilidad.

(vv. 2287-2346)

Mientras te encuentres alegre no desearás alejarte de su lado; pero cuando no te quede más remedio, recordarás sin cesar lo que viste y pensarás que cometiste una gran equivocación al no atreverte a dirigirle la palabra, pues no tuviste valor y osadía para hacerlo, y te quedaste a su lado sin decir nada, como loco y torpe. Considerarás grave error no haber llamado a la hermosa antes de que se fuera. Regresarás muy contrariado, pués si hubieras conseguido sacarle al menos un gentil saludo, lo estimarías en cien marcos.

Empezarás a maldecirte y buscarás la ocasión para ir de nuevo a la calle en la que viste a aquella a la que no te atreviste a dirigirle la palabra. Con mucho gusto te encaminarías a su casa, si tuvieras un motivo. A partir de ese momento, todos los caminos, tus idas y tus vueltas pasarán por sus alrededores. Pero ocúltate de la gente con cuidado y busca un motivo diferente del que en verdad te hace ir por allí, pues es prueba de gran sentido común el saberse ocultar.

Si por casualidad te encuentras con la hermosa en tal situación que no te quede más remedio que saludarla y hablar con ella, se te mudará el color, se te estremecerá la sangre, y te fallarán la palabra y el entendimiento cuando vayas a empezar a hablar; y si consigues avanzar lo suficiente como para atreverte a hablar, no lograrás decir dos cosas de las tres que pensabas, por la vergüenza que sentirás ante ella. No hay nadie tan seguro que al llegar a esta situación no olvide bastantes cosas, a no ser que mienta: los falsos amadores emplean las palabras a su gusto, sin miedo; son muy mentirosos; piensan una cosa y dicen otra estos traidores embusteros.

(vv. 2347-2398)

Cuando hayas terminado de hablar, sin haber dicho una palabra mala, pensarás que te has equivocado, pues te olvidaste de decir algo que hubiera sido conveniente. Entonces te sentirás martirizado: es el combate, es la hoguera, es la batalla que no termina nunca. No habrá ningún enamorado que vaya buscando hablar con su dama que encuentre la paz o el fin de esta guerra, a no ser que yo lo quiera.

Al llegar la noche, sentirás más de mil enojos. Te acostarás en tu cama, pero no podrás descansar, pues cuando te vayas a dormir empezarás a temblar, a tiritar y a estremecerte. Te volverás de lado, boca arriba, boca abajo, como quien padece dolor de muelas. Recordarás el rostro y las maneras de la que no tiene par. Y, aún te

diré algo más: llegará a parecerte que tienes entre los brazos a la del claro rostro, completamente desnuda, como si se hubiera convertido en amiga y compañera tuya. Serán vanas imaginaciones, alegrías sin sentido, resultado del enloquecimiento por recuerdos agradables, en los que no hay más que mentiras y fábulas. Poco tiempo podrás permanecer en tal estado; pronto empezarás a llorar, diciendo:

—Dios, ¿qué he soñado? ¿Qué es eso? ¿Dónde me encontraba? ¿De dónde me vino tal pensamiento? Me gustaría que volviera a ocurrirme diez o veinte veces diarias; me sació y llenó de alegría y gozo, pero su brevedad me va a causar la muerte; ¡Dios!, ¿conseguiré verme en una situación tal? Me agradaría que así fuera, aunque muriera al punto; la muerte no me preocuparía, si me llegara entre los brazos de mi amiga. Amor me atormenta y martiriza sin cesar, por eso me quejo y lamento a menudo; pero si consigue que obtenga la alegría total de mi amiga, habré logrado una buena recompensa por mis males. ¡Ay de mí, pido demasiado! No debo ser muy listo, pues aspiro a tanto: al que pide una estupidez es normal que se la nieguen. ¡No sé cómo me atreví a decirlo! Muchos más nobles y valiosos que yo se sentirían honrados con una recompensa más pequeña. Pero, conque la bella me diera el placer de un solo beso, sería sobrada recompensa de las penas que he sufrido. Es cosa difícil de lograr: debo considerarme loco, pues puse mi corazón en un sitio del que no lograré gozo ni provecho. No digo más que locuras y estupideces, pues más vale una mirada suya que todo el deleite que pueda dar otra. Con mucho gusto la vería, que Dios me ayude; sanaría quien la viera un breve instante. ¡Ay, Dios! ¿Cuándo amanecerá? Hace mucho que estoy en esta cama; en nada aprecio este descanso, pues no tengo lo que deseo. Estar acostado resulta enojoso si no se duerme o descansa; me molesta y desagrada que no salga el alba y termine la noche; si fuera de día, no tardaría en levantarme. ¡Ay, sol! ¡Por Dios, date prisa,

no tardes ni te retrases, haz que se vaya la noche oscura con sus pesares que ya duran demasiado!

(vv. 2399-2490)

De este modo pasarás la noche, con poco reposo, si llegas a conocer el mal de amar. Cuando ya no puedas soportar en la cama el seguir velando, te arreglarás, te vestirás y te calzarás antes de que haya amanecido. Escondiéndote, con lluvia o con hielo, te dirigirás a casa de tu amiga, que estará dormida y no estará pensando en ti.

Primero irás a la puerta trasera, para ver si se ha quedado abierta; permanecerás allí fuera, solo, bajo la lluvia y el viento. Después irás a la puerta de delante: si encuentras una rendija en una ventana o una cerradura, acerca la oreja y escucha si los de dentro duermen. Si la bella está despierta, te aconsejo y recomiendo que procures que oiga tus quejas y lamentos, de forma que se entere de que cuando te acuestas no puedes descansar por los deseos que tienes de que sea tu amiga. Toda mujer, si no es muy dura, debe apiadarse de quien soporta tales sufrimientos por ella.

Ahora voy a decirte qué es lo que harás por amor del santo lugar que no te permite ningún reposo: cuando regreses, ve a la puerta y, para que nadie te vea delante de la casa o por la calle, vuelve antes de que haya amanecido.

Estas idas y venidas, estas vigilias y meditaciones, hacen que las pieles de los enamorados adelgacen bajo las ropas como podrás comprobar por ti mismo: el amor no deja al leal amante ni color ni grasa. En eso se distingue sin dificultad a los que traicionan a sus damas: para halagarlas les dicen que han perdido las ganas de comer y beber, pero yo veo a estos embusteros más gordos que abades o priores.

Te voy a dar e imponer otra orden más: que la criada de la casa te tenga por generoso; regálale cualquier adorno, de forma que diga que vales mucho. Debes

honrar y querer a tu amiga y a todos los que se llevan bien con ella, pues por ellos puedes recibir gran provecho: cuando los que tienen más confianza le cuenten que te han encontrado valiente, cortés y de trato afable, habrás conseguido que la dama te quiera mucho más.

No te marches de tu tierra; pero si no tienes más remedio que hacerlo, procura que tu corazón se quede y piensa en regresar lo antes posible. No debes tardar mucho; muestra que tienes grandes deseos de ver a la que posee la custodia de tu corazón.

(vv. 2491-2562)

Con esto te he dicho ya todo lo que debe hacer el enamorado que entre en mi servicio. Cumple con mis órdenes a partir de ahora si quieres obtener los favores de tu bella.

Tras las recomendaciones que me hizo Amor, yo le pregunté:

—Señor, ¿de qué manera, cómo pueden soportar los enamorados esos sufrimientos que me habéis contado? Siento auténtico pavor. ¿Cómo puede vivir, cómo resiste quien está de continuo entre dolores y llamas, entre lamentos, suspiros y lágrimas, que en todo momento y a cada instante se encuentra preocupado y con desvelos? Que Dios me ayude; me admiraría que el hombre, aunque fuera de hierro, pudiera vivir un año en tal infierno.

El dios de Amor me contesta entonces, dándole buena respuesta a mi pregunta:

—Buen amigo, por el alma de mi padre, nadie tiene un bien sin haberlo pagado; más se estima una propiedad cuanto más cara ha costado; y con mayor gusto se reciben los bienes por los que más se ha sufrido. Es cierto que no hay ningún mal comparable a los que pasan los enamorados; del mismo modo que no se puede vaciar el mar, es imposible contar los males del amor en un libro o en una historia.

En cualquier caso, los enamorados sobreviven, pues

les es necesario; todos huimos de la muerte. El que está recluido en una sombría cárcel llena de gusanos y basuras, que no tiene más que pan de cebada o de avena, no muere por la aflicción: Esperanza le da consuelo, y él piensa verse libre por alguna afortunada casualidad. Lo mismo le ocurre al prisionero de Amor. Espera salvarse y tal esperanza lo reconforta, le da ánimo y fuerzas suficientes para entregar su cuerpo al martirio. Esperanza le ayuda a soportar los innumerables males a cambio de una alegría que vale cien veces más. Esperanza vence con el sufrimiento y consigue que sobrevivan los enamorados. ¡Bendita sea Esperanza, que así los mantiene! Esperanza es muy cortés: no abandonará hasta el final al hombre honrado, a pesar de los peligros y de las zozobras; y hace que el ladrón, al que van a ahorcar, espere misericordia en todo momento. Ella te protegerá y no se irá de tu lado sin haberte socorrido cuando te sea necesario. Además de esto, te regalo otros tres bienes, que suministran un gran alivio a los que se encuentran en mis lazos.

(vv. 2563-2628)

El primero de los bienes que alivian a los que caen en los lazos de Amor es Dulce Pensamiento, que les recuerda las concesiones de Esperanza. Cuando el enamorado se lamenta y suspira, entre dolores y martirios, no tarda mucho en aparecer Dulce Pensamiento, que despedaza la tristeza y el dolor, y con su llegada hace que el enamorado recuerde la alegría que le prometió Esperanza. Después, le muestra los sonrientes ojos, la bella nariz que no es ni demasiado grande ni pequeña en exceso, la boquita de vivo color, cuyo soplo es tan apreciado: entonces le alegra recordar la belleza de cada uno de sus miembros. El deleite se duplica con el recuerdo de una sonrisa, de una buena cara o de una dulce mirada que le haya dedicado su amiga querida. De tal modo alivia Dulce Pensamiento los dolores y las tristezas de amor. Te lo regalo. Te voy a dar otro que no

es menos agradable; si lo rechazas, me parece que serás difícil de contentar.

Se trata de Dulce Conversación, que ha socorrido en muchas ocasiones a numerosos jóvenes y damas, pues el que oye hablar de su amor se alegra de inmediato. Recuerdo que por eso decía una dama muy enamorada estas corteses palabras en una canción:

Me siento afortunada
cuando me hablan de mi amigo.
¡Por Dios! Me sana
quien de él me habla, diga lo que diga.

Esta dama sabía quién era Dulce Conversación y la había conocido bajo diversos aspectos.

Te aconsejo y deseo que busques un compañero prudente y discreto, al que puedas revelarle tus pensamientos y descubrirle tu sentir. Te ayudará mucho; cuando el mal de amor te cause hondas angustias, acudirás a él para reconfortarte; hablaréis juntos de la hermosa que te ha robado el corazón.

(vv. 2629-2680)

Le contarás tu situación y le pedirás que te aconseje de qué modo podrías hacer algo que resulte del agrado de tu amiga. Si el que va a ser tu amigo ha entregado su corazón a un buen amor, entonces será mucho más valiosa su compañía. Es razonable que te diga si su amiga es doncella, o no, y que te indique quién es y cómo se llama; de este modo no deberás temer que piense en tu amiga o que te engañe, sino que os tendréis mutua confianza: es muy agradable contar con un hombre a quien nos atrevamos a decirle los secretos y confidencias. Recibirás con mucho gusto tal deleite y te considerarás bien pagado cuando lo pruebes.

El tercer bien procede de la vista, y es Dulce Mirada, que permite que puedan resistir quienes tienen amores de lejano cumplimiento. Te aconsejo que te mantengas cerca de tu dama con Dulce Mirada, y su

consuelo no tardará en llegarte, pues resulta agradable y placentera a los enamorados.

Los ojos tienen un encuentro muy bueno por la mañana cuando Dios les muestra el santuario precioso que tanto desean. El día que lo pueden ver, no les ocurre ninguna desgracia digna de consideración; no temen al polvo, ni al viento, ni a ninguna otra cosa dura de soportar. Y cuando los ojos disfrutan de tal placer, están tan bien educados y acostumbrados, que no gozan ellos solos, sino que procuran que el corazón también se regocije, de forma que le alivian en sus penas; pues los ojos, como auténticos mensajeros, envían de inmediato al corazón las noticias de cuanto ven y gracias a la alegría que producen, el corazón olvida sus aflicciones y sale de las tinieblas en las que se encontraba: del mismo modo que la luz hace que huya la oscuridad, así Dulce Mirada aleja las tinieblas en las que yace el corazón que languidece día y noche por culpa del amor; los dolores terminan cuando los ojos contemplan lo que el corazón desea.

(vv. 2681-2734)

Según me parece, ya te he explicado lo que tanto te asustaba, y te he contado sin mentirte en ninguna cosa cuáles son los bienes que pueden proteger a los enamorados, salvándolos de la muerte. Ahora sabes quién te puede dar cierto valor, pues al menos tendrás a Esperanza y no te faltarán Dulce Pensamiento, Dulce Conversación y Dulce Mirada. Quiero que cada uno de ellos te proteja hasta que puedas aspirar a algo mejor, pues más adelante obtendrás otros bienes que no son menores que éstos, sino mucho mayores. Por ahora, te doy éstos.

Cuando Amor terminó de decirme lo que quiso, fui incapaz de pronunciar una sola palabra antes de que desapareciera; me quedé asustado al ver que junto a mí no había nadie. Sentía un gran dolor en mis heridas y me di cuenta de que no podría curarme si no era con la rosa a la que había entregado mi corazón y toda mi

persona. Para obtenerla, no confiaba en nadie más que en el dios de Amor, y estaba seguro de que sería imposible lograrla sin su ayuda.

Los rosales estaban cercados por un seto, como era normal; yo estaba dispuesto a entrar en busca de la flor, cuya fragancia era superior a la de cualquier bálsamo, pero me retenía el miedo de que alguien me llamara la atención: pronto parecería que deseaba llevarme los rosales.

Así, mientras pensaba si atravesaría el seto, vi que se acercaba directo hacia mí un joven muchacho, hermoso y elegante, sin ninguna imperfección. Se hacía llamar Dulce Albergue, hijo de la espléndida Cortesía; me dejó libre el paso con delicadeza y me dijo amablemente:

—Mi buen amigo, por favor, pasad esta cerca para oler el perfume de las rosas. Os aseguro que no recibiréis ningún daño por ello y que no se os afrentará con ninguna bajeza, con tal de que os guardéis de cometer locuras. Si en algo os puedo ayudar, no os lo discutiré, pues estoy dispuesto a serviros; os lo digo con toda franqueza.

—Señor —le dije a Dulce Albergue—, acepto vuestra oferta con mucho gusto y os doy las gracias por el favor que me ofrecéis, pues lo habéis hecho movido por una gran nobleza; y ya que así lo deseáis, estoy dispuesto a aceptar vuestro servicio.

Atravesé el seto por medio de zarzas y espinos, que eran muy abundantes; y acompañado por Dulce Albergue empecé a andar hacia la rosa que daba mejor perfume que todas las demás. Os aseguro que me agradó mucho el llegar tan cerca de la flor que casi podía alcanzarla con la mano.

(vv. 2735-2806)

Bien me sirvió Dulce Albergue al hacer que viera la rosa tan de cerca, aunque junto a aquel lugar estaba escondido un villano, ¡mala vergüenza le alcance!

Se llamaba Rechazo y era vigilante y guardián de todos los rosales. El cobarde se ocultaba en un rincón, cubierto por la hierba y el follaje, para espiar y sorprender a quienes tendieran la mano hacia las rosas. No estaba solo este perro, sino que tenía como compañeros a Mala Lengua, la murmuradora, a Vergüenza y a Miedo. De todos ellos, era Vergüenza la que más valía: sabed —según cuentan los que conocen bien su parentesco y linaje— que era hija de la prudente Razón y que su padre se llamaba Malhadado, diablo tan odioso y feo que Razón no se llegó a acostar con él, sino que concibió a Vergüenza por la vista. Cuando Dios la hizo nacer, Castidad —que debe ser la señora de las rosas y de sus capullos— se veía atacada por malvados ladrones, y necesitaba ayuda, pues Venus había entrado en sus posesiones para llevarse, como suele hacer día y noche, las flores y los brotes. Entonces, Castidad, que se encontraba acosada por Venus, le pidió a Razón que le diera su hija. Como se encontraba desamparada se lo pidió a ésta, que no tardó en complacerla prestándole a su hija Vergüenza, que es honrada y honesta. Y para proteger mejor a los rosales, hizo que acudieran Celos y Miedo, que obliga a cumplir sus deseos.

De este modo, eran cuatro los guardianes de las rosas, y preferían dejarse golpear antes de que nadie se llevara una rosa o algún capullo. Yo habría llevado a buen puerto mi propósito si no me hubieran estado vigilando, pues Dulce Albergue, noble y agradable, se esforzaba en cumplir cuanto veía que podría apetecerme. Sin cesar me impulsa a que me acerque al capullo y que toque el rosal, que estaba cargado de flores.

Me da permiso para hacer todo esto, pues piensa que tal es mi deseo; por su parte, toma una hoja verde que crecía cerca de la rosa y me la regala porque había nacido junto a la flor.

(vv. 2807-2862)

Tuve una gran alegría al recibir esta hoja, pues a partir de ese momento me consideré amigo íntimo y confidente de mi compañero, por lo cual pensaba que ya había llegado a mi meta. Entonces sentí el valor suficiente y el atrevimiento necesario para decirle que Amor me había apresado y herido:

—Señor —le dije—, nunca volveré a tener alegría si no es gracias a una cosa: en el corazón tengo asentada una pesada enfermedad, pero no sé cómo explicároslo, pues temo que os enfadéis; preferiría ser despedazado en trozos con cuchillos de acero antes que causaros cualquier disgusto.

—Decidme vuestros deseos, pues no me molestará nada de lo que digáis.

—Buen señor, sabed que Amor me atormenta con dureza. No os voy a mentir: me ha causado cinco heridas en el cuerpo y el dolor no cesará hasta que me consigáis la rosa más perfecta de todas: es mi muerte, es mi vida, ninguna otra cosa deseo tanto.

Dulce Albergue se asusta entonces y me dice:

—Hermano, pensáis en algo imposible. ¡Cómo! ¿Queréis mi deshonra? Me habríais hecho quedar por estúpido si hubierais cogido el brote del rosal, no es razonable quitarlo de su lugar propio. ¡Cometéis una villanía pidiéndolo! Dejad que crezca y se haga más hermoso; por ningún hombre vivo lo arrancaría del rosal que lo ha sustentado, ¡tanto lo quiero!

En ese momento saltó el infame Rechazo del lugar en el que estaba escondido. Era grande, negro y peludo; tenía los ojos encendidos como ascuas, la nariz arrugada, el rostro abominable; entonces comienza a gritar como un loco:

—Dulce Albergue, ¿por qué habéis traído a este joven junto a los rosales? Habéis hecho mal, por Dios, pues piensa perjudicaros. ¡Maldito sea —no vos— quien lo trajo a este jardín! El que sirve a un traidor, tiene la recompensa que se merece. Pensabais hacerle un favor y él os desea afrentas y tropiezos. ¡Marchaos, joven, huid

de aquí! ¡Con gusto os daría la muerte! Dulce Albergue os conocía mal y se esforzaba en serviros, y vos intentabais engañarle. No me fiaré de vos, pues ha quedado de manifiesto la traición que guardabais oculta.

(vv. 2863-2926)

No me atreví a permanecer en aquel lugar por culpa del odioso villano negro que me amenazaba con atacarme de tal modo. Rápidamente me obligó a retroceder con gran miedo al otro lado del seto, mientras que el malvado movía la cabeza diciendo que si volvía a entrar me gastaría una mala jugada.

Entonces huyó Dulce Albergue y yo me quedé amedrentado, afligido y lleno de vergüenza; estaba arrepentido de haber dicho lo que pensaba. Recuerdo mi locura y veo mi cuerpo librado al dolor, a la pena y al suplicio, pero lo que más me entristecía era el no atreverme a pasar el seto.

No sabe de dolor quien no ha amado, pues cuando se ama se padecen grandes sufrimientos. Amor me hace probar la pena que me había prometido. El corazón sería incapaz de pensar y la boca no podría decir la cuarta parte del dolor que yo sentía. Cuando recuerdo que tuve que alejarme así de la rosa, casi se me destroza el corazón.

Un gran rato permanecí en tal estado, hasta que me vio afligido la dama del lugar, que estaba mirando desde lo alto de su torre. Se llamaba Razón. Bajó de allí y vino hacia mí. No era ni joven ni canosa, ni alta ni baja, ni demasiado delgada ni gruesa en exceso. Sus ojos brillaban como dos estrellas y tenía en la cabeza una corona: bien parecía ser persona de elevada condición. Por su aspecto y por su rostro semejaba hecha en el Paraíso, pues Naturaleza sería incapaz de realizar una obra comparable.

Si el texto no miente, sabed que Dios la creó en el firmamento según su imagen y semejanza, y le concedió

el poder y la fuerza de mantener al hombre apartado de toda locura, con tal de que le prestara atención.

(vv. 2927-2979)

Mientras que yo estaba lamentándome de tal modo, Razón empezó a hablar:

—Mi buen amigo, tu insensatez y tu juventud hacen que te aflijas y que te entristezcas. En mala hora has conocido el buen tiempo de mayo, que hizo que se alegrara en demasía tu corazón; en mala hora fuiste a buscar sombra en el jardín cuya llave guarda Ociosa, con la que te abrió la puerta. Está loco quien traba conocimiento con ella, pues su compañía resulta muy peligrosa; te ha traicionado y te ha mentido: Amor no te habría encontrado nunca si Ociosa no te hubiera conducido al hermoso jardín de Solaz. Has obrado como un loco, y ahora tienes que actuar de forma que todo sea reparado; y procura no volver a creer un consejo que te lleve a cometer locuras, aunque en buena hora las hace quien después se corrige. No debe sorprender que los jóvenes se precipiten a ello.

Ahora quiero decirte y aconsejarte que olvides el amor, por cuya culpa te veo débil, abatido y atormentado. No sé cómo te podrás curar o sanar si no lo haces, pues el cruel Rechazo quiere combatir contra ti sin dejarte reposo: no te enfrentes con él. Rechazo es poco importante en comparación con mi hija Vergüenza, que es la que defiende y guarda las rosas con gran habilidad: debes tenerle miedo, pues será la que peor se porte contigo.

Con ellos está Mala Lengua, que no permite a nadie que toque las flores. Antes de que dé tiempo a hacerlo, lo cuenta en trescientos sitios distintos. Te vas a encontrar con gente temible; considera qué es mejor, si abandonar tu propósito o continuar tras lo que te hace vivir con tal sufrimiento: es el mal que se llama amor, y en el que no hay más que locura. Locura, sí, ¡por Dios! El enamorado no puede hacer ningún bien, ni presta

atención a nadie: si es clérigo, pierde su saber; si se ocupa de otro oficio, apenas lo puede llevar a cabo. Sobre todo, padece más que un ermitaño o que un monje blanco. Su sufrimiento es desmesurado y la alegría le dura poco. El que tiene alguna alegría, ésta es para breve tiempo: el alcanzarla es una aventura, pues según veo muchos se esfuerzan en lograrla y al final fracasan totalmente. No quisiste escuchar mi consejo cuando te entregaste al dios de Amor: tu voluble corazón te impulsó a emprender semejante locura; lo has hecho sin reflexionar, pero abandonando mostrarías una gran sabiduría; desprecia y rechaza al amor que así te hace vivir, pues la locura crece sin cesar si no es detenida a tiempo. Tasca el freno firmemente con los dientes, doma y refrena a tu corazón; esfuérzate y defiéndete de los pensamientos que nacen en tu pecho, pues el que cree a su corazón no deja de cometer locuras.

(vv. 2980-3056)

Al oír tales consejos, contesté airado:

—Señora, os suplico que dejéis de darme consejos. Me habéis dicho que refrene mi corazón, para que Amor no se adueñe de él, pero ¿acaso creéis que Amor lo va a consentir y que va a permitir que yo domine mi corazón que le pertenece por completo? No puede ser lo que vos me pedís, pues Amor tiene tan bien domado a mi corazón, que éste sólo obedece a sus órdenes, y no a las mías; y lo gobierna con tal firmeza, que ha hecho una llave para tenerlo encerrado. Dejadme tranquilo ahora, pues en vano estáis gastando vuestro francés; preferiría morir antes que ser acusado por Amor de falsedad y traición. Quiero alabarme de haber sido un leal amador, o lamentarme por ello al final; por eso me molesta quien me da consejos.

Ante tales palabras, Razón se marcha, pues ve que sus recomendaciones no me harían cambiar. Yo, por mi parte, me quedé lleno de tristeza y de dolor; lloraba con frecuencia, con frecuencia me lamentaba, porque no

sabía de qué modo podría encontrar un remedio, hasta que recordé que Amor me había dicho que buscara un compañero al que revelarle todos mis pensamientos, pues eso me aliviaría en mi dolor.

Entonces me acordé de que tenía un compañero muy fiel; se llama Amigo y era el mejor compañero de cuantos he tenido.

Fui rápidamente en su busca. Le mostré —según los consejos de Amor— las trabas que me tenían inmóvil, me quejé de Rechazo, que casi me había comido y que había puesto en fuga a Dulce Albergue cuando me vio hablar con él de la deseada flor, y que me había dicho que si volvía a pasar el seto, por el motivo que fuera, que lo pagaría caro.

(vv. 3057-3106)

Tras conocer la verdad, Amigo no me asustó, sino que me dijo:

—Compañero, estad tranquilo, no os preocupéis. Hace mucho tiempo que conozco a Rechazo: sabe injuriar, afrentar y amenazar a los enamorados cuando están empezando; lo sé desde hace mucho. Si se ha portado mal con vos, de otra forma lo hará más adelante. Lo conozco como si fuera una moneda; se suaviza con buenas palabras y con súplicas. Os voy a decir qué es lo que debéis hacer: os aconsejo que le pidáis que os perdone —de corazón y por favor— su animadversión; prometedle que a partir de ahora no haréis nada que le desagrade. Esto es una cosa que le apacigua mucho, lo calma y le agrada.

Amigo me reconfortó con sus palabras, y me dio valor y deseo para ir a apaciguar a Rechazo.

Llegué a su presencia con timidez, deseoso de lograr la paz; pero no pasé el seto, pues me había prohibido la entrada. Lo encontré de pie con aspecto enfadado y airado, sujetando en la mano un bastón de espino. Incliné la cabeza y le dije:

—Señor, he venido a pediros piedad. Siento haberos

enfadado antes, pero estoy dispuesto a repararlo de acuerdo con vuestros deseos. Amor me obligó a hacer lo que hice; yo no pude sustraer mi corazón a la voluntad de Amor, pero nunca más volveré a desear nada que os moleste: prefiero soportar mis sufrimientos antes que hacer cualquier cosa que os desagrade.

Os suplico que tengáis piedad de mí y que aplaquéis vuestra cólera, que me produce gran temor; os juro y os prometo que siempre me comportaré con vos de forma tal que no os causaré ningún otro pesar; por eso os ruego que me concedáis lo que no me podéis prohibir: permitidme amar, no os pido otra cosa. Cumpliré todos vuestros deseos si me consentís esto; no me lo podéis impedir —y no quiero engañaros al respecto—, pues seguiré amando ya que eso me agrada, le moleste a quien le moleste o le guste a quien le guste; sin embargo, ni aun por mi peso en plata querría que os desagradara.

(vv. 3107-3172)

Rechazo se me mostró duro y reticente a la hora de perdonarme su saña, y al final me perdonó gracias a mis abundantes súplicas, y me dijo con breves palabras:

—Tu petición no me molesta, y no deseo rechazarte; ten por seguro que no estoy enfadado contigo; si amas, ¿a mí qué me importa? Esto no me produce ni frío, ni calor. Continúa amando, pero mantente lejos de mis rosas en todo momento: no te tendré ninguna compasión si atraviesas el seto.

De este modo me concedió lo que le había pedido, y yo fui de inmediato a contárselo a Amigo, que se alegró como un buen compañero al oírlo:

—Ahora —me dijo—, va mejor vuestro asunto. Rechazo todavía se os mostrará más dulce, pues así lo suele hacer con muchos después de haber manifestado su arrogancia. Si lo encontráis en un buen momento, se compadecerá de vuestras penas; mientras tanto, tened paciencia y esperad hasta el momento oportuno. Sé por

la práctica que con paciencia se vence y domina a cualquier malvado.

Dulce fue el consuelo que me dio Amigo, pues deseaba mis progresos tanto como yo mismo. A continuación, me separé de él y volví al seto guardado por Rechazo, pues ya me tardaba ver —al menos— la rosa, única alegría que podía tener.

Rechazo comprueba sin cesar si mantengo la promesa; y yo, que temo sus amenazas, no me atrevo a hacer nada que le moleste, y me esfuerzo en cumplir sus órdenes para alegrarlo y atraerlo a mi lado. Pero me contrariaba mucho su tardanza en perdonarme: me ve llorar muchas veces, lamentarme y suspirar porque me deja que me consuma esperando junto al seto que no me atrevo a pasar para ir en busca de la rosa; y se mantiene firme hasta que está seguro, por mi comportamiento, de que Amor me estaba tratando con dureza y de que no existía en mí el menor engaño ni deslealtad. Pero es tan cruel que aun así no se digna en dulcificar su trato, a pesar de mis quejas y lamentos.

Mientras me encontraba en estas penas, Dios me trae a Franqueza acompañada por Piedad. Sin más tardanza se dirigen ambas a Rechazo, pues las dos están dispuestas a ayudarme con mucho gusto, ya que ven que va a ser necesario.

(vv. 3173-3238)

La primera en tomar la palabra ha sido Franqueza, y le doy las gracias por ello, que dice:

—Rechazo, así me ayude Dios, sois injusto con este enamorado, al que estáis maltratando. Lo que hacéis es propio de villanos, pues que yo sepa todavía no os ha faltado en nada. Si Amor le obliga a amar a la fuerza, ¿es eso motivo para que lo critiquéis? Más pierde él que vos, pues ha tenido que soportar muchos sufrimientos. Amor no consiente que se arrepienta: aunque ello le costara ser quemado vivo, untado con grasa, no podría impedir enamorarse. Buen señor, ¿qué provecho encontráis en causarle enojos y pesares? ¿Habéis iniciado la guerra contra él porque os teme y aprecia y porque está bajo vuestro poder? Si Amor lo tiene preso en sus lazos y hace que os obedezca, ¿por eso lo odiáis? Deberíais concederle vuestro perdón como si fuera un orgulloso insolente. Es cortesía el socorrer al que está por debajo de nosotros; tiene duro corazón quien no se pliega a las súplicas.

Piedad añadió:

—Es cierto que la humildad vence a la cólera y cuando ésta dura mucho tiempo resulta malvada y cruel. Por eso, Rechazo, os ruego que depongáis vuestra guerra con el desdichado que ahí está languideciendo por no haberse burlado de Amor en ningún momento. Me parece que lo castigáis más de lo debido: está soportando una dura penitencia desde que le privasteis de Dulce Albergue, que era la compañía que más deseaba. Antes estaba perturbado, pero ahora se ha duplicado su turbación. Ahora se tiene por muerto y se considera desprotegido, pues le falta Dulce Albergue. ¿Por qué le causáis pesares cuando Amor ya lo maltrata? Soporta tantos sufrimientos que no necesita otros peores; no se los hagáis padecer, por favor. No continuéis maltratándolo, pues vos nada ganáis con ello. Permitid que Dulce Albergue le otorgue alguna gracia a partir de ahora; misericordia para el pecador. Ya que Franqueza está de acuerdo, os ruego y pido que no rechacéis su petición: demasiado duro y cruel es quien se niega a hacer algo por nosotras dos.

(vv. 3239-3300)

Rechazo no pudo resistir más tiempo y tuvo que ceder:

—Señoras —dijo—, no me atrevo a oponerme a vos en este asunto, pues sería villanía. Acepto que tenga la compañía de Dulce Albergue, ya que así lo deseáis; no me opondré.

Entonces, Franqueza —la del bien hablar— fue a Dulce Albergue y le dice con cortesía:

—Dulce Albergue, mucho rato os habéis mantenido alejado de este amador, sin dignaros mirarlo. Desde que no lo visitáis ha estado meditabundo y triste; procurad alegrarlo y cumplir su voluntad a partir de ahora, si queréis gozar de mi amor. Entre Piedad y yo hemos convencido a Rechazo, que os mantenía alejado.

—Haré lo que queráis —contestó—, pues es legítimo ya que Rechazo lo ha concedido.

Entonces Franqueza lo envió a mi lado. Dulce Albergue me saludó al principio con afabilidad, y mostrándome mejor semblante que hasta entonces, me cogió por la mano para acompañarme dentro del seto que Rechazo me tenía vedado.

De este modo me siento con permiso para ir por todas partes; me parece como si hubiera pasado del gran infierno al paraíso, pues Dulce Albergue me lleva de un lado a otro, esforzándose en cumplir mis deseos.

En cuanto vi la rosa me dio la impresión de que había engordado y de que había crecido un poco hacia arriba y me resultaba agradable ver que no se había abierto tanto como para descubrir su corazón color de grana; al contrario, éste se mantenía todavía encerrado entre los abundantes pétalos de la flor que se erguían en torno suyo impidiendo que se viera el interior. ¡Dios la bendiga! Abierta era mucho más hermosa que antes y más roja, para gran admiración mía. Amor me ata mientras contemplo cómo ha embellecido, y aprieta sus ligaduras cuanto más me deleito en su vista.

(vv. 3301-3360)

Estuve mucho rato en aquel lugar, pues había hallado en Dulce Albergue afecto y compañerismo; cuando ya estaba seguro de que no me negaría ni su consuelo ni su servicio, le pedí una cosa que debe ser recordada.

—Señor —le dije—, sabed que tengo grandes deseos

de obtener un precioso beso de la rosa que huele de forma tan suave; si no os desagradara os pediría que me lo consiguiérais como un don. Señor, por Dios, decidme si os parece bien que la bese, pues no lo haré si no os place.

—Amigo, así me ayude Dios, si Castidad no me odiara por ello, yo no os lo impediría; pero no me atrevo a conseguiros ese don, pues no quiero cometer ninguna falta contra Castidad: siempre me prohibió que a los enamorados les diera permiso de besar, por mucho que suplicaran, porque quien consigue un beso difícilmente se conforma, y desea más. Sabed que aquel a quien se le otorga un beso, obtiene lo mejor y más agradable del botín y deja su señal para el resto.

Cuando oí su respuesta no quise seguir insistiendo, pues temía que se enfadara. No se debe acosar demasiado a nadie, ni hostigarlo más allá de su voluntad. Ya sabéis que no se corta el roble al primer golpe, no se obtiene el vino del lagar mientras la prensa aprieta; sin embargo me tardaba el permiso para dar el beso que tanto deseaba. Venus, que mantiene incesante guerra con Castidad, vino en mi socorro: es la madre del dios de Amor, que ha auxiliado a muchos enamorados; en la mano derecha llevaba una ardiente tea, cuyo fuego ha encendido a numerosas damas. Era tan bella y elegante que parecía diosa o hada: por los ricos adornos que llevaba se podía reconocer a simple vista que no vivía como una monja. No voy a describir ahora su vestido, ni su velo, ni su trenzado dorado, ni el broche o la cinta, pues pasaría mucho tiempo en ello. Basta con que sepáis que era muy elegante y que no mostraba el menor orgullo.

(vv. 3361-3421)

Venus se dirigió hacia Dulce Albergue y empezó a decirle:

—Buen señor, ¿por qué ponéis tantas dificultades a que este enamorado obtenga un dulce beso? No se le

debería impedir, pues bien sabéis que sirve y ama con lealtad y que es suficientemente bello como para ser amado. Mirad qué elegante es, ved su hermosura y contemplad cómo es gentil, dulce y franco con todas las gentes; y, además, no es viejo sino muy joven, por lo que es más de apreciar. No hay dama o señora de castillo a la que yo no tuviera por villana si le pusieran dificultades. Nada hay en su cuerpo que deba cambiar: si le conseguís ese beso, estará bien empleado, pues a mi parecer tiene dulce aliento, y su boca no es fea; al contrario, da la impresión de que está hecha justamente para agradar y gustar, pues sus labios son rojos y tiene dientes blancos y tan limpios que no se ve en ellos sarro ni suciedad. Creo que es justo que se le conceda un beso. Conseguídselo, hacedme caso, pues cuanto más esperéis, más tiempo habréis perdido; tenedlo por seguro.

—Dulce Albergue, que sintió el soplo abrasador de la tea, me concedió un beso como don, sin más tardanza: eso fue lo que lograron Venus y su antorcha. Así pues, no me entretuve y rápidamente tomé de la rosa un beso dulce y sabroso. Que nadie pregunte si me alegré, pues me entró en el cuerpo un aroma que consiguió expulsar mis dolores y dulcificar los sufrimientos que me causaba el amor y que solían serme amargos. Nunca había estado tan a gusto: bien sana quien besa a una flor semejante, tan agradable y perfumada; por muchos dolores que sufra, cada vez que la recuerde, volveré a rebosar de alegría y de gozo. Y, sin embargo, he padecido muchos enojos y muchas malas noches después de haberla besado. Nunca está el mar tan en calma que no se altere con un poco de viento: Amor cambia con facilidad, y lo mismo acaricia que pincha; nunca se mantiene fijo en un punto.

(vv. 3422-3480)

Ahora os voy a contar cómo me tuve que enfrentar a Vergüenza, por la que fui atormentado con gran crueldad; y os contaré cómo construyeron la muralla y la

torre fuerte y resistente, que Amor tomó después con esfuerzo. Quiero continuar con toda la historia y no siento pereza en escribirla porque pienso que servirá de elogio a la hermosa —que Dios la proteja— que cuando quiera me concederá mejor que ninguna el galardón.

Mala Lengua, que piensa y adivina lo que ocurre en el corazón de muchos enamorados y que difunde todo lo malo que sabe, se dio cuenta del afecto que me tenía Dulce Albergue; como no podía callarse pues era hija de una malvada vieja —a la que se parecía— de apestosa boca, y afilada y amarga lengua, empezó a acusarme y a decir que se jugaba un ojo a que entre Dulce Albergue y yo había malos acuerdos. La odiosa dijo tantas locuras de mí y del hijo de Cortesía, que al fin consiguió que despertara Celos: éste se levantó en medio de un gran estrépito al oír tan perversas palabras; nada más levantarse corrió enloquecido hacia Dulce Albergue, pues estaba lleno de cólera, y empieza a atacarle diciendo:

—Inútil, ¿por qué te ha faltado el buen sentido hasta el punto de llevarte bien con un joven del que tengo malas sospechas? Ya veo que te crees fácilmente las adulaciones de cualquier muchacho. No puedo seguir confiando en ti: haré que te aten o que te encierren en una torre, pues no hallo otra solución. Vergüenza se ha alejado demasiado de ti sin esforzarse en vigilarte y en tenerte atado corto; me parece que le presta mala ayuda a Castidad dejando que un jovenzuelo desenfrenado entre en nuestro reino para afrentarnos a ella y a mí.

(vv. 3481-3534)

Dulce Albergue no supo qué contestar y se habría escondido si Celos no lo hubiera encontrado allí conmigo en plena acción. Cuando vi que venía aquella odiosa persona dispuesta a discutir y regañar, me di a la fuga, pues no me gustan las discusiones.

Vergüenza avanzó un poco, temiendo haber cometido alguna falta. Se mostró humilde y sencilla: llevaba

velo en vez de toca, como si fuera monja de una abadía. Como estaba asustada empezó a hablar en voz baja:

—Por Dios, no creáis a la maldiciente Mala Lengua, que es mujer que miente con facilidad, con lo que ha engañado a numerosos hombres. Ha acusado ahora a Dulce Albergue, pero no es su primera víctima, pues Mala Lengua está acostumbrada a contar noticias falsas de jóvenes y doncellas. Sin duda, y no es mentira, Dulce Albergue tiene una correa demasiado larga y se le ha permitido que traiga aquí gentes con las que no tenía nada que ver; pero, ciertamente, no creo que lo haya hecho con mala intención o como locura. La verdad es que Cortesía, que es su madre, le enseña a que conozca sin miedo a distintas gentes, pues ella misma nunca amó a las personas cerradas.

Dulce Albergue no tiene otro defecto ni otra tacha más que su jovialidad, y que se divierte y habla con la gente. Sin duda he sido demasiado condescendiente a la hora de custodiarlo y de darle consejos; por eso os pido perdón; siento si he sido muy lenta en obligarlo a obrar bien; me arrepiento de mi error y a partir de ahora me esforzaré en cuidar de Dulce Albergue, no lo voy a dejar para más tarde.

(vv. 3535-3582)

—Vergüenza, Vergüenza —dice Celos— temo que me traiciones, pues Desenfreno ha visto cómo iba aumentando su poder, de forma que pronto se me podrá afrentar.

No deben sorprender mis temores, pues Lujuria reina por todas partes y su influjo no cesa de crecer: Castidad no se encuentra ya a salvo en las abadías, ni en los claustros; por eso voy a hacer que estos rosales y estas rosas queden encerrados dentro de una muralla nueva; no voy a dejarlos desprotegidos, pues ya no confío en vuestra vigilancia porque he podido ver y sé que aún con mejor custodia se pierden las cosas: antes de que acabe el año se me tendrá por estúpida si no tomo

precauciones; es necesario que me preocupe; les voy a cerrar el camino a los que vienen a espiar mis rosas para afrentarme. No me dará pereza construir una fortificación que rodee a los rosales. En medio se levantará una torre en la que estará prisionero Dulce Albergue, pues temo sus errores. Voy a vigilarlo tan bien que no podrá salir fuera, ni podrá buscar la compañía de esos jovenzuelos que, para causarle todo tipo de afrentas, le dirigen palabras halagadoras: esos bribones han visto que era demasiado tonto y fácil de engañar. Si vivo, que tenga por seguro que en mala hora los recibió alguna vez con buena cara.

Al oír tales palabras, Miedo se acercó temblando, pero estaba tan asustado por lo que había dicho Celos, que no se atrevió a pronunciar una sola palabra, pues sabía que estaba encolerizado. Se puso de pie y se retiró un poco; en esto, Celos se marchó dejando solos a Vergüenza y Miedo, que temblaban hasta del culo. Miedo, cabizbajo, le dice a su prima:

—Vergüenza, me pesa el haber tenido que oír una reprimenda por algo que no podemos solucionar. Muchas veces han pasado abril y mayo sin que se nos haya tenido que reprochar nada; sin embargo, Celos que desconfía de nosotros ahora, nos desprecia y nos insulta. Vayamos en busca de Rechazo: se lo explicaremos todo y le diremos que ha cometido una grave falta al no haberse aplicado con más esmero a la perfecta vigilancia de este lugar; y al haber permitido que Dulce Albergue hiciera su voluntad sin ningún tipo de trabas: por eso tendrá que corregirse o se verá obligado a abandonar esta tierra, pues no podría resistir a la guerra de Celos, ni a su furia, si llega a tomarle odio.

(vv. 3583-3650)

Vergüenza y Miedo decidieron hacerlo así: van en busca de Rechazo y lo encuentran tumbado bajo un espino blanco. A guisa de almohada tenía bajo la cabeza un gran montón de hierba, y ya empezaba a dormitar.

Vergüenza lo despierta dirigiéndole insultos y ataques:

—¿Cómo estáis durmiendo a estas horas, desgraciado? Loco está quien cree que vais a guardar las rosas y sus brotes mejor que si fueran rabos de cordero. Sois holgazán y cobarde, cuando deberíais ser fiero y capaz de maltratar a todo el mundo. Locura hizo que concedierais permiso a Dulce Albergue para que metiera aquí al hombre que nos ha afrentado. ¡Y estáis durmiendo mientras que nosotros tenemos que soportar reproches hasta que no podemos más! ¿Estabais acostado hace un rato? Levantáos de inmediato y tapad todos los agujeros del seto; no tengáis compasión: no va bien a vuestro nombre todo lo que no sean molestias; dejad a Dulce Albergue la amabilidad y la dulzura y vos quedáos con la felonía y la dureza, con los insultos y los ultrajes. El villano que se comporta con cortesía, desatina; al menos, eso he oído decir en un refrán; y no se puede convertir de ninguna manera a un halcón alfaneque en un gavilán. Cuantos os han encontrado amable os consideran estúpido: ¿queréis, pues, seguir agradando a la gente con vuestra bondad y vuestros buenos servicios? Eso se debe a vuestra pereza; de ese modo alcanzaréis en todas partes fama de cobarde y de débil, y de que hacéis caso a los mentirosos.

A continuación ha tomado la palabra Miedo:

—Ciertamente, Rechazo, me extraña que no os mantengáis bien despierto para guardar lo que debéis. Pronto se os reprochará si la cólera de Celos va en aumento, pues suele ser fiero y cruel, siempre dispuesto a reprender a la gente. Hoy se ha ocupado de Vergüenza y con sus amenazas ha conseguido que Dulce Albergue sea expulsado del lugar; pero además ha jurado que no tardará en hacer que lo empareden vivo. Todo ello ha ocurrido por vuestra maldad, pues en vos no queda la menor disposición a poner dificultades. Pienso que os ha faltado valor, pero fue en mala hora, pues recibiréis afrentas y deshonras, si bien conozco a Celos.

(vv. 3651-3712)

El villano se retiró la capucha, se frotó los ojos, se estiró, frunció la nariz, parpadeó, se encolerizó y se enfadó al oír las amenazas:

—Con motivo me lleno de ira, pues me consideráis vencido. ¡He vivido ya demasiado, si no sigo siendo capaz de vigilar el seto! ¡Que me quemen vivo si vuelve a entrar alguien! Repleto de cólera tengo el corazón en el pecho porque hubo quien puso su pie aquí dentro; preferiría verme atravesado por dos lanzas. Es cierto que me he comportado como un loco, me doy cuenta y estoy dispuesto a repararlo con vuestra ayuda. No volveré a mostrarme perezoso a la hora de custodiar esta cerca: si logro hallar a alguien dentro, más me valiera estar en Pavía. Nunca más, en el resto de mi vida, se me tendrá por holgazán, os lo juro y prometo.

A continuación, Rechazo se ha puesto en pie, con aspecto de estar enfadado; ha cogido un palo y se ha ido, buscando por el seto los senderos, los pasos o los agujeros que se debían tapar. A partir de entonces cambió la situación, pues Rechazo se hizo peor y más cruel de lo que podía ser. Me ha dado la muerte quien lo ha encolerizado de este modo, porque nunca volveré a tener tranquilidad para contemplar lo que quiero. Triste está el corazón en mi pecho por el enfado de Dulce Albergue; todos mis miembros se estremecen al recordar la rosa que contemplaba de cerca cuando así lo deseaba. Y cuando me acuerdo del beso que me inundó el cuerpo de un perfume más dulce que el bálsamo, poco falta para que me desvanezca, pues aún mantengo encerrado en el corazón el dulce sabor de la rosa. Sabed que cuando me viene a la mente que debo renunciar a la rosa, me entran ganas de morir y de no seguir viviendo. Me parece que en mala hora toqué la rosa con mi rostro, con mis ojos y con mi boca si Amor no me permite pronto que vuelva a tocarla alguna vez; he probado su aroma y por eso es mayor el deseo que enciende y abrasa mi corazón. Ahora volverán a empezar los llantos y los suspiros, los largos pensamientos en vigilia, los temblo-

res, las quejas y las lamentaciones: tendré abundantes males de todos estos tipos, pues he caído en un infierno. ¡Que Mala Lengua sea maldita! Su lengua desleal y falsa es la causa de mi situación.

(vv. 3713-3778)

Ya es hora de que os cuente lo que hizo Celos, impulsado por sus sospechas: en toda aquella tierra no quedó albañil, ni peón, al que no convocara; así, mandó que empezaran a construir fosos alrededor de los rosales; costaron bastante dinero, pues son anchos y profundos. Los albañiles levantaron junto a los fosos una muralla con bloques bien tallados, cimentada no sobre escombros, sino sobre la dura roca. La base llega inclinándose de forma adecuada hasta el pie de los mismos fosos y después crece recta hacia arriba, de modo que la obra es mucho más resistente. La muralla estaba tan bien trazada que formaba un cuadrado perfecto; cada uno de sus paños medía cien toisas, y el conjunto era igual de largo que de ancho. Los torreones están unos al lado de otros, con numerosas almenas, y están hechos con bloques de piedra tallados. En las cuatro esquinas hay otros tantos torreones, que serán difíciles de tomar. Hay cuatro puertas, protegidas por muros gruesos y altos. Una está en la fachada y es fácil de defender; hay dos a los lados, y otra en la parte trasera: ninguna de éstas teme los posibles golpes de una catapulta. Tienen rastrillo para causar más daño a los de fuera, y para apresarlos y retenerlos si se atrevieran a avanzar.

En medio del recinto los que sabían hacerlo construyeron con maestría una torre; sería imposible una más hermosa, mayor, más ancha o más alta. Sus muros no cederían ante ningún tipo de ingenio que arroje piedras, pues mezclaron el mortero con vinagre fuerte y con cal viva. La piedra de la cimentación era roca maciza, tan dura como el diamante. La torre era completamente redonda: no ha existido en el mundo otra más rica ni mejor distribuida por dentro. Por fuera estaba

rodeada por una valla que le daba la vuelta, de forma que entre la valla y la torre se encontraban plantados los abundantes rosales con sus numerosas rosas.

En el castillo había catapultas y otros tipos de ingenios y máquinas de guerra. Se veían los manganeles por encima de las almenas, y en las aspilleras había incontables ballestas fijas a las que no hay armadura que pueda resistir. El que se acercara a la muralla cometería una gran estupidez.

Más allá de los fosos había barreras construidas con fuertes muros y almenas bajas, de modo que los caballos no podían acercarse al galope hasta los fosos sin que se produjera antes un combate.

(vv. 3779-3848)

Celos ha puesto una guarnición en el castillo del que os estoy hablando. Me parece que Rechazo tiene la llave de la primera puerta, que se abre por la parte de Oriente. Con él hay —según creo— por lo menos treinta servidores. Vergüenza guarda la puerta de Mediodía: era prudente y tenía numerosos criados dispuestos a cumplir su voluntad. Miedo mandaba un gran ejército y estaba encargado de vigilar la otra puerta, que quedaba a la izquierda, por el lado del cierzo. Miedo no se encontraría seguro si la puerta no estuviera cerrada con llave; no la abría demasiado a menudo, pues se asusta en cuanto sopla un poco de viento o saltan un par de saltamontes.

Mala Lengua —¡que Dios la maldiga!— tenía mercenarios de Normandía. Custodia la puerta trasera y no cesa de ir y venir a las otras tres. Al enterarse de que tiene que hacer la guardia nocturna, sube al atardecer a las almenas para afinar las trompetas, las bocinas y los cuernos: unas veces entona canciones, *descorts* y composiciones nuevas de moda, imitando las gaitas de Cornualles; otras veces —acompañándose con la flauta— dice que nunca encontró una mujer honesta: «No hay ninguna que no se ría cuando oye hablar de excesos; ésta es

puta, la otra se maquilla, aquélla mira con lujuria; una es villana, otra es loca y otra habla demasiado.»

Mala Lengua, que no perdona a nadie, les encuentra a todas algún defecto.

Mientras tanto, Celos —¡que Dios lo confunda!— ha guarnecido la torre redonda y en ella ha situado a sus más íntimos amigos, hasta formar una abundante guarnición.

Dulce Albergue está encerrado, prisionero, en lo alto de la torre, cuya puerta está tan bien atrancada que no puede salir. Una vieja —¡Dios la humille!— está con él, vigilándolo, y no hace otra cosa más que espiar para que no se comporte de forma alocada. Nadie podría engañarla haciendo señas o guiñando el ojo, pues no hay artimaña que no conozca, ya que en su juventud tuvo la parte que le correspondía de los bienes y los pesares que Amor reparte entre sus gentes.

Dulce Albergue permanece en silencio y atento, temiendo a la vieja, y no se atreve a moverse, no sea que ésta considere que se trata de una conducta alocada, pues conoce bien la antigua danza.

(vv. 3849-3912)

En cuanto Celos se apoderó de Dulce Albergue, y lo hizo encarcelar, empezó a sentirse más seguro.

Lo ha tranquilizado el castillo, que le parece lo bastante fuerte y no le preocupa ya que vayan bribones a quitarle rosas o capullos: los rosales están bien protegidos y se siente tranquilo tanto cuando duerme como cuando vela.

Por mi parte, yo, que estaba fuera de la muralla, me había entregado al llanto y a la tristeza: cualquiera que se enterara de la vida que llevo, se compadecería: caros me vende Amor los bienes que me había prestado. Yo creía haberlos comprado, pero ahora me los vuelve a vender, y por la alegría que he perdido mi dolor es mayor que si no la hubiera alcanzado nunca. ¿Qué más os puedo contar? Me parezco al campesino que arroja la

semilla al campo y siente una gran alegría cuando empieza a crecer como hierba hermosa y fuerte; pero después, antes de que recoja una gavilla, una mala nube que surge cuando las espigas deberían florecer, se las echa a perder y se las malogra, matando el grano y acabando con las esperanzas que el campesino se había formado demasiado pronto.

Del mismo modo, temo haber perdido mi ilusión y mi esperanza: Amor me había situado en un lugar tan alto que yo había empezado a contar mis secretos a Dulce Albergue, que estaba dispuesto a acoger mis juegos; pero Amor es tan caprichoso que me privó de todo en un momento, cuando yo pensaba haber triunfado.

Igual ocurre con Fortuna, que llena el corazón de las gentes de amargura e inmediatamente después las acaricia y halaga; en poco tiempo muda su aspecto: ora ríe, ora está triste. Tiene una rueda que gira y, cuando así lo desea, coloca lo más bajo arriba, en la parte más alta, y con una vuelta hace que caiga en el barro el que está sobre la rueda. ¡Y yo he sido el derribado! En mala hora vi los muros y los fosos, que ni me atrevo a pasar, ni puedo hacerlo. No he tenido alegría desde que Dulce Albergue fue encarcelado, pues todo mi gozo y mi curación descansan en él y en la rosa que se encuentra encerrada entre los muros; será necesario que salga de la torre si Amor quiere que yo sane, pues de ningún otro deseo recibir honor, bien, salud y alegría. ¡Ay! Dulce Albergue, mi dulce amigo, aunque estéis prisionero, al menos haced que vuestro corazón me siga siendo favorable y no permitáis por nada que el salvaje Celos lo haga servidor suyo, como ha hecho con vuestro cuerpo; si os castiga por fuera, tened por dentro el corazón de diamante frente a sus tormentos. Si el cuerpo se queda en prisión, procurad al menos que vuestro corazón me ame, ya que el corazón noble no deja de amar, aunque reciba golpes o aunque sea despreciado.

(vv. 3913-3988)

Si Celos se muestra duro con vos, causándoos aflicciones y molestias, enfadáos con él, y de las penas que os cause vengáos pensando, ya que no podéis hacer otra cosa. Si obráis así, me tendré por bien pagado. Pero me preocupa que no lo hagáis de este modo, pues tal vez estáis enfadado conmigo porque os han encarcelado por mi culpa. Sin embargo, no ha sido por una falta que yo haya cometido contra vos, pues no he contado nada que tuviera que mantenerse en silencio; así me ayude Dios, vuestra desgracia me pesa más que a vos mismo, pues estoy sufriendo la penitencia mayor que se podría decir. Poco falta para que me deshaga de tristeza cuando recuerdo mi gran pérdida evidente. Siento tanto miedo y estoy molesto hasta tal punto, que pienso que me causarán la muerte. ¿No debo estar asustado sabiendo que los envidiosos, los traidores y los falsos están deseando perjudicarme?

¡Ah! Dulce Albergue, bien sé que quieren engañaros y quizá ya lo hayan logrado. No sé cómo van las cosas, pero estoy muy afligido temiendo que me hayáis olvidado y eso me produce dolor y tristeza. No hay nada que me pueda consolar si pierdo vuestro afecto, pues en nadie más confío.

(vv. 3989-4028)

EL LIBRO DE LA ROSA

Jean de Meun

QUIZÁS, ya lo he perdido; a poco no desespero... ¡Desesperar! ¡Ay de mí, no lo haré! Nunca desesperaré, pues, si me fallara Esperanza, jamás recobraría el valor. En ella debo reconfortarme, pues Amor, para dulcificar mis males, me dijo que ella me protegería y me acompañaría siempre. Pero, ¿qué hay de todo ello? ¿Qué debo hacer? Aunque Esperanza es cortés y bondadosa, no es, empero, constante en nada y abandona a los amantes en grandes aflicciones, cuando se ha hecho dueña y señora de todos ellos. A muchos ha engañado ya con sus promesas, pues a menudo garantiza cosas de las que después no toma ninguna cuenta. Por tanto, corro peligro, Dios me proteja. Muchos buenos amantes mantienen y mantendrán su amor por causa de ella, pero jamás lo realizarán. Uno no sabe a qué atenerse, pues Esperanza ignora lo que está por venir. Por eso, es necio quien a ella se acerca, porque cuando mejor forma ella su silogismo, hay que temer que concluya lo peor. Algunas veces ha ocurrido así y muchos han acabado desesperados.

(vv. 4029-4058)

Y, sin embargo, ella desearía que quien está de su lado tuviese la mejor parte en la disputa. Al osar

maldecirle obré como un loco. Pero, ¿de qué me sirve su voluntad, si con ella no se apacigua mi dolor? De casi nada, porque en esta materia ella no puede dar más consejo que las promesas, y promesas sin dones poco valen. Esperanza permite que sufra tantas contrariedades que nadie puede calcular su número. Rechazo, Vergüenza y Miedo me amenazan. También Celos y Mala Lengua, que emponzoña y envenena a todos aquéllos a quienes martiriza, y los tortura con su lengua. Ellos han apresado a Dulce Albergue, a quien yo llevo en todos mis pensamientos, y bien sé que, si no puedo tenerlo conmigo, no viviré mucho tiempo. Me remata del todo, la sucia vieja fétida, babosa, que guarda a Dulce Albergue con tal celo que ni le permite mirar a nadie.

(vv. 4059-4082)

Desde ahora, sin duda, se redoblará mi aflicción. Cierto es que el dios de Amor me otorgó, por su bondad, tres dones que aquí voy a perder: Dulce Pensamiento, que ya no me reconforta, Dulce Conversación, cuyo auxilio me abandona y también he perdido el tercero, que se llama Dulce Mirada, Dios me guarde. Eran, sin duda, tres preciosos dones, pero de nada me servirán ya, si Dulce Albergue no sale de la prisión donde permanece por una gran perfidia. Cierto estoy que moriré, pues creo que no será liberado nunca jamás. ¿Acaso podrá salir de allí? En verdad, no. ¿Qué proeza le ayudaría a escapar de semejante fortaleza? Desde luego no será la mía. No tengo, a fe mía, ni medio sentido; más bien he cometido una enorme insensatez y locura al rendir homenaje al dios de Amor. Ociosa me impulsó a ello, ¡malditas sean ella y su obra, y cuanto me hizo en el lindo vergel donde acogió mis súplicas! Pues, en efecto, si ella hubiese conocido alguna bondad, no me habría escuchado. No debe darse a los necios más crédito de lo que vale una manzana, sino que hay que reprenderlos antes de que emprendan sus desvaríos. Yo

fui necio, ella me creyó, y de ahí ya no vino ningún bien. Se plegó demasiado a mis caprichos y ahora me toca dolerme y lamentarme: bien me lo había hecho notar Razón, y por eso me tengo por más estúpido, al no seguir el consejo de Razón y obcecarme en amar.

(vv. 4083-4120)

Razón tenía derecho a reprobarme cuando me empeñé en amar. He de soportar desgracias demasiado graves y creo que voy a tener que arrepentirme. Pero, ¡arrepentirme! Ay de mí, ¿cómo hacerlo? ¡Traidor, falso e infame sería! ¡Perfidia se habría apoderado de mí y traicionaría a mi señor! Dos veces resultaría infamado Dulce Albergue: ¿cómo despreciarlo así, mientras él languidece en la torre de Celos por rendirme cortesía? Cortesía, ciertamente, tan inmensa que nadie podría creerla, pues accedió a que yo atravesase el seto y besase la rosa. No debo, por tanto, guardarle rencor y jamás se lo guardaré. Si place a Dios, no me quejaré ni dejaré escapar más lamentos ni más duelos contra el dios de Amor, ni contra Esperanza, ni contra Ociosa, que tan favorable me ha sido, pues erraría si me quejara de sus servicios.

(vv. 4121-4144)

No me queda sino sufrir y ofrecer mi cuerpo al martirio, aguardando, con buena esperanza, que Amor me envíe su alivio. Es preciso que aguarde su merced, pues él me dijo y bien lo recuerdo: «Recibiré con placer tu servicio y te enalteceré, si alguna maldad no lo impide, pero creo que eso no sucederá pronto.» Tales fueron sus palabras exactas y en ellas se adivina cuán tiernamente me amaba. No puedo hacer otra cosa que servirle bien, si quiero conseguir su favor. Caigan sobre mí las faltas, ya que el dios de Amor nunca falla más que cualquier otro dios. Ciertamente, la falta es mía, aunque ignore de dónde viene y cuál puede ser su resultado.

(vv. 4145-4164)

Que suceda lo que haya de suceder. Haga Amor lo que guste, sea dejarme libre o aprisionarme. Si lo desea, que me deje morir. Yo nunca lo conseguiría solo y moriré si no cumplo la tarea, o si otro no la cumple por mí. Pero si Amor, que tanto me atormenta, quisiera culminarla por mí, ningún daño que me sucediera a su servicio me resultaría penoso. Vaya todo a su gusto; ponga él, si le apetece, remedio al asunto. Yo no sé qué otra cosa hacer.

(vv. 4165-4178)

Pase lo que pase conmigo, ruego a Amor que, tras mi muerte, se apiade de Dulce Albergue, que sin hacerme ningún daño me ha matado. Y, sin embargo, por causarle placer, ya que no puedo soportar este peso, me confieso sin arrepentimiento a vos, Amor, antes de morir, tal como hacen los leales enamorados, y deseo hacer mi testamento: dejo, al partir, mi corazón. No será otro mi legado.

(vv. 4179-4190)

Mientras que así me lamentaba por los grandes dolores que sentía, sin saber dónde buscar médico para mi tristeza y mi enojo, observé que volvía hacia mí Razón, la bella, la agradable, que había descendido de la torre al oír mis lamentos.

(vv. 4191-4198)

—Dulce amigo, dice la hermosa Razón, ¿cómo va tu debate? ¿Te has cansado ya de amar? ¿Has soportado ya suficientes penas? ¿Qué te parecen ahora los males de amor? ¿Saben demasiado dulces o demasiado amargos? ¿Has aprendido ya a elegir los medios que pueden ayudarte y salvarte? ¿Has servido a buen señor, a ése que te ha apresado y esclavizado y te atormenta sin descanso? Malhadado te fue el día en que le rendiste homenaje... Fuiste necio al entrometerte en esto, pero ignorabas con quién ibas a vértelas. Porque, si lo

hubieras conocido bien, nunca habrías sido su vasallo. Y, si lo hubieras sido, no le habrías servido un verano, ni un día, ni siquiera una hora. Más bien afirmo que sin falta habrías aborrecido prestarle homenaje, y jamás habrías amado por amor en adelante. Así pues, ¿lo conoces ahora?

(vv. 4199-4222)

—Sí, señora.

—Seguro que no.

—Sí lo conozco.

—¿Cómo, por tu alma?

—Desde que él me dijo: «Debes sentirte feliz al disponer de tan buen maestro y de señor de tan alto renombre.»

—¿Sabes algo más de él?

—Nada más, salvo que me entregó sus mandamientos y desapareció más veloz que un águila, mientras yo quedaba en la balanza.

(vv. 4223-4231)

—Ciertamente, escaso es tu saber. Sin embargo, quiero que le conozcas a fondo, pues has bebido tanto de sus angustias que pareces desfigurado. Ningún triste, desdichado, infeliz, puede acometer mayor hazaña. Es bueno conocer a su señor y, si conocieras bien a éste, podrías abandonar fácilmente la prisión en la que empeoras cada vez más.

(vv. 4232-4241)

—Señora, tan cierto como que Amor es mi señor y yo su fiel vasallo verdadero, le apreciaría mejor y lo conocería más si estuviera bien aleccionado.

(vv. 4242-4246)

—A fe mía, yo te daré lección, puesto que tu corazón desea tomarla. Así te demostraré sin fábulas

algo que no parece demostrable, y pronto sabrás sin ciencia y conocerás sin conocimiento lo que no puede ser sabido, ni demostrado, ni conocido. De ese modo, todos los hombres que se interesen lo conocerán a fondo, sin que por ello disminuya su pena (a no ser que decidan huir de él). Entonces te habré desatado el nudo que siempre encontrarás anudado. Presta, pues, toda tu atención, aquí tienes su descripción:

(vv. 4247-4262)

—Amor es una paz odiosa; Amor es odio amoroso, es la lealtad desleal y la deslealtad leal. Es arrebato tranquilo, esperanza desesperada. Es razón demente y sinrazón razonable. Es dulce peligro que invita a ahogarse en él, es fardo ligero de cargar, es Caribdis la peligrosa, es desagradable y atractivo. Es languidez llena de salud y salud enfermiza. Es hambre saciada con abundancia y anhelo satisfecho. Es la sed siempre ebria, la borrachera que muere de sed. Es falsa delicia, es tristeza alegre, es el gozo y la ira. Es dulce mal, dulzura maliciosa, dulce sabor, mal sabroso, pecado lleno de perdón y perdón lleno de pecado. Es pena demasiado gozosa, es la crueldad piadosa, es el juego más inestable, estado firme y mudable, fuerza débil y debilidad fuerte que quebranta todo con su esfuerzo. Es loco sentido, sabia locura, prosperidad triste y hermosa. Es risa llena de llanto y lágrimas, reposo que sin cesar trabaja. Es el infierno dulce y el paraíso infernal, es celda que alivia al preso, primavera llena de frío invierno, polilla que nada perdona y que destroza púrpuras y sayas, pues por igual nacen amoríos en sayas y en ricos mantos. Nadie posee tan gran linaje, ni es tan prudente, ni de tan probado esfuerzo, ni tan valeroso, ni posee tantas otras virtudes que no se vea domado por Amor. Todo el mundo sigue su senda, es el dios que a todos desvía, salvo a los de mala vida, a quienes Genio excomulga por no obedecer a Naturaleza. Y, aunque éstos no me preocupan, no deseo por eso que las gentes amen con tal amor que, al

final, les torna desdichados, miserables y angustiados: hasta ese grado Amor los enloquece.

(vv. 4263-4320)

Pero si tú quieres evitar que Amor te haga sufrir tanto, y si deseas sanar de esa locura, no tomarás mejor brevaje que pensar en esquivarlo. No te salvarás de otro modo: si le sigues, te seguirá; si lo rechazas, huirá.

(vv. 4321-4328)

Cuando hube escuchado a Razón, que en vano se esforzaba, le respondí:

—Señora, puedo vanagloriarme de no conocer mejor que antes el medio de esquivar al dios de Amor. En esta lección hay cosas tan contradictorias que no llego a aprender nada: puedo repetirla de memoria, pues nada he olvidado, e incluso alcanzo a comprender todo su contenido y a explicarlo a todos, pero no a mí mismo. Aun así, puesto que me habéis descrito con tanto detalle a Amor y tanto me lo habéis loado y vituperado, quiero rogaros ahora que me déis una definición. De este modo, podré recordarlo mejor, pues nunca antes, en efecto, lo he oído definir.

(vv. 4329-4345)

—De grado, escucha, pues. Amor, si bien lo entiendo, es una enfermedad del pensamiento que nace entre dos personas, libres ambas y de distinto sexo. Se origina en las gentes por un ardor que proviene de la mirada apasionada, y que les impulsa a abrazarse, besarse y satisfacerse carnalmente. El enamorado no busca otra cosa que consumirse y deleitarse en esto. No piensa en obtener ningún fruto. Tan sólo se esfuerza por el placer mismo. Hay quienes no aprecian esta clase de amor, aunque se fingen leales enamorados y burlan a las mujeres, prometiéndoles cuerpos y almas y jurando mentiras y fábulas a las más crédulas, hasta el día en que obtienen su placer. Sin embargo, ésos son los menos

desdichados, pues siempre vale más, buen señor, burlar que ser burlado, y más todavía en esta lucha, donde no existe el justo medio.

(vv. 4346-4372)

Yo sé bien otra cosa, sin necesidad de adivinarla: quien desee yacer con mujer debería desear, según sus fuerzas y ya que los humanos son mortales, seguir al ser divino y permanecer en sus semejantes, de modo que, por el juego de la sucesión no se dejara de engendrar. Puesto que, en efecto, el padre y la madre han de perecer, Naturaleza quiere que produzcan hijos que renueven su obra y sustituya unos por otros. Por esa razón Naturaleza puso placer en tal acto, pues desea que sus obreros encuentren deleite en esa tarea y no la rechacen ni la aborrezcan. Muchos hombres no jugarían, en efecto, a ese juego, si no los atrajese la voluptuosidad. De este modo, Naturaleza mostró su ingenio. Has de saber que nadie sigue en este asunto el camino recto cuando lo que busca es el placer sin más, pues, todo aquel que piensa en su deleite, ¿sabes cómo hace? Se rinde como siervo, desdichado e inocente, al príncipe de todos los vicios (ya que es la raíz de todo mal), tal como explica Tulio [Cicerón] en el libro que escribió *De la Vejez,* a la cual loa y aprecia más que a Juventud, pues ésta hunde a hombres y mujeres en todos los peligros del cuerpo y del alma, y es época difícil de pasar sin morir, perder algún miembro o sin caer en vergüenza o daño para uno mismo o para su linaje.

(vv. 4373-4408)

Por culpa de Juventud se desliza el hombre a la vida disoluta y frecuenta las malas compañías y la conducta desordenada, perdiendo a menudo su voluntad: entonces puede acabar en algún convento, por no saber guardar la libertad que Naturaleza había puesto en él, y aspira a coger la escalera del cielo si se queda allí hasta profesar, o bien se arrepiente a tiempo y abandona el convento, o

bien acaba allí sus días sin voluntad. Allí vive, en tal caso, lleno de angustia y llora por la libertad perdida, que no le será devuelta, a no ser que Dios le conceda la gracia de olvidar su miseria y lo mantenga en la obediencia por medio de la virtud de la paciencia.

(vv. 4409-4432)

Juventud empuja a los hombres al desatino, al libertinaje, a la vileza, a la lujuria y ultraje, y les cambia la voluntad y les impulsa a emprender disputas que siempre se resuelven de mala forma. En tales peligros arroja Juventud a los corazones, empujándolos hacia Deleite. Así atrapa y arrastra Deleite el cuerpo y el espíritu humanos, por medio de Juventud, su sirvienta, acostumbrada a hacer mal y a empujar a las gentes hacia Deleite, pues no sabría realizar otro trabajo.

(vv. 4433-4446)

Por el contrario, Vejez los aparta de todo esto. Quien no lo sepa, que lo aprenda, o que lo pregunte a los ancianos que Juventud tuvo en sus redes, y que todavía recuerdan bien los grandes peligros que atravesaron y las locuras que cometieron, hasta que Vejez les quitó las fuerzas, y con ellas los necios anhelos que los tentaban. Vejez, que los guía y les sirve de buena compañía, los ha devuelto al buen camino y los conducirá hasta el final. Sin embargo, su servicio es mal reconocido, pues nadie la ama ni la aprecia, al menos hasta el punto de quererla junto a sí, lo sé bien. Nadie quiere volverse viejo, ni terminar joven su vida. Los hombres, cuando a la hora de morir repasan sus recuerdos y reviven sus locuras, tal como deben hacerlo, se asombran y admiran de cómo hicieron algunas cosas sin recibir sonrojo ni vergüenza. O bien, si los recibieron, se extrañan de cómo lograron escapar de semejantes peligros sin tener que pagarlo más caro, con su alma, con su cuerpo o con sus bienes.

(vv. 4447-4474)

¿Y sabes tú dónde reside Juventud, a la que tantos y tantas anhelan? Deleite la tiene en su casa mientras está en sazón, y desea que Juventud le sirva como si fuese su esclava. Y ella lo hace de buen grado y le sigue por todos los senderos, se abandona enteramente a él y no podría vivir sin él.

(vv. 4475-4486)

Y Vejez, ¿sabes dónde vive? Te lo diré sin tardanza, pues allí habrás de ir, si Muerte no te arroja en plena juventud dentro de su cueva oscura y tenebrosa. Aflicción y Dolor la albergan, pero la tienen presa con cuerdas y cadenas, y la golpean y atormentan acercándola a una muerte próxima y al deseo de arrepentirse, por lo mucho que la hacen sufrir. Entonces, ante ese tardío arrepentimiento, al verse débil y canosa, recuerda cuán cruelmente la engañó Juventud, que la empujó a perder en vanidades su tiempo pasado, haciendo que malgastara su vida, a menos que el futuro la socorra, ayudándole a cumplir su penitencia por los pecados cometidos en su adolescencia y que, por medio de buenas obras, la conduzca al soberano bien de donde la apartó Juventud, que se nutre de vanidades. El presente, en efecto, le dura tan poco que ella ni lo cuenta ni lo mide.

(vv. 4487-4514)

Pero, pase lo que pase, quien desee gozar verdaderamente del amor, deberá buscar sus frutos, y así le ocurre al hombre tanto como a la mujer, dama o doncella, y no por eso renunciarán a su parte de placer. Yo sé bien que hay muchas mujeres que no desean quedar encintas y, si acaso lo están, les pesa. Sin embargo, no dejan escapar quejas ni lamentos, a no ser alguna necia o loca, sobre la que Vergüenza no gobierna. En fin, todos los que realizan esta obra se someten a Deleite, salvo las gentes que nada valen y que se entregan vilmente por dinero. Ésas no siguen las normas comunes, por sus sucias vidas.

(vv. 4515-4532)

Jamás, en verdad, habrá mujer digna de este nombre que se abandone a cambio de algún don. Ningún hombre debería acercarse a mujer que vendiera su carne. ¿Podrá en efecto pensar que una mujer aprecie su cuerpo cuando lo pretende destrozar vivo? Será muy desgraciado y desvariará el hombre que se vea tan vilmente engañado que piense amar a una mujer porque ella lo llame su amigo, le muestre buen semblante y donosuras. En verdad, nunca tal mujer debería ser llamada amiga, ni es digna de ser amada. No debe estimarse a la mujer que se ofrece para despojar a los hombres. No afirmo que una mujer no pueda llevar con honor, placer y gozo, cualquier joya que su amigo le haya dado, o hecho llegar, pero es preciso que ella no la haya pedido, pues ésa sería una vil manera de obtenerla. Que ella, a su vez, obsequie a su amigo con alguna de sus joyas, si puede hacerlo sin deshonor. Intercambiar regalos de esta guisa es una bella forma de sellar juntos sus corazones y de amarse bien. No pienses que yo pretendo desunirlos. Deseo sinceramente que sigan juntos y hagan cuanto deben como gentes corteses y de buena cuna. Que se guarden del amor insano, que a veces inflama y consume los corazones, y sea su amor sin codicia, que incita al lucro a los falsos. El buen amor debe nacer de un corazón puro; ni los obsequios, ni los simples placeres carnales, deben ser duelos de las voluntades.

(vv. 4533-4569)

Pero el amor, en cuyos lazos tú has caído, te hace imaginar como espejismo esas delicias carnales, hasta el punto de que no aspiras a nada más. Por eso deseas poseer la rosa y no sueñas con ningún otro galardón. Sin embargo, apenas te faltan dos dedos para obtenerlo, y por eso te quedas en los huesos y pierdes todas tus cualidades. Acogiste en ti a un huésped que es fuente de aflicciones, el día que diste hospitalidad a Amor: tienes a un mal huésped en tu morada. Por eso te aconsejo

que lo expulses fuera, pues trastorna todos los pensamientos que te pudieran resultar provechosos: no permitas que se quede más contigo. Los corazones ebrios de amor se exponen a graves desventuras, pero esto sólo lo sabrás al final, cuando hayas perdido todo tu tiempo y malgastado tu juventud en este doloroso deleite. Si aún puedes vivir bastante como para verte libre de Amor, llorarás el tiempo perdido que ya no podrás recobrar, ¡eso si logras liberarte! Pues, me atrevo a decir que en la trampa de Amor muchos pierden razón, tiempo, bienes, fama, cuerpo y alma.

(vv. 4570-4598)

Razón intentaba aconsejarme con este discurso, pero Amor impedía que yo pusiese en práctica sus preceptos, aunque había comprendido palabra por palabra su lección. Amor, que me sujeta con fuerza, persigue todos mis pensamientos, como si yo fuera su coto, y mantiene mi corazón bajo sus alas; mientras tanto, saca de mi cabeza por una de mis orejas con una pala, todo lo que Razón se esforzaba en introducir por la otra con el sermón; ésta se empeñaba en vano, y me hacía sentir desazón y cólera, y por eso le dije airado:

(vv. 4599-4614)

—Señora, buscáis mi desdicha. ¿Debo, pues, odiar a las gentes? ¿Aborreceré a todas las personas? Puesto que los amores no son buenos, ¿nunca habré de amar con amor puro, y viviré siempre odiando? Entonces, dad por cierto que seré pecador mortal; por Dios, seré peor que cualquier ladrón, si he de escoger entre amar u odiar: no puedo evitarlo. Creo, sin embargo, que pagaría más caro el odio, a fin de cuentas, incluso si el amor no valiese un real. ¡Buen consejo me habéis dado, incitándome a abandonar para siempre el amor! ¡Quién os crea, está loco!

(vv. 4615-4632)

Pero me habéis hablado también de un amor desconocido, con el que las gentes pueden amarse, y vos lo habéis desaconsejado. Si deseáis explicármelo, me tendría por loco si no os escuchara al mostrarme la naturaleza de ese amor.

(vv. 4633-4642)

—Ciertamente, buen amigo, desvarías al no querer apreciar ni un real lo que yo te aconsejo por tu propio interés. Te hablaré, sin embargo, pues me hallo presta a cumplir tu petición, aunque no sé si servirá de algo. Existen diversas clases de amor, además de la que tanto ha cambiado y trastornado tu buen sentido. En mala hora lo encontraste y, por Dios, guárdate de seguir con él.

(vv. 4643-4654)

Una de esas clases se llama Amistad: es un afecto común a dos personas, que impide que haya entre ellos discordancia, según la benevolencia divina; ambas personas comparten con amor todos sus bienes, sin excepción. Un amigo no dudará en ayudar al otro, como hombre resuelto, prudente, discreto y leal, pues de nada valdría el sentido donde faltase la lealtad. Cuanto un amigo pueda pensar, podrá decirlo al otro, como si se hablase a sí mismo, sin sospecha de ser denunciado. Tales hábitos habrán de observar y seguir quienes deseen una perfecta amistad.

(vv. 4655-4672)

Un hombre no es digno de amistad más que cuando se mantiene firme y resuelto a pesar de las vueltas de Fortuna, de modo que siempre, pobre o rico, lo encuentra igual su amigo, que ha puesto todo el corazón en él. Y, si su amigo le ve caer en la pobreza, no debe esperar a que busque su ayuda, pues la bondad hecha bajo súplicas es una vil venta para corazón que se precie.

(vv. 4673-4684)

Un hombre de prez siente gran sonrojo cuando debe pedir algo a otro. Cavila y se angustia, y siente desazón antes de rogar, hasta el punto que no encuentra las palabras y teme un rechazo. Pero, si ha encontrado un amigo tan probado que está seguro de su amor, puede contarle gozos, temores y todos sus pensamientos, sin sentir vergüenza por nada, pues, ¿cómo habría de avergonzarse, si el amigo es tal cual te lo describo? Una vez le haya desvelado su secreto, ningún tercero lo sabrá, ni existirá miedo a reproches, pues el hombre prudente guarda su lengua. El necio no sabría obrar así: un necio no sabe sujetar su lengua. Pero el amigo aún hará más: le socorrerá en todo cuanto pueda, más contento al hacerlo, en verdad, que su amigo al recibir. Y, si no puede satisfacer la petición, no se sentirá menos contrariado que quien la ha hecho, tan grande es el poder de este amor. Entonces sufrirá la mitad de su pena con su amigo y le reconfortará tanto como pueda, y también recibirá la mitad de la alegría, si la amistad es bien compartida. Dice Tulio en uno de sus tratados que, por virtud de esta amistad, debemos pedir ayuda a los amigos, si la petición es honesta, y debemos aceptar su auxilio, si es justo y razonable. De lo contrario, no hay que conceder ayuda, salvo en dos excepciones que Tulio hace: si pretenden matar a los amigos sólo debemos pensar en librarlos de la muerte, y si se ataca su honor, debemos impedir que sean difamados. En estos dos casos, permite Tulio que se defienda al amigo, sin tener en cuenta la justicia o la razón. Todo lo que la amistad puede excusar, ningún hombre tiene derecho a censurarlo. La clase de amor que aquí te expongo no es contraria a mis propósitos, y me gustaría que la sigas y que rehuyas la otra. Una está ligada a la virtud, pero la otra arrastra a la muerte.

(vv. 4685-4738)

Deseo hablarte de otro amor que es contrario a la virtud y merece ser vituperado: es el amor fingido que

mora en los corazones enfermos del vicio de codicia y afán de lucro. Este amor es tan inestable que, en cuanto pierde la esperanza del provecho que pueda alcanzar, de inmediato se debilita y se apaga, pues no puede permanecer enamorado el corazón que no ama a las gentes por ellas mismas, sino que finge y las adula según el provecho que espera obtener.

(vv. 4739-4752)

Es el amor que proviene de Fortuna, que se eclipsa como la Luna a quien la Tierra oculta y ensombrece. Cuando la Luna cae bajo estas sombras, pierde toda la claridad que le proporcionaba la luz del Sol y, cuando ha franqueado el lugar sombrío, se vuelve a iluminar toda gracias a los rayos que el Sol le presta, al brillar frente a ella. Este amor es de idéntica naturaleza, unas veces claro, otras oscuro. En cuanto Pobreza lo cubre con su manto apestoso, y no se ve relucir su riqueza, este amor se oscurece y huye. Y, cuando vuelven a brillar las riquezas, el amor luce de nuevo. Así pues, se esconde cuando la riqueza se esconde y sale cuando la riqueza sale.

(vv. 4753-4772)

Con el amor que aquí te he descrito han sido amados todos los hombres ricos, en especial los avaros, que no quieren limpiar sus corazones de la gran suciedad y del vicio de la codiciosa Avaricia. Y de este modo, es más cornudo que un ciervo adulto el hombre rico que cree ser amado. ¿No es gran estupidez? El avaro no ama a nadie, luego ¿cómo puede creerse amado sin demostrar su necedad al creerlo? En este punto, no es más sensato que un ciervo bien armado. Por Dios, quien desee tener un amigo verdadero, debe comportarse a su vez de forma amigable. Puedo demostrar que el avaro no ama, pues atesora riquezas, y las retiene y guarda a pesar de que tiene amigos sumidos en la pobreza, y se propone conservarlas por siempre, hasta que se cierre su boca y

una mala muerte lo reviente. Pues, en efecto, antes se dejaría arrancar los miembros que compartir lo suyo, con tal de no cederles nada. Luego aquí no existe amor ninguno, porque ¿cómo cabría la amistad en un corazón desleal? Obrando así, el avaro está seguro de sí mismo, pues cada cual conoce sus obras. En verdad, debe ser vituperado el hombre que no ama ni es amado.

(vv. 4773-4806)

Y ya que hemos llegado a Fortuna, y nos hemos referido al amor que produce, te diré sobre ella algunas maravillas de las que, creo, nunca oíste parejas. No sé si podrás creerlas; sin embargo, son todas ciertas y se encuentran escritas: que más aprovecha a las gentes Fortuna adversa y contraria que dulce y benefactora. Y, si esto te parece dudoso, te lo probaré con argumentación, pues la fortuna benévola y graciosa miente a los hombres y los engaña y enloquece, y los amamanta como una madre que no parece cruel; pone semblante leal y distribuye sus bienes, honores y riquezas, dignidades y altos títulos. Promete la estabilidad y mantiene a los hombres en la inestabilidad, y los nutre de vanas glorias y de la felicidad de este mundo cuando los hace sentarse en lo alto de su rueda. Piensan ellos entonces que son grandes señores y creen que su situación está tan sólidamente asentada que jamás podrán caer de allí. Y, cuando Fortuna los ha enaltecido, les hace creer que tienen tantos amigos que no pueden contarlos, y no pueden descansar sin que ellos vayan y vengan a su alrededor, dispuestos a reconocerlos como sus señores, y prometiéndoles sus servicios hasta perder la camisa e incluso verter su sangre para defenderlos y protegerlos; afirman que están dispuestos a obedecerlos y seguirlos durante todos los días de su vida. Y los que tales palabras escuchan, se hinchan con ellas y las creen como si fueran el Evangelio. Sin embargo, todo es adulación y astucia, como comprenderían de inmediato si perdieran todos sus bienes y no tuviesen ningún

recurso: entonces verían trabajar a sus amigos, pues si de cien amigos aparentes, compañeros o familiares, les quedase uno solo, deberían dar gracias a Dios. Esta Fortuna que te he descrito, cuando habita junto a los hombres, turba su conocimiento y los alimenta de ignorancia.

(vv. 4807-4862)

En cambio, la Fortuna adversa y contraria, cuando los derriba de su alto rango, los hace caer con las vueltas de su rueda, desde la cima abajo, hasta el barro, y les aplica, cual madrastra, un doloroso emplasto en el corazón, compuesto no de vinagre, sino de penuria desdichada y flaca. Este es su comportamiento verdadero, y nadie debe confiar en la Fortuna benefactora, pues con ella no existe seguridad. Ahora les hace conocer, en cuanto han perdido todos sus bienes, con qué amor les amaban los que antes decían ser sus amigos, porque aquellos que llegan con la felicidad se impresionan tanto ante la desgracia que se convierten en enemigos y no queda ni uno ni medio: todos huyen y se alejan en cuanto los ven empobrecidos. Y no se contentan con eso, sino que además, por cualquier lugar que pasen, los van difamando e insultando, llamándoles necios infelices. Incluso aquellos que recibieron los mayores bienes cuando los poderosos se veían en todo su esplendor, atestiguan después, con alegres voces, cuán manifiesta era su estupidez.

(vv. 4863-4893)

Sin embargo, los verdaderos amigos permanecen, porque sus corazones son tan nobles que no aman por riquezas ni por provecho que pueda venirles. Estos amigos ayudan y defienden, pues Fortuna no ha influido nada en ellos. Nunca deja de amar quien es amigo.

(vv. 4894-4900)

Quien desenvainase su espada contra un amigo, no lograría cortar con ella los lazos de la amistad. Estos

sólo se rompen en los casos que voy a enumerar: un amigo se pierde por orgullo, por ira, por reproches y por revelar los secretos que deben ser ocultados, y por la herida dolorosa de la ponzoñosa calumnia. En tales casos, el amigo huiría; ninguna otra causa podría dañar la amistad. Sin embargo, puede probarse que, de tales amigos, se encuentra uno entre mil. Y, puesto que ninguna riqueza puede compararse al valor de un amigo, ya que no podría ser ella tan cuantiosa sin que el valor del amigo fuese mayor, se dice que vale más un amigo auténtico que dinero de limosnera. La mala Fortuna, al arrojarse sobre los hombres, a través de sus desgracias les hace ver todo esto con tanta claridad que les impulsa a buscar amigos probados y que se den cuenta por sus actos que valen más que cualquier riqueza que pudiesen alcanzar en este mundo. Entonces les aprovecha más la adversidad que la prosperidad, pues por ésta reciben ignorancia y por la adversidad, conocimiento.

(vv. 4901-4930)

Y el infortunado que distingue, reconoce y separa por tal prueba a sus verdaderos amigos de los falsos, ¿cuánto no hubiese pagado cuando poseía todo lo que deseaba, y cuando todos le ofrecían siempre sus corazones, sus personas y todos sus bienes, por saber de ellos lo que sabe ahora? Si entonces los hubiese conocido, se habría visto menos engañado. Así pues, el infortunio que recibe le es mucho más provechoso que la riqueza que lo engaña, pues lo convierte de necio en sabio.

(vv. 4931-4944)

La riqueza no enriquece, por tanto, a quien la amasa como si fuera un tesoro. Sólo la suficiencia hace vivir ricamente al hombre. Hay quien no posee dos cuartillos y es más feliz y más rico que otro que tenga cien almudes de grano, y te diré la razón: probablemente, el segundo es mercader, y su corazón se ve preso de

una malsana pasión que le angustia antes de amasar esa cantidad, y quizá no deja de atormentarse por acrecentarla y aumentarla, de modo que, por mucho que adquiera, nunca tendrá bastante. El otro, en cambio, que sólo se ocupa de ganar el sustento diario, le basta con lo que tiene cuando ve sus ganancias, y no piensa que le falte nada, aunque no tenga un escudo, sino que siempre ganará lo suficiente para comer, cuando le haga falta, o para calzarse y vestirse con decencia, o bien que, si le acaece una enfermedad y encuentra malos todos los alimentos, se imagina que, bien pensado, para salir de ese mal paso no habrá de comer o le bastará con poco, pase lo que pase, o que será llevado al hospital y allí será cuidado. O quizá no piensa llegar a tal extremo, o bien, si cree que eso le puede suceder, piensa que ahorrará lo suficiente antes de que le alcance la enfermedad, o, si no se preocupa de ahorrar antes de que lleguen el frío y el calor, o el hambre que podría llevarle a la muerte, piensa quizá, y así se consuela, que cuanto antes acaben sus días, antes irá al paraíso, pues confía en que Dios se lo reserva para el día en que deje el presente exilio. El mismo Pitágoras te lo dice, si tú has leído su libro, titulado *Versos dorados* por los profundos dichos del mismo: «Cuando te separes de tu cuerpo, te irás libre al santo aire y abandonarás tu humanidad para vivir en pura divinidad.» Muy desdichado es y necio loco quien piensa que este mundo es su destino. Vuestro destino no está en la tierra, eso puede aprenderse de los clérigos que leen la *Consolación* de Boecio y las sentencias que en ella se esconden: haría mucho bien a los laicos quien se las tradujera.

Y lo mismo ocurre si nuestro hombre es de los que pueden vivir de lo que sus rentas producen, si no ambiciona los bienes de otro y cree no conocer la pobreza, pues, como dicen vuestros maestros, no es desgraciado quien no cree serlo, sea rey, caballero o peón: muchos braceros que cargan sacos de carbón en la Grève tienen el corazón tan alegre que la pena no les

afecta si trabajan en paz, pues danzan, taconean, saltan y van a comer callos en San Marcelo, y no les importan tres pitos los tesoros, sino que gastan cuanto ganan en la taberna, sin ahorrar; y luego vuelven a cargar fardos llenos de gozo y no de tristeza, y ganan legalmente su pan, sin tener que rebajarse a hurtar y robar, y luego regresan otra vez junto al tonel y beben, y viven como hay que hacerlo; todos ellos son ricos en abundancia mientras piensen tener lo suficiente, mucho más ricos, sabe Dios, que si fuesen usureros, porque los usureros, sábelo bien, jamás podrán ser ricos, sino siempre pobres y dolientes, tan llenos están de codicia y de avaricia.

(vv. 4445-5040)

También es cierto, guste o no, que ningún comerciante vive tranquilo, pues su corazón late en tal guerra que arde vivo en deseos de poseer más y nunca tendrá suficiente, y teme perder lo adquirido y corre tras el resto, que no alcanzará jamás, ya que no hay deseo más fuerte para él que el de adquirir el bien de otro. Es ésta una empresa extraordinaria: ansía beber toda el agua del Sena, pero nunca podrá beber bastante sin que quede aún más. Es un tormento, es un deseo ardiente, una angustia perpetua, es el sufrimiento, es la batalla que despedaza las entrañas y le corroe hasta poseerlo. Cuanto más tiene, más y más ambiciona.

(vv. 5041-5060)

Los abogados y los médicos están presos con esta misma cuerda: venden su ciencia a cambio de dinero y se cuelgan todos de la misma soga. La ganancia es para ellos algo tan dulce y suave que los segundos, cuando tienen un enfermo, desearían tener sesenta, y los primeros por una causa querrían treinta, o doscientas, o incluso dos mil, tanto los abrasa la codicia y la ambición.

(vv. 5061-5070)

También hay teólogos que andan por este mundo predicando para recibir honores, gracias o riquezas, mientras sus corazones sienten los mismos tormentos. Esas gentes no viven lealmente, pero sobre todo, los que, buscando la vana gloria, corren de hecho hacia la perdición de sus almas. Semejante burlador se ve burlado, pues habrás de saber que ese predicador, aunque sea de provecho para los otros, no se ayuda a sí mismo, ya que un buen sermón que produzca la salvación del prójimo, si no ha servido de nada al predicador, procede de una mala disposición, pues mientras los demás aprenden buen ejemplo, él se infla de vanagloria. Pero dejemos ya a tales pecadores y hablemos de los que amontonan riquezas.

(vv. 5071-5090)

En verdad, no aman a Dios ni le temen, cuando atesoran en sus cofres el dinero y lo guardan más de lo que es menester, mientras ven fuera a los pobres que tiemblan de frío y perecen de hambre. Dios sabrá hacérselo pagar. Tres grandes desgracias sobrevienen a los que llevan una vida semejante: adquieren riquezas a cambio de grandes esfuerzos, el miedo les atormenta gravemente mientras las guardan y, al final, las sueltan con gran pena. En tal angustia viven y mueren los que corren tras las riquezas, pero todo es por culpa de la falta de amor, que en el mundo escasea. En efecto, si los que amontonan riquezas amasen y fuesen amados, y el buen amor reinase en todas partes y no sucumbiese ante la maldad, sino que el que más tuviera más diera a los que supiese necesitados, o bien lo prestase, no por usura, sino por caridad limpia y pura, y guardase la condición de esforzarse por el bien y no por la molicie, no habría en el mundo ningún pobre ni existiría ninguna deuda. Pero los hombres son tan endebles que han convertido en mercancía a los amores. Nadie ama sino para su provecho, por dones o por sacar beneficios.

¡Incluso las mujeres se venden, mal provecho tenga tal venta!

(vv. 5091-5124)

De este modo, Embaucador ha envilecido todo, pues por su culpa los bienes, otrora comunes a todo el mundo, fueron distribuidos tan sólo a algunas gentes. Estos, llenos de avaricia, han sometido su natural libertad a un vil servilismo y son esclavos del dinero que poseen en sus graneros. ¿Lo poseen? Más bien son poseídos por él, puesto que han llegado a tal sinrazón. Han convertido su riqueza en su señor, todos estos desdichados sapos terrestres. La riqueza no tiene más provecho que gastarla. Ellos no saben comprenderlo, y pretenden responder a esto que el dinero sólo está hecho para ser guardado. Esto no es verdad, pero todos lo esconden bien y jamás lo gastan ni lo dan. Y, pase lo que pase, será gastado como si, cual condenados a la horca, se les hubiera confiscado, pues al final, cuando hayan muerto, lo habrán de dejar a cualquiera, que lo dispendiará alegremente y no les agradecerá en nada su don. Y ni siquiera están seguros de poder conservarlo hasta su muerte, pues alguien podría poner sus manos sobre él y llevárselo al día siguiente.

(vv. 5125-5152)

Estas gentes traicionan a las riquezas al privarlas de su verdadera naturaleza, que es la de correr, para que ayuden a los hombres y los socorran, en lugar de ser prestadas con usura. Dios las dispuso para eso; sin embargo, las han metido como en prisión. Pero las riquezas, que, según su destino, deberían ser puestas en movimiento, se vengan con honor de tales huéspedes, pues los mueven y los arrastran vergonzosamente, y les atraviesan el corazón con tres puñales. El primero es el trabajo para adquirirlas; el segundo, que oprime sus corazones, es el miedo a que les sean hurtadas o robadas una vez que las han amasado, y se angustian sin cesar;

el tercero, es la tristeza de perderlas. Como ya te he dicho, se engañan ellos mismos de forma cruel. Así se venga Pecunia, reina, señora y persona libre, de los siervos que la mantienen presa. Mientras ella reposa en paz, hace velar, sufrir, preocuparse y esforzarse a esos desgraciados. Los mantiene bajo sus pies y los domina, hasta el punto que ella recibe el honor y ellos la vergüenza, el tormento y el dolor por el que languidecen en su esclavitud. No existe provecho en guardarla así, al menos para quien la guarda, pues sin duda ella pasará a manos de cualquiera cuando muera el que tenía tanto miedo de enfrentarse a ella y hacerla saltar y correr.

(vv. 5153-5190)

Sin embargo, los hombres valientes la atacan, la cabalgan y la hacen galopar; y la pican con sus espuelas tanto, que sacan provecho de ella y se regocijan sus corazones grandes y sanos. Toman ejemplo en Dédalo, que construyó alas para Icaro cuando, por ingenio y no por hábito, usaron juntos el camino del aire. Los valientes hacen lo mismo con Pecunia, pues le dan alas para volar, y se dejarían enloquecer antes que no conseguir estima y gloria gracias a ella. No quieren llegar a padecer el gran ardor y el vicio de la codiciosa Avaricia, sino que prefieren los grandes gestos corteses, gracias a los cuales se aprecian sus virtudes y se celebran en el mundo. Su valor crece con ello y son gratos a Dios por su corazón generoso y caritativo, mientras que Avaricia le desagrada a Dios, que colmó el mundo de sus bienes cuando lo creó (esto, nadie más que yo te lo ha enseñado), y en la misma medida le es agradable Generosidad, la cortés, la bienhechora. Dios odia a los avaros y viles codiciosos, y los condena como idólatras, desdichados siervos sin mesura, temerosos y malhadados. Ellos creen y aseguran, sin embargo, que no se atan a las riquezas sino para estar seguros y vivir tranquilos.

(vv. 5191-5226)

¡Oh, dulces riquezas mortales! Decid, ¿sois vosotras las que dais la felicidad a las gentes que os encierran? Pues, cuanto más os amontonen, más temblarán de miedo. Y, ¿cómo podrá ser feliz el hombre que no se siente seguro? ¿La felicidad se le ofrecería, si le faltase la seguridad?

(vv. 5227-5236)

Quizá alguien que escuchara mis palabras, para despreciar y condenar mi propósito, me podría oponer el caso de los reyes, que, para glorificar su nobleza, como cree el pueblo llano, ponen con orgullo su cuidado en armar gentes a su alrededor, quinientos o cinco mil capitanes, y se dice en todas partes que es la manifestación de su gran arrojo. Sin embargo, Dios conoce bien la verdad contraria: es Miedo quien les empuja, que siempre los angustia y atormenta. Un jornalero de la Grève podría andar solo y más seguro por cualquier lugar, e incluso bailar ante los ladrones, sin tenerles el miedo que les tiene el rey, con su manto vero, aunque no llevase más que una mínima parte de su gran tesoro de oro y piedras preciosas. Cada ladrón tomaría su parte, todos le robarían cuanto llevase y quizá llegaran a matarle. Creo en verdad que allí moriría, pues los bandidos temerían que, si le dejaran escapar, los detuviera más tarde y ordenara colgarlos con todo su poder. ¿Con su poder? Más exactamente con el de sus hombres, pues su fuerza no vale tres manzanas y mucho menos que la de un jornalero, que además iría con su corazón feliz. ¿Sus hombres? Miento con certeza, o bien no empleo palabras adecuadas. En verdad, no son suyos, aun cuando pese sobre ellos su señorío. ¿Señorío? No, más bien servicio, pues debería asegurarles una condición libre. Se pertenecen sólo a sí mismos, pues en cuanto lo deseen cesarán en su ayuda al rey y el rey quedará solo en cuanto su pueblo quiera. El valor de sus gentes, su valentía, sus personas, sus fuerzas y su destreza no le pertenecen,

ni él tiene parte en ellas. Naturaleza se las negó de plano.

(vv. 5237-5284)

Fortuna, por muy benévola que sea para los hombres, no puede lograr devolverles ciertos bienes que Naturaleza les quitó.

(vv. 5285-5289)

—¡Ay, señora, por el rey de los ángeles, decidme ahora, pese a todo, qué cosas pueden ser mías, y si puedo lograr algún bien que me pertenezca siempre! Eso desearía saber.

(vv. 5290-5294)

—Sí —respondió Razón—, pero no entiendas en esto que hablo de campos ni de casas, ni de vestidos o de tales adornos, ni de otras tierras o dominios, ni muebles de cualquier clase. Tienes una cosa mejor y más preciosa: todas las riquezas que sientes dentro de ti, que conoces bien y que llevarás siempre contigo sin que puedan abandonarte para pasar al servicio de otro. Estos bienes son tuyos con justicia. De los otros, de los que son externos, nunca poseerás el valor de una vieja correa. Pues has de saber que todo lo que tenéis está oculto en vosotros mismos. Los demás bienes pertenecen a Fortuna, que los esparce o reúne, los da y los quita según su gusto. Así, ella consigue hacer que los necios rían o sufran.

(vv. 5295-5316)

Pero ningún hombre prudente estimaría nada concedido por Fortuna, y no le llenarían de alegría ni de pena las vueltas de su rueda que gira sin cesar, porque todos sus actos son demasiado vanos y ninguno estable. Por eso mismo, el amor que procede de ella no vale nada, ni satisface al hombre prudente, y es natural que no le satisfaga, cuando por tan poco ese amor se eclipsa.

Así pues, quiero que aprendas que no debes abandonarle tu corazón por nada. Por el momento, tú no has sido seducido por este amor, pero sería un gran pecado si más tarde lo fueras, y si cometieras la falta de proclamarte ante los demás su amigo, mientras que sólo lo serías de su dinero o de los beneficios que sacaras de ellos. Ningún hombre de pro apreciaría esta conducta. Esta amistad que te he descrito, rehúyela como vil y despreciable. Renuncia también a amar con amor, sé prudente y créeme.

(vv. 5317-5340)

He visto además tu ingenuidad en otro punto: cuando me has imputado la maldad de impulsarte a odiar. Dime ahora dónde, cuándo, cómo lo he hecho.

(vv. 5341-5344)

—No hace mucho dijiste que debía despreciar a mi señor, por no sé qué salvaje amor. Quien buscase hasta Cartago, por Oriente y Occidente, y viviese tanto que los dientes se le cayesen de viejo, y corriese sin pereza explorando los caminos del sur y del norte, hasta haber visto todo, aún no habría podido encontrar el amor del que me habéis hablado. El mundo quedó limpio de él, una vez que los dioses se fueron ante el ataque de los gigantes y Derecho, Fe y Castidad también huyeron. Tu amor se encontró tan solo que tuvo que huir, y ahora está perdido. Justicia, que era más pesada, escapó la última: así dejaron los dioses todas las tierras, porque no pudieron soportar las guerras. Edificaron en los cielos sus palacios y desde entonces y a no ser por milagros, nunca se atrevieron a descender aquí abajo. Embaucador les hizo irse a todos y detenta en este mundo el poder, por su fuerza y por su insolencia.

(vv. 5345-5374)

El propio Tulio, que se preocupó en buscar los secretos de la escritura, no logró, pese a desplegar toda

su inteligencia, encontrar más de tres o cuatro parejas de estos amigos, en todos los siglos pasados desde la creación del mundo. Tengo por cierto que habría hallado menos aún entre los hombres de su tiempo que se decían sus amigos de palabra, y aún no he leído en ningún sitio que él haya tenido un amigo de esa clase. ¿Soy yo acaso más sabio que Tulio? Sería muy necio y tonto si me pusiera a buscar ese amor, ya que no existe en este mundo. Y, ¿dónde buscarlo, si no lo encontraría en toda la tierra? ¿Volaría con las grullas y traspasaría las nubes, como hizo el cisne de Sócrates? No quiero hablar más de ello, prefiero callarme. No mantengo tan necia esperanza, los dioses pensarían que yo deseaba atacar el paraíso, como hicieron los gigantes en otro tiempo, y un rayo podría fulminarme. No sé si vos lo haríais, pero yo no tengo ninguna duda.

(vv. 5375-5403)

—Dulce amigo —dijo Razón—, escúchame. Si no puedes alcanzar ese amor (ya que puede no nacer tanto por tu culpa como por la del otro), yo sabré enseñarte otro. ¿Otro? No, es el mismo, y cualquiera puede sentirlo, siempre y cuando comprenda el sentido de amor de manera más amplia, yendo al conjunto y olvidando los detalles, y con tal de que no ponga su sentimiento en una relación exclusivamente: puedes amar también en general, a todos los hombres del mundo lealmente. Ámalos a todos como si fuesen uno, al menos con el amor común. Hazlo de modo que seas para todos tal como lo querrías para ti mismo; no hagas ni busques en ninguno lo que no desearías que te hicieran. Si amases así, no se te podría pedir más. Este amor debes observarlo, ningún hombre debería vivir sin él.

(vv. 5404-5428)

A causa de que abandonaron este amor los que obran mal, aparecieron los jueces en la tierra, para dar defensa y refugio a los que maltrataba el mundo, y para

reparar las fechorías, castigar y penar a quienes —por haber renegado de este amor— matan o hieren a sus semejantes, o bien roban, hurtan y despojan, o perjudican con la difamación o las falsas acusaciones u otras fechorías, ya sea abiertamente o a escondidas. A todos ellos es preciso castigarlos.

(vv. 5429-5443)

—¡Por Dios, señora! Puesto que hablamos de Justicia, que otrora tuviera tanto renombre, y ya que os esforzáis en aleccionarme, decidme una cosa, os lo ruego.

(vv. 5444-5448)

—¿Qué es?, decidme.

—Veréis. Os pido que me hagáis un juicio razonado sobre Amor y Justicia juntos, y sobre cuál de ellos, en vuestra opinión, vale más.

—¿A qué clase de amor te refieres?

—A ése en el que pretendéis que me comprometa, pues del que siento en mí no pienso hablar para nada.

(vv. 5449-5456)

—Ciertamente, loco, en eso sí que te creo. Pero, si deseas un juicio verdadero, el buen amor vale más que la justicia.

—Probadlo.

—Con gusto lo haré. Cuando encontréis dos cosas que son convenientes, necesarias y provechosas, la que es más necesaria vale más.

—Señora, eso es verdad.

—Entonces, pon atención y observa la naturaleza de estos dos. Ambos son, en cualquier lugar, necesarios y provechosos.

—Es cierto.

—Luego resulta, a mi entender, que también vale más, entre ellos, el más provechoso.

—Señora, debo convenir en ello.

—No insistiré más, pues. Amor, que proviene de la caridad, comporta más necesidad que Justicia.

—Demostradme eso, señora, antes de pasar más adelante.

—Enseguida. Te diré con sinceridad que es mucho más importante y necesario, y por ello debe ser preferido, el bien que se basta a sí mismo, y no el que ha menester de ayuda. Esto no podrás contradecirlo.

(vv. 5457-5482)

—¿Por qué no? Explicaos mejor, para que yo sepa si hay algo que recoger. Me agradaría oír un ejemplo, para ver si puedo estar de acuerdo con vos.

—A fe mía, al pedirme ejemplos y pruebas, me obligas a una costosa tarea. Sin embargo, tendrás tu ejemplo, para que lo entiendas mejor: Si un hombre pudiese gobernar una nave sin necesidad de ayuda, y tú solo no pudieras hacer otro tanto, ¿dirías que él gobernaba mejor que tú?

—Sí señora, al menos con el timón.

—Toma, pues, aquí tu referencia. Aunque Justicia languideciera, Amor continuaría su hermosa y buena vida, sin ajusticiar a nadie. Pero sin Amor, Justicia no podría existir. Por eso tiene Amor mayor importancia.

—Demostradme aún este punto.

(vv. 5483-5502)

—De buen grado, guarda silencio ahora. Justicia gobernó en otro tiempo, cuando reinaba en el mundo Saturno, a quien Júpiter, su hijo, cortó los testículos como si fuesen salchichas (fiero y cruel hijo era éste), y luego los arrójó al mar, de donde nació la diosa Venus, tal como dice el libro. Si esta Justicia, pues, hubiese vuelto a la tierra y hubiera tenido el mismo rango de entonces, sería necesario que las gentes se amasen, respetándose de este modo la justicia. En cambio, si Amor hubiera huído, Justicia habría destruído a mu-

chos. Pero, si las gentes se amaran bien, jamás se harían daño unos a otros y, una vez que desapareciese Ofensa, ¿para qué serviría Justicia?

(vv. 5503-5524)

—Señora, no sé para qué, lo confieso.

—Te creo, porque todos los hombres vivirían apacibles y tranquilos. No existirían más príncipes ni reyes, ni habría prebostes ni bailes. El pueblo viviría en calma, y ningún juez oiría disputas. Por todo eso afirmo que Amor es más valioso que Justicia, aunque ésta vaya en contra de Maldad, que fue la madre de los señoríos, perdición de la libertad. Porque, si no hubiese maldad y pecados, de los que el mundo se ve ahora lleno, no se habrían conocido en la tierra los reyes ni los jueces.

(vv. 5525-5540)

Y estos últimos se portan de forma deshonesta, pues deberían primero hacerse justicia a ellos mismos, puesto que en ellos se deposita la confianza, y ser leales y diligentes y no cobardes y negligentes, ni codiciosos, falsos y fingidos, para dar su derecho a los que disputan. Pero hoy en día venden sus juicios, y alteran las pruebas del proceso, e imponen, cuentan y raspan, y los pobres han de pagarlo siempre. Todos ellos se esfuerzan sólo por ampararse de los bienes del prójimo. Esos jueces hacen colgar al ladrón, cuando ellos mismos deberían ser colgados, si se hiciera justicia por las rapiñas y maldades que cometen con su poder.

(vv. 5541-5558)

¿No debió Apio ser colgado, aquel que hizo que un servidor suyo emprendiera, con la ayuda de falsos testigos, una querella contra la doncella Virginia —tal como refiere Tito Livio de forma magistral—, porque el propio Apio no podía seducir a la joven, a quien no le importaban ni él ni su lujuria? El bribón del sirviente

dijo en la audiencia: «Señor juez, pronunciad la sentencia a mi favor, pues la doncella me pertenece. Probaré que ella es mi sierva contra todos los hombres vivos, pues, cualquiera que sea el lugar donde haya crecido, me fue robada en mi casa al poco de nacer, lo juro, y fue dada a Virginio. Por tanto os ruego, señor Apio, que me devolváis a mi esclava, ya que es justo que ella me sirva a mí, y no a quien la ha criado. Y, si Virginio niega todo esto, yo estoy presto a probarlo, pues dispongo de buenos testigos.»

(vv. 5559-5584)

Así habló el fementido traidor, servidor del pervertido juez. De tal modo iba el juicio, y antes de que Virginio hablase —pues se hallaba dispuesto a responder y a confundir a sus adversarios—, Apio pronunció a toda prisa la sentencia, ordenando que la doncella fuera dada sin falta al servidor. Cuando el buen hombre antes nombrado escuchó tal orden, como caballero sin tacha, este Virginio pues, que vio que no podía salvar a su hija de Apio, sino que habría que dársela por la fuerza y librar su persona a la vergüenza, cambió vergüenza por daño y, tomando una decisión sobrehumana —Tito Livio no miente—, por amor y sin odio cortó la cabeza a su hija y la presentó al juez, delante de toda la asamblea. El juez, según la historia, ordenó al punto prenderlo para conducirlo al suplicio o a la horca. Pero no lo ahorcó ni mató, pues el pueblo lo defendió, movido por la compasión, en cuanto se supo toda la verdad del suceso. Entonces, cayó Apio en prisión, por esta felonía, y se mató antes de que llegara el día de su juicio. Y Claudio, el falso querellante, habría sido condenado a muerte como malhechor si Virginio, por piedad, no lo hubiera perdonado: tanto suplicó al pueblo, que consiguió que se le condenara al exilio, y todos los que habían actuado como testigos de su causa fueron condenados a muerte.

(vv. 5585-5628)

En una palabra, los jueces cometen demasiados ultrajes. Lucano, que también fue muy sabio, repite que nunca se pudo ver juntos a la virtud y al poder. Pero ellos habrán de saber que, si no devuelven lo que han tomado, el Todopoderoso juez eterno los arrojará al infierno, con la soga al cuello, entre los diablos, y Ése no perdona a reyes ni prelados, ni a jueces de ninguna especie, sean seglares o eclesiásticos, pues no han recibido los honores para esto, sino más bien para llevar a término las disputas que se les presentan, sin cobrar, y para abrir sus puertas a los querellantes y escuchar en persona los pleitos, los falsos y los justos. Ellos no han recibido para nada esos honores; que no vayan engolándose por ahí, pues todos están al servicio del pueblo llano, que engrandece y puebla el país y al que juran y prometen prestar justicia durante toda su vida. Por los jueces debe vivir en paz el pueblo, y ellos han de perseguir a los malhechores, y colgar por las manos a los ladrones, si no hubiese otros que cumpliesen esa función, puesto que a ellos les corresponde hacer justicia. En ello deben poner su empeño y por ello se les otorgan rentas. Así lo prometieron al pueblo, cuando ocuparon esos cargos.

(vv. 5629-5662)

Con esto ya te he contestado, si me has comprendido, a lo que me pedías, y habrás observado las razones que me parecen más adecuadas.

(vv. 5663-5666)

—Señora, ciertamente me habéis pagado bien y me doy por satisfecho, como quien os debe gratitud. Sin embargo, me parece haberos oído unas palabras tan deslenguadas y tan insensatas que, si fueseis enjuiciada por ellas, no se encontraría defensa en vuestro favor.

(vv. 5667-5675)

—Entiendo lo que piensas, dijo ella. En otra ocasión, cuando lo desees y me lo recuerdes, escucharás mi justificación.

(vv. 5676-5679)

—No dudéis que os recordaré, como hombre de buena y pronta memoria, las mismas palabras que habéis dicho. Pero, aunque con frecuencia las he oído, mi señor me ha prohibido que salga palabra de mi boca que suene a bellaquería. Aun así, puesto que no soy el autor de vuestras palabras, bien podré referirlas y decirlas. Obra rectamente quien muestra a un necio sus insensateces; por tanto, puedo haceros ver esta inconveniencia en vos, que os pretendéis tan sabia.

(vv. 5680-5694)

—Escucharé con gusto lo que dices. Sin embargo, debo defenderme de tus ataques sobre el odio. Me admira que oses decir tales cosas. ¿No comprendes que, si pretendo abandonar una locura, no se deduce que haya de cometer otra igual o mayor? Por eso, si deseo apagar el necio amor por el que suspiras, no has de pensar que te ordeno que odies. ¿Acaso no recuerdas a Horacio, que tuvo tan buen sentido y tanta gracia? Horacio, que no es bellaco, afirma que, cuando los necios se alejan de los vicios, caen en otros contrarios, y no mejoran gran cosa. Por eso, yo no pretendo prohibir todo amor, ni que se ponga en él la voluntad, sino sólo aquel que hace daño a las gentes. De igual modo, aunque yo repudie la ebriedad, no por ello prohíbo beber, pues tal prohibición no valdría un comino. Si la necia generosidad es locura, por loca se me tendría si aconsejara la avaricia, pues una y otra son grandes vicios. Yo no empleo esa clase de argumentos.

(vv. 5695-5721)

—Sí que lo hacéis.

—Mientes. No pretendo vencerte, pero no has estu-

diado bien los textos antiguos para derrotarme. No eres un buen lógico. Yo no enseño eso sobre el amor, nunca salió de mi boca que haya que odiarlo. Existe con certeza un término medio, que es el amor que yo prefiero y que te he aconsejado.

(vv. 5722-5732)

Existe otro amor natural, que la Naturaleza creó entre los animales, por cuya causa cuidan a sus cachorros, y los amamantan y alimentan. Esta clase de amor, si quieres que te lo defina, es una inclinación natural por conservar lo semejante, por conveniente voluntad, sea por medio de la procreación, sea por medio de la nutrición. A este amor se inclinan tanto los hombres como los animales. Esta clase de amor, pese a su provecho, no merece loas, ni elogios, y tampoco los merecen quienes lo sienten. Naturaleza los empuja y los fuerza a él, en verdad, y no les hace vencer para ello ningún vicio. Sin embargo, si no sintieran ese amor, deberían ser ultrajados. De igual modo, cuando un hombre come, ¿debe acaso ser alabado por ello? Si, por el contrario, rehusase comer, debería ser reprendido. Pero no insistiré más, pues de sobra sé que tú no aspiras a ese amor. Has preferido empresa más insensata, con ese amor tuyo; más te valdría dejarlo, si aprecias en algo tu provecho.

(vv. 5733-5764)

Aun así, no quiero que te quedes sin amiga. Si ello te place, tómame a mí por tal. ¿Acaso no soy dama hermosa y gentil, digna de servir a un prohombre, aunque fuese emperador de Roma? Me agradaría convertirme en tu amiga; si aceptas unirte a mí, ¿sabes lo que te valdrá mi amor? Tanto que jamás te faltará cosa que ansíes, por muchas desgracias que te acechen. Tan gran señor te verás tú mismo que nunca habrás oído hablar de otro mayor. Haré cuanto gustes, y no tendrás deseos que no se cumplan, siempre que sigas mi vía, sin más,

pues no deberás obrar de otro modo. En esto conseguirás el beneficio de una amiga de tan alto linaje que ninguna puede comparársele, pues soy hija de Dios, el padre soberano que me hizo y me creó. Observa mis formas y contémplate en mi claro rostro. Ninguna doncella de prez tuvo mayor libertad de amar, pues yo he recibido licencia de mi padre para tener amigo y ser amada, sin que pueda ser censurada por ello. Por eso mismo no te cabrá vituperio, pues mi padre nos guardará de él y nos mantendrá además a ambos. ¿Te agrada? Responde, ¿qué te parece? El dios que te enloquece, ¿sabe pagar así a sus servidores? ¿Les prepara tan buena recompensa a los necios, cuyo homenaje recibe? Por Dios, mira bien que no me lo rehúses. Las doncellas rechazadas quedan dolientes y confusas, pues no es su costumbre implorar, como tú mismo puedes ver a través de Eco, sin buscar otro ejemplo.

(vv. 5765-5808)

—Decidme antes, pero no en ese latín, sino en francés, ¿cómo queréis que os sirva?

(vv. 5809-5811)

—Aceptando que yo sea tu servidora y tú mi leal amigo, Abandonarás al dios que te ha dejado así y no apreciarás una higa a la misma Rueda de la Fortuna. Harás como Sócrates, que fue tan fuerte y sereno que no se mostraba feliz en la prosperidad ni triste en la adversidad: colocaba todo en una balanza, la dicha y la desgracia, y las hacía pesar lo mismo, sin regocijarse ni apesadumbrarse, pues ante ninguna cosa, fuera la que fuese, mostraba gozo ni pesar. De tal modo se comportaba, como afirma Solino, quien fue considerado el hombre más sabio del mundo por su respuesta a Apolo. Así fue aquel cuyo rostro permanecía impasible ante cualquier suceso. Ni siquiera lo encontraron mudado los que le envenenaron con cicuta, porque negaba la existencia de muchos dioses y creía en uno solo, y exhortaba a los

demás a guardarse de jurar por varios dioses. También Heráclito y Diógenes fueron de igual talante, y no se entristecieron nunca ante la pobreza o la desgracia. Con la misma firme voluntad soportaron cuantas desventuras les sobrevinieron. Tú habrás de hacer lo mismo; no deseo otro servicio. Cuida que Fortuna no te abata, a pesar de sus tormentos; no se muestra esforzado ni fuerte luchador quien no la combate cuando ataca y pretende batirlo y destruirle. No hay que rendirse a ella jamás, sino defenderse con vigor, pues si intuye debilidad en cualquier adversario, sea de palacio o de estercolero, lo derriba al primer lance. No es valeroso quien la teme, pues nadie que se sintiera fuerte y conociera su propio coraje se dejaría derribar por su zancadilla. De igual modo, caería la vergüenza sobre el hombre que se dejara ahorcar pudiendo defenderse, pues no existe cobardía mayor, y erraría quien se compadeciese de él. Guárdate. Guárdate, pues, de apreciar los honores y favores de Fortuna. Deja girar su rueda, que dé vueltas sin parar con ella inmóvil en el centro. A unos ciega con riquezas, honores y dignidades, y a otros los empobrece y les arranca todo cuando le place. Muy necio es quien se inquieta por su culpa y quien se alegra por alguno de sus favores, porque habría de defenderse, y puede hacerlo ciertamente con su sola voluntad.

(vv. 5812-5882)

Por otra parte, es claro que vosotros convertís a Fortuna en diosa y la eleváis a los cielos, y no deberíais hacerlo, pues no es derecho ni razón que resida en el paraíso: ella no es tan bienhechora, y su morada es muy peligrosa. Es una roca lejana, en medio del mar profundo, que se alza sobre las aguas y contra la que el mar se embravece y ruge. Las olas la golpean y chocan contra ella sin cesar, hasta el punto que a veces parecen hundirla; pero luego se libra del agua que la sumerge y, cuando la ola se retira, sale de nuevo al aire y respira. Nunca guarda la misma forma, sino que cambia y se

transforma, y se disfraza y muda, vestida siempre de extrañas formas. Pues, cuando queda al aire libre, Céfiro hace aparecer sobre ella florecillas que relucen como estrellas y verdes hierbas; pero, cuando sopla Aquilón, arranca las flores y la hierba con su fría espada, de modo que la flor marchita su ser tan pronto como nace.

(vv. 5883-5916)

Esta roca está poblada por un raro bosque de muy extraños árboles. Unos son secos y estériles, mientras que otros no cesan de dar frutos. Unos nunca pierden sus hojas y otros están siempre huérfanos de ellas. Cuando uno alcanza pleno verdor, otros están yertos. Cuando uno se pone a florecer, para otros llega el momento de morir. Si uno crece alto, sus vecinos se inclinan, y cuando uno echa brotes, otros permanecen secos. Allí las retamas son gigantescas y los pinos y cedros son enanos. Cada árbol se deforma y toma la naturaleza del otro. Allí el laurel, que debería estar verde, ve marchitas todas sus hojas, y seco aparece el olivo, cuando debería verse lleno de savia y vida. Los sauces, que son estériles, allí florecen y echan frutos. Allí el olmo lucha contra la viña y le quita la forma de sus racimos. Allí el ruiseñor canta poco, y sin embargo la lechuza chilla y se lamenta sin cesar, con su cabeza erizada, profeta de desventuras, horrible mensajera del dolor. Sea invierno o estío, corren allí dos ríos, opuestas sus aguas en aspecto, color y sabor. Surgen de fuentes diferentes y de distintos afluentes. Uno da aguas tan dulces, tan sabrosas, tan almibaradas, que nadie que las beba, aunque lo haga con exceso, puede mitigar su sed; a tal punto son dulces y agradables de beber. En efecto, cuanto más beben, más arden todos de sed y, aunque embriagados por tal agua, ninguno logra apagar su sed, porque esa dulzura les ofusca tanto que, cuanto más beben, más aún quieren gustarla; y, al fin, la gula les tienta a tal punto que todos acaban hidrópicos.

(vv. 5917-5968)

Estas aguas fluyen tan gentilmente y con tal murmullo, que resuenan y tamborilean con más suavidad que tambor y tamboril, y todo el que por allí va siente su corazón lleno de gozo. Hay muchos que se afanan por entrar en el río, pero se detienen en la orilla y no logran avanzar más que para bañar sus pies. Unos apenas llegan a acariciar el agua, aunque se acercan al cauce y, cuando beben un poco y conocen su dulzura, querrían adentrarse y zambullirse en ella por completo. Hay otros que consiguen llegar más adelante, hasta bañar casi todo su cuerpo. Se regocijan entonces por el placer que sienten, al poder nadar y bañarse así; pero entonces, una ligera corriente los empuja y los devuelve a la orilla, completamente secos y con el corazón ardiente y sediento.

(vv. 5969-5992)

Te hablaré ahora del otro río y de su naturaleza. Sus aguas son sulfurosas, turbias y de mal sabor; humean como chimenea y echan una apestosa espuma. Ese río no fluye con suavidad, sino con tal hedor que emponzoña el aire que le rodea más que el horrible trueno. Sobre este río, a decir verdad, Céfiro jamás sopla ni ondula sus aguas profundas y horribles, sino que sopla un gélido cierzo que se encrespa contra él, formando enormes corrientes y revolviendo su fondo y su superficie hasta alcanzar el tamaño de montañas que chocan unas contra otras sin cesar. Muchos hombres permanecen llorando y suspirando en sus orillas sin poner fin a sus lágrimas, temiendo perecer ahogados en esas aguas. Hay quienes penetran en ese río, no sólo hasta el vientre, sino totalmente sumergidos por las olas que los engullen. Allí son traídos y llevados por la corriente de este terrible río horripilante. Muchos son tragados por las aguas y muchos son arrojados fuera con violencia. Sin embargo, la corriente arrastra a un gran número, que se hunden hasta el fondo, sin que puedan encontrar un camino de vuelta

y son condenados a quedarse allí sin regresar nunca más.

(vv. 5993-6034)

Ese río se retuerce y dibuja tantos meandros, con sus aguas ponzoñosas, que afluye al de agua dulce y le contagia su naturaleza apestosa y sucia, y le transmite su pestilencia, llena de funesto olor y lo torna amargo y turbio, tanto lo envenena y revuelve. Con su calor le quita al otro su frescura, y también cambia el agradable aroma de su huésped por su pestilencia.

(vv. 6035-6048)

En lo más alto de la cima de la montaña, sobre la pendiente y no en lo llano, siempre a punto de bascular y caer, se asienta la mansión de Fortuna, donde debe soportar la fiereza de todos los vientos y de las tormentas que ellos mueven. Allí conoce muchas tempestades, tormentas y ventiscas. Céfiro, brisa suave sin igual, sopla raramente allí, para atemperar con su templado vuelo los horribles asaltos de los vientos helados.

(vv. 6049-6062)

Una parte de la sala mira hacia la cima, y la otra hacia abajo. De tal modo queda colgando que parece que fuera a desplomarse. Nadie vio jamás casa tan deforme. Por un lado reluce mucho, a causa de sus paredes de plata y oro, y de todo el tejado, que es de la misma hechura y resplandece por las piedras preciosas, muy claras y maravillosas, por lo cual todos la alaban. Pero por el otro lado, los muros son de barro, que no alcanza ni un palmo de espesor, y el tejado es todo de paja. De aquel costado se alza orgullosa, por la maravilla de sus muros; de éste tiembla espantada por su debilidad, resquebrajada por quinientas mil grietas. Y, si algo inestable, alocado y voluble, puede tener una morada, allí tiene su casa Fortuna. Cuando anhela ser honrada, se retira a la parte dorada de su mansión, y allí

reside. Entonces adorna y embellece su cuerpo, y se viste, como una reina, con amplios vestidos con cola, perfumándose con diversos aromas, y con mil raros colores en sus sedas y lanas, según las hierbas y los granos y otros muchos productos con los que se tiñen las telas con que se visten los ricos, cuando desean recibir honores. Así se disfraza Fortuna, pero te aseguro que no estima un bledo a nadie en el mundo cuando se ve así ataviada, sino que se muestra tan orgullosa y soberbia que ninguna otra la iguala. Pues, en efecto, al verse de tal modo rica, honorable y noble, se desborda tan neciamente su locura que no cree que exista hombre ni mujer en este mundo que la igualen, suceda lo que suceda después.

(vv. 6063-6114)

Luego deambula tanto por la casa que entra en la parte ruinosa, débil, reventada y medio derrumbada, con su rueda voluble. Entonces tropieza y cae al suelo, como si no viese gota; y, cuando se ve así caída, muda su rostro y su atavío: se quita sus vestidos y se desnuda por completo, y parece que ya no tenga nada de valor, hasta tal punto desaparecen todos sus bienes. Al ver su desgracia, busca una subsistencia vergonzante, y termina cayendo en el burdel, donde suspira y se lamenta. Allí derrama abundantes lágrimas por los honores que ha perdido y por los deleites que conocía cuando se adornaba de ricos vestidos. Y, a causa de su perversidad, y de que hunde a los buenos en el lodo, y los deshonra y envilece, mientras que eleva a los malos y les concede grandes riquezas, dignidades, honores y poder, que luego les arranca o quita cuando le place, como si no supiera lo que quiere, parece ser que los antiguos, que la conocían bien, la representaron con los ojos vendados.

(vv. 6115-6144)

Y que Fortuna actúa de ese modo, maltratanto y vejando a los buenos y concediendo honores a los malos

—pues quiero que lo recuerdes bien, a pesar de lo que antes te dije sobre Sócrates, al que tanto amé y que como hombre valiente tan bien me correspondió, pues me invocaba en todos sus actos—, te lo puedo demostrar con muchos ejemplos, como prueba la historia de Séneca y Nerón, de los que hablaremos poco, pues la materia es larga, y perdería mucho tiempo recordando los hechos del cruel Nerón, que incendió Roma e hizo matar a sus senadores. Su corazón era más duro que las piedras, pues ordenó dar muerte a su hermano y descuartizar a su madre, para poder ver el lugar en que fue concebido. Y cuando la vio descuartizada —según recuerda la historia—, apreció la belleza de aquellos miembros —¡Dios, qué cruel juicio!—, sin derramar ni una lágrima. Y añade más la historia, pues mientras ponderaba aquellos miembros, ordenó que le trajeran vino de sus aposentos y bebió para regocijarse. Pero además, antes ya había poseído a su propia madre, y también a su hermana, e incluso se había entregado a varios hombres, este hombre infame que nombro. Llevó a Séneca, su buen maestro, al martirio y le hizo escoger la muerte que prefiriese. Cuando éste vio que no podría escapar del poderoso malvado, dijo: «Sea pues en un baño caliente, ya que no puedo salvarme, y hacedme sangrar en él, para que muera en la cálida agua y mi alma gozosa y feliz vuelva a Dios, que la formó, y Él la guarde de otros tormentos.»

(vv. 6145-6192)

Tras estas palabras, Nerón ordenó que prepararan de inmediato el baño, que metieran en él a aquel hombre de prez y que le abrieran las venas —como dice el texto—, hasta que hubo de rendir su alma por la pérdida de sangre. Y Séneca nunca conoció el motivo, como no fuese que Nerón, desde su infancia, tenía por costumbre hacerle reverencia, como debe un discípulo a su maestro, pero añadía: «No debería suceder en ningún lugar que un hombre que es emperador haga reverencia a otro

hombre, aunque sea éste su maestro o su padre.» Y porque mucho le contrariaba tener que ponerse en pie, cuando venía su maestro, y no podía soportar mantener ese respeto que aconsejaba la costumbre, hizo matar a su buen instructor. Y no obstante, mantuvo el imperio de Roma este desleal del que hablo, y desde Oriente al Sur, desde Occidente al Septentrión, detentó así su dominio.

(vv. 6193-6220)

Si llegas a comprender esto, podrás aprender a través de estas palabras que ni riquezas y reverencias, ni honores, dignidades y poder, ni demás gracias de Fortuna, pues no exceptúo una sola, son tan valiosas como para tornar buenos a los que las poseen, ni tampoco dignos de recibir dichas riquezas, honores ni altos cargos.

(vv. 6221-6230)

Antes bien, si en ellos se esconde la violencia, el orgullo u otra mala inclinación, el gran estado en que se creen hace que las muestren y las revelen antes que si fuesen humildes y no pudiesen hacer daño a nadie; pues, al emplear su poder, los hechos manifiestan las voluntades, y son signo y prueba de que no son buenos ni dignos de tales riquezas, dignidades, honores ni poderío.

(vv. 6231-6242)

También se oye habitualmente un decir muy necio, pero que todos consideran verdadero, porque su estupidez les hace desvariar, según el cual «los honores cambian las costumbres». Mal argumentan todos ellos, pues los honores no modifican nada; más bien son signo y prueba de las que antes tenían los que eran humildes y han seguido el camino por el que han llegado a dichos honores. Pues si eran soberbios, orgullosos, llenos de despecho e inclinados al mal, tras recibir honores habrás de saber que se portarán igual que antes, si tienen la oportunidad.

(vv. 6243-6260)

Por eso no considero yo potestad al poder malévolo ni desordenado, pues dice, y bien, la escritura, que toda potestad se ejerce para el bien, y que nadie debe abstenerse de obrar bien, salvo por debilidad o por imposibilidad de hacerlo. Y quien vea esto con claridad, verá que en tal poder no existe ningún mal, como muestra la escritura. Y si no te fías de la autoridad, pues quizá no aceptas que toda autoridad sea verdadera, estoy dispuesta a probártelo con argumentos, ya que no hay nada que Dios no pueda.

(vv. 6261-6274)

A decir verdad en este punto, Dios no puede hacer el mal. Ahora bien, si tienes bien en cuenta que Dios es todopoderoso, podrás ver con claridad que en lo que atañe a la esencia de las cosas, no entra para nada el mal. Pero, al igual que la sombra no añade nada al espacio oscuro, salvo la ausencia total de luz, del mismo modo en las criaturas carentes de bien el mal no suma otra cosa que la total ausencia de bien; nada más puede añadir.

(vv. 6275-6289)

Y aún dice más el escrito que trata de la naturaleza de los malos, a saber, que los malos no son hombres, y aduce buenas razones. Sin embargo, no deseo esforzarme en demostrarte cuanto digo, puesto que tú mismo puedes encontrarlo en los escritos. Aún así, si no te molesta, te aduciré brevemente alguna razón, como que los malos se desvían del fin natural al que tienden y deben tender todas las criaturas: el bien soberano de todos, que llamamos el bien primero. Otra razón, buen señor, muestra la ausencia de ser en los malos, para quien alcanza la consecuencia: ellos no siguen el orden

en que todas las cosas han sido dispuestas, de lo que se concluye claramente que los malos existen sin razón.

(vv. 6290-6312)

Aprende, pues, cómo sirve Fortuna a los de este mundano desierto y cuánto desprecio merece quien eligió al peor de los malos y lo convirtió en señor y amo de todos los hombres de este mundo, y que hizo destruir a Séneca como te he contado. Bueno es, pues, huir de sus favores, pues nadie, por mucha suerte que tenga, puede darlos por seguros. Por eso quiero que la desprecies y no desees ninguna de sus mercedes. Incluso Claudiano se asombraba de los caprichos de Fortuna, y culpaba a los dioses por consentir que los infames accedieran así a los honores, a las dignidades, a los poderes y a las riquezas. Pero él mismo responde, como quien emplea la razón, y nos expone la causa, absolviendo y excusando a los dioses: ellos consienten los actos de los malos para luego atormentarles y castigarles más. Por esto son alzados para que después se les pueda ver caer de lo más alto.

(vv. 6313-6340)

Así pues, si me haces el servicio que aquí te expreso y propongo, jamás verás hombre más rico que tú, y nunca te sentirás enojado, por mucho que empeore tu estado, sea de salud, de amigos o de bienes, sino que conocerás la paciencia, y dispondrás de ella mientras seas mi amigo. ¿Por qué, entonces, te muestras triste? Veo que, mientras yo hablo, tú lloras como un alambique sobre el horno. Deberías agitarte como un harapo en un charco de agua sucia. En verdad, yo diría que me engañaba quien afirmara que tú eres un hombre, pues jamás ninguno en su sano juicio se dolió ni afligió como tú ahora. Diablos vivos y demonios han calentado tu horno, para hacerte sollozar de ese modo, mientras que no deberías inmutarte ante nada, si tuvieses algún entendimiento. Esa es la conducta del dios que así te ha

dejado, tu buen señor, tu buen amigo, ese Amor que sopla y atiza la brasa que te ha puesto en el corazón y te provoca tantas lágrimas. Cara pretende venderte su amistad, pues no corresponde a hombre que reclama buen sentido y valor obrar así. Te deshonras cual villano. Deja el llanto para mujeres y niños, especie débil e inestable. Tú has de ser fuerte y ecuánime ante Fortuna. ¿Pretendes detener su rueda, la que ni gigantes grandes o pequeños pueden parar? Aquel mismo gran emperador Nerón, cuyo ejemplo te he citado, que fue dueño de todo el mundo, tan lejos se extendía su dominio, no logró detener la rueda, a pesar de todo su poder. Pues, si no miente la historia, recibió al fin mala muerte, odiado por todo su pueblo, por el que temía ser atacado. Por eso llamó consigo a sus amigos íntimos, pero nadie quiso recibir a los mensajeros, que encontraron todas las puertas cerradas. Entonces, el propio Nerón llamó con sus manos, aterrado, pero nadie respondió y, cuanto más llamaba, más se encerraban los otros, y nadie quería contestar. Entonces se vio obligado a esconderse y se ocultó en un jardín con dos de sus siervos, pues ya muchos hombres le perseguían y le buscaban para matarle, gritando: «¡Nerón! ¡Nerón! ¿Quién le ha visto? ¿Dónde le encontraremos?» Incluso él les oía, pero no sabía qué hacer. Se sintió entonces tan aterrado que se despreció a sí mismo y, viéndose en tal trance, sin esperanza ninguna, rogó a sus esclavos que le matasen o que le ayudasen a matarse él mismo. Así se dio muerte, pero antes se aseguró de que nadie había de hallar su cabeza, para no ser reconocido cuando encontraran su cuerpo, y les rogó incluso que quemaran éste en cuanto pudieran. Y dice el libro antiguo, el *De los XII Césares,* donde leemos su muerte tal como la escribió Suetonio, el que llama a la ley cristiana «religión nueva y malhechora» —¡ved aquí un juicio de hombre desleal!—, que con Nerón sucumbió el linaje de los césares. Tan lejos llegó su conducta que borró todo su linaje. Sin embargo, durante sus primeros

cinco años de imperio había tomado tal hábito por las buenas obras que ningún príncipe habríase encontrado que lo hiciera mejor, tan valiente y piadoso parecía el infame cobarde. Incluso había llegado a decir en plena audiencia de Roma y sin ningún recato, cuando se le requirió para firmar una sentencia de muerte, que hubiera preferido no saber escribir, para no poner allí su nombre. Este Nerón gobernó durante diecisiete años, y su vida duró treinta y dos. Sin embargo, su soberbia y sus felonías le poseyeron, de modo que cayó tan bajo como me has oído contar. Fortuna lo había encumbrado y derrumbado tan aprisa como has podido oír y escuchar.

(vv. 6341-6458)

Tampoco Creso pudo impedir que ella le voltease arriba y abajo, a pesar de ser rey de Lidia. Pereció con la soga al cuello y fue conducido a la hoguera para ser quemado en ella, pero le libró la lluvia, que apagó aquel fuego, y nadie osó volver a prenderlo, pues todos habían huído ante el chaparrón. Creso se dio a la fuga en cuanto se vio solo, sin oponentes ni perseguidores. Más tarde volvió a ser señor de su tierra, y provocó una nueva guerra, y fue otra vez prendido para la horca. Había tenido un sueño en que dos dioses se le aparecían y le servían en la copa de un árbol. Júpiter, según Creso, le lavaba, mientras Febo, con una toalla, se cuidaba de secarle. En mala hora se fió Creso de aquel sueño, que le llenó de orgullo como a un necio, a pesar de que su hija, la sabia y prudente Fania, que sabía interpretar los sueños, le había advertido sin adularle; diciéndole:

(vv. 6459-6486)

—Buen padre, ésas son nuevas dolorosas. Habéis de saber que vuestro orgullo no vale una higa y que Fortuna se ríe de vos. Por este sueño debéis entender que pretende háceros perecer colgado en la horca y, cuando os balanceéis al viento, sin techo ni protección,

lloverá sobre vos, buen rey, y el buen sol, con sus rayos os secará cuerpo y rostro. Fortuna os prepara este fin, ella que da y quita los honores, y convierte a grandes en humildes, y de humildes hace grandes, permitiéndoles que mande a los señores. ¿A qué engañaros? Fortuna os destina al patíbulo, y cuando os tenga en él, con la soga al cuello, cogerá la hermosa corona de oro de vuestra cabeza y la pondrá sobre otra que vos ni siquiera conocéis.

(vv. 6487-6510)

Para explicaros el sueño con más claridad, sabed que Júpiter, que os lava, significa la lluvia y el trueno; Febo, que tiene la toalla, significa sin duda alguna el sol. El árbol quiere decir la horca, no puedo interpretarlo de otro modo. Este castigo habréis de soportar, pues así venga Fortuna al pueblo de la arrogancia que mostráis, como hombre soberbio y loco. También destruye a muchos hombres buenos, pues no estima un ápice ni fechorías ni lealtad, ni realeza ni villanía. Antes bien, juega con ellas como pelotas, cual doncella ingenua e ignorante, y reparte sin ningún orden riquezas, honores y reverencias. Otorga dignidad y poder sin mirar a quién, pues, cuando reparte sus gracias, más bien las desparrama, arrojándolas como si fuesen inmundicias por prados y barrizales. Aprecia todo menos que un comino, salvo a su hija Distinción, prima hermana de Suerte, tal es su incertidumbre; además, no concede a Distinción a nadie, sea quien sea, si no es de espíritu puro, cortés, arrojado y valiente, porque Distinción abandonará al mejor guerrero, si éste se deja poseer por la villanía.

(vv. 6511-6548)

Distinción es noble, y yo la amo, pues no cabe en corazón villano. Por eso os ruego, mi muy querido padre, que desterréis de vuestro interior cualquier vileza; no seáis soberbio ni mezquino. Tened, para enseñar a

los ricos, el corazón generoso, cortés y gentil, y piadoso para con los pobres. Así debe comportarse un rey: ha de poseer un corazón generoso, cortés y bondadoso, lleno de piedad, si desea obtener la amistad de su pueblo: sin ella, cualquier rey de cualquier época vale lo mismo que el más simple hombre.

(vv. 6549-6562)

De este modo aconsejaba Fania a su padre, pero el necio no ve en su necedad otra cosa que sentido y razón, porque eso es lo que siente en su necio espíritu. Creso, que no era nada humilde, sino lleno de orgullo e ignorancia, se cree sabio en todos sus actos, aunque en verdad fuesen los mayores ultrajes.

(vv. 6563-6570)

—Hija —le contesta—, no sois vos quién para enseñarme cortesía ni buena conducta. Yo las conozco mejor que vos, que tanto me habéis adoctrinado. Y, ya que vuestro necio saber me ha interpretado mi sueño de ese modo, os diré que me habéis mentido grandemente. Sabed que se trata de un sueño noble, en el que pretendéis introducir falsa glosa. Mi sueño ha de ser interpretado literalmente; así lo entiendo yo y así lo veremos a su hora. Jamás vi que un sueño tan alto tuviese explicación tan vil. Sabed que los dioses vendrán ante mí y me rendirán pleitesía. Eso me han transmitido en mi sueño; a tal punto son mis amigos, ya que siempre les he servido bien.

(vv. 6571-6589)

Ved cómo le sirvió Fortuna a él, que no pudo evitar la muerte en la horca. ¿No queda claramente demostrado que su rueda no permanece firme y que nadie puede detenerla, por muy alto que sea su estado? Si sabes un poco de lógica, que es ciencia verdadera, verás que lo que los grandes señores no logran, en vano lo intentarán los pequeños. Y si no te parecen aceptables las

demostraciones basadas en antiguas historias, también puedes hallarlas en hechos ocurridos en tu misma época, en batallas recientes y hermosas, con la belleza que puede caber en una batalla. Ahí está Manfredo, rey de Sicilia, que mantuvo durante largo tiempo la paz en su reino, a fuerza de astucia y energía, hasta que el buen Carlos, conde de Anjou y Provenza, le hizo la guerra. Por la divina providencia, Carlos reina ahora en Sicilia, pues así lo quiere el verdadero Dios, al que siempre se ha encomendado. Este buen rey Carlos le quitó al otro no sólo el reino, sino también su propia vida. En la primera batalla, cuando le atacó con la tajante espada para vencerle, montado en su corcel gris, le dio jaque mate con un golpe de peón errante, en medio de su tablero. Y no quiero hablar de Conradino, su sobrino, cuyo ejemplo está próximo, al que el rey Carlos cortó la cabeza, pese a los príncipes de Alemania. También hizo prisionero a Enrique, hermano del rey de España, soberbio y traicionero, y le hizo morir en su prisión.

(vv. 6590-6532)

Esos dos, como ignorantes mozalbetes, perdieron en la partida torres, alfiles, peones y caballos, y salieron fuera del tablero, del miedo que tenían a caer prisioneros en el juego que habían emprendido. Porque mirando la verdad, no corrían peligro de mate. Combatían sin rey, así que no había posibilidad de jaque y mate, y el que a ellos se enfrentaba en aquel ajedrez no podía ponerles en jaque, pues no se da jaque a los peones, ni a los alfiles, ni a los caballos, ni a las reinas ni a las torres. Si puedo contar la verdad, sin lisonjear a nadie, si conozco algo las reglas del ajedrez, y si tú mismo las conoces un poco, sabrás que sólo al rey puede dársele jaque, cuando todos sus hombres han caído prisioneros, de suerte que se ve él mismo solo sobre el campo y no vislumbra más salvación que huir de sus enemigos, que lo han reducido a tal penuria.

(vv. 6633-6658)

No se puede poner en jaque a ningún otro hombre, como bien saben avaros y generosos, pues así lo dispuso Atalo, que inventó el juego del ajedrez cuando estudiaba la Aritmética. Y verás en el *Policrático* que, tras apartarse algo del tema de los números, que debía tratar, halló este hermoso juego, que probó mediante demostración.

(vv. 6659-6668)

Por este motivo, por el temor a ser capturados, se dieron ambos jóvenes a la fuga. ¡Qué digo, para evitar la captura! Más bien para evitar la muerte, cosa peor y que más les perjudicaba, pues el juego tornaba a mal para su bando, que se había apartado de Dios y había emprendido batalla contra la Santa Iglesia. Si hubiesen sido puestos en jaque, nadie podría haberlo impedido, pues la reina había caído en el primer embate, en el que el rey perdió como un necio torres, caballos, peones y alfiles. Así, ella no estaba presente allí, y la pobre desdichada no pudo escapar ni defenderse cuando le hicieron saber que Manfredo yacía muerto tras el jaque mate, yertos su cabeza, sus pies y sus manos.

(vv. 6669-6690)

Una vez que el buen rey Carlos supo que aquéllos habían huido, los persiguió y apresó, y les infligió el destino que le plugo, así como a muchos prisioneros, cómplices de su locura. Este valiente rey del que hablo, al que solían llamar conde, cuya alma Dios proteja y aconseje noche y día, y la de todos sus herederos, dominó la soberbia de Marsella y cobró las cabezas de los más grandes señores de la ciudad, así como recibió el reino de Sicilia, del que es hoy rey coronado y vicario de todo el imperio. Pero no he de hablar más de él. Quien quisiera narrar sus hazañas necesitaría escribir un grueso libro.

(vv. 6691-6710)

He aquí, pues, gentes que ocuparon altos cargos. Ahora conoces cuál fue su final. En definitiva, Fortuna no es segura. ¿No demuestra su necedad quien en ella confía, cuando a los que aparenta ungir por delante les va pinchando por detrás? Y tú mismo, que besaste la rosa, y que desde entonces soportas tal carga que no logras reposo, ¿pensabas conservar para siempre aquellos besos y aquellas delicias? ¡Por mi vida que eres necio e insensato! Para que cese tu dolor, acuérdate de Manfredo, de Enrique y de Conradino, que fueron peores que los sarracenos, pues emprendieron una guerra cruel contra su madre, la Santa Iglesia. Recuerda también a los marselleses, y a los poderosos de la Antigüedad, como Nerón y como Creso, cuyas historias te he contado, que no pudieron retener a Fortuna, pese a su enorme poderío. Por todo lo cual, el hombre libre que se vuelve soberbio por su libertad, ignora en qué época Creso acabó en la esclavitud, y creo que tampoco recuerda a Hécuba, que fue mujer del rey Príamo, ni a Sisicambria, madre del rey Darío de Persia, según la historia. Fortuna resultó para todos ellos tan perversa que de libres y señores de reinos los convirtió al fin en esclavos.

(vv. 6711-6746)

Por otra parte, tengo por gran vergüenza que tú, que conoces el valor de las letras y que sigues estudios, no recuerdes a Homero, a quien sin embargo has estudiado. Parece que lo hayas olvidado por completo. ¿Para qué entonces tanta cuita y tanto esfuerzo? ¡Pones tu cuidado en estudiar y luego tu negligencia lo olvida todo! ¿De qué te vale estudiar, si cuando lo necesitas te falta el discernimiento, y sólo por tu propia culpa? En verdad, deberías tener muy presente la sentencia de Homero, y todos los hombres sensatos debieran grabarla en su corazón, hasta que la muerte los atrapase. Pues, a quien conociese esa sentencia y la guardase en su corazón y supiese sopesarla, nada que sucediese lograría

apesadumbrarlo, ni romper su firmeza frente a las cosas buenas y malas, suaves y duras. Las obras de Fortuna demuestran esa verdad, cada día más aparente, si se usa el sentido común. Me asombra que no sepas comprenderla, tú que has puesto en ello tu cuidado. Pero tu razón ha ido a otra parte, a causa de este amor desordenado. Debo recordártela, para que la comprendas mejor.

(vv. 6747-6782)

En cualquier estación, Júpiter mantiene en el umbral de su morada dos toneles llenos, según refiere Homero. No hay anciano ni mozo, ni dama ni doncella, vieja o joven, hermosa o fea, que viva en este mundo sin que beba de uno de esos toneles. Es una taberna llena de gente, donde Fortuna, la tabernera, pone en sus copas ajenjo y pimienta para dar de beber a todo el mundo. Todos abrevan de sus manos, pero unos más y otros menos. Nadie hay que no consuma cada día de estos toneles un cuartillo, una pinta, un moyo, un sextario o una jarra, según le plazca a la moza, ya a manos llenas, ya algunas gotas que Fortuna deja caer en su garganta, pues vierte bien o mal a cada uno, de igual modo que se muestra dulce y perversa.

(vv. 6783-6804)

En efecto, nadie se sentirá tan feliz que no encuentre, aún en la mayor de las venturas, si reflexiona, algo que le desagrade; ni tampoco, si bien lo piensa, sufrirá tales desdichas que no aprecie algo que le conforte entre tanto dolor, sea en lo ya hecho o en lo por hacer, si piensa con frialdad y no se deja arrastrar por la desesperación, que turba a los pecadores. Ningún hombre puede aportar otro remedio, por muy profundas que sean sus lecturas. ¿De qué te sirve, pues, enojarte, lagrimear o refunfuñar? Al contrario, toma ánimos, apresúrate a recibir con paciencia cuanto Fortuna te envíe, sea horrible o hermoso, malo o bueno.

(vv. 6805-6824)

De la engañosa Fortuna y de su temible rueda no podría contar todas sus vueltas. Es el suyo un juego de tira y afloja, y ella lo arregla tan bien que nadie, al comenzar, sabe si encontrará ganancia o pérdida. Pero dejaré ya de hablar de ella, aunque vuelva al tema en mi petición. Tres cosas bien honestas te solicito, pues la boca recoge con gusto lo que sale del corazón. Si tú rechazas, nada podrá excusarte ni evitar que seas vilipendiado. Estas son: que desees amarme, que olvides al dios de Amor y que desprecies a Fortuna.

(vv. 6825-6844)

Si te sientes demasiado débil para soportar esta carga, estoy presta a hacer que te sea más ligera. Acepta sólo mi primera petición. Si me acoges rectamente, quedarás libre de las otras, ya que, si no eres necio o estás borracho, debes saber y recordar que quien se consagra a Razón nunca amará por amor ni apreciará a Fortuna. Así se comportó Sócrates, que fue mi amigo leal. Nunca temió al dios de Amor ni se inmutó ante Fortuna; por eso deseo que te asemejes a él y unas tu corazón al mío. Si tal haces, me bastará con largueza. Examina, por lo tanto, cómo se presenta el asunto: sólo te pido una cosa; toma la primera que he dicho y te declaro libre de las demás. No mantengas más tu boca cerrada. Responde, ¿harás lo que te pido?

(vv. 6845-6870)

—Señora —dije yo—, nada puedo cambiar. Es preciso que sirva a mi señor, que me volverá cien mil veces más rico, en cuanto le plazca, pues me concederá la rosa, si me comporto como debo. Si gracias a él puedo obtenerla, nada más echaré en falta. Sócrates no me importa tres higas, por rico que fuera, y no quiero oír hablar más de él. Debo regresar a mi señor y mantener mis promesas, pues él es justo y amable. Aunque él me condujera al infierno, no frenaría a mi corazón. ¿Mi corazón, digo? Ya no me pertenece. No he redactado aún

mi testamento para amar a otro. Legué todo a Dulce Albergue, pues conozco de memoria mi legado, y con impaciencia me confesé sin arrepentirme. Así pues, por nada os cambiaría la rosa. A ella han de ir mis pensamientos.

(vv. 6871-6897)

Además, no puedo teneros por cortés cuando habéis nombrado los cojones, pues no es palabra honesta en boca de gentil doncella. No comprendo cómo vos, que sois hermosa y prudente, habéis osado hablar de ellos, al menos sin glosar el término con algún cortés vocablo, como es obligado en boca de mujer. Yo mismo veo a menudo que las ayas, que muchas son necias y atrevidas, los denominan con frecuencia de otro modo, cuando al bañar a sus niños deben tocarlos y lavarlos. Decidme acaso si miento.

(vv. 6898-6912)

Sonrió entonces Fortuna y me respondió:

—Buen amigo, puedo nombrar cualquier cosa que no sea sino buena por su nombre, sin manchar por ello mi reputación. Puedo hablar sobre lo malo en términos claros, pues nada me avergüenza salvo el pecado. Ahora bien, nada puede impulsarme a pecar, y jamás pequé en mi vida. Por eso, no yerro al nombrar cosas nobles con palabras claras y sin glosas, cosas que mi padre creó con sus propias manos en el paraíso, igual que hizo los demás instrumentos que son pilar, base y sostén de la naturaleza humana, que sin ellos sería vana y frágil. Pues, en efecto, Dios concedió de grado a los cojones y a la verga el poder de la generación, gracias a un maravilloso ingenio y para que la especie se conservara siempre vigorosa y renovada, y esto es por medio del nacimiento perecedero y de la decrepitud renaciente. Así, Dios hace que la especie dure y que la muerte no logre destruirla. Por la misma razón inventó Él la muda de los

animales, que gracias a ella se mantienen, pues cuando unos mueren, sus formas permanecen en otros.

(vv. 6913-6948)

—Esto es peor que lo de antes —dije yo—, pues ahora veo con claridad, en vuestro osado lenguaje, que sois una necia bribona, pues, aunque Dios haya creado las cosas que habéis recordado, al menos no inventó esas palabras, todas llenas de villanía.

(vv. 6949-6956)

—Buen amigo —dijo la sabia Razón—, la necedad no es buen arrojo, nunca lo ha sido ni lo será. Tú dirás lo que te parezca porque tienes para ello tiempo y espacio, y no debes temerme, pues yo deseo tu amor y tu merced. Estoy presta a escucharte, a callarme y soportarte, con tal que no hagas cosas peores que pronunciar esos insultos con que me obsequias. Parece, en verdad, que busques en mí respuestas insensatas. Pero yo no haré eso. Yo, que te aconsejo para tu bien, no me parezco a ti hasta el punto de emprender tal villanía como insultar o buscar querella. Es cierto, y no te enoje, que disputar es mala venganza, y también habrás de saber que insultar aún es venganza peor. Yo escogería otra muy diferente, si buscara venganza, pues si tú hablas o haces mal, yo puedo reprenderte con mis palabras o con mis actos, para aconsejarte y enseñarte sin difamación ni vituperio. También podría tomar otra venganza, si tú no quisieras creer mi palabra, buena y veraz, denunciándote en su momento al juez, que me restituiría mi derecho, o bien, aún, podría tomar una satisfacción honrosa por algún medio lícito. Yo no busco insidias con las gentes, ni rebajar a nadie, malo o bueno, con mis palabras. Que cada palo aguante su vela, que se confiese si le place y, si no quiere, que se abstenga. Yo a nada les forzaré. No deseo cometer desvaríos, siempre que pueda evitarlos, y nunca saldrá injuria de mi boca. Guardar silencio es, sin duda, virtud

pequeña, pero decir las cosas que habría que callar es acción propia del diablo.

(vv. 6957-7006)

La lengua debe ser refrenada. Así, leemos en Tolomeo palabras muy honestas, al comienzo de su *Almagesto*, cuando dice que es sabio quien pone su cuidado en refrenar su lengua, salvo al hablar de Dios. En ese tema no sobran palabras, pues nadie puede alabar de más a Dios, ni tenerle demasiado por su Señor, ni temerle ni obedecerle en demasía, ni amarle ni bendecirle en exceso, ni colmarse pidiéndole misericordia o piedad. En este asunto no sobran las palabras, pues siempre deben darle gracias cuantos reciben sus bienes. El mismo Catón está de acuerdo en eso y lo recuerda en su libro. Ahí puedes encontrar escrito que la virtud primordial es poner freno a la lengua. Doma pues la tuya y refrena insensateces y ultrajes; así obrarás sabiamente, ya que conviene dar crédito a los paganos cuando proporcionan grandes verdades.

(vv. 7007-7032)

Algo más te diré, sin ninguna ira ni odio, sin insulto ni vejación, porque es necio mofarse de las gentes. Sin pretender romper mi relación contigo ni perder tu favor, te digo que cometes una gran falta contra mí, que sólo quiero amarte y apaciguarte, al tratarme de «necia bribona». Esa injuria es injusta. Mi padre Dios, el rey de los ángeles, el gentil sin villanía, de quien procede toda cortesía y que me instruyó y educó, no me tiene por maleducada, sino que Él mismo me enseñó estas maneras. Por su consejo tomé la costumbre de hablar claramente de todo, cuando me place, sin muchas glosas.

(vv. 7033-7050)

Pretendes ponerme objeciones y me pides que glose, ¿así te opones a mí? Me objetas que, aunque Dios creó

todas las cosas, no les dio sus nombres. Esto te respondo: supongo que no, al menos los que tienen ahora. Sin embargo, pudo nombrarlas ya cuando creó todo el mundo y lo que contiene. Pero Él prefirió que yo las nombrase a mi modo y les encontrase sus nombres, claros y llanos, para que aumentase nuestro entendimiento. Me dio la palabra, que es don muy precioso. Y todo lo que te respondo, puedes hallarlo en las autoridades: Platón exponía en su escuela que la palabra nos fue concedida para hacer comprender nuestras voluntades, para enseñar y para aprender. Esta sentencia rimada encontrarás escrita en el *Timeo* de Platón, que no era necio.

(vv. 7051-7075)

Por otra parte, me objetas que mis palabras son soeces y villanas. Yo te aseguro, ante Dios que me escucha, que si yo, al nombrar las cosas que te atreves a reprender y criticar, hubiera llamado cojones a las reliquias y reliquias a los cojones, tú, que me atacas y me criticas, me habrías respondido entonces que «reliquias» era una palabra soez y villana. «Cojones» es un nombre hermoso, y me gusta así, como también, en verdad, «pelotas» y «verga». Nadie conoció palabras tan bellas. Yo inventé esos términos, y estoy segura de no haber cometido vileza. Dios, que es sabio y prudente, sabe también que lo que hice está bien hecho. ¿Cómo, por el cuerpo de San Homero, no habría yo de llamar por su nombre a las obras de mi padre? ¿Pretendes que pida perdón por eso? Era preciso que las cosas tuviesen sus nombres. De otro modo, los hombres no habrían podido designarlas. Nosotros les dimos esas palabras para que fueran usadas al nombrarlas. Si las mujeres de Francia no las emplean, es por falta de costumbre. Si se hubieran habituado, les parecerían lindas y si las dijesen con toda claridad, ten por cierto que no pecarían en nada.

(vv. 7076-7106)

La costumbre es muy poderosa, lo sé bien. Muchas cosas disgustan por su novedad, y luego resultan bellas por la costumbre. Cuando las mujeres deben hablar de estas cosas, las llaman yo no sé cómo, «bolsas», «arneses», «cosas», «picas», «pinchos», como si fuesen espinas; sin embargo, cuando las sienten bien cerca, no les parece que pinchen... Así pues, nombran estas cosas siguiendo su costumbre, y no quieren pronunciar la palabra justa. Yo no se lo reprocharé, pero prefiero hablar en términos propios, cuando quiero designar claramente una cosa.

(vv. 7107-7122)

En nuestras escuelas, se explican muchas cosas por parábolas, bellas para el oído. No debe tomarse al pie de la letra todo lo que se oye. Cuando yo hablaba de los cojones, había en mis palabras otro sentido distinto al que tú les has dado. Quien hubiera comprendido bien la letra, habría apreciado también el sentido de lo escrito, que aclara la oscura fábula. La verdad oculta se aclararía si fuese explicada. Tú la asimilarás mejor si recuerdas las alegorías de los poetas. En ellos encontrarás una gran parte de los secretos de la filosofía, y gozarás y sacarás mucho provecho, pues te deleitarás aprovechando y aprovecharás deleitándote. En los juegos y fábulas de los poetas residen placeres muy útiles. Bajo aquellos escondieron sus pensamientos y vistieron de fábulas las verdades. A ellos te convendría acudir, si quieres entender bien las palabras. Pero después yo te he pronunciado dos palabras, que tú has oído bien, y que deben ser comprendidas literalmente, sin glosa alguna.

(vv. 7123-7154)

—Señora, las entiendo bien, pues son sencillas y nadie que conozca el francés puede ignorarlas ni tener menester de más aclaración. El pensamiento de los poetas, empero, sus fábulas y sus metáforas no llaman ahora la atención de mis comentarios. Si algún día yo

sanara y me fuera pagado el servicio del que espero gran recompensa, entonces las interpretaré con calma en lo que me toque, y cada cual verá claro. Yo os considero perfectamente excusada de haber empleado términos como los dos que habéis pronunciado antes, con semejante claridad, y no es preciso discutir más ni perder mi tiempo en comentarios. Pero, por la merced divina, os ruego que no insistáis en que yo os ame. Si desvarío, será para mi mal; aun así, creo haber obrado con prudencia al rendir homenaje a mi señor. No toméis cuidado de mi necedad: pase lo que pase, he de amar a la rosa que me apasiona y mi corazón no aceptará a ninguna otra. Si os otorgase mi amor, faltaría a mi promesa; cometería deslealtad hacia vos y tración hacia mi señor si os aceptara. Ya os he repetido varias veces que no quiero poner mis pensamientos sino en la rosa; al hacerme pensar otras cosas con vuestras palabras, que ya me aburren, lograréis que huya. Mi corazón está lejos, callad ya.

(vv. 7155-7200)

Al oír estas palabras, Razón se alejó y me dejó triste y meditabundo. Recordé entonces a Amigo, y me apresuré, pues quería acercarme a él a cualquier precio.

(vv. 7201-7203)

He aquí a Amigo, al que Dios trajo. Cuando me vio en aquel estado, con aquel dolor punzándome el pecho, dijo:

—¿Qué es esto, buen dulce amigo? ¿Quién os ha dejado en tamaña aflicción? Viendo tal abatimiento, doy por cierto que os ha acontecido una desgracia. Dadme pues alguna nueva.

—No ha de ser buena ni hermosa.

—Contádmelo todo.

Le conté lo que habéis oído y que no voy a volver a repetiros.

—¡Por Dios bendito! Habíais calmado a Peligro y

besado el capullo. No os ha de pesar que Dulce Albergue esté preso. Él sólo flaqueó al otorgaros un beso, y no ha de permanecer largo tiempo en prisión. Sin embargo, tenéis que compartaros con mayor cautela, si queréis llegar a buen fin. Calmaos y sabed que Dulce Albergue saldrá pronto de la cárcel donde cayó por vos.

(vv. 7204-7229)

—¡Oh! Tengo demasiados enemigos, aunque sólo cuente entre ellos a Mala Lengua, que es quien mayor temor me inspira y quien empuja a los demás. Jamás se hubiese sabido mi aventura, si la infame no la hubiese divulgado. Miedo y Vergüenza lo habrían ocultado de grado, y el propio Rechazo habría renunciado a dañarme. Todos estaban tranquilos hasta que llegaron los diablos que esa infame reunió. Quien hubiese visto a Dulce Albergue temblar ante los gritos de Celos (y cómo grita la vieja) se habría apiadado. Yo huí sin más dilación; entonces se construyó el castillo en el que Dulce Albergue está preso. Por eso os reclamo, Amigo, pues moriré si no me brindáis consejo.

(vv. 7230-7250)

Me replicó entonces el docto Amigo, como quien mucho sabía sobre Amor:

—Compañero, no os desconfortéis. Solazaos en buen amor y servid lealmente y sin descanso al dios de Amor, noche y día. No le traicionéis. Muy gran deslealtad supondría que él notase vuestro abandono. Se sentiría decepcionado de haberos recibido como vasallo, pues nunca le engañó un corazón fiel. Haced cuanto os ordenó y observad todos sus mandamientos. En verdad, nadie que los observe, si no sucede una desgracia de las que reparte Fortuna, conocerá el fracaso, aunque su bien tarde en llegar. Ocupaos de servir al dios de Amor, poned en él todos vuestros pensamientos, pues resultan dulces y gratos. Desvarío sería abandonarle, si él no lo

hace antes. Por lo demás, él dispone de vos, y tenéis que inclinaros, pues no podéis renunciar a él.

(vv. 7251-7276)

Os diré lo que debéis hacer. Aguardaréis un poco, antes de ir al fuerte castillo. Hasta que soplen mejores vientos, no cometeréis tonterías ni os sentaréis junto a las murallas y ante las puertas. No hagáis como de costumbre, aunque os enoje; y si allí os conduce la aventura, poned cara de que Dulce Albergue no os importa nada. Sin embargo, si le veis de lejos, en una tronera o una ventana, dedicadle una mirada implorante y siempre muy furtiva. Si Dulce Albergue os ve, se sentirá feliz, a pesar de sus guardias, pero no lo manifestará, si no a escondidas; o quizá cerrará la ventana cuando os oiga hablar, y os observará por la rendija hasta que se lo lleven o hasta que abandonéis ese lugar y no pueda seguir viéndoos.

(vv. 7277-7302)

Tened mucho cuidado de que Mala Lengua no os vea. Si os ve, saludadla, pero guardaos de cambiar vuestra expresión y no dejéis ver en vuestro rostro huella alguna de rencor o de odio. Si la encontráis más tarde, no mostréis tampoco vuestra ira: el hombre juicioso oculta su mal humor. Sabed que quien burla al burlador hace una buena obra. Creedme, así deben comportarse todos los amantes, al menos los prudentes. Os aconsejo que honréis y sirváis a Mala Lengua y a toda su familia, incluso si pretenden vuestra muerte. Ofrecedle todo con gran aparato, corazón y vida, bienes y servicio. Se ha llegado a decir, y yo creo que con acierto: «a astucia, astucia y media». No es pecado burlar a quien está lleno de burlas. Mala Lengua es un baladrón. Quitad «ba» y queda «ladrón». Y lo es de veras, así que podéis ver cómo le conviene tal nombre. En efecto, arranca a los hombres su honra, y ya nada puede devolvérsela. Habría que colgarla antes que a

todos esos ladronzuelos que roban unas pocas monedas. Porque, si un ladronzuelo roba dinero, ropas o trigo de los graneros, quedará libre pagando cuatro veces lo robado, según rezan nuestras leyes escritas, para casos de flagrante delito. Pero Mala Lengua hace mayor daño con su sucia boca llena de vileza, pues jamás podrá restablecer el nombre que ha destruido con su infame lengua.

(vv. 7303-7346)

Es conveniente, pues, apaciguar a Mala Lengua. A veces, es preciso besar la mano que se desearía ver arder. ¡Ojalá estuviese ahora la bribona en Tarso, y murmurase allí cuanto quisiera, sin tocar a los amantes de aquí! Es bueno amordazar a Mala Lengua, para que no pueda decir injurias ni reproches. Hay que burlarla con burlas a ella y a toda su parentela, que Dios confunda, y servirles, adularles, sobarles con astucia y disimulo, con hipocresía inclinarse y saludarles, ya que conviene acariciar al perro para que deje libre el paso. Sus injurias se apagarían si le pareciera que no tenéis deseo de conseguir el capullo que os acusó de querer robar.

(vv. 7347-7368)

Poned vuestro cuidado también en servir a la Vieja que guarda a Dulce Albergue, ¡mal fuego la achicharre! Haced lo mismo con Celos ¡a quien nuestro señor maldiga! Fiera dañina, que se retuerce siempre ante el gozo del prójimo, tan miserable y envidioso que desea todo lo que los demás poseen, aunque nada se perdiera por compartirlo. Es muy necio quien ahorra tales cosas. Es como bujía en candil: por mucho que alumbres, no dará más luz; es fácil reconocer el paralelismo, por muy torpe que sea el entendimiento.

(vv. 7369-7384)

Si todos estos bribones os necesitan, servidles con vuestro esfuerzo; mostradles cortesía, que es cosa muy

preciada, pero que nunca noten que lo hacéis para engañarles. Así conviene que os comportéis. Al enemigo, hay que conducirlo a la horca con la mano en el hombro, adulándole y con caricias, si no se puede de otro modo. Y puedo asegurarte y jurarte que no existe otro medio para lograrlo, ya que ellos tienen tal poder que, quien les atacase abiertamente fracasaría de cierto.

(vv. 7385-7400)

Luego, cuando lleguéis ante los otros carceleros, si es que lo conseguís, os comportaréis como os diré y les presentaréis estos dones: guirnaldas de flores entrelazadas, limosneras, cofias u otras pequeñas joyas lindas, ricas y bien hechas, siempre que no os arruinéis. Quejaos luego de las desdichas, fatigas y duelos que Amor os causa al conduciros allí. Y, aun en el caso de que no podáis hacerles regalos, os será preciso sermonear con promesas. Prometed sin escatimar, sea lo que sea, del pago luego. Jurad en voz alta y por vuestro honor antes que volver sin nada, y rogadles que os socorran; si vuestros ojos lloran ante ellos, será una gran ventaja: estallad en llanto, obraréis sabiamente; arrodillaos ante ellos, las manos juntas, e inundad allí mismo vuestros ojos de lágrimas, de modo que resbalen por la cara y que ellos las vean bien caer. Eso llama mucho a la compasión, pues las lágrimas no son despreciables, sobre todo para las personas piadosas.

(vv. 7401-7432)

Si no lográis llorar, tomad sin tardanza y a escondidas un poco de vuestra saliva, o bien jugo de cebolla, o de ajo, o de cualquier otro licor parecido, y mojaos con ello el rostro. Si lo hacéis así, lloraréis cuanto os plazca. De igual modo obraban los embaucadores que luego se convertían en corteses amantes, haciendo caer en sus redes a cuantas damas querían, hasta que las volvían a dejar libres cuando se apiadaban de ellas. Y muchos fingían llorar, aunque no amaban con buen amor, sino

que engañaban a las doncellas con su llanto y sus mentiras.

(vv. 7433-7450)

Las lágrimas ablandan el corazón de tales gentes, siempre que no vean en ellas el engaño. Si lo descubrieran, no os concederían piedad y en vano rogaríais misericordia, porque nunca conseguiríais penetrar en el castillo. Y en el caso de que no lleguéis hasta ellos, enviadles vuestras palabras a través de algún experto mensajero, ya sea de viva voz, escrito en papel o en tablillas. Ahora bien, no pongáis en ellas nombre propio alguno, y que «él» se convierta en «ella» y «ella» sea llamada «él». De este modo, el asunto quedará mejor disimulado. Que la dama sea «él» y el señor «ella». Escribid así vuestro mensaje, porque muchos bribones han burlado a numerosos enamorados leyendo sus cartas: los amantes se ven delatados y sus placeres de amor, perdidos. Jamás confiéis en niños, porque os la jugarán. No son buenos mensajeros; siempre están cotorreando y jugando, y enseñando lo que llevan a los taimados que les tiran de la lengua; o bien equivocan su mensaje, porque no alcanzan ningún entendimiento. Pronto quedaría todo al descubierto, si los mensajeros no fuesen bastante avispados.

(vv. 7451-7480)

Es seguro que estos carceleros, por su caritativo carácter, no os perjudicarán después de haber aceptado vuestros presentes. Sabed que, según los dones que ofrezcáis, seréis recibido. Una vez que los hayan tomado, la cosa está hecha, pues, así como el halconero adiestra al noble gavilán para que acuda siempre a su mano, del mismo modo esos carceleros se pliegan ante los dones y dan gracias y mercedes a los leales amantes. Caen completamente rendidos ante los regalos.

(vv. 7481-7494)

Si, por azar, los encontráis tan soberbios que no podéis hacerles flaquear ni con presentes, ni con súplicas, ni con llanto ni de otra manera, antes de que os expulsen con fieras palabras, o por rudas acciones, injuriándoos gravemente, despedíos de ellos con cortesía y dejadlos en su salsa. El queso de otoño no se curó nunca tan bien como lo harán ellos. Ya se cuidarán de buscaros luego y sacaréis buen provecho.

(vv. 7495-7508)

Los corazones villanos son tan altivos que, cuanto más se les suplica y aprecia, menos devuelven, y cuanto más se les sirve, más desprecian. Sin embargo, cuando se ven desdeñados, rebajan deprisa su orgullo y buscan el afecto de los que desdeñaban, y se doman y se apaciguan, porque no les gusta nada, sino que les duele, que les olviden. El marinero que navega buscando tierras salvajes aun guiándose por las estrellas no singla con la misma vela, sino que la cambia a menudo, para evitar la tempestad o el vendaval. Así también, el corazón enamorado no corre siempre al mismo trote: quien anhela gozar de buen amor, a veces debe perseguir y a veces, huir.

(vv. 7509-7528)

Por otra parte, es cosa clara —sin añadir glosas, pues podéis fiaros del texto— que hay que rogar a estos tres carceleros, porque nada puede perder quien les ruegue, por muy orgullosos que parezcan, y en cambio puede servir para que avance su asunto. Ruégueles pues tranquilo, porque ciertamente será recibido o rechazado, pero nunca engañado. Los rechazados no pierden más que el tiempo empleado, y los carceleros no se irritarán contra los que les ruegan, sino que se mostrarán dispuestos hacia ellos, una vez rechazados, porque no existe nadie, por malvado que sea, que no se sienta feliz de verse solicitado. Todos piensan para sus adentros cuánto valen, cuán bellos son y cuán apreciados, y

que poseen todas las virtudes y la consideración de las gentes, a pesar de sus decisiones, ya sea que accedan a las súplicas, las rechacen o se excusen. Si los suplicantes son aceptados con favor, obtendrán entonces lo que buscaban; y si, por desgracia, fracasan, se irán libres y francos, pues si el fracaso es posible, más dulce resultará el placer futuro.

(vv. 7529-7560)

Los pretendientes no deben abordar a los porteros desvelando su intención de engatusarles para conseguir la rosa, sino afirmar que les impulsa un amor leal y cortés, nacido de sus más hondos pensamientos. Sabed que ambos carceleros son domables, de eso no cabe duda. Siempre que sepáis plantear la petición, obtendréis resultado, pues nadie se ve rechazado en tal caso. Ahora bien, si seguís mi consejo, no os obcequéis en ruegos si veis que el asunto no conduce a buen puerto. En ese caso, ellos se jactarían de ser requeridos; en cambio, no presumirán cuando se vean cómplices del hecho.

(vv. 7561-7578)

Aunque pongan buena cara, su carácter es tan raro que, si no se les solicitara, seguro que se adelantarían ofreciéndolo todo por nada, siempre que fueran respetados. Por el contrario, los solicitantes presurosos y los que ofrecen presentes en demasía les inflan tanto su orgullo que encarecen el precio de las rosas. Así se perjudican a sí mismos, pensando obtener gran beneficio, ya que habrían recibido todo por nada si no hubiesen complicado su demanda, y si hubiese hecho lo mismo que todos los que les precedieron.

(vv. 7579-7594)

Sacando una lección, si esos pretendientes deseasen alquilar sus servicios, obtendrían buenos precios si llegaran al acuerdo de que nadie solicitara nada ni

ofreciera nada: para dominar a los guardianes, bastaría con que todos dejasen que las rosas se marchitaran. Aun así, un hombre que ponga su cuerpo en venta no me gusta ni me gustará, al menos en este asunto. Mas no perdáis tiempo en esta empresa: rogad a esos guardianes y tended vuestros lazos para cazar la presa, pues bien podría suceder que, por mucho aguardar, otros dos, tres o cuatro pretendientes se precipitaran sobre ella, o incluso cincuenta y dos docenas en cincuenta y dos semanas. Los guardianes se inclinarían hacia ellos, si vos tardaseis, y difícilmente llegaríais a tiempo si esperáis mucho. Jamás aconsejaré que un hombre aguarde a que una mujer solicite su amor, pues mucho fía en su belleza quien espera que una mujer le ruegue.

(vv. 7595-7622)

Quien desee emprender y adelantar con rapidez su empresa, no debe temer que la dama le maltrate, ni que su nave no llegue a buen puerto, por muy soberbia y orgullosa que ella se muestre; así que debe esperar con prudencia. De este modo, compañero, habéis de comportaros cuando os encontréis ante los guardianes. Mas, si los halláis airados, no les roguéis nada. Espiad el instante en que los veáis alegres; no les solicitéis en su tristeza, a menos que ésta se deba a que la loca Celos por vuestra causa, los haya apaleado y dejado con ese enojo.

(vv. 7623-7638)

Si lográis ver en privado a los guardianes, si el lugar es conveniente y no teméis la aparición de intrusos, y si Dulce Albergue, preso por vos, logra escapar, enviándoos su más dulce seña, pues bien sabe tratar a los enamorados, entonces habréis de tomar la rosa, aunque Rechazo os injurie, o Vergüenza y Miedo gruñan, si observáis que lo hacen por fingir o por defenderse sin fuerza para confesarse vencidos. Aunque veáis a Miedo temblar, a Vergüenza sonrojarse y a Rechazo

estremecerse, o a los tres juntos llorar y gemir, no os importe una higa: tomad la rosa por la fuerza y mostrad que sois hombre en cuanto lleguen el lugar, el momento y la estación. Nada les gusta más que esa fuerza en quien sabe ejercerla. Muchas personas tienen tan extraños hábitos, en efecto, que sólo ceden ante la fuerza lo que de grado no se atreven a dar, y fingen perderlo cuando en el fondo lo desean y quieren. Así, sabed que quedarían dolientes si su resistencia venciese; aunque fingieran gozo, no dudo que os odiarían, sintiéndose irritados, a pesar de sus protestas.

(vv. 7639-7676)

Si véis que los guardianes están verdaderamente enojados, y notáis que se defienden con vigor, no debéis tender vuestra mano, sino daros preso, pedir clemencia y esperar hasta que los tres guardianes que tanto os turban y os afligen se hayan ido, y Dulce Albergue quede solo y pueda concederos todo. Así os comportaréis ante ellos como arrojado, valiente y sensato.

(vv. 7677-7688)

Poned mucha atención en cómo os mira Dulce Albergue: según ponga su expresión, conformaos a ella. Si es adusta y grave, vos estad serio; si muestra inocencia, vos inocente. Esforzaos en imitarle: si él se pone alegre, poned cara alegre; si irritado, vos enojado; si ríe, reíd; llorad si él llora. Seguid así a cada instante: amaréis lo que él ame; lo que él desee censurar, vos lo injuriaréis; alabaréis cuanto él alabe: así confiará mucho más en vos.

(vv. 7689-7706)

¿Creéis que una dama de pro es capaz de amar a un mozo necio y voluble, que sueñe por las noches como si delirase y que cante serenatas a medianoche sin pensar si agrada o molesta? Ella temería ser censurada, envilecida y difamada. Esos amores se divulgan pronto, por-

que los amantes los vocean por la calle y no les importa quién los conozca. ¡Cuán insensato es quien a tales ata su corazón!

(vv. 7707-7718)

Y si un hombre sensato requiere de amor a una doncella necia, y se muestra prudente, jamás seducirá su corazón: no creáis que conseguirá tal felicidad si se comporta con prudencia; será deshonrado si no modela su conducta de acuerdo con la de ella, pues de otro modo ella creerá que es un zorro astuto y un embaucador. Pronto lo abandonará la doncella y tomará otro amigo muy inferior. Echará al hombre de pro y tomará al peor de la calle, y le otorgará su amor y lo cuidará como la necia loba, cuya gran locura la impulsa a elegir al peor de los lobos.

(vv. 7719-7734)

Si podéis encontrar a Dulce Albergue y jugar con él al ajedrez, a los dados o tablas, u otros deleitosos juegos, perded siempre y quedad siempre en desventaja. Sea cual sea el juego, sed vencido. Que él tome el mando del juego y goce y se ría con vuestra derrota. Alabad su apariencia, sus adornos y su semblante, y servidle cuanto podáis. Si desea sentarse, acercadle un cojín o alguna silla, y vuestra empresa irá mejor. Si observáis que puede caer sobre él alguna suciedad de alguna parte, quitadla antes, incluso aunque no se vea. O bien, si su ropa tiene polvo, cepilladla. En resumen, haced siempre lo que penséis que más le plazca. Si así lo hacéis, no lo dudéis: nunca seréis rechazado, sino que cumpliréis vuestro objetivo tal como os lo he descrito.

(vv. 7735-7764)

—Dulce Amigo, ¿qué me decís? Ningún hombre, si no es un falso hipócrita, haría semejantes diabluras, que nunca las hubo mayores. ¿Pretendéis que honre y sirva a guardianes tan serviles y pérfidos? Son fementidos

sirvientes, en verdad, salvo Dulce Albergue. ¿Esos son vuestros consejos? Sería mortal traidor, si mi servicio fuera para engañar. Puedo decir con orgullo que suelo avisar a los que quiero vigilar. Permitid al menos que lo haga con Mala Lengua que me vigila a su vez, antes de engañarle, o que le ruegue que cese en su murmuración contra mí. O bien será preciso golpearla, o bien que me haga reparación: yo mismo recibiré entonces la prenda, o iré ante el juez para querellarme y obtener venganza.

(vv. 7765-7788)

—Compañero, compañero, así deben obrar los que están en plena guerra, mas Mala Lengua es demasiado astuta; no es enemigo declarado, sino que, cuando odia a un hombre o a una mujer, los injuria y difama por detrás. ¡Es una traidora, Dios la castigue!, por ello es justo traicionarle. De un traidor, yo digo ¡una higa!: puesto que no tiene palabra, no me fío. El traidor odia por dentro a las gentes y les sonríe ampliamente por fuera. Nunca me gustaron tales hombres. Que se guarde de mí, como yo de él. Es justo que quien se acostumbra a traicionar reciba su muerte a traición, ninguna venganza puede resultar más honrosa.

(vv. 7789-7806)

Y, en cuanto a querellaros contra Mala Lengua, ¿pensáis acaso apagar su parloteo? Nunca podríais ganarle, ni aunque encontrarais testigos suficientes. Y si lograseis pruebas, tampoco se callaría. Cuanto más probéis, más murmurará y vos saldréis perdiendo más que ella, de modo que vuestro asunto se divulgará más y crecerá vuestra deshonra. Hay quien piensa rebajar su afrenta, o vengarla, y no hace más que aumentarla y engordarla.

(vv. 7807-7818)

Pedir que se apaguen sus injurias, aunque fuera a palos, es inútil. No, por Dios, nada lograría quien la

apalease, y nunca recibiría satisfacción quien se la pidiese, nada lograría, a Dios pongo por testigo. Además, yo tampoco aceptaría su pago y se lo perdonaría si me lo ofreciera. Por lo demás, si le desafiáis antes, os juro sobre los Evangelios que Dulce Albergue será aherrojado, quemado en hoguera o ahogado bajo el agua, o bien apresado tan cruelmente que jamás volveréis a verle, estoy seguro. Entonces quedaréis con el corazón tan desesperado como Carlos por Roldán, cuando éste recibió la muerte en Roncesvalles, por culpa de la traición de Ganelón.

(vv. 7819-7836)

—¡Oh, pero yo no busco eso! ¡Que se vaya al diablo! Me gustaría verlo colgado, a ese que tanto ha perjudicado mi empresa.

—Compañero, no os preocupéis de colgarlo. Os convendrá más otra venganza y ese oficio no es el vuestro, sino de los jueces. Si queréis seguir mi consejo, burladle con tretas.

(vv. 7837-7846)

—Compañero, me pliego a este consejo y no lo pondré más en duda. Sin embargo, si conocéis alguna arte que permita tomar más fácilmente el castillo, la escucharé de grado, y la aprenderé con gusto si os dignáis enseñármela.

(vv. 7847-7854)

—Ciertamente, existe un camino fácil y noble, pero está vedado a los pobres. Compañero, para destruir el castillo se puede elegir una vía rápida que no necesita de mi arte y mi doctrina. Con ella es posible destrozar de un golpe hasta los cimientos de la fortaleza. Todos se dejarían asaltar y no aguantaría ni una sola puerta; nada podría defenderla y nadie soplaría una palabra. Este acceso se llama Derroche y lo fundó Torpe Generosidad, que hundió en él a muchos amantes. Conozco muy

bien el sendero, pues allí he sido peregrino más de un invierno y de un verano, y ayer mismo salí de él.

(vv. 7855-7872)

Dejaréis a Generosidad a la derecha y giraréis a mano izquierda. No habréis recorrido un tiro de arco por el sendero llano, sin apenas gastar vuestro calzado, cuando veréis desplomarse las murallas y tambalearse las torres y almenas, por muy fuertes y hermosas que parezcan, y al mismo tiempo se abrirán las puertas, aunque todos estén muertos dentro. Por ese lado, el castillo es tan frágil que cuesta más partir en cuatro pedazos un tierno pastel que derribar todas esas murallas. Por ese lado puede ser conquistado en un asalto, y no sería preciso llevar tanto ejército como Carlomagno cuando quería conquistar el Maine.

(vv. 7873-7890)

Por lo que conozco, no entra en este sendero ningún hombre pobre, y nadie puede conducirle por él, ni tampoco puede penetrar por sus propios medios. Mas, quien lograse encontrar el camino, sabría seguirlo tan bien como yo, aunque jamás lo hubiera emprendido. Si os agrada, lo conoceréis y lo aprenderéis pronto, siempre que podáis reunir grandes bienes para gastarlos en locos dispendios. Yo no os conduciré allí, pues Pobreza me ha vedado el paso en cuanto he salido. Allí derroché cuanto poseía y cuanto recibí de otros. Estafé a todos mis acreedores, y ahora no puedo pagar a ninguno aunque me ahorquen o ahoguen; «no volváis nunca —dijo Torpe Generosidad—, si no es para derrochar».

(vv. 7891-7912)

Entraréis allí con enormes dificultades si no os conduce Riqueza, que rehúsa ser guía en el regreso. A la ida estará con vos, pero no os traerá. Tened por seguro que, si por un buen azar entráis allí, no volveréis a salir ni de noche ni de día, salvo que os ayude Pobreza, por

cuya causa muchos desesperan. Dentro quedará Torpe Generosidad, que no piensa más que en juegos y derroches, porque ella misma gasta su dinero como si lo sacase de un granero, sin miramiento ni medida, dure lo que dure.

(vv. 7913-7930)

Pobreza queda al otro extremo, llena de vergüenza y de oprobio, sufriendo en su corazón grave turbación a causa de su vergonzante mendicidad y de los rechazos que soporta. Y no conoce ni bondades, ni buenas palabras, ni cosa dulce o deleitosa. Por mucho que se esfuerce, nadie dirá de ella sino insultos. Todos la vejan y ultrajan.

(vv. 7931-7940)

Pero, pase lo que pase, no os preocupéis por Pobreza, salvo para pensar cómo esquivarla. Nada puede costar tanto a un hombre como caer en la pobreza, como saben los endeudados que han dilapidado todo lo suyo. Muchos han sido colgados por ello. Muy bien lo saben y lo dicen quienes a la fuerza mendigan y han de sufrir aflicción antes de recibir alguna limosna. También deberían aprenderlo los amantes que buscan su gozo, pues el amor de pobre no pesa, como recuerda Ovidio.

(vv. 7941-7956)

Pobreza hace despreciar, odiar y martirizar a los hombres, y hasta llega a quitarles el sentido. ¡Por Dios, compañero, guardaos de ella, y esforzaos en creer mis palabras veraces y probadas por mi propia experiencia, yo que tanto os sermoneo. Yo sé mejor que vos mismo, buen compañero, lo que supone la pobreza, porque la he sufrido para mi mal y mi vergüenza más que vos. Debéis confiar en mí, pues os aconsejo para vuestro bien Bienaventurada vida la de quien aprende de los demás.

(vv. 7957-7974)

Yo solía ser llamado valiente y era amado por todos mis compañeros; dilapidaba alegremente por todas partes, con excesiva abundancia, cuanto tenía mientras era rico. Ahora me he convertido en pobre por culpa de Torpe Generosidad, que me ha sumido en esta aflicción, al punto que sólo con gran esfuerzo consigo algo para beber o comer, calzarme y vestirme, tanto me domina y esclaviza Pobreza, que mata toda amistad. Sabed pues, compañero, que tan pronto como Fortuna me dejó así, perdí a todos mis amigos, salvo uno, creo, que me ha quedado. Fortuna me los arrebató por culpa de Pobreza, que venía con ella. ¿Arrebatados? No, a fe mía, miento. Más bien tomó lo suyo, pues, si hubiera sido mío, no se lo habría llevado. No cometió fechoría conmigo, pues se llevó a sus mismos amigos, suyos en verdad, pero yo no lo sabía, pues los había comprado tanto con el corazón, la vida y la riqueza, que los creía míos, y cuando se fue lo último, y me quedé sin un céntimo, y todos mis amigos lo supieron, huyeron y me hicieron la burla, viéndome derrumbado por la rueda de Fortuna, batido por Pobreza.

(vv. 7975-8012)

Por lo tanto, no debo lamentarme, pues me hizo una cortesía que nunca podré devolverle, ya que vi con toda claridad, como si me hubiera untado los ojos con un fino colirio preparado y compuesto para mí, la verdad, tan pronto como llegó Pobreza, que me quitó más de veinte amigos, incluso y sin mentir más de cuatrocientos cincuenta, de suerte que vi mejor de lo que un lince habría visto. Fortuna, en efecto, me mostró en aquella situación el buen amor de mi gran amigo, que encontré gracias a Pobreza, y al que jamás habría conocido si él no hubiera sentido mi necesidad. En cambio, en cuanto la sintió, corrió a socorrerme con todo lo que pudo y me ofreció cuanto poseía, porque conocía mi penuria: Amigo —me dijo—, he aquí mi persona y mis bienes;

disponed de ellos lo mismo que yo. Tomadlos sin recato.

(vv. 8013-8038)

—¿Qué puedo tomar?

—¿Lo dudáis? Todo, si lo necesitáis; para un amigo nada vale un pimiento, si compara los bienes de Fortuna a su amigo. Desde que nos vimos y nos conocimos, y unimos nuestros corazones (ya que antes comprobamos nuestra buena amistad, pues nadie puede hallar a un amigo leal sin probarlo), os guardo mis propios bienes agradecido, tan poderoso es el juego de amor. Así pues, para salvaros, podéis meterme en prisión, como rehén o garante, o vender y empeñar mis bienes.

(vv. 8039-8056)

No contento con eso, y para demostrarme que no me hablaba así para halagarme, me obligó a tomar lo suyo a la fuerza, porque yo no quería tender la mano, tan avergonzado y pesaroso me sentía al verme ante él como un pobre pordiosero, a quien la vergüenza ha cerrado la boca y no se atreve a confesar su desgracia, sino que sufre, se oculta y encierra para que nadie conozca su miseria, y sólo muestra lo más aceptable de sí, como yo estaba haciendo entonces.

(vv. 8057-8068)

No hacen lo mismo, ya lo sé, los mendigos de oficio, que aparecen por todas partes y halagan con dulces palabras, y publican su horrible aspecto a quienes los encuentran, ocultando lo bueno para engañar a los que les socorren. Van clamando que son pobres mientras que disfrutan de abundante pitanza y atesoran mucho dinero. Pero prefiero callarme ya, pues podría hablar tanto que iría de mal en peor, porque los hipócritas odian la verdad que se alza contra ellos.

(vv. 8069-8084)

Mi corazón fue, pues, insensato al consagrarse a esos amigos; me traicionó mi necedad y fui despreciado, odiado y difamado, sin recibir otra recompensa que el abandono mencionado de todos aquellos, salvo de vos, que no me habéis retirado vuestro amor, sino que lo unís a mi corazón y así lo mantendréis siempre, según creo y si place a Dios, pues yo no dejaré de amaros.

(vv. 8085-8097)

Sin embargo, vos perderéis mi compañía corporal en esta vida terrenal, cuando llegue el postrer día en que la Muerte tome su derecho sobre los cuerpos (pues ese día, lo sé bien, no nos arrebatará sino el cuerpo, las pertenencias materiales y las sustancias corpóreas, y además ambos moriremos, también lo sé, antes de lo que deseamos, ya que la Muerte separa a todos los compañeros aunque no muramos juntos): sé con certeza que, si no falla el amor leal, si vos vivís y yo muero, viviré siempre en vuestro corazón; y si vos morís antes que yo, permaneceréis siempre en el mío, gracias al recuerdo, del mismo modo que, según la historia, vivió tras su muerte Piritoo, a quien tanto amó Teseo. Tanto lo buscaba, tanto le seguía, pues le llevaba vivo en su corazón, que bajó a buscarlo al Infierno por el amor que le tuvo en este mundo.

(vv. 8098-8124)

Pobreza es peor que la Muerte, pues atormenta y muerde a cuerpo y alma mientras uno permanece en el otro, sin dejar un minuto de reposo. Ella conduce también a la condena, al latrocinio y al perjurio, y a muchos otros males que golpean con dureza a los hombres; todo lo cual no hace la Muerte, que libera a todos y, con su llegada, hace terminar los temporales tormentos y, por muy graves que sean, los alivia en una sola hora. Por eso, buen compañero, os recomiendo que recordéis a Salomón, que fue rey de Jerusalén, ya que

por él sabemos muy buenas cosas. El dice, poned mucha atención:

(vv. 8125-8143)

—«Hijo, guárdate de la pobreza todos los días de tu vida».

Y explica la causa en su mismo libro:

—«Pues en esta vida terrenal vale más morir que ser pobre».

(vv. 8144-8148)

Y por pobreza temible entiende aquella miserable que nosotros llamamos indigencia, que daña tanto a los que la padecen que jamás conocí gente más despreciada que los que son considerados indigentes. Por testigos pongo incluso a los que manejan el derecho civil, pues en las leyes los indigentes equivalen a los infames sin fe ni ley.

(vv. 8149-8158)

La pobreza es horrible; sin embargo, me atrevo a deciros que, si tuvierais dinero y riquezas amasados y pudierais dar tanto como prometierais, alcanzaríais sin pena capullos y rosas, y nunca os serían vedados. Pero vos no sois rico, ni tampoco codicioso ni avaro: dad pues con mesura y razón pequeños bienes, de modo que no caigáis en la pobreza, pues en ella recibiríais daño y perdición: muchos se reirían de vos y no os socorrerían, por haber pagado más cara de lo debido la mercancía.

(vv. 8159-8176)

Conviene ofrecer un bello regalo de frutos nuevos en hatos o cestas. No seas tardo en hacerlo. Manzanas, peras, nueces o cerezas, serbas, ciruelas, fresas, cerezas silvestres, castañas, membrillos, higos, bérberos, melocotones, peronas, alisos, nísperos o frambuesas, ciruelas claudias, zaragocíes o imperiales; enviadles racimos de uva, cultivad moras frescas y, si las compráis, decid que

os las ha ofrecido un amigo y que vienen de muy lejos, aunque en realidad procedan del mercado. O bien regalad en su estación hermosos ramos de rosas rojas, o de prímulas o violetas. En tales presentes no existe sinrazón.

(vv. 8177-8196)

Sabed que los regalos enloquecen a las personas y callan a los difamadores: aunque conociesen fechorías de los que les ofrecieran presentes, no dirían de ellos sino bondades. Los buenos regalos sostienen a muchos magistrados, que se verían en apuros sin ellos. Los buenos regalos en vino y viandas han conseguido muchas prebendas. Los buenos regalos sirven para atestiguar una buena vida, no lo dudéis; en todo momento son bienvenidos. Quien da buenos regalos es hombre de prez. Los dones dan prestigio a los donantes y corrompen a los que los toman, porque les privan de su natural albedrío y les obligan a servir a otros. ¿Qué más os diría? En resumen, con regalos se conquista a dioses y a hombres.

(vv. 8197-8214)

Compañero, escuchad estas razones que os explico para vuestro buen gobierno. Sabed que si seguís lo que me habéis oído referir, el dios de Amor no fallará en su asalto al castillo ni en la promesa que os hizo, pues la diosa Venus y él combatirán contra los guardianes hasta derribar la fortaleza. Entonces podréis alcanzar la rosa, por muy celosamente guardada que parezca.

(vv. 8215-8226)

Ahora bien, quien desee gozar largo tiempo de un bien ya conquistado, debe aprender a guardarlo con maestría y prudencia. Pues no es menor la virtud de guardar y defender las cosas, cuando se han obtenido, que la de lograrlas del modo que sea. Por eso es justo que se tenga por desdichado el doncel que pierde a la

que ama por sus propios yerros, ya que es cosa muy digna y honorable saber guardar a la amiga para no perderla, sobre todo si Dios le otorga una prudente, sencilla, cortés y buena, de las que dan su amor y no lo venden. En efecto, amor comprado no es imaginable en la mujer, salvo en el puterío declarado. No existe amor, sin duda, en mujer que se vende por dones. ¡Mal fuego abrase semejante amor fingido! En ése no debes poner tu interés.

(vv. 8227-8250)

Todas esas mujeres son ciertamente codiciosas, y ávidas de robar y devorar, y nada puede quedar a los que más fielmente las buscan y más lealmente las aman. Así nos cuenta Juvenal, que compuso la historia de Hibernia, la cual hubiera preferido perder uno de sus ojos antes que unirse sólo a un hombre, pues su naturaleza era tan ardiente que uno no le bastaba. Y afirma Juvenal que ninguna mujer, por muy ardiente que sea o por mucho que esconda sus amores, dejará de ansiar los tormentos y hasta los despojos de su amigo. Considerad ahora lo que harían las otras, que se entregan a los hombres por dinero. No puede hallarse una sola que deje de comportarse así, mientras tenga a un hombre sumiso. Todas guardan la misma intención.

(vv. 8251-8272)

Esta es la regla que aconseja Juvenal, pero no es regla absoluta, pues al enunciar esa sentencia él se refería a las malas mujeres. Si ella es cómo imagino, de corazón leal, de aspecto sencillo, os diré lo que hay que hacer. El joven cortés y noble que pone en esto su empeño debe abstenerse de confiar en su belleza y en su apariencia. Es preferible que ejercite su inteligencia en las costumbres, artes y ciencias, pues cualquiera que comprenda el origen y la finalidad de la belleza, verá que se conserva poco. Pronto toca a vísperas, como las

florecillas del campo. Tal es lá naturaleza de lo bello: cuanto más vive, más empeora.

(vv. 8273-8292)

Sin embargo, el espíritu, para quien lo cultiva mientras dura su vida en la tierra, hace compañía a su dueño, y le sirve más al final que al principio de sus días. Va siempre creciendo, el tiempo nunca lo acortará. El doncel de noble entendimiento debe ser muy amado y apreciado, cuando lo utiliza sabiamente. Y la mujer debe considerarse muy feliz si ha empeñado su amor en un bello joven, cortés y prudente, que dé muestras de buen sentido.

(vv. 8293-8306)

En el caso de que me pidiera consejo sobre la conveniencia de componer lindos versos, motetes, fabulitas y cancioncillas, que dedicar a su amiga para mejor satisfacerla y guardarla, ¡ay! eso no sirve de nada: ¡las bellas palabras pueden valer muy poco! Quizá sean alabadas, pero de poco más servirán.

(vv. 8307-8316)

En cambio, si ella viera sacar en la plaza una bolsa grande y pesada, llena por completo de besantes, pronto correría a toda prisa, pues todas se vuelven tan codiciosas que no desean sino bolsas. Antaño acaecía de otro modo, hoy todo va de mal en peor.

(vv. 8317-8324)

Antaño, en el tiempo de nuestros primeros padres y nuestras primeras madres, como demuestra la escritura, por la que conocemos el asunto, el amor era leal y cortés, sin codicia ni rapiña, y el mundo era hermoso. Los vestidos y la comida no eran tan codiciados. Las gentes recogían bellotas en los bosques, en lugar de panes, viandas y pescados, y buscaban entre los matorrales, por valles, llanos y montañas, las manzanas,

peras, nueces y castañas, yemas, moras y endrinas, frambuesas, fresas y majuelos, habas, guisantes y cosillas como frutos, raíces y tallos. Quitaban la cáscara de las espigas y vendimiaban los racimos de los campos, sin meterlos en prensas ni en cubas. La miel fluía de los robles y se alimentaban de ella en abundancia; bebían agua pura, sin aromas ni especias, y jamás conocieron el vino.

(vv. 8325-8350)

En aquel tiempo, nunca se labraba la tierra; tal como Dios la había preparado, ella sola producía lo suficiente para mantener a cada cual. Nadie buscaba salmones ni lucios, y todos se vestían con velludas pieles, y hacían vestidos con lanas sin teñir con hierbas ni granos, sino tal como venían de los animales. Sus cabañas y chozas se cubrían con retamas, hojas y arbustos, y cavaban fosos en el suelo. En rocas y en gruesos troncos de robles huecos se acurrucaban temerosos de las sacudidas del viento, cuando rugía la tormenta. Allí huían para guarecerse, y por la noche, cuando deseaban dormir, llevaban a sus chozas montones de hojas, de musgo o de hierbas, a guisa de colchón.

(vv. 8351-8372)

Y cuando el aire se calmaba y el tiempo se tornaba dulce y sereno, y el viento suave y deleitoso, como en una eterna primavera, en que los pájaros, cada mañana, se aplican a saludar a la aurora en su lenguaje, y en todos se alegra el corazón, Céfiro y Flora, su mujer, diosa y señora de las flores, hacían renacer las plantas. Las flores no conocen otros dueños, pues ambos dioses van sembrándolas juntos por el mundo. De igual modo les dan formas y colores que engalanan a los donceles y doncellas de prez, cuando se adornan con hermosas guirnaldas por el amor de dulces enamorados hacia los que sienten gran afecto. En aquel entonces, ellos cubrían la tierra de un manto de florecillas, y hacían

resplandecer la campiña, los prados y los bosques, y habríais pensado que la tierra pretendía entablar disputa o igualar al cielo más estrellado, tan arrogante se mostraba con sus flores.

(vv. 8373-8400)

Sobre estos lechos, tal como los he descrito, y sin codicia ni rapiña, se abrazaban y besaban los que se complacían en el juego de amor. En aquellos boscajes, los frondosos árboles extendían sobre ellos cortinas y toldos con sus ramas, protegiéndoles del sol. Allí se solazaban con danzas, juegos y deleitosos esparcimientos, las gentes sencillas, confiadas y libres de otro cuidado que no fuera contentarse en tales galanterías. Perfidia no había creado aún a reyes ni a príncipes, que hurtan y roban al prójimo. Todos eran iguales y no poseían nada propio. Conocían bien esta verdad, que no es falsa ni insensata: que amor y poder nunca se llevaron bien ni pudieron convivir. El que ejerce el poder los separa.

(vv. 8401-8424)

Así se demuestra en algunos matrimonios, en los que el marido se cree bueno y sin embargo castiga y pega a su mujer y la obliga a vivir atormentada, diciéndole que es necia y torpe, por frecuentar los bailes y la compañía de los jóvenes. El buen amor no puede durar, pues uno y otro se hacen daño. El marido pretende ser dueño de la persona y los bienes de su mujer:

(vv. 8425-8436)

—¡Sois —le dice— demasiado ligera y os comportáis neciamente! En cuanto me voy al trabajo, vos danzáis y bailáis, y sentís tal alborozo que parece ribaldía, y cantáis cual sirena. ¡Mala semana os dé Dios! Y si he de partir a Roma o a Frisia, para vender nuestras mercancías, os ponéis al punto tan elegante que por todas partes se habla, pues bien lo sé por quien me informa. Y

cuando os preguntan por qué os mostráis tan galana por donde vais, les contestáis:«¡Ajá! ¡Ajá! ¡Es por amor a mi marido! ¡Por mí, pobre desgraciado! ¿Quién sabe si forjo o tejo, si estoy vivo o muerto? ¡Así me arrojasen a la cara una tripa de cordero! Cierto que no valgo un ardite por no castigaros mejor. ¡Vaya fama me ponéis al pavonearos así! Todos saben cómo mentís. ¡Por mí, ay, pobre de mí! ¡Por mí! Mal guante enfundé y cruel engaño conocí, el día que acepté vuestra promesa en la boda. ¡Vaya cómo me embromáis! ¡Vaya cómo os burláis de mí! ¿A quién creéis engañar? Entonces, yo no puedo ver tantos adornos, que esos bribones ávidos y ardientes, que buscan a las putas, os miran y remiran, cuando os encuentran por la calle. ¿Para quién son esas castañas? ¿Quién podría engañarme más? ¡Hacéis de mí capote de lluvia! Cuando yo me acerco a vos, os veo más sencilla que una tórtola o una paloma con jubón e impla, y os importa poco que sea corto o largo, cuando estoy sólo yo presente junto a vos. Si no me contuviera la vergüenza y mi propia bondad, no dejaría de zurraros para doblegar vuestro gran orgullo aunque me dieran cuatro besantes. Sabed, pues, que me disgusta que llevéis tanto adorno en bailes o en danzas, si no es en mi compañía.

(vv. 8437-8496)

Por otra parte, no puedo callarlo, entre vos y este mocito, Robincillo el del sombrero verde, que tan presto acude a vuestra llamada, ¿tenéis tierras por repartir? No podéis separaros de él, siempre estáis juntos tocando la flauta. No sé qué os lleváis entre manos ni de qué tenéis que hablaros. Y a mí me toca rabiar de ira por culpa de vuestro loco comportamiento. Por Dios verdadero, que si le habláis otra vez vais a tener vuestro blanco rostro, pardiez, más negro que una mora, porque os daré tantos sopapos, Dios me socorra, antes de quitaros ese gusto por vagar, que os dejaré quietos y calmados esos aires que tanto gustan a esos imbéciles. Y no saldréis más de

casa sin mí, sino que en ella me serviréis, amarrada a fuertes grilletes de hierro. ¡Los diablos os hacen tan amiga de esos bribones aduladores, hacia los que debíais mostraros extraña! ¿No os tomé para que me sirvierais? ¿Pensáis merecer mi amor frecuentando a esos sucios viciosos, del más vil corazón y que tan ligera os encuentran? Sois una mala pécora y no puedo fiarme de vos. ¡Maldito el día en que me casé!

(vv. 8497-8530)

¡Ay, si hubiese creído a Teofrasto! Nunca me habría casado. Él no considera prudente al hombre que toma esposa, sea bella o fea, pobre o rica, pues dice en su noble libro de *Aureola,* y lo tengo por verdadero y digno de leerse en la escuela, que ese hombre llevará una vida penosa, llena de trabajos y fatigas, de disputas y querellas por el orgullo de las necias mujeres; llena de peligros y reproches, de demandas y quejas que ellas inventan con cualquier motivo. Además, le costará mucho esfuerzo vigilarla para detener su loca voluntad. Y quien tomase a una mujer pobre, habrá de alimentarla, vestirla y calzarla; y, si quiere ascender tanto que la toma rica, tendrá que soportar graves tormentos, pues ella se mostrará tan altiva y orgullosa como soberbia y arrogante. Si fuera hermosa, todos la buscarán, la perseguirán, la acosarán, la cortejarán, se esforzarán, lucharán y batallarán, y al final la conseguirán, porque torre asediada por doquier difícilmente evita ser tomada.

(vv. 8531-8567)

Si es fea, quiere gustar a todos. ¿Cómo podría alguien guardar aquello que todos pretenden, o bien que desea a todos los que la miran? Si ese hombre ha de luchar contra todo el mundo, no podrá vivir en paz. Nadie podría impedir que la consiguieran, por poco que la requiebren. Incluso podrían vencer a Penélope, si alguno se lo propusiera, y eso que no existió mejor mujer en Grecia. Lo mismo lograría, a fe mía, con

Lucrecia, que se mató porque el hijo del rey Tarquinio la había tomado por la fuerza. Cuenta Tito Livio que ni su marido, ni su padre, ni sus parientes pudieron evitar, pese a sus esfuerzos, que se matara delante de ellos. Le suplicaron con insistencia que olvidara ese duelo, y le dieron bastantes razones; su mismo marido la intentaba confortar piadosamente, y le perdonaba de todo corazón lo sucedido. Le juraba y se esforzaba en buscar sólidos argumentos para demostrarle que su cuerpo no había pecado, ya que su corazón no lo había querido. En efecto, el cuerpo no puede pecar, si en ello no consiente el corazón. Pero ella, que seguía afligida, ocultaba un cuchillo en su seno, para que nadie lo viera. Cuando lo tomó para herirse, les respondió sin sonrojo: «Buenos señores, aunque me perdonéis el sucio pecado que tanto me atormenta, tal perdón no me sirve, pues yo no perdono su castigo». En ese momento, llena de gran angustia, hunde el cuchillo en su corazón y lo atraviesa, y cae muerta, no sin suplicar antes que ellos no dejasen su muerte sin venganza. Quiso dar semejante ejemplo para testimoniar que nadie que forzase a una mujer debía escapar de pagarlo con la muerte. Por ello el rey Tarquinio y su hijo fueron desterrados y en el destierro murieron. Como consecuencia de estos hechos, los romanos ya no aceptaron más reyes en Roma.

(vv. 8568-8620)

Hoy día ya no existen Lucrecias, ni Penélopes de Grecia, ni una sola mujer honrada en la tierra, si un hombre sabe requebrarla bien. Según dicen los paganos, jamás se defendió una sola mujer ante quien se propusiera tomarla, y nadie encontró entre ellas un término medio. Muchas, incluso, se ofrecen ellas mismas, cuando les faltan pretendientes.

(vv. 8621-8631)

Los que acuerdan matrimonio inician un hábito peligroso y una costumbre tan extraña que me parece

gran maravilla. Ignoro de dónde procede este desvarío, de no ser de la cólera y de la insensatez. Yo veo que quien compra un caballo nunca es tan necio que no procure, por mucho que se lo intenten disfrazar, evitar el pago si no lo ve todo bien a las claras, y lo mira y prueba a fondo. Sin embargo, a la mujer hay que tomarla sin probarla, y nunca se la ve a las claras, ni para ganar o perder, ni para el placer o el dolor. Todo lo más, ella cuidará de no desagradar antes de ser desposada. Pero cuando ve el asunto concluido, desde ese mismo momento muestra su malicia, y a partir de entonces aparecen los defectos que posee, revelando su carácter al necio, cuando ya no hay arrepentimiento posible. Así sé yo de cierto que, por mucho que se comporte con prudencia, no hay ningún casado, si no es loco, que no se arrepienta.

(vv. 8632-8655)

Como atestigua Valerio, quedan menos mujeres honestas, por San Dionisio, que aves fénix. Nadie puede amar sin que la mujer le atormente con atroces miedos, aflicciones y otros graves infortunios. ¿Menos que aves fénix? ¡Por mi vida! Para poner más justa comparación, quedan menos que cuervos blancos, por mucho que posean cuerpos hermosos. Y, a pesar de todo lo que diga, con el fin de que mis coetáneos no me censuren con que ataco demasiado a las mujeres, concluiré para quien desee encontrar una mujer honrada y la busque, sea monja o seglar, que ésa es como una de esas aves raras de la tierra, que fácilmente se conoce por su parecido al cisne negro. El mismo Juvenal lo confirma, proclamándolo en firme sentencia: «Si encuentras una mujer casta, ve a arrodillarte al templo y, postrado, da gracias a Júpiter, y cuídate de ofrecer a Juno, la honrada señora, una vaca completamente dorada», porque nunca sucedió a criatura alguna aventura tan extraordinaria.

(vv. 8656-8686)

Quien se empeñe en amar a las malas mujeres, a uno y otro lado del mar, tal como refiere Valerio, que no se recata en decir la verdad, ha de saber que forman enjambres mayores que las abejas que se reúnen en las colmenas. ¿Y ése, dónde quiere llegar? A mala rama se agarra, y si continúa así empeñado perderá cuerpo y vida.

(vv. 8687-8696)

Valerio, afligido porque Rufino, su compañero, deseaba casarse, le dijo estas duras palabras:

—¡Por Dios todopoderoso! Amigo mío, guárdate de caer en los lazos todopoderosos de la mujer, pues destruyen todo con sus artes.

(vv. 8697-8704)

También Juvenal gritó a Póstumo, que se casaba: «¡Póstumo! ¿Vas a tomar mujer? ¿No podrías intentar vender cuerdas, cordeles, cabestros, o bien asomarte a las ventanas más altas, o dejarte caer desde un puente? ¿Qué locura te impulsa a semejante tortura, a tal pena?».

(vv. 8705-8714)

Por su parte, el rey Foroneo, que, como aprendimos, hizo las leyes del pueblo griego, aconsejó en el lecho de muerte a su hermano Leoncio: «Hermano, te aseguro que habría muerto muy dichoso si nunca me hubiese casado». Leoncio le preguntó la causa de esa confesión. «Todos los maridos, respondió aquél, lo comprueban y lo saben por propia experiencia. Cuando tú te cases, también lo aprenderás con certeza».

(vv. 8715-8728)

Pedro Abelardo cuenta que sor Eloísa, abadesa de Paraclet y amiga suya, no quería de ninguna forma que la tomara como esposa. La joven dama, muy instruida y letrada, fiel enamorada y lealmente amada, le aducía

razones para aconsejarle que se cuidara de casarse, y le probaba con textos y argumentos que las condiciones del matrimonio son duras, aun siendo la mujer prudente. Había leído libros, aprendido y estudiado, y conocía las costumbres femeninas, pues ella misma las poseía. Le pedía que la amara, pero que no le exigiera ningún derecho, salvo el de la estima y la libertad, sin autoridad ni dominación, para que él pudiera consagrarse al estudio, siendo suya pero enteramente libre, sin atarse, y ella, que no estaba hueca de ciencia, también pudiera aplicarse al estudio. Le insistía que, de este modo, sus gozos eran más agradables y su solaz aumentaría cuanto más tardaran en verse. Pero él la amaba tanto, según está escrito, que se casó con ella, olvidando sus advertencias, por lo que le sobrevino una gran desgracia. Pues, después que ella tomó, por mutuo acuerdo, el hábito en Argenteuil, a Pedro le cortaron los cojones en su lecho de París, por lo que conoció muchos pesares y disgustos. Tras esta desgracia, se convirtió en monje de Saint-Denis de Francia, luego abad de otra abadía. Posteriormente, fundó, según dice su *Vida,* un famoso convento, que se llamó Paraclet, del que Eloísa fue abadesa, y antes monja profesa. Ella misma dice y escribe a su amigo, al que tanto amó, al que llamaba padre y señor, unas maravillosas palabras, por las que no hay vergüenza posible, aunque mucha gente la consideraría loca. Está escrito en sus epístolas, y bien podría buscar el capítulo, que ella le aseguró por escrito, puesto que era abadesa: «Si el emperador de Roma, bajo quien deben hallarse todos los hombres, se dignase tomarme por esposa y hacerme señora del mundo, yo preferiría, y pongo a Dios por testigo, ser llamada tu ramera a ser coronada emperatriz». Pero yo no creo, por mi alma, que tal mujer pudiera existir. Pienso que dedicó su sabiduría a vencer y doblegar mejor la naturaleza femenina que tenía. Si Pedro le hubiera hecho caso, ciertamente nunca la habría desposado.

(vv. 8729-8802)

El matrimonio es mal lazo, que San Julián me ayude, el que alberga errantes peregrinos, y San Leonardo, que libera de los grilletes a los presos arrepentidos, cuando los ve suplicantes. Más me hubiera valido colgarme el día que hube de tomar esposa, por haber conocido mujer tan coqueta. Muerto estoy por mujer tan maliciosa.

(vv. 8803-8812)

Pero, por el hijo de Santa María, ¿de qué me vale esta coquetería, este vestido costoso y caro, que os hace erguir la cabeza y que a mí tanto me pesa e irrita. ¿Por qué os mostráis tan soberbia que me volvéis loco? ¿Qué provecho saco yo? Mientras a los demás beneficia, a mí sólo me causa daño, porque cuando quiero solazarme con vos, lo encuentro tan voluminoso, tan incómodo, tan molesto, que nada puedo lograr. No puedo teneros como es debido, de tantas torsiones y quiebros que me producís en los brazos, las piernas y la cintura, de tanto que os retorcéis vos misma. No sé qué ocurre, salvo que veo que mi leal amistad y mi solaz no os apetecen. Por la noche, cuando me acuesto, antes de recibiros en el lecho, tal como hace un hombre de pro con su mujer, tenéis que desvestiros. No lleváis sobre la cabeza, sobre el cuerpo o sobre las caderas más que una cofia de tela blanca, y unas cintas violetas, a veces verdes, sobre la cofia. Los vestidos y las pieles grises quedan colgados de sus perchas, tendidos al aire durante la noche. ¿Para qué puede servirme todo eso, salvo para vender o empeñarlo? ¡Rabiaré vivo y moriré de rabia si no lo vendo o empeño todo! Si de día me molestan, y de noche nada me aprovechan, ¿qué otro beneficio puedo sacar, sino vender o empeñar tantas ropas? Y, si queréis la verdad, vos tampoco valéis mucho por vuestra prudencia, o por vuestra lealtad, ni siquiera —por Dios— por vuestra belleza.

(vv. 8813-8858)

Y si alguien, para confundirme, quiere responder o replicar que el provecho de las cosas buenas sirve a personas extrañas, y que los lindos adornos embellecen a las damas y a las damiselas, a quien diga tal cosa, ciertamente, le responderé que miente, pues la hermosura de las cosas bellas, sean violetas o rosas, tejidos de seda o de flores de lis, tal como leo en libro escrito, está en ellas y no en las damas. Todas las mujeres deben saber que, mientras vivan, no tendrán más que su belleza natural, y de la bondad afirmo lo mismo que he dicho sobre la belleza. Para demostrar e ilustrar mis palabras, diré que, por mucho que alguien se empeñe en decorar un estercolero con telas de seda o limpias florecillas de diversos colores, no evitará que siga siendo un estercolero apestoso, tal como era antes. Si algún hombre dice: «Aunque el estercolero es feo por dentro, por fuera parece más bello; de igual modo, las damas se engalanan para parecer más hermosas, o para ocultar sus fealdades», a fe mía, sólo sé contestar que semejante engaño procede de su insensata visión, al verlas arregladas, que desvía su corazón por la impresión grata a su imaginación, sin que sepa discernir la mentira de la verdad, ni explicar el sofisma por no haberlo analizado bien.

(vv. 8859-8900)

Si hubiese tenido ojos de lince, ni por mantos de marta cibelina, ni por jubones, ni por camisas de seda, ni por cintas, ni por tules, ni por vestidos suaves, ni por pellizas, ni por joyas ni por lujos, ni siquiera por afectadas muecas, ni por guirnaldas ni bellas flores, habría dejado de descubrir que su brillante aspecto exterior, que las hace parecer objetos fabricados, las convierte en hermosas. El mismo cuerpo de Alcibíades, que era de muy bello color y hechura, tan bien lo había conformado la Naturaleza, habría resultado horrible para quien pudiera verlo por dentro. Así cuenta Boecio, hombre sabio y lleno de virtud, que pone por testigo a

Aristóteles, que a su vez escribió lo que acabo de referir. Pues el lince posee una vista tan aguda, tan penetrante y tan pura, que ve todo cuanto se le muestra, tanto por fuera como por dentro.

(vv. 8901-8926)

Así pues, sostengo que en ninguna época Belleza se vio en paz con Castidad. Siempre mantuvieron tan gran disputa que en ninguna fábula ni canción que haya oído contar o recitar se pusieron de acuerdo. Entre ellas hay levantada una guerra a muerte, y ninguna dejará a la otra un pie firme en tierra, para que no pueda vencerla. Pero el asunto ha comenzado tan mal, que Castidad, por su parte, cuando ataca o se defiende, es tan poco diestra en el combate y en sus luchas, que pronto ha de entregar las armas, sin oponer resistencia a Belleza, que es muy fiera. Incluso Fealdad, su camarera, que le debe honor y servicio, no la quiere, y la aprecia en tan poco que la expulsa de su casa y la acosa, con la maza al cuello, tan gruesa y pesada, porque le enoja mucho que su señora siga viva siquiera una hora. Así, Castidad se ve mal defendida, ya que es atacada por los dos flancos, y carece de ayuda; por eso se ve obligada a huir. Está sola en el combate, y aunque jurara por su vida, o supiera al menos lo bastante de justar, cuando una de las otras arremetiera contra ella, Castidad no se atrevería a resistir, de forma que nunca puede vencer.

(vv. 8927-8962)

¡Maldita Fealdad, que así persigue a Castidad, a quien debería defender y proteger! Si tuviera que esconderla entre su piel y su camisa, allí debería haberla puesto. Belleza es, ciertamente, muy censurable, porque debería amar a Castidad y procurar que hubiese existido entre ambas buena paz. Que hiciera al menos cuanto pudiera, o se pusiese a su merced, pues hubiera debido rendirle homenaje cortés, prudente y gallardo, en lugar de infligirle vergüenza y afrentas. De ello da testimonio

el sexto libro de la obra de Virgilio, mediante la autoridad de la Sibila: nadie que vive castamente puede condenarse.

(vv. 8963-8982)

Juro por Dios, el rey celestial, que la mujer que pretende ser bella, o se esfuerza por parecerlo y se remira y aplica en engalanarse y adornarse, busca hacer la guerra a Castidad, que tiene en verdad muchas enemigas. En claustros como en abadías, todas las mujeres están conjuradas contra ella. Nunca las encerrarán tanto los muros como para que dejen de odiar a Castidad y de obstinarse en deshonrarla. Todas rinden homenaje a Venus, sin mirar su provecho o su daño, y se adornan con afeites para seducir a los que las miran, y buscan por las calles ver y ser vistas, para hacer que los mozos ansíen yacer con ellas. Por esta razón van engalanadas a bailes e iglesias, pues ninguna lo haría si no pensara que la van a observar, y estuviera segura de agradar a todos cuantos pudiera seducir.

(vv. 8983-9008)

A decir verdad, las mujeres insensatas y necias avergüenzan mucho a Dios, cuando no se conforman con la belleza que Él les concede. Cada una coloca sobre su cabeza una corona de florecillas de oro o de seda, y se envanece y pavonea al pasearse por la ciudad. Semejante desgraciada no hace sino envilecerse, la infeliz, al poner en su cabeza cosa más vil y más baja que ella misma, pretendiendo aumentar o completar su hermosura natural. Y de ese modo va despreciando a Dios, al que considera insuficiente, y cree en su necio ánimo que Él cometió con ella un gran ultraje, porque cuando creó su belleza lo hizo con descuido. Busca la belleza de los objetos que Dios creó con formas inferiores, como metales, florecillas u otras cositas extrañas.

(vv. 9009-9032)

Sin ninguna duda, también existen hombres así. Si nosotros, por parecer más guapos, nos ponemos guirnaldas y adornos sobre las bellezas que Dios nos ha reservado, le causamos gran ofensa, pues no nos consideramos satisfechos con lo que Él nos ha añadido por encima de las demás criaturas nacidas. Pero no me importan tales artificios. Yo sólo necesito vestidos suficientes para protegerme del frío y del calor. Este paño buriel me preserva el cuerpo y la cabeza de viento, lluvia o tempestad, tan bien, Dios me proteja, como paño azul revestido de ardilla. me parece que despilfarro mi dinero al compraros vestido de seda, de chamelote marrón, verde o escarlata, forrado de gris o perla. Todo eso os hace correr como loca y hacer gestos y muecas ante los polvos y los afeites. No prestáis atención ni a Dios ni a mí. Por la noche, cuando yacéis en mi cama, toda desnuda y a mi lado, no queréis que os tome, pues cuando quiero abrazaros para besaros y gozaros, y cuando más ardiente estoy, rechináis como un diablo y ni siquiera volvéis vuestro rostro hacia mí, por más que me esfuerzo. Por el contrario, os fingís enferma, y suspiráis, y os mostráis tan difícil de contentar que yo me atemorizo y no me atrevo a volver al asalto ni al despertar por la mañana, por miedo a ser rechazado de nuevo. Mucho me asombra cómo pueden desearos esos rufianes que os tienen de día, con tanto vestido, si os retorcéis cuando con ellos os solazáis y les ponéis tantos obstáculos como a mí noche y día. Pero seguro que con ellos no hacéis eso, sino que vais cantando y bailando con esos rufianes desleales por campos y prados, que arrastran a esta mujer casada por la hierba verde y el rocío, y me burlan con desprecio y se dicen unos a otros: «¡Mal haya el sucio villano celoso!». ¡Ojalá su carne sea echada a los lobos y sus huesos a los perros rabiosos, por deshonrarme así! ¡Por vuestra culpa, doña pelandusca, y por vuestra loca conducta, bribona, cerda, vil perra! ¡Ojalá vuestra vida no pase de este año, ya que lo libráis a tales mañanas! Por vos he sido avergonzado; por vos y

vuestro puterío pertenezco a la cofradía de San Arnoldo, patrón de los cornudos, de la cual ningún hombre que tenga mujer creo que pueda escapar, por mucho que la guarde y vigile y aunque tuviera mil ojos. Todas se dejan montar, de modo que no hay guardia que valga. Y si ocurre que el hecho no se consuma, no será porque a ella le falte voluntad para desquitarse si puede, porque siempre arden en deseos.

(vv. 9033-9111)

Juvenal, sin embargo, os sirve de defensa, porque dice de la necesidad que llaman fornicar que es el menor pecado que mancha el corazón de las mujeres, ya que su naturaleza las inclina hacia cosas aún peores. ¿No es acaso conocido de todos que las madrastras preparan venenos para sus hijastros, y hacen encantamientos y hechizos y otras grandes brujerías, que nadie lograría contar, por mucho que se esforzara?

(vv. 9112-9124)

Todas sois, seréis y fuisteis putas de hecho o de voluntad, pues, aunque se logre evitar la acción, nadie puede evitar la voluntad. Las mujeres gozan de la ventaja de ser dueñas de sus propios deseos: ni con palizas ni con injurias se os puede cambiar el corazón. Quien lograse mudarlo obtendría el dominio sobre el cuerpo. Dejemos pues ahora lo que no puede ser. Pero, buen dulce Dios, bello rey celestial, ¿qué hacer con los bribones que me avergüenzan y mortifican? Si les amenazo, ¿me harán caso? Si me peleo con ellos, enseguida me apalearán o me matarán, pues son fementidos traidores, prestos a toda clase de fechorías, jóvenes ligeros, insensatos y testarudos. Me considerarán menos que a una higa, pues Juventud les inflama y les llena de fuego y ardor, y excita sus corazones hacia la locura. Son tan ligeros y tan vivos que cada uno cree ser Roldán, Hércules o Sansón. Estos dos últimos tuvieron, según se cree, está escrito y yo recuerdo, igual vigor en el cuerpo.

Hércules medía, según la autoridad de Solino, siete pies de alto. Nadie alcanzó nunca, dice Solino, mayor talla. Hércules cumplió muchas aventuras y venció a doce monstruos horribles, y cuando hubo derrotado al último, no logró triunfar sobre el decimotercero. En efecto, su amiga Deyanira le destrozó el cuerpo, envenenado por una camisa emponzoñada. Por aquel entonces, el corazón de Hércules ya se había inflamado de amor por Iole. Así fue domado Hércules, que alcanzaba tantas virtudes, por una simple mujer. También Sansón, que no habría temido a diez hombres más que a diez manzanas, cuando tenía los cabellos largos, fue engañado por Dalila. Obro como loco al decir esto, porque sé que contaréis mis palabras una tras otra, cuando os separéis de mí. Correréis a repetirlas a esos rufianes, y haréis que me partan la cabeza, o que me rompan las piernas, o que me descoyunten los hombros, si con ellos podéis encontraros. Pero si yo me entero antes de que eso suceda y no me sujetan los brazos o me quitan el bastón, os he de romper las costillas. Ni amigos, ni vecinos, ni parientes, ni siquiera esos bribones vuestros os podrán proteger. ¡Ay!, ¿por qué nos conocimos? ¡Ay!, ¿en qué mala hora nací, para que me tengáis así envilecido con esos bribones, perros infectos, que os halagan y os soban, que se portan como amos y dueños de vos, cuando yo solo debiera serlo, ya que os mantengo y visto, os calzo y alimento? ¡Y no recibo más que una parte, junto a esos inmundos bellacos, a esos chulos que no os causan sino oprobio! Os han quitado vuestra honra, que nada os importa cuando los tenéis entre vuestros brazos. Por delante os dicen que os aman, pero por detrás os llaman puta y cuentan lo que peor les parece cuando se juntan, porque aunque cada uno os sirva, yo conozco bien su palabrería. Es la pura verdad. Cuando os abandonáis a su merced, os saben poner en la picota, pues no existe peligro para vos en medio de la multitud, donde cada cual os aprieta y estruja. A fe mía, siento gran envidia de su solaz y de sus juegos. Pero sabed y recordad bien

que no es por vuestro cuerpo ni por sus placeres, sino, solamente porque disfrutan ante las joyas, los broches y botones de oro, los vestidos y las pieles que yo os proporciono como un necio insensato. Pues, cuando asistís a esos bailes o a esas locas citas, y yo quedo como un imbécil borracho, lleváis sobre vuestra cabeza el valor de cien libras, y os vestís con chamelote gris o perla, mientras yo me consumo de ira y de rabia, yanto, me excito y me inquieto.

(vv. 9125-9140)

¿Para qué me sirven tampoco esas guirnaldas, esas cofias de cintas doradas y esos lazos trenzados, y tantos espejos de marfil, y esos aros de oro bien grabados, preciosamente esmaltados, y esas coronas de oro puro que aumentan mi rabia, tan bien pulidas? ¿O tantas piedras preciosas, zafiros, rubíes y esmeraldas, que os ponen el semblante alegre, o esos broches de oro y pedrería en vuestro cuello y en vuestro pecho, y esas telas y cinturones, en los que los forros cuestan tanto como el oro o las finas perlas? ¿De qué me sirven semejantes perendengues? ¡Y os calzáis tan ajustada que a menudo alzáis vuestro vestido para enseñar vuestros pies a esos rufianes! ¡San Teobaldo me ayude, si no consigo dominaros y poneros a mis pies antes de tres días! ¡Por el cuerpo de Dios que no recibiréis de mí nada más que camisa y jubón de esparto, y un paño de cáñamo, pero no suave, sino grueso, mal tejido, tan deshilachado y descosido que dará pena a todo el mundo. Y, por mi vida, os diré con qué cinturón os ceñiréis: con cuero blanco y sin guarnición. Y tendréis por calzado de lazos mis viejas botas, tan grandes que podréis meter en ellas unas calzas enteras. Os he de quitar todos esos adornos que os dan ocasión de fornicar, y así no iréis más a pavonearos y haceros tumbar por esos rufianes.

(vv. 9141-9282)

Ahora, decidme sin mentir, este hermoso vestido nuevo con el que os engalanasteis el otro día, cuando fuisteis al baile, que yo no lo conozco ni os lo di jamás, por merced, ¿dónde lo habéis conseguido? Me jurasteis por San Dionisio, por San Filiberto y San Pedro, que os llegó de vuestra madre, que os envió la tela porque me quiere tanto que prefiere gastar su dinero para que yo ahorre el mío. ¡Así la muelan a golpes, sucia vieja puta bruja, celestina hechicera, y a vos con ella, por vuestros méritos, si lo que decís es verdad! Por cierto, que podría preguntárselo a ella, pero me afanaría en vano y todo valdría un pito: de tal madre, tal hija. Seguro que os habéis puesto de acuerdo. Ambas tenéis el corazón, bien lo parece, unido por idéntico hilo. Sé bien de qué pie cojeáis. La sucia vieja puta repintada se ha confabulado con vos. En otro tiempo, ella torció la misma cuerda y la mordieron los mismos mastines, tantas calles ha recorrido. Pero su cara se ha ajado y ya no le sirve, así que os vende a vos, lo sé muy bien. Viene aquí y os conduce, tres o cuatro veces por semana a nuevos peregrinajes de viejas costumbres, que yo me conozco sus artimañas, y no para de pasearos como a un corcel en venta, y así ella gana y os enseña a ganar. ¿Creéis que no os conozco? ¡No sé qué me impide zurraros la badana como a un borrico, con este mazo o este palo!

(vv. 9283-9330)

Quizá entonces, sudoroso de cólera, el celoso la coge por las trenzas y tira y la sacude, le rompe y arranca los cabellos y se ensaña con ella más que un león con un oso, y la arrastra por toda la casa, rabioso y fuera de sí y la injuria soezmente, sin aceptar ningún juramento ni excusa, tan mal talante posee; antes bien pega, golpea, y la otra grita, chilla y se lamenta, y hace volar su voz a los cuatro vientos por vanos y ventanas, y le reprocha todo cuanto se le viene a la boca ante los mismos vecinos que se acercan y que a ambos tendrán por locos,

hasta que por fin se la quitan, cuando él ya ha perdido casi el aliento.

(vv. 9331-9352)

Y cuando la dama siente y nota este tormento y esta guerra, y esta dulce viola que el juglar toca para ella, ¿creéis que le ama más? Más bien preferiría que él estuviese en Meaux, o mejor aún en Rumanía. Más aún diría, no creo que jamás vuelva a amarle. Quizá lo simule, pero si él pudiese volar hasta las nubes, o ver desde allí arriba sin caerse todo lo que los hombres hacen, y tuviese tiempo de reflexionar, aún así no lograría discernir el gran peligro en que ha caído, ni podría guardarse de todos los engaños que una mujer es capaz de imaginar.

(vv. 9353-9372)

Y si después duerme a su lado, arriesga su vida. En verdad, ya duerma o vele, habrá de temer mucho que ella lo haga envenenar o degollar, para vengarse, o bien llevar una vida disminuida, por medio de alguna astucia desesperada, o bien que decida huir, si no puede escaparse de otra manera. La mujer no respeta honra ni vergüenza cuando algo se le mete en la cabeza, y sin duda es muy cierto que en la mujer no existe inteligencia alguna. El propio Valerio la proclama osada, llena de artimañas y muy instruida en causar daño, tanto a los que ama como a los que odia.

(vv. 9373-9390)

Compañero, este loco villano celoso, cuya carne sea dada a los lobos, tan repleto de celos como os he mostrado en este ejemplo, pretende dominar así a su mujer. Ella, por su parte, no debería ser su señora, sino su igual y su compañera, tal como la ley los unió, y él debería ser su compañero y no su señor y dueño. Dándole semejante tormento no la considera su igual; antes bien le provoca una gran angustia. ¿Creéis que

soportará todo eso sin que se apague el amor entre ellos, aunque ella disimule? Sin duda, se apagará. Jamás será amado por su mujer, si él pretende ser proclamado como señor, pues el amor desaparece en cuanto los amantes buscan dominarse. El amor no puede vivir ni durar si no es en corazones francos y libres.

(vv. 9391-9412)

Lo mismo se echa de ver en todos los que primero se aman con amor y luego acaban casándose. Raramente puede conservarse entre ellos el amor, pues él, cuando amaba por amor, se decía siervo de ella, que era su dueña; hoy, al contrario, se impone como señor y dueño de ella, que era su dama cuando era por amor amada. ¿Amada? —ciertamente. ¿Pero de qué modo?—. De tal modo que si ella le mandaba: «Amigo, saltad», o bien, «dadme esto», él se lo daba sin falta y saltaba si ella lo ordenaba. Incluso, a la menor palabra que ella dijera, él corría en cuanto la escuchaba, pues no tenía otro deseo que satisfacer todos sus deseos. Pero, una vez casados, como os he contado aquí, da la vuelta la rueda y el que servía a aquélla quiere ordenar que ella le sirva como si fuese su sierva, y la ata corto y le manda rendir cuentas de sus actos, ¡y eso que antes la llamaba su señora! Áspera muerte la de quien no ha aprendido esto.

(vv. 9413-9444)

Entonces, al verse tan maltratada por el mejor hombre, el más leal amigo que había conocido en este mundo, y que ahora la contraría tanto, ella se da por malmaridada. No sabe en quién confiar, cuando ve que aquél de quien mejor se fiaba la intenta domar. Mal ha tornado ese poema, y ahora le toca una suerte tan adversa, tan felona y tan cambiada que no querría jugar más. ¿Cómo podría contentarse? Si ella no obedece, él se irrita y la insulta, y ella gruñe: ahí los tenéis airados y convertidos por su misma cólera en enemigos.

(vv. 9445-9462)

Por esta razón, compañero, los antiguos se daban apacible compañía, sin esclavitud ni ataduras, sin villanías, y no hubieran vendido su libertad ni por todo el oro de Arabia o de Frigia, y no haría buen negocio quien la cambiara por todo el oro del mundo.

(vv. 9463-9470)

Nadie emprendía entonces peregrinación alguna. Nadie abandonaba su ribera para buscar extraños parajes. Jasón no había cruzado todavía el mar ni preparado sus naves para buscar el vellocino de oro. Por cierto que Neptuno pensó que le buscaban guerra, cuando les vio navegar. Tritón enrojeció de rabia, y también Doris y todas sus hijas. Todos ellos creyeron ser traicionados por aquellas criaturas maravillosas, a tal punto les asombraron las naves que volaban sobre el mar según la voluntad de los navegantes.

(vv. 9471-9486)

Pero los primeros hombres, como os cuento, desconocían el papel de la navegación. Todos hallaban en sus tierras cuanto necesitaban, eran ricos por igual y se amaban unos a otros con lealtad. Así vivían apaciblemente, pues eran gentes sencillas de vida honesta y manifestaban un amor natural. El amor de entonces no conocía la simonía y nadie pedía nada al otro, hasta que llegó Embaucador, lanza en ristre, y con él Pecado y Desventura, a quienes nada importa Suficiencia. Orgullo, que desprecia a sus iguales, apareció allí con gran aparato, y también Codicia y Avaricia, Envidia y todos los demás vicios; hicieron salir a Pobreza del infierno, donde había permanecido tanto tiempo que nadie sabía nada de ella ni la había conocido en este mundo. ¡En mala hora apareció, y qué terrible llegada fue la suya!

(vv. 9487-9510)

Pobreza, que no conoce calma, trajo a su hijo Latrocinio, que va en busca de presas para ayudar a su

madre, y a veces se hace prender sin que su madre pueda ayudarle, ni tampoco su padre, Falso Corazón, abrumado de aflicciones. La propia doña Lavernia, que gobierna y guía a los ladrones, pues es su diosa, la que cubre de noche los pecados y oculta con nubes los engaños, para que no sean descubiertos, mientras no se les pille en pleno hecho probado, no muestra tanta misericordia cuando a Latrocinio le echan la soga al cuello y no se apresura a protegerlo, por mucho que él se arrepienta.

(vv. 9511-9530)

Muy pronto, todos esos fementidos horribles, coléricos de violencia, de ira, de rabia y de envidia, al ver llevar a los hombres una feliz vida, se esparcieron por todos los rincones, sembrando la discordia, las disputas y las guerras, la maledicencia, los odios y rencores. Como tenían en gran estima el oro, hicieron despellejar la tierra y sacaron de sus entrañas sus antiguos tesoros ocultos. Metales y piedras preciosas se convirtieron en objetos ansiados por los hombres, pues Avaricia y Codicia asentaron en sus corazones el gran ardor de poseer riquezas. Una las adquiere, la otra las atesora, y nunca más las gastará esta desgraciada mientras viva, sino que nombrará tutores a sus herederos o a sus albaceas, si no le ocurre mayor desgracia. Y si ella sufre una condena, no creo que ninguno la compadezca: si ella ha obrado bien, que reciba su premio.

(vv. 9531-9556)

Tan pronto como esta mesnada hubo conquistado y corrompido al género humano, todos abandonaron su vida anterior, y desde entonces no han dejado de hacer fechorías, pues se volvieron falsos y tramposos. Inventaron la propiedad y repartieron las tierras y, al hacerlo, plantaron linderos. Poniendo esos límites, ya hubo entre ellos combates, y se quitaron cuanto pudieron. Los más fuertes consiguieron las mejores posesiones. Y cuando todos se apresuraban, los perezosos, más retrasados, se

metían en sus cavernas y les robaban sus riquezas. Así descubrieron la necesidad de que alguien se quedase a guardar las casas y a detener a los malhechores y que hiciera justicia entre ellos y sus víctimas, sin que nadie osase contradecirle. Entonces, se reunieron para elegir a esa persona.

(vv. 9557-9578)

Seleccionaron a un villano grande, el más forzudo que encontraron, el más alto y corpulento, y lo convirtieron en su señor y príncipe. Él juró que defendería el derecho y protegería las casas, siempre que cada cual le pagase con bienes suficientes para poder vivir. Todos acordaron acceder a lo que pedía. Aquel hombre ejerció largo tiempo su oficio. Los ladrones, llenos de malicia, se reunieron una vez que estaba solo y juntos le molieron a palos, para poder llevarse todas las riquezas. Así que hubo que reunir de nuevo al pueblo, y cada cual tuvo que pagar un impuesto que permitiera dotar de guardias al príncipe. Todos pagaron por igual tributos y rentas, y le concedieron grandes dominios. Ése es el origen de los reyes y de los príncipes de este mundo, según la historia de los antiguos. En esa historia, en efecto, aprendemos los hechos de los hombres antiguos, y por ella debemos darles gracias, alabanza y estima.

(vv. 9570-9606)

Entonces amasaron los tesoros de plata, piedras preciosas y oro. Forjaron vajillas y monedas de oro y plata, porque eran maleables y preciosos, y también hicieron con ellos broches, anillos, cierres y cinturones. Con el duro hierro forjaron sus armas, cuchillos, espadas y alabardas, lanzas y cotas, para luchar contra sus vecinos. Edificaron también torres, parapetos y murallas de piedra tallada. Fortificaron sus castillos y ciudades, y los que guardaban los tesoros construyeron grandes palacios abovedados, pues todos temían que les robasen o les quitasen por la fuerza las muchas riquezas

allí reunidas. Así aumentaron las angustias de aquellos tristes desdichados, pues ya nunca más estuvieron seguros de todo cuanto antes poseían en común, como el sol y el viento. La codicia les impulsó a la propiedad cuando se esclavizaron por la riqueza, y así hoy un hombre posee más bienes que veinte juntos. Eso no procede de un buen corazón.

(vv. 9607-9634)

Por todos esos villanos hambrientos no habría dado yo dos botones, y aunque les faltara el buen corazón, y se amaran o se odiaran, o vendiesen su amor, eso no me habría importado gran cosa. Pero es una gran lástima y pena ver que las damas de claro rostro, tan bonitas y tan engalanadas, por las que los leales amores deberían ser valorados y defendidos, son tan vilmente vendidas. Es muy horrible ver que un noble corazón puede darse en venta.

(vv. 9635-9648)

Aun así, pase lo que pase, guárdese el doncel de despreciar el aprendizaje de las artes y las ciencias, para protegerse y defenderse si es menester, a sí mismo y a su amiga, con el fin de no perderla. Esto será de provecho al mozo y nada le pesará.

(vv. 9649-9656)

Luego debe recordar y retener este consejo que le doy: si tiene una amiga, joven o vieja, y piensa o sabe que ella busca otro amor, o que lo conoce ya, no debe censurarla por desearlo o por haberlo conseguido, sino reprenderla amigablemente, sin regaños ni injurias. Aún más, para evitar que ella se vaya, si la encuentra en pleno hecho, guárdese de tornar sus ojos hacia esa parte. Debe simular que está ciego, o que es más simple que un buey, de modo que ella piense realmente que él no ha podido darse cuenta de nada. Y si alguien le envía

cartas, él no debe entrometerse en leerlas o examinarlas, ni escudriñar sus secretos.

(vv. 9657-9676)

Tampoco dejará en su corazón talante de ir contra la voluntad de ella, sino que le dará la bienvenida cuando ella venga de la calle, y podrá ir cuando quiera donde sea su voluntad, sin que tenga la sensación de que él la retiene. Quiero también dar a conocer lo que ahora os diré, y que debería ser leído en los libros: quien desee recibir las gracias de una mujer, debe dejarla siempre a sus anchas, y no encerrarla jamas. Ella debe ir y venir a su voluntad, y si intenta impedirle los movimientos sea su mujer o su amada, verá pronto su amor perdido.

(vv. 9677-9694)

Que no crea nada que vaya contra ella, aunque se lo cuenten como muy cierto. Antes bien, responderá a todos o a todas las que le traigan semejantes nuevas que desvarían al decirlas, y que nunca conocieron mujer tan honesta. Ella siempre se habrá portado bien, y nadie podrá decir mal alguno de ella.

(vv. 9695-9702)

Que no le reproche sus vicios, ni le pegue ni la toque, pues aquel que golpea a su mujer para mejor defender su amor, cuando luego pretende apaciguarla, hace como el que pega a su gato para domarlo y luego lo quiere atar a su cordel: si el gato se empeña en huir, el amo no logrará su empresa.

(vv. 9703-9712)

Ahora bien, si es ella quien le pega o le insulta, guárdese él de enfadarse. Si él se ve golpeado o insultado, incluso si ella lo despelleja vivo con sus uñas, él no debe tomar revancha, sino suplicar merced y afirmar

que querría vivir siempre en ese martirio, para saber que su servicio la complacía, e incluso asegurarle que preferiría morir antes que vivir sin ella.

(vv. 9713-9724)

Y si ocurre que él la apalee a causa de su excesivo orgullo y porque alguno de sus gruñidos o amenazas lo ha enojado, pronto, para buscar paz, deberá hacerle el juego del amor, antes de que ella se vaya, sobre todo si él es pobre, porque los pobres tienen pocas oportunidades, y ella podría irse lejos, si no lo ve inclinarse ante ella. El pobre debe amar con prudencia y soportar con gran humildad, sin semblante de enojo ni rabia, cuanto ella quiera hacer o decir, incluso más que el rico, a quien nada le importa el orgullo ni el desprecio de ella, de modo que él sí podría maltratarla.

(vv. 9725-9744)

Y si tiene tal carácter que no guarda lealtad hacia su amiga y desea, sin perderla, unirse a otra, y desea ofrecer a su nueva amiga toca o paño, diadema, anillo, broche o cinturón, o joya de alguna clase, guárdese que la primera no los conozca, pues sentiría tal angustia en su corazón al ver que su rival los llevaba, que nada podría consolarla. Y guárdese también de llevar a su nueva amiga al mismo lugar al que acostumbraba a ir con la primera; pues, si ésta aparece y encuentra a su rival, no habrá explicación que valga. En efecto, ningún jabalí acosado por los perros es tan cruel, ni tampoco una leona tan fiera ni traidora cuando el cazador la ataca y redobla su acoso mientras ella amamanta a sus cachorros, ni tampoco una serpiente tan desleal cuando se le pisa la cola, pues no le agrada que anden sobre ella, como será la mujer cuando halle a su amigo con amiga nueva: por todas partes escupirá fuego y llamas, presta a perderse en cuerpo y alma.

(vv. 9745-9776)

Y si ella no descubre a ambos amigos en pleno arrullo, pero cae presa de celos, porque sabe o sospecha que él la engaña, sea lo que sea, lo sepa ella o sólo lo sospeche, guárdese él de no negar de plano lo que ella quizá sabe de seguro, y no sea tardo en jurar. Luego hágale probar allí mismo el juego del amor, y entonces se verá libre de sus sospechas.

(vv. 9777-9788)

Si ella le acosa y sonsaca tanto que al fin él se ve obligado a reconocer su nuevo amor, y no encuentra otro medio de defenderse, entonces él debe, si puede, hacerle comprender como sea que lo hizo contra su voluntad, que la otra le pegaba tanto y le incordiaba de tal manera que él no pudo evitar hacer con ella esa danza, pero que no sucedió más que aquella vez. Jure al punto, y asegure y prometa, que nunca más se repetirá; que se va a comportar tan lealmente que, si ella vuelve a oír una sola palabra del asunto, puede tomarla por falsa o insensata; que él preferiría que la otra pereciese ahogada, por desleal y renegada, antes que volver a encontrarla en el mismo lugar que la primera vez; y que si esa mujer le manda recado, jamás volverá a hacer caso a su petición, ni permitirá que ella acuda a él, si puede evitarlo. En ese punto debe abrazar a su amada, besarla, acariciarla y mimarla, y pedirle perdón por la falta, que nunca se volverá a repetir, ya que él está verdaderamente arrepentido y presto a cumplir la penitencia que ella desee mandarle, para merecer su perdón. Hágale de nuevo el acto del amor, si ansía ser perdonado.

(vv. 9789-9822)

Guárdese también de envanecerse por su éxito, pues ella se enfadaría. Muchos amantes se han vanagloriado, en efecto, del amor de muchas, con palabras falsas y vanas, y como no podían conseguir sus cuerpos, difamaron su nombre, para su mal. En eso mostraron su bajo

corazón, y tales gentes no son corteses ni valientes. La vanidad es vicio muy vil, y el que presume demuestra su estupidez, pues muchos, a pesar de haberlo conseguido, deberían callarlo siempre. Amor prefiere ocultar sus joyas, salvo a los amigos leales, que las guarden y escondan. A ésos les puede ser revelado.

(vv. 9823-9838)

Si ella cayera enferma, es justo que él haga lo posible por mostrarse servicial y de su mayor agrado. Guárdese de manifestar algún enojo por esa enfermedad que tanto dura. Permanezca junto a ella, bésela entre sollozos y haga votos, si es prudente, de realizar largas peregrinaciones, pero que ella los oiga. No le prohíba comer en abundancia, ni le dé amargas medicinas, sino sólo las cosas más suaves y agradables.

(vv. 9839-9852)

De igual modo, debe contarle maravillosos sueños, llenos de placenteras mentiras, que él sueñe por las noches, cuando se acuesta solo en su lecho, pues logra dormir poco y vela mucho y se figura tenerla entre sus brazos desnuda toda la noche y todo el día en lugar deleitoso con buen solaz y devoción, sana y curada. Cuéntele tales o semejantes fábulas.

(vv. 9853-9864)

Hasta aquí os he expuesto cómo debe servir el hombre, en la salud y en la enfermedad, a las mujeres, si quiere merecer sus gracias y mantener su amor, que muda fácilmente y escapa de quien no desea hacer con gran celo cuanto le complace. Ninguna mujer, en efecto, tendrá el corazón tan firme, leal y maduro, que permita al hombre tener la seguridad de conservarlo, aunque se esfuerce como si sujetara por la cola una anguila del Sena, pues nada podrá impedir que se le escurra, por muy fuerte que la atrape. Nadie puede dominar a ese

bicho, presto siempre a escapar. Su naturaleza es tan mudable que nadie debe confiar en ella.

(vv. 9865-9886)

No hablo de las buenas mujeres, que siguen la virtud en su conducta, pues por mucho que he buscado, no he encontrado todavía ninguna. Tampoco Salomón lo logró, a pesar de intentarlo, pues él mismo confiesa que nunca halló mujer firme. Y si os esforzáis en buscarla y la encontráis, tomadla, que habréis logrado una mujer fuera de lo común, siempre fiel.

Si no puede buscar lo bastante, para conseguir otra cosa, o bien no encuentra pretendiente, esa clase de mujer se rinde a Castidad. Pero, antes de dejar este asunto, añadiré aún una palabra.

(vv. 9887-9904)

En resumen, yo aconsejaría que, de todas las doncellas, sean guapas o feas, cuyo amor pretenda conservar, recuerde siempre el mismo precepto y lo tenga por muy precioso: que dé a entender a todas que no puede resistirse a sus encantos, y que siempre queda hechizado y pasmado ante su belleza y su prez; pues no existe mujer lo bastante honesta, vieja o joven, mundana o monja, ni dama tan piadosa, tan casta de cuerpo o alma, que si le alaban su hermosura no se deleite escuchándolo. Por muy fea que la consideren, él jurará que es más bella que una hada y se lo asegurará, y ella lo creerá al punto, pues todas piensan de sí mismas que alcanzan una sublime belleza que las hace dignas de ser amadas, lo sé bien, aunque sean feísimas en realidad.

(vv. 9905-9928)

De esta manera deben todos los jóvenes bellos, valientes y gentiles mostrarse diligentes para conservar a sus amigas, sin reprochar sus desvaríos.

Las mujeres no siguen consejos. Creen poseer un espíritu tan perfecto que no necesitan que nadie les enseñe ninguna materia. Y nadie, si no desea desagradarlas, debe desaconsejar nada que ellas quieran hacer.

(vv. 9933-9938)

Igual que el gato conoce por instinto el arte de cazar ratones y nadie puede hacérselo olvidar, porque ha nacido con él y no ha necesitado aprenderlo en la escuela, la mujer es tan necia en su juicio natural que cuando se excede, sea para bien o mal, recto o torcido y todo cuanto queráis, y hace cosas que no debería, odia a quien la aconseja. Ella no ha aprendido eso de ningún maestro, sino que es así por naturaleza, desde que nace, y nadie puede hacerla cambiar, porque si lo intentara jamás llegaría a obtener su amor.

(vv. 9939-9956)

Por eso, compañero, si conseguís vuestra rosa, como es de esperar, ya que os es tan preciosa que no deseáis nada más, y no la cambiarías por nada si la obtuvierais a ella, guardadla como conviene a tal y conoceréis gozo completo. Entonces sentiréis un amorcito que no puede compararse a ningún otro. Ni en catorce ciudades hallaríais otro parecido.

(vv. 9957-9969)

—Muy gran verdad es esa —dije yo—, incluso no conocería otro semejante en el mundo entero, tan bueno y bienaventurado es.

(vv. 9970-9972)

De este modo me reconfortó Amigo, en cuyas palabras hallé gran consuelo, y creo, o al menos me lo parece, que sabía mucho más que Razón. Sin embargo, antes de acabar sus argumentos, que mucho me agradaban, volvieron Dulce Pensamiento y Dulce Conversación y se quedaron junto a mí y no me abandonaron ya.

Pero no trajeron consigo a Dulce Mirada; no los maldije por ello, pues sé que les fue imposible.

(vv. 9973-9984)

Me despedí de Amigo y me fui. Como quien se solaza solo, me alejé por el prado, adornado de hierba y flores, escuchando a los dulces pájaros cantar sus renovados sones. Sus suaves trinos placenteros hacían el mayor de los bienes a mi corazón. Sin embargo, una cosa me apenaba en cuanto a Amigo: que me había recomendado evitar el castillo y rodearlo, y no ir a divertirme cerca de él. No sé si podré aguantarme, pues siempre querré estar allí cerca.

(vv. 9985-9998)

Tras el prado, dejándolo a la derecha, me dirijo hacia el camino izquierdo, buscando el trayecto más corto. De buena gana seguiría ese camino si lo encontrara, y me lanzaría por él a toda prisa, salvo que algo más fuerte me lo impidiera, con el fin de sacar de la cárcel a Dulce Albergue, el noble, el dulce, el franco. Cuando vea el castillo más debilitado que unas natillas, y las puertas me sean franqueadas, nadie me impedirá, así tenga el diablo en el vientre, entrar en él o asaltarlo. Entonces será liberado Dulce Albergue, y os aseguro que si puedo encontrar ese camino, no renunciaré a entrar en él ni por cien mil libras. Sin embargo, debo alejarme del castillo, aunque no sea más que un poco.

(vv. 9999-10020)

Junto a una clara fuente, en un hermoso lugar placentero, mientras pensaba en la rosa nueva, a la sombra de un olmo, junto a su amigo, vi a una dama poderosa y honorable, gentil de cuerpo y de hermosa hechura. Yo entonces lo ignoraba, pero esta dama se llamaba Riqueza, y era de alta alcurnia. Custodiaba la entrada de un pequeño sendero, pero no se había adentrado mucho en él. Al ver a la dama y a su amigo, me

incliné, los saludé ladeando la cabeza y ellos me devolvieron al punto el saludo, lo cual me sirvió de bien poco. Pese a todo, les pregunté por el camino más corto para llegar a Derroche. Riqueza, que habló primero, me respondió en tono orgulloso:

(vv. 10021-10040)

—Éste es el camino, yo lo guardo.

—¡Ah, señora, Dios os guarde! Os ruego, no os pese, que me permitáis ir por aquí al castillo recién acabado que Celos ha levantado aquí cerca.

(vv. 10041-10046)

—Vasallo, no será de inmediato, pues de nada os conozco. No sois bienvenido, puesto que no sois mi amigo íntimo. Creo que pasarán diez años antes de que os introduzca en él; nadie entra, si no es de los míos, aunque venga de París o de Amiens. A mis amigos les permito ir a bailar y a danzar, y pasan una alegre vida, que ningún hombre prudente deja de envidiar. Conmigo disponen de danzas, festejos y bailes, de tambores y vihuelas, de cancioncillas nuevas, de juegos de dados, ajedrez y tablas, amén de otros muchos y deleitosos entretenimientos. Aquí vienen donceles y damiselas, unidos por las viejas celestinas, buscando vergeles, jardines y boscajes, más alegres que papagayos. Luego se acercan juntos a los baños, y se bañan juntos en cubas preparadas en sus aposentos, coronadas sus cabezas de flores, en la mansión de Torpe Generosidad, que les empobrece y arruina de tal forma que raramente pueden sanar, tan caro les vende y hace pagar su servicio y su hospitalidad. Ella les exige un tributo tan cruel que se ven obligados a vender sus tierras para poder pagarlo todo. Yo les acompaño a la ida con gran alborozo, pero Pobreza les escolta a la vuelta, temblorosos y completamente desnudos. Yo guardo la entrada, ella la salida. Una vez han entrado, yo no puedo cuidarme de ellos, por muy prudentes y sabios que sean.

A su regreso ya pueden desaparecer, pues se encuentran en las últimas.

(vv. 10047-10088)

No digo, que si se esfuerzan lo suficiente como para recuperarse, que no me puedan pedir de nuevo que los guíe, aunque es difícil que esto ocurra. Sabed que, cuanto más van allí, más se arrepienten luego, y más les impulsa la vergüenza a no mirarme. Poco les falta a veces para matarse, tan enojados y airados se sienten; por eso les dejo, para que me dejen. Os aseguro, y no miento, que no tardaríais en arrepentiros, si ponéis los pies allí. Un oso acorralado no se ve tan angustiado, ni tan agobiado, ni tan desesperado, como os veréis vos si os adentráis aquí. Si Pobreza llega a guiaros, os hará desmayar tantas veces sobre un poco de paja o de heno que al final quedaréis allí, muerto por Hambre, que en otro tiempo fue su servidora, y le sirvió de tal forma de Pobreza, en agradecimiento, del ardor y pasión de Hambre, le enseñó todas las astucias y la convirtió en maestra y aya de Latrocinio, el feo muchacho. Hambre lo amamantó con su leche, y no tuvo otro líquido como alimento. Y si queréis saber su naturaleza, que no es suave ni terrenal, y su morada, Hambre vive en un campo pedregoso, en el que no crecen ni trigo, ni matorrales, ni maleza alguna. Este campo se encuentra al final de Escocia, y es tan frío que por poco no parece mármol. Hambre, que no conoce allí ni trigo ni árboles, arranca con sus afiladas uñas y sus duros dientes las mismas hierbas, nacidas entre las piedras, pero encuentra muy pocas. Si me pongo a describirla, terminaré en dos palabras.

(vv. 10089-10132)

Hambre es alta y flaca, débil y vana, y siente mucha necesidad de pan de avena. Tiene sus cabellos erizados, los ojos hundidos, la tez pálida y los labios secos, las mejillas llenas de manchas. Si alguien quisiera, podría

ver sus entrañas a través de su seca piel. Los huesos se le marcan por los costados y le faltan todos los humores. Creo que no tiene vientre, sino un hueco tan hondo que todo el pecho de la muchacha cuelga de su espinazo. Semejante delgadez le ha dejado unos dedos crecidos, y le ha hecho perder la redondez de las rodillas. Sus tobillos son largos, huesudos y salientes y no parece que haya carne dentro de ella, a causa de tan angustiosa flaqueza. Ceres, la diosa de la fertilidad, que hace crecer los trigos, no sabe llegar aquí, y Triptolemo, que dirige sus dragones, tampoco conoce el camino. Destino no se preocupa de acercar a Ceres, la diosa de la fertilidad y a Hambre, la triste infeliz, antes bien, las mantiene alejadas entre sí.

(vv. 10133-10160)

Sin embargo, Pobreza os traerá y conducirá en cuanto os tenga delante, si os dirigís allí, si permanecéis ocioso como soléis. Pobreza, en efecto, guía por el otro camino, distinto del que yo guardo, porque a través de una vida ociosa y perezosa se puede llegar ante Pobreza. Y si deseáis seguir este camino que os he citado, que conduce a Pobreza, triste y despreciable, bien puede suceder que falléis vuestro intento, cuando queráis asaltar el castillo. Estoy segura de que Hambre será vuestra vecina y compañera; Pobreza conoce ese camino más por su memoria que por cualquier mapa.

(vv. 10161-10178)

Sabed que Hambre, la desdichada, se muestra aún tan servil y cortés hacia su señora —que no la ama ni aprecia, pero que la mantiene a pesar de su indigencia y desnudez—, que todos los días va a verla y se sienta junto a ella. La toma por la barbilla y la besa con pesadumbre y sufrimiento. Luego coge a Latrocinio por la oreja, si lo ve dormido, y lo despierta y se inclina hacia él con gran miseria y le aconseja y le indica cómo debe proveer a ambas, sin pensar en el precio de este

servicio. Falso Corazón queda de acuerdo con ellos, aunque se imagina la soga y se le enderezan y erizan los cabellos, por miedo a ver colgado a su hijo Latrocinio, el cual se estremece pensando en que puedan cogerlo robando. Pero en fin, aquí nunca entraréis, pues no me habéis servido lo suficiente como para merecer mi amor.

(vv. 10179-10204)

—Señora, por Dios, de buen grado recibiría vuestra merced, si ello fuera posible. Adentrándome por este sendero podría liberar a Dulce Albergue, que está encarcelado aquí cerca. Concededme este don, si os place.

(vv. 10205-10210)

—Os he escuchado con atención —respondió ella—, y sé que no me habéis vendido toda vuestra leña, la grande y la menuda. Habéis dejado un haz por atar, y de atar está todo hombre que se pone a servir a Amor; por mucho que se crean sanos, todos padecen la misma rabia. ¿Viven con ella? Cierto que no, más bien mueren mientras sufren semejante tormento, porque a esa rabia y esa locura no puede llamárselas vida. Bien os lo hizo notar Razón, aunque no logró curaros vuestra necedad: sabed que os engañasteis cruelmente al no darle crédito. Ciertamente, antes de que viniera Razón nada os habría retenido y, desde que amasteis por amor, en nada me habéis estimado. Los enamorados no me aprecian, sino que se esfuerzan en disminuir mis bienes en cuanto se los reparto, y tiran por el otro lado. Pues, ¿dónde diablos podría encontrarse todo lo que un amante desea dilapidar? Marchaos de aquí y dejadme tranquila.

(vv. 10211-10237)

Por mi parte, yo, que nada podía conquistar solo, me alejé de allí sin tardanza. La bella se quedó con su amigo, que iba bien vestido y engalanado. Me marché meditabundo y sin rumbo fijo por el deleitoso vergel, tan

bello y hermoso como antes he descrito, pero esto me regocijaba poco, pues mi pensamiento vagaba por otro lugar. En todo momento y lugar pensaba en la manera de conseguir mejor y sin fingimientos mi servicio, lo cual haría de muy buen grado si no había de cometer ningún error. Si errase, todo mi mérito se vendría abajo.

(vv. 10238-10254)

Mucho se empeñó en ello mi corazón, repasando los consejos de Amigo. En adelante, honraré a Difamación en todos los lugares donde me halle. Me dediqué a rendir homenaje a mis enemigos y les serví cuanto pude. Ignoro si merecí su reconocimiento, pero me sentía tan aprisionado que no me atrevía a acercarme al recinto, tal como acostumbraba, porque constantemente deseaba ir allí. De este modo, realicé durante largo tiempo mi penitencia, con la intención que Dios sabe, porque hacía una cosa mientras pensaba otra. Tuve que cometer felonía para conseguir mi propósito. Nunca había sido traidor, y nadie me ha acusado todavía de serlo.

(vv. 10255-10276)

Cuando Amor me hubo puesto suficientemente a prueba, y vio que yo le era leal y mantenía esa lealtad como era debido, se me apareció sonriente ante mis apuros, me puso su mano sobre la cabeza y me preguntó si había cumplido cuanto él me había ordenado, y cómo me sentía y qué pensaba de la rosa que me robaba el corazón. El conocía bien toda mi aventura, pues Dios conoce todo cuanto hace el hombre:

—¿Has cumplido —dijo— todos los mandamientos que pongo a los buenos amantes, pues no se los impongo a otros, ni quiero que ellos los abandonen?

(vv. 10277-10292)

—Lo ignoro, mi señor, pero los he cumplido con la mayor lealtad que conozco.

—Es cierto, pero eres algo voluble. Tu corazón no es

firme; por desgracia, está lleno de dudas. Conozco muy bien toda la verdad. El otro día quisiste abandonarme y faltó poco para que me retirases tu homenaje. Te quejaste dolorido de mí a Ociosa, y decías que la ciencia de Esperanza no era verdadera. Incluso te considerabas loco por ponerte a mi servicio, y en ello coincidía Razón. Así, ¿no eras un mal vasallo?

(vv. 10293-10308)

—Piedad, señor. A Razón me confesé, bien lo sabéis y no lo negaré. Pero no huí de vos, os había hecho mi juramento, aún lo recuerdo, como conviene a los que os han rendido homenaje. Cierto que no me conduje con prudencia y ella me reprendió duramente y me sermoneó mucho tiempo, creyendo que sus discursos me alejarían de vuestro servicio. Pero yo no la creí, por mucho que ella se empeñara. Sin mentiros, es la pura verdad; me hizo dudar, pero Razón no conseguirá empujarme a hacer nada que vaya en contra de vos o de otro que valga igual. Si a Dios place, y suceda lo que suceda, igual que mi corazón os pertenece ahora, os seguirá siendo fiel, sabedlo, a menos que me sea arrancado del cuerpo. Muy mal me saben aquellos pensamientos que tuve y me desagrada haberles prestado atención. Mas os ruego que me sean perdonados, porque quiero vivir y morir bajo vuestra ley y enmendar mi vida, como a vos plugo mandarme; nunca más seguiré a Razón. Nada impedirá a mi corazón que os siga, pase lo que pase, aunque Atropos me envíe la muerte. Aun así seguiré trabajando para vos, incluso si ella me alcanza en la obra que más place a Venus, pues, sin duda, nadie conoce mayor deleite que en ese momento. Y los que deban llorarme entonces, al verme muerto, podrán decir: «Buen dulce amigo, tú que has caído en este punto, sin mentir, demuestras que esta muerte era la más apropiada a la vida que llevabas cuando tu alma y tu cuerpo seguían unidos».

(vv. 10309-10354)

—Por mi vida que hablas como un sabio. Ahora veo bien que aceptas y conservas mi homenaje. Tú no eres de esos falsos renegados, de esos ladrones que abjuran de mí cuando ya han obtenido lo que buscaban. Muy leal eres. Tu nave llegará a buen puerto, puesto que tan bien navegas, y te perdono menos por tus súplicas que por tus dones, pues no quiero plata ni oro sino tu servicio. Sin embargo, me agradaría que en lugar del Confiteor, antes de reconciliarte conmigo, recuerdes todos mis mandamientos, pues tu libro tendrá diez, entre prohibiciones y preceptos. Si los recuerdas todos bien, no te ocurrirá ninguna mala jugada. Dilos, pues.

(vv. 10355-10372)

—De buen grado. Debo huir de Villanía; no debo maldecir; debo saludar y devolver puntualmente el saludo; debo evitar groserías; en todo momento habré de honrar a las mujeres; huiré del orgullo y me mostraré amable; deberé convertirme en un ser alegre y jovial; he de aplicarme en ser generoso y pondré mi corazón en un solo lugar.

(vv. 10373-10382)

—A fe mía, conoces bien la lección. Ya no me caben más sospechas. Y ahora, ¿cómo te sientes?

—En carne viva, casi no siento latir mi corazón.

—¿No te acompañan mis tres consuelos?

—No. Me falta Dulce Mirada, que quitaría la ponzoña de mi mal con su dulcísimo aroma. Los tres se separaron de mí, pero dos han vuelto.

(vv. 10383-10392)

—¿No tienes a Esperanza?

—Sí, señor. Ella impide que desespere, ya que una vez conocida Esperanza, acompaña durante mucho tiempo.

(vv. 10393-10396)

—¿Qué ha sido de Dulce Albergue.

—Está retenido en prisión el noble, el dulce a quien tanto amo.

—No te apenes por eso y no desfallezcas. Por mis ojos, pronto lo tendrás más cerca de ti que de costumbre. Ya que me sirves con tanta lealtad, ordenaré venir a mis huestes con toda rapidez, para que asedien el castillo. Mis nobles son ágiles y fuertes, y antes de que culminemos el asedio, Dulce Albergue quedará libre de su cárcel.

(vv. 10397-10408)

El dios de Amor, sin perder tiempo ni lugar en su carta, convoca a todos sus hombres. A unos les ruega, a otros les ordena, que se presenten todos a su llamada. Cada uno acude sin poner excusas, prestos a cumplir cuanto él desee, según sus posibilidades. Brevemente y sin orden, para facilitar mi rima, los nombraré.

(vv. 10409-10418)

Con su mayor estandarte, acudió Doña Ociosa, la jardinera. También Noble Corazón y Riqueza, Franqueza, Piedad y Generosidad, Arrojo, Honor, Cortesía, Deleite, Sencillez y Compañía, Confianza, Solaz y Alegría, Donosura, Belleza y Juventud, Humildad y Paciencia, Discreción y Obligada Abstinencia, que vino con Falso Semblante, porque sin él no se habría atrevido. Todos llegaron con sus mesnadas, que eran muy numerosas, salvo Obligada Abstinencia y Falso Semblante, el de rostro embustero: muestren lo que muestren sus caras, abrazan a Embaucador en sus pensamientos.

(vv. 10419-10436)

Embaucador engendró a Falso Semblante, el que roba los corazones de la gente. Su madre se llamó Hipocresía, la desvergonzada ladrona. Ésta fue quien amamantó al sucio hipócrita de corazón podrido, que con el hábito de la religión traiciona a muchas regiones.

(vv. 10437-10443)

Cuando el dios de Amor lo vio, su corazón se estremeció:

—¿Qué es esto? —dijo—, ¿acaso sueño? Dime, Falso Semblante, con qué permiso te presentas ante mí?

Salta al punto Obligada Abstinencia y, tomando a Falso Semblante por la mano, dice:

(vv. 10444-10451)

—Señor, lo traigo conmigo, os ruego que no os disguste. Me ha procurado muchos honores y muchas satisfacciones. Me sostiene y me reconforta. Si no fuera por él, ya habría muerto de hambre; por eso no me lo debéis reprochar. Aunque a él no le agrade amar a los hombres, es necesario que ellos le amen y le llamen hombre de prez y santo. Es mi amigo, y yo su amiga, por eso me acompaña.

(vv. 10452-10462)

—Sea entonces —dijo Amor—, y añadió unas breves palabras para todos:

—Os he ordenado venir —dijo— para derrotar a Celos, que martiriza a nuestros enamorados y pretende mantener contra mí este castillo que ha construido y que me hiere gravemente el corazón. Lo ha fortificado con tanto orgullo que será preciso luchar mucho antes de que podamos tomarlo. Estoy dolido y afligido porque allí ha encerrado a Dulce Albergue, que tanto favorecía a nuestros amigos. Si no sale de prisión, me veré maltratado, ya que Tibulo, que conocía tan bien mi carácter, me falta. Cuando murió, yo rompí mis flechas, quebré mi arco y arrastré mi aljaba destrozada. Tantas y tan grandes amarguras sentí que arrastré mis alas rotas en pedazos, de tanto batirlas por mi duelo. También mi madre lloró su muerte de tal modo que por poco fallece. Nadie hubo que, al vernos gemir, no se compadeciera, y no hubo freno ni brida para nuestro llanto. Galo, Catulo y Ovidio, que mucho sabían hablar de amor, nos habrían hecho mucha falta, pero todos yacen muertos y putrefac-

tos. Ahí está Guillaume de Lorris, al que su enemigo Celos angustia y turba tanto que está en peligro de muerte, si yo no me apresuro a socorrerlo. El me aconsejaría de buen grado, como buen vasallo mío, y sería justo, pues por culpa suya nos embarcamos en esta tarea de reunir a todas nuestras huestes, para salvar o rescatar a Dulce Albergue. Pero —según dice—, no es tan avisado. Aun así, sería una gran tristeza perder a tan leal servidor, cuando podía socorrerlo, ya que me ha servido con suma lealtad y se ha ganado que yo corresponda y me apreste a asediar el castillo y destruir sus murallas y su torreón con todas mis fuerzas. Y más aún habrá de servirme pues, para merecer mis favores, él comenzará el libro donde quedarán plasmados todos mis mandamientos, y lo compondrá hasta donde dice Dulce Albergue, que ahora languidece en prisión dolorosa e injusta: «Estoy muy afligido temiendo que me hayáis olvidado y eso me produce dolor y tristeza. No hay nada que me pueda consolar si pierdo vuestro afecto, pues en nadie más confío». Aquí se detendrá Guillaume, cuya tumba estará llena de bálsamos, incienso, mirra y áloe, por lo mucho que me ha servido y ensalzado.

(vv. 10463-10534)

Más tarde vendrá Jean Chopinel, el del corazón alegre y cuerpo vivaz, que nacerá en Meun, junto al Loira y me servirá durante toda su vida, en ayunas o saciado, sin avaricia ni envidia. Será un hombre tan cuerdo que no se preocupará de Razón, la cual odia y reprueba mis ungüentos, que huelen mejor que cualquier bálsamo. Y si ocurre, por casualidad, que él falla en algo (ya que no existe ningún hombre que nunca peque; todos tienen siempre una debilidad u otra), tendrá el corazón tan leal a mí que siempre, al menos cuando al fin sienta su culpa, se arrepentirá de su falta y no querrá engañarme. Éste apreciará tanto el libro que, llegado el tiempo y lugar, querrá terminarlo. En el punto donde Guillaume se haya detenido, y tras su

muerte, Jean lo continuará, y no miento al decir que habrán pasado más de cuarenta años. Y ante la desgracia y por miedo de perder el afecto que antes disfrutaba de Dulce Albergue, dirá: «Y quizás ya lo he perdido; a poco no desespero...» y todas las demás frases, sean sabias o necias, hasta que coja de su muy verde y frondoso tallo, la hermosísima rosa roja; entonces llegará el día y el enamorado se despertará. Luego, querrá explicar la aventura, para que nada quede oculto.

Si ellos dos pudieran aconsejarme, lo harían, pero a éste no le es posible, ni al otro tampoco, que no está aquí presente porque aún debe nacer. Pero tan grave es el asunto que, en cuanto él nazca y salga de la infancia, iré a él sin tardanza y le leeré vuestra sentencia, y me atrevo a juraros y aseguraros que de otro modo él no podría darle cumplimiento.

(vv. 10535-10586)

Y como podría suceder que este Jean que tiene que nacer se viera impedido, y eso sería triste, lamentable y lastimoso para los amantes, pues el libro les hará mucho bien, yo pido a Lucinia, diosa de los partos, que le conceda nacer sin dificultad ni mal, y que pueda vivir muchos años. Y cuando haya de suceder que Júpiter lo reciba vivo y deba beber hasta que se sacie de sus dos toneles, uno claro y el otro turbio, uno dulce, el otro más amargo que el sebo, y antes de que lo pongan en su cuna, y como él será tan amigo mío, yo le acunaré con mis alas y le cantaré tales canciones que, cuando deje de ser niño, adoctrinado por mi saber, divulgará nuestras palabras por escuelas y caminos de todo el reino, en lengua de Francia, en voz alta, para que los que le escuchen no tengan que morir de los dulces males de amor si le oyen. Enseñará tantas cosas que los que entonces vivan deberían llamar a este libro el *Espejo de Enamorados,* pues muchos bienes recibirán de él, y Razón, la pobre, la vencida, nunca más será tenida en consideración.

(vv. 10587-10624)

Por esto quiero tomar consejo de vosotros, pues sois mis consejeros. Así, con las manos unidas, os ruego gracia para este pobre y desdichado Guillaume, que tan bien se ha portado conmigo, de forma que sea socorrido y reconfortado. Y aunque no os rogase por su persona, debería suplicaros al menos que, por aliviar a Jean, le concedáis este don: que escriba con soltura. Así, todos los que tras él vengan y se cuiden de seguir devotamente los mandamientos de mi libro, encontrarán escrito en él cómo librarse de Celos, cómo vencer su odio y su cólera y destruir todos los castillos que ella se atreva a levantar. ¡Aconsejadme! ¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo dispondremos a nuestro ejército? ¿Por qué flanco les dañaríamos más, para destruir antes su castillo?».

Así habló Amor a todos ellos, que escucharon atentamente sus palabras.

(vv. 10625-10650)

Cuando Amor hubo terminado su discurso, todos sus nobles barones deliberaron. Mostraron varias opiniones y muchas cosas diferentes dijeron, pero al final, tras discutirlo, llegaron a un acuerdo y se lo comunicaron al dios de Amor:

(vv. 10651-10656)

—Señor —dijeron—, hemos llegado a un acuerdo con la conformidad de todos, salvo Riqueza, que ha jurado no asediar nunca ese castillo ni, según dice, disparar dardo, lanza, hacha o arma que vaya contra hombre que pueda hablar. Ella desdeña nuestra empresa y se ha marchado de nuestras huestes, al menos en este asunto; hasta ese punto desprecia a nuestro joven doncel. Ella le censura y le difama porque, dice, él nunca la amó. Por eso le muestra hosco semblante y le odia y odiará siempre, pues él nunca deseó acumular tesoros: ésa es toda su falta. He ahí todo lo que ha infringido: ella afirma que no miente al decir que sólo anteayer le rogó que le dejara entrar en el sendero

llamado Derroche, y que la aduló bastante, pero que era pobre cuando esto rogaba y por eso ella le negó el paso. Desde entonces, él no ha conseguido reunir ningún dinero de su entera propiedad. Todo eso nos ha dicho Riqueza, así que nos hemos puesto de acuerdo sin ella.

(vv. 10657-10688)

Así pues, nosotros opinamos que Falso Semblante y Abstinencia atacarán la puerta trasera con todas sus mesnadas, ya que la guarda Mala Lengua y sus Normandos, ¡que mala hoguera los queme! Con ambos irán Cortesía y Generosidad, que demostrarán su valor luchando contra la Vieja que domina con dureza a Dulce Albergue.

(vv. 10689-10698)

Tras ellos, Deleite y Discreción se lanzarán para partirle la cabeza a Vergüenza. Reunirán a sus huestes y asediarán aquella puerta.

(vv. 10699-10702)

Contra Miedo se enfrentarán Arrojo y Confianza, y allí se plantarán con todo su ejército, que nunca conoció la huida.

(vv. 10703-10706)

Franqueza y Piedad se opondrán a Rechazo y lo asediarán. Entonces quedará bien dispuesto nuestro ejército. Con ellos, el castillo será destruido, siempre que se empleen a fondo y Venus, vuestra madre muy sabia, esté presente, pues ella conoce bien esta estrategia. Sin ella, nunca se logrará nada, ni de palabra ni por acción alguna. Sería beneficioso convocarla, porque ella reduciría nuestro esfuerzo.

(vv. 10707-10718)

—Señores, mi madre la diosa, que es mi dueña y señora, no está para ceder a todos mis deseos ni para

hacer cuanto me plazca, aunque suele acudir, cuando le conviene, para socorrerme y acabar mis empresas. Sin embargo, ahora no deseo importunarla. Es mi madre, y le guardo desde mi infancia una muy grande reverencia, pues el niño que no respete a su padre y a su madre no tardará en pagarlo caro. Si es menester, la llamaremos y, si se encuentra cerca, acudirá pronto y no habrá nada, creo, que se lo impida.

(vv. 10719-10734)

Mi madre es de muy alta valía, y ha conquistado muchas fortalezas que costaban más de mil besantes, contra las que yo no habría atacado aunque se me hubiese encomendado el asalto, pues nunca me agradó una conquista semejante sin mi intervención. Por mucho que digan, eso me parece mercadería. Quien compra un corcel por cien libras, las paga y se queda con él. Nada más debe al mercader, ni éste al comprador. A un don, yo no le llamo venta. La venta no reclama recompensa, ni requiere mercedes ni gracias: cada parte queda libre. Esta clase de venta es distinta, pues cuando aquél ha dejado en el establo a su corcel, puede revenderlo y recuperar su dinero o ganar más. Al menos, no lo pierde todo; y si debiera quedarse sólo con el pellejo, al menos eso le quedaría y de él sacaría algo. O bien, si quiere mucho a su caballo y lo guarda sólo para montarlo, siempre será su dueño.

(vv. 10735-10763)

Mucho peor es el negocio en el que Venus se entromete, pues nadie conseguirá llevarlo a cabo de modo que no pierda todo lo que haya comprado y su ganancia. El vendedor se queda aquí con la mercancía y con su precio y el comprador lo pierde todo. Por mucho dinero que ponga, de nada será propietario y nada impedirá, ni con ruegos ni con súplicas, que un extraño cualquiera que venga se lleve la mercancía por igual precio o, incluso, menor, aunque fuese un Bretón, un

Inglés o un Romano. Hasta puede suceder que se lleve todo por nada, si se muestra buen embaucador. ¿Son, por lo tanto, prudentes tales mercaderes? ¡No!, sino necios y pobres desdichados, puesto que compran a sabiendas una cosa que van a perder y que no puede ser suya por mucho que gasten y la trabajen. Sin embargo, no quiero decir que mi madre nunca pague nada. Ella no es tan tonta ni loca como para caer en tal vicio. Sin embargo, sabed que hay quien paga y luego se arrepiente, cuando Pobreza le acosa, aunque sea discípulo de Riqueza, que me colma de atenciones cuando desea lo mismo que yo.

(vv. 10764-10796)

Mas por la santa Venus, mi madre, y por Saturno, su anciano padre, que la engendró muy pequeña, pero no en su legítima esposa, y aún por más lo juraré, para que estéis más seguros: por la fe que debo a todos mis hermanos, cuyos padres no sé nombrar, tantos son y tan diversos los amores de mi madre, por todos ellos os juro y garantizo, y pongo por testigo al lago infernal —y si miento, que no beba vino especiado en un año, pues ya conocéis la costumbre de los dioses: quien comete perjurio no puede beber hasta que pase un año—, así pues, ya he jurado bastante y malhadado sea si me retraigo o me véis perjuro, juro pues que, ya que Riqueza me falla ahora, le he de hacer pagar cara esta falta. Si no toma al menos espada o alabarda, y puesto que hoy ella no me ha mostrado estima alguna, cuando sabía que yo debía atacar la fortaleza y el torreón, juro que mal día amaneció hoy para ella. Si me topo con un hombre rico, me veréis cargarlo de tales tributos que no le ha de quedar ni céntimo ni libra que no se le escape de los dedos. Haré que le roben todo su dinero, a menos que los coja en un granero, y nuestras doncellas lo desplumarán tanto que le harán falta plumas nuevas; como no sepa defenderse, acabará vendiendo sus tierras.

(vv. 10797-10834)

Los pobres me han convertido en su señor. Aunque no tengan nada para satisfacerme, no los despreciaré, porque no es conducta de hombre de prez. Riqueza se muestra ávida y rapaz, pues los ultraja, empuja y rechaza. Los pobres aman mejor que los ricos, avaros, codiciosos y tacaños, y son, por la fe que debo a mi abuelo, más serviciales y leales. A mí me basta y me sobra con sus bondadosos corazones y sus voluntades. Ellos han depositado en mí todos sus pensamientos, y yo he de velar por ellos. Si yo fuese dios de las riquezas, en lugar del amor, pronto los elevaría a altos cargos, a tal punto me conmueven sus quejas. Por lo tanto, es preciso que socorra a éste, que se esfuerza tanto por servirme, pues si muriera del mal de amor, parecería que en mí no hubiera ni gota de piedad.

(vv. 10835-10856)

—Señor —dicen todos—, es verdad todo cuanto decís. Este juramento que habéis hecho sobre los hombres ricos debe ser mantenido y seguido como bueno, leal y adecuado. Así será y nosotros lo damos por seguro: si los ricos os rinden homenaje, no se portarán como sabios, pues vos no seréis perjuro ni os arriesgaréis a sufrir la pena de no beber vino especiado. Si aquellos caen en sus redes, las damas les harán tragar tanta pimienta que les habrá de escocer. Ellas serán tan corteses que arreglarán cuentas por vos y no precisaréis otro vicario; se las dirán de todos los colores, hasta que vos os veáis bien pagado no os preocupéis. No os molestéis por ellas: les contarán tales patrañas y les sacarán tantos regalos con zalamerías; les darán tales golpes con besuconeos y abrazos que, si ellos tragan, cierto que no les quedará ningún bien, de riquezas o de patrimonio, que no gasten al momento. Ordenad lo que gustéis y nosotros lo cumpliremos, sea justo o errado.

(vv. 10857-10888)

Falso Semblante, empero, no se atreve a comprometerse por vos, pues dice que le odiáis y cree que deseáis deshonrarle. Por eso todos os rogamos, buen señor, que le perdonéis vuestro rencor y que pase a formar parte de vuestras huestes, junto con Abstinencia, su amiga. Ese es nuestro acuerdo y nuestra petición.

(vv. 10889-10897)

—Y a fe mía —dice Amor—, yo la concedo. Sea desde ahora de los nuestros. ¡Que venga aquí!

Éste se acerca.

—Falso Semblante, por este pacto serás de los míos desde ahora y ayudarás a nuestros amigos sin causar daño a ninguno, sino que les respaldarás siempre. Mas de perjudicar a nuestros enemigos, tuyos sean el poder y el servicio. Serás mi rey de los desvergonzados, puesto que así lo desea nuestra asamblea. Sin duda, tú eres un fementido traidor y un desmesurado ladrón, cien mil veces perjuro. Sin embargo, te ordeno que, ante esta audiencia, para sacarnos de dudas, les muestres al menos en líneas generales, dónde pueden encontrarte cuando te necesiten, y cómo te conocerán, porque eso es muy difícil. Dinos en qué lugar resides.

(vv. 10898-10921)

—Señor, tengo diversas moradas y, si me disculpáis, prefiero no enumerarlas, pues en ello me vendrían daño y deshonra. Si mis compañeros las conocieran, me odiarían con seguridad y me procurarían algún daño, pues conozco bien su crueldad, y todos prefieren ocultar la verdad que no desearían escuchar, porque les es contraria. Muchas penas sufriría de su parte, si yo dijese palabra que no les fuese placentera y agradable, pues la palabra que pincha no les agrada en absoluto, ni siquiera el Evangelio, que les reprende por su perfidia, ya que son en extremo crueles. También sé con certeza que, si yo os dijese algo sobre ellos, nunca habrá bastante secreto en vuestra corte como para que no lo sepan, por tarde que sea. No temo a los hombres de prez, pues ellos,

cuando me escuchan, no se sienten aludidos; pero el que se dé por aludido se volverá sospechoso de buscar la vida de Embaucador y de Hipocresía, que me engendraron y mantuvieron.

(vv. 10922-10953)

—Buen engendro hicieron —respondió Amor—, y muy provechoso, pues engendraron al mismo diablo. Sin embargo, pase lo que pase, continuó Amor, es preciso que nos nombres sin falta tus moradas y que nos reveles tu vida aquí, delante de todos mis hombres. No es conveniente que lo retrases más, así que descúbrenos cómo servirás y de qué te ocuparás, ya que has venido a nosotros. Por fin, si te apalean, aunque no estés acostumbrado, no serás el primero.

(vv. 10954-10968)

—Señor, ya que así os place, haré vuestra voluntad aunque deba morir por ello, pues siento grandes deseos de agradaros.

Sin más tardanza, Falso Semblante comienza su sermón y dice ante toda la audiencia:

(vv. 10969-10975)

—Señores, escuchad mis verdades. Quien desee conocer a Falso Semblante, que lo busque en el mundo o en el claustro. Sólo vivo en esos dos lugares, pero más en uno y menos en otro. En una palabra, me albergo donde mejor puedo ocultarme, pues el escondite más seguro está bajo la más humilde vestidura. Los religiosos son muy taimados, los seglares más abiertos. No pretendo con esto injuriar a la religión ni difamarla: mientras pueda, nunca difamaré a la religión humilde y leal, sea cual sea el hábito con que la encuentre. Sin embargo, no amaré a los religiosos, y entiendo por ellos los falsos religiosos, los felones maliciosos, que visten los hábitos pero no desean domar su corazón. Los buenos religiosos son todos misericordiosos y no veréis

a ninguno arrogante. Nunca se dejan llevar por el orgullo, sino que aspiran a una vida humilde. Con estos no puedo vivir y, si lo hago, he de fingir. Podré tomar su hábito, pero antes me dejaría colgar que renunciar a mis propósitos, aunque lo disimule.

(vv. 10976-11006)

Yo vivo con los orgullosos, los viciosos, los arteros, los que codician honores mundanos y buscan pingües negocios, y ansían buena pitanza y la relación con los hombres poderosos, a los que siguen. Se hacen los pobres y se llevan los buenos bocados deliciosos y se beben los más preciados vinos. Predican la pobreza y pescan las mayores riquezas con tresmallos y redes. ¡Por mi vida, será para mal! Esos no son religiosos ni puros. Ante el mundo, argumentan algo de lo que se extrae una vergonzosa conclusión: ése lleva ropa de religioso, luego es religioso. Este argumento es vicioso y vale menos que cuchillo de madera: el hábito no hace al monje. Sin embargo, nadie sabrá replicar tan alto que le rapen la cabeza, ni con la afeitadora de Elanches, que corta la falsedad en trece ramas; nadie sabrá decir una sola palabra para hacer distinciones. Mas, por cualquier parte que vaya y haga lo que haga, no busco otra cosa que el engaño. Al igual que maese Tiburcio, el gato, no atiende sino a ratones y ratas, yo no tengo más objetivo que el engaño. Tampoco sabréis por mis vestidos con qué personas convivo, y no prestéis atención a mis palabras, por dulces y claras que resulten. Debéis atender a las obras, si no tenéis los ojos reventados, pues aquellos hacen lo contrario de lo que dicen y os burlan con cualquier ropaje, con cualquier condición, sean laicos o clérigos, hombres o mujeres, señores o sirvientes, damas o camareras.

(vv. 11007-11052)

Mientras así sermonea Falso Semblante, Amor la interpela y, cortándole la palabra como si fuese falsa o necia, le dice:

—¡Diablos! ¿Qué es esto? ¡Serás descarado! ¿De qué gentes nos estás hablando? ¿Puede hallarse religión alguna en mansión seglar?

(vv. 11053-11060)

—Sí, señor. De todo esto no se deduce en absoluto que lleven mala vida todos ellos, ni que quienes sienten tanto apego por los ropajes de moda vayan a perder sus almas, porque eso sería gran pena. La santa religión puede también florecer bajo vestidos de colores. Se ha visto morir a muchos santos y a muchas santas gloriosas, devotas y religiosas, que sin embargo llevaban ropa corriente, y no por ello disminuyó su santidad. Podría recordaros a muchas, pero casi todas las santas adoradas en las iglesias, vírgenes castas o casadas que criaron a muchos y hermosos niños, vistieron según la moda de su época, y con esa misma murieron, y aun así fueron santas y lo serán siempre. Incluso las once mil vírgenes, que sostienen sus cirios junto a Dios, y a las que se festeja en algunas iglesias, recibieron su martirio llevando ropas de su época, y por ello no son peores. El buen corazón produce pensamientos buenos, los vestidos nada quitan ni añaden. Del buen pensamiento nace la buena acción que revela la religiosidad. Ahí yace la religión que procede de la recta intención.

(vv. 11061-11092)

Si se ridiculizase a maese Ysengrín, poniéndole encima la piel de don Belín, el cordero, como si fuese una marta cibelina, ¿creéis que el lobo, que parecería cordero entre los demás corderos, dejaría por ello de devorarlos? No bebería menos su sangre, sino que les engañaría mejor e, incluso, si él quisiera alejarse, los demás le seguirían detrás.

(vv. 11093-11102)

Si hay muchos lobos de éstos entre tus nuevos Papas, mal servida estás, Iglesia. Si tu ciudad se ve asaltada

por los caballeros de tu propia mesa, muy endeble será tu señorío. Si aquellos a los que tú encargas su defensa se esfuerzan en tomarla para sí, ¿quién podrá protegerla? Será tomada sin que se sienta golpe de manganel ni catapulta y sin desplegar estandarte alguno al viento. Y si no la salvaguardas de ellos, sino que les permites campar a sus anchas, ¿les dejas? ¡aún más, se lo ordenas! Así, no puedes más que rendirte a ellos o convertirte en su tributaria, aceptando su paz y soportándola si no te viene desgracia peor. Bien te escarnecen: de día fingen guarnecer los muros, por la noche no paran de minarlos. Piensa en enraizar en otro lugar los árboles cuyos frutos quieras coger. Donde ellos estén no debes ni detenerte. Pero basta ya, dejo este asunto y no diré más sobre él, si puedo evitarlo, pues os aburriría en exceso.

(vv. 11103-11132)

Yo deseo comprometerme con vos y ayudar a todos vuestros amigos, con la condición de que acepten mi compañía. Si no me aceptan, morirán. También aceptarán a mi amiga; de lo contrario, por Dios, triunfarán. Sin duda, yo soy un traidor, y por ladrón Dios me ha juzgado. Soy perjuro, pero lo que me propongo es difícilmente descubierto antes de que lo concluya, pues muchos recibieron la muerte por mi causa y jamás conocieron mi perfidia. Muchos otros la reciben y la recibirán aún y no se darán cuenta. El que lo haga, si es lo bastante avisado, debe ponerse en guardia o será peor para él. Mas mi engaño es tan hábil que resulta muy dificultoso descubrirlo. El mismo Proteo, que solía mudarse en cualquier cosa que quisiera, no supo jamás tanto de embustes ni astucias como sé yo, pues jamás me reconocieron en ciudad donde entrara, por muy visto y oído que fuese.

(vv. 11133-11156)

Sé cambiar muy bien mi vestimenta, ponerme una y quitarme otra. Soy ya caballero, ya monje, ya prelado,

ya canónigo; ahora soy clérigo, más tarde soy cura, ora discípulo, ora maestro, habitante del castillo o del bosque. En fin, soy de cualquier oficio. En un momento soy príncipe, en otro paje, y conozco de memoria todas las lenguas. En un instante me convierto en un anciano canoso o vuelvo a la plena juventud. Ya soy Roberto, ya soy Robin, ya franciscano, ya dominico. Luego tomo, para seguir a mi compañera, doña Forzosa Abstinencia, que me acompaña y alegra siempre, muchos otros disfraces, por responder a sus deseos y según su voluntad. En otra hora me visto con ropa de mujer, y ya soy doncella, ya dama. Luego soy religiosa, ya madre, ya priora, ya hermana, ya abadesa, ya novicia, ya profesa, y viajo por todas las tierras en busca de todas las órdenes religiosas. Pero, sobre religión, no miento al decir que dejo el grano y cojo la paja. Para burlar a los hombres, vivo con ellos, y no necesito más que tomar sus ropajes, no otra cosa. ¿Qué más os diría? Puedo disfrazarme cuanto me place. Soy muy distinto de lo que aparento, y mis actos muy diferentes de mis palabras.

(vv. 11157-11192)

En este punto, Falso Semblante mostró intención de callarse, pero Amor no hizo ademán de cansancio de oírle sino que, al contrario, exclamó para regocijo de sus hombres:

(vv. 11193-11196)

—Dínos con mayor detalle de qué desleal modo sirves, y no sientas vergüenza pues, según muestra tu vestido, pareces un santo ermitaño.

—Cierto es, pero soy un hipócrita.

—Sin cesar predicas la abstinencia.

(vv. 11197-11203)

—De nuevo es verdad, pero lleno mi panza de buenos bocados y de vinos dignos de un teólogo.

—También predicas la pobreza.

—Sí, pero me enriquezco cuanto puedo. Aunque me finja pobre, no presto atención a los otros menesterosos. Preferiría cien mil veces la compañía del rey de Francia a la de un pobre, por Nuestra Señora, aunque éste tuviese una alma igualmente buena. Cuando veo a todos esos truhanes desarrapados temblando en sus chozas malolientes de frío, gritando y berreando de hambre, me cuido de mezclarme con ellos. Si los llevan al hospital, no seré yo quien les reconforte, porque ellos no me devolverían ni una limosna. No valen un pimiento. ¿Qué dará el que sólo puede chupar su cuchillo? Por el contrario, visitar al rico usurero enfermo es útil y agradable. A ése yo le cuidaré y procuraré sacarle cuartos. Y si la mala muerte lo ahoga, yo le prepararé la fosa. Si alguno me reprende por alejarme de los pobres, ¿sabéis cómo le hago callar? Le hago creer, con mi capa, que el rico está más lleno de pecados que el pobre, y necesita más mis consejos; por eso le visito, para aconsejarle.

(vv. 11204-11238)

Sin embargo, en la extrema pobreza, el alma recibe tantas aflicciones como en la mayor riqueza. Una y otra perjudican por igual, pues son dos extremos riqueza y mendicidad. El justo medio se llama suficiencia, ahí reside la mayor abundancia de virtudes, pues Salomón nos escribió abiertamente en un libro suyo, titulado *Parábolas,* dentro de su trigésimo capítulo: «Guárdame, Señor, con tu poder, de la riqueza y de la mendicidad, porque el rico, pensando siempre en sus bienes, hace a su corazón desvariar tanto que olvida a su Creador.» Y el que pelea con la mendicidad, ¿cómo peleará contra el pecado? Difícilmente escapará de ser ladrón y perjuro. Si no es cierto, Dios es mentiroso, pues Salomón dice de su parte la reflexión que os acabo de leer. Y yo puedo jurar de inmediato que no está recogido en ninguna ley, al menos de las nuestras, que Jesucristo ni sus apóstoles, mientras viajaron por el mundo, fuesen jamás vistos

pidiendo pan, pues no querían mendigar (eso solían predicar antaño los maestros en teología por la ciudad de París). Sin embargo, ellos sí podrían haberlo hecho sin impedimento y sin bellaquería, pues eran pastores de Dios que se cuidaban de las almas. Es más, tras la muerte de su maestro, los apóstoles volvieron a ejercer sus trabajos manuales; de su trabajo, ni más ni menos, ganaban su sustento y vivían en paz. Y si obtenían beneficios, los daban a los pobres, y no construían palacios ni salones, sino que vivían en pobres moradas.

(vv. 11239-11286)

El hombre robusto debe, os lo recuerdo, buscar su vida trabajando la tierra con sus manos y con su cuerpo, si no posee otro recurso y aunque sea religioso ansioso de servir a Dios. Así debe hacerse, salvo en los casos que conozco y que bien os sabré contar cuando tenga tiempo. Y aún, aquél debería venderlo todo y ganar su vida con el trabajo, y así sería un hombre perfecto en bondad, tal como me ha enseñado la Escritura. Pues el indolente que busca la mesa de otro es un pillo y anda en fábulas.

(vv. 11287-11302)

Sabe esto: no hay razón suficiente para excusarse por las oraciones, ya que siempre conviene mezclar el servicio de Dios con otras necesidades: hay que comer, es cierto, dormir y hacer otras cosas. Entonces habrá de descansar nuestra oración. Es preciso interrumpirla para hacer el trabajo; así lo recomienda la Escritura, que nos refiere la verdad.

(vv. 11303-11314)

También Justiniano, que compuso un antiguo libro, afirma que ningún hombre robusto de cuerpo debe dejar en modo alguno de ganar su pan, y jamás mendigarlo. Antes habría que mutilarlo o ajusticiarlo públicamente que permitir semejante malicia. No hacen lo que deben los que reciben limosnas, a menos que tengan una bula

que los dispense de su justo castigo. Pero no creo que la obtengan sin engaño del príncipe, ni de ninguna manera legal. No por ello pongo límites al poder del príncipe, ni quiero dar a entender por mis palabras que ese poder debe extenderse a estos casos. Todo eso no me atañe. Mas yo creo que, según los libros, quien come las limosnas debidas a las personas menesterosas, pobres y desnudas, débiles, ancianas e inválidas, que no ganan su pan porque no pueden, quien las come a su costa, come su condenación eterna, si no miente quien creó a Adán.

(vv. 11315-11344)

Y sabed además que cuando Dios manda que el hombre bueno venda cuanto posee, lo dé a los pobres y luego le siga, no pretende por ello ponerle a su servicio como mendigo. Jamás fue ésa su intención. Lo que quiere es que trabaje con sus manos y que le siga por el buen camino, pues San Pablo mandaba trabajar a sus apóstoles para proveer a sus necesidades y a sus vidas, les prohibía fechorías y les decía: «Trabajad con vuestras manos y no recurráis nunca a los demás.» No quería que pidiesen nada cuando predicaban a las gentes, ni que vendiesen el Evangelio, pues temía que si solicitaban algo, en realidad lo arrancasen, ya que hay muchos que dan porque sienten vergüenza de negarse a hacerlo, o bien porque el que pide les molesta y le dan para que se vaya. ¿Sabéis de qué les sirve? Para perder la dádiva y su mérito. Cuando las buenas gentes que escuchaban el sermón de San Pablo le rogaban por Dios que aceptase sus dádivas, él jamás quería tender la mano, sino que tomaba del trabajo de sus manos el sustento de su vida.

(vv. 11345-11376)

—Díme pues cómo puede vivir un hombre robusto que desea seguir a Dios una vez que ha vendido todos sus bienes y los ha distribuido a los pobres de Dios, y

quiere solamente rezar, sin trabajar con sus manos. ¿Puede hacerlo así?

(vv. 11377-11382)

—Sí.

—¿Cómo?

—Entrando, como manda la Escritura, en abadía bien provista de lo suyo, como son hoy día las del Císter, las de los benedictinos, agustinos, hospitalarios o templarios, para que tenga allí con qué subsistir; yo os puedo asegurar que en ellas no se practica la mendicidad. Sin embargo, muchos hombres trabajan y luego corren a servir a Dios.

(vv. 11383-11394)

Recuerdo que hubo hace tiempo una querella sobre el estado de mendicidad. Os la resumiré y veréis cuándo puede ser mendigo un hombre que no tiene con qué subsistir. Oiréis los casos exceptuados en los que nada se puede criticar, a pesar de las pérfidas murmuraciones, pues la verdad no teme la maledicencia. Soy muy capaz de hacer la comparación, pues una vez labré ese mismo campo.

(vv. 11395-11406)

He aquí esos casos aparte: si el hombre es tan ignorante que no conoce ningún oficio, y no pretende permanecer en la ignorancia, puede darse a la mendicidad hasta que aprenda a ejercer alguna actividad que le permita ganar legalmente su vida sin seguir siendo mendigo.

(vv. 11407-11414)

O bien, si él no puede trabajar por enfermedad, por vejez o por ser aún muy niño, puede mendigar.

(vv. 11415-11418)

O bien, si ha vivido demasiado tiempo acostumbrado a la buena comida, las gentes de bien deben permitirle mendigar y pedir su pan, por piedad y por amistad, y no dejarle morir de hambre.

(vv. 11419-11426)

O bien, si tiene conocimiento, voluntad y fuerza para trabajar honradamente, pero no encuentra quién le dé un trabajo que él pueda hacer en su ciudad, entonces puede intentar cubrir sus necesidades como mendigo.

(vv. 11427-11434)

O bien, si se gana la vida con su trabajo, pero no lo suficiente para vivir, puede ponerse a pedir su pan y sacar su sustento llamando de puerta en puerta.

(vv. 11435-11440)

O bien, si quiere emprender alguna empresa caballeresca para defender la fe, sea con las armas o con las letras, o de otra manera conveniente, y la pobreza le acosa, bien puede, como antes he dicho, mendigar hasta que logre proveer a sus necesidades, mientras se sirva de sus manos mortales y no de las espirituales, sin buscar en ello doblez.

(vv. 11441-11452)

En todos estos casos y similares —si halláis otros tan razonables como los que aquí os he presentado—, quien quiera vivir como mendigo puede hacerlo, y nunca de otro modo, si el de Saint-Amour no miente, que solía leer, debatir y enseñar esta materia con los teólogos de París. Que me falte siempre el pan y el vino si él no tenía en sus verdades el acuerdo de la Universidad y de la gente que escuchaba sus lecciones. Ningún hombre honrado puede negar esto ni excusarse ante Dios. Quien quiera refunfuñar, que lo haga. Quien quiera enojarse, se enoje, pero yo no callaré aunque deba perder la vida o caer contra toda justicia, como

San Pablo, en cárcel oscura, o ser enviado al injusto exilio del reino, como lo fue Guillaume de Saint-Amour, a quien Hipocresía, por envidia, hizo que desterraran.

(vv. 11453-11478)

Mi madre, en efecto, hizo exiliar a ese valiente, intrigando contra las verdades que él sostenía. Él se enfrentó mucho a mi madre, pues escribió un libro nuevo donde descubría toda su vida, y pretendía que yo abandonase la mendicidad y trabajase, si no tenía otro recurso. Debía creerme borracho, porque a mí el trabajo no me gustará jamás. No me apetece trabajar, porque cuesta mucho esfuerzo. Prefiero pedir a la gente y esconder mi astucia bajo el manto de la hipocresía.

(vv. 11479-11494)

—¿Qué es esto, diablos? ¿Qué palabras son éstas? ¿Qué estás diciendo?

—¿Qué? ¡Las más claras desvergüenzas!

—¿Acaso no sientes temor de Dios?

(vv. 11495-11497)

—En verdad, no. Quien en estos tiempos sienta ese temor de Dios llegará a bien poco. Los buenos, los que esquivan el mal y desean vivir honradamente con lo suyo, siguiendo la ley de Dios, apenas llegan a ganar un pan después de otro. Ésos viven en la miseria, y no hay vida que me disguste tanto.

(vv. 11498-11506)

Observad en cambio cuánto dinero guardan en sus graneros los usureros, los falsificadores, los prestamistas, los magistrados, los oficiales de la guardia, los prebostes y los alcaldes. Todos ellos viven de la rapiña. El pueblo llano se inclina ante ellos y ellos lo devoran como lobos. Corren tras las pobres gentes y las despojan cuanto pueden, y luego se gozan de sus despojos y les chupan toda la sustancia. Los despluman vivos y sin

escaldarlos; el más fuerte roba al más débil. Mas yo, con mis sencillos vestidos, burlando a burlados y burladores, robo al ladrón y a su víctima.

(vv. 11507-11522)

Con mis engaños amontono y amaso un gran tesoro que no puede agotarse pues, aunque me sirvo de él para construir palacios y satisfacer todos mis placeres de compañía o de lecho, con mesas llenas de comida —pues no me complace otra clase de vida—, mi dinero y mi oro siguen creciendo. Antes que se vacíe mi tesoro, me viene más dinero. ¿No hago, pues, bailar bien a mis osos? Mi único cuidado es adquirir, y más me importa mi botín que mis rentas. Aunque me deban apalear o matar, no dejaré de ir por todas partes ni de buscar emperadores, reyes, duques, barones o condes que confesar. Con los pobres es una vergüenza, no me gustan sus confesiones. Si no es por otros motivos, no me interesan los pobres. Su estado no es bello ni agradable.

(vv. 11523-11546)

Las emperatrices, las duquesas, las reinas, las condesas, las grandes damas de palacio, las abadesas, las beguinas, las mujeres de los magistrados, de los caballeros, las burguesas elegantes y refinadas, las monjas y las doncellas, mientras sean ricas o hermosas, estén desnudas o bien engalanadas, nunca estarán lejos de mí.

(vv. 11547-11556)

Y en cuanto a la salvación de las almas, yo me informo entre los señores y las damas, y entre todas las gentes de sus casas sobre sus caracteres y sus vidas, y les meto en la cabeza y les hago creer que sus curas y sacerdotes son tontos comparados conmigo y con mis compañeros, que son como malos perros, a los que les revelo los secretos de esas gentes, sin esconder nada, tal como ellos me los descubren a mí sin ocultar lo más mínimo.

(vv. 11557-11568)

Y para que descubráis a los felones que embaucan a las personas, os diré aquí algunas palabras que leemos en San Mateo el evangelista, en su vigésimotercer capítulo: «En la cátedra de Moisés —así lo expone el comentario, que es del Antiguo Testamento— se sentaron escribas y fariseos, malditos impostores a los que la Escritura llama hipócritas. Haced lo que ellos prediquen, pero no lo que ellos hagan. Nunca se mostrarán perezosos para hablar, pero jamás buscan las obras. Cargan sobre los crédulos pesados fardos imposibles de soportar y ellos no moverían ni un dedo para cogerlos. ¿Por qué no? A fe mía, porque no quieren. Las espaldas de los cargadores suelen doler, y por eso escapan de semejante tarea. Si hacen alguna buena obra, es para que la gente la vea. Ensanchan sus filacterias y alargan los flecos de sus mantos. Les gustan, ante las mesas, los sillones más altos y de mayor rango y quieren ser los primeros en las sinagogas, como seres orgullosos, soberbios y arrogantes. Les gusta que les saluden cuando pasan por las calles y quieren ser tratados de maestros, cuando no deberían serlo, pues el Evangelio va en contra suya y critica su deslealtad.

(vv. 11569-11606)

Todavía tenemos otra costumbre contra los que consideramos nuestros enemigos: queremos odiarles con todas nuestras fuerzas y acosarles todos a una. Lo que uno odia, los otros también lo odian y buscan destruirlo. Si vemos que ése puede adquirir con la ayuda de ciertas gentes algún honor terrestre, sean prebendas o posesiones, al punto estudiamos por qué escala pretende subir y, para triunfar mejor de él y dominarle, le difamamos a traición ante todos los que le ayudan, porque no le amamos. Así, nosotros cortamos los escalones de su escala y le separamos de sus amigos, de forma que antes de que se entere los habrá perdido. Pues, si le perjudicásemos abiertamente, seguro que seríamos censurados y nuestros planes fallarían. Si él conociera nuestra pésima intención, se defendería y todo se volvería en contra nuestra.

(vv. 11607-11630)

Si uno de nosotros ha hecho un gran bien, lo damos como hecho por todos. En verdad, por Dios, si ese bien es fingido, o ése juzga conveniente vanagloriarse de haber enaltecido a algunos hombres, todos queremos participar del hecho y decimos, para que lo sepáis, que tal persona ha sido favorecida por nosotros. Y, por recibir alabanzas de las gentes, adulamos a los ricos y obtenemos de ellos cartas que atestiguan nuestra bondad, para que todo el mundo crea que en nosotros abundan todas las virtudes. Nos fingimos siempre pobres, pero aunque nos compadezcamos de nosotros mismos, somos, para que lo sepáis, los que tenemos todo sin tener nada.

(vv. 11631-11648)

También me entrometo en corretajes, hago las paces, arreglo matrimonios, me encargo de ejecutar testamentos y hago de procurador. Soy mensajero y averiguo cosas, aunque no me son gratas; para mí es más agradable mezclarme en los asuntos del prójimo. Si vos tenéis algún problema que tratar con quienes yo habito, decídmelo. Será cosa hecha en cuanto me la hayáis expuesto. Si me servís bien, mereceréis mis servicios. Mas quien me reprochase algo, perdería al punto mis buenas mercedes, porque no amo ni estimo a los hombres que me regañan. Prefiero regañar yo, y no quiero oír reproches, pues yo, que censuro a todos, no necesito ser censurada.

(vv. 11649-11670)

No me interesa la vida de asceta. Abandoné ya desiertos y boscajes, y dejo para San Juan Bautista la choza y el lecho solitario. Me alojo muy lejos de allí: en los burgos, en los castillos, en las ciudades construyo

mis salones y palacios, a los que se puede entrar con plena libertad. Afirmo estar lejos del mundo, pero me hundo y zambullo en él, y allí gozo, me baño y nado mejor que ningún pez con sus aletas.

(vv. 11671-11682)

Soy uno de los servidores del Anticristo, de esos ladrones sobre los que está escrito que, llevando el hábito de santidad, viven en la hipocresía: por fuera parecemos dulces corderitos y por dentro somos lobos hambrientos. Así rodeamos tierra y mar. Hemos declarado la guerra al mundo entero y pretendemos decretar en cada lugar la vida que debe llevarse. Si existe castillo o ciudad donde se reciten herejías, aunque fueran de Milán (pues también se censuran allí), o si algún hombre vende o presta con usura, a un interés desmesurado, por su ambición de amasar riqueza, o si es muy lujurioso, o ladrón o simoníaco, ya sea preboste, oficial o prelado de regalada vida, o cura que tiene amiga, o puta vieja hostelera, o chulo o dueña de burdel, o culpable de cualquier vicio que requiera justicia, ¡por todos los santos!, como no se defienda con lampreas, lucios, salmones o anguilas que pueda encontrar en la ciudad, o con tartas o flanes, o quesos frescos en su molde, o con pera de Caillaux, que es también buena joya, o con ocas o capones que devoramos a buen mordisco; o bien, como no haga traer deprisa cabritos, conejos ensartados a la brasa, o al menos una buena loncha de cerdo, recibirá un buen ronzal de cuerda con el que le llevarán a la hoguera, de forma que se oirán sus gritos en una legua a la redonda. O bien será preso en una torre y emparedado de por vida, si no nos ha satisfecho bastante. O bien, aún, recibirá mayor castigo que el pecado que haya cometido.

(vv. 11683-11730)

Mas, si ése tuviese ingenio suficiente y supiera construir una torre de cualquier forma, aunque la

levantara sin compás ni escuadra, y aunque fuese toda de madera y terrones de barro, mientras él hubiese amasado muchos bienes terrenales allí dentro y elevado una catapulta que lanzase por delante y por detrás contra nosotros abundantes piedras como las que os voy a nombrar, para hacerse con un buen renombre —y estas piedras son barriles o toneles de vino, o sacos de cien libras—, en un instante se vería liberado. Y, si no encuentra dicha pitanza, que busque otra equivalente, y que renuncie a tópicos y argumentos falaces, si es que aspira a nuestra gracia, o atestiguaremos contra él de forma que lo quemarán vivo o le impondremos tal penitencia que le costará mucho más que esa comida.

(vv. 11731-11756)

A esos impostores, traidores llenos de astucias, no los conoceréis por sus vestidos, sino que habréis de observar sus actos, si queréis guardaros bien de ellos.

(vv. 11757-11760)

Si no fuese por el cuidado de la Universidad, que guarda la llave de la Cristiandad, todo habría sido trastornado cuando, con la peor intención, en el año de la encarnación de mil doscientos cincuenta y cinco —nadie vivo podrá desmentirlo—, se escribió para guía de todos, es muy cierto, un libro inspirado por el diablo, el *Evangelio Eterno,* que nos ofrecía, dijeron, el Espíritu Santo, y así se titulaba. Era digno de la hoguera. En París, no había hombre ni mujer que, si quería copiarlo, no lo encontrara en la plaza de Notre-Dame. En él se hallarían, obra del error, muchas comparaciones de esta clase: tanto como el sol, por su alta virtud de calor y de claridad, domina a la luna, que es más turbia y más oscura, y tanto como la nuez sobrepasa en valor a la cáscara —no creáis que me burlo, pues por mi alma que lo digo sin mofa—, por igual sobrepasa este Evangelio al que los cuatro evangelistas escribieron en nombre

de Jesucristo. Comparaciones así encontraríais en cantidad, pero yo las callaré ahora.

(vv. 11761-11794)

La Universidad, que entonces estaba dormida, levantó su cabeza: con el ruido de aquel libro se despertó y ya nunca más se durmió. Cuando vio ese horrible monstruo, se armó presta a combatir contra él y darlo a los jueces. Pero los que lo habían alumbrado se apresuraron a recuperarlo y esconderlo, porque no sabían responder mediante explicación ni glosa a lo que se oponía a tantas palabras que en ese libro habían sido mal escritas. No sé lo que sucederá ahora, ni qué suerte conocerá dicho libro, pero habrán de esperar hasta que puedan defenderlo mejor.

(vv. 11795-11814)

Así esperaremos al Anticristo y nos rendiremos todos a él. Si hay alguien que rechace su partido, perderá la vida. Contra ellos azuzaremos a las multitudes con las perfidias que guardamos ocultas, y les haremos perecer con la espada o con cualquier otra muerte, ya que no quieren seguirnos. Así está escrito en el libro, que lo explica y aclara: «Mientras Pedro tenga su señorío, Juan no podrá mostrar su fuerza». Con esto sólo os he enseñado la corteza del sentido, que disimula la intención, mas ahora os descubriré la médula. Por «Pedro», el libro da a entender el Papa y su corte de clérigos seculares, que detentan la ley de Jesucristo y la guardan y la defienden contra todos sus adversarios. Por «Juan», se entiende a los que predican que la única ley respetable es el *Evangelio Eterno,* enviado por el Espíritu Santo para guiar a las gentes por el buen camino. Por la «fuerza de Juan», hay que comprender el poder del que se jactan estos últimos para castigar a los pecadores y hacerlos volver a Dios. Hay muchas otras diabluras prescritas y ordenadas en ese libro que os he nombrado, y que van contra la ley de Roma y pertenecen al

Anticristo, tal como se encuentran escritas en él. Si pueden, harán matar a todos los del partido de Pedro, pero por mucho que hieran o golpeen, os garantizo que jamás tendrán el poder de destruir la ley de Pedro. Siempre quedarán partidarios que la sostendrán con energía, y todos les seguirán a la postre. Entonces quedará destrozada la ley que se designa como «Juan». No quiero añadiros más, pues es materia muy abundante. Sin embargo, si ese libro hubiese triunfado, yo conocería ahora una más alta condición, aunque ya tengo suficientes amigos para conocer un hermoso estado.

(vv. 11815-11866)

Embaucador, mi padre y señor, sigue siendo emperador de todo el mundo, junto a mi madre, Hipocresía, que es la emperatriz. Aunque le pese al Espíritu Santo, nuestro poderoso linaje reina y se enseñorea de cada reino, y es muy justo, pues seducimos y sabemos engañar a todo el mundo, sin que nadie se dé cuenta o, si lo hace, sin que se atreva a revelar la verdad. Pero ése se expone a la cólera de Dios, ya que teme a mis hermanos más que a Él. Quien teme tales embustes no es buen paladín de la fe, ni tampoco quien rehúsa los enojos que podrían venirle por su acusación. Hombre semejante no sirve a la verdad ni puede tener a Dios ante sus ojos. Dios también le castigará ciertamente, pero nada me importa lo que le suceda, pues tenemos la estima de los demás hombres. Se nos considera tan honrados que tenemos derecho a criticar sin ser criticados por nadie. ¿Qué gentes han de ser honradas, sino nosotros, que no cesamos de rogar por ellas, aunque por detrás hagamos lo contrario?

(vv. 11867-11896)

¿Existe mayor locura que exaltar la caballería y amar a las gentes nobles y elegantes de hermosos y bien acabados vestidos? Si son como se muestran, tan puros

como se presentan y cuyos actos concuerdan con sus palabras, ¿no es eso lamentable y monstruoso? ¡Si no aceptan la hipocresía, que su raza sea siempre maldita! Nunca amaremos a esas gentes, sino a los beguinos de grandes sombreros, de rostros lisos y pálidos, que llevan largos vestidos grises, adornados de sucias cintas, con faldones arrugados y botas que parecen sacos de guijarros, de ellos mismos y de sus tierras, sea en tiempo de paz o de guerra. A ellos debe confiarse también el príncipe que desee adquirir gran renombre. Y si son diferentes de como se muestran, y así captan el favor de las personas, yo he de introducirme entre ellos e insinuarme para embaucarlos y engañar. Con esto no pretendo decir que haya que despreciar los vestidos humildes. Nadie debe odiar al pobre por su ropa. Pero Dios no considera que valga dos céntimos quien afirma que se ha alejado del mundo, mientras que está lleno por dentro de ambición mundana y desea vivir con todos los placeres. ¿Quién puede excusar a semejante beguino? Ese santurrón, cuando entra en religión y luego se dedica a los placeres mundanos, y afirma que los ha abandonado todos mientras desea gozarlos hasta la saciedad, es como el mastín glotón que vuelve a sus propios vómitos. No puedo mentiros, pero si me diera cuenta de que no lo notabais, os metería la mentira en el puño. Os burlaría, y no renunciaría a hacerlo por temor al pecado, y aunque pudiérais castigarme, os traicionaría.

(vv. 11897-11946)

El dios sonrió ante esas maravillas, y todos rieron y dijeron:

—¡Buen servidor es éste, para confiarle nuestras huestes!

—Falso Semblante —le preguntó—, díme, ya que te has acercado a mí y tienes tan gran poder en mi corte que serás el rey de los bribones, ¿respetarás mis condiciones?

(vv. 11947-11955)

—Sí, os lo juro y prometo. Vuestro padre y vuestro abuelo no tuvieron nunca servidores más leales.

—¿Y cómo? Eso va contra tu naturaleza.

—Corred el riesgo, pues si queréis garantías, jamás las tendréis, aunque os diese rehenes, un contrato o prenda, o aunque hablásemos ante testigos. Yo apelo a vuestro argumento: no puede quitarse la piel del lobo hasta que está despellejado, por más que se le golpee y maltrate. ¿Creéis que no trampearé ni burlaré más, por la simple razón de que haya vestido ropas sencillas, bajo las que puedo cometer grandes excesos? Por Dios, no por eso he de cambiar mis sentimientos. Aunque muestre un semblante franco y tranquilo, ¿creéis que dejaré de hacer fechorías? Mi amiga, Forzosa Abstinencia, me necesita. Hace tiempo que habría muerto o se vería en desgracia si no me tuviese como ayudante. Dejadnos a ambos llegar al final.

(vv. 11956-11979)

—¡Sea! Te creo sin exigir garantías.

Y el rufián, allí mismo, con su cara de traidor, blanca por fuera y negra por dentro, se arrodilló y le dio gracias.

(vv. 11980-11984)

Entonces no quedó más que prepararse. «Al asalto sin más tardanza», dijo Amor claramente. Todos juntos se arman y toman las armas que necesitan. Helos armados y ya se alzan llenos de ardor. Han llegado al fuerte castillo, del que no desean partir antes de haber sufrido el peor martirio o haberlo tomado al asalto. Dividen en cuatro los cuerpos del ejército y se van en cuatro cohortes, para atacar las cuatro puertas, cuyos guardianes no estaban muertos, ni enfermos, ni eran indolentes, sino robustos y vigorosos.

(vv. 11985-12002)

Os contaré ahora el comportamiento de Falso Sem-

blante y de Abstinencia, cuando se enfrentaron a Mala lengua. Ambos mantuvieron un parlamento para discutir lo que debían hacer, si darse a conocer o ir disfrazados. Al fin decidieron que atacarían ocultos bajo la apariencia de peregrinos, como gente buena, piadosa y santa. Al momento vistió Forzosa Abstinencia un hábito de camelote y se transformó en beguina, con una amplia toca y un blanco velo para cubrirla. No olvidó su salterio, donde había algunos padrenuestros colgados de un hilo blanco que no le habían sido vendidos, sino que se los había dado un hermano, del que decía que era su padre, y al que visitaba muy a menudo, más que a ningún otro en el convento. Y él también la visitaba a menudo y le recitaba muchos y hermosos sermones. Por miedo a Falso Semblante no hubiera dejado de ir a confesarla; hacían la confesión con gran devoción, de modo que me parecían dos cabezas juntas bajo el mismo sombrero.

(vv. 12003-12034)

Os describiré a Abstinencia como una mujer alta, pero de rostro algo pálido. Esta puta vil se parecía al caballo del Apocalipsis que simboliza a los hombres malos, enjutos y pálidos de hipocresía, pues este caballo no tiene ningún color que no sea pálido y muerto: de ese mismo color lánguido era la tez de Abstinencia. Según dejaba apreciar su rostro, estaba arrepentida de haber abrazado ese estado. Llevaba un bastón de latrocinio, que había recibido de Embaucador y que estaba tristemente enrojecido de humo, y se cubría con un echarpe de desvelos. Cuando estuvo preparada, se puso en camino. Falso Semblante, que también se disfrazaba, se había puesto como para probarlos, los vestidos de fray Sayero. Presentaba un rostro simple y lleno de piedad, para nada orgulloso, sino dulce y calmado; llevaba colgada una Biblia de su cuello. Andaba sin escudero y, como si fuera inválido, apoyaba sus miembros en una muleta de traición. Había deslizado bajo su manga una

navaja de acero bien afilado, que había hecho forjar en una fragua que se llama Degüello.

(vv. 12035-12066)

Tanto han caminado y se han acercado tanto que llegan ante Mala Lengua, que estaba guardando su puerta, desde la que ve pasar a todo el mundo: distinguió a los peregrinos que venían con humilde aspecto y que se inclinan en señal de saludo. Abstinencia fue la primera en acercársele y saludarla; luego lo hizo Falso Semblante, a su vez, y ella respondió a los saludos sin moverse, pues no sentía temor ni miedo. Cuando hubo visto sus rostros, le pareció reconocerlos, pues conocía de antes a Abstinencia, pero no sabía que lo fuera a la fuerza. Ignoraba que su vida fuese fingida y traidora; creía que la vivía de grado, pero ella venía con otra intención. Si en un principio había sido voluntaria, esa voluntad faltaba ahora.

(vv. 12067-12088)

A Semblante lo conocía también, pero ignoraba que fuese «falso». Aunque así era, Mala Lengua nunca le habría acusado de falsedad, porque su semblante ocultaba toda su doblez. Incluso si le hubiéseis conocido con otros vestidos, habríais jurado por el rey celestial que aquél, que solía ser el Robín de las danzas, se había vuelto dominico. Pero en verdad, y eso es lo que importa, los dominicos son todos hombres de bien —mal conservarían su orden si fueran así de bribones—, y también lo son los franciscanos y los carmelitas, aunque estén gordos y orondos, y los saquetes y demás hermanos. No hay ninguno que no parezca hombre de bien. Sin embargo, jamás podréis extraer una buena conclusión de la apariencia, por muchos razonamientos que hagáis, si un defecto borra la existencia. Eso siempre será un sofisma que vicia el nexo lógico, si tenéis la suficiente sutileza para ver la doblez.

(vv. 12089-12116)

Cuando los peregrinos hubieron llegado ante Mala Lengua, tal como debían, dejaron junto a sí todo su arnés. Se sentaron al lado de Mala Lengua, que les había dicho:

—Venid aquí, contadme vuestras noticias y decidme qué motivo os trae hasta esta casa.

(vv. 12117-12124)

—Señora —contestó Forzosa Abstinencia—, hemos venido hasta aquí como peregrinos, para cumplir nuestra penitencia de todo corazón y plena sinceridad. Casi siempre viajamos a pie, y nuestros talones están polvorientos. Ambos hemos sido enviados a predicar, dar ejemplo y pescar a los pecadores por todo el mundo. No queremos otra pesca y, por Dios, venimos a solicitar albergue, como solemos, y para enmendar vuestra conducta. Si no os causa disgusto, querríamos deciros ahora un sermón bueno y de pocas palabras.

(vv. 12125-12141)

En esto habló Mala Lengua:

—Tomad albergue en la casa tal cual está; nada os será vedado. Decid también lo que queráis. Yo lo escucharé.

—Muchas gracias, señor.

(vv. 12142-12148)

—Señora —comenzó doña Abstinencia—, la primera virtud, la más grande y la más soberana que ningún hombre mortal pueda poseer, sea por aprendizaje o por don natural, es la de saber retener su lengua. Cada uno debe esforzarse en ello, que más vale callar que soltar malas palabras. Y quien las escucha con gusto, ni es hombre de bien, ni temeroso de Dios. Señora, vos habéis caído en este pecado más que en ningún otro. No hace mucho habéis pronunciado palabras falaces, una muy grave falta, sobre el joven mozo que frecuentaba estos lugares. Dijísteis que sólo buscaba seducir a Dulce

Albergue, y eso no era verdad, sino que mentíais: él no ha venido ya por aquí y temo que nunca más le veréis. Dulce Albergue sigue encerrado, él que solía jugar con vos a los más lindos juegos que se conocen, casi todos los días de la semana y sin ningún vil pensamiento. Ahora ya no puede solazarse. Habéis hecho expulsar al doncel que aquí venía a distraerse. ¿Quién os empujó a causarle tanto daño, si no fueron vuestros malos pensamientos, que traman tantas mentiras? Eso lo causó vuestra necia elocuencia, que grita y chilla, incordia y gruñe, y que provoca las críticas de las gentes y las deshonra y las castiga por hechos que no tienen prueba, salvo por apariencia o invención. Me atrevo a deciros abiertamente que no es verdad todo lo que parece, y que es muy gran pecado promover cosas que merezcan reprobación. Vos mismo lo sabéis bien y por eso vuestro yerro es mayor. Y sin embargo, ese joven no da importancia alguna a tantos enojos, y no sacrificaría por ellos ni una corteza de encina. Sabed que él no tenía ninguna mala intención, pues nada le impediría ir y venir sin que nada le pudiera poner trabas; ahora no viene y no se preocupa en venir, si no es muy de casualidad al pasar, y menos que otros. Y vos vigiláis sin cesar, con la lanza preparada, en esta puerta, donde los bobos pasan todo el día. Noche y día vigiláis y os esforzáis en vano: Celos, que a vos se encomienda, no os ayudará tanto luego. Así sufre Dulce Albergue un gran daño, porque sin deber nada, se encuentra empeñado. Sin culpa sigue en prisión, donde languidece y llora el desdichado. Aunque sólo hubieseis cometido esta fechoría en vuestra vida, habría que quitaros de este puesto, mal que os pese, y aprisionaros o cargaros de grilletes. Si no os arrepentís, iréis al culo del infierno.

(vv. 12149-12219)

—¡Mentís, por cierto! —contestó—. ¡En mala hora seáis venido! ¿Para escuchar estas vergüenzas y fealda-

des os he acogido? ¡Para vuestra desgracia me habéis tomado por un pastor! ¡Andad a albergaros a otra parte, ya que me tratáis de mentirosa! ¡Sois dos charlatanes, que habéis venido a difamarme e injuriarme por haber dicho la verdad! ¿Es esto lo que buscáis? Que me lleven todos los diablos, me confundís, buen Dios, si no es cierto que antes de que se edificase el castillo no habían pasado más de diez días desde que me dijeron, y yo lo conté a mi vez, que aquel doncel había besado la rosa, y no sé si se propasó más. ¿A qué hacerme creer todo eso, si no fuese verdad? ¡Por Dios, lo dije y diré siempre, y jamás mentiré, y trompetearé a todos mis vecinos y vecinas cómo vino el joven, por aquí y por allá!

(vv. 12220-12245)

—Señora —dijo Falso Semblante—, todo lo que se dice por la ciudad no es el evangelio. Si no hacéis oídos sordos, os probaré que todo eso eran falacias. Vos sabéis bien que nadie ama sinceramente a quien murmura en su contra, si se entera de ello y aunque sea de corto entendimiento. También es cierto, alguna vez lo leí, que todos los amantes visitan de buen grado las moradas de sus amores. Éste os honra, os ama y os nombra su querido amigo; os muestra, al encontraros, el mejor semblante y no se cansa de saludaros; no viene aquí a importunaros ni os aburre. Los otros vienen en cambio más a menudo. Sabed que, si su corazón hubiera latido por la rosa, él se apresuraría y le veríais aquí con frecuencia, e incluso le habríais pillado en pleno hecho y él no habría podido impedirlo, aunque debiese arder vivo. Sabed por lo tanto que no piensa en la rosa, y Dulce Albergue tampoco, aunque sufra castigo por este motivo. Por Dios, si ambos lo hubiesen querido de verdad, habrían cogido la rosa a vuestro pesar. A pesar de haber vilipendiado a ese doncel, él os ama y vos lo sabéis, y debéis tener por seguro que no os habría amado si hubiera pretendido la rosa, ni os amaría nunca, ni se consideraría amigo vuestro. Si fuera cierto cuanto habéis dicho, se habría esforzado en asediar y destruir el castillo, porque habría comprendido que vos lo habíais levantado, alguien se lo hubiera dicho. Incluso, lo habría comprendido por sí mismo, pues no habría logrado el acceso a estos lugares como antes, y pronto se habría dado cuenta. Y sin embargo, hace lo contrario, así que merecéis las penas del infierno por dar crédito a esas murmuraciones.

(vv. 12246-12296)

Así le argumenta Falso Semblante, y Mala Lengua no sabe qué responder, pues le parece que tiene razón. Casi arrepentida, les dice:

—Por Dios que puede ser así. Semblante, buen maestro sois, y Abstinencia muy docta; parecéis pensar del mismo modo, ¿qué me aconsejáis hacer?

(vv. 12297-12035)

—Os confesaréis ahora mismo, reconoceréis el pecado y os arrepentiréis de él. Yo he profesado una orden y también soy sacerdote, y aun el más docto en confesar que existirá mientras dure el mundo. Tengo bajo mi tutela al mundo entero, lo que jamás tuvo cura alguno, por muy dedicado que estuviese a su iglesia, y también tengo,, ¡por la Gran Señora!, cien veces más piedad de vuestra alma que el cura de vuestra parroquia, aunque fuese vuestro padre espiritual y muy privado. También poseo una gran ventaja: los prelados no son tan sabios ni tan letrados como yo. Tengo licencia de teólogo y hace tiempo que enseño, por Dios. Las mejores personas que se conocen me han acogido por confesor, a causa de mi sabiduría y mi experiencia. Si queréis confesaros ahora, y abandonar vuestro pecado,recibiréis sin mayor tardanza la absolución.

(vv. 12036-12330)

Entonces, Mala Lengua se inclina, se arrodilla y se confiesa, pues se sentía sinceramente arrepentida, y el

otro la coge por el cuello y con sus dos manos aprieta y la estrangula. Así ha suprimido sus infundios: con su navaja le corta la lengua. Con esta estratagema han vencido a su víctima, y luego la han arrojado a un foso. Ya sin defensa la puerta, la destrozan y la franquean. Dentro, encuentran durmiendo a los guardianes normandos, tanto habían bebido de un vino que yo no les serví. Todos yacían panza arriba, y así, ebrios y dormidos, los estrangulan. Nunca más podrán murmurar.

(vv. 12331-12350)

He aquí que Cortesía y Generosidad atraviesan la puerta sin pereza, y así se reúnen los cuatro furtivamente y a escondidas. Juntos pudieron ver a la Vieja, que vigilaba desde hacía tiempo a Dulce Albergue y que no podía verlos. Había descendido de la torre y se solazaba en el terraplén. Había cubierto su cabeza, sobre su toca, con una caperuza en lugar de velo. Los cuatro se abalanzaron sobre ella que, al verlos, no quiso recibir una paliza:

—¡A fe mía! —dijo—, parecéis buena gente, audaz y cortés. Decidme sin tumulto, pues no me tengo por prisionera, ¿qué buscáis en este lugar?

(vv. 12351-12370)

—¡Por prisionera, dulce madre! No venimos aquí para apresar, sino sólo para veros y, si os place y agrada, para poner a vuestra disposición, con toda sinceridad, nuestras personas y cuanto valemos, sin que desfallezcamos un instante. También venimos a pediros, dulce madre que nunca fuisteis amarga, que, si os place y ya que no hay en ello mal, Dulce Albergue no siga languideciendo más allí dentro, sino que le dejéis salir para esparcirse un rato con nosotros, sin que ensucie sus pies en el barro. Dejad al menos que cruce dos palabras con este joven y que uno consuele al otro. Eso no os costará nada y él se convertirá en vuestro vasallo o, más aún, en vuestro siervo, del que podréis hacer

cuanto deseéis: venderle, colgarle o mutilarle. Es bueno ganar amigos. Ved aquí algunas de las joyas de éste: os ofrece un broche con sus cierres, y también vestidos que os dará pronto. Es de corazón muy sincero, cortés y generoso, y no supondrá carga alguna para vos. Os ama profundamente y nunca os vilipendiará, pues es muy prudente y discreto. Os rogamos que lo escondáis y que le permitáis que vaya allí dentro, ya que no tiene mala intención; si lo hacéis, le habréis devuelto la vida. Y ahora, si os place, llevad de su parte esta guirnalda de flores frescas a Dulce Albergue, consolarle con un gentil saludo. Eso valdrá para él más que cien marcos.

(vv. 12371-12414)

—Dios me ayude, si pudiera ser que Celos no se enterara ni oyera nada, lo haría con gusto. Pero Mala Lengua es muy chismosa, la muy charlatana. Celos la ha nombrado su guardián y nos vigila a todos, grita y chilla sin remisión cuanto ve o cuanto piensa, e incluso se lo inventa cuando no encuentra qué murmurar. No se recataría aunque la colgaran. Si la muy bribona se lo dijese a Celos me vería pronto deshonrada.

(vv. 12415-12430)

—De eso no os cuidéis. Mala Lengua no podrá ver ni escuchar nada: yace muerta ahí, con ese foso por ataúd, degollada. Como no esté hechizada, nunca más parloteará ni resucitará. Como los diablos no hagan milagros con venenos y pócimas, jamás podrá acusar a los nuestros.

(vv. 12431-12441)

—Entonces no rehusaré —dice la vieja— vuestra petición, pero decidle que se apresure. Yo le hallaré paso franco; que no hable muy fuerte ni tarde mucho en volver, sino que lo haga con discreción en cuanto yo se lo haga saber. Y que se cuide por su alma y su vida de

que alguien le vea, o de hacer algo que no deba, aunque revele todos sus deseos.

(vv. 12442-12453)

—Señora —le contestan—, así se hará sin duda. Le dan las gracias, y así han culminado su engaño.

(vv. 12454-12456)

En este punto, Falso Semblante, que pensaba en otra cosa, se dijo a sí mismo por lo bajo: «Si aquél por quien emprendimos este asunto me hiciera algún caso, ya que no va a dejar de amar, y si vos, señora, no estáis de acuerdo, ganaréis poco alejándoos, estoy seguro, pues, conseguirá de todos modos, espiando bien y con tiempo, entrar allí dentro. A veces no se ve al lobo, pero consigue coger a las ovejas en el establo por muy buena guarda que se haya puesto en los pastos. Pudiera ser que entraseis en una iglesia; ayer os quedasteis en ella un buen rato. Celos por su parte, que se mofa de él como sabemos, podría alejarse de la ciudad yendo a donde fuese, pero es necesario que vaya lejos. Él iría entonces a escondidas, o bien de noche a través de los jardines, sin antorcha ni vela, sino con Amigo que le vigilase el camino, le advirtiese y le guiase. Todo eso siempre que no hubiese claro de luna, pues la luna, con su claridad causaría gran daño a los amantes. También podría entrar por las ventanas, porque conoce bien la disposición de la casa. Sirviéndose de una cuerda, conseguiría pronto llegar allí. Dulce Albergue descendería, creo yo, al jardín donde él estaría esperando, o quizás escaparía de la prisión donde lo habéis encerrado tantos días, y se acercaría para hablar con el joven, si no pudiese llegar junto a él. O bien, si os supiera dormidos y tuviese oportunidad, le dejaría las puertas francas. De este modo, el leal amante, conseguiría el capullo, que sólo en ello piensa, y lo cogería sin resistencia en cuanto hubiese destruido por cualquier medio a los demás guardias.»

Y yo, que no andaba lejos, pensé para mí que así lo haría. Si la Vieja accede a guiarme, no me pesará ni me importará. Y si no quiere, entraré por donde mejor vía encuentre, tal como piensa Falso Semblante, en quien confío plenamente.

(vv. 12457-12510)

La Vieja no se queda más tiempo allí, y vuelve sin tardanza junto a Dulce Albergue, que permanece en la torre contra su voluntad, sufriendo a semejante guardián. Llega la Vieja a la entrada de la torre y entra. Sube alegremente los escalones, lo más deprisa que puede, y todos los miembros le tiemblan por el esfuerzo. Busca a Dulce Albergue por las habitaciones, que había subido a las almenas, hastiado de tanta prisión. Allí le encuentra pensativo, triste y meditabundo, y comienza a reconfortarle:

(vv. 12511-12524)

—Hijo —le dice—, me asombra hallaros en tan gran aflicción. Confiadme vuestros pensamientos y yo sabré aconsejaros sin faltar jamás.

(vv. 12525-12529)

Dulce Albergue no se atreve a confiarse ni a decirle qué ni cómo, pues no sabe si miente o dice la verdad. Le ocultó todos sus pensamientos, pues no tenía la menor seguridad de nada, y no se fiaba de ella. Su corazón, tembloroso y atemorizado, recelaba y ocultaba su semblante, pues siempre había temido a la vieja y terrible puta. Quiere guardarse de la burla, pues teme la traición. No le descubre su angustia y simula un gesto apacible y un rostro sonriente:

(vv. 12530-12545)

—Mi querida señora —le dice—, en verdad que, a pesar de que me lo hayáis facilitado todo, sólo hay una cosa que me entristece en vuestra casa. Sin vos me

cuesta estar aquí, porque os guardo gran amor. ¿Dónde habéis estado tan largo tiempo?

(vv. 12546-12552)

—¿Dónde? Por mi vida, pronto lo sabréis y sentiréis por ello gran gozo, si sois un tanto valeroso y prudente, porque, en lugar de tristes mensajes, el joven más cortés del mundo, en quien brillan todas las virtudes, y os saluda más de mil veces, pues lo vi hace poco, cuando pasaba por la calle, y os envía conmigo estar guirnalda. Dice que de muy buen grado os vería, y que no querría un solo día de salud en la vida si no fuese de vuestro gusto, ¡así Dios y la Santa Fe le guarden! Lo daría todo por hablar un momento con vos en calma, si ello os place. Por vuestra causa, sin más, ama la vida; podría encontrarse completamente desnudo en Pavía sólo por daros gusto, y no le importaría lo que sucediese, si pudiera teneros cerca.

(vv. 12553-12576)

Sin embargo, antes de aceptar el presente, Dulce Albergue le pregunta quién le envía, pues recela de ello y de que venga de un donante que no le causase placer alguno recibirlo. Y la vieja, sin más cuento, le refiere toda la verdad:

(vv. 12577-12584)

—Es de parte del doncel que conocéis y del que tanto habéis oído hablar y que tanta desdicha os causó cuando la difunta Mala Lengua levantó tantos infundios contra vos. ¡Que su alma jamás vaya al paraíso! ¡Ha turbado a muchos hombres honrados, pero ahora se la han llevado los diablos, pues ha muerto y nos hemos librado de ella! Su cháchara no vale dos manzanas; somos sanos y salvos para siempre y, aunque pudiera revivir, en nada podría causarnos más daño inventando calumnias contra vos, pues sé más cosas sobre ella que nunca. Creedme, pues, y aceptad esta guirnalda y llevadla, dadle al menos ese gusto, pues no dudéis que os ama

con buen amor sin vileza. No me ha revelado ninguna otra intención. Podemos confiar en él: vos tendréis siempre la posibilidad de negarle cualquier cosa que pida de forma indebida. Si comete alguna insensatez, que se la trague. Pero no es un insensato, sino muy prudente, y nunca causó ningún ultraje, por lo cual le apreció y le amo más. No será tan villano como para pediros algo que no deba: es el amante más leal de cuantos viven. Los que frecuentan su compañía servirán de testimonio, y yo misma soy testigo. Es de ordenadas costumbres y nunca nació hijo de madre que oyese mal de él, salvo cuanto inventó Mala Lengua, que ya quedó en el olvido. Yo misma lo recuerdo ya a duras penas, y ni siquiera me acuerdo de las palabras exactas; sólo sé que eran falsas y necias, y que aquella truhana las inventó sin aportar prueba alguna. Tengo por cierto que ese joven la habría matado si hubiese sabido algo, pues es arrojado y valiente. Este país no tiene quien le iguale, tan lleno de nobleza está su ánimo, y sobrepasaría en generosidad al rey Arturo, e incluso a Alejandro si tuviese fortuna de oro y plata como aquellos poseyeron. Ellos no habrían sabido distribuir sus riquezas sin que éste diera cien veces más. Si tuviese recursos en abundancia, el mundo se asombraría de sus dones, a tal punto llega la nobleza de su corazón. Nadie lograría adoctrinarle en generosidad. Os ruego, pues, que aceptéis esta guirnalda cuyas flores dan mejor aroma que ningún bálsamo.

(vv. 12585-12647)

—A fe mía, temo ser censurado por ello —dice Dulce Albergue, que tiembla y se estremece, se sonroja, palidece y pierde la compostura.

La vieja le pone la guirnalda en las manos y le fuerza a cogerla, pues él no se atrevía a tenderlas, sino que insistía, como excusa, en que prefería rechazarla. Sin embargo, deseaba recibirla pese a todo.

(vv. 12648-12658)

—Es muy bella esta guirnalda —dice—, pero me agradaría más ver todos mis vestidos ardiendo y hechos cenizas que recibir algo de su parte. Suponiendo que la tome, ¿cómo podríamos justificarlo ante la entrometida Celos? Sé que rabiará de ira y que me la romperá en la cabeza, si se entera de que proviene de aquél; o bien seré apresado en peores condiciones de lo que fui en mi vida. Y si me escapo y huyo, ¿dónde podré ocultarme? Me veréis enterrado vivo si me cogen. Se lanzarían tras mis pasos y me apresarían sin duda en plena huida, pues todos saldrían tras de mí con grandes alaridos. Así pues, no la tomaré.

(vv. 12659-12678)

—Sí lo haréis; ningún daño sufriréis por ello.

—¿Y si Celos me pregunta de dónde la he sacado?

—Podréis darle más de veinte respuestas.

—Pero, si me pregunta, ¿qué responderé en concreto? ¿Si se me reprocha y echa en cara, dónde diré que la cogí? Algo habré de contestar, la verdad o alguna mentira inventada. Os aseguro que si se entera, yo preferiría estar muerto.

(vv. 12679-12690)

—¿Qué podréis decir? Si no lo sabéis y no halláis mejor respuesta, decid que yo os la he ofrecido. Sabéis que tengo suficiente buen renombre para impedir cualquier reproche o vergüenza si tomáis algo que yo os dé.

(vv. 12691-12696)

Entonces Dulce Albergue, sin decir más, toma la guirnalda y la coloca sobre sus rubios cabellos, confiado, y la Vieja sonríe y jura por su alma, su cuerpo, sus huesos y su piel que ningún otro tocado le sentó tan bien. Él la mira, se contempla en su espejo, para comprobar si es verdad. Viendo entonces la Vieja que ambos estaban solos allí dentro, se sienta junto a él y comienza a sermonearle:

(vv. 12697-12709)

—¡Ah, Dulce Albergue, cuán hermoso y galán sois, y cómo os quiero! Mi tiempo de juventud ya se ha ido, y el vuestro aún ha de venir. Yo apenas puedo sostenerme ya con la ayuda de algún bastón o muleta. Vos en cambio vivís en plena infancia e ignoráis vuestro porvenir; pero yo sé que habréis de pasar cuando sea, más pronto o más tarde, por la llama que todo consume, y os bañaréis en las cálidas aguas en que Venus baña a las damas. Es seguro que sentiréis ese fuego, así que debéis estar preparado para tal baño siguiendo mis enseñanzas, porque el joven sin doctrina corre gran peligro en esa bañera. Por el contrario, llegaréis a buen puerto si seguís mi consejo.

(vv. 12710-12730)

Sabed que, si yo hubiera sido tan docta, cuando tenía vuestra edad, y hubiera sabido como ahora de juegos amorosos —pues entonces era muy hermosa, y ahora sólo me queda lamentarme y gemir al ver mi rostro ajado que se arruga sin remedio; y cuando recuerdo mi belleza, que alborotaba a los jóvenes, y yo los turbaba tanto que era maravilla; entonces era muy grande mi fama y por todo corría el renombre de mi extraordinaria hermosura, que atraía hacia mi casa una afluencia nunca vista: los hombres llamaban a mi puerta sin descanso y yo los atormentaba sin cesar faltando a mis promesas y cultivando nuevas compañías; algunos cometían locuras que me enojaban, y a menudo mi puerta era derribada y se producían tales alborotos que, antes de poder calmarlos, los odios y envidias ya habían cobrado algún miembro o alguna vida; si maese Algoritmo, que bien sabe contar, hubiese puesto todo su cuidado y hubiese traído sus diez «figuras» con las que todo describe y numera, no habría podido dar cuenta de todas las pendencias aunque supiera multiplicar; entonces mis carnes eran prietas y fuertes—; si hubiera sabido pues lo que ahora, tendría

más de mil libras de oro en blanca moneda, pero me porté muy neciamente.

(vv. 12731-12765)

Yo era entonces joven y bella, necia e ignorante, y no aprendí la teoría en ninguna escuela de Amor, así que conozco todo por la práctica. Las experiencias que he tenido en mi vida me han vuelto sabia. Ahora sé de amor más que nadie, y no sería justo que os ocultara los excelentes procedimientos que conozco tras haberlos probado mucho. Hace bien quien enseña a los jóvenes. En verdad, no es de asombrar que no sepáis ni palabra, pues sois demasiado tierno.

(vv. 12766-12784)

Yo no me rendí antes de poseer toda la ciencia en la que puedo hoy sentar cátedra. No se debe rehuir a los que tienen avanzada edad: en ellos se guarda el buen sentido y la experiencia, como han probado muchas personas, que han encontrado al final de su vida la sabiduría y la pericia suficiente para guardar sus bienes, por muy costosos que sean. Yo, desde que alcancé esta sabiduría y experiencia, que no conquisté sin esfuerzo, he burlado a muchos hombres de bien que caían en mis redes. Pero yo misma también había sido burlada por muchos, antes de tener conciencia. ¡La alcancé demasiado tarde, desdichada de mí! Me hallaba ya lejos de mi juventud; mi puerta, que antaño se abría a menudo día y noche, quedaba hogaño siempre cerrada. «Nadie ha venido ayer ni hoy», pensaba yo, pobre desgraciada; «desde hoy habré de acostumbrarme a la pobreza». Mi corazón casi se partía de dolor. Quería irme lejos, al ver mi puerta tan abandonada, y llegué a esconderme, pues no podía soportar tal vergüenza. ¿Cómo seguir viviendo al ver que aquellos jóvenes que otrora iban y venían por mí y me querían hasta el punto de no cansarse nunca de mí, ahora pasaban y me miraban de lado, ellos que antes eran mis amados huéspedes? Cuando ahora pasaban

cerca, daban un salto y se iban sin apreciarme más que a un huevo. Incluso los que más me amaban antes, me trataban ahora de vieja arrugada, y el último en pasar decía aún cosas peores.

(vv. 12785-12826)

Por otra parte, mi buen muchacho, nadie podía saber, a menos que fuese muy avisado o hubiese sufrido grandes penas, cuán gran duelo se apoderaba de mi corazón al recordar las dulces palabras y los suaves placeres, las tiernas caricias y los besos apasionados que tan presto habían volado. ¡Volado! ¡Cierto que sí, y para siempre! Y más hubiera deseado quedar prisionera en una torre de por vida, que no haber nacido tan pronto. ¡Dios! ¡En qué tristeza me dejaban los hermosos dones que me faltaban entonces! ¡Y en qué tormento me arrojaban también todos los que yo había desperdiciado! ¡Ay de mí! ¿Por qué nací tan pronto? ¿A quién quejarme, a quién, si no es a vos, hijo mío, que tanto os quiero? No puedo vengarme mejor que enseñándoos mi doctrina. Por eso os enseñaré, hijo amado, pues cuando seáis docto, podréis vengarme de todos aquellos pillastres. Si place a Dios, cuando llegue el momento recordaréis mi sermón. Sabed que vuestra edad os da gran ventaja para retenerlo y para que podáis guardarlo en vuestra memoria. Ya dice Platón: «Es cosa cierta que se graba más en la memoria lo que se aprende en la infancia, sea cual fuere su dificultad.»

(vv. 12827-12862)

En verdad, hijo querido, tierno joven, si mi juventud estuviese aún presente, como la vuestra, no podría describirse con decoro la verganza que yo me cobraría. Por doquiera que pasase haría tales maravillas como nunca habéis oído de los bribones que me desprecian, me insultan y pasan tan vilmente a mi lado. Así pagarían unos y otros su gran soberbia y su desdén, y yo no tendría piedad. ¿Sabéis lo que les haría, con la profunda

sabiduría que Dios me ha concedido tal como os he explicado? Les arrebataría tantas riquezas y les desplumaría hasta el punto de obligarles a comer lombrices y yacer completamente desnudos en los estercoleros. Y serían los primeros los que con mayor lealtad me amaron, los que mayor empeño pusieron en servirme y honrarme. No les dejaría ni un ajo, si pudiera, porque todo caería en mi bolsa. Los arruinaría a todos y los haría patalear de rabia tras de mí.

(vv. 12863-12893)

Pero de nada sirve lamentarse: lo que se fue no puede volver. Nunca más tendré a nadie, pues mi rostro está tan arrugado que a todos ellos les importan poco mis amenazas. Hace tiempo que me lo decían esos bribones que me desprecian, y entonces yo me ahogaba en llanto. Por Dios, aún me agrada todo aquello cuando lo recuerdo. Mi espíritu se deleita y mis miembros recobran vigor al pensar en mis años buenos y en la alegre vida que tanto añora mi corazón. Todo el cuerpo se me rejuvenece cuando evoco y recuerdo aquello, y me hace mucho bien, pues al menos me divertí aunque me engañaran. La damisela que conoce una dulce vida no es ociosa, incluso si sólo piensa en embolsar para sus gastos.

(vv. 12894-12918)

Tras todo esto me vine a esta región, donde encontré a vuestra dama, que me puso a su servicio para que os custodiara en su prisión. ¡Que Dios, el dueño y cuidador de todo, permita que lo guarde bien! Así lo podré hacer, de cierto, gracias a vuestro buen comportamiento. Pero la custodia sería difícil frente a la extraordinaria belleza que la Naturaleza os otorgó, si ella no os hubiese adornado al mismo tiempo con tantas virtudes, inteligencia, valor y donosura. Y en fin, ya que el lugar y el momento son favorables, no habrá impedimento para que digamos cuanto nos apetezca, más libremente que de costumbre. Yo os aconsejaré en todo, y no debéis

molestaros si interrumpo a veces mi discurso. Antes que nada, os lo diré claramente, no quiero convertiros en un simple enamorado, pero si os ponéis a amar, os enseñaré con gusto los caminos y los senderos que yo hubiera debido seguir antes de perder mi belleza.»

(vv. 12819-12946)

Se calla entonces la Vieja y suspira, esperando la posible respuesta de Dulce Albergue, pero no aguarda mucho, porque lo encuentra tan atento y aplicado que enseguida se pone ella a proseguir su sermón, pensando para sus adentros: «Sin duda, quien calla, otorga. Puesto que parece tan dispuesto a escuchar, podré hablar sin temor.»

(vv. 12947-12956)

La Vieja reemprende pues su discurso y dice, como taimada y servil que pretendiera hacerme lamer miel sobre espinas, ya que buscaba convertirme en amigo sin amarme con auténtico amor, como más tarde reconoció Dulce Albergue, que retuvo todo en su memoria —si hubiera sido hombre crédulo ella le habría traicionado, pero a pesar de sus palabras, él no me traicionó: eso es lo que él me aseguraba y me juraba, y no lo certificaba de otro modo—:

(vv. 12957-12970)

—Dulce hijo, tierna carne —decía la Vieja—, deseo instruiros en los juegos de amor, para que no seáis burlado una vez que los conozcáis. Seguid mi arte, pues nadie que no sea bien instruido puede atravesarlos sin tener que vender su montura. Cuidate pues y escucha con atención para retenerlo todo, pues conozco todos sus secretos.

(vv. 12971-12980)

Querido hijo, quien desee sentir el placer de amar, ese dulce mal tan amargo, ha de conocer los manda-

mientos de Amor, pero debe guardarse de que Amor le encadene. Yo os desvelaría todos esos mandamientos, si no supiera que tenéis la medida colmada con otros muchos, tal como debe vuestra naturaleza. Entre los que debéis conocer aún, hay diez bien contados, pero muy necio es quien se turba por los dos primeros, pues no valen ni una falsa moneda. Os dejo los otros ocho, pero quien observa los dos primeros pierde su tiempo y causa su perdición: no deben ser enseñados, pues imponen al amante una carga demasiado pesada quienes le obligan a tener el corazón lleno de generosidad y a pensar en una sola persona. Es un precepto taimado y lleno de engaño. Amor, el hijo de Venus, miente en este punto y nadie debe creerle. Quien lo haga, lo pagará caro, como se verá al final. *(vv. 12981-13006)*

Querido hijo, jamás deis prueba de generosidad ni pongáis vuestro corazón en un solo lugar, sino en varios. No lo prestéis ni lo regaléis, sino vendedlo muy caro y siempre en subasta. Cuidad así de que quien lo adquiera no haga buen negocio. Que no reciba nada a cambio de lo que pague, y que antes se queme, se cuelgue o se ahogue. Observad ante todo estos preceptos: al dar, mantened el puño cerrado, y al tomar, las manos bien abiertas. Dar es ciertamente una gran estupidez, salvo una pequeña parte para seducir a los necios que piensan sacar partido o salvo para recibir, tras ofrecer un don, algo superior o de más precio que lo que dan. Esta forma de dar os la permito: siempre es bueno multiplicar lo dado y sacar beneficio. Quien tenga segura una ganancia, no debe lamentar dar algo: eso es perfectamente consentible. *(vv. 13007-13030)*

Después, con el arco y las cinco flechas, llenas de buenas virtudes que hieren sutilmente, debéis saber apuntar con tanta habilidad que el mismo Amor, buen arquero con su precioso arco y sus dardos, jamás disparó

mejor que como vos, querido hijo, habéis hecho tantas veces. Pero vos no sabéis siempre dónde se clavan vuestros disparos, pues cuando se dispara a ojo, el tiro puede caer donde no espera el arquero. A juzgar por vuestras maneras, sabéis tensar el arco y disparar, de modo que en eso poco puedo enseñaros; y además, puede que caiga herido por su parte alguien que, si place a Dios, os valdrá grandes dones. *(vv. 13031-13048)*

Tampoco será preciso enseñaros la manera de arreglar vuestros trajes y ropas, con los que os adornaréis para haceros valer ante los demás. Este asunto no debe preocuparos, porque conocéis de memoria la canción sobre la estatua de Pigmalión que me habéis oído cantar a menudo, mientras nos entreteníamos. Tomad modelo de ella para arreglaros, y sabréis más que el buey de labrar. No hay necesidad de enseñaros ese arte. *(vv. 13049-13062)*

Y por si esto no os bastara, me oiréis contar más adelante, si prestáis atención, una cosa en la que hallaréis muy buen ejemplo. Por ahora os diré que, si deseáis escoger amigo, os aconsejo de corazón que otorguéis vuestro afecto a ese bello doncel que tanto os aprecia, pero no os atéis demasiado a él. Tomad otros amigos con discreción, yo os encontraré en abundancia. Así amasaréis mucho dinero. Bien está que quien sabe desplumarlos se relacione con los ricos que no tengan su corazón codicioso y avaro. Dulce Albergue sacará de ellos cuanto se le antoje, mientras les haga creer que no tomaría más amigos ni por mil marcos de plata pura. Habrá de jurarle también que si él hubiese aceptado que su rosa, muy solicitada, fuese conquistada por otro, se habría visto colmado de oro y de joyas, y añadirá que su corazón es tan leal y puro que nadie tenderá jamás su mano hacia la rosa salvo el que la tenga para él. *(vv. 13063-13088)*

Si sus amigos son mil, a todos les dirá: «Para vos sólo será la rosa, buen señor, nadie más tendrá parte. ¡Que Dios me abandone si la dejo compartir! Si comete perjurio, no se inquiete, Dios se ríe de semejantes juramentos y perdona fácilmente tal pecado.

(vv. 13089-13096)

Júpiter y todos los dioses reían cuando los amantes cometían perjurio, y ellos mismos muchas veces cuando se amaron. Cuando Júpiter aseguraba a Juno, su mujer, su fidelidad, cuanto más le juraba gravemente por los infernales estanques, más perjuraba por su hipocresía. Así, los buenos amantes deberían jurar en falso, con aire muy seguro, por todos los santos y las santas, incluso en iglesias y templos, ya que los mismos dioses daban ejemplo. Sin embargo, tan verdadero como que Dios me asista, es completamente idiota quien da fe a los juramentos de los amantes, pues su corazón es voluble. Los jóvenes no son constantes, y tampoco los viejos, a menudo, así que traicionan su palabra y sus promesas.

(vv. 13097-13114)

Tened por cierta otra cosa, además: el amo de la feria debe cobrar a cada cual su peaje, y el que no pueda moler en un molino, que se vaya a otro. El ratón que hace su ronda y no encuentra más que un agujero por refugio conoce un pobre socorro. Lo mismo sucede con la mujer que domina cuantos mercachifles intentan conseguirla: a todos debe sacar dinero, pues sería bien necia si no mantuviera más que un solo amigo y acabaría por lamentarlo. Por San Lifardo de Meun, quien deja su amor en un solo lugar no tiene el corazón libre y sin trabas, sino que se ha esclavizado a él. La mujer que se empeñe en amar a un solo hombre merece sufrir abundantes penas y tormentos. Si el efecto de ese amigo le faltase, no tendrá a nadie para consolarla, y suelen ser las que dan su cariño a un solo amigo las que

acaban teniendo más necesidad de ayuda. Cuando ellos se cansan y se aburren de ellas, las abandonan.

(vv. 13115-13142)

Una mujer no conseguirá nada con un solo amor. Dido, la reina de Cartago, no pudo retener a Eneas, a pesar de haber sido su mejor benefactora, pues lo había acogido pobre, lo había vestido y alimentado tras su huida lejana del hermoso reino de Troya, donde aquél había nacido. Ella honró cuanto pudo a sus compañeros por el amor que sentía hacia él. Mandó reparar sus navíos para complacerle y servirle. Por conseguir su amor, le cedió su ciudad, su cuerpo y sus bienes. Por su parte, el Troyano la hizo confiarse; le prometió y le juró que era suyo y que lo sería por siempre y nunca la abandonaría. Pero ella jamás llegó a gozar de ese amor, pues el traidor se embarcó en su navío sin apenas despedirse. La bella perdió la vida por esta causa: antes de que llegara un nuevo día, se mató con sus propias manos y con la espada que en su misma alcoba aquél le había regalado. Dido, recordando a su amigo y viendo su amor perdido, toma la espada y la levanta sin funda y con la punta en alto. Luego la coloca entre sus pechos y se deja caer sobre ella. Para quien hubiera visto ese sacrificio, habría sido un triste espectáculo, y su corazón sería muy duro si no se apiadara viendo a la hermosa Dido inclinada sobre la punta de la espada. Tanto sufría por aquel engaño, que hundió toda la hoja en su cuerpo.

(vv. 13143-13180)

También Filis esperó tanto a Demofonte que al final se ahorcó, pues había transcurrido el plazo que él fijara, rompiendo así su juramento y su palabra.

(vv. 13181-13184)

¿Y qué hizo Paris con Enone, que le había dado su corazón y su vida, mientras que él por su parte también

le había comprometido su amor? Pronto se desdijo: con un cuchillo, había escrito sobre la corteza de un árbol, en la orilla del río, a guisa de una carta, una pequeña frase que luego no conservó su valor. Grabó aquellas letras en la corteza de un álamo, haciendo saber que el Janto cambiaría su curso en el momento en que él la abandonara. ¡Que el Janto regrese pues a sus fuentes, ya que Paris abandonó pronto a Enone por Helena!

(vv. 13185-13198)

Y Jasón, por su parte, ¿qué hizo con Medea, burlada con tal desprecio que el traidor faltó a su palabra después que ella le salvara de la muerte y le librara con su magia sin que él sufriera las heridas ni las llamas de los toros que echaban fuego por sus fauces y pretendían quemarlo o despedazarlo? También embriagó al dragón, de modo que no pudo despertarse, tan profundo era el sueño que Medea le provocó. Frente a los caballeros del reino, belicosos e insensatos, que pretendían matar a Jasón cuando él arrojara la piedra, ella obró de modo que se atacaron unos a otros y se mataron entre ellos. Medea logró que Jasón conquistara el vellocino con sus artificios y sus pócimas. Luego hizo rejuvenecer a Esón para ganarse mejor a Jasón. Ella sólo quería de Jasón que la amara como antes y que apreciara sus méritos para conservar mejor su fidelidad. Pero él acabó abandonándola, el infame traidor, el tramposo, el desleal, el bribón. Cuando Medea lo supo, ella también estranguló a sus hijos, presa de dolor y de rabia, pues con él los había tenido. Así cometió su locura, olvidando su amor de madre y comportándose peor que una cruel madrastra.

(vv. 13199-13232)

Mil ejemplos podría poneros, pero tendría que hacer un relato demasiado largo. En resumen, todos los hombres burlan a las mujeres y se mofan de ellas. Son todos unos libertinos y se ríen de todo. Por eso hay que

engañarlos de igual modo, y no atar nunca el corazón a uno solo. La mujer que lo hace es una insensata. Por el contrario, debe tener muchos amigos y obrar de modo que, si puede, guste tanto a todos que los deje en gran tormento. Si ella no posee gracias naturales, que las adquiera, y se comporte con el mayor orgullo ante ellos, que así se afanarán más en servirla. Que se esfuerce también en conquistar a aquellos que no buscan su amor. Que aprenda juegos y canciones y rehúya disputas y reproches. Si no es bella, póngase afeites. Que la más fea adquiera los mejores adornos.

(vv. 13233-13252)

Y si ella viese caer sus hermosos cabellos rubios, lo cual sería muy penoso, o si se ve obligada a cortarlos a causa de alguna enfermedad grave, de las que pronto marchitan la belleza, o bien si ocurre que, por cólera, algún infame se los ha arrancado hasta el punto que ella no podrá recuperar sus largas trenzas, que consiga hacerse traer los cabellos de alguna mujer muerta, o bien obtenga cintas de seda dorada y lo coloque todo formando falsas trenzas. Que disponga sobre sus orejas un tocado tal que un ciervo, un buey o un unicornio, aunque se rompan la cabeza, no puedan mejorarlo. Si sus trenzas necesitan teñido, lo preparará con el jugo de algunas hierbas, ya que los frutos, la madera, las hojas, las cortezas y las raíces poseen muchas virtudes y propiedades medicinales. Si su tez comenzase a verse ajada, y le causase algún disgusto, tenga ella cuidado de guardar en potes, en sus aposentos, cremas húmedas, siempre en reserva para embellecerse. Pero que tome buena cuenta de que ninguno de sus huéspedes las vea, pues eso le causaría no pocos desastres.

(vv. 13253-13282)

Si ella posee un cuello esbelto y blanco pecho, que vigile bien que su sastre le confeccione vestidos bien escotados, para que se vea su piel limpia y tersa al

menos medio pie por delante y por detrás. De este modo, ella quedará mucho más seductora.

(vv. 13283-13288)

Si sus hombros son demasiado anchos y quiere agradar en el baile, que lleve un vestido de tela fina. Así presentará un porte más gracioso.

(vv. 13289-13293)

Si sus manos no son tersas y no están limpias de granos o puntos, cuídese de no dejarlos. Habrá de hacérselos quitar con la aguja, o bien esconderá sus manos en guantes, y así no se verán granos ni costras.

Si sus senos son demasiado grandes, tome telas y paños y hágaselos ceñir rodeando su pecho y costados, y luego se los ate, cosa o anude. De este modo podrá ir a divertirse.

(vv. 13294-13304)

Por otra parte, como buena doncella, mantendrá la alcoba de Venus bien limpia. Si es diligente y bien educada, no consentirá dejar ninguna telaraña sin quemar o quitar, de modo que el amante no se lleve la menor impureza.

(vv. 13305-13310)

Si tiene pies feos, cálcelos siempre. Para las piernas gruesas, medias finas. En fin, si tiene algún defecto y no es necia, que lo esconda.

(vv. 13311-13314)

Si tiene mal aliento, que no se apene ni entristezca. Debe cuidarse de no ayunar y de no hablar en ayunas, y tomar en cuenta, si puede, no acercar su boca a la nariz de los demás.

(vv. 13315-13320)

Si le entran ganas de reír, que ría con habilidad y donosura, dibujando dos hoyuelos a ambos lados de sus

labios. Que evite al reír hinchar demasiado sus mejillas o apretarlas con muecas. Que sus labios no se abran mientras ríe, sino que escondan y cubran sus dientes. Una mujer debe reír con la boca cerrada, pues no es agradable verla dando carcajadas: en ese caso, su boca parecerá demasiado ancha y grande.

(vv. 13321-13332)

Si sus dientes no están bien alineados, sino que son feos y desordenados, podrá ser menos apreciada en cuanto los enseñe al reír.

(vv. 13333-13336)

Existe también un modo conveniente de llorar, pero cada mujer es ya bastante hábil para saber llorar según la ocasión. En efecto, aunque no reciban daño, deshonra, ni ultraje, siempre tienen las lágrimas a punto. Todas gimen y tienen costumbre de llorar, por así decirlo, a voluntad. Sin embargo, un hombre no debe asombrarse por ello, incluso si las viese llorar lágrimas tan frecuentes como nunca se vieron gotas de lluvia. En efecto, esos llantos y ese dolor jamás sirvieron a una mujer sino para engañar. Llanto de mujer no es más que astucia. No hay signo de dolor que ellas no aparenten, pero que tomen buen cuidado de no revelar el fondo de su corazón con sus palabras o con sus actos.

(vv. 13337-13354)

Importa aún que, en la mesa, se comporte como es debido. Antes de sentarse, que se deje ver por la casa y dé a entender que sabe actuar en tal situación. Que deambule un poco por todas partes, que se siente la última y se haga esperar antes de ocupar su lugar. Luego, cuando se haya sentado, ocúpese, si le es posible, de servir a todos los invitados. Ante sus vecinos, cortará el pan y lo repartirá a su alrededor. También habrá de servir al compañero que tiene a su lado antes de llenar su escudilla, si quiere ser agradable. Deberá servirle

muslos o alas, o cortarle un buen filete de buey o de cerdo. Según los platos, le servirá carne o pescado. Que no manifieste un corazón avaro para servir de nuevo a los que deseen repetir. Que se cuide asimismo de no mojar sus dedos hasta la junta con las salsas, y de no dejar sus labios húmedos de sopa, de ajo o de carnes grasientas. No debe servirse demasiada cantidad, ni poner bocados demasiado grandes en la boca. Tomará con la punta de los dedos cuanto haya de mojar en la salsa, sea verde, morena o amarilla. Que lleve con cuidado cada bocado a sus labios, para no dejar caer sobre su pecho gotas de sopa, de pimienta o demás aderezos.

(vv. 13355-13389)

También sabrá beber como es debido, para no derramarse gotas encima. Quienes vieran suceder este accidente la tendrían al punto por mal educada o glotona en exceso. Cuide también de no tocar su copa mientras tenga un bocado en la boca. También debe limpiar sus labios antes de beber, para no dejar sobre ellos grasa, al menos en el labio superior, ya que si queda grasa en él, se verán flotar motas en el vino, que no son agradables ni de buena educación. Que beba también a pequeños sorbos; aunque su sed sea grande, que no beba sin tomar aliento y de un trago la copa llena, sino poco y a menudo, para que no haga murmurar a los comensales que traga el líquido de forma harto glotona. Por el contrario, habrá de conseguir que su bebida se deslice con suavidad. No deberá meter sus labios demasiado dentro de la copa, como hacen muchas nodrizas necias y glotonas, que vierten el vino en su boca como si fuera una bota, y lo engullen en tan largos tragos que llegan a aturdirse y perder el sentido. También deberá cuidar de no embriagarse, pues el hombre o la mujer ebrios nunca guardan secreto alguno. En cuanto una mujer se emborracha, pierde toda defensa: dice cuanto piensa y queda a merced de todo el mundo si cae en semejante estado.

También debe tomar precaución de no dormirse en la mesa, porque así no agradaría a nadie. Muchas aventuras sórdidas acaecen a las gentes que cometen tales locuras. No está indicado dormir en los lugares hechos para estar despierto. Muchos se han visto burlados por ello, y han caído hacia delante, hacia atrás o de costado, rompiéndose un brazo, una costilla o incluso la cabeza. Guárdese la dama, pues, de que el sueño se apodere de ella. Recuerde a Palinuro, que pilotaba la nave de Eneas: despierto la guiaba bien, pero cuando le invadió el sueño, cayó del timón al mar y se ahogó cerca de sus compañeros, que mucho le lloraron.

(vv. 13390-13444)

La dama no debe retrasar tampoco el momento de los juegos de amor, pues podría dilatarlo tanto que nadie se acercara ya a ella. Debe buscar el amoroso placer mientras la juventud la acompañe, pues cuando la vejez ataca, la mujer pierde el acoso y el deleite de amor. Coja, pues, si es avisada, el fruto de amor mientras se halla en la flor de la edad; si entonces no goza del amor, la desdichada pierde el tiempo. Si no sigue este consejo, que doy para el bien común, se arrepentirá en cuanto llegue la vejez. Sin embargo, estoy segura de que las mujeres, al menos las prudentes, seguirán mis palabras y creerán nuestras reglas, y rezarán muchos padrenuestros tras mi muerte, por el alma de quien hoy las instruye y reconforta. Yo sé que estos principios se enseñarán en muchas escuelas. Mi dulce hijo, si vivís —pues deseo que conservéis en el libro de vuestro corazón todas y cada una de mis enseñanzas, para que las transmitáis y os convirtáis en maestro, si place a Dios, cuando os hayáis separado de mí—, os concedo licencia para que enseñéis mis doctrinas, aunque pese a todos los cancilleres, por alcobas y bodegas, por prados, jardines y boscajes, bajo tiendas y cortinajes, y os concedo también licencia para educar a vuestros discípulos en todas partes, en armarios y graneros, en

despensas y cuadras, si no halláis lugares más adecuados y siempre que mis lecciones sean repetidas sólo si las habéis aprendido bien.

(vv. 13445-13486)

Por lo demás, la dama joven debe guardarse de permanecer encerrada demasiado tiempo, porque cuanto más se quede en casa, menos será vista por los demás, y menos divulgada será su belleza, y por lo tanto menos deseada y solicitada. Debe, pues, frecuentar la catedral, y aparecer a menudo en bodas, procesiones, juegos, fiestas y bailes; en todos esos lugares, el dios y la diosa de Amor levantan sus escuelas y cantan misa a sus discípulos.

(vv. 13487-13498)

Pero antes de eso, se asegurará de ir bien engalanada. Cuando se sienta preparada, recorrerá las calles con lindo paso, ni muy cansino ni muy rápido, ni muy tiesa ni muy encorvada, sino con graciosas maneras para todos cuantos la vean. Dará a sus hombros y a sus caderas tan grácil movimiento que ninguna mujer logre tan gentil porte, y andará con tal gracia, usando zapatitos menudos que habrá mandado hacer muy lindos y ajustados a sus pies, que no se verá en ellos un solo pliegue. Y si su vestido lleva cola, o bien arrastra por el suelo, que lo levante entonces por delante o por un lado, como para darle algo de vuelo o como si quisiera remangarlo un poco, para liberar algo el paso, según sus maneras. Entonces descubrirá su pie, de modo que cuantos lo vean contemplen su belleza.

(vv. 13499-13524)

Y si ella es de las que llevan manto, debe disponerlo de manera que no oculte demasiado su cuerpo. Para mejor mostrar sus formas y los vestidos con que se engalane, ni demasiado amplios ni demasiado estrechos, pero bien bordados de plata y adornados con menudas

perlitas, y también para que se vea la limosnera, que es conveniente mostrarla, habrá de tomar el manto con sus dos manos, extender los brazos y separarlos, sea en un camino bueno o en pleno barrizal. Recuerde en tal ocasión la rueda que hace el pavo real con su cola: que ella haga lo mismo con su manto, para enseñar el forro, blanco o gris, o como lo haya puesto, y al mismo tiempo todo su cuerpo aparecerá ceñido por su vestido ante todos cuantos ella ve moscardonear a su alrededor.

(vv. 13525-13544)

Por otra parte, si el rostro de la dama no es muy agraciado, está aún más obligada, como mujer avisada, a descubrir sus preciosas trenzas rubias y toda su hermosa nuca, sobre todo si la tiene bien adornada con sus coletas. Una cabellera hermosa es cosa muy placentera para la vista. Una mujer debe esforzarse siempre por parecer la loba cuando quiere capturar a los corderos: para no fallar el golpe y lograr uno, ataca a mil, porque no sabe a cuál de ellos conseguirá. De la misma forma, una mujer debe tender sus redes para conquistar a todos los hombres, ya que ignora, en efecto, de cuál obtendrá el corazón. Para conquistar a uno, habrá de echar el cebo a todos. Entonces, entre tantos millares de necios, siempre habrá uno, o incluso varios, que le sobe el costado. El ingenio ayuda grandemente a la naturaleza, es muy cierto.

(vv. 13545-13570)

Si la dama captura a varios que deseen ponerla en el asador, tendrá cuidado, como pueda, de no citar a dos amantes a la misma hora. Si varios aparecieran a un tiempo, podrían abandonarla y causarle grandes perjuicios, ya que al menos perdería lo que cada cual le trajese. Por el contrario, la dama no deberá dejarles ningún recurso, sino reducirlos a todos a la mayor indigencia, con el fin de que todos queden en miserable estado y endeudados. Se enriquecerá con sus despojos,

pues lo que a ellos les quede será perdido por ella. También habrá de despreciar a los amantes pobres: el pobre, en efecto, no vale dos ochavos. Ni Homero, ni el mismo Ovidio valdrían dos vasos. Tampoco le aconsejo que ame a un huésped, pues, lo mismo que él aloja su cuerpo y abandona luego diversos albergues, su corazón es igual de voluble. Por eso no aconsejo a la dama que ame a un huésped, aunque si éste le ofrece a su paso dinero o joyas, que ella lo acepte todo y lo guarde en su cofre. Entonces, que él la goce a toda prisa o tranquilamente.

(vv. 13571-13600)

Guárdese también la dama de amar o estimar a un hombre de excesiva elegancia o pagado de su belleza, porque ése está tentado por el orgullo y se expone a la ira de Dios. No dudéis que el hombre que se gusta a sí mismo se expone a ella, como atestigua Ptolomeo, por quien la ciencia fue muy estimada. Esa clase de hombre no puede amar como es debido, ya que su corazón es duro y cruel. Lo que a una diga, se lo repetirá a otra, y adulará a muchas para robarlas y despojarlas. Yo he escuchado muchos lamentos de doncellas engañadas de ese modo. Y si aparece algún prometelotodo, sea leal o bribón, y la requiere de amores y le asegura fidelidad, que ella también se lo prometa, pero que por ningún precio se ponga en sus manos sin tener antes las monedas en las suyas. Si su pretendiente le envía alguna carta, que la dama desconfíe y mire primero si lo hace para burlarse de ella o bien si lleva buena intención y viene de un corazón puro y sin doblez. Luego, que ella le devuelva una breve respuesta y que no le haga esperar: la espera azuza a los amantes, siempre que no sea demasiado larga.

(vv. 13601-13632)

Cuando ella reciba las súplicas del suspirante, que no se dé prisa en concederle todo su amor. Tampoco

debe rechazarle totalmente, sino mantenerlo en la balanza, de forma que él quede entre el miedo y la esperanza. Y cuando él insista con más fuerza, mientras ella no le ofrezca ese amor que tan fuerte le encadena, que obre de modo que, con su habilidad y sus mañas, crezca en él la esperanza y desaparezca poco a poco el miedo, para que así ambos concluyan en la concordia y la paz. La dama, así ligada a él, pero experta en astucias y fingimientos, le jurará por Dios y por todos los santos y santas que ningún otro ha recibido sus favores, por mucho que le rogasen, y debe afirmar: «En una palabra, señor, y por la fe que debo a San Pedro de Roma, me abandono a vos por puro amor, no por vuestros obsequios. No hay hombre con quien yo lo hiciera por un don, aunque fuera el más grande. Ya he rechazado antes a muchos hombres de bien que me han rondado con insistencia. Así que yo creo que vos me habéis embrujado o me habéis cantado una melodía hechicera.» Entonces le tomará dulcemente por el cuello y le cubrirá de besos hasta hacerle perder la cabeza.

(vv. 13633-13664)

Pero, si ella desea seguir mis consejos, que no se interese más que por su dinero. La dama que no despluma a su amigo hasta la última pluma es una imbécil. En efecto, aquella que mejor lo desplume será la que más atento le encontrará, y también se verá más amada cuanto más cara se venda, pues lo que se obtiene por nada es bien pronto despreciado y menos estimado que una corteza. Cuando algo así se pierde, no se siente pena alguna, al menos no tan grande como cuando se había conseguido con dificultad. Pero hay que ser hábil para desplumar a un amigo. El criado, la camarera, la hermana, el ama e incluso la madre de la dama, si ésta no es necia, deben consentir en ser cómplices de sus amores: reciban a cambio cota o jubón, guantes o manoplas, y como milanos despojen al amigo de cuanto puedan alcanzar, de forma que nunca se les escape hasta que

haya perdido su última moneda, como los que juegan a las tabas, de tanto darles dinero y joyas. La presa sucumbe más fácilmente cuando es atacada por varias garras.

(vv. 13665-13694)

En otras ocasiones, que todos ellos le digan: «Señor, es preciso que os digamos que nuestra señora necesita un vestido nuevo. ¿Cómo podéis soportar que aún no lo tenga? Por San Gil, si a ella se le hubiese antojado aceptar los regalos de cierto hombre de la ciudad, iría vestida como una reina y cabalgaría con gran lujo». Y luego a ella: «Señora, ¿por qué aguardáis tanto para pedírselo? Sois demasiado precavida con él, que os deja en semejante indigencia». Y ella, que le habrá arrancado tantas cosas que quizás haya devastado gran parte de la fortuna de su amigo, les hará callar, aunque le agraden sobremanera esas palabras.

(vv. 13695-13710)

Por otra parte, si ella comprende que su amigo se ha dado cuenta de que le da más de lo que debe y de que su posición se empobrece a causa de los presentes que acostumbra a ofrecerle, y ella también siente que no se atreve a oprimirle más para obtener regalos, entonces debe solicitarle un préstamo, con el juramento de estar dispuesta a devolvérselo en el plazo que él mismo desee fijar. Pero le prohíbo que jamás le devuelva nada.

(vv. 13711-13722)

Si su otro amigo regresa —pues la dama tiene quizás varios, aunque a todos los llame amigos y a ninguno otorgue su corazón—, que se lamente, si es avisada, de que su mejor vestido está empeñado y de que los intereses corren cada día, y ella se siente tan triste y su corazón tan apenado que no está dispuesta a acceder a sus deseos si antes él no recupera el vestido empeñado. En ese caso, el joven que no sea muy despabilado y que

tenga bastantes recursos, meterá al punto la mano en su bolsa o encontrará cualquier otro medio de liberar los objetos empeñados, que por otra parte no necesitarán ser recuperados, pues todos estarán en la casa, guardados y ocultos a la vista del doncel en algún baúl bien cerrado; así será mejor creída por él hasta que haya recibido el dinero, y poco le importará, entretanto, que busque en su armario o en sus percheros. También engañará la dama de idéntico modo al tercero, y yo le aconsejo que le pida un cinturón de plata, un vestido o una toca, y además cuanto dinero sea capaz de gastar.

(vv. 13723-13750)

Si el amigo no le trae nada en su visita y, para consolarla, le jura por su pie o por su mano que se lo traerá al día siguiente, que ella haga oídos sordos y no crea una palabra, pues todas serán mentira. Todos los hombres son unos malditos embusteros. Esos corrompidos me hicieron antaño más promesas y falsos juramentos que santos hay en el paraíso. Ya que el amigo no tiene nada para ofrecer, que al menos vaya a pedir un préstamo al tabernero, para conseguir dos, tres o cuatro monedas, y si no, que se largue a divertirse a otra parte.

(vv. 13751-13764)

Si la dama no es necia, debe recordar aún fingir semblante de amedrentada, debe temblar y mostrar miedo, inquietud y ansiedad al recibir a su amigo. Le hará creer que hay grave peligro en esas visitas, ya que ella engaña por él a su marido, a sus guardianes o a sus padres y, si se descubriera lo que hace con él a escondidas, la matarían sin duda alguna. Ella deberá jurarle también que, aunque le saque viva el corazón, no puede quedarse; sin embargo, él se quedará, y muy a gusto, cuando ella le haya hechizado así.

(vv. 13765-13780)

La dama debe tener también presente que, cuando su amigo vaya a venir, ella deberá recibirle por la ventana, aunque nadie pueda verlos y él entrase más fácilmente por la puerta. Que ella le jure que sería destruida y muerta, y él mismo estaría perdido, si se supiera que estaba allí, y que ni las armas más afiladas, ni las más fuertes lanzas o mazas, ni tampoco rincones, escondites ni cámaras impedirían que fuese despedazado miembro por miembro.

(vv. 13781-13792)

Luego la dama debe suspirar y poner semblante de enfado. Reñirá entonces a su amigo y le reprochará y le dirá que no tiene razón alguna para retrasarse tanto, que seguro que tenía a otra mujer en su casa, una cualquiera cuyas caricias le agradaban más, y que ahora ella se ve traicionada, ya que le ha tomado odio por culpa de otra, y que con razón puede llamarse infortunada, amando sin ser amada. Cuando escuche semejantes palabras, el de la loca cabeza creerá al instante que ella le ama lealmente y que es mucho más celosa de lo que nunca fue Vulcano con Venus, cuando la sorprendió un día con Marte en plena falta: con la red de hilos que había forjado apresó a los dos, juntos y unidos en su juego amoroso, pues su locura celosa le había impulsado a espiarles. Cuando Vulcano vio que los había cogido en flagrante delito con los lazos que había tendido alrededor del lecho —y fue muy necio cuando se atrevió a tal cosa, porque necio es el hombre que cree tener a su mujer para él solo—, convocó a risa a los dioses, quienes rieron y se divirtieron al ver a los amantes en aquella situación. La mayor parte de los señores dioses enmudecieron ante la belleza de Venus, que se lamentaba llena de despecho y sonrojo por haber sido aprisionada en aquella red: jamás se conoció vergüenza igual. Sin embargo, no era de asombrar que Venus se uniese a Marte, porque Vulcano era tan feo y tan ennegrecidos tenía el pecho, el rostro y las manos, que Venus no le

habría amado nunca por nada del mundo, aunque le llamase marido. No, por Dios; ni aunque él hubiese sido Absalón, con sus rubios bucles, o Paris, el hijo del rey de Troya, ella no le habría sido fiel, porque la bella sabía bien lo que saben hacer todas las mujeres.

(vv. 13793-13844)

Por lo demás, ellas nacieron libres, y la ley las ha condicionado y les ha quitado la libertad que Naturaleza les concediera, ya que Naturaleza no es tan ignorante, si reflexionamos, como para hacer nacer a Marieta sólo para Juanillo, y a Juanillo sólo para Marieta, ni para Inés ni para Petrica. Ella nos hizo, no lo dudéis, buen hijo, a todas para todos y a todos para todas, cada una igual a cada uno y cada uno igual a cada una. Por eso, cuando son desposadas, tomadas legalmente y casadas para evitar las separaciones, las disputas y los crímenes, y para facilitar la cría de los hijos, cuyo cuidado reciben juntos, las damas y las muchachas, feas o hermosas, todas se esfuerzan por recuperar su libertad a cualquier precio. Ellas guardan a Libertad en su poder, y por ahí vinieron otrora y vendrán en adelante graves desgracias para muchos. Yo podría recordar más de diez de ellas, e incluso tantas, que guardaré en silencio, que me aburriría y vos quedaríais harto de oírme. Antaño, cuando algún hombre veía, en efecto, a la mujer que más le gustaba, la hubiera tomado al punto si uno más fuerte no se la hubiera quitado; y luego la habría abandonado por las buenas tras haber satisfecho su voluntad, de suerte que antaño los hombres se mataban y abandonaban sus deberes paternales antes de que, siguiendo el consejo de los hombres sabios, se instituyeran los matrimonios. Buena y verdadera palabra de Horacio a quien quiera seguirla, que supo mucho de leer y de instruir, y por ello voy a recitárosla, pues una mujer avisada y sensata no debe sonrojarse si recurre a una buena autoridad.

(vv. 13845-13892)

En otro tiempo, antes de Helena, los coños provocaron muchas batallas, en las que perecieron con gran sufrimiento, los que por ellos lucharon, aunque sus muertes no sean recordadas por no haber sido guardadas en ningún libro. En efecto, Helena no fue la primera ni será la última por quien sufrieron y sufrirán guerras los que dedicaron y dedicarán su corazón al amor por una mujer. Muchos perdieron en ellas cuerpo y alma, y seguirán perdiéndolos mientras dure el mundo. Mas habéis de prestar atención a Naturaleza, la cual, para mostrar mejor su maravilloso poder, os presenta numerosos ejemplos que merecen ser leídos.

(vv. 13893-13910)

El pajarillo de los verdes bosques, capturado y encerrado en una jaula, alimentado con atención y cuidado, os parece que canta con corazón alegre mientras vive. Sin embargo, añora los frondosos bosques que por su naturaleza ama, y desearía estar sobre los árboles más que cualquier alpiste delicioso. Dentro de la jaula, piensa y medita constantemente en recobrar la libertad. Desparrama su comida por la rabia que causa en su corazón, y recorre sin cesar la jaula buscando con desesperación un hueco o un agujero por donde salir volando hacia los bosques. Sabed que todas las mujeres, igualmente, sean doncellas o damas y de cualquier condición, sienten una natural inclinación a buscar los caminos y senderos que conducen a su libertad, ya que desearían disfrutarla para siempre.

(vv. 13911-13936)

También os digo que el hombre que entra en religión y luego se arrepiente hasta el punto de sufrir la tentación de ahorcarse, se lamenta y desespera, preso de su propio tormento, pues viene a su corazón el deseo de encontrar la forma de recobrar la libertad que perdió, porque su voluntad no se transforma por muchos hábi-

tos que tome, ni por muchos conventos en que se recluya.

(vv. 13937-13948)

El pez insensato que pasa a través de la boca de la nasa y pretende luego salir, a su pesar debe permanecer allí encerrado de por vida, ya que no hay manera de escapar. Los demás que están fuera se acercan a verlo y creen que en ese lugar se solaza con gusto y alegría, pues hace cabriolas y se divierte en apariencia, y sobre todo porque ven que allí dispone de abundante comida, tanta que todos la quieren y allí entrarían por ella. Tantas vueltas dan, buscando alrededor de la nasa y tropezando unos con otros, que al fin encuentran la abertura y se lanzan todos adentro. Mas cuando se ven allí, presos para siempre, no pueden resistir el ansia de salir a cualquier precio, aunque ya no es posible, porque están mejor capturados que en una red. Allí habrán de vivir desesperados, hasta que la muerte los libere.

(vv. 13949-13976)

Una vida semejante a ésas busca el joven que entra en un convento, porque nunca tendrá zapatos tan grandes, ni sabrá hacer tan gran caperuza ni tan ancha muceta como para disimular a Naturaleza dentro de su corazón. Entonces morirá o enfermerá, falto del estado de libertad, a no ser que convierta necesidad en virtud.

(vv. 13977-13986)

Naturaleza no miente al enseñarles la libertad, pues el propio Horacio, que conoce su valor, cuenta: «Si alguien tomase una horca para defenderse de Naturaleza y la alejase de sí, yo sé que ella no tardaría en volver». Naturaleza siempre regresará corriendo y un hábito no podrá retenerla. ¿Qué vale un hábito? Toda criatura desea volver a su estado natural. Ni la violencia ni las convenciones podrán impedirlo. Por ello hay

que excusar a Venus, que sólo pretendía usar su libertad, como todas las damas que se entregan a los juegos de amor, aunque estén comprometidas por el matrimonio: es Naturaleza quien las empuja a recobrar la libertad. Naturaleza es una gran fuerza, pues vence incluso a la educación.

(vv. 13987-14008)

Si se cogiese, hijo mío, a un gatito que nunca hubiese visto a un ratón o una rata, y luego fuese criado durante largo tiempo, con muchos cuidados y con comida deliciosa, sin ver tampoco rata ni ratón, en cuanto el animal viese un roedor, nada habría que le impidiera lanzarse a atraparlo si le dejasen suelto. Por la rata abandonaría cualquier comida, aunque estuviera hambriento. Por mucho esfuerzo que se pusiera, nada lograría establecer la paz entre ambos.

(vv. 14009-14022)

Quien pretendiese educar a un potro sin que viera a una yegua hasta haberse convertido en un fuerte caballo apto para soportar sillas y estribos, le oiría relinchar en cuanto la viera. Querría correr a ella, si no se lo impidiera nadie, y no sólo lo haría el corcel negro con la yegua negra, sino con la torda, o con la gris clara u oscura, mientras no se lo impidieran brida o freno y aunque jamás hubiese visto una. Bastaría que las viese sueltas o que pudiese montarlas: a todas acosaría. Y en cuanto a la yegua negra, correría a toda prisa hacia el caballo negro, y también hacia el tordo gris, siguiendo el impulso de sus deseos. Tomaría por marido al primero que encontrara, aunque nunca hubiese visto a ninguno; le bastaría con encontrarlo suelto.

(vv. 14023-14046)

Y lo que digo de la yegua negra, del tordo y de la torda, del pío o del negro, lo afirmo también de la vaca y del toro, y de las ovejas y el carnero, pues en esto ninguno dudamos que todos pretendan a todas por

mujeres, y no dudes, querido hijo, que todas los quieren también a todos y los reciben encima de muy buen grado. Así ocurre, querido hijo, por mi alma, con el deseo natural de todos los hombres y mujeres, que la ley condiciona un poco. ¿Un poco? Más bien mucho, a mi parecer, pues cuando la ley los ha reunido quiere, tanto para el joven como para la doncella, que él no posea otra mujer que ella, al menos mientras está viva, y prohíbe también que ella conozca a otro hombre mientras viva su marido. Mas todos sienten la tentación de usar de su libre albedrío, pues yo conozco su premio. Sin embargo, algunos se recatan por vergüenza, y otros por miedo al castigo; pero Naturaleza les gobierna a todos como a los animales que he citado.

(vv. 14047-14073)

Bien lo sé yo por mí misma, pues siempre puse mi esfuerzo en ser amada por todos los hombres. Si no hubiera sido por la vergüenza, que frena y doma a los corazones, en la época en que yo recorría las calles —siempre estaba deseando pasearme cubierta de adornos como una muñeca— si yo hubiese podido y ellos lo hubieran consentido, habría aceptado a varios o incluso a todos aquellos donceles que tanto me gustaban y que me lanzaban tan dulces miradas que me causaban compasión. A todos los habría tomado uno por uno, mientras hubiera aguantado. Y juraría que, de poder hacerlo, todos me habrían recibido de grado, sin exceptuar prelados ni monjes, caballeros, burgueses, canónigos, clérigos, laicos, necios o sabios, siempre que estuvieran en la edad adecuada. Incluso, si no hubiera sido porque temían al fracaso, todos éstos habrían abandonado sus órdenes para requerirme de amores.

(vv. 14074-14099)

Sin embargo, si hubiesen conocido mis pensamientos y las demás leyes de la naturaleza humana, no habrían sido presa de semejante temor. Creo incluso

que, si hubieran tenido valor, habrían roto por mí sus matrimonios; si hubieran logrado mi intimidad, no habrían recordado su juramento de fidelidad y ninguno habría respetado compromiso, palabras, votos ni religión, salvo algún insensato herido de amor y lealmente enamorado de su amiga. Ese quizá no me hubiese pretendido, y no habría pensado más que en conservar a su amiga sin lograr ningún provecho. Pero los amantes de esa clase son escasos, lo juro por Dios y por San Amancio y lo mantengo. Si ése hubiese hablado un poco más, yo le habría dejado completamente turbado, así dijera él verdad o falsedades. Ése hubiera gozado conmigo, fuera seglar u ordenado, ceñido de rojo cuero o de cuerda, llevase el gorro que llevase, si hubiese pensado que yo lo deseaba o que, simplemente, lo soportaba. Así nos gobierna Naturaleza, atizando nuestros corazones hacia el placer, y por eso Venus no merece desprecio al haber amado a Marte.

(vv. 14100-14130)

Mientras que Venus y Marte, que se amaban, se veían en esa situación, hubo muchos dioses que desearon ser objeto de la misma burla que Marte y en sus mismas condiciones. El propio Vulcano hubiera preferido haber perdido dos mil marcos antes que divulgar el asunto, pues los dos amantes, tras el escándalo y una vez descubierto su secreto, hicieron desde entonces sin recato lo que antes escondían, y perdieron la vergüenza desde el momento en que los dioses hablaron tanto y divulgaron su amor hasta tal punto que fue conocido por todo el cielo. Agravado así el hecho, Vulcano quedó aún más corrido, y no pudo poner remedio. Como aseguran los textos, le habría valido más soportarlo todo antes que haber tendido su red alrededor del lecho. Mejor que encolerizarse, habría debido fingir que nada sabía, para seguir gozando de las gracias de Venus, a la que tanto amaba.

(vv. 14131-14156)

El hombre que espía a su mujer o a su amiga, y que se excede en su vigilancia insensata hasta el punto de sorprenderla en flagrante delito, debería tener mucho cuidado: habrá de saber, en efecto, que será peor si la coge en pleno acto. Aquel que, ardiendo de traidores celos, la sorprenda con una treta, nunca jamás podrá gozar con ella ni obtendrá ya dulce albergue ni favor alguno. Los celos son el peor de los males, pues queman y consumen al celoso; pero esa mujer de celos fingidos, que gime sin sentir nada, no hace sino simular celos, y así se burla del necio; y cuanto más se divierte ella, más se consume él.

(vv. 14157-14170)

Si en tal estado, él no se dignara disculparse, sino que descubre, por encolerizarla, que ciertamente él tiene otra amiga, que ella se guarde de toda ira. Aunque deje ver algo, si su amante conoce a otra, que semejante conducta del traidor no le importe en el fondo más que un grano. Compórtese de manera que él piense a su vez que ella también pretende a otro amigo, y así excitará su amor. Que le haga creer también que hace eso para dejarle y librarse de él, pues es muy justo hacerlo. Que diga en ese trance: «Vos habéis cometido una gran falta conmigo y yo debo tomar venganza. Ya que me habéis puesto cuernos, os pagaré con la misma moneda.» Entonces el amigo conocerá la más grave desesperación, si es que la ama un poco, y no hallará consuelo, pues nadie puede llevar en su corazón un amor ardiente si no siente miedo de verse cornudo.

(vv. 14171-14196)

Que aparezca entonces la sirvienta y, con cara aterrada, exclame: «¡Ay de mí! ¡Muertas somos! ¡Mi señor o yo no sé qué hombre ha entrado en nuestro patio!». Es preciso que, al punto, la dama corra y abandone su asunto, no sin antes esconder al joven en la casa, en el establo o en algún arcón, hasta que tenga

oportunidad de volver a él y sacarle. El joven, que quizás deseara entonces estar lejos de allí, presa del miedo y la desesperación, deseará con fervor que ella regrese.

(vv. 14197-14210)

Entonces, si se trata de otro amigo a quien la mujer ha dado cita —en lo cual no habrá demostrado discreción—, que éste no se lleve la peor parte. Aunque se acuerde del primero, puede llevarlo a otro aposento donde, por mucho que haga, le irrite o le apene, no podrá quedarse, pues la mujer le dirá: «Es imposible seguir aquí; mi marido está dentro con cuatro primos hermanos míos. Tan verdad como que Dios y San Germán me ayuden, otra vez que vengáis haré cuanto os plazca, mas ahora habréis de ser paciente. Me voy, que me esperan». Pero antes de irse, deberá cuidarse de echarlo fuera, para no tener luego nada que temer.

(vv. 14211-14230)

Luego, la dama volverá junto al primero, para no hacerle esperar demasiado en su incómodo escondite y para evitar que tal situación le desagrade y le conduzca al desánimo. De este modo, ella le consolará de nuevo. Será preciso que él pueda salir de su prisión y vaya a acostarse con ella en su lecho y entre sus brazos. Que ella se encargue, sin embargo, de que él no se acueste sin miedo: le convencerá y le dirá que es una insensata y temeraria y que le jura por el alma de su padre que paga su amor muy caro, exponiéndose a semejante aventura; aunque, en realidad, ella se sentirá más segura que los que campan a sus anchas por viñas y campos. El placer tomado en total seguridad agrada menos y es menos preciado.

(vv. 14231-1450)

Y cuando deban estar juntos, que ella tenga cuidado de que su amigo, aunque la tenga con solaz, no se una a

ella mientras sea de día. Cerrará antes las ventanas y sumirá en penumbra la alcoba, de modo que, si tiene algún defecto o mancha en la piel, su amigo no lo note. Que ella se cuide de que él no vea nada repugnante, pues se levantaría al punto y huiría veloz, y ella quedaría triste y avergonzada.

(vv. 14251-14262)

Y cuando estén en plena obra, cada uno actuará con tal juicio y sentido que el placer de uno y otro llegue sin falta en común y en el mismo instante, antes de concluir el acto. Deben esperarse el uno al otro para alcanzar juntos el final. Uno no debe dejar al otro detrás. No deben dejar de navegar hasta llegar juntos a buen puerto. Sólo entonces gozarán del más intenso placer.

(vv. 14263-14274)

Y si ella no encuentra placer en esto, habrá de fingirlo. Que imite y muestre todas las señales que conoce como placenteras, de modo que él crea que le agrada lo que en realidad aprecia menos que una castaña.

(vv. 14275-14280)

Y si el amigo, para su común seguridad, consigue que la dama vaya a su propia casa, ella deberá hacerse esperar un poco el día de la cita y poner cuñas, con el fin de que él sienta mayor deseo antes de poder tenerla a su gusto. El solaz de amor, cuanto más tarda, más agradable resulta por esa misma espera. Los que lo practican a su antojo lo desean menos.

(vv. 14281-14292)

Y cuando la dama llegue a la casa donde tanto se la desea, que jure a su amigo y le convenza de que su celoso la espera con tal impaciencia que ella tiembla y se estremece sólo de pensar en las injurias o los golpes que teme a su regreso. Pero, por mucha desolación que

muestre, diga la verdad o mienta, que finja sentir miedo en lugar seguro, o que goce temerosamente de la seguridad, y que entonces ambos jueguen en la intimidad su lindo juego.

(vv. 14293-14306)

Si la dama no tiene la oportunidad de acudir a la casa de su amigo para divertirse con él, y si tampoco cabe recibirle en la suya, pues su celoso marido la tiene allí encerrada, deberá en cuanto pueda emborrachar a éste, a falta de mejor modo de librarse de él. Si llega el caso de que el vino no sea suficiente para embriagarle, deberá conseguir una libra de hierbas, más o menos, con las cuales y sin peligro le preparará algún plato o brebaje. Entonces él caerá en tan profundo sueño que, dormido, permitirá que la dama haga lo que desee, pues no podrá impedirlo.

(vv. 14307-14320)

Si la dama tiene sirvientes en la casa, enviará a uno aquí y a otro allá o les conquistará con pequeños regalos, para que le ayuden a recibir a su amigo. También puede embriagarlos si desea mantenerlos fuera del secreto.

(vv. 14321-14326)

O bien, si le place, puede decir al celoso: «Mi señor, no sé qué mal, fiebres, gota o abscesos, me abrasan y consumen todo el cuerpo. Es preciso que vaya a los baños termales; aunque tengamos aquí dos cubas, un simple baño casero no bastaría; creo que debo ir a esos baños.

(vv. 14327-14334)

Cuando el villano haya reflexionado, probablemente le dará permiso, aunque a regañadientes. Acompañarán entonces a la dama su camarera o alguna vecina que conozca todo el asunto, pues acaso tenga ella también

algún amigo. La dama, por su parte, también deberá conocer ese negocio. Así pues, ella irá a los baños, pero no buscará cuba ni bañera, sino acostarse con su amigo, a menos que prefiera, si eso les agrada, bañarse juntos. Allí, en efecto, él podrá esperarla, siempre que sepa que ella acudirá a la cita.

(vv. 14335-14350)

Nadie puede guardar a una mujer, si ella no se guarda a sí misma. Aunque el mismísimo Argo la observara y la vigilara con sus cien ojos, la mitad de los cuales velaban mientras la otra mitad dormían cuando Júpiter le hizo cortar la cabeza por haber liberado a Ío —Mercurio fue quien le decapitó para vengar a Juno—, despojada de su forma humana y cambiada en vaca, aun así, esa vigilancia no serviría de nada: ¡el que vigila a semejante ser es un idiota!

(vv. 14351-14364)

Por mucho que cuenten clérigos o laicos, la mujer no debe ser nunca tan necia como para creer ni pizca en encantamientos ni magia, en la ciencia de Baleno, en la magia o la nigromancia. Que no piense que, gracias a eso, podrá forzar a un hombre a amarla fatalmente, o bien a odiar por ella a cualquier otra mujer. Medea nunca logró retener a Jasón mediante hechizos, y Circe tampoco consiguió impedir que Ulises huyera, por más sortilegios que empleara.

(vv. 14365-14378)

Guárdese asimismo la mujer que tiene amante, por muy querido que sea para ella, de ofrecerle don de valor. Ofrézcale, si llega el caso, almohada o servilleta, cofia o limosnera que no le sean muy preciadas; quizá un ceñidor, un lazo o un cinturón cuyos broches no sean costosos; o bien un lindo cuchilllito, o una pelota de hilo, como acostumbran a dar las monjas, aunque quien frecuente a éstas es un insensato. Vale más amar a las

mujeres del mundo, porque así no te critican tanto y, además, ceden mejor a los deseos del hombre y saben embaucar mejor a sus maridos y padres. Aunque, por otro lado, unas y otras cuestan caras, y creo que las monjas aún más.

(vv. 14379-14398)

Por lo demás, cualquier hombre prudente desconfiaría del don de una mujer, pues los regalos de las mujeres no son, en realidad, sino redes de engaño, y la mujer que sufre el vicio de generosidad peca contra su especie: debemos dejarla para los hombres porque cuando nosotras, las mujeres, nos mostramos generosas, es para nuestra desdicha y nuestra perdición. Los diablos nos han hecho tan insensatas. Pero no importa, no hay muchas que acostumbren a hacer regalos.

(vv. 14399-14410)

Regalos como los que he citado antes, querido hijo, podéis usarlos para mofaros de los tontos, siempre que sea por burla. Guardad por otra parte todo lo que se os dé, y recordad la frontera hacia la que se dirige toda juventud, si se vive lo suficiente: quiero decir la vejez, que no deja de acercarse día tras día a nosotros; todo eso con el fin de que, si llegáis a esa vejez, no se os tenga por un imbécil, sino que os hayáis provisto de bienes suficientes para que nadie se ría de vos, ya que adquirir no vale un grano de mostaza, si luego no se sabe conservar.

(vv. 14411-14426)

¡Ay, desdichada de mí, yo no supe hacerlo así, y ahora me veo pobre por mi culpa! Di a los que más amaba los ricos presentes que me ofrecieron los que se abandonaban a mí. Según me daban, yo daba, y así nunca guardé nada. Tanto dar me ha reducido a la indigencia. Olvidé pensar en la vejez, que ahora me arroja en tal angustia. No me preocupé de la pobreza y

perdí el tiempo según venía, sin cuidarme de gastar con medida.

(vv. 14427-14440)

Por mi alma, si yo hubiera sido más prudente me vería hoy dama rica, pues fui requerida por hombres muy importantes cuando era hermosa y gentil, y recibía de todos ellos ricos presentes. Pero cuanto tomaba de aquellos, por la fe que debo a Dios y a San Teobaldo, se lo daba a un rufián que me agradaba más, aunque me cubría de vergüenza. Yo llamaba a los demás amigos, pero sólo le amaba a él, por más que no le importara un guisante, como él mismo me decía. Era un hombre malo, nunca lo he visto peor. No cesaba de insultarme; el bribón no sentía nada por mí y me trataba de vulgar puta. La mujer alcanza escaso juicio, y yo a la postre fui mujer. Nunca amé a hombre que me amase, pero sabed que si aquel rufián me hubiese quebrado el espinazo o partido la cabeza, seguro que yo se lo habría agradecido. Por mucho que me hubiera maltratado, yo siempre le habría recibido sobre mí, pues sabía muy bien cómo hacer las paces. Aunque me hubiese insultado, golpeado o arrastrado, o me hubiese herido y amoratado el rostro, nunca me abandonaba sin pedirme perdón. Tras las peores injurias, me hablaba de paz y me colmaba de juegos de amor, con lo cual volvíamos a la concordia. Me había atado completamente a su cuerda, pues era muy gallardo aquel falso traidor, aquel ladrón. Sin él no podía vivir y siempre estaba deseando ir tras él. Si él se hubiese marchado, yo le habría seguido hasta Londres, en Inglaterra; hasta ese punto me agradaba y me gustaba.

(vv. 14441-14485)

Aquel hombre me cubrió de vergüenza, y yo también a él. Con los dones que recibía de mí, llevaba una vida disipada, sin ahorrar nada, pues todo lo jugaba a dados en las tabernas. Nunca jamás aprendió oficio alguno.

Entonces no sentía esa necesidad, pues yo, que tenía abundantes recursos, le pasaba lo suficiente para sus gastos. Todos mis amantes me pasaban renta, y él gastaba sin tasa, siempre en ese desenfreno, y enviciado por la buena vida. Tenía la boca tan fina que nunca se esforzó en algo honorable, y la vida sólo le gustaba en medio de la holgazanería y de los placeres. Al final, tuvo su castigo en la indigencia, en cuanto mis favores le faltaron. Se vio pobre y mendigando su pan; a mí tampoco me quedaba un céntimo y no había tomado marido.

(vv. 14486-14507)

Entonces me vine aquí, como os he contado, atravesando matorrales y arañando mis mejillas. Recordad mi estado, dulce y querido hijo, y que os sirva como ejemplo. Sed prudente y avisado; sacad provecho de las lecciones de mi experiencia, porque cuando vuestra rosa se haya ajado y os nazcan cabellos blancos, dad por seguro que los regalos os escasearán.

(vv. 14508-14516)

Tales fueron los consejos de la Vieja. En silencio, Dulce Albergue ha escuchado todo con gusto. Ahora desconfiaba menos que antes de la Vieja, y se daba cuenta de que, si no fuera por Celos y sus porteros, en los que confían —al menos en los tres que quedan y que corren apresurados por el castillo, prestos a defenderlo con uñas y dientes—, la fortaleza sería fácil de tomar. Pero él desespera ya de tomarla, viendo el celo de esos guardianes. En cuanto a Mala Lengua, la muerta, ninguno muestra pena por ella, pues nadie en aquel recinto la quería: había murmurado de todos y les había traicionado ante Celos, así que todos la odiaban tanto que ninguno habría dado un ajo por salvarla, menos quizá la propia Celos. Ella amaba en demasía su comadreo y le prestaba oídos con gusto. Luego quedaba muy triste, cuando la infame, que no le ocultaba cosa que

pudiese recordar, la camelaba con historias de las que sólo mal podía venir. Pero en esto erraba gravemente Mala Lengua, pues contaba más de lo que sabía, y siempre añadía sus chismes a los rumores que había oído. Siempre engordaba las noticias que no eran hermosas ni gratas y empequeñecía las buenas. Así atizaba a Celos, como quien empleaba toda su vida en la envidia y la maledicencia. Tanta alegría dio a todos verla muerta que nadie hizo cantar una misa por ella. Todos piensan que no han perdido nada, porque, si permanecen juntos, podrán defender la fortaleza sin miedo, pues ni cien mil hombres podrían tomarla: «Poco podremos —dicen todos— si no sabemos proteger cuanto guardamos aquí sin esa bribona. ¡Esa fementida traidora, esa truhana, cuya alma se hunda en el más pestilente infierno y allí arda y se consuma, no hizo aquí sino maldades!» Eso afirman los tres porteros; pero, digan lo que digan, han quedado bastante debilitados.

(vv. 14517-14573)

Tras el largo discurso de la Vieja, Dulce Albergue toma de nuevo la palabra. Tras un momento de silencio, habla poco y dice, como joven bien educado:

—Mi señora, me habéis enseñado vuestro arte con suma bondad, y yo os lo agradezco de corazón. Mas, cuando me habéis hablado del amor, ese dulce mal que se tiene por tan amargo, era materia extraña para mí. Sólo lo conozco por rumores, y no deseo saber nada más. En cuanto a vuestros consejos sobre el dinero, me habéis exhortado a amasar grandes riquezas; os diré que me basta con lo que tengo. Respecto a las maneras gentiles y corteses, seguiré de buen grado vuestros consejos. En la magia, arte del diablo, no creo para nada, sea verdadera o pura fantasía.

(vv. 14574-14592)

Sobre el doncel de que me habláis, lleno de tantas virtudes y méritos, repleto de todas las gracias, que se

las quede todas. No las quiero para mí, antes bien se las dejo. Ni le odio, ni le amo lo suficiente, aunque haya aceptado su guirnalda, como para llamarle amigo, a no ser en el sentido más general, como cuando se dice: «¡Bienvenida seáis, amiga mía! ¡Amigo, Dios os bendiga!» Yo no le amo ni le sirvo, si no es de forma buena y honrada. Sin embargo, puesto que él me ha ofrecido y yo le he aceptado su regalo, me place y agrada que, si puede y tanto lo desea, venga a verme. No me encontrará remiso en recibirle, siempre y cuando Celos, que le odia y desprecia, se encuentre lejos. Y aun así, temo que incluso después de haberse ido no vuelva, pues muchas veces, después de disponer todas sus cosas y partir, reflexiona y se vuelve a mitad de camino y nos zarandea y sacude a todos. Si por ventura el joven llega hasta aquí, Celos es tan cruel y tan dura conmigo que, si le encuentra —aunque no pueda acusarme de nada—, me hará despedazar vivo. Recordad su crueldad.

(vv. 14593-14632)

En ese punto, la Vieja le tranquiliza:

—Yo me encargo de todo el asunto. Aquí es imposible que le descubran, aunque la misma Celos estuviera presente. Te aseguro que conozco tantos escondites, y le ocultaré con tal sutileza que antes encontraría Celos un huevo de hormiga en un pajar que al joven, tan verdad como que Dios y San Remigio me socorran.

—Acepto, pues, dice Dulce Albergue, que venga, pero que se comporte como es debido y se guarde de cualquier ultraje.

—Por el cuerpo de Dios, hablas con sentido, como hombre prudente y avisado, lleno de sabiduría y prez.

(vv. 14633-14648)

Entonces ambos callaron y se separaron. Dulce Albergue se dirigió a su aposento y la Vieja se levantó también para continuar con sus quehaceres. Cuando coincidieron el lugar, el momento y la ocasión

en que la Vieja vio solo a Dulce Albergue y con posibilidad de hablar con él tranquilamente, corrió escaleras abajo fuera de la torre y galopó sin parar hasta mi morada, para indicarme lo que tenía que hacer. Se detuvo ante mí, agotada y sofocada:

(vv. 14649-14663)

—¿Llego a tiempo —dijo— para merecer unos guantes, si os traigo dulces nuevas frescas y recientes?

—¿Guantes? Señora, os juro que tendréis vestido, manto y sombrero bordado de piel de petigrís y botas a vuestro gusto, si me traéis noticias gratas.

(vv. 14664-14672)

La Vieja me animó entonces a subir al castillo, donde me aguardaban, pero no quería regresar sin enseñarme la manera de entrar: «Lo haréis por la puerta trasera, para disimular mejor el asunto. Yo os la abriré. El paso es discreto. Hace más de dos meses y medio que nadie ha abierto esa puerta.

—Por San Remigio, señora, dije yo, aunque valga diez o veinte libras la vara —pues yo recordaba bien que Amigo me había aconsejado prometer, aunque luego no pudiera cumplir—, tendréis un magnífico paño, azul o verde, si encuentro libre esa puerta.

(vv. 14673-14688)

En estas, la Vieja se alejó y me fui solo hacia la puerta trasera que me había indicado, rogando a Dios que me condujera a buen puerto. Sigiloso, llegué a la puerta que la Vieja había dejado entreabierta. Entré y la cerré, pues me sentía más seguro, sobre todo tras la muerte de Mala Lengua. Ninguna otra muerte me causó mayor placer. Dentro, pude ver su puerta destrozada. En cuanto la atravesé, encontré a Amor con su ejército, que me ayudaba. ¡Dios, qué gran ventaja tomaba con aquella victoria de los vasallos de Amor! ¡Que Dios y San Benito les bendigan! Eran, en efecto el traidor de Falso Sem-

blante, el hijo de Embaucador, el felón ministro de su madre, doña Hipocresía, que tanto detesta las virtudes, y doña Forzosa Abstinencia, preñada por Falso Semblante y presta a parir al Anticristo, como se halla escrito en los libros. Habían destrozado la puerta; rezaré por ellos, pase lo que pase. Señores, quien desee ser perjuro y traidor haga de Falso Semblante su señor y acepte a Forzosa Abstinencia. Que finja ser simple y guarde dobleces.

(vv. 14689-14722)

Así pues, cuando vi la puerta vencida y derribada, y hallé a las tropas dentro, prestas al ataque bajo mis órdenes, ¡que nadie me pregunte si me sentí gozoso! Entonces pensé para mis adentros cómo encontrar a Dulce Mirada. Mas ¡aquí viene! ¡Amor me la envía para darme ánimos! Largo tiempo me había visto privado de ella; por eso, al verla, por poco no caí desmayado de contento. Y cuando me reconoció, también se alegró de verme en el castillo. Me mostró enseguida a Dulce Albergue, que corrió a mi encuentro, como joven cortés y bien educado por su madre Cortesía. Cuando llegó, le saludé inclinándome, y él me devolvió el saludo y me agradeció la guirnalda de flores.

(vv. 14723-14743)

—Señor, no lo merezco, pues soy yo quien debo agradeceros cien mil veces que me hayáis hecho el gran honor de aceptarla. Si queréis concederlo, quedo a vuestras órdenes para hacer lo que os plazca, me cueste risas o llanto. Deseo ponerme enteramente a vuestro servicio para honraros y seros útil. Si deseáis mandarme alguna cosa, o encargármela sin mandar, o si me entero de vuestros deseos de otra manera, emplearé en vuestro favor mi saber y mis fuerzas, e incluso pondré mi alma en peligro sin ningún remordimiento. Para convenceros, ponedme a prueba y, si fallo, que no reciba gozo alguno de mi cuerpo o de mis bienes.

(vv. 14744-14764)

—Debo daros las gracias, buen señor, y os diré a mi vez que, si tengo algo que anheláis, deseo que lo disfrutéis: tomadlo sin pedir permiso, como si fuérais yo mismo, para vuestro servicio y placer.

—Señor, os doy de nuevo cien mil gracias, y ya que me permitís disponer así de vuestras cosas, no puedo esperar más para solicitaros algo que me causará mayor alegría que todo el oro de Alejandro.

(vv. 14765-14777)

Entonces me adelanté y tendí las manos hacia la rosa que tanto ansiaba, para satisfacer todo mi deseo. Creía que, después de nuestras dulces y tiernas palabras y nuestra amistosa entrevista, llena de buenas actitudes, cogerla sería fácil, pero sucedió todo lo contrario. ¡Mucho falta para que se cumpla lo que sueña un insensato! Apareció allí un cruel obstáculo. En efecto, mientras me dirigía hacia la rosa, apareció el villano de Rechazo, ¡al que ojalá estrangule un lobo! y me vedó el paso. Se había quedado escondido detrás, en un rincón, espiándonos y escribiendo todo cuanto decíamos. Entonces me gritó:

(vv. 14778-14796)

—¡Fuera de aquí, vasallo, largaos, fuera! ¡No importunéis más! ¡Los diablos os han dejado entrar, esos malditos rabiosos que gozan con tales actos! ¡Ojalá se os lleven y os marchéis todos! ¡Que ningún santo ni santa os socorran! ¡Joven, joven, tan cierto como que Dios me salve, poco falta para que no os rompa la frente!

(vv. 14797-14805)

Al oír al villano gritar «¡fuera de aquí!» y no callarse, sino mentar a diablos y santos, saltó Miedo y acudió también Vergüenza. ¡Dios, cuán felones hospederos!

(vv. 14806-14812)

Enfadados y enloquecidos, me cogen y sujetan mis manos:

—No conseguiréis de la rosa —dicen— más de lo que habéis recibido hasta ahora. Habéis interpretado muy mal lo que Dulce Albergue os ha ofrecido, cuando ha aceptado hablar con vos. Os ofrecía sus bienes gentilmente, con la condición de que fuerais honrado. Pero a vos no os importa la honradez; habéis tomado el ofrecimiento literalmente, y no en el sentido adecuado, pues ni qué decir tiene que, cuando un hombre de bien ofrece un servicio, es en sentido figurado; así lo entiende al proponerlo. Así que decidnos, señor tramposo, al oír sus palabras, ¿por qué no las habéis interpretado como se debe? Tomarlas al pie de la letra indica un tosco entendimiento, si no es que habéis aprendido, astuto, a fingiros necio. Dulce Albergue no os ofrece la rosa en absoluto, pues no sería honesto que la consiguieseis, o que la obtuvieseis sin conquistarla. Cuando, por vuestra parte, os habéis ofrecido a él, ¿en qué sentido lo hacíais? ¿O es que veníais con la intención de engañarle y de robarle la rosa? Sois un traidor y un tramposo, ofreciéndoos a servirle para convertiros en su más íntimo enemigo. Jamás se ha visto en libro alguno que pueda llegarse a este punto para engañar y causar daño. Aunque perezcáis de dolor, no os haremos ningún caso: abandonad este recinto. Los demonios os traen de nuevo, porque debierais recordar que no hace mucho os echamos ya de aquí. ¡Así que largo! ¡Id a buscar fuera! La que permitió el paso a semejante bribón no fue nada prudente, aunque ignoraba vuestros pensamientos y vuestra traidora intención, pues de haber sospechado esta deslealtad jamás lo habría hecho. Bien burlado ha quedado también el joven e indefenso Dulce Albergue, habiéndoos recibido en su prisión. Él creía haceros un favor y vos le pagáis con engaño. A fe mía, el mismo provecho saca quien transporta a un perro en su barco: cuando se ve en la orilla, ladra. Buscad vuestra presa en otra parte y alejáos de

este castillo. Bajad de inmediato estas escaleras sin causar problemas, o no podréis ni contar los escalones, pues podría venir quien os cogiera y os arrojara abajo, partiéndoos la frente.

(vv. 14813-14878)

¡Señor necio, señor osado, falto de toda lealtad! ¿Qué mal os ha hecho Dulce Albergue? ¿A causa de qué pecado, de qué falta, le habéis respondido con esta traición, vos que le ofrecíais cuanto tenéis? ¿Será acaso porque el doncel os recibió y, engañándonos a nosotros y a sí mismo, os ofreció al punto sus perros y sus pájaros? Obró neciamente, ya lo sabe, y por esta acción, así como por la que cometió la otra vez —tan verdad como que Dios y la Santa Fe me protejan—, será prisionero en tal cárcel que jamás se conoció tan severa. Allí quedará encadenado con argollas de hierro y nunca más le veréis en la calle, ya que así nos turba y nos engaña. ¡Para su mal lo habéis visto! ¡Por su culpa todos hemos sido engañados!

(vv. 14879-14902)

Entonces lo apresan y a golpes lo meten en la torre; con malos tratos lo encierran bajo tres pares de llaves en otras tantas cerrajas, sin añadir más grilletes ni castigos. Esa vez no le hicieron mayor daño, pero fue por las prisas que los guardianes tomaron, y le prometen peor trato cuando regresen la próxima vez.

(vv. 14903-14912)

No quedó así el asunto, pues los tres volvieron a mí, que me había quedado fuera, triste, pesaroso, abatido y lloroso, y de nuevo me atacan y atormentan. ¡Dios quiera que un día tengan que arrepentirse del gran ultraje que me hacen! Mi corazón se siente tan hundido en el dolor que casi me rendiría a ellos, mas no deseaban cogerme vivo. Me esforcé entonces por que se aplaca-

ran ya que deseaba ser encerrado en la prisión de Dulce Albergue:

(vv. 14913-14925)

—Rechazo —dije—, buen gentilhombre, de corazón franco y cuerpo valiente, el más piadoso que conozco, y vosotras, Vergüenza y Miedo, bellas, prudentes, francas y nobles doncellas, distinguidas en hechos y en palabras y nacidas del linaje de Razón, permitid que yo sea vuestro esclavo y que sufra prisión en el mismo lugar que Dulce Recibimiento y que nunca sea liberado. Os prometo lealmente, si me encerráis en esa prisión, que os serviré en cuanto gustéis. A fe mía, si yo fuese ladrón, traidor o criminal acusado de cualquier muerte, y desease la prisión por estas razones, no tardaría en obtenerla. Por Dios que, incluso sin pedirla, me encarcelarían en cualquier país en cuanto pudieran prenderme, y no me dejarían escapar aunque me tuvieran que cortar en pedazos. Os suplico por Dios que me concedáis la prisión perpetua junto a él, y si luego, con pruebas o sin ellas, se demuestra que no os he servido bien, sacadme para siempre. Todos los hombres tienen fallos; sin embargo, si yo cometo alguna falta, empaquetad mis cosas y quitadme vuestros grilletes, pues si en algo os contrario, deseo recibir castigo. Sed vosotros mismos, y nadie más, mis jueces. Me someto por completo a vosotros, pero sólo a vosotros tres y a Dulce Albergue, a quien acepto por cuarto juez. Podemos contarle este asunto, y si vosotros no os ponéis de acuerdo para aceptarme, que él actúe de mediador y os haga observar el acuerdo. Aunque me apalearais o me matarais, nunca me movería de aquí.

(vv. 14926-14976)

Al punto Rechazo exclamó:

—¿Pero qué petición es ésta? ¡Encerraros con él, a vos que tenéis el corazón tan ligero y a él, que es tan bondadoso! ¡Sería como encerrar al zorro con las gallinas para dulces amoríos! A pesar de cuantos servicios nos ofrezcáis, sabemos bien que no pretendéis sino buscarnos vergüenza y daño, y por ello no nos interesa vuestro servicio. Por otra parte, sois un insensato para proponerle a él como juez. ¡Juez! ¡Por el buen rey celestial!, ¿cómo puede convertirse en juez y encargarse de un arbitrio una persona ya apresada y encarcelada? ¡Dulce Albergue está en prisión y juzgado, y vos pretendéis concederle la dignidad de poder ser árbitro o juez! Antes volverá el Diluvio que nosotros consintamos dejarle salir de la torre, y morirá a nuestro regreso, pues lo merece por la sola razón de haberse puesto a vuestro servicio y haberos ofrecido cuanto posee. Por esa falta se pierden todas las rosas. Cualquiera que pasa pretende cogerlas, si se ve bien recibido; mas, si se mantuviera a Dulce Albergue en la jaula, nadie las dañaría jamás, y ningún hombre conquistaría de ellas más de lo que el viento se lleva, a menos que les infligiera alguna violencia digna de villano; aunque, en tal caso, su fechoría le pondría en riesgo de ser proscrito o colgado.

(vv. 14977-15014)

—En verdad —contesté—, grave fechoría comete quien destruye y aprisiona sin razón a un hombre sin maldad. Al tener preso a Dulce Albergue, persona tan valerosa, tan honesta y que a todo el mundo causa gozo, sin más motivo que haber sido amable conmigo, os portáis mal con él, ya que según razón, debería salir ahora mismo de la cárcel. Por lo tanto, os ruego que le saquéis y se vea libre de todo este asunto. Bastante daño le habéis causado ya; esforzáos en que nunca más se vea preso.

(vv. 15015-15030)

—¡A fe que a este imbécil le gusta embaucarnos! —exclamaron—. Nos la quiere jugar y traicionarnos a base de palabrería para liberar a Dulce Albergue.

Pero pretende lo imposible. Ni por puerta ni por ventana alguna sacará jamás ni la cabeza.

(vv. 15031-15037)

En ese punto, se lanzan los tres sobre mí y me empujan para echarme fuera. No me hubiera causado mayor dolor que me crucificaran. Así que yo, que antes les pedía gracia sin alzar la voz, exclamo entonces en voz baja «¡al ataque!», dirigiéndome a los que me debían auxilio, de forma que me oyeron los centinelas de nuestras huestes. Al entender que me maltrataban, gritaron:

(vv. 15038-15048)

—¡A ellos, a ellos, nobles! ¡Si no corremos a socorrer a este leal amante, está perdido, por Dios! Los porteros lo han amarrado o matado, o bien le dan de puñetazos, lo azotan o lo crucifican. Con voz débil ha pedido ayuda, y les ha suplicado gracia en tan bajo tono que apenas se escuchan sus palabras. Tan débilmente grita, en efecto, que si le oyerais pensaríais que ha enronquecido de tanto gritar, o que los otros le aprietan la garganta hasta casi estrangularle y asfixiarle. Hasta tal punto han apagado su voz que ya no puede gritar. No sabemos lo que planean hacer con él, pero seguro que es muy malo. Si no le socorremos de inmediato, morirá. Dulce Albergue, que le daba valor, ha huido a paso ligero. Es necesario que reciba ahora otra ayuda, hasta que pueda recobrarle. Hay que echar mano a las armas.

En efecto, los guardianes me habrían matado allí, si mi ejército no hubiese llegado a tiempo.

(vv. 15049-15074)

Cuando oyeron aquello, y supieron y vieron que yo había perdido gozo y solaz, los nobles se hicieron a las armas. Yo, que había caído en la red donde Amor atrapa a todos, observé sin moverme el combate, que comenzó con gran dureza. En cuanto los porteros vieron que un

gran ejército se cernía sobre ellos, se juntaron los tres y se aliaron, y se juraron mutuamente que se ayudarán con todas sus fuerzas y que nunca en la vida se separarán, pase lo que pase. Y yo, que no dejaba de admirar su aspecto y su apariencia, me apené mucho ante esta alianza.

(vv. 15075-15092)

Los del ejército, por su parte, al ver la alianza que los porteros habían sellado, se juntan también y se unen, y juran que no se separarán nunca, sino que morirán todos en la misma empresa, o serán capturados o destrozados, o bien conseguirán la victoria en el combate, porque todos arden en deseos de pelear para rebajar la soberbia de los porteros. Pronto entraremos en combate y oiréis cómo lucha cada uno.

(vv. 15093-15104)

¡Escuchad, pues, leales amantes! ¡Que el dios de Amor os sea propicio y os conceda gozar de vuestros amores! Si me escucháis, en este bosque podréis oír ladrar a los perros que persiguen al conejo que buscáis, y también oiréis al hurón que lo hará caer en vuestras redes. Aprended lo que aquí os voy diciendo y seréis diestros en el arte de amar. Y si algo os resulta difícil de comprender, yo os lo aclararé en cuanto me oigáis explicar el sueño. Cuando me hayáis oído glosar el texto, sabréis cómo argumentar sobre amor, si alguien os discute. Y por este libro conoceréis cuanto yo he escrito antes y cuanto escribiré después. Pero, antes de seguir, quiero ocuparme un poco en otras cosas, no para haceros perder el tiempo, sino para defenderme de la mala gente, y justificarme frente a ellos.

(vv. 15105-15128)

Así pues, señores enamorados, os ruego por los deleitosos juegos de amor, que si encontráis en mi libro alguna palabra que parezca demasiado cruda o desmedi-

da, amparándose en la cual los murmuradores puedan reprocharme por lo que vaya a decir o haya dicho, me la corrijáis cortésmente. Y cuando la hayáis corregido, moderado, cambiado o quitado, si mis frases quedan de manera que yo deba pedir perdón por ellas, os ruego ya que me las perdonéis y repliquéis de mi parte a los murmuradores que la materia que me inclina a emplear semejantes términos lo exigía, y por eso me expresé así. Pues hacer esto es cosa recta y justa, según confirma la autoridad de Salustio, que nos dice en sentencia verdadera: «Aunque no sea pareja la gloria del autor de un acontecimiento y la del escritor que lo pone fielmente por escrito en un libro para describirlo con mayor verdad, no es sin embargo cosa fácil, sino de gran mérito, reflejar como se debe los hechos por escrito; pues quien escribe la cosa y no quiere omitir la verdad, debe lograr que dicho y hecho coincidan, ya que las voces, vecinas de las cosas, deben ser primas de los hechos.» Por lo tanto, si he de ir por el camino recto, debo expresarme tal como lo hago.

(vv. 15129-15164)

Os ruego también, mujeres valerosas, seáis damas o doncellas, enamoradas o sin amigos, que si encontráis aquí palabras que parezcan mordientes y caninas contra las costumbres femeninas, no me lo reprochéis ni difaméis mi escrito, pues todo él pretende tan sólo enseñar, y nunca diré nada en él, ni tengo deseos de decirlo por causa de embriaguez, ira, odio ni envidia alguna, que vaya en contra de una mujer viva. En efecto, nadie calumnia a una mujer si no tiene el peor de los corazones. Mas yo he escrito esto para que nosotros y vosotras tengamos un mayor conocimiento de vosotras mismas, porque es bueno adquirir sabiduría. Por otra parte, damas honorables, si os parece que cuento fábulas, tenedme por embustero, pero consultad los autores, que han escrito en sus libros las mismas palabras que yo, si no mienten los sabios que hicieron los libros antiguos.

Todos están de acuerdo conmigo al hablar de la naturaleza femenina, y ninguno era necio ni estaba borracho cuando escribieron esto en sus libros.

(vv. 15165-15198)

Ellos conocían los hábitos de las mujeres por su propia experiencia, y los explicaron según los comprobaron en aquellas con las que tuvieron trato, cada uno en su tiempo, así que nada debéis reprocharme: yo no hago más que recitarlos, salvo que añada alguna palabra, por licencia que poco os gravará, tal y como acostumbran los poetas entre ellos. Cuando alguno trata una materia, se complace con frecuencia en introducir algo, ya que, como atestiguan los libros, su única intención es ofrecer provecho y deleite.

(vv. 15199-15212)

Y si algunas gentes gruñen en contra de mí, se alarman e irritan porque sienten que les reprendo en el capítulo donde refiero las palabras de Falso Semblante, y por tal causa se unen para calumniarme, o pretenden castigarme porque les duele lo que he dicho, ahora mismo protesto y afirmo que nunca fue mi intención la de hablar contra hombre vivo alguno que siga la santa religión y emplee su vida en buenas obras, sea cual sea el vestido con que se cubra. Yo cogí y tensé mi arco, gran pecador que soy, para disparar mi saeta y herir al azar. ¿Para herir? No, más bien para conocer a la gente desleal, fuesen seglares o de claustro, los malditos a quienes Jesús llama hipócritas, de los que muchos, a fin de parecer más honestos, renuncian de por vida a comer carne de animales, en signo de penitencia, tal como nosotros cumplimos nuestra abstinencia en Cuaresma, pero llenos de su ponzoñosa intención devoran vivos a los hombres con los dientes de la detracción. Nunca apunté a otra presa. Allí quise y quiero que se dirija mi saeta, pues disparé a bulto sobre todos ellos. Y si alguno se pone a tiro para recibir la flecha, con la orgullosa

idea de ser alcanzado y quejarse luego de que yo le he herido, yo digo que ni tengo ni tendré culpa, aunque se muera, ya que no puedo herir a nadie que se proteja del golpe mediante un buen conocimiento sobre sí mismo.

(vv. 15213-15256)

Además, quien se sienta herido por el dardo que yo haya lanzado, no tiene más que dejar de ser hipócrita y sanará su herida. Aun así, aquel que se queje y se finja hombre sincero, por mucho que me proteste habrá de saber que nunca creo haber dicho cosa que no quede demostrada en los libros o que sea demostrable por razonamiento, por muy desagradable que resulte. Y si yo escribo alguna palabra que la Santa Iglesia considere insensata, estoy presto a recibir castigo según su voluntad, si puedo bastar para ello.

(vv. 15257-15272)

Así pues, primero se enfrentó la humilde Franqueza contra Rechazo, que era soberbio y arrojado y con semblante felón y arrogante. En su puño llevaba Rechazo una maza que blandía fieramente, asestando golpes tan terribles que cualquier escudo, si no era maravilloso, se hubiera partido sin remedio; cualquiera que se enfrentara a él había de rendirse vencido si aquella maza le alcanzaba, o bien, si no era muy diestro en armas, había de caer descalabrado y aplastado. Rechazo la había cogido en el bosque de Negación, el horrible ruin a quien yo desprecio. Su escudo era de «maltratar», bordeado de «ultrajar».

(vv. 15273-15290)

Por su parte, Franqueza iba bien armada y a duras penas sería alcanzada, porque sabía cubrirse bien. Franqueza se lanza pues contra Rechazo, para abrir la puerta. Llevaba en su mano una fuerte lanza, hermosa y pulida, que trajo del bosque de Zalamería. Ni en Bière crece otra igual. La punta era de «dulces súplicas».

También llevaba Franqueza, con gran devoción, un escudo de «ruegos» bordeado de «manos entrelazadas», pues nunca fue de menos, y también de «promesas», «confianzas», «juramentos» y «compromisos», coloreado muy lindamente. Todos habríais dicho que se lo había dado Generosidad y también que ésta se lo había pintado y grabado, pues parecía trabajo muy propio de ella.

(vv. 15291-15311)

Franqueza, bien cubierta, blande el asta de su lanza y la arroja contra el villano, que no tenía corazón de cobarde, antes bien parecía Reinaldo, el de la clava, revivido. El escudo de Rechazo se habría partido, pero era tan desmesuradamente fuerte que no sufría ante arma alguna, de modo que con él se cubrió del golpe y no reventó su panza. Además, la punta de la lanza se rompió y Rechazo no se resintió del ataque. El villano traidor y furioso iba bien armado: toma la lanza y la despedaza a golpes con su maza, y luego prepara un golpe rudo y fuerte: «¿Quién me impedirá golpearte, sucia zorra vil? —le dice—. ¿Cómo has sido tan osada para atacar a un valiente?». Golpea sin fallar sobre el escudo de Franqueza, la bella valerosa y cortés y la obliga a retroceder una toisa, atemorizada, y a caer de rodillas. Mucho la insulta y la golpea, y estoy seguro de que hubiera muerto por ese golpe si su escudo hubiese sido de madera.

(vv. 15312-15340)

—La otra vez os creí, doña guarra, soldadera —dice— y no hice bien. Vuestra adulación me traicionó y por vuestra culpa toleré el beso que ansiaba ese bribonzuelo. Bien neciamente le favorecí; los diablos me impulsaron a ello. ¡Por el cuerpo de Dios, en mala hora vinisteis aquí y asaltasteis nuestro castillo! ¡Aquí habréis de perder la vida!

(vv. 15341-15351)

Y la bella le pide piedad por Dios y que no la reviente, pues no puede más. Entonces, el villano sacude la cabeza y enloquecido de rabia, jura por los Evangelios que la matará sin remisión. Ante esa escena, Piedad siente gran despecho y corre hacia el villano para socorrer a su amiga.

(vv. 15352-15360)

Piedad, siempre inclinada hacia la bondad, llevaba en lugar de espada una misericordia, enjuagada siempre en lágrimas y llanto. Su acero era tan agudo, si no mienten los autores, que atravesaría una roca de diamante en cuanto su punta se clavara en ella. Su escudo era de «consuelo», bordeado de «gemidos» y lleno de «suspiros» y «lamentos». Piedad, que lloraba abundantes lágrimas, acosa por todas partes al villano, que se defiende como un leopardo. Mas, cuando ella hubo regado de lágrimas al sucio villano zafio, éste comenzó a reblandecerse y, aturdido, creyó ahogarse en un río. Nunca se vio tan duramente alcanzado de palabra u obra, y siente desfallecer toda su dureza. Débil y flojo, se tambalea, vacila y pretende huir, cuando Vergüenza le grita:

(vv. 15361-15384)

—Rechazo, Rechazo, ruin probado, como Dulce Albergue escape por culpa de vuestra cobardía, nos haréis caer presos a todos, pues rendirá la rosa que aquí tenemos encerrada. Sólo os advierto esto: si él entrega la rosa a ese rufián, pronto se verá lívida, pálida, ajada o marchita. Y es aviso también de que podría soplar hacia aquí algún viento que nos causaría gran daño y pérdida si hallase la entrada franca, pues esparciría su grano o bien arrastraría otro que preñaría a la rosa. ¡Dios quiera que tal semilla no caiga aquí! Gran desgracia nos traería, porque incluso antes de caer podría provocar la muerte de la rosa; o bien, si la rosa escapaba de esa muerte, el viento podría agitarla con tal fuerza que los

granos se entremezclasen y cargasen con su peso a la flor, que se inclinaría y al caer rajaría alguno de los pétalos y dejaría ver el capullo verde, cosa que Dios no quiera, pues todos dirían que la rosa había sido encomendada a rufianes. Celos, que se enteraría de todo, nos tomaría odio y nos condenaría a muerte. ¡Los diablos os han trastornado así!

(vv. 15385-15422)

Rechazo grita: «¡Socorro, socorro!», y acude Vergüenza al punto. Se acerca a Piedad, que la teme bastante, y la amenaza:

—¡Habéis vivido demasiado! —le dice—. ¡Voy a destrozaros el escudo y pronto yaceréis en el suelo! ¡En mala hora emprendisteis esta guerra!

(vv. 15423-15430)

Vergüenza lleva una espada grande y bella, bien hecha y bien templada, que ella misma forjó apocadamente con «temor de ser notado». Se defendía con una fuerte rodela, hecha con una madera llamada «miedo a la mala fama», y en su borde había pintado muchas lenguas. Golpea a Piedad y la hace retroceder casi a punto de rendirse vencida. Entonces aparece Deleite, hermoso doncel, fuerte y distinguido, y se lanza contra Vergüenza. Empuñaba una espada de «alegre vida», un escudo de «solaz» —del que yo carecía—, bordeado de «gozo» y de «contento». Golpea a Vergüenza, pero ella se protege con su rodela tan hábilmente que el golpe no le hizo ningún daño. A su vez, Vergüenza contraataca y golpea a Deleite con tal fuerza que le rompe el escudo sobre la cabeza y lo derriba, y le hubiera hundido el filo hasta los dientes si, en ese mismo instante, Dios no hubiese llevado allí a un joven llamado Discreción.

(vv. 15431-15456)

Discreción era un buen guerrero, hábil y avezado terrateniente, y llevaba una espada silenciosa, como si

hubiera sido hecha con «lengua cortada». La blande tan calladamente que no se oiría en una toisa, pues por muy fuerte que la agite, no se escucha ni su propio eco. Su escudo era de «lugar secreto», tanto que jamás gallina alguna puso sus huevos allí, y bordeado de «idas seguras» y de «venidas ocultas». Discreción alza su espada y da tal golpe a Vergüenza que por poco no le abre la frente, y la deja aturdida:

(vv. 15457-15471)

—¡Vergüenza —le dice—, esto no lo sabrá en su vida Celos, la doliente desdichada! Podría asegúraroslo y jurarlo por mi mano y aún por cien juramentos. ¿Qué mayor seguridad? Ahora que Mala Lengua ha muerto, vos quedáis presa, no os mováis.

(vv. 15472-15480)

Vergüenza no sabe qué decir. Entonces Miedo, que era una cobarde, avanza lleno de ira. Mira a su prima Vergüenza y, al verla en penosa situación, echa mano a su espada, que era muy afilada. Se llamaba «sospecha de soberbia», porque estaba hecha con ese material, y cuando la sacó de su vaina brilló más clara que ningún berilo. Llevaba también Miedo un escudo de «temor al peligro», bordeado de penas y sufrimientos, y con eso se esfuerza por destrozar a Discreción. Por vengar a su prima, Miedo avanza para asestar tal golpe sobre el escudo de Discreción que éste no se puede proteger y, aturdido, se tambalea. Entonces llama a Arrojo y éste acude, pues si Miedo descargara otro golpe sería muy grave y Discreción moriría sin remedio.

(vv. 15481-15504)

Arrojo era valiente y atrevido, avezado en palabras y obras. Llevaba una buena espada, bien afilada, hecha de acero de «temeridad». Su escudo era muy famoso, y se llamaba «desprecio de la muerte». Estaba bordeado de «abandono a todos los peligros». Avanza pues contra

Miedo, locamente, y se prepara para darle el más fuerte y terrible golpe, pero lo esquiva y se protege, pues conocía toda la ciencia de la esgrima. Tras evitar ese golpe, Miedo le descarga uno tan vigoroso que el escudo de nada le sirve a Arrojo, que cae al suelo. Al sentirse vencido, junta sus manos y ruega por Dios merced y que no lo mate, pero Miedo dice que sí lo hará. Seguridad dice entonces:

(vv. 15505-15525)

—¿Qué es esto? ¡Por Dios, Miedo, aquí moriréis, hagáis lo que hagáis! ¡Vos, que solíais sufrir fiebres cien veces más cobardes que las liebres, ahora os envalentonáis! Los diablos os han hecho tan atrevido contra Arrojo, a quien agradan tanto los torneos y tanto sabe de ellos que, si tuviera cabeza, nadie sería más avezado que él. Nunca antes de hoy, desde que andáis sobre la tierra, entrasteis vos en combate. Salvo aquí, ignoráis las maneras y en los demás combates huis o bien os rendís, menos en éste, donde aceptáis la pelea. Junto a Caco escapasteis, en cuanto visteis acercarse a Hércules con su maza al cuello. En aquella ocasión os creisteis perdido y le pusisteis alas en los pies a Caco como nunca tuvo, porque había robado los bueyes de Hércules y se los había llevado a su establo, que estaba muy escondido, tirando de ellos por el rabo para que nadie pudiera seguir sus huellas. Allí se vio vuestra fuerza y demostrasteis a las claras que no servís para nada en combate; y, como no lo habéis practicado, poco o nada conocéis de él. Así que no os queda defenderos, sino huir y rendir las armas o pagarlo caro, ya que osáis mediros con él.

(vv. 15526-15562)

Seguridad empuñaba una fuerte espada, limpia de cualquier inquietud, y escudo de paz, sin duda bueno, bordeado de «concordia». Golpea a Miedo y piensa matarlo, pero éste pone toda su ciencia en cubrirse y se coloca delante su escudo, que recibe el golpe sólidamente y

logra evitar que le hiera. El golpe se desliza hacia abajo, y Miedo entonces le devuelve uno sobre el escudo que sorprende a Seguridad, y muy poco falta para que la deje aturdida. Por la fuerza del golpe, caen de sus manos la espada y el escudo. ¿Sabéis qué hizo entonces Seguridad? Para dar ejemplo a los demás, agarra por las sienes a Miedo, que hace otro tanto, y así se sujetan ambos. Los demás combatientes acuden por cada parte y se enfrentan uno a uno emparejados. Nunca vi luchando parejas semejantes. Así recrudeció el combate y se endureció la pelea; nunca hubo torneo con tal intercambio de golpes. Maniobran aquí y allá, cada cual reclama a su mesnada y todos acuden en desorden. Jamás vi caer nieve o granizo tan espesos como los golpes que allí volaban. Todos se destrozan y se hieren; nunca vísteis tal batalla ni tal mezcla de combatientes.

(vv. 15563-15596)

Mas, para no mentiros, el ejército que asediaba el castillo llevaba siempre la peor parte, y el dios de Amor temía que allí fueran aniquilados. Por medio de Franqueza y de Dulce Mirada reclama a su madre para que venga sin poner excusas. Entretanto, pactó una tregua de unos diez o quince días completos, no sabría decíroslo con exactitud; incluso la habría pactado para siempre si se la hubieran propuesto, aunque un día fuese rota por alguna de las partes. Si Amor hubiese visto que los suyos vencían, no habría pedido tregua; y si, por su parte, los porteros hubiesen creído que los otros iban a romperla una vez acordada, no la habrían concedido de buena gana, sino que se habrían enojado, aunque no lo manifestaran. No habría habido tregua si Venus se hubiese mezclado en el asunto, pero fue preciso pactarla: cuando se lucha, a veces conviene ceder un poco, mediante tregua o ligera retirada, hasta que se pueda dominar al enemigo que no se puede vencer.

(vv. 15597-15628)

Parten del ejército los mensajeros y tan hábilmente se orientan que han llegado a Citerea, donde son recibidos con grandes honores. Citerea es una montaña que se eleva sobre una llanura dentro de un bosque. Es tan alta que ninguna ballesta, por muy fuerte o bien tensada que esté, la alcanzaría con saeta ni cuadrillo. Venus, que inspira a las damas, tenía en Citerea su morada principal, pues era la que más le agradaba. Pero si la describiera con detalle creo que os aburriría demasiado, y yo mismo me cansaría, así que seguiré adelante.

(vv. 15629-15644)

Venus había salido a una vaguada del bosque para cazar. La acompañaba el hermoso Adonis, su dulce amigo de alegre corazón, que era algo infantil y deseaba aprender a cazar por los bosques. Era un adolescente, joven e inexperto, pero muy bello y agradable. Había pasado ya el mediodía. Todos estaban fatigados de cazar y se habían sentado a la sombra de un álamo, junto a un riachuelo. Los perros, cansados de correr y jadeantes, bebían agua, y los arcos, flechas y aljabas reposaban apoyados al lado de cada cual. Allí se solazaban apaciblemente, escuchando cómo cantaban los pajarillos en las ramas. Tras sus juegos, Venus tenía abrazado a Adonis sobre su regazo y, entre besos, le enseñaba como de costumbre el arte de la caza en el bosque:

(vv. 15645-15668)

—Amigo, cuando vuestra jauría esté presta y vos andéis buscando la presa, si véis un animal que huye, cazadlo. Corred valientemente tras él en cuanto emprenda la huida, mas no toquéis jamás vuestro cuerno contra animales que se defiendan con fiereza. Sed cobarde y perezoso con las fieras valientes, pues no existe seguridad ninguna frente a aquellos que poseen un corazón valeroso; por el contrario, valiente contra valiente libran siempre un combate peligroso.

(vv. 15669-15682)

Ciervos y ciervas, cabritos y cabras, corzos y gamos, conejos y liebres, ésos sí me gusta que cacéis. Solazáos con esa caza, pero os prohíbo que cacéis osos, lobos, leones o jabalíes, porque estas fieras se defienden y revientan y matan a los perros, y con frecuencia hacen pasar dificultades a los propios cazadores; alguno, incluso, cae herido o muerto. Si no hacéis lo que os digo, jamás me daréis gusto, sino amargo pesar.

(vv. 15683-15696)

Así le instruía Venus, rogándole que recordara sus consejos o que jamás cazara. Adonis, que apreciaba poco cuanto su amiga le decía, fuese verdad o mentira, lo aceptaba todo por no discutir, pero no seguía los consejos. Poco vale cuanto ella intenta. Enséñele lo que le apetezca: en cuanto se aleje, nada quedará. Adonis no la creyó, y por ello murió cuando Venus no pudo socorrerle porque no estaba a su lado. Mucho le lloró la desdichada. Un día, Adonis intentó dar caza a un jabalí, pensando cobrarlo y matarlo, pero ni lo cazó ni mató, pues el jabalí se revolvió, como bestia fiera y orgullosa. Sacudió su cabeza contra Adonis, le clavó sus colmillos en la ingle, retorció luego su hocico y lo abatió muerto.

(vv. 15697-15720)

Buenos señores, por si acaso, recordad este ejemplo. Sabed que no creyendo a vuestras amigas cometéis una gran locura. Deberíais creerlas siempre, pues sus palabras son tan verdaderas como la historia. Si ellas juran: «Somos todas vuestras», tenedlo por tan cierto como un padrenuestro. Si viene Razón, no la creáis; aunque os traiga un crucifijo no la creáis, tal como yo hice. Si aquél hubiese hecho caso a su amiga, su vida habría durado mucho.

(vv. 15721-15734)

Ambos juegan, pues, y se solazan. Cuando les place, tras sus deleites, regresan a Citerea. Los que habían

viajado sin descanso, cuentan palabra por palabra todo su mensaje a Venus, antes que ella se desvista.

—¡A fe mía —anuncia Venus—, en mala hora levantó Celos cabaña ni castillo contra mi hijo! ¡Si no abraso a los porteros y a cuanto les rodee, o si no rinden la torre, no apreciaré un comino ni mi arco ni mi fuego!

(vv. 15735-15748)

Entonces convocó a sus mesnadas y mandó aprestar su carro, pues no está dispuesta a pisar los barrizales. Era un carro de cuatro ruedas muy hermoso, estrellado con oro y perlas. En lugar de caballos enganchados, el carro llevaba en el tiro seis hermosas palomas, cogidas de su palomar. Cuando todo está preparado, se monta en él Venus, la que combate contra Castidad. Ninguna paloma se desengancha, sino que todas baten sus alas y emprenden el vuelo. Rompiendo y rasgando el aire, pronto llegan junto al ejército. Cuando llega, desciende al punto de su carro y todos se abalanzan sobre ella con gran alegría, su hijo el primero, que había pedido una tregua que se rompería antes de cumplirse, pues nunca guardó compromiso alguno, ni fidelidad a sus juramentos.

(vv. 15749-15770)

Todos se esfuerzan en el combate, unos atacando; los otros, defendiendo. Los primeros preparan catapultas contra el castillo y les arrojan enormes pedruscos para romper el muro, y los porteros lo fortifican con fuertes empalizadas de protección, entrelazadas con varas flexibles cortadas burdamente en el seto de Rechazo. Y los atacantes les disparan flechas dentadas, emplumadas con grandes promesas de servicios o de dones para obtener pronto sus recompensas, pues nunca entró en la fortaleza saeta que no estuviera hecha toda de promesas, y acabadas en la punta en fuerte hierro de compromiso y juramento. Los porteros se cubren sin tardanza con sus rodelas, que eran resistentes y duras,

ni muy pesadas ni muy ligeras, de la misma madera que las empalizadas que Rechazo cogía en su seto, de modo que de nada servían las flechas.

(vv. 15771-15795)

Viendo así el asunto, Amor se retira hacia su madre para contarle la situación y le pide que le ayude.

—¡Que mala muerte me lleve —le responde Venus—, y me consuma pronto si en adelante permito, por mucho que Celos se oponga, que Castidad siga viva en mujer alguna! Con frecuencia nos causan problemas, hijo mío; jurad que todos los hombres también seguirán nuestros senderos.

(vv. 15796-15806)

—En verdad, señora, me agrada. Nunca más quedará libre ninguno. Cuando menos, no podrán ser llamados hombres de verdad si no aman o han amado. Es realmente triste que esas gentes vivan así, despreciando los deleites de Amor mientras pueden gozarlos. ¡Mal fin tengan todos! ¡Los odio tanto que, si pudiera confundirlos, lo haría con todos! Me quejo de ellos y siempre me quejaré, y no dejaré de afirmar mi intención de causarles perjuicios en cuantas ocasiones pueda, hasta quedar tan vengado que su orgullo se acabe o que sean todos condenados. ¡En mala hora nacieron de Adán, cuando así se esfuerzan por fastidiarme! ¡Ojalá el corazón les reviente en el cuerpo por pretender ignorar mis placeres! No me harían más daño si me golpearan o me abrieran la frente con cuatro picos. Aunque no soy mortal, me encolerizo por esto más que si lo fuese, y podría morir de esta rabia, pues al despreciar mis juegos yo pierdo lo mejor de mí mismo, salvo mi cuerpo y mis vestidos, mi yelmo y mi armadura. Cuando menos, los hombres deberían apesadumbrarse y plegar sus corazones al dolor, ya que no a la pasión, y abandonarse. ¿Puede, acaso, desearse mejor vida que estar entre los brazos de la amiga?

(vv. 15807-15846)

Así, pues, ambos juran ante su ejército y, para confirmar su juramento, sacan en lugar de reliquias, sus aljabas, sus flechas, sus arcos y sus dardos incendiarios, y dicen: «No nos agradan otras reliquias ni pedimos mejores que éstas. Si ante éstas perjuramos, que nunca más seamos creídos». No juran sobre otra cosa, y sus nobles les creyeron como si lo hicieran sobre la Trinidad, porque juraban de verdad.

(vv. 15847-15860)

Mientras prestaban el juramento que todos pudieron escuchar, Naturaleza, que se ocupaba de las cosas encerradas bajo el cielo, estaba dentro de su fragua, donde se esforzaba en forjar seres individuales para mantener las especies, ya que estos seres las propagan tanto que Muerte no puede consumirlas por mucho que corra tras ellas. En efecto, Naturaleza le pisa los talones, y aun cuando la Muerte mata con su garrote a algún individuo que considera suyo —hay seres corruptibles que no temen a la Muerte y se consumen poco a poco y se pudren con el tiempo, sirviendo de alimento a otros seres—, piensa atraparlos a todos y no logra cogerlos juntos: cuando agarra a uno por aquí, otro se le escapa por allá. Cuando mata al padre, quedan la madre, el hijo o la hija para huir de la Muerte al ver yaciente a aquél; aunque al fin todos habrán de morir por mucho que corran, que en eso no valen votos ni medicinas. Mas saldrán entonces nietas y nietos, que escaparán para gozar de la vida tanto como puedan llevarlos sus pies, y huirá uno a bailar, otro al convento, otro a la escuela, otro a sus negocios, otro a las artes que haya aprendido, y otro a los placeres del vino, de la mesa y de la cama; otros, por escapar más aprisa y que la Muerte no los entierre, montan grandes corceles con estribos dorados; otro dedica su vida a escapar por mar en un navío, guiando por las estrellas su barco, sus remos y sus velas; otro, en fin, se humilla con votos y adopta un manto de hipocresía, con el que piensa

esconder sus pensamientos mientras huye, hasta que aparecen abiertamente por sus obras.

(vv. 15861-15912)

Cuantos viven así intentan escapar y esquivar a la Muerte, la del rostro ennegrecido, que les persigue de cerca en una fiera caza. Ellos huyen, pero la Muerte va tras sus talones diez años, treinta o cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, incluso ochenta, noventa o cien. Entonces ella destroza cuanto alcanza, y si logran salvarse, la Muerte vuelve tras ellos sin descanso hasta que los atrapa en sus redes a pesar de todos los médicos. Pues ni a los mismos médicos vimos escapar, ni a Hipócrates, ni a Galeno, por muy buenos que fueran. Rasés, Constantino y Avicena perdieron también el pellejo, y los que no corren no tienen escapatoria frente a la Muerte. De tal modo engulle la Muerte a los seres, sin hartarse jamás; los persigue por tierra y mar, y al final los entierra a todos. Mas nunca llega a consumirlos en conjunto, y no logra destruir las especies, pues con que un individuo viviera, la forma común se conservaría. Bien lo vemos en el ave fénix, que no puede vivir a la vez que otra de su misma especie.

(vv. 15913-15946)

Nunca hay más de un ave fénix, y ésta vive quinientos años antes de consumirse. Finalmente, prende una gran hoguera de hierbas aromáticas y se quema en ella. Mas, como guarda su forma aunque arda, de sus cenizas surge un nuevo fénix, o incluso él mismo renace, que Naturaleza lo resucita, pues es tan necesario para su especie que ésta se perdería si él no renaciera. Así que, aunque la Muerte devore al fénix, éste permanece siempre vivo, y por mucho que ella destruyera a mil, el ave fénix se conservaría. Como el fénix es la forma común que Naturaleza recrea en cada ser, porque la otra no la dejaría existir y al final desaparecería. Todas las cosas que existen bajo el círculo de la luna poseen esta

virtud: mientras viva un individuo, la especie se mantendrá y la Muerte no la destruirá.

(vv. 15947-15974)

Cuando Naturaleza, dulce y piadosa, ve que Muerte la envidiosa y Descomposición intentan destruir cuanto encuentran a su paso, se esfuerza en su fragua y martillea sin descanso para renovar todos sus seres con nuevas generaciones. Y cuando no puede hacer otra cosa, talla relieves con tal pericia que les da forma verdadera en las piezas de diversas monedas, de las que Arte copia sus ejemplares, mas sin lograr formas tan originales. Con toda su atención, Arte se arrodilla ante Naturaleza y le ruega, requiere y pide, como mendiga y truhana, pobre en ciencia y en habilidad, ansiosa de seguirla con todas sus fuerzas, que se digne enseñarle cómo reproducir con sus medios todas las criaturas en sus obras. Observa Arte cómo trabaja Naturaleza, porque desearía hacer idéntica labor, pero la imita como un mono: su habilidad es tan corta y débil que nunca logra hacer seres vivos, por muy naturales que parezcan.

(vv. 15975-16004)

Pues Arte, por mucho que se esfuerce con estudio y fatigas en hacer cosas, sean como sean y tengan la figura que tengan, ya pinte, tiña, forje o esculpa caballeros armados en combate, todos cubiertos sobre sus hermosos corceles, con armas azules, amarillas o verdes, decorados con otros colores si queréis adornarlos más, o bien bellos pajarillos sobre verdes ramas, o los peces de todas las aguas, o todas las fieras salvajes que pacen en los bosques, o todas las hierbas y florecillas que crecen, y que donceles y doncellas van a coger por los prados en primavera, o los pájaros y animales domésticos, o los bailes, danzas y rondas de bellas damas bien ataviadas, bien vestidas y engalanadas, ya sea en metal, en madera o cera, o cualquier otro material, y en cuadros o paredes, junto a lindos y elegantes jóvenes, nunca en

sus rasgos ni en sus formas podrá hacerlos andar por sí mismos, vivir, moverse, sentir o hablar.

(vv. 16005-16034)

Aunque Arte aprenda tanta alquimia que cambie los colores de todos los metales, se mataría antes de lograr transmutar las especies, y no conseguiría más que devolverlas a su forma primitiva: aunque trabaje mientras viva, no igualará a Naturaleza. Y si se esforzase tanto que llegase a devolverles aquella forma, seguro que le faltaría ciencia para encontrar la proporción en la mezcla de su elixir, de la cual debería nacer la forma que distingue entre las sustancias la diferencia de cada especie, tal como aparecen cuando culmina la obra quien sabe hacerla.

(vv. 16035-16052)

Sin embargo, es cosa cierta que la alquimia es un arte verdadero. Quien lo aplicase sabiamente hallaría en él grandes maravillas, pues a pesar de las especies, los seres individuales sometidos a ciertas operaciones muy sensibles se vuelven mudables en tantas formas que, a través de diversas digestiones, pueden cambiarse entre sí, y perder en la transformación su especie primitiva para convertirse en seres diferentes. ¿No ocurre acaso que del helecho los maestros vidrieros obtienen mediante una depuración ligera cenizas y vidrio? Sin embargo, el vidrio no es helecho, ni el helecho es vidrio. Y cuando caen relámpagos y truenos, con frecuencia llueven piedras de las nubes, pero éstas nunca las arrastraron al ascender. Sólo puede explicar esto el conocedor de la causa que arrastra esta materia a la otra especie. Así pues, las especies o los seres concretos pueden cambiarse en sustancia y forma, unos por Arte, otros por Naturaleza.

(vv. 16053-16082)

Lo mismo podría hacer con los metales quien supiera culminar la obra y quitarles a los impuros sus

impurezas para dejarlos en formas puras, ya que sus complexiones son vecinas y se inclinan unas hacia otras porque proceden de una misma materia, que Naturaleza trata de modo diferente. En efecto, desde sus pozos terrestres, todos nacen con diferente conformación a partir del azufre y del mercurio, tal como enseñan los libros. Quien tuviera la habilidad de separar sus espíritus para que pudieran entrar sin escaparse en los cuerpos que hallasen bien purificados, y de que el azufre no ardiera con la tintura blanca o roja, haría su voluntad con los metales. Los maestros en alquimia hacen nacer oro puro de la plata pura, y le añaden color y peso con cosas de poco valor; y luego extraen del oro puro piedras preciosas, brillantes y ansiadas, y también desnudan a los otros metales de sus formas y los convierten en plata pura, por medio de productos blanqueantes, poderosos y finos. Esto no lo conseguirían los maestros en sofismas: por mucho que se esfuercen, nunca alcanzarán a Naturaleza.

(vv. 16083-16118)

Naturaleza la sutil, aunque prestaba atención al trabajo que tanto amaba, se sentía doliente y desdichada, y lloraba tan profundamente que no existe corazón tan despiadado y sin amor que no llorase también al verla. Ella sentía aquella pena en su corazón por una obra de la que se arrepentía hasta el punto de querer abandonar su trabajo y olvidar todo su pensamiento, si supiera que tenía el permiso de su señor. Tan angustiado y oprimido sentía su corazón que deseaba ir a buscarle.

(vv. 16119-16134)

Me gustaría describiros a Naturaleza, pero mi saber no bastaría. ¿Mi saber? ¡Eso cuando menos! No alcanzaría ningún saber humano, ni de viva voz ni por escrito, así fuesen Platón o Aristóteles, Algo, Euclides o Tolomeo, que tanta fama tienen hoy de haber sido buenos

escritores. Su ingenio sería vano, si intentasen emprender esa tarea, pues no lograrían comprenderla; Pigmalión no conseguiría esculpirla, y en vano se esforzaría Parrasio. El mismo Apeles, al que considero gran pintor, no podría retratar sus beldades mientras viviera, y tampoco Mirón ni Policleto encontrarían la manera de hacerlo.

(vv. 16135-16154)

El propio Zeuxis, con su hermoso pincel, no llegaría a reflejar tal forma, aunque era tan cuidadoso que, cuando hubo de hacer una imagen para el templo, tomó modelo de las cinco doncellas más hermosas que pudo encontrar en todo el mundo, que posaron ante él completamente desnudas, con el fin de corregir con otra cualquier defecto que encontrara en una, fuera de cuerpo o de miembros, tal como nos lo refiere Tulio en su libro sobre la *Retórica,* que es de ciencia muy auténtica. Pero aunque fuese muy experto en retratar y dar color a sus retratos, nada podría hacer Zeuxis en este caso ante la enorme belleza de Naturaleza. ¿Zeuxis? Ni todos los maestros que Naturaleza hizo jamás nacer, porque aunque llegaran a comprender toda su belleza e intentaran plasmar su retrato, gastarían sus manos antes de conseguir representar tan gran hermosura. Nadie, salvo Dios, podría hacerlo. Por eso, si yo fuera capaz, probaría con gusto, y ya os la habría descrito si hubiera sabido. Ya lo he intentado hasta agotar mi saber como un necio cien veces más osado de lo que pensáis. Fui víctima de mi presunción, cuando pretendí concluir tan alta obra. El corazón me habría reventado, frente a semejante belleza noble y de gran mérito, antes de abarcarla con mi pensamiento, por mucho que me esforzara o que me atreviese a escribir una sola palabra, tras mucho reflexionar. Estoy agotado de tanto pensar, y por eso he decidido antes callarme, porque cuanto más lo pienso, menos comprendo semejante belleza.

(vv. 16155-16202)

En efecto, Dios, el ser bello sin medida, cuando creó la belleza en Naturaleza, dispuso una fuente siempre llena y de la cual mana continuamente toda hermosura, sin que nadie conozca su fondo ni su orilla. Por eso no es justo que yo refleje por escrito su rostro ni su cuerpo, más bello y agradable que la fragante flor de lis en mayo; la rosa en su rosal o la nieve en la rama con la hermosura de sus colores rojo y blanco, no se le pueden comparar. Así que yo había de pagar la osadía de intentar describirla, pues su belleza y su prez no pueden ser comprendidas por el hombre.

(vv. 16203-16218)

Cuando Naturaleza escuchó el juramento de Amor y Venus, sintió que se aliviaba algo la profunda pena que sentía. Aun así, todavía se quejaba pesarosa:

—Desdichada, ¿qué he hecho? Jamás me arrepentí de lo que me aconteció desde que existe este hermoso mundo, excepto de un asunto en el que cometí una grave falta por culpa de mi necedad. Y, cuando considero mi insensatez, es justo que me lamente. ¡Triste ignorante! ¡Triste y desdichada! ¡Desdichada, cien mil veces desdichada!, ¿quién confiará en ti? ¡Cómo he desperdiciado mi esfuerzo! ¡He debido perder el sentido, yo que siempre quise servir a mis amigos para agradarles, y no he hecho más que favorecer a mis enemigos! ¡Mi bondad me mata!

(vv. 16219-16242)

Entonces se dirigió a su sacerdote, que celebraba en su capilla, pero no una nueva misa, pues siempre había dicho el mismo servicio desde que fue cura de iglesia: en lugar de decir misa, el sacerdote iba recitando en voz alta, ante la diosa Naturaleza, las figuras representables de todas las cosas corruptibles que había escrito en su libro, según el orden en que se las da Naturaleza.

(vv. 16243-16254)

—Genio, buen padre —le dice—, a vos, que sois señor de las partes y las hacéis engendrar según sus propiedades, y luego concluís el trabajo como es debido, quiero confesarme y arrepentirme sin tardanza de una locura que he cometido y que no he expiado.

(vv. 16255-16264)

—Mi señora, reina del mundo, a quien toda criatura está sometida, si hay algo que os preocupe hasta el punto de tener que arrepentiros o, simplemente, de querer decirlo, ya sea su asunto de gozo o de dolor, podéis confesarme sin dudarlo toda vuestra voluntad. Yo —dice Genio— pondré de buen grado todo mi saber en aconsejaros, y callaré el asunto, si es que debe ser ocultado. Y si necesitáis absolución, yo no os la rehusaré.

(vv. 16265-16281)

—Os aseguro que si lloro no es para asombrarse.

—Señora, os aconsejo sin embargo que dejéis de llorar, si queréis confesaros y explicar bien el asunto que aquí os trae. Temo que sea un grave ultraje, pues sé bien que un noble corazón no se angustia por poca cosa, y muy insensato ha sido quien os ha turbado así.

(vv. 16282-16292)

Pero también es cierto que la mujer se inflama de ira por poca cosa. El propio Virgilio, que las conocía mucho, asegura que la mujer más estable es voluble y cambiante, y aun así es animal muy irritable. Salomón afirma que no ha existido jamás cabeza más cruel que la de la serpiente, ni criatura más irritable ni de mayor malicia que la mujer. En resumen, la mujer tiene tantos vicios que nadie puede poner en rima ni en verso sus costumbres. Y dice Tito Livio, que conocía a fondo los hábitos y las costumbres de las mujeres, que con ellas no valen tanto las súplicas como la adulación; tan

crédulas y necias son, y tan fáciles de engañar. También dicen en otro lugar los textos que el fundamento de todo vicio femenino es la avaricia.

(vv. 16293-16316)

Y quien confiesa sus secretos a su mujer la convierte en su dueña. Ningún hombre nacido de madre, a no ser que esté ebrio o loco, debe revelar a una mujer algo que desee ocultar, si no quiere oírlo en boca de otro. Más valdría abandonar el país, antes que desvelar algún secreto a las mujeres, por muy leales y bondadosas que parezcan. Que nadie haga tampoco algo a escondidas si ve que viene una mujer, porque estoy seguro de que ella lo dirá tarde o temprano, así le cueste la vida. Aunque nadie se lo pida, lo dirá todo sin que la inviten: no se callaría por nada. Si aquello no saliera de su boca se creería muerta, por mucho que corra peligro o sufra reproches. Y si el que se lo ha dicho se atreve luego a pegarle una vez, no dos, ni tres, ni cuatro, antes de que la toque, ella se lo echará en cara, y además bien en público. Quien confía en la mujer, la pierde; y el que se fía de ellas, ¿sabéis lo que hace? Se ata las manos y se corta el cuello. Si se atreve una sola vez a gruñirle, corregirla o enojarse con ella, pone toda su vida en peligro y prepara su muerte, pues será colgado por el cuello en cuanto los jueces lo apresen, o habrá llegado a tan mal puerto que morirá a manos de algún amigo íntimo de ella.

(vv. 16317-16358)

Mas el necio, cuando se acuesta por la noche y yace junto a su mujer sin poder o sin atreverse a descansar, quizá porque ha hecho algo o porque pretende cometer algún agravio o crimen por el que teme recibir la muerte si le cogen, da vueltas y suspira, y su mujer lo atrae hacia sí y, notando su malestar, le clama, le abraza y le besa, y él se acuesta entre sus pechos:

(vv. 16359-16371)

—Señor —le preguntará ella—, ¿qué sucede? ¿Qué os hace suspirar así, y estremeceros y dar vueltas? Ahora somos nosotros dos, aquí a solas, las únicas personas del mundo, vos el primero y yo la segunda, y debemos amarnos con el corazón más leal y dulce. Recuerdo haber cerrado con mi propia mano la puerta de nuestra habitación, y las paredes tienen media toisa de espesor, como a mí me gusta. Las vigas quedan tan altas que estamos seguros. También están lejos las ventanas, así que la alcoba es aún más discreta para no descubrir nuestros secretos, pues nadie podría abrirlas sin destrozarlas como haría el viento. Así pues, vuestra voz no puede ser oída aquí más que por mí, por eso os ruego por piedad y por amor que confiéis en mí y me lo digáis.

(vv. 16372-16398)

—Señora —le contestará—, tan verdad como que Dios me ve, no os lo diré, pues no es cosa para ser dicha.

—¡Ay, mi dulce señor, ¿acaso sospecháis de mí, que soy vuestro leal esposa? Al unirnos en matrimonio, Jesucristo no fue avaro ni mezquino con su gracia y nos hizo ser dos en una sola carne. Y no habiendo más que una sola carne, por sentido común sólo puede haber un corazón a la izquierda del pecho, así que nuestros corazones son uno solo. Vos tenéis el mío, y yo el vuestro. Por lo tanto, el vuestro no puede sentir nada que el mío no deba conocer; os ruego que me lo digáis como favor y regalo, pues no sentiré gozo en mi corazón hasta saberlo. Si no consentís decírmelo, entenderé que me engañáis y sabré con qué amor me amáis cuando me llaméis dulce amiga, dulce hermana y dulce compañera. ¿A quién queréis colar esa castaña? En verdad, si no me reveláis el asunto, querrá decir que me engañáis a mí, que tanto he confiado en vos desde que os fui entregada y que os he contado todo lo que guarda mi corazón. Por vos dejé padre y madre, tío, sobrino, hermana y hermano, a todos mis amigos y parientes, como hay que hacer. Ahora veo que hice mal cambio, pues os encuentro muy alejado de mí. Yo os amo más que a mi vida, que me importa un comino, y vos pensáis que podría cometer con vos la fechoría de revelar vuestros secretos, lo cual es imposible. ¡Por Jesucristo, rey celestial!, ¿quién os los guardará mejor que yo? Considerad al menos la fidelidad de mi cuerpo, si es que sabéis algo de la lealtad ¿No os basta esta prenda? ¿Queréis mejor rehén aún? Soy, pues, la peor de todas, ya que no os atrevéis a contarme vuestros secretos. Yo veo que todas las demás mujeres son tan dueñas de su casa que sus maridos confían ciegamente en ellas y les desvelan su interior; todos buscan consejo en sus esposas cuando descansan juntos en el lecho, y se confiesan en la intimidad sin callar una palabra, y aún más, ciertamente, de lo que hacen en el confesonario. Yo lo sé por ellas mismas, que me lo han contado muchas veces y me han comentado cuánto han visto y oído, incluso todos sus pensamientos, pues de este modo se calman y alivian. Mas yo no me parezco a todas ellas y ninguna se parece a mí, porque no soy una charlatana callejera ni chismosa, sino honrada de cuerpo entero, y que Dios haga lo que quiera con mi alma. ¿Acaso oísteis que me acusaran de adulterio, como no fuera algún insensato que se lo inventara por pura maldad? ¿No lo habéis comprobado? ¿Acaso me habéis cogido en alguna mentira? Ahora considerad, buen señor, la lealtad con que me pagáis. ¡En verdad cometisteis gran fechoría cuando me pusisteis el anillo en el dedo y me jurasteis vuestra fidelidad. Si no confiáis en mí, ¿para qué os casasteis conmigo? Os ruego que al menos esta vez os fiéis de mí, y os juro, os prometo y aseguro sinceramente, por el bienaventurado San Pedro, que será un asunto guardado bajo piedra. Demostraría ser muy necia si escapara de mi boca palabra por la que recibierais perjuicio o daño. Sería la vergüenza de mi linaje, y yo nunca lo deshonré, y menos aún a mí misma. Suele decirse con mucha razón que quien es tan tonto

como para cortar su nariz deshonra para siempre su rostro. Decidme, que Dios os ayude, lo que angustia a vuestro corazón o, de lo contrario, habréis causado mi muerte.

(vv. 16399-16510)

Entonces ella le descubre cabeza y pecho, lo cubre de besos, y llora abundantes lágrimas entre tanto beso fingido. Así que el desdichado acaba por contarle su gran vergüenza y su propio daño, y se ahorca con esas palabras. En cuanto lo ha revelado, se arrepiente, mas la palabra dicha no puede ser rescatada. Le ruega que lo silencie, con una angustia más profunda que la que sentía cuando su mujer lo ignoraba. Y ella vuelve a asegurarle que se callará pase lo que pase. Pero, ¿qué se cree el desdichado? Él no ha sabido callar su lengua y pide a la otra que la retenga? ¿Qué piensa conseguir?

(vv. 16511-16526)

Desde entonces, la esposa se sabe dueña. Cada vez que él la enoje o le gruña, ella sabe con qué le hará quedarse mudo y quieto. Quizá guarde su palabra hasta que surja disputa entre ellos, ¡si es que aguanta! Pero soportará difícilmente el peso del secreto, con su corazón siempre en la balanza. Quien ame a los hombres debería predicarles este sermón, útil en todo lugar, ya que puede preservar del peligro a todo aquél que lo observe. Quizá disguste con él a las mujeres chismosas, pero la verdad no conoce rincones.

(vv. 16527-16546)

Buenos señores, guardaos de vuestras mujeres si apreciáis vuestros cuerpos y vuestras vidas, y al menos no obréis tan mal que les desveléis cuantos secretos ocultan vuestros corazones. ¡Huid, huid, huid, huid, huid de esas fieras, niños, os lo aconsejo y recomiendo sin burla ni engaño! Retened estos versos de Virgilio, mas guardadlos en vuestro corazón y que no salgan nunca de

allí: «niños que cogéis las florecillas más frescas y fragantes, la fría serpiente también yace en la hierba», y desde allí pica, emponzoña y envenena a cada hombre que se le acerca. Muchachos que buscáis las fresas que nacen de la tierra, la mala serpiente fría se esconde en ella; la culebra maliciosa oculta y esconde su veneno entre la hierba fresca, hasta que puede expulsarlo para dañaros y heriros. ¡Esforzáos, niños, en esquivarla! No os dejéis coger por ella, si queréis huir de la muerte, que es animal muy venenoso de cuerpo, cabeza y cola, y os picará en cuanto os acerquéis, pues muerde y pica a traición, sin curación posible, a cuanto alcanza. El ardor de su picadura no sana con ninguna tríaca. De nada sirven hierbas ni remedios; la única medicina es huir.

(vv. 16547-16586)

Nunca fue mi intención decir con esto que no améis a las mujeres; aunque debáis rehuirlas, no dejéis de yacer con ellas. Antes bien, ordeno que las queráis mucho y las adoréis razonablemente. Vestidlas y calzadlas bien, y esforzáos siempre en complacerlas y honrarlas; así se propagará vuestra especie y la muerte no la destruirá. Pero jamás les confiéis cosa que debáis callar. Sufrid que ellas vayan y vengan, que gobiernen toda la casa si saben hacerlo. Si por azar ocurre que saben comprar y vender, que se dediquen a ello; o bien, si conocen algún oficio y hay necesidad, que lo practiquen, pero que conozcan sólo las cosas evidentes, nunca las que haya que ocultar. Si os dejáis tanto que les entregáis todo el poder, os arrepentiréis demasiado tarde, cuando sufráis su astucia. La Escritura nos advierte que si la mujer toma el gobierno se torna contraria a su marido en todo lo que éste desee, diga o haga. Guardáos, sin embargo, de que la casa se descuide, que aun con el mejor guardián se pierde. El que es prudente, guarda lo suyo.

(vv. 16587-16622)

Y vosotros, los que tenéis amigas, hacedles dulce compañía. Conviene que ellas conozcan parte de los asuntos comunes; mas si sois sensatos y prudentes, cuando las tengáis en vuestros brazos y las abracéis y las beséis, ¡callad, callad, callad, callad! Pensad en retener vuestras lenguas, pues nada se logra cuando son prisioneras de algún secreto, porque todas son orgullosas y soberbias, de lengua venenosa, caliente y maliciosa. Los insensatos, cuando caen entre sus brazos, y ellas les abrazan y besan, no pueden esconder nada entre juegos tan agradables y allí revelan su intimidad. Así se descubren los maridos y luego quedan dolientes y burlados: todos, salvo los más prudentes, desvelan sus pensamientos.

(vv. 16623-16646)

Dalila, la astuta, con zalamerías ponzoñosas cortó los cabellos que daban vigor al valiente Sansón, tan aguerrido, arrojado y forzudo, mientras le tenía dulcemente dormido en su regazo. Al perder la cabellera, perdió toda su fuerza, y ella descubrió cuantos secretos le había contado el muy necio, que no sabía ocultarle nada. No quiero añadir más ejemplos, uno puede bastaros por los demás. El mismo Salomón habla de esto, y os citaré sus palabras porque os aprecio mucho. «Ante la que te adormece en su seno, cierra las puertas de tu boca», así huirás de peligros y reproches. Cualquiera que ame a los hombres debería predicar este sermón, para que se guardasen de las mujeres y no se fíen de ellas jamás. Pero yo no me refería a vos con todo esto, pues habéis sido siempre fiel y leal. Todos los textos afirman que Dios os ha concedido tanto sentido que seréis eternamente prudente.

(vv. 16647-16676)

Así la consuela Genio, y la exhorta cuanto puede para que abandone su pena porque, como le dice, nadie puede conseguir nada con el dolor y la tristeza. Ambas

no hacen más que herir y no dan provecho alguno. Cuando le hubo dicho lo que deseaba, se sentó sin más consejos en una cátedra que había junto al altar, y Naturaleza se arrodilló al punto ante su confesor. Pero ciertamente no podía olvidar su pena, y Genio tampoco quería rogarle más, pues sabía vano su esfuerzo. Antes bien, se calla y escucha la confesión que la dama hace con gran devoción y en lágrimas, y que yo os transmito escrita palabra por palabra, tal como ella la dijo.

(vv. 16677-16698)

Dios, el ser más hermoso y provisto de beldad, creó este hermoso mundo, cuyas bellas formas llevaba ya pensadas desde toda la eternidad antes de realizarlas, y tomó modelo y cuanto fue necesario de sí mismo. Si hubiera ido a buscarlo a otra parte, no habría encontrado bajo cielo y tierra nada que le hubiera podido servir, ya que no existía lo creado. El que nunca puede errar creó todo de la nada, y sólo le movió su generosa voluntad cortés y benévola, que es fuente de toda vida. Al principio creó una masa que era toda confusión, sin orden ni diferencias; luego la dividió en planetas diferentes: los enumeró manteniendo su conjunto; culminó sus formas y los hizo crecer redondos, para poder manejarlos mejor al ser móviles y según lo que debieran abarcar; los puso en sus lugares convenientes, tal como consideró apropiado. Los ligeros volaron entonces hacia lo alto, los pesados se hundieron y los medianos quedaron en el centro. Así están distribuidos los espacios, siguiendo un recto plan y en su lugar adecuado. El mismo Dios, con su gracia, tras disponer las demás criaturas según sus designios, me honró y me tuvo tanta consideración que me nombró su camarera. Me deja y me dejará servirle tanto como le plazca, y yo no reclamo mejor derecho, sino que le doy gracias por amarme hasta el punto de haberme tomado Él, el gran Señor, como camarera para una mansión tan grande y hermosa. ¿Como camarera? Incluso como condestable y

vicaria, de lo que sólo soy digna gracias a su benevolencia.

(vv. 16699-16754)

Así pues, Dios me ha honrado para que guarde la hermosa cadena dorada que une a los cuatro elementos, todos inclinados ante mí. Él me confió todas las cosas que están guardadas por esta cadena, y me encomendó su custodia y su propagación. Él quiso que todas me obedecieran y observaran mis reglas sin olvidarlas nunca, y que las retuvieran y guardaran para toda la eternidad; y en verdad todas se esfuerzan en hacerlo, salvo una sola criatura.

(vv. 16755-16770)

No puedo quejarme del cielo, que gira siempre sin desplomarse y lleva en su esfera pulida todas las estrellas, más brillantes y virtuosas que cualquier piedra preciosa: arrastra al mundo en su movimiento, comenzando su curso por Oriente y dirigiéndose hacia Occidente, y nunca se detiene, sino que arrastra consigo a cuantas esferas intentan retrasar su movimiento. Y tampoco pueden evitar que corra tan despacio que en treinta y seis mil años sólo haya cerrado un círculo completo, siguiendo el tamaño del sendero del Zodíaco, en la gran esfera que gira sobre él de manera uniforme. Así es el cielo, que avanza con precisión y sin error en su movimiento, y por eso los que comprobaron que no erraba le llamaron *aplanos,* que equivale en griego a «cosa sin error». Sin embargo, este segundo cielo que os nombro no puede ser visto por el hombre, aunque se puede demostrar y probar su existencia a través de la razón.

(vv. 16771-16802)

Tampoco me quejo de los siete claros planetas, brillantes y límpidos en su curso. Aunque la luna no les parece a algunos pura y limpia, porque se ve más oscura

en ciertos puntos. Ese aspecto opaco y turbio se debe a su noble naturaleza: por un lado luce, y por otro se apaga, porque es clara y oscura. Su parte clara pierde brillo porque no puede reflejar los rayos que el sol le envía, sino que la atraviesan de parte a parte. El lado opaco demuestra que puede resistir a los rayos para vencer su luz. En lugar de glosa, para explicar esto se puede poner un ejemplo con palabras, y así aclararlo.

(vv. 16803-16824)

El cristal transparente es atravesado por los rayos de luz, porque nada tiene detrás que los refleje, y no puede mostrar imágenes, ya que los rayos visuales nada encuentran que los rechace para volver a los ojos. Mas, si alguien pusiera detrás del cristal plomo o cualquier materia opaca que no permita pasar a los rayos, la imagen se vería. Y si hubiera algún cuerpo pulido capaz de reflejar la luz, la imagen volvería a verse, con toda seguridad. Del mismo modo la luna, en su parte clara, que semeja a una esfera, no puede retener los rayos del sol para devolver su luz, que por el contrario la atraviesa; mientras tanto, la opaca no les deja pasar, sino que los rechaza fuertemente, y por eso arroja luz. Por esta razón, la luna aparece luminosa en unos lugares y tenebrosa en otros.

(vv. 16825-16850)

La parte oscura de la luna representa la figura de una fiera extraordinaria: una serpiente con la cabeza torcida hacia Occidente y la cola hacia Oriente. Lleva sobre el lomo un árbol que extiende sus ramas hacia Oriente, pero luego las retuerce. Sobre estas ramas apoya un hombre los brazos, mientras abre los pies y los muslos estirados hacia Occidente, tal como puede apreciarse.

(vv. 16851-16864)

Todos estos planetas hacen una obra útil. Cada uno de ellos trabaja tan bien que nunca permanecen fijos en un punto, sino que giran a través de sus doce casas y recorren todas las escalas, deteniéndose sólo cuando es preciso. Para cumplir bien su labor, girando con movimientos acompasados, cada día avanzan en el cielo los tramos que son necesarios para completar el círculo. Luego vuelven a empezar sin fin, retardando el curso del cielo para ayudar a los elementos, ya que si éste pudiera correr libremente sería imposible vivir debajo.

(vv. 16865-16880)

El bello sol, que hace nacer el día y es fuente de toda claridad, se alza en el centro como un rey, con sus rayos resplandecientes. En medio de todos los planetas tiene su morada y no sin razón le otorga Dios, el hermoso, el fuerte, ese lugar. En efecto, si corriera más bajo todo moriría abrasado, y si se deslizase a más altura todo perecería helado. Desde allí reparte el sol su claridad a cada estrella y a la luna, y hace que parezcan tan hermosas al oscurecer que la Noche las usa como velas, cuando pone la mesa, para aparecer menos horrible ante Aqueronte, su marido, cuyo corazón se irrita, porque preferiría estar a oscuras con la Noche completamente negra, tal y como estaban antaño, cuando se conocieron por primera vez y cuando la Noche, en uno de sus fieros arranques, concibió a las Furias, esas zorras traidoras y soberbias que son las justicieras del Infierno. Sin embargo, cuando la Noche se mira en su bodega, en su granero o en su despensa, piensa que se vería muy fea y desagradable si mostrara su rostro tenebroso y no tuviera la radiante claridad que le prestan los cuerpos celestes, resplandeciendo en el aire oscuro y girando en sus esferas tal como lo dispuso Dios padre. Unos y otros producen juntos una armonía de la que nacen melodías, y una variedad de tonos que nosotros reproducimos según los acordes de cada tipo de canto: nada existe sin esa melodía.

(vv. 16881-16924)

Estos cuerpos celestes modifican con su influencia los accidentes y las sustancias de las cosas que están bajo la luna. En su común diversidad, los seres transparentes se tornan opacos, y de igual modo los opacos transparentes. Como si se tratara de una caja, hacen que cada elemento posea su frío o su calor, su sequedad y humedad, para que así mantengan el equilibrio conjunto. Aunque los elementos sean opuestos, no dejan de unirlos, y así apaciguan a los cuatro enemigos, poniéndolos juntos en proporción conveniente y mezcla razonable, originando de la mejor manera los materiales de las cosas a las que luego yo doy forma. Cuando salen peor, se debe a un defecto de estos materiales.

(vv. 16925-16944)

Si bien se mira, por mucha paz que reine, no puede evitarse que el calor consuma los humores, agostando y devorando todo día tras día, hasta que sobreviene la muerte según mi justa disposición; a menos que llegue de otro modo, precipitada por otra causa antes de que los humores se hayan consumido; pues aunque nadie puede alargar su vida por muchas drogas o ungüentos con los que unte su cuerpo, sí que puede recortarla fácilmente.

(vv. 16945-16960)

Muchos, en efecto, acaban su vida antes de que se agoten sus humores, ahogándose o ahorcándose; o bien exponiéndose a cualquier peligro por el que, antes de poder escapar, son quemados o enterrados; o bien son destruidos por cualquier accidente que provoque su alocada conducta. También mueren a manos de enemigos personales de corazón falso y malvado, que matan a inocentes con puñal o veneno; o bien porque sufren enfermedades tras una vida desordenada, porque duermen con exceso o por no dormir lo necesario, por estar siempre ociosos o por trabajar demasiado, por engordar o adelgazar en demasía —que ambas cosas son erra-

das—; por ayunar largos períodos o por excederse en los placeres; por haber tenido demasiadas desgracias o por haber disfrutado con desmesura; por dolerse sin necesidad, por beber en exceso, por haber cambiado alocadamente su estado, como ocurre cuando de repente sienten mucho calor y al punto enorme frío, de lo cual se arrepienten tarde. Muchos se hieren y se matan así, porque los cambios bruscos son perjudiciales para su naturaleza, de forma que me hacen esforzarme en vano para conducirlos hacia una muerte natural. Y aunque mucho me ultrajan al perseguir su fin en contra de mi voluntad, me duele que se queden en el camino como miserables vencidos por una muerte deplorable, de la que habrían escapado si hubieran querido alejarse de los excesos y locuras que les cortan su vida antes de alcanzar y conocer el límite que yo les he puesto.

(vv. 16961-17008)

Mal se guardó Empédocles, a pesar de haber leído tantos libros y amado la filosofía. Embargado quizá por la melancolía, y sin temor ante la muerte, se arrojó vivo al fuego, saltando con los pies juntos dentro del Etna para demostrar que los que tenían miedo a morir eran unos cobardes. Por eso él se tiró por su propia voluntad, y no tomó miel ni azúcar, sino que entre aquellos vapores sulfurosos eligió su sepultura.

(vv. 17009-17021)

No me respetó Orígenes, que se cortó los cojones, al hacerlo con sus propias manos para poder servir devotamente a las damas de religión y sin que nadie pudiera acusarle de que lo hacía para yacer con ellas.

(vv. 17022-17028)

Se dice también que sus destinos les habían deparado esa muerte y dispuesto esa suerte desde el momento en que fueron concebidos, y que nacieron bajo tales constelaciones que por fuerza imperiosa, sin ninguna

otra posibilidad y sin poder evitarlo aunque les pesara, habían de recibir esa clase de muerte. Sin embargo, yo sé a ciencia cierta que, por mucho que los cielos se empeñen en dar disposiciones naturales que inclinen a llevarles hacia su fin por obediencia a la materia que doblega sus corazones, todos ellos pueden procurar que suceda de otro modo frenando sus inclinaciones naturales por sentido común, cada cual con su ciencia y con una educación buena y honesta, o aceptando buenas compañías llenas de prudencia y virtudes, o bien mediante costumbres correctas y apropiadas.

(vv. 17029-17056)

Cuando un hombre o una mujer desean alejarse de su naturaleza, en contra del bien y la justicia, la razón puede disuadirles, si ellos la utilizan. En ese caso, el asunto irá de otro modo, pues por mucho poder que tengan los cuerpos celestes, la razón siempre podrá oponérseles. Ellos son impotentes contra la razón, pues todo hombre prudente sabe que no fueron ellos quienes la hicieron nacer y por tanto no la gobiernan.

(vv. 17057-17070)

En cuanto a resolver el asunto de cómo la predestinación y la divina providencia llena de previsión pueden ser liberadas mediante la voluntad, es muy complicado explicarlo a los laicos. El que quiera ocuparse de esto verá que es arduo de comprender, incluso tras haber resuelto las objeciones previas. Mas, a pesar de lo que parezca, ambas se complementan. Los que observan el bien no conocerían premio y los que se empeñan en pecar no recibirían castigo, si todos ellos actuaran por obligación: el que obrara bien no podría elegir otra cosa, y el que deseara el mal tampoco podría evitarlo; quisieran o no, obrarían así, puesto que todo estaría predestinado. Así, por discutir sobre esta materia, alguien podría afirmar que Dios no ha sido engañado por hechos que Él ya conocía de antemano: acaecerán sin duda tal

como está en su ciencia. Él ha de saber cuándo y cómo tendrán lugar y cuál será el resultado, porque si pudieran ocurrir de modo distinto, Dios no sería omnipotente, ni todo bondad, ni todo sabiduría, ni el más bello y dulce, el Ser supremo y soberano. En este segundo caso, no sabría mucho más que nosotros, o pensaría igual que los hombres, cuyo conocimiento es incierto y su ciencia insegura. Pero pensar tal error en Dios sería cometer un acto diabólico. Ningún hombre en su sano juicio debería siquiera oírlo. Aceptándolo, sucede necesariamente que cuando la voluntad del hombre se esfuerza en alguna cosa, cuanto haga lo lleva a cabo de este modo: lo que diga o piense, desee o persiga, es algo predestinado y no puede ser modificado. Luego parece que se debe concluir que la voluntad no puede cambiar nada.

(vv. 17071-17124)

Así pues, si el destino ha fijado de antemano todo lo que ha de suceder, como parece probar esta argumentación de forma evidente, ¿qué premio debe otorgar Dios al que obra bien o qué pena al que obra mal, si éstos no pueden hacerlo de otro modo? Aunque hubiesen jurado lo contrario, no podrían portarse de manera diferente, y en tal caso Dios no sería justo al recompensar el bien y castigar el pecado. Ciertamente, ¿cómo podría hacerlo? Para cualquiera que lo piense detenidamente, no habría vicio ni virtud. De nada servirían el sacrificio del cáliz o la oración a Dios, ya que no existirían ni la virtud ni el pecado. Luego si Dios hiciera justicia no existiendo ambos, no sería justo, sino que habría de absolver a los usureros, a los ladrones y a los asesinos. Los honestos como los hipócritas se nivelarían en la balanza. También se verían deshonrados quienes se esfuerzan en amar a Dios; si fallaran en su amor lo harían sin poder remediarlo, y las cosas llegarían a un punto en que nadie podría ganarse la gracia divina mediante buenas acciones.

(vv. 17125-17156)

Sin embargo, Dios es justo sin duda alguna, y en Él resplandece toda bondad. De otro modo, le faltaría algo a Aquél a quien nada falta. Él distribuye premios y castigos según los méritos de cada cual. Todas las obras son recompensadas y el destino queda anulado, al menos tal como lo entienden los profanos. Todas las cosas buenas y malas, falsas y verdaderas se presentan por una necesidad inevitable. El libre albedrío, que algunas personas desprecian, sale victorioso.

(vv. 17157-17170)

Quizá alguien quisiera replicar a favor de la fatalidad y en contra del libre albedrío. Muchos se ven tentados de hacerlo, y dicen de las cosas posibles, cuando suceden, y por mucho que pudieran no haber sucedido: «Si alguien la hubiera previsto con anterioridad y hubiese dicho: "tal cosa sucederá sin que nadie pueda evitarlo", ¿no habría dicho la verdad? Luego habría en ello necesidad, puesto que de una cosa cierta se desprende que es necesaria, ya que verdad y necesidad son equiparables. Es forzoso, por tanto, que algo suceda cuando es necesario», ¿cómo podría defenderse quien quisiera contradecir esto?

(vv. 17171-17190)

Ciertamente, buscaría algo verdadero pero no necesario. Así, aunque se hubiese previsto con anterioridad, el hecho no habría sucedido por fatal necesidad, sino únicamente como una posibilidad. Si hay alguno que lo examine bien, verá que se trata de una necesidad relativa y no absoluta, de modo que aquel razonamiento: «si el hecho que debe ocurrir es cierto, también es por tanto necesario», no valdría una toca. Semejante verdad posible no es controvertible con la necesidad absoluta de una verdad absoluta. Luego tal argumento no es válido para destruir el libre albedrío.

(vv. 17191-17206)

Por otra parte, algún avispado se daría cuenta de que no sería necesario estudiar ni trabajar la tierra. ¿Para qué hacerlo, si todo estaba prefijado de antemano y determinado por necesidad? Ni los estudios, ni las labores manuales, valdrían para nada. Tampoco sería mejor que algo fuera nacido o por nacer, hecho o por hacer, por decir o por callar. Nadie tendría necesidad de aprender; sin estudiar artes sabría tanto como si hubiera estudiado con gran esfuerzo durante toda su vida. Pero esto es imposible; por tanto, hay que negar absolutamente que las obras de la humanidad sucedan por necesidad; antes bien, se actúa bien o mal con libertad, siguiendo únicamente el juicio de cada cual. Sólo ambos existen y sólo ambos toman las decisiones: toman o dejan utilizando su razón.

(vv. 17207-17236)

Resultaría empero difícil responder para refutar todos los argumentos que se pueden alegar en contra del libre albedrío. Muchos han puesto su esfuerzo en ello, aduciendo sutilmente que la providencia divina no impone a las obras humanas necesidad alguna. Se han ido dando cuenta de que, a pesar de que Dios las conozca de antemano, esto no implica que hayan de suceder inevitablemente ni tampoco que vayan a tener un desenlace determinado. Dicen ellos, sin embargo, que Dios las conoce con antelación porque luego acaecen y culminan en un fin, pero desarrollan mal la cuestión, pues el que ve con la razón sus intenciones, descubre que según su argumento son los hechos venideros los que otorgan a Dios su providencia y la hacen necesaria. Sin embargo, es una gran locura creer que el entendimiento de Dios es tan débil que sus sentidos dependen de otra cosa. Los que sostienen tal argumento luchan maliciosamente contra Dios y pretenden debilitar su presciencia mediante falsos silogismos. La razón tampoco acepta que sea posible engañar algo a Dios, porque no sería inmensamente sabio si se le sorprendiera en un

fallo comprobado. Luego esa afirmación no vale nada, porque Dios esconde su sabiduría y oculta su providencia bajo las tinieblas de nuestra ignorancia. Su poder es tan infalible que no tiene nada que aprender de los humanos. Si tuviera que aprenderlo, sería signo de impotencia, lo cual es penoso de decir y pecaminoso de pensar.

(vv. 17237-17282)

Otros pensaron la cuestión de otro modo, y dieron la siguiente répica: que los actos, sucedan como sucedan, son realizados por la voluntad, tal como exige el libre albedrío. Dios conoce cuanto ha de suceder y su desenlace con una leve reserva, que es el modo como acaecerán. Así sostienen que no existe la necesidad, sino la posibilidad, ya que Él conoce su desenlace y si ocurrirán o no. Dios sabe que cada hecho tiene dos vías y debe elegir una: ir por la negación o por la afirmación; y Dios ignora si necesariamente sucederán, pues pueden ocurrir de modo distinto en cuanto el libre albedrío actúe.

(vv. 17283-17306)

Pero, ¿cómo puede alguien atreverse a afirmar esto? ¿Cómo es capaz de despreciar tanto a Dios como para suponerle una presciencia fundada en la incertidumbre, ya que no puede predecir con exactitud la verdad? Aunque conozca el final de un suceso, Él no sabría que habría podido suceder de otro modo. Y si viera que ocurre un desenlace que Él no había previsto, su presciencia habría fallado, por mostrarse incierta y por tanto semejante a una opinión sujeta a error, como ya demostré antes.

(vv. 17307-17321)

Otros adoptaron un sendero diferente, y muchos se mantienen todavía firmes en él. Sostienen, sobre los acontecimientos que se producen aquí abajo según su posibilidad, que lo hacen por necesidad en relación con Dios, y no de otro modo. Él conoce desde siempre y sin

error todo lo que concierne al libre albedrío y todas las cosas antes de que sucedan, con conocimiento necesario y sea cual sea su cumplimiento. Hasta aquí tienen razón, y todos están de acuerdo y aceptan que es cierto que Dios posee una sabiduría necesaria y que, sin ignorancia alguna, conoce desde siempre el curso de cada acontecimiento. Pero Él no ejerce coacción sobre sí mismo ni sobre los hombres, ya que el conocimiento de la totalidad, de los detalles y de todas las posibilidades le viene de su omnipotencia y de la bondad de su sabiduría, a la que nada puede sustraerse. El que por aquí alegara que, por tanto, Dios pone necesidad en los hechos, erraría. Yo afirmo que no se producen porque Él los conozca de antemano, y tampoco porque más tarde sucedan, sino porque es Todopoderoso, y todo bondad y sabiduría. Por esta razón lo sabe todo con certeza, de forma que nada puede engañarle y nada puede suceder sin que Él lo haya previsto. Si alguien deseara plantear la cuestión siguiendo la vía correcta, que no es fácil de comprender, podría poner un ejemplo grosero para los profanos iletrados, pues tales gentes quieren una cosa escueta, sin grandes sutilezas de glosas.

(vv. 17322-17366)

Si un hombre hace algo por libre albedrío, sea lo que fuere, o se abstiene de hacerlo porque al pensarlo siente miedo o turbación, puede hacer ambas cosas. Ahora, si otro hombre ignorase lo que el primero iba a hacer, o dejar de hacer si se abstenía, este segundo, que conoció el asunto después, no habría podido coaccionar ni forzar al primero. Sin embargo, si lo hubiera conocido con antelación y no lo hubiera condicionado, solamente habría tomado conocimiento de él, sin interponer obstáculo alguno para que el primero obrara según su deseo o posibilidades, o dejara de obrar por su propia voluntad, que es tan franca y tan libre que él habría podido rehuirla o seguirla.

(vv. 17367-17390)

Del mismo modo, Dios, con mayor nobleza y absoluta certidumbre, conoce lo que ha de ocurrir, su modo y término, que depende de la voluntad del que actúa, pues éste tiene la facultad de elegir e inclinarse de cada lado, según su sabiduría o su ignorancia. También sabe Dios cómo han sido hechas y dispuestas las cosas ya acontecidas. De los que dejaron de hacer algo, Dios sabe si lo hicieron por vergüenza o por otra razón, según su voluntad les guió, porque estoy convencido de que hay mucha gente tentada por el mal, y que sin embargo no lo llevan a cabo. Entre éstos, hay algunos de buenas costumbres que incluso renuncian a ellas para llevar una vida virtuosa y consagrada al amor a Dios, pero son muy pocos. Otros pecarían si no estuviera vedado, pero doblegan su voluntad por temor al castigo o la deshonra. Dios ve todo esto con claridad, bien presente ante sus ojos, todos los acontecimientos y todas las intenciones. Nada puede ocultársele, y nada podrá nunca retrasarse hasta el punto de quedar tan alejado de Dios que no lo tenga presente. Aunque un hecho tarde diez, veinte o treinta años, incluso quinientos o cien mil; aunque ocurra en el campo y no en la ciudad; ya sea honesto o infame, Dios lo ve desde ahora con igual claridad que si hubiese acontecido, y lo ha visto siempre como una imagen real en su espejo eterno, que nadie excepto Él sabe pulir sin quitar nada al libre albedrío.

(vv. 17391-17440)

Este espejo es Él mismo, nuestro Creador. En este espejo bruñido, que tiene y siempre tuvo a su lado, ve todo lo que acontecerá como si estuviera presente; ve a dónde iran las almas que le hayan servido con lealtad y también las que no se cuidan de lealtad ni rectitud; a todas les prepara salvación o condena, según sus obras. Ésa es la providencia y la sabiduría divina que todo conoce y nada adivina, la que acostumbra a otorgar sus mercedes a la gente que ve inclinada hacia el bien. Mas no ha suprimido por esto el libre albedrío. Todos los

hombres actúan siguiendo su propia voluntad, sea para su gozo o su lamento. Él lo tiene todo siempre presente, pues la definición de la eternidad es la de una vida sin fin, en toda su totalidad y sin rupturas.

(vv. 17441-17468)

Pero conviene terminar con el orden que Dios ha querido establecer y regular con su gran providencia para este mundo. En lo tocante a las causas universales, todas serán a la fuerza como deban ser en todo tiempo. Los cuerpos celestes seguirán siempre, durante el curso de sus revoluciones, todas las transmutaciones necesarias y se servirán de sus poderes e influencia sobre los seres concretos que están encerrados en los elementos, cuando éstos reciban sobre sí sus rayos, como es debido. En efecto, los seres capaces de engendrar, engendrarán siempre seres semejantes, o harán sus mezclas en proporciones naturales y según las propiedades comunes que existan entre ellos. El que deba morir, vivirá mientras pueda y morirá, y por su deseo innato, los corazones de algunos preferirán holgarse en el ocio y en las delicias, los de otros en la virtud, y los de otros aún en el vicio.

(vv. 17469-17946)

Pero quizá las cosas no suceden siempre como disponen los cuerpos celestes. Quizá cuantos les siguen se opongan a ellos, o sean desviados por el azar o la voluntad. Todos estarán siempre tentados de hacer lo que su corazón les ordena, que no cesa de llevarlos hacia un fin como algo predestinado. De modo que yo admito que el destino es una disposición dentro de la providencia, añadido a las cosas que pueden modificarse al recibir cualquier influencia.

(vv. 17947-17511)

Un hombre también puede estar destinado desde su nacimiento a ser valiente e intrépido en su vida, o

prudente, generoso y benévolo, lleno de amigos y de riquezas, y cubierto de una fama de grandes hazañas. También puede conocer un destino adverso; pero que se guarde de seguir un modelo de vida determinado, pues todo puede ser transformado por la virtud o por el pecado. Si se da cuenta de que es un usurero y un avaro, como un hombre así no puede ser rico, que modifique su conducta mediante la razón y se contente con lo suficiente. Que muestre buen corazón y comparta y dé dinero, vestidos y comida a los demás, pero que su nombre no sea conocido por esto, porque lo tomarían como necia generosidad. Así que no debe cegarse en la avaricia, que empuja a la gente a amasar riquezas y la hace vivir en un martirio tal que nunca les basta nada. Los absorbe y agobia, y les impide hacer ningún bien, y les hace perder todas las virtudes desde que se atan a ella.

(vv. 17512-17538)

De la misma manera, un hombre que no sea demasiado necio puede guardarse de muchos otros vicios, o bien alejarse de la virtud, si desea encomendarse al mal. El libre albedrío es tan poderoso que, si el hombre se conoce bien, puede protegerse siempre que sienta que el pecado se adueña de él y a pesar de los cuerpos celestes. El que ansiara conocer con antelación qué hechos preparaba el cielo para que se produjesen, los podría impedir. Si el aire fuera a secarse y todo el mundo fuera a morir de calor, y los hombres lo supieran de antemano, construirían casas en lugares más húmedos, o cerca de los ríos, o bien cavarían profundas cavernas y habitarían bajo tierra, con el fin de que el calor no les dañara. Si un día se produjese un gran diluvio, los que lo supieran abandonarían sus refugios en las llanuras y huirían a las montañas, o bien construirían sólidas barcas y salvarían sus vidas de la gran inundación, como hicieron antaño Deucalión y Pirra, que se salvaron gracias a la navecilla en que se embarcaron para

evitar ser atrapados por las olas. Tras haber escapado, llegaron a puerto sanos y salvos, vieron los valles convertidos en pantanos y el mar retirado y, como no quedaban en el mundo más señores y damas que Deucalión y su mujer, se fueron a confesar al templo de la diosa Temis, que conoce los destinos de todas las criaturas. Ambos se arrodillaron y pidieron consejo para poder restaurar su linaje.

(vv. 17539-17586)

Temis, que era muy buena y honesta, escuchó su súplica y les aconsejó que se marcharan y que luego arrojaran a su espalda los huesos de su abuela. Esta respuesta fue tan amarga para Pirra que no quería aceptarla, y se justificaba contra el oráculo, pues no quería despedazar ni romper los huesos de su madre sin recibir una explicación de Deucalión: «No es preciso —dijo éste— buscar otro sentido. Nuestra abuela es la tierra, y me atrevo a decir que las piedras son sus huesos. Tenemos que arrojarlas hacia atrás para resucitar nuestro linaje.» Tal como lo dijo, lo hicieron, y salían hombres de las piedras que con buen tino arrojaba Deucalión, mientras que de las que tiraba Pirra nacían mujeres con cuerpo y alma, tal como doña Temis les había dicho a la oreja, pues éstos nunca buscaron otro padre, así que nunca dejará de aparecer la dureza en todo este linaje. De este modo actuaron, como sabios, los que salvaron su vida del diluvio en una barca. Los que conocieran otro diluvio con antelación, podrían escapar igual.

(vv. 17587-17620)

Pudiera sobrevenir también una gran carestía que provocase la escasez de alimentos, de forma que la gente muriera de hambre al no tener trigo. Pero, si lo supieran, podrían almacenar grano dos, tres o cuatro años antes de que sucediera, y bien podrían calmar el hambre todos los hombres, grandes y pequeños, cuando llegase

la sequía. Así lo hizo José en Egipto, con gran sentido y previsión, pues almacenó tantas reservas que pudieron remediarse sin pasar hambre ni miserias. También podría preverse un enorme frío, mayor del que es habitual en invierno, pues los hombres podrían poner su empeño en fabricar vestidos y guardar leña a grandes haces para encender fuego en chimeneas. Al llegar la estación fría, cubrirían sus casas de buena paja, blanca y limpia, que cogerían de sus graneros. Luego cerrarían puertas y ventanas, y así todas las criaturas quedarían seguras.

(vv. 17621-17648)

Podrían asimismo construir baños calientes, en los que incluso se permitirían celebrar sus bailes totalmente desnudos, cuando enloqueciera el viento y lanzara piedras y tempestades que mataran a las bestias en los campos, o cuando tronara y se helaran los grandes ríos. Ya podían amenazar las ventiscas y los hielos, que todos se reirían de esa amenaza. Dentro danzarían, seguros y resguardados del peligro, y podrían burlar al mal tiempo. Así podrían protegerse. Pero, a menos que Dios haga un milagro mediante un oráculo o una aparición, estoy seguro de que no existe hombre alguno, a no ser que conozca las extrañas complexiones de la astronomía y las posiciones de los cuerpos celestes, y observe sobre qué clase de clima influyen, que pueda predecir todo esto, ni por ciencia, ni por dinero.

(vv. 17649-17672)

Y si el cuerpo tiene el poder de huir de los desarreglos que provocan los cuerpos celestes, alterando así su labor y protegiéndose de ellos, sé bien que la fuerza del alma es aún más poderosa, pues ella lleva y mueve a aquél, ya que si no existiera, el cuerpo moriría. Por tanto, la libre voluntad, haciendo uso del buen entendimiento, podría evitar mejor y más fácilmente cuanto pueda hacerle sufrir. No debe temer sufrir algo, a menos

que quiera consentirlo, y que sepa esto de memoria: él es la causa de su desgracia. Una tribulación exterior no puede ser más que un suceso; que no tema al destino si conoce su nacimiento y su condición. ¿Pero es necesario tanto sermón? El hombre está por encima del destino, por mucho que esté prefijado.

(vv. 17673-17696)

Seguiría hablando del destino, y precisaría algo más sobre la fortuna y el azar, y cierto que me gustaría mucho presentar más objeciones y darles réplica, y poner más ejemplos. Sin embargo, me extendería demasiado y munca acabaría. Hay otros lugares donde esto queda bien explicado. El que no lo sepa, que pregunte a un clérigo que lo haya estudiado y lo entienda.

(vv. 17697-17706)

Además, no habría hablado si hubiera debido callarme, pero mi confesión lo necesita, porque mi enemigo, al oír mis quejas, quizá podría aducir, para borrar sus deslealtades y blasfemar contra su creador, que yo le calumniaba injustamente. El hombre suele decir a menudo que existe la libre voluntad de elegir, porque la providencia de Dios lo tiene todo sometido y predestinado, las obras como el pensamiento humano, de forma que, si el hombre se dirige a la virtud, es Dios quien se la inculca a la fuerza. Si se dedica por el contrario al mal, también es Dios quien le obliga a hacerlo, porque lo tiene más cogido que a un dedo, así que sólo hace lo que está forzado a hacer. Cualquier pecado, cualquier limosna, las buenas palabras o las insolencias, las lisonjas y las detracciones, los robos y los homicidios, la paz y el matrimonio, la razón y el ultraje: «todo debía ser así», dicen. «Dios hizo nacer a esta mujer para este hombre, de forma que él no podía recibir otra, ni por inteligencia, ni por dinero. Éste era su destino». Y luego, si la boda ha sido mal hecha, y él o ella resultan

locos, cuando alguien dice algo en contra de la pareja y maldice a los que consintieron y prepararon tal matrimonio, el necio responde: «Tomadla contra Dios, que Él quiere que el asunto vaya de esta manera. Sin duda, Él lo mandó hacer así.» Y afirma bajo juramento que las cosas no pueden ser de otra manera.

(vv. 17707-17748)

¡No! ¡No! Esa afirmación es falsa. El verdadero Dios, que nunca miente, no puede tratar a los hombres de esta manera, consintiendo así el mal. Sólo de los hombres mismos vienen los pensamientos perversos, de donde nace el mal consentimiento que les incita a hacer cosas de las que deberían alejarse; y bien lo habrían hecho, si se hubieran conocido mejor. A su Creador llamarían entonces con amor, y Él los amaría, pues sólo ama sensatamente quien se conoce por entero.

(vv. 17749-17762)

Sin duda alguna, los animales faltos y desprovistos de entendimiento se desconocen por naturaleza, mas si estuvieran dotados de la palabra y la razón para escucharse, y pudieran así aprender unos de otros, sería una desgracia para los hombres. El corcel de bellas crines jamás se dejaría domar ni montar por un caballero; el buey en su testa coronada no se dejaría uncir a la carreta; los asnos, los mulos y los camellos no transportarían pesadas cargas para el hombre, y no le obedecerían. El elefante que toca con su trompa y trompeta, y se alimenta con ella mañana y tarde como hace el hombre con sus manos, tampoco aceptaría el palanquín sobre su lomo. Los perros y los gatos tampoco le servirían, pues sobrevivirían fácilmente sin el hombre. Los osos, lobos, leones, leopardos y jabalíes querrían destrozarlo, e incluso un ratón podría hacerlo cuando estuviera de pequeño en la cuna. Ningún pájaro pondría su vida en peligro ante la llamada del hombre, sino que incluso

podría causarle mucho daño, reventándole los ojos mientras durmiera.

(vv. 17763-17792)

Si el hombre quisiera enfrentárseles, y creyera poder vencerlos porque sabe hacer armaduras, yelmos, lorigas, fuertes espadas, arcos y ballestas, lo mismo harían todos los animales. ¿No hay monos y marmotas que harían buenas cotas de cuero o de hierro, o jubones? Los hombres no sobrevivirían por tener puños, que también los animales trabajarían con sus manos y no lo harían peor. ¡Incluso podrían ser escritores! No serían tan tontos como para no ingeniárselas y elaborar armas o inventar artefactos con los que dañar a los hombres. Las mismas pulgas y chinches, amontonados en sus orejas durante el sueño, le molestarían terriblemente. Los piojos, las cresas y las liendres les atacan ya tanto que les obligan a doblarse, a quebrarse y retorcerse, a dar la vuelta, saltar, patalear, rascarse y frotarse, a descalzarse y desnudarse; hasta tal punto pueden acosarles. Incluso las moscas les molestan durante las comidas, posándose en sus rostros, sin importarles si son reyes o pajes. Las hormigas y los pequeños gusanos les causarían muchos perjuicios si tuvieran conciencia de sí mismos. Cierto es que esta ignorancia les viene dada por su propia naturaleza, pero las criaturas dotadas de razón, sean hombres mortales o ángeles divinos, todos deben alabar a Dios. Si no se conocen a sí mismos, como brutos, es porque les falta conciencia por su vicio, que les enturbia y embriaga, pues podrían guiarse fácilmente por la razón y usar su libre voluntad, así que no hay nada que les pueda excusar. Por eso me he alargado tanto y he desarrollado estos argumentos, porque nada puede justificarles, y yo quiero acallar sus chismorreos.

(vv. 17793-17844)

Mas seguiré con mi confesión, de la que ya querría estar libre por la pena que recuerdo, que me turba el

alma y el cuerpo, así que no diré nada más sobre este asunto. Vuelvo a los cuerpos celestes, que se comportan como deben hacia las criaturas, a las que envían influencias astrales según sus diversas sustancias.

(vv. 17845-17854)

Ellos hacen que los vientos se opongan unos a otros, que el aire se inflame, grite, ruja y estalle en muchos lugares con truenos y relámpagos que retumban como tambores, trompas y tamboriles, y se rompan las nubes por los vapores que hacen levantarse. El calor y el movimiento hacen reventar sus vientres en horribles ciclones, y arrojan tempestuosos rayos que levantan el polvo de la tierra, derrumban torres y campanarios y sacuden a muchos árboles viejos hasta arrancarlos del suelo; por muy fuertemente arraigados que estuvieran, de poco les valen las raíces, pues caen derribados o se les rompen todas o casi todas las ramas.

(vv. 17855-17874)

Se dice que eso lo provocan los diablos con sus ganchos y sus artefactos, con sus garras y sus colmillos. Esa afirmación no vale un nabo. Los diablos son injustamente acusados, porque nada ha intervenido, salvo las tormentas y el viento que los han producido. Estas son las cosas que dañan a los hombres, que agostan los trigos, queman las viñas y que destrozan las flores y los frutos de los árboles. Tanto los atormentan y agitan que ninguno puede permanecer en sus ramas hasta madurar.

(vv. 17875-17888)

Los astros también hacen llorar gruesas lágrimas al aire, y a las nubes sentir tal pena que se despojan todas desnudas y no aprecian un pimiento el negro manto que habían vestido. En efecto, se ponen a hacer tan profundo duelo que se desgarran a trozos. Así ayudan al aire a llorar como si fuera a morir, y tan grande es su llanto y tanta cantidad vierten que los ríos acaban por desbor-

darse y arrasar los campos y los bosques cercanos con sus inmoderadas crecidas. A menudo asolan los trigos y hacen subir sus precios, por lo cual los pobres que trabajan la tierra lamentan su esperanza perdida. Cuando se desbordan los ríos, los peces, que siguen como es debido y razonable el curso de las aguas que son su casa, se van como dueños y señores a alimentarse por los campos, prados y viñas. Se lanzan contra los robles, contra los pinos, contra los fresnos, y quitan a los animales salvajes sus casas y propiedades, nadando por todas partes. Baco, Ceres, Pan y Cibeles enloquecen de rabia, porque los peces invaden en tropel con sus aletas sus deleitosos pastos. También los sátiros y hadas se sienten compungidos, pues pierden sus bosquecillos y heredades tras semejantes crecidas. Las ninfas, dolientes por su pérdida, lloran ante sus fuentes inundadas y ahogadas por los ríos. Los duendes y las dríades sufren con un corazón tan henchido de dolor que se dan por presos al ver sus bosques invadidos, y se quejan al dios de los ríos por tan villanas nuevas, que ellos no han merecido por fechoría alguna. Los peces se alojan en las ciudades bajas y cercanas, que encuentran miserables y pobres. No queda granero, bodega, ni lugar de valor o apreciado sobre el que no se precipiten: invaden los templos y las iglesias, y quitan a Dios sus servicios, y a los dioses domésticos sus imágenes y sus cámaras oscuras.

(vv. 17889-17950)

Cuando, después de largo trecho, el buen tiempo desplaza al malo, los cielos se aburren y cansan de tanta tempestad y lluvia y quitan al aire toda su ira, para volverlo alegre y sonriente. Las nubes se llenan también de gozo después de tanto duelo y, para recibir agradables y bellas a este aire gozoso, se ponen vestidos de todos los colores hermosos, y secan sus cabellos al aire apacible y claro, esparciéndolos entre la brisa del tiempo suave y resplandeciente. Luego hilan y, cuando han hilado,

dejan volar de su huso grandes hebras de hilo blanco, como si cosieran sus mangas.

(vv. 17951-17970)

Si sienten deseos de alejarse en peregrinación, mandan enganchar sus caballos, montan y atraviesan montes y valles, corriendo como locas. Eolo, al que llaman dios de los vientos, engancha sus caballos, pues no conocen otro cochero que sepa manejarlos, y les pone en los pies tan buenas alas que ningún pájaro las tuvo iguales.

(vv. 17971-17982)

Toma entonces el aire su manto índigo, que tan a gusto usan en la India, y se viste y se engalana para celebrar una fiesta y para esperar la vuelta de las nubes con elegancia. Para alegrar el mundo y para cazar, éstas suelen tomar en sus manos un arco, o dos o tres, cuando quieren, a los que se llama arco iris y de los que nadie sabe, a no ser que sea maestro de óptica, cómo los pinta el sol con semejantes colores ni con cuáles, ni por qué tantos ni tales, ni la causa de su apariencia. Para saberlo, habría que ser discípulo de Aristóteles, que describió mejor las cosas de la naturaleza que ningún hombre desde el tiempo de Caín. Alaquén, el sobrino de Hussein, que no fue necio ni bruto, escribió el libro de las *Miradas*: quien desee aumentar su saber sobre el arco iris debe leerlo, ya que el clérigo interesado por la naturaleza y por la óptica debe conocer y saber geometría, ciencia necesaria para comprender el libro de las *Miradas*. Allí podrá encontrar las causas y la fuerza de los espejos, que tienen poderes tan maravillosos que las cosas más pequeñas, las letras más diminutas escritas hace tiempo y los granos del más menudo polvo, aparecen tan grandes y se ven tan enormes y tan cercanas a través de las lentes que cada cual escoge, que pueden leerse y contarse desde muy lejos; y quien lo hubiera visto y quisiera contarlo no sería creído por nadie que

no lo hubiese visto a su vez o que conociese sus principios. Y eso no sería una suposición, pues se basa en la ciencia.

(vv. 17983-18030)

Marte y Venus, que antaño fueron descubiertos en el lecho donde yacían, si hubiesen mirado con esos espejos antes de acostarse, colocándolos de modo que pudiesen ver debajo de la cama, no habrían sido apresados jamás por los sutiles lazos corredizos que Vulcano había dispuesto allí, y de los que ambos nada sabían. Aunque los hubiese elaborado con hilos más finos que los de la araña, habrían visto la red, y Vulcano habría quedado burlado, porque ellos no se habrían acostado, sino que habrían visto cada lazo más grueso y ancho que una soga. Así Vulcano, el traidor abrasado de celos y de ira, nunca habría probado su adulterio y los dioses nada habrían sabido, pues ambos habrían huido del lugar en cuanto hubiesen visto la trampa tendida, y habrían corrido a yacer en otro paraje, donde ocultaran mejor su secreto o habrían planeado otra solución para esquivar su infortunio sin ser deshonrados ni censurados. Por la fe que me debéis, ¿acaso no digo la verdad?

(vv. 18031-18061)

—Cierto que sí —contestó el sacerdote—, ese espejo les habría resultado seguramente muy útil, porque al descubrir el peligro les habría permitido reunirse en otro lugar. Quizá Marte, el dios de la guerra, se habría vengado del celoso, y con su afilada espada le habría roto la red. Luego habría podido regocijarse con su mujer tranquilamente en la misma cama, o junto a ella, en el suelo. Y si por algún azar triste y traidor hubiese aparecido Vulcano mientras Marte la tenía así, Venus, que es dama muy avisada —porque las mujeres están llenas de engaño—, al oírle abrir la puerta habría tenido tiempo de taparse los riñones, y habría buscado en un instante cualquier excusa y cavilación para explicar el

motivo que llevó a Marte a entrar en su casa, y habría jurado sin fin hasta negar las pruebas y hacer creer a Vulcano que cuanto había visto no era cierto. Aunque Vulcano la hubiese visto con sus propios ojos, ella habría afirmado, con lengua llena de doblez y retorcida, que tenía la vista nublada y turbia, y habría encontrado justificaciones y falsas excusas, porque nada hay que jure y mienta con mayor desparpajo que la mujer; así que Marte habría escapado sano y salvo.

(vv. 18062-18099)

—Ciertamente, señor sacerdote, habláis como hombre honesto, prudente y cortés. Los corazones de las mujeres están llenos de sutilezas y astucias. El que no sabe esto es necio e insensato, porque ellas no tienen excusa. Juran y mienten con más osadía que ningún hombre, especialmente si se sienten culpadas de alguna fechoría. Nunca serán atrapadas, y menos aún en ese caso. Puedo afirmar, por tanto, que quien conociera un corazón de mujer jamás debería confiar en él, porque si lo hiciera correría con su desgracia.

(vv. 18100-18116)

Así opinan, me parece, Naturaleza y Genio. Y, puesto que yo quiero seguir el camino de la verdad, diré con Salomón que aquel que encuentre una mujer buena podría considerarse bienaventurado.

(vv. 18117-18122)

—Los espejos —añadió Naturaleza— tienen además muchas otras propiedades extraordinarias, porque las cosas grandes y hermosas que se colocan cerca de ellos parecen estar muy lejos. Incluso la mayor montaña que se encuentre entre Francia y Cerdaña se vería a su través tan pequeña y minúscula que difícilmente podría ser apreciada, aun mirando con mucho detenimiento.

(vv. 18123-18132)

Otros espejos muestran verdaderamente las exactas dimensiones de las cosas que en ellos se reflejan, siempre que haya alguien capaz de observarlas.

(vv. 18133-18136)

Hay otros espejos que queman los objetos que se miran en ellos, si se colocan rectos, para concentrar los rayos que el brillante sol arroja cuando sonríe sobre el espejo.

(vv. 18137-18142)

Otros muestran diferentes figuras en varias posiciones: derechas, oblongas, invertidas, mediante diversos arreglos. los que son expertos en tal materia hacen nacer varias de una sola imagen, y ponen cuatro ojos en una cabeza, si tiene la forma apropiada. También hacen parecer fantasmas a los que se miran, e incluso les hacen aparecer vivos sobre las aguas o los aires, y puede vérseles jugar entre el ojo y el espejo, según la diversidad de los ángulos, sea el medio compuesto o simple y de una o varias naturalezas. En ellos la imagen se refleja y multiplica, gracias al medio obediente, hasta el punto de aparecer a los ojos según los rayos proyectados, que recibe de muy variada manera y que engañan al que los mira.

(vv. 18143-18166)

El propio Aristóteles, gran conocedor de esta materia porque amaba todas las ciencias, asegura que un hombre que se hallaba enfermo de una enfermedad que había debilitado su vista, lo veía todo oscuro y turbio, y afirma que con estas imágenes desdobladas llegó a ver pasearse ante sí, por el aire, su propio rostro. En resumen, los espejos, libres de obstáculos, hacen aparecer muchísimos milagros.

(vv. 18167-18178)

Algunas distancias, sin espejos, inducen también a grandes errores: hay cosas muy lejanas entre sí que

parecen cercanas y juntas, o bien se cree de una cosa que hay dos, según su distancia, o que hay incluso seis de tres, u ocho de cuatro. El que quiera divertirse con la mirada puede llegar a ver más o menos, y puede colocar sus ojos de manera que varias cosas le parezcan una sola, si las dispone y junta apropiadamente. Los espejos hacen incluso que un hombre pequeño, al que los demás tratan de enano, les aparezca ante sus ojos más grande que diez gigantes, capaz de pasar por encima de los bosques sin doblar ni romper una rama, hasta que todos tiemblen de miedo. Y los gigantes parecen enanos a los ojos de quienes los deforman con estos objetos.

(vv. 18179-18200)

Y si los que han visto semejantes cosas, engañados por los espejos o por la distancia, que les han hecho esas demostraciones, se dirigen a la gente y lo cuentan envanecidos, no dicen la verdad, sino que mienten al afirmar que han visto a los diablos. Hasta ese punto les ha burlado la vista.

(vv. 18201-18208)

Los ojos enfermos y enturbiados dan a creer que una cosa singular es doble, o que hay dos lunas en el cielo, o que dos velas son una sola. No hay nadie que no haya sido engañado por la mirada, por mucho que se haya fijado. Muchas cosas han sido consideradas diferentes de lo que son.

(vv. 18209-18216)

Mas ahora no deseo poner mi empeño en explicar las imágenes de los espejos. Tampoco diré cómo se refejan los rayos ni describiré sus ángulos, pues todo está escrito en los libros. No descubriré por qué las imágenes de las cosas contempladas son devueltas a los ojos que las miran cuando se miran en ellas, ni los lugares donde aparecen, ni las razones de su ilusión. No quiero insistir, querido sacerdote, en dónde está la

esencia de tales ídolos, si en los espejos o fuera de ellos, y tampoco recordaré otras visiones maravillosas, placenteras o dolorosas, que suceden repentinamente, ni tampoco si son reales o tan sólo fruto de la fantasía. No explicaré esto ahora ni es conveniente hacerlo. Antes bien me callaré y las dejare junto a las cosas ya dichas que tampoco describí. Sería materia demasiado prolija, difícil de explicar y de comprender a los profanos, aun cuando hubiera quien lograse desarrollarla, hablando sólo en términos generales. Ellos no podrían aceptar que fueran ciertos los variados fenómenos de los espejos, a no ser que los vieran en la práctica con instrumentos, o que el clérigo experto se los aclarase mediante demostraciones.

(vv. 18217-18256)

Tampoco podrían admitir ante quien se los refiriera los diferentes tipos de visiones, tan asombrosas y extraordinarias, ni las ilusiones que de ellas nacen y que a muchos sorprenden, ya sea dormidos o en vigilia. Yo quiero pasarlas aquí por alto, porque me cansaría de hablar y vosotros de escucharme, y es bueno huir de la materia prolija.

(vv. 18257-18268)

Son las mujeres muy parlanchinas y pendencieras al hablar, así que os ruego que no os disguste que calle todo eso, ya que sólo quiero seguir el camino de la verdad. Sí diré, sin embargo, que muchos han sido tan engañados que se han levantado de la cama, incluso se han calzado, vestido y preparado todo el equipo, mientras dormía su sentido común y sólo el propio estaba despierto. Toman bordones, alforjas, estacas, hoces u hocinos y caminan por largos caminos, pero sin saber hacia dónde. Montan incluso en caballos y cruzan así montes y valles, por senderos secos o enfangados, hasta que llegan a lugares extraños. Cuando se despierta su sentido común y vuelven en sí, se admiran y se sorprenden mucho, y luego lo cuentan a la gente, fabulando y diciendo que fueron los diablos quienes los condujeron a ese lugar, sacándolos de sus casas, aunque en realidad fueron ellos mismos.

(vv. 18269-18296)

Sucede a menudo que algunos hombres, víctimas de enfermedades, se ven ante el delirio y, cuando no tienen cuidador o yacen solos en sus lechos, saltan de ellos y caminan y caminan tanto que llegan a lugares silvestres, prados, viñas o boscajes, y allí se dejan caer. Cuando llegan más tarde los que les buscan, por no haber puesto antes guardia suficiente o por ser necia y mala, los encuentran, allí, muertos de frío y de hambre. Incluso entre los que gozan de buena salud se ve a muchos que, con frecuencia y sin ninguna disposición o inclinación natural, son proclives a pensar demasiado, porque son melancólicos o desmesuradamente temerosos; entonces se les aparecen imágenes ante sí mismos, diferentes a las que tratábamos al hablar de los espejos, sobre los que pasamos brevemente, y les parece que todas ellas existen en la realidad.

(vv. 18297-18326)

También los hay que, por ser muy devotos, entran en profundos éxtasis y se les aparecen en el pensamiento cosas sobre las que han meditado, y creen verlas realmente fuera de sí mismos. Sin embargo, son patrañas y mentiras, iguales a las del que sueña y cree ver bien palpables las sustancias de su espíritu, como le sucedió antaño a Escipión. Ve tanto el infierno como el paraíso, el aire, el mar y la tierra y todo lo imaginable; ve aparecer estrellas, o volar los pájaros en el aire, o nadar los peces en el mar o jugar las fieras en el bosque haciendo lindas y graciosas cabriolas; ve a gente muy variada, unos descansando en sus alcobas, otros cazando en los bosques, montes, ríos y prados, viñas y barbechos; sueña con pleitos y juicios, guerras y tor-

neos, danzas y bailes, y escucha violas y cítaras; huele aromáticas especias, manjares sabrosos y siente a su amiga entre sus brazos, aunque ella no esté con él; o ve que Celos se acerca llevando a un joven por el cuello, pues le ha encontrado junto a su amiga, informada por Mala Lengua, que se inventa las cosas antes de que sucedan y por cuya culpa los amantes sufren cada día. Pues los leales amantes, que se aman mutuamente con ardiente amor, soportan en su mayoría penas y fatigas cuando se duermen por la noche, tras mucho cavilar en sus lechos, cosa que yo conozco muy bien, y sueñan con los seres amados que tanto han reclamado durante el día; o bien sueñan con los rivales que les causan enojos y contrariedades.

(vv. 18327-18374)

Y si odian mortalmente, sueñan con rencores, furores y disputas contra sus enemigos, que han causado ese odio, o con cosas parecidas a la guerra, por ser contrarias o semejantes.

(vv. 18375-18380)

Y si están en la cárcel por alguna fechoría, sueñan con estar libres, si tienen esperanza de estarlo; o bien sueñan con el patíbulo o con la horca o cualquier otra cosa desagradable, si el corazón se las recuerda cada día, pero que no suceden fuera, sino en su interior; ellos están convencidos de que esos sueños son reales, y reaccionan con tristeza o contento ante ellos; sin embargo, llevan todo en sus cabezas, que engañan a los cinco sentidos con los fantasmas que imaginan.

(vv. 18381-18395)

Muchas gentes creen, en su locura, que por la noche se vuelven brujos y vagan junto a doña Abundio, y dicen que los terceros niños que nacen en todo el mundo tienen esa condición de embrujados y van tres veces por semana donde su destino les lleva, y se pasean por las

casas sin temer a llaves ni barrotes, colándose por las fisuras, grietas y hendiduras; sus cuerpos se separan de sus almas y van con las buenas señoras por casas y lugares lejanos. Sostienen todo eso argumentando que las diversas cosas que han visto no han venido a sus lechos, sino que son sus almas las que penan y se fatigan por el mundo. Y mientras se encuentran así, hacen creer a los demás que tienen el cuerpo trastornado, y que el alma no puede volver a él. Sin embargo, ésa es una terrible insensatez y cosa imposible, porque el cuerpo humano es algo muerto en cuanto no lleva su alma consigo. Por tanto, es seguro que los que vagan de ese modo tres veces por semana, mueren tres veces y reviven otras tres en una sola semana; y si sucede como decimos, ¡muy a menudo resucitan los discípulos de semejante creencia!

(vv. 18395-18430)

Mas es cosa bien cierta, y me atrevo a recitarla sin glosa, que nadie que vaya a morirse puede morir de más de una muerte, y que no resucitará hasta el día de su juicio, a menos que sea por un milagro especial de Dios celestial, como leemos que ocurrió con San Lázaro, y no lo contradecimos.

(vv. 18431-18440)

Cuando los otros afirman que las almas que se han alejado de sus cuerpos inertes no pueden volver a ellos por encontrarlos trastornados, ¿cómo pueden sostener tales fábulas? Es muy cierto, y por eso lo advierto, que el alma desprovista de cuerpo es más avisada, prudente y hermosa que cuando está unida a él, cuya complexión, que nubla sus intenciones, debe soportar. Por tanto, el alma sabe volver a entrar en su cuerpo mucho mejor que salir, luego encontraría pronto la entrada, por muy trastornado que lo hallase.

(vv. 18441-18456)

Por otra parte, si un tercio del mundo viajara así con doña Abundio, como sostienen las viejas necias por las visiones que les ocurren, habría que deducir que todo el mundo vaga así, porque no hay nadie que no sueñe alguna visión, sea verdad o mentira, y no tres veces por semana, sino quince veces cada quincena, poco más o menos y según el azar que permita su fantasía.

(vv. 18457-18468)

No quiero insistir más en los sueños, en su verdad o su mentira, en si deben creerse o despreciarse, en por qué unos son más terribles y otros más placenteros y serenos, según las apariciones de cada complexión y según los ánimos de las costumbres y de la edad; tampoco insistiré en si Dios envía revelaciones por medio de esas visiones, o si es el espíritu maligno para poner en peligro a la gente. No quiero ocuparme más de esto, sino que volveré a mi asunto.

(vv. 18469-18484)

Así pues, os decía que cuando las nubes se sienten cansadas y rendidas de lanzar sus flechas por los aires, más mojadas que secas porque a todas han impregnado de lluvia y de rocío, a menos que las haya secado el calor para arrojar alguna seca, destensan a una sus arcos tras haber disparado a su antojo. Pero los arcos con que disparan esas arqueras son de extraña condición, pues se esfuman todos sus colores en cuanto los guardan destensados en sus aljabas, y ellas no volverán a disparar con los mismos que vimos, pues si quieren hacerlo de nuevo será con arcos nuevos que el sol deba colorear, porque no hay otra forma de pulirlos.

(vv. 18485-18504)

Todavía se extiende más la influencia de los cuerpos celestes, pues ejercen una gran influencia sobre el mar, la tierra y el aire. Hacen que aparezcan los cometas, que

no están colocados en el cielo, sino más bien abrasados en el aire, y duran muy poco después de hechos. Sobre ellos se cuentan muchas fábulas. Los que no paran de adivinar predicen con ellos la muerte de los príncipes; mas los cometas no acechan ni envían su influencia ni sus rayos sobre los reyes más que sobre los pobres, sino que estamos seguros de que actúan más bien sobre las regiones del mundo, según las características de sus climas, hombres y animales, que están preparados para recibir la influencia de los planetas y de las estrellas, porque ejercen mayor poder sobre ellos. Ellos llevan consigo la significación de las influencias celestes y actúan sobre las complexiones que encuentran obedientes. No pretendo con esto afirmar que los reyes deban ser considerados más ricos que las gentes simples que van a pie por la calle, porque suficiencia hace a riqueza tal como codicia hace a pobreza. Bien sea un rey o quien no tenga ni dos garbanzos, quien más codicia menos rico es. El que se guíe por los textos verá que los reyes se parecen a las pinturas, como nos presenta el ejemplo del autor del *Almagesto* para quien se dedique a mirar las pinturas: agradan si se ven de lejos, pero de cerca cesa su agrado. De lejos parecen muy deleitosas, mas de cerca no son nada placenteras. Lo mismo sucede con los amigos poderosos: cuando no se conocen bien y falta la experiencia, su servicio y su trato resultan dulces, pero el que mucho lo probara encontraría tanta amargura que temería su compañía tanto como su favor. Así lo confirma Horacio a propósito de su amistad y sus mercedes.

(vv. 18505-18558)

Los príncipes no son dignos de que los cuerpos celestes anuncien más sus muertes que las de los demás hombres, pues su cuerpo no vale una manzana más que el de un labrador, un clérigo o un escudero; tengo para mí que todos son iguales, como parece por su nacimiento. En mi opinión nacen todos iguales y desnudos,

fuertes y débiles, grandes y pequeños. A todos considero semejantes en grado de humanidad. Fortuna pone el resto, pues no sabe ser constante y reparte a su antojo sus bienes sin mirar a qué personas, y pronto se los quita y vuelve a quitar cuanto le apetece.

(vv. 18559-18576)

Y si alguno, dándoselas de noble, se atreve a contradecirme y sostiene que los nobles, como los llama el pueblo, por la alcurnia de su nacimiento son de mejor condición que los que cultivan la tierra o los que viven de su trabajo, yo le contesto que nadie es noble si no se esfuerza en ser virtuoso, y nadie es villano más que por sus vicios, que le hacen desmesurado e insensato.

(vv. 18577-18588)

La nobleza reside en el buen talante, pues la nobleza de linaje no es nobleza que valga si falta la bondad de corazón; a través de ésta debe aparecer en el noble la gallardía de sus padres, que conquistaron su alcurnia con grandes esfuerzos. Cuando abandonaron este mundo, se llevaron todas sus virtudes y dejaron a sus herederos las riquezas, sin que éstos pudieran recibir nada más. Así que poseen los bienes, pero no tienen otra cosa, ni nobleza ni prez, a menos que se esfuercen por adquirirla mediante su inteligencia o sus virtudes.

(vv. 18589-18604)

Los clérigos tienen mayores ventajas para ser nobles, corteses y sabios,y yo os diré la razón: los príncipes o los reyes no tienen ciencia; el clérigo, en cambio, ve escritos en los libros de manera probada, razonada y demostrada, todos los males de los que se debe huir y todas las cosas buenas que es posible hacer. Ve escritos los asuntos del mundo, tal como fueron hechos o dichos. Ve en las vidas antiguas las vilezas de todos los villanos, los hechos de los hombres corteses y las sumas de cortesía. En resumen, ve escrito en los libros cuanto se

debe rechazar y observar; por eso todos los clérigos, discípulos o maestros, son nobles o deben serlo. Y sepan los que no lo son que se debe al mal corazón que tienen, porque gozan de más ventajas que los que corren tras los ciervos montaraces.

(vv. 18604-18628)

Los clérigos que no poseen un corazón noble y generosos son peores que nadie, pues rehúyen las cosas probadas como buenas y persiguen los vicios a sabiendas. Los clérigos que se abandonan a los vicios deberían recibir mayor castigo del emperador celeste que los simples e ignorantes laicos, que no tienen escritas ante ellos las virtudes que aquéllos consideran viles y despreciables. Si los príncipes no son letrados, no puede dedicarse a aprender y estudiar, porque deben encargarse de otras tareas. Por eso, para ser nobles, sabedlo bien, los clérigos tienen más posibilidades que los señores terratenientes.

(vv. 18629-18646)

Y para conquistar la nobleza , que es muy honorable en este mundo, cuantos deseen adquirirla deben conocer estas reglas: el que aspire a alcanzar nobleza, que se guarde del orgullo y la pereza, se consagre a las armas y al estudio, y se aparte de la villanía. Deberá tener el corazón humilde, cortés y generoso en cualquier lugar y para todo el mundo, exceptuando sólo a sus enemigos, cuando no pueda llegar a otro acuerdo. Deberá honrar a las damas y a las doncellas, pero sin confiar demasiado en ellas, porque podría sobrevenirle alguna desgracia, cosa desagradable de ver. Un hombre semejante debe ser loado y estimado y no sufrir censura o reproche, y a él le corresponde recibir el título de nobleza, no a otro.

(vv. 18647-18666)

Caballero arrojado con las armas, valeroso en los hechos y cortés en las palabras, como lo fue mi señor

Galván, que no se pareció a los débiles, o como el buen conde Roberto de Artois, que desde el momento en que abandonó la cuna cultivó durante todos los días de su vida la generosidad, el honor y la caballería , y no le plugo jamás la indolente ociosidad, sino que se hizo hombre antes de tiempo; tal caballero, digo, valiente y esforzado, generoso, cortés y luchador, debe ser bien venido en cualquier lugar, alabado, querido y estimado.

(vv. 18667-18680)

También debe honrarse mucho al clérigo que desea trabajar con sentido común y que piensa entregarse al cultivo de las virtudes que encuentra escritas en su libro. Y así se hacía en el pasado, por cierto; podría enumerar a diez o incluso a tantos que sería enojoso escuchar tanta cantidad.

(vv. 18681-18688)

Antaño, los nobles valientes, emperadores, duques, condes o reyes, como les llaman los libros y de los que nada añadiré, honraban a los filósofos. Incluso llegaron a conceder a los poetas ciudades, jardines, empleos honorables y muchas cosas deleitosas. Nápoles fue otorgada a Virgilio, y es una ciudad más placentera que París o Lavardin. Ennio poseyó hermosos jardines en Calabria, entregados por los ancianos que le conocieron. ¿Para qué buscar más? Podría probároslo con otros muchos, que nacidos de linajes humildes fueron más nobles de espíritu que muchos hijos de reyes o condes considerados de alta alcurnia, pero no haré tal relación.

(vv. 18689-18709)

Mas han sobrevenido unos tiempos en los que los hombres buenos, que trabajan en la filosofía toda su vida y parten a extrañas tierras para encontrar sabiduría y prez, sufren las mayores pobrezas, o se ven mendigos o llenos de deudas, y van quizá descalzos y desnudos, sin ser queridos ni estimados. Los príncipes no los

aprecian ni una manzana y,sin embargo, Dios me guarde de enfermar, son más nobles que los que van a cazar liebres o los que tienen por costumbre quedarse cerca de los estercoleros paternos.

(vv. 18710-18724)

Y el que busca tener la fama y el renombre con la nobleza de otro, pero sin su valentía y su arrojo, ¿es noble? Yo afirmo que no, sino que debe ser tratado de villano y vil, y ser menos estimado que si fuera hijo de un truhán. No iré adulando a ninguno, aunque fuese el hijo de Alejandro, que tanto se atrevió a empuñar las armas y emprendió tantas guerras que fue señor de todos los reinos. Después de que le rindieran obediencia cuantos se le habían enfrentado, llegó a decir, dominado por la soberbia, que este mundo era tan estrecho que apenas podía revolverse en él, así que no quería vivir más tiempo aquí y pensaba buscar otro mundo para comenzar una nueva conquista. Y fuese a destrozar el infierno para alcanzar fama, y todos los dioses infernales temblaron de miedo porque pensaron, cuando yo se lo avisé, que venía Aquel que con su bastón de madera habría de romper las puertas del infierno para salvar a las almas muertas en pecado, y que habría de aplastar su gran orgullo para rescatar a sus amigos del infierno.

(vv. 18725-18756)

Mas supongamos, aunque no pueda ser, que yo haga que algunos hombres nazcan nobles, y que no me preocupe de los demás, a quienes dan en llamar villanos... ¿Qué mérito hay en nobleza semejante? Ciertamente, el que aguza su ingenio para comprender la verdad no puede entender que haya en la nobleza otra cosa buena que no sea pensar en imitar la proeza de sus ancestros. Quien ansíe parecerse a un gentilhombre deberá vivir siempre en pos de ese objetivo, si no quiere usurpar la nobleza y ser alabado sin mérito. Pues yo le aseguro a todo el mundo que la nobleza no da a nadie

otra cosa buena que esta carga, y todos habrán de saber que nadie debe ser alabado por la virtud de personas ajenas, como tampoco es justo que se culpe a nadie por las faltas de otro. Sea loado el que lo merezca, pero el que no practica bien alguno y está repleto de maldad, jactancia, vileza y arrogancia, o es un traidor embustero, lleno de orgullo e insolencia, sin hacer caridad ni limosnas, o vago y perezoso —que de éstos hay muchos—, aunque haya nacido de tales padres que sobresalieran en todas las virtudes, me atrevo a decir que no es justo que reciba las alabanzas de sus padres, sino que debe ser considerado más ruin que si procediera de gente miserable.

(vv. 18757-18796)

Y sepan todos los hombres de buen sentido que no son cosas parejas adquirir saber, nobleza y renombre por propio valor, que recibir grandes propiedades, fortuna y cuantas pompas pueda desear. El que se obstina en esforzarse por adquirir dinero, riqueza o propiedades, aunque haya amasado cien mil marcos de oro, o incluso más, puede perderlo todo con sus amigos. Por el contrario, el que ha puesto su esfuerzo en las otras cosas antes nombradas, y las ha conquistado con sus méritos, nunca podrá doblegarse su amor hasta el punto de abandonarlas. ¿Podrá abandonar la ciencia? No, ni tampoco la nobleza ni la fama. Sin embargo, sabrá enseñarles, si quieren seguir su ejemplo. Ni él podrá hacer otra cosa, ni ellos podrán sacar más.

(vv. 18797-18820)

Hay muchos hombres que no se esfuerzan, ni darían una corteza por nada, salvo por adquirir dinero y propiedades. Dicen ser nobles, porque así se les llama y porque lo fueron sus padres, que eran como es debido; tienen perros y aves para parecer donceles de alcurnia, y cazan por los ríos, bosques, brezos y campiñas, solazándose ociosos. Sin embargo, son villanos empedernidos, porque se envanecen con la nobleza de otros. No dicen la verdad, sino que mienten y usurpan el título de nobleza, al no parecerse a sus buenos padres. Puesto que yo hago nacer a todos iguales, los que deseen conquistar otra nobleza diferente de la que les doy, que es muy hermosa y se llama natural libertad, la cual distribuyo a todos por igual junto con la razón, que Dios les otorga y que les hace con su sabiduría y su bondad semejantes al propio Dios y a los ángeles, si la muerte no los distinguiera de ellos, estableciendo con su mortal diferencia la marca de los hombres, que todos ésos adquieran otra nobleza, si la logran con su valía, ya que si no la conquistan por sí mismos nunca serán nobles por otro, y no salvo ni a reyes ni a condes. Por otra parte, es más vergonzoso para un hijo de rey estar repleto de torpeza, de ultrajes y vicios, que para un hijo de carretero, de porquero o de zapatero.

(vv. 18821-18860)

Tengo por cierto que habría sido mucho más honroso para Galván el aguerrido haber sido engendrado por cobardes quemados en la hoguera, que haber sido cobarde aunque su padre hubiera sido Reinaldo.

(vv. 18861-18866)

Sin duda alguna, no es fábula que la muerte de un noble sea más notable que la de un campesino, cuando se halla yaciente en el lecho, y su noticia llega más lejos. Por esto, los necios piensan al ver los cometas que han sido hechos para los príncipes. Pero aunque nunca hubieran existido reyes ni príncipes en reinos ni en provincias, y todos los hombres de la tierra fueran iguales, los cuerpos celestes harían nacer igualmente los cometas, al recibir sus influencias o cuando fuera el momento preciso, siempre y cuando hubiese en el aire materia adecuada para bastar a ello.

(vv. 18867-18884)

Los cuerpos celestes hacen que parezcan dragones volantes y chispas o estrellas que caen desde los cielos, y así lo creen los necios. La razón, sin embargo, no puede aceptar que nada pueda caer de los cielos, ya que en ellos no hay nada corruptible. Todo es firme, fuerte y estable, y nada que venga de fuera les hace mella y nada podría romperlos ni atravesarlos, ni lo más sutil o puntiagudo, a no ser que quizá fuese algo espiritual. Los rayos los atraviesan, sin duda, pero no los dañan ni los rompen.

(vv. 18885-18900)

Por sus distintas influencias, estos cuerpos originan el caluroso verano y el frío invierno. También producen la nieve y los hielos, unas veces gruesos y otras finos, y también otras impresiones nuestras, según su situación y según se alejen unos de otros, ya se aproximen o se reúnan. A menudo, muchos hombres se asustan al ver los eclipses en los cielos, y creen ser hechizados al faltarles la vista de los planetas que antes veían y luego no. Mas, si conociesen su causa, nunca se asustarían.

(vv. 18901-18916)

Debido a los combates entre los vientos, al levantar olas en el mar, los cuerpos celestes hacen que las ondas besen a las nubes. Luego hacen que el mar se calme y que ya no se atreva a rugir ni a hacer saltar a sus olas, salvo las que por necesidad la luna hace que se muevan, forzándole a ir y venir sin que nada logre detenerlo. El que quisiera aumentar su saber sobre los milagros que producen en la tierra los cuerpos celestes y las estrellas, encontraría tanta materia que jamás terminaría de ponerla por escrito si lo intentara. Así se portan los cielos conmigo, pues sus bondades aprovechan tanto que me doy perfecta cuenta de cómo cumplen con todo su deber.

(vv. 18917-18936)

Yo no me quejo, pues, de los elementos. Todos observan bien mis órdenes y realizan sus combinaciones, que cumplen los fines apropiados. Sé bien que cuanto existe bajo la luna es perecedero. Ningún ser puede guardarse para no corromperse. Por natural ingenio, todos poseen en su complexión una regla que nunca falla: todo regresa a su origen. Esta regla es tan universal que jamás falla con ninguno.

(vv. 18937-18950)

Tampoco me quejo de las plantas, nunca tardan en obedecer. Todas están muy atentas a mis leyes, y mientras dura su vida engendran raíces, hojitas, troncos y ramas, frutos y florecillas. Mientras no perece, cada una procura aportar cuanto puede, hierbas, árboles y matorrales. Tampoco de los pájaros y de los peces, muy hermosos a la vista. Todos saben guardar muy bien mis reglas y me obedecen como buenos escolares. Todos procrean siguiendo sus costumbres y honran a sus linajes sin dejarlos desaparecer, y eso causa un gran gozo.

(vv. 18951-18968)

No me quejo de los demás animales, a los que hago inclinar la cabeza y mirar hacia el suelo. Ellos nunca me declararon la guerra; todos siguen a mi servicio y se portan igual que sus padres. El macho va con su hembra, formando linda pareja. Todos se unen para engendrar cuanto les parece, sin buscar ningún comercio al juntarse , mas porque al uso uno le gusta hacerlo por el otro con generosa cortesía, y todos se consideran pagados con los bienes que yo les envío. Así se comportan mis bellos gusanitos, las hormigas, mariposas y mosquitas, y las lombrices que se crían en el estiércol, y no dejan de observar mis mandamientos; también mis serpientes y culebras: todos se afanan en mi obra.

(vv. 18969-18990)

Sólo me quejo del hombre, al que concedí cuantos bienes conocía. Sólo del hombre, al que hago y ordeno llevar la cabeza erguida hacia el cielo. Sólo del hombre, al que modelo y hago nacer con la misma forma que su dueño. Sólo del hombre, por el que me esfuerzo y trabajo; él es el último fin de mi labor. Su persona no posee nada que valga una manzana de ámbar si yo no se lo doy, ni en su cuerpo ni en sus miembros; ni en verdad tampoco en su alma, salvo una sola cosa. De mí, que soy su dueña, recibe tres fuerzas tanto del cuerpo como del alma, con las que puedo afirmar sin mentir que le hago existir, vivir y sentir. Tiene mucha ventaja, si el miserable quisiera ser valiente y honrado, porque dispone en abundancia de cuantas buenas cosas ha puesto Dios en este mundo, y es compañero de todo lo que éste encierra: tiene su existencia como las piedras, vive con las tupidas hierbas y siente como las bestias brutas; y aún puede más, puesto que alcanza el entendimiento como los ángeles. ¿Qué más puedo añadir? El hombre tiene cuanto puede imaginarse, es un pequeño mundo nuevo, y conmigo es peor que un lobezno.

(vv. 18991-19024)

Sin embargo, sé a ciencia cierta y sin duda que yo no le concedí el entendimiento. Mi soberanía no lo alcanza; nunca fui tan poderoa ni sabia para hacer algo tan notable. Nunca creé nada eterno; cuanto hago es perecedero.El mismo Platón lo testimonia al hablar de mi labor y de los dioses, que no deben preocuparse por la muerte, y dice que su Creador los preserva y guarda únicamente por su voluntad, porque si no todos habrían de morir. Todos mis actos, como aquél dice, son corruptibles; tan pobre y oscuro es mi poder frente al de la inmensa potestad de Dios, que ve presente la triple temporalidad en un solo momento de eternidad.

(vv. 19025-19046)

Él es el rey, el emperador que dice a los dioses que es su padre, como saben los que leen a Platón, donde se guardan estas palabras; al menos, éste es su significado según el lenguaje de Francia: «Dios de dioses, de quien soy hacedor, vosotros sois mis criaturas, mis obras, mis actos, y sois corruptibles por naturaleza pero perdurables por mi voluntad. Nada hay en cuanto hace Naturaleza, por mucho que se esfuerce, que no muera en su momento. Mas cuando, por alguna buena razón, Dios el fuerte, sabio y bueno sin par, desea unir y conjuntar algo, nunca ha tolerado ni tolerará que sea desunido ni que le alcance la corrupción. Así que concluyo lo siguiente: puesto que comenzasteis a existir por la voluntad de vuestro dueño, por quien fuisteis creados y engendrados, y por lo cual os guardo y guardaré, no estáis en absoluto libres de la muerte ni de la corrupción, porque si yo no os preservara todos habríais de morir. Por vuestra naturaleza podréis morir, pero por mi voluntad no lo haréis, porque mi voluntad tiene dominio sobre los hilos de vuestra vida, los cuales mantienen las composiciones que os permiten ser perdurables.»

(vv. 19047-19082)

Tal es el significado de las palabras que escribió en su libro Platón, el que mejor se atrevió a hablar de Dios, que le apreció más y le alabó más que ningún otro filósofo de la Antigüedad. Aún así, no llegó a decir bastante, porque no logró entender jamás lo que nadie, salvo el vientre de cierta virgen, puede comprender. Es verdad sin duda alguna que aquella a quien se le hinchó el vientre entendió más que Platón, porque supo desde que lo llevó, y se alborozó por ello, que su fruto era la esfera maravillosa e interminable, que lanza su centro a todas partes sin conocer el lugar de su circunferencia, que Aquél era el maravilloso triángulo cuya unidad forma los tres ángulos, los cuales juntos no forman más que uno solo. Es el círculo triangular y el triángulo circular quien se albergó en aquella virgen. Platón

nunca supo esto, y no vio la trina unidad en esa simple trinidad, ni la deidad soberana disfrazada de piel humana: esto es, Dios, el que se llama Creador.

(vv. 19083-19115)

Él creó el entendimiento del hombre y se lo concedió al crearlo. Y éste se lo agradeció como un ingrato, porque pensó engañar a Dios, mas se engañó a sí mismo, por lo cual recibió la muerte mi Señor, cuando tomó sin mi intervención la forma humana para redimir de penas a los cautivos. Todo ocurrió sin mí y no sé cómo, mas Él puede todo con su potestad. Yo quedé muy asombrada cuando Él nació en carne mortal, y para los desdichados, de la Virgen María, y luego fue encarnecidamente crucificado, ya que por mí no puede suceder que nazca nada de una virgen. Hace mucho tiempo, esta encarnación fue anunciada por numerosos profetas, judíos y paganos, lo cual alivió mejor nuestros corazones y nos impulsó más a creer que la profecía fuese cierta. Así, en la *Bucólicas* de Virgilio leemos estas palabras de la Sibila, inspirada por el Espíritu Santo: «Del alto cielo se nos ha enviado aquí abajo a un nuevo linaje, para guiar a la gente descarriada, por el que desaparecerá la edad de hierro y surgirá la de oro en todo el mundo.» Albumazar también testimonia, sea como fuere que supiera el asunto, que bajo el signo virginal nacería una doncella digna que, según él dice, sería virgen y madre y amamantaría a su padre, y que su marido yacería junto a ella sin tocarla. Quien consulta a Albumazar aprenderá esta sentencia, que se encuentra con toda claridad en su libro; por lo cual algunos cristianos celebran una fiesta en septiembre para rememorar dicha natividad.

(vv. 19116-19160)

Así me he esforzado por el hombre, bien lo sabe nuestro señor Jesús, tal como he dicho más arriba. Para ese desdichado hago esta labor, y él es el fin de todo mi esfuerzo. Sólo él trabaja contra mis reglas y no se da por

pagado con nada, el desleal y renegado. Mas, ¿qué importa? ¿Qué más podría añadir? Nunca podría deshacer los honores que hasta ahora le he concedido, y en cambio él me devuelve tantas afrentas que no se pueden medir ni contar.

(vv. 19161-19174)

Querido dulce sacerdote, buen capellán, ¿es justo que yo le ame y reverencia, cuando él me corresponde de esa forma? ¡Dios crucificado me asista, cómo me arrepiento de haber hecho al hombre! Mas, por la muerte que Aquél sufrió, a quien Judas besó y Longinos atravesó con su lanza, yo le arreglaré las cuentas ante Dios, que me lo entregó cuando lo hizo a su imagen, por todo el daño que me hace. Soy mujer y no puedo callar, sino descubrirlo todo, porque la mujer nada puede ocultar; nunca fue tan injuriado. En mala hora se alejó de mí: contaré sus vicios y diré toda la verdad.

(vv. 19175-19194)

El hombre es orgulloso, homicida, ladrón, traidor, codicioso, avaro, tramposo, desesperado, glotón, calumniador, rencoroso, despreciable, impío, envidioso, mentiroso, perjuro, falsario, loco, fanfarrón e inconstante e insensato, idólatra, desagradable,traidor y falso hipócrita, perezoso y sodomita. En resumen, es tan miserable y tan necio que da cobijo y sirve a todos los vicios. ¡Ved con qué hierros se cubre el desgraciado! ¿Va buscando acaso su muerte al entregarse a tales maldades? Y puesto que todos los seres deben regresar al lugar de donde han recibido el origen de su existencia, cuando este hombre se presente ante su dueño, al que hubiera debido servir y honrar siempre cuanto hubiera podido y guardándose del mal, ¿cómo se atrevará a mirarlo? Y aquél que será juez, ¿con qué ojo le mirará, al haberse comportado el hombre tan mal con él y haber sido encontrado en medio de todos los vicios, ese desgraciado que tiene el corazón tan perezoso que nunca tiene gana

de hacer el bien? Por el contrario, grandes y pequeños se comportan lo peor que pueden, sin cuidarse de su honor, y parece que así lo hayan jurado y acordado todos juntos. Mas con frecuencia, este compromiso no salva a cada cual, sino que reciben muchas y grandes fatigas, o la muerte, o la mayor vergüenza del mundo. Pero el desgraciado, ¿qué podrá inventar, cuando quiera dar cuenta de sus pecados al presentarse ante el juez que sopesa y juzga con rectitud y sin errar, y al que nada puede torcérsele o desviársele?¿Qué recompensa le cabrá esperar, salvo la soga para ser colgado en la doliente horca del infierno? O bien será apresado y conducido allí, amarrado con cadenas eternas ante el príncipe de los diablos; o bien será hervido en las calderas y le abrasarán por delante y por detrás, sobre carbones o sobre parrillas; o bien le darán vueltas en grandes clavijas como a Ixíon, en unas cortantes ruedas que los diablos hacen girar con los pies; o bien morirá de sed y de hambre en los pantanos, como Tántalo, que está metido en el agua para siempre y por mucho que le apremie la sed no podrá jamás llevarse a la boca el agua que le llega hasta la barbilla: cuanto más quiere alcanzarla, más desciende su nivel. Y el hombre le azuza sin que pueda aliviarla; antes bien muere enloquecido de hambre, sin poder alcanzar la manzana que ve colgar encima de su nariz, porque cuanto más la hostiga con su boca más se eleva la manzana. O bien hará rodar la piedra desde la cima de la montaña hasta el suelo, y después irá a recogerla y la empujará de nuevo hasta arriba, tal como tú haces, desdichado Sísifo, que fuiste condenado a esta pena. O bien deberá llenar el tonel sin fondo y no podrá colmarlo jamás, como les ocurre a las Belidianas por culpa de sus anteriores locuras. Sabed bien, querido Genio, que los buitres se ensañan comiendo el hígado de Titio sin que nadie pueda espantarlos. Allí dentro habrá otras graves penas, pérfidas y viles, o quizá el hombre sea condenado a sufrir tribulaciones con grandes dolores y grandes torturas, hasta que yo

quede bien vengada. A fe mía, si el juez que he mencionado antes, que lo juzga todo, palabras y actos, tan sólo fuera bueno y misericordioso, estaría bien según creo prestar a los usureros; pero Él es siempre justo además, lo cual es más temible. Mal hace el hombre revolcándose en su pecado.

(vv. 19195-19292)

Sin duda, le dejo a Dios todos los pecados de los que ese miserable está lleno, para que Él disponga. Que le castigue cuanto le plazca. Pero por aquéllos de los que Amor se queja, porque he oído bien sus lamentos, yo misma me aflijo y me doleré mientras viva, porque me niegan el tributo que todos los hombres me han debido, me deben y me deberán, mientras reciban mis obras. Genio, vos que habláis bien, llegaos a las huestes del dios Amor, que tanto se esfuerza por servirme y tanto me ama, estoy segura, que por su corazón franco y generoso se siente más atraído por mis obras que el hierro por el imán. Decidle que le mando un saludo, y también a doña Venus, mi amiga, y a todos sus nobles, salvo únicamente a Falso Semblante, que se atreve a aliarse con los traidores orgullosos, los peligrosos hipócritas, a los que la Escritura califica de falsos profetas. También mantengo serias sospechas de que Abstinencia sea tan soberbia como Falso Semblante, aunque parezca humilde y caritativa.

(vv. 19293-19324)

Que Falso Semblante no sea saludado, ni tampoco su amiga Abstinencia, si es encontrado junto a semejantes traidores probados. Son todos muy de temer. Amor habría debido echarlos bien lejos de su ejército, si le hubiera parecido bien y no hubiera sabido con seguridad que le serían muy necesarios y que no podría nada sin ellos. Pero si se convierten en abogados de las causas de los enamorados corteses y en alivio de su mal, les perdono sus embustes.

(vv. 19325-19338)

Id, amigos, a llevarle mis quejas y mis protestas, al dios Amor, no para que me haga justicia, sino para que se anime y reconforte al escuchar esta noticia, que será harto hermosa para él y muy dura para nuestros enemigos. Que lo deje estar y que no le apene la turbación que le adivino. Decidle que yo os envío allí para excomulgar a cuantos pretenden contrariarnos y para absolver a los valientes que se aplican en seguir de buen corazón, y con rectitud, las reglas que están escritas en mi libro, que se afanan en multiplicar sus linajes y piensan en amar bien, pues a todos éstos debo llamarles amigos y deleitar sus almas. Mas habrán de guardarse de los vicios que he enumerado más arriba, porque borran todas las bondades. Dadles un perdón suficiente, o sólo para diez años, porque no lo apreciarían ni un céntimo, sino un perdón pleno y para siempre de todo lo que hayan hecho, en cuanto se confiesen bien.

(vv. 19339-19368)

Al llegar al ejército, donde seréis muy bien recibido, después de haberles saludado como sabréis hacerlo de mi parte, haced público este perdón y este bando, que os escribo aquí.

(vv. 19369-19375)

Entonces ella se lo dicta y él escribe; luego, Naturaleza lo sella y se lo entrega a Genio, rogándole que parta pronto, pero que antes la absuelva de lo que la atormenta.

(vv. 19376-19380)

Tan pronto como se hubo confesado la diosa doña Naturaleza, y tal como manda la ley y la costumbre, el valiente padre Genio la absolvió al punto y le impuso una penitencia adecuada y buena, relacionada con la importancia de la fechoría que él creía que ella había cometido. Le ordenó que permaneciese dentro de su fragua y que trabajara como solía cuando de nada se

lamentaba, y que llevara a cabo su preciada obra mientras no le aconsejara otra cosa el rey que puede corregir, hacer y destruir todo.

(vv. 19381-19396)

—Señor —dice ella—, lo haré de buen grado.

—Y yo me voy sin tardanza —responde Genio—, para auxiliar a los leales amantes, en cuanto me haya quitado esta casulla de seda, este alba y este roquete.

Fuese entonces a colgarlo todo de un gancho y se puso su ropa seglar, que era menos incómoda, como si fuera a su solaz, y cogió las alas para volar rápidamente.

(vv. 19397-19408)

Naturaleza se queda en su taller, toma los martillos y golpea y forja como antaño hacía, mientras Genio bate sin demora sus alas, más veloz que el viento, y llega pronto a la hueste. Sin embargo, no encuentra allí a Falso Semblante, que se había marchado en cuanto cayó prisionera la Vieja, que me había abierto la puerta de la fortaleza y me había permitido avanzar hasta poder hablar con Dulce Albergue. Falso Semblante no quiso espera más entonces y huyó sin despedirse. Pero es seguro e indudable que se encuentra con Forzosa Abstinencia, que se apresa con tal denuedo a correr tras él, al ver venir al sacerdote, que difícilmente podrán detenerla, porque aunque le diesen cuatro besantes jamas se acercaría al cura, para que nadie la viera, sin que Falso Semblante estuviera presente.

(vv. 19409-19432)

Nada más llegar, Genio saluda a todos como debe y les relata, sin olvidar nada, el motivo del viaje. No os quiero contar la gran alegría que todos mostraron al escuchar sus palabras. Por el contrario, abreviaré mi relato para aliviar vuestros oídos, porque si el que

predica no aligera su relato a menudo consigue que los oyentes lo abandonen por culpa de la prolijidad.

(vv. 19433-19446)

Inmediatamente, el dios Amor viste a Genio con una casulla y le entrega una cruz y una mitra más clara que el cristal o el vidrio. No buscan más adornos, pues todos sienten gran deseo de oír la lectura de la sentencia. Venus, que no dejaba de sonreír y no podía estarse quieta, se sentía tan feliz y contenta que, para reforzar más el anatema en cuanto él lo haya pronunciado, le coloca en la mano un cirio encendido que no era de cera virgen.

(vv. 19447-19460)

Genio, sin tardar se subió a un alto estrado para leer mejor la carta, como he relatado antes. Los nobles no quisieron buscar otro acomodo y se sentaron por el suelo. Desplegó la carta y tendió la mano en señal de silencio y pidiéndoles que callen, y aquéllos, a quienes placen sus palabras, intercambian guiños y se dan golpecitos. Al punto se apaciguan y prestan atención, y con estas palabras comienza la sentencia definitiva.

(vv. 19461-19474)

—Por la autoridad de Naturaleza, que se ocupa de todo el mundo, como vicario y condestable del emperador eterno que está en la torre que gobierna la noble ciudad del mundo, de la que hizo ministro a Naturaleza, la cual administra todos sus bienes por la influencia de las estrellas que todo regulan según los designios imperiales, de los que Naturaleza es ejecutora, porque ella ha hecho nacer todas las cosas desde que existe este mundo, concediéndoles su plazo de crecimiento y maduración, y nunca hizo nada sin motivo bajo el cielo que gira sin cesar alrededor de la tierra, tan lejano por arriba como por abajo, sin dejar de dar vueltas día y noche, sino moviéndose sin parar, que sean excomulgados y

condenados sin la menor piedad todos los desleales y renegados, sean grandes o pequeños, que desprecien las obras por las que Naturaleza se mantiene. Y aquél que se empeñe con todas sus fuerzas en guardar las leyes de Naturaleza, y se esfuerce en amar bien y sin pensamientos viles y se comporte con lealtad, vaya cubierto de flores al paraíso. Que se confiese bien ante mí y yo me haré cargo de todos sus actos con el poder que me asiste. Su perdón no será nunca escaso.

(vv. 19475-19512)

En mala hora concedió Naturaleza a los traidores que he citado más arriba estiletes, tablillas, martillos, yunques, según sus leyes y usos, y rejas de puntas bien afiladas para el uso de sus arados, y barbechos, fértiles y herbosos, jamás pedregosos, pero que necesitan ser arados y labrados si se quiere gozar de ellos; nadie quiere trabajar para servirla y honrarla, sino que todos pretenden destruirla, huyendo de sus yunques, de sus tablillas y de sus barbechos, que ella preparó preciosos y valiosos para perpetuar las cosas y que la Muerte no pudiera matarlas.

(vv. 19513-19530)

Esos traidores de los que hablo deberían sentir la mayor vergüenza, porque no se dignan echar mano a sus tablillas para escribir o para dejar una huella impresa. Sus intenciones son bien amargas, pues las tablillas se atrofiarán si no se emplean y si se abandonan en la ociosidad. Dejan perecer a los yunques por no golpearlos con sus martillos, y la herrumbre se apodera de ellos sin que se escuche ruido ni martilleo. Los barbechos se tornarán yermos, si no se les hunde a fondo la reja. ¡Ojalá se pudiera enterrar vivos a ésos que se atreven a descuidar sus herramientas, que Dios construyó con sus propias manos y entregó a mi señora! Se las dio para que ella supiera hacer otras semejantes y dar un ser perdurable a las criaturas perecederas.

(vv. 19531-19552)

predica no aligera su relato a menudo consigue que los oyentes lo abandonen por culpa de la prolijidad.

(vv. 19433-19446)

Inmediatamente, el dios Amor viste a Genio con una casulla y le entrega una cruz y una mitra más clara que el cristal o el vidrio. No buscan más adornos, pues todos sienten gran deseo de oír la lectura de la sentencia. Venus, que no dejaba de sonreír y no podía estarse quieta, se sentía tan feliz y contenta que, para reforzar más el anatema en cuanto él lo haya pronunciado, le coloca en la mano un cirio encendido que no era de cera virgen.

(vv. 19447-19460)

Genio, sin tardar se subió a un alto estrado para leer mejor la carta, como he relatado antes. Los nobles no quisieron buscar otro acomodo y se sentaron por el suelo. Desplegó la carta y tendió la mano en señal de silencio y pidiéndoles que callen, y aquéllos, a quienes placen sus palabras, intercambian guiños y se dan golpecitos. Al punto se apaciguan y prestan atención, y con estas palabras comienza la sentencia definitiva.

(vv. 19461-19474)

—Por la autoridad de Naturaleza, que se ocupa de todo el mundo, como vicario y condestable del emperador eterno que está en la torre que gobierna la noble ciudad del mundo, de la que hizo ministro a Naturaleza, la cual administra todos sus bienes por la influencia de las estrellas que todo regulan según los designios imperiales, de los que Naturaleza es ejecutora, porque ella ha hecho nacer todas las cosas desde que existe este mundo, concediéndoles su plazo de crecimiento y maduración, y nunca hizo nada sin motivo bajo el cielo que gira sin cesar alrededor de la tierra, tan lejano por arriba como por abajo, sin dejar de dar vueltas día y noche, sino moviéndose sin parar, que sean excomulgados y

condenados sin la menor piedad todos los desleales y renegados, sean grandes o pequeños, que desprecien las obras por las que Naturaleza se mantiene. Y aquél que se empeñe con todas sus fuerzas en guardar las leyes de Naturaleza, y se esfuerce en amar bien y sin pensamientos viles y se comporte con lealtad, vaya cubierto de flores al paraíso. Que se confiese bien ante mí y yo me haré cargo de todos sus actos con el poder que me asiste. Su perdón no será nunca escaso.

(vv. 19475-19512)

En mala hora concedió Naturaleza a los traidores que he citado más arriba estiletes, tablillas, martillos, yunques, según sus leyes y usos, y rejas de puntas bien afiladas para el uso de sus arados, y barbechos, fértiles y herbosos, jamás pedregosos, pero que necesitan ser arados y labrados si se quiere gozar de ellos; nadie quiere trabajar para servirla y honrarla, sino que todos pretenden destruirla, huyendo de sus yunques, de sus tablillas y de sus barbechos, que ella preparó preciosos y valiosos para perpetuar las cosas y que la Muerte no pudiera matarlas.

(vv. 19513-19530)

Esos traidores de los que hablo deberían sentir la mayor vergüenza, porque no se dignan echar mano a sus tablillas para escribir o para dejar una huella impresa. Sus intenciones son bien amargas, pues las tablillas se atrofiarán si no se emplean y si se abandonan en la ociosidad. Dejan perecer a los yunques por no golpearlos con sus martillos, y la herrumbre se apodera de ellos sin que se escuche ruido ni martilleo. Los barbechos se tornarán yermos, si no se les hunde a fondo la reja. ¡Ojalá se pudiera enterrar vivos a ésos que se atreven a descuidar sus herramientas, que Dios construyó con sus propias manos y entregó a mi señora! Se las dio para que ella supiera hacer otras semejantes y dar un ser perdurable a las criaturas perecederas.

(vv. 19531-19552)

Bien parece que todos ellos obran mal, porque si todos los hombres juntos dejaran de usar las herramientas durante sesenta años, no engendrarían nuevos hombres. Y si ello hubiera agradado a Dios, Él ya habría dispuesto sin duda que se acabase el mundo, y las tierras se verían desnudas, y sólo las poblarían bestias brutas, a no ser que Él creara nuevos hombres por su gusto, o hiciera resucitar a los anteriores para repoblar la tierra. Si todos se mantuvieran vírgenes durante sesenta años, pronto desaparecerían y Dios tendría que volver a crearlos de nuevo, si lo deseara.

(vv. 19553-19568)

Y a quien osara decir que Dios quitó a un hombre sí y a otro no por su gusto la voluntad de procrear yo le diría que, como tiene gran fama de no dejar de hacer jamás el bien, debería agradarle que cada uno hiciese lo mismo, y pondría la misma gracia en todos. De este modo llegaré de nuevo a mi conclusión de que todo iría a la perdición. No sé contestar a esto, a menos que la fe responda a la creencia, pues Dios ama a todos juntos y por igual desde su origen, y concede almas racionales tanto a hombres como a mujeres. Por eso creo que querría de todos, y no sólo de uno, que siguieran el mejor camino para llegar antes a Él. Si, por tanto, quiere que algunos permanezcan vírgenes para acercarse más a Él, ¿cómo no desea lo mismo para los demás? ¿Por qué razón pensaría de otro modo? Así parece que no le importaría nada que la procreación desapareciese. Quien quiera responder, responda: yo no entiendo nada de este asunto. Que vengan esos adivinos que no paran de adivinar, y adivinen.

(vv. 19569-19598)

Mas los que no escriben con sus estiletes, gracias a los cuales los mortales viven siempre, sobre las preciosas y hermosas tablillas que no fueron aprestadas por Naturaleza para permanecer ociosas, sino que las hizo

para que todos los hombres fueran escritores y todos y todas vivieran, y los que reciben los dos martillos y no forjan como deben, diestramente sobre su buen yunque, y a los que sus pecados y su necio orgullo ciegan tanto que desprecian el recto surco del bello y fértil campo, y van como unos desgraciados a labrar en tierra desierta, donde se pierde su simiente y donde jamás trazarán surco derecho, sino que irán torciendo el arado y confirmando sus perversas reglas con prácticas totalmente anormales, por querer seguir a Orfeo, que nunca supo arar ni escribir, ni forjar en el yunque debido —¡ojalá sea colgado por el cuello, porque al establecer tal uso contrarió a Naturaleza!—, los que desprecian a esta dama leyendo sus preceptos al revés, y no queriendo comprender su significado en el sentido recto, sino que pervierten la escritura cuando la leen; que todos ellos, junto con la excomunión que les condena por seguir esas reglas, ¡que pierdan su bolsa y sus dos doblones, signos de que son machos! ¡Que pierdan los enganches de donde cuelga su limosnera! ¡Que les arranquen los martillos que llevan guardados dentro! ¡Que les quiten el estilete, por no haber querido escribir en las preciosas tablillas que les eran tan apropiadas! ¡Y que les destrocen los huesos y no se los recompongan nunca, si no aran como deben con sus arados y sus rejas! ¡Que cuantos quieran seguirles vivan cubiertos de vergüenza! ¡Que sus sucios y horribles pecados les causen dolor y penas, que les azoten dondequiera que vayan y que se les vea la cara!

(vv. 19599-19656)

¡Señores, vosotros que estáis vivos, guardáos por Dios de imitar a tales gentes! ¡Sed en esos trabajos naturales más ágiles que las ardillas y más ligeros y veloces que los pájaros o el viento! No perdáis este buen perdón: os perdono todos vuestros pecados siempre que trabajéis bien. ¡Movéos, agitáos, saltad, no dejéis que se enfríen y que se entumezcan vuestros miembros! ¡Poned

todo vuestro empeño en ese trabajo, porque el que trabaja bien se calienta bastante!

(vv. 19657-19672)

¡Labrad, nobles! ¡Por Dios, labrad y restaurad vuestros linajes! Si no os cuidáis de labrar con frecuencia, nada podrá repararlos. Remangáos bien por delante, como para tomar aire, o desnudáos por completo si os place, pero no tengáis demasiado calor ni demasiado frío. Levantad con las dos manos desnudas la mancera de vuestros arados, sostenedla con la fuerza de vuestros brazos y esforzáos en hundir la reja derecha en el buen camino. En cuanto a los caballos que van delante, por Dios, no les dejéis jamás ser lentos. Espoleadlos con rudeza y golpeadles cuanto os dejen vuestras fuerzas, si queréis labrar más a fondo. Uncid los bueyes de testas coronadas a la yunta del arado, y picadlos con la aguijada. Os acogeremos por vuestra buena faena. Si los picáis bien y a menudo, necesariamente labraréis mejor.

(vv. 19673-19696)

Y cuando hayáis arado bastante y os sintáis fatigados, será conveniente que descanséis, porque nada puede durar mucho tiempo sin reposo, y luego no podríais volver bien dispuestos a continuar la labor. Pero no os canséis nunca de desearla. Cadmo, siguiendo las palabras de doña Palas, labró más de una robada de tierra y sembró los dientes de una serpiente, de donde nacieron caballeros armados, que lucharon entre sí y murieron todos en aquel mismo lugar, excepto cinco, que fueron muy buenos compañeros y le ayudaron cuando hubo de construir las murallas de Tebas de la que fue fundador. Ellos asentaron las piedras y poblaron su ciudad, que es muy antigua. Cadmo sembró buena simiente, e hizo que se propagara su pueblo. Si vosotros comenzáis también así, haréis progresar largamente a vuestros linajes.

(vv. 19697-19722)

Así pues, disponéis de dos excelentes ayudas para salvar a vuestros linajes. Si no queréis ser la tercera es que tenéis el sentido completamente trastornado. No tendréis más que un contratiempo, defendéos con valor. Sólo os atacan por un flanco: muy cobardes son tres paladines que no logren abatir a un cuarto, y merecen ser derrotados.

(vv. 19723-19732)

Por si no lo sabéis, son tres hermanas, y contáis con la ayuda de dos. Tan sólo la tercera, que acorta todas las vidas, os es contraria. Sabed que Cloto, la que tiene la rueca, os reconforta mucho, y también Láquesis, la que saca el hilo. Pero Atropos rompe y destroza cuanto las otras dos consiguen hilar. Atropos aspira a burlaros: ella, que no labra hondo, enterrará a todos vuestros linajes y os espía a vosotros mismos. Nunca vimos bestia peor, y no tenéis peor enemigo. ¡Merced, señores, merced! ¡Recordad a vuestros buenos padres y a vuestras ancianas madres! Comportáos siguiendo sus actos y guardáos de degenerar. ¿Qué hicieron ellos? Tomad ejemplo, si se mira su prez, bien la han defendido, pues os han dado el ser. Si no hubiera sido por su acción, digna de alabanza, ahora no estaríais vivos. Por amor y amistad se apiadaron de vosotros; pensad pues en los que vendrán y mantendrán vuestros linajes.

(vv. 19733-19762)

No os dejéis vencer; tenéis vuestros estiletes: ponéos a escribir. No guardéis vuestros brazos enfundados: martillead, forjad y soplad. Ayudad a Cloto y Láquesis, para que si la villana Atropos corta seis hilos surjan de nuevo media docena. Pensad en multiplicaros, así podréis burlar a la ruda y traidora Atropos, la que busca acabar con todo.

(vv. 19763-19774)

Esta desgraciada, esta miserable que lucha contra las vidas y se regocija con las muertes alimenta al felón Cerbero, que tanto desea la muerte de los hombres y tanto le consume su ansia que habría muerto rabioso de hambre si esa zorra no le hubiera socorrido. Si ella no existiera, él no habría podido encontrar jamás con qué sustentarse. Ella no para de darle alimento, y para engullirlo con más suavidad, este mastín se le cuelga de los pechos, que no son dos gemelos, sino tres, y hunde sus tres hocicos en los senos y los araña, tira y chupa sin hartarse nunca. No desea abrevar otra leche ni pide ser alimentado con otra carne que no sean cuerpos y almas; ella le arroja hombres y mujeres amontonados en sus triples fauces. Ella sola las empapuza y cree hartarlas, pero siempre las encuentra vacías, por mucho que se esfuerce en llenarlas. De lo poco que queda se ocupan las tres bribonas felonas, Alecto, Tisífone, cuyos nombres conozco bien, y la tercera, que se llama Meguera y que si puede os devorará a todos.

(vv. 19775-19808)

Esas tres os aguardan en el infierno, y otros tres prevostes que se sientan allí dentro como en pleno tribunal, atan, golpean, azotan, cuelgan, apalean, estiran, estrangulan, pisotean, ahogan, queman, hierven y asan a los que cometieron acciones viles cuando tenían vida en sus cuerpos. Mediante torturas, los tres arrancan confesión de todas las fechorías que hicieron desde la hora de su nacimiento. Todo el mundo tiembla ante ellos, pero me parece que yo sería demasiado cobarde si no les nombrase: son Radamantis y Minos, y el tercero es Eaco, su hermano. Júpiter fue padre de los tres y, según se cuenta, ellos fueron en este mundo hombres honestos, y administraron tan bien la justicia que se convirtieron en los jueces del infierno. Plutón les recompensó de este modo y esperó hasta que sus almas abandonaron sus cuerpos y merecieron este oficio.

(vv. 19809-19834)

¡Señores, por Dios, para no ir allí, luchad contra los vicios que nuestra señora Naturaleza vino a contarme a mi misa! Desde que me los refirió no pude quedarme sentado, pues hallaréis veintiséis más peligrosos de lo que pensáis. Si os sentís bien limpios de la basura de todos esos vicios, jamás caeréis en las redes de esas tres zorras cuya mala fama he nombrado antes, ni tendréis que temer las sentencias llenas de condenas de esos prevostes. Quisiera enumeraros estos vicios, pero sería ultrajante. Con bastante concisión los expone el agradable *Libro de la Rosa*. Si os place, leedlos allí para guardaros mejor de ellos.

(vv. 19835-19854)

Pensad en llevar dulce vida, y vaya cada cual a abrazar a su amiga como ella abrazará a su amigo, y la bese, festeje y goce. Si os amáis lealmente nunca se os podrá reprochar. Y cuando os hayáis solazado en abundancia, tal como os he recomendado, pensad en confesaros como es debido para hacer el bien y evitar el mal, e invocad al dios celestial que Naturaleza proclama como señor. Dios os socorrerá al final, cuando Atropos os haya enterrado; Él es la salvación del cuerpo y del alma, el hermoso espejo de mi señora. Nada hubiera sabido nunca mi señora si no hubiera dispuesto de este lindo espejo. Él la gobierna y domina, y mi señora no sigue otros preceptos. Él le enseñó cuanto ella sabe, al tomarla como su camarera.

(vv. 19855-19876)

Ahora, señores, quiero, y mi señora también os lo ordena, que cada uno de vosotros preste mucha atención y, como uno no lleva siempre consigo su libro y también es enojoso escribir, retenga de memoria este sermón, palabra por palabra y tal como lo predico, y dondequiera que vayáis, burgos, castillos, ciudades o aldeas, lo recitaréis a los que no están aquí, tanto en invierno

como en verano. Cuando las palabras vienen de buena escuela es conveniente recordarlas, y mejor aún contarlas. Por ello puede aumentar mucho vuestra estima. Mis palabras son muy virtuosas, y cien veces más preciosas que el zafiro, el rubí o el balaje. Buenos señores, mi señora necesita predicadores de su doctrina para corregir a los pecadores que se apartan de sus preceptos, que deberían observar y guardar.

(vv. 19877-19900)

Si lo predicáis así, siguiendo mis palabras y mi juicio e igualando vuestros dichos a vuestros hechos, nunca os será impedido franquear la cerca del hermoso jardín donde el hijo de la Virgen, el cordero de vellón blanco puro, lleva a las ovejas que van saltando ante él por los prados, y al que siguen no a montones, sino en prieta compañía por el sendero estrecho y deleitoso, tan poco pisoteado que siempre se ve cubierto de flores y de hierba; las blancas ovejitas, animales generosos y nobles, que pacen y se alimentan de las hierbecillas y de las florecillas que por allí crecen. Sabed que disponen allí de un pasto de tan maravillosa especie que las deliciosas florecillas nacen frescas y lozanas, todas puras en sus primaveras, tan jóvenes y tan nuevas como resplandecientes estrellas, verdeantes sobre la hierba húmeda por el rocío de la temprana mañana. Durante todo el día ofrecen sus lindos colores naturales, delicados, frescos y vivos, y por la noche no se marchitan, y quien quiera hacerlo puede cogerlas tanto de noche como de día. Tened por seguro que no están ni demasiado cerradas ni demasiado abiertas; todas destacan entre la hierba como en el mejor instante de su vida, porque el sol que allí brilla no las daña ni seca el rocío que las riega, conservando su delicada hermosura al alimentar sus raíces. Más os digo, las ovejitas no lograrán jamás acabar con todas las florecillas o hierbas sin que las vean renacer, aunque quisieran comer siempre y por mucho que pazcan y rumien. Todavía añadiré, y no

penséis que es cuento, que esas flores nunca se acabarán por mucho que las coman; a las ovejas no les cuesta nada ese pasto, porque al final sus pieles no serán vendidas, ni sus vellones convertidos en paños de lana o mantas para gente extraña. Nunca serán vendidas ni se comerá su carne, ni se corromperán, ni se estropearán, ni se pondrán en mal estado, ni les atacarán las enfermedades. Sin duda alguna, diga yo lo que diga, estoy seguro de que el buen pastor que las lleva a pacer junto a él se viste con su lana; sin embargo, no las desnuda ni les quita el valor de una pluma, aunque le agrada que su vestido se parezca al de ellas.

(vv. 19901-19970)

Todavía os diré, si no os aburre, que en ese jardín nunca vieron llegar la noche y, por tanto, no conocen más que un solo día; como jamás anochece, no puede amanecer. Por mucha ventaja que tome el alba, la noche se junta con la mañana y la mañana parece la noche. Los mismo os digo de cada una de las horas. Este día que no puede anochecer, por mucho que la noche luche contra él, permanece fijo en el mismo instante. Es tan hermoso que dura siempre y sonríe con constante claridad, y no posee una medida temporal: no tiene futuro ni pasado, pues si comprendo bien la verdad, todos los tiempos son presentes en él, siendo este presente el que da lugar al día. No es un presente que pasa en parte para morir, y tampoco nace de él una parte de futuro, pues allí el pasado nunca fue presente. Os digo también que el futuro jamás se hará presente allí, porque existe una estabilidad permanente. El resplandeciente sol, siempre visible, fija el día en un punto, como si fuese una eterna primavera. Nadie vio jamás un sol tan hermoso y tan puro, ni siquiera cuando en la edad de oro reinaba Saturno, al que su hijo Júpiter ultrajó y atormentó hasta el punto de cortarle los cojones.

(vv. 19971-20006)

A decir verdad, inflige ciertamente gran vergüenza a un hombre de bien quien le castra, pues aunque calle su sonrojo y su desgracia, el que le despoja de sus cojones le priva al menos, estoy seguro, del amor de su amiga, por muy unida que esté a él. Si, por azar, está casado, por muy noble que sea, sus asuntos irán tan mal que perderá el amor de su esposa. Es un gran pecado castrar a un hombre. El castrador no le quita solamente sus cojones, o a su amiga tan amada, o a su mujer: eso es lo de menos. Le arranca sobre todo el arrojo y los rasgos viriles que los hombres valientes deben tener; castrados, se vuelven con toda seguridad cobardes, perversos y crueles, porque adquieren un carácter femenino. Ningún castrado tiene en verdad el mejor coraje, excepto quizá para los vicios o para cometer alguna fechoría, pues todas las mujeres se atreven a hacer las mayores diabluras, y los castrados se parecen a ellas por sus caracteres semejantes. El castrador, aunque no sea asesino ni ladrón, ni haya cometido ningún pecado mortal, ha pecado cuando menos gravemente, porque ha hecho un daño enorme a Naturaleza arrancando esos genitales. Nadie que hubiera reflexionado antes podría justificarlo, al menos yo no, porque si lo meditara y dijera la verdad, desgastaría mi lengua antes de excusar al castrador por semejante pecado, por semejante crimen y por tan gran delito cometido contra Naturaleza.

(vv. 20007-20052)

Mas, sea cual sea la gravedad de ese pecado, Júpiter no se detuvo a pensarlo, sino que únicamente ansiaba llegar a esto: tomar el poder en sus manos. Cuando se convirtió en rey y fue considerado señor del mundo, ordenó sus preceptos, sus leyes y sus decretos, y para enseñar a vivir a las gentes hizo proclamar por todas partes su bando, del que yo os repetiré las palabras: «Júpiter, que gobierna el mundo, ordena y establece por ley que cada cual se ocupe de vivir a su gusto, y si sabe de algo que le agrade y puede hacerlo, hágalo para

procurar solaz a su corazón.» No fue otra su orden, y aconsejó a todos que hicieran para sí mismos cuanto les pareciera deleitoso, porque él afirmaba que el placer es lo mejor que existe, y mientras se vive es el bien soberano que todos deben desear. Y para que todos le obedecieran y tomaran ejemplo de vida en sus obras, el jovial señor Júpiter, que tanto amaba los placeres, daba a su cuerpo cuanto le placía.

(vv. 20053-20084)

Y, como cuenta en las *Geórgicas* el que escribió para nosotros las *Bucólicas* —que halló en un libro griego cómo se comportó Júpiter—, antes del reinado de Júpiter nadie tenía arado, nadie había labrado ni layado ni cultivado nunca campo alguno. Las buenas y apacibles gentes no habían fijado límites, sino que buscaban como iguales los bienes que les agradaban. Júpiter mandó repartir las tierras, mas nadie sabía elegir su parte, así que la dividió en arpendes. Dio veneno a las serpientes y enseñó a robar a los lobos; hasta ese punto favoreció la maldad. Arrancó los robles que daban miel y desecó los arroyos de vino. Hizo que el fuego se extendiera por todas partes y se las ingenió para atormentar a los hombres hasta hacerles buscar bajo las piedras, tan astuto y embaucador era. También inventó diversas artes nuevas. Dio nombre y enumeró las estrellas, hizo colocar lazos, redes y ligas para apresar a las bestias salvajes, y les azuzó a los primeros perros, cuya costumbre nadie había practicado antes.

(vv. 20085-20114)

Domesticó a las aves de rapiña con malicia, que aflige a los hombres. A guisa de batallas, instauró los combates entre gavilanes, perdices y codornices, y en las nubes hizo torneos entre los azores, los halcones y las grullas. Los amaestró para que acudieran a la presa y, para retener su gracia y que volvieran a sus manos, los alimentaba día y noche. Tanto hizo el buen

mozo que el hombre se convirtió en siervo de los felones pájaros, y se ha puesto a su servicio, porque como horribles rapaces eran enemigos de los demás dulces pajarillos, y porque él no puede volar por los aires y tampoco quería vivir sin su carne, sino que deseaba comerla como goloso glotón que adoraba la volatería. Metió a los hurones en las madrigueras y les enseñó a atacar a los conejos para hacerlos saltar en las redes. Júpiter amó tanto su propio cuerpo que mandó desescamar, raspar y asar a los peces de los mares y los ríos, e inventó salsas nuevas con especias de diversas clases, en las que ponía abundantes hierbas. Así se inventaron las artes, pues el trabajo y la dura pobreza, que tanto afligen a las gentes, llegan a vencer todas las cosas. Los males, con las angustias que arrastran, aguzan a los ingenios. Así lo afirma Ovidio, quien conoció en su vida, según cuenta, muchos gozos y desgracias, honores y afrentas.

(vv. 20115-20154)

En resumen, cuando Júpiter tuvo en sus manos el mundo no aspiró sino a cambiar el estado de sus dominios de bien a mal, y de mal a peor. Fue un gobernador demasiado blando. Mandó recortar la primavera y dividió el año en cuatro partes, tal como está ahora: verano, primavera, otoño e invierno, siendo éstos los cuatro estados diferentes que contenía antes la primavera; mas Júpiter no la quería así. En cuanto subió al trono, destruyó la edad de oro e hizo la edad de plata, que fue más tarde de bronce, porque los hombres no dejaron de empeorar y no quisieron desprenderse del mal. Ahora la edad de bronce se ha convertido en edad de hierro, porque los tiempos han cambiado mucho, lo cual causa gran alborozo entre los dioses de las cámaras eternamente sucias y tenebrosas, que envidian a los hombres mientras los ven vivos. En sus establos quedan recluidas, sin que puedan salir nunca más, las negras ovejas dolientes, afligidas, cautivas e infelices, que no

quisieron seguir el sendero que les muestra el blanco corderillo, por quien todas habrían quedado salvas y blanqueados sus negros vellones, pero siguieron el camino ancho que las llevó a vivir allí, en compañía tan numerosa que llenaron todo el espacio.

(vv. 20155-20190)

Mas ninguna oveja que vaya allí dentro llevará vellón que valga para hacer paño alguno, si no es un horrible cilicio más agudo, punzante y pegado al costado que una pelliza hecha con pieles de erizos peludos. En cambio, el que quisiera cardar la lana de las ovejas blancas para tenerla en abundancia y tejer paños con sus vellones, tan blanda, suave y prieta que los emperadores, los reyes y los mismos ángeles, si se vistieran con ropas de lana, se pondrían ésta para las fiestas porque, como bien sabéis, el que llevara tales vestidos iría noblemente ataviado. Precisamente porque estas ovejas son muy escasas deberían ser aún más apreciadas.

(vv. 20191-20212)

Y el pastor, que no es nada necio, guarda las cercas y el ganado en este hermoso parque, y cierto que no dejaría jamás entrar a ningún animal negro por mucho que le rogaran, porque le gusta elegir y separar a las blancas, que conocen bien a su pastor. Por eso van a vivir con él, que las conoce y acoge de buen grado.

(vv. 20213-20222)

Os aseguro que el más misericordioso, el más hermoso, el más agradable de todos los animales buenos es el blanco corderillo saltarín, que conduce a las ovejas al redil con su trabajo y su esfuerzo. Bien sabe él que si alguna se desvía, en cuanto la vea el lobo, que no pretende sino que se salgan del camino trazado por el cordero que las guía, se la llevará sin defensa posible y la devorará completamente viva. Nadie podría salvarla de ese fin.

(vv. 20223-20236)

Señores, este cordero os aguarda; mas dejemos de hablar de él, salvo para rogar a Dios padre que por intercesión de su madre le conceda guiar a las ovejas sin que el lobo pueda hacerles daño, y para que por culpa del pecado no dejéis de ir a solazaros a ese jardín tan hermoso y deleitoso por sus hierbas y tan perfumado por las violetas, las rosas y tantas otras cosas hermosas que el que pretendiera comparar el hermoso jardín cerrado por un pequeño portillo, donde el Amante vio el baile que danzaban Solaz y sus gentes, con ese hermoso parque que describo, cometería la misma injusticia que si se pusiera a comparar la verdad con la fábula. Pues quien se hallara dentro de ese parque, o simplemente echara una mirada a su interior, podría jurar sin duda alguna que nada vale el jardín al lado de este recinto, cuya forma no es cuadrada, sino tan perfectamente redonda como nunca lo fueron berilo ni bola. ¿Qué más podría deciros? Hablemos pues de las cosas que el Amante vio dentro y fuera, y hagámoslo en dos palabras para no cansarnos demasiado.

(vv. 20237-20272)

Vio diez imágenes pequeñas y feas, según dice, pintadas fuera del jardín. Quien buscara fuera del parque, encontraría allí retratados el infierno y todos los diablos horribles y espantosos, y todos los vicios y ultrajes que residen en el infierno, donde Cerbero los encierra. También encontraría toda la tierra, con sus antiguas riquezas y todas las cosas terrestres,y vería con claridad el mar y todos sus peces y las cosas marinas, las aguas dulces, las turbias y las claras, y las cosas grandes y pequeñas que esas aguas dulces contienen. Vería el aire y todos sus pájaros, las mosquitas y mariposillas y cuanto se escucha en él. Vería el fuego que rodea todo, los cuerpos móviles y los quietos, y los demás elementos. Vería también todas las estrellas, claras, lucientes y bellas, ya sean errantes o fijas en sus esferas. Quien allí estuviera, vería el bello parque

rodeado de todas estas cosas, pintadas con la misma claridad con que aparecen hechas en la realidad.

(vv. 20273-20304)

Pero volvamos al jardín y hablemos de lo que tiene dentro. Según dice, él vio sobre la fresca hierba a Solaz, que bailaba con sus gentes sobre las florecillas olorosas, y vio, dice el doncel, hierba, árboles, animales, pájaros, arroyuelos y fuentecillas que susurraban y se agitaban por la arena, y también la fuente bajo el pino. Y se pavonea asegurando que desde Pipino no se vio pino parecido, y que la fuente era de una enorme belleza.

(vv. 20305-20318)

Por Dios señores, tened cuidado en este punto. Para quien observa bien la verdad, las cosas contenidas en el jardín son todas vanidad y fruslerías. Ahí no existe cosa perdurable, pues cuanto existe en él es perecedero. El Amante vio danzas que acabaron, y también fenecerán los que las bailaron. Lo mismo harán todas las cosas que vio encerradas allí dentro, porque Atropos, la nodriza de Cerbero, la que nada perdona y a quien nada puede sustraer la conducta humana, pues todo lo destroza cuando quiere emplear su fuerza —y la usa sin descanso—, espiaba todo por detrás, salvo a los dioses, si había alguno, ya que los seres divinos no están sometidos a la muerte.

(vv. 20319-20338)

Mas hablemos ahora de las cosas hermosas que guarda este bello parque. Os las contaré en general, pues deseo callarme pronto. A decir verdad, no sé describirlo con exactitud, porque ningún corazón podría concebir y ninguna boca humana podría referir las grandes bellezas, el valor sumo de las cosas contenidas allí dentro, ni los deleitosos juegos, ni las inmensas, eternas y verdaderas alegrías que sienten los danzantes que viven en ese recinto. Todos los que allí se solazan disponen de todas

las cosas apetecibles, auténticas y eternas. Y es bien cierto que sacan todos los bienes de una misma fuente, tan preciosa, sana, bella, clara, limpia y pura que riega todo el cercado. De su arroyuelo beben las ovejas que allí quieren y deben entrar, tras haber sido separadas de las negras. Cuando han probado su agua, nunca vuelven a sentir sed y vivirán cuanto quieran sin enfermar ni morir. En buena hora franquearon la puerta, en buena hora vieron al corderito, al que siguieron por el estrecho sendero bajo la custodia del buen pastor que las quiso acoger junto a él. Ningún hombre que bebiera de la fuente una sola vez podría morir; esa fuente no es la que había bajo el pino, y que el Amante vio excavada en la piedra de mármol. Debería hacérsele una mueca por atreverse a alabar esa fuente: es la fuente peligrosa, tan amarga y ponzoñosa que mató al bello Narciso cuando se miró en ella. Él mismo no tiene vergüenza de reconocerlo, y así lo confiesa sin esconder su crueldad cuando la llama Espejo Peligroso y dice que cuando se miró en él suspiró muchas veces, pues se sintió triste y afligido. ¡Ved, pues, cuán dulces son sus aguas! ¡Dios, qué buena y placentera fuente, que enferma a los sanos! ¡Qué lindo es inclinarse y mirarse en sus aguas!

(vv. 20339-20394)

El agua mana a raudales, según dice él, por dos canales huecos y profundos. Pero sé a ciencia cierta que ni el agua ni los canales nacen de ella misma. No hay nada que ella tenga que no le venga de fuera. Más adelante dice también que la fuente no tiene fin, y que es más clara que la plata fina. ¡Ved qué patrañas os cuenta! Bien al contrario, el agua está tan turbia y tan fea que todo el que inclina su cabeza para mirarse no ve nada, y se angustia y enloquece al no reconocerse.

(vv. 20395-20408)

En el fondo de la fuente, sigue diciendo, hay un cristal doble que el sol, que no es oscuro, hace brillar

con tal claridad al lanzarle sus rayos que quien lo observa ve siempre la mitad de las cosas encerradas en este jardín, y puede ver la otra mitad si se coloca en el otro lado; tan diáfano y de tan virtuosas propiedades es ese cristal. En realidad, esos cristales son turbios y borrosos. ¿Por qué no reflejan todo el jardín cuando el sol les envía sus rayos? A fe mía, creo que no pueden por culpa de la suciedad que los nubla. Están tan empañados y son tan opacos que no bastan por sí mismos para reflejar al que se mira en ellos, pues reciben la claridad de otro. Si los rayos de sol no penetran hasta encontrarse con ellos, nada logran reflejar. Por el contrario, la fuente que yo os describo es bella en extremo. Alzad un poco las orejas y me oiréis contar sus maravillas.

(vv. 20409-20434)

De esta fuente que yo he citado, tan benéfica y provechosa para curar, con sus sabrosas aguas para las ovejas lánguidas, mana sin cesar por tres conductos ingeniosamente dispuesto agua dulce, clara y risueña. Estos canales están tan cerca uno del otro que se juntan en uno solo, así que al verlos juntos encontraréis uno y tres, si os detenéis a contarlos. Nunca veréis cuatro, sino siempre tres y uno: ésa es su común propiedad.

(vv. 20435-20448)

Jamás vimos otra fuente semejante, porque brota de sí misma. No sucede esto con las demás fuentes, que manan de venas extrañas. Ésta lo contiene todo dentro de sí, y no necesita conductos ajenos para mantenerse siempre viva, más firme que la roca natural. Tampoco necesita pilón de mármol, ni la cobertura de un árbol, porque el agua que allí nunca falta viene de un manantial tan alto que el más erguido árbol no puede igualar en altura; sólo encuentra en la pendiente, según va descendiendo, un olivo chaparro bajo el que pasa toda el agua. Y cuando el pequeño olivo siente que el agua de esta fuente humedece sus raíces, toma tanto alimento

que comienza a crecer y llenarse de hojas y de frutos, tornándose tan alto y tan frondoso como nunca se separó de la tierra el pino del que él os habló, y nunca extendió tanto sus ramas ni dio una sombra tan hermosa.

(vv. 20449-20478)

Este olivo allí situado llega a extender sus ramas sobre la fuente y le da sombra. En la frescura de esa umbría se guarecen los animalitos que beben las dulces gotas que la suave humedad arroja sobre las flores y la tierna hierba. Del olivo cuelga un rollo en el que hay escrita una pequeña inscripción que dice a los que la leen tumbados a la sombra del árbol: «Aquí, bajo este árbol frondoso que lleva el fruto de la salvación, fluye la Fuente de la Vida.» ¿Qué pino valió tanto como este olivo? Os aseguro que en esta fuente, aunque los necios no den crédito a mis palabras y muchos las tengan por embustes, brilla un carbunclo admirable por encima de todas las piedras preciosas, completamente redondo y con tres facetas. Está en el centro, y tan alto que se le ve resplandecer por todo el parque. Es tan bello y tan noble que sus rayos no pueden ser desviados por el viento, ni por la lluvia, ni por la niebla. Sabed que la virtud de la piedra es tal que cada faceta vale tanto como las otras dos. Ésta es la fuerte relación que hay entre ellas, y las otras dos no valen como aquélla, por muy hermosa que sea cada una. Nadie logra distinguirlas por mucho que se esfuerce, ni unirlas con el pensamiento y evitar que se encuentren separadas. Sin embargo, ningún sol ilumina la piedra, que es de color tan puro, limpio y resplandeciente, que el sol que daba claridad a los cristales dobles de la otra fuente sería a su lado turbio y oscuro.

(vv. 20479-20522)

En resumen, ¿qué más os diría? Allí dentro no brilla más sol que ese carbunclo esplendoroso. Ése es su sol, más resplandeciente que cualquier otro que exista en el

mundo. Este destierra a la noche y abre el día del que antes hablaba, que dura eternamente, sin principio ni fin, voluntariamente fijo en un instante, sin fraguar signo, grado, ni minuto, ni parte alguna por la que puedan pasar las horas. Ese carbunclo goza de un poder maravilloso: consiste en que quienes lo alcanzan, tan pronto como se acercan y contemplan sus rostros en el agua ven siempre, desde el sitio en que se encuentran, todas las cosas del parque y las observan con detalle, y también se ven a sí mismos. Y después de haberse visto nunca podrán ser engañados por cualquier cosa que allí exista; tan expertos maestros se vuelven.

(vv. 20523-20548)

Os leeré otra maravilla: los rayos de este sol no ciegan ni dañan los ojos de quienes los contemplan; ni siquiera los deslumbran, sino que, por el contrario, refuerzan, regocijan y vigorizan su vista por causa de la hermosa claridad que miran, llena de un suave calor que, por virtud extraordinaria, embarga de perfume el parque con la gran dulzura que de él emana. Por no reteneros demasiado, quiero que recordéis nada más unas breves palabras: el que viera la materia y la forma de ese parque bien podría afirmar que Adán jamás fue creado antaño en un paraíso tan hermoso.

(vv. 20549-20566)

Señores, por Dios, ¿qué os parece ahora la comparación entre el parque y el jardín? Responded con arreglo a razón, atendiendo a sus sustancias y accidentes. Decid luego con lealtad cuál de los dos es más hermoso y, considerando ambas fuentes, cuál es de agua más sana, más virtuosa y más pura. Juzgad por la naturaleza de sus canales cuál posee mayores calidades. Pronunciaos sobre las piedras preciosas, y después sobre el pino y sobre el olivo que cubre la fuente viva. Me atengo a vuestros juicios, si dais una sentencia justa y según las partes del proceso que os he revelado hasta aquí, porque

os digo sin mentir que no me someto enteramente a ella: si cometéis una injusticia, mintiendo u ocultando la verdad, en ese caso no os niego que apelaré a otra instancia. Y para que antes os pongáis de acuerdo, os quiero recordar brevemente la enorme virtud y las grandes excelencias de las dos fuentes, de acuerdo con lo que os he relatado: aquélla embriaga de muerte a los vivos; ésta hace revivir a los muertos.

(vv. 20567-20596)

Señores, sabed con certeza que si os comportáis con rectitud y hacéis lo que debéis, beberéis de esta segunda fuente. Para que retengáis mi lección con mayor facilidad, ya que la lección enseñada en pocas palabras se aprende mejor, quiero exponeros con brevedad cuanto debéis hacer. Pensad en honrar a Naturaleza y servidla obrando bien. Si sabéis que tenéis algo del prójimo, devolvédselo, y si no podéis restituir los bienes gastados o jugados, mantened el sano propósito de hacerlo en cuanto los tengáis en abundancia. Que nadie se incline al crimen: tened las manos y la boca limpias. Sed leales y compasivos. Entonces iréis al jardín placentero, siguiendo la huella del cordero que vive en la eternidad, y beberéis en la hermosa fuente tan dulce, tan clara y tan sana que en cuanto probéis su agua nunca conoceréis la muerte, sino que cantaréis eternamente y con alborozo motetes, coros y cancioncillas, y bailaréis bajo el olivo, sobre la hierba y las florecillas. ¿A qué tocar más esta flauta? Es justo que la guarde ya en su estuche, pues el más bello canto llega a enojar. Aún podría reteneros mucho tiempo, pero quiero terminar aquí mi discurso. Ahora se verá lo que haréis cuando os veáis encaramados y rezando en las almenas.

(vv. 20597-20637)

Así les sermonea, les alegra y contenta Genio. Luego arroja el cirio en aquel lugar, y su llama encendida prende en todo el mundo. Ninguna dama puede

protegerse de ella, pues Venus supo extenderla con tal pericia y los vientos la elevaron tan alta que todas las mujeres vivas han incensado con su aroma sus cuerpos, sus corazones y sus pensamientos. Amor ha divulgado tanto la noticia de la carta leída que no hay hombre de valía que no acate su sentencia.

(vv. 20638-20652)

Cuando Genio hubo leído todo, los nobles, llenos de gozo, aseguraban que no habían oído nunca un sermón tan excelente, ni habían recibido un perdón tan grande, ni habían escuchado excomunión tan justa. Todos acataron la sentencia de Genio para no perder su perdón, y exclamaron al punto con viveza: «¡Amén, amén, fiat, fiat!»

(vv. 20653-20664)

En este punto las cosas, ya no hubo demora. Todo el que había disfrutado el sermón lo guardó en su pecho palabra por palabra, pues el buen perdón caritativo les pareció muy saludable y lo recibieron de buen grado. Genio desapareció, y nunca más se supo de él. Entonces, más de veinte nobles gritaron entre las tropas: «¡Al asalto sin más tardanza! ¡Si se entiende bien la sentencia, nuestros enemigos han de quedar malparados!» Todos a una se ponen de pie, dispuestos a continuar la guerra, a conquistar y a destruirlo todo.

(vv. 20665-20680)

Venus, presta al asalto, les invitó en primer lugar a rendirse, mas ¿qué hicieron los otros? Vergüenza y Miedo respondieron:

—¡De nada os sirve, Venus. Jamás pondréis los pies aquí dentro!

—¡Cierto que no! —dice Vergüenza—, ¡aunque yo solo lo defendiera, no me daría ningún miedo!

(vv. 20681-20688)

Cuando la diosa escuchó las palabras de Vergüenza le dijo:

—¡Venga, sucia zorra! ¿Qué os aprovecha enfrentaros a mí? ¡Todo veréis arrasado, si no me entregáis el castillo! ¡No podréis defenderlo contra todos nosotros! ¡Por Cristo, o lo rendís u os abrasaré vivos como viles criaturas! ¡He de rodear todo el recinto y arrasar las torres y torretas! ¡Pronto os quemaré los cimientos, y calcinaré pilares, muros y postes! ¡Vuestros fosos se verán llenos y haré derribar todas las barbacanas levantadas: por muy altas que se hayan construido yo las derribaré por los suelos. Dulce Albergue dejará cogerlo todo: capullos y rosas a discreción, unas veces vendidos y otras regalados.

(vv. 20689-20710)

Por muy altanera que os mostréis, no impediréis que todo el mundo se aproveche.Todos, sin excepción alguna, irán en procesión por entre los rosales y las rosas, en cuanto yo haya abierto las cercas. Para burlar a Celos haré pisotear todos los prados y macizos. Abriré tanto el camino que cualquiera, clérigos y laicos, regulares y seglares, cogerán sin demora los capullos y las rosas. Nadie podrá retroceder y todos habrán de cumplir cada cual su penitencia. Unos vendrán a escondidas, otros al descubierto; sin embargo, estos últimos serán considerados hombres honestos, y los primeros serán difamados, y se les llamará bribones disolutos, por mucho que no tengan la culpa de otros a los que nadie acusa.

(vv. 20711-20734)

Bien es cierto que algunos hombres malvados, a los que Dios y el Santo Padre de Roma confundan su espíritu y sus asuntos, despreciarán las rosas por otra cosa peor. El diablo, que les mueve a ello, les dará gorros de ortigas. A causa de su vileza y su inmundicia, Genio,

de parte de Naturaleza, los ha condenado junto con nuestros enemigos. Vergüenza, si no consigo venceros poco estimaré mi arco y mi destreza, y no me lamentaré de otra cosa. Os aseguro, Vergüenza, que jamás os amaré ni a vos ni a vuestra madre Razón.

(vv. 20735-20752)

Con eso bastaba, y Venus no quiso añadir nada más. Entonces, como mujer enojada, Venus se remangó; toma el arco y coloca la flecha ardiente. Tras encajarla bien en su muesca, tensa hasta la oreja su arco, que no medía más de una toisa, y luego, como buena arquera, apuntó hacia una pequeña tronera que vio disimulada en la torre, no en un lado sino al frente, y que Naturaleza, con gran maestría, había colocado entre dos pilares.

(vv. 20753-20767)

Estos hermosos pilares eran de plata, y sostenían en lugar de alféizar una imagen, ni demasiado alta ni demasiado baja, ni tampoco gruesa ni delgada, sino esculpida con justas proporciones en sus brazos, hombros y manos, y no le hacía falta más ni menos. Sus demás miembros eran muy hermosos, pero dentro de ella, más perfumado que una manzana de ámbar, había un relicario cubierto con un precioso paño, el más bello y noble que hubo en Constantinopla. Si alguien, haciendo uso de su razón, se pusiera a comparar esta imagen con otra tan bien esculpida, podría hacerlo con la de Pigmalión como si comparase el ratón con el león.

(vv. 20768-20786)

Pigmalión, un escultor que trabajaba la madera y la piedra, los metales, el hueso y la cera, y cuantos materiales pueden usarse en tal trabajo, quiso solazarse esculpiendo, por probar su gran habilidad, pues jamás nadie la tuvo mayor, y también para recibir las mayores alabanzas. Hizo pues una imagen de marfil, y puso al hacerla tal pericia que resultó tan graciosa y gentil

como si estuviera viva, y nunca Helena ni Lavinia alcanzaron tan fina tez ni el diezmo de su belleza, por muy gráciles que fueran.

(vv. 20787-20805)

Pigmalión, absolutamente ensimismado, se conturba al mirarla. No se da cuenta de que Amor le está atrapando tan fuertemente en sus redes que no sabe qué hacer. Por ello se angustia en su interior, mas no logra apagar su llanto:

(vv. 20806-20812)

—Desdichado —dice—, ¿qué estoy haciendo? ¿Duermo acaso? He hecho y forjado muchas imágenes cuyo valor no se supo apreciar, pero jamás caí en amarlas. Sin embargo, ésta me turba y por ella me falta toda la sangre. ¡Ay de mí!, ¿de dónde me vino este pensamiento? ¿Cómo pude imaginar este amor? Amo a una imagen sorda y muda, que no tiembla ni se mueve y que jamás tendrá piedad de mí. ¿Cómo me hirió un amor semejante? Nadie que lo escuche dejará de quedar admirado. ¡Soy el más insensato del mundo! ¿Qué puedo hacer en este asunto?

(vv. 20813-20828)

A fe mía, si amase a una reina, podría esperar alguna merced, porque es cosa posible; mas este amor es tan horrible que no viene de Naturaleza. Por mi mal lo he dejado nacer, y Naturaleza tiene en mí su peor hijo; cuando me hizo se envileció fuertemente. Sin embargo, no debo reprocharle a ella que yo me haya empeñado en este amor insensato, sino sólo a mí mismo. Desde que me llamaron Pigmalión y puedo andar sobre mis dos pies, jamás oí hablar de un amor así.

(vv. 20829-20842)

Aun así, no amo tan neciamente, pues, si los libros no mienten, muchos han amado con mayor locura que la

mía. ¿No amó antaño Narciso, en el frondoso bosque de la fuente clara y pura, a su propia imagen cuando pensaba apaciguar su sed? Nunca pudo satisfacerse, sino que murió, según la historia que todavía se recuerda. Así que yo estoy menos loco, pues si lo deseo puedo cogerla, abrazarla y besarla, y de este modo soportar mejor mi pena, mientras que aquél no podía tener a la imagen que veía en la fuentecilla.

(vv. 20843-20858)

Por otra parte, en varios lugares muchos amaron a muchas damas y las sirvieron cuanto pudieron sin recibir ni un solo beso, por lo que sufrieron mucho. ¿Amor me ha tratado, pues, mejor? No, por cierto, porque sin duda aquéllos mantenían la esperanza de los besos y de lo otro, mientras a mí me está vedada la espera de ese deleite que aguardan los que atienden a los juegos de Amor. Cuando yo pretendo solazarme con ella, y abrazarla y besarla, encuentro a mi amiga más tiesa, y tan fría que cuando la alcanzo para besarla se me hiela toda la boca. ¡Ay de mí! ¡He hablado como un bruto! Os imploro merced, dulce amiga, y os ruego que aceptéis mi prenda; ciertamente, debe bastarme que os dignéis solamente mirarme con dulzura y sonreír, pues las dulces miradas y las sonrisas piadosas son cosas deleitosas para los amantes.

(vv. 20859-20884)

Se arrodilla entonces Pigmalión, con su rostro bañado en lágrimas. Tiende su prenda en señal de arrepentimiento, pero ella no entiende ni siente nada, así que él teme perder su esfuerzo al obstinarse en amar a aquella cosa. Ni siquiera piensa recobrar su ánimo, pues Amor cautiva todo sentir y entendimiento. No sabe si está viva o muerta. La acaricia suavemente con sus manos y se figura, como si fuese barro, que sea su carne la que se le escapa, pero es su propia mano que apoya sobre ella.

(vv. 20885-20900)

Así se debate Pigmalión, sin tregua ni paz en su lucha. No sabe quedar en un estado: ahora la ama, luego la odia, ya ríe, ya llora, se siente feliz y al punto angustiado, se atormenta y se apacigua. Luego se le ocurre vestirla de diversas formas, con vestidos hechos con gran maestría de blanco paño de suave lana, de escarlata o de tul verde, azul o tostado, de colores frescos, finos y límpidos, adornados con muy ricos forros de armiño, de veros o de petigrís. Luego se los quita y prueba cómo le sientan los vestidos de seda, cendales, moarés y atabíes añiles o rojos, amarillos y marrones, y también jametes, brocados y chamelotes. Por poco no parecía un ángel, con su sencilla hermosura. Otras veces le pone una toca, y la cubre por encima con un amplio velo que abraza la toca y la cabeza, pero sin cubrir el rostro, porque no quiere seguir el rostro de las sarracenas cuando éstas salen a la calle. Otras veces aún, le viene la idea de quitarle todo y de colocarle cintas amarillas, rojas, verdes y añiles, y trenzas sutiles y finas de seda, oro y perlas menudas. Sobre la cofia fija un riquísimo pasador, y por encima una fina diadema de oro, con muchas piedras preciosas, engastadas en cuatro cuadros y en cuatro semicírculos; y no os cuento el resto de piedras menudas que las rodean, abundantes y prietas. Coloca ahora en sus dos orejitas dos pendientes de oro, muy ligeros; y, para sujetar sus cabellos, le pasa sobre el cuello dos broches de oro, y uno en medio del pecho. Se ocupa después de ceñirla con un cinturón tan rico que nunca conoció igual otra doncella, y cuelga del ceñidor una limosnera muy costosa y rica, donde mete cinco piedrecitas elegidas de la orilla del mar, con las que las doncellas juegan a los martillos cuando las encuentran lindas y redondas. Con gran pericia, calza cada uno de sus pies con zapatos finamente acabados, con sólo dos dedos de tacón; no desea calzarla con zuecos, pues ella no era de París, y hubiera sido un calzado demasiado basto para tan gentil doncella.

(vv. 20901-20968)

Con una aguja de oro fino muy punzante, enhebrada con hilo de oro, le ha cosido luego, para mejor vestirla, sus dos mangas bien ceñidas; y le acerca flores frescas, con las que las lindas doncellas hacen guirnaldas en primavera, y también le presenta pelotas y pajarillos, y muchas cosas nuevas deleitosas para las muchachas. Le hace guirnaldas de flores como nunca visteis, pues él pone en ellas toda su habilidad. Le coloca anillos en sus dedos y le dice como fino y leal esposo: «Bella dulce, aquí os desposo y me entrego a vos, y vos a mí. Que Himeneo y Juno quieran asistir a nuestra boda. Estos son los verdaderos dioses de las bodas; no quiero más clérigo ni cura, ni mitras o cruces de prelados.»

(vv. 20969-20990)

Luego le canta con voz alta y firme, lleno de gran gozo, en lugar de misa, cancioncillas sobre los lindos secretos de amor, y hace sonar sus instrumentos tanto que no se oiría tronar a Dios, pues los tiene muy diversos,y sabe tocarlos mejor que nunca lo hizo Anfión de Tebas. Tiene gigas, arpas y rabeles, guitarras y laudes que había adquirido para su solaz, y también hace sonar por salas y aposentos sus carrillones, gracias a sutiles ruedas de perpetuo movimiento. También dispone de órganos portátiles, para una sola mano, en los que a la vez sopla y toca, con ellos canta a plena voz motetes, tiples o tenores. Después se ocupa de los címbalos, y de zampoñas para zampoñear, y de caramillos para caramillear. Saca tambor, flauta y sonaja, y con ellos tamborea, flautea y sonajea; y cítolas, trompas y odrecillos, y con ellos citolea, trompea y odrecillea; y salterios y violas para salteriar y vihuelear. Toma además su cornamusa y luego se dedica a las gaitas de Cornualles, y brinca y salta y baila y taconea por toda la sala, y la coge de la mano y danza con ella, pero en su corazón anida un gran pesar, porque ella no quiere cantar ni responder a súplicas ni a ruegos.

(vv. 20991-21028)

Luego vuelve a abrazarla y la acuesta en su lecho, entre sus brazos, y la besa y ciñe una y otra vez, pero no es de buena escuela que dos personas se besen y esos besos no agraden a ambos.

(vv. 21029-21034)

Así se mata, así enloquece Pigmalión el desesperado, por causa de su sorda imagen. La atavía y adorna cuanto puede, y se esfuerza en servirla, mas ella no aparece desnuda menos hermosa que vestida.

(vv. 21035-21042)

Sucedió entonces que en esa tierra se celebró una fiesta con cuya ocasión sucedían grandes maravillas, y se reunía todo el gentío en un templo que habían dedicado a Venus. El joven, que tenía gran fe en ella, se acercó a participar en la fiesta, para buscar consejo sobre su amor. Entonces se lamenta ante la diosa y confiesa el amor que así le atormenta:

(vv. 21043-21052)

—Buenos dioses —dice—, si lo podéis todo y os place, escuchad mi súplica. Y tú, Santa Venus, que eres señora de este templo, concédeme tu gracia, tal como te irritas cuando Castidad es alabada. Yo he merecido un gran castigo por haberla servido tanto tiempo. Ahora mismo me arrepiento y te ruego que me lo perdones y que me concedas por tu misericordia, por tu dulzura y tu amistad —y si no que me destierren en cuanto me pillen sin huir de Castidad—, que la bella que me roba el corazón, y que tanto parece de marfil, se convierta en mi leal amiga y reciba de mujer el cuerpo, el alma y la vida. Si tú te apresuras a hacer esto y luego me hallas casto, estoy dispuesto a ser colgado, o descuartizado con emormes hachas, o a que me devore entero en sus fauces, o me ate con cuerdas o cadenas Cerbero, el portero del infierno.

(vv. 21053-21078)

Venus, que escuchó la súplica del joven, se alegró enormemente de que abandonase a Castidad y se aprestase a servirla como hombre bien arrepentido y dispuesto a cumplir penitencia desnudo entre los brazos de su amiga, si logra encontrarla viva.

(vv. 21079-21090)

No se quedó ya en el templo Pigmalión, sino que retorno a su imagen con gran premura, pues tras hacer la súplica no podía esperar más para verla y tocarla. Corriendo con rápidos pasos se acerca hasta ella. Aunque no esperaba un milagro, tenía gran fe en los dioses, y cuanto más cerca la miraba, más arde, se fríe y se abrasa su corazón. Entonces observa que está viva y carnosa; descubre su carne desnuda y sus dorados cabellos, ondeantes como olas, y siente sus huesos y sus venas todas llenas de sangre, y moverse y latir su pulso. Sin saber si es cierto o falso, se echa hacia atrás y no sabe qué hacer. No se atreve a acercarse, pues tiene miedo de estar hechizado:

(vv. 21091-21113)

—¿Qué es esto —dice—, ¿es una tentación? ¿Estaré dormido? Cierto que no, sino bien despierto, mas nunca vi un sueño tan real. ¿Sueño? No, no, que estoy despierto. ¿De dónde viene pues esta maravilla? ¿Será fantasma o diablo que se ha metido dentro de mi imagen?

(vv. 21114-21120)

Entonces le respondió la doncella tan bella y graciosa y de tan rubios cabellos:

—No soy diablo ni fantasma, dulce amigo, sino vustra amiga, dispuesta a recibir vuestra compañía y a ofreceros mi amor, si tal ofrecimiento os complace.

(vv. 21121-21128)

Él entendió entonces que era real y comprendió con claridad el milagro, y se acercó confiado. Como es cosa

cierta, se entrega a ella, como quien era suyo por entero. Con esas palabras se unen y se agradecen mutuamente su amor, y no hay caricia que no se hagan. Con gran amor se abrazan y se besan como dos palomos, y uno con otro mucho se aman y mucho se gozan. Luego, ambos dieron gracias a los dioses por la cortesía que les habían hecho, y en especial a Venus, que les había ayudado más que ninguno.

(vv. 21129-21144)

Ahora se siente contento Pigmalión, y no hay nada que le disguste, pues ella no rehúsa nada que a él le apetezca. Si él se opone, ella lo acepta, y si ella manda, él obedece. En ningún punto contradice el cumplimiento de todos sus deseos. Ahora puede yacer con su amiga sin que ella se muestre contraria o se queje.

(vv. 21145-21153)

Tanto han jugado ambos que ella queda encinta de Pafos, por lo que dice Fama que la isla fue llamada también Pafos, donde nació el rey Ciniras, hombre bueno, salvo en una ocasión, que habría recibido todas las bienaventuranzas si no hubiese sido engañado por la rubia Mirra, su hija, a quien la Vieja que Dios confunda, que no teme al pecado, introdujo de noche en su lecho.

(vv. 21154-21164)

Mientras la reina se hallaba en una fiesta, el rey tomó apresurado a la doncella, sin tener idea de que estaba yaciendo con su hija. Extraña semilla se produjo al dejar yacer al rey con su hija. De la unión de ambos, y tras haber sido ella mudada en árbol, nació el bello Adonis. Cuando, al alumbrar un cirio, el padre se dio cuenta del engaño, la habría matado, mas nunca pudo alcanzarla. La que ya no sería virgen huyó velozmente, pues de otro modo él la habría destrozado. Sin embargo, esto queda demasiado lejos de mi materia, así que es

justo que vuelva atrás. Bien conoceréis lo que esto significa antes de que acabe el libro.

(vv. 21165-21184)

No quiero reteneros más aquí y debo regresar a mi asunto, que ahora conviene arar otro campo. Quien quiera, pues, comparar las beldades de estas dos imágenes, me parece a mí que encontraría idéntica similitud a ésta: tal como el ratón es menor que el león, y menos temible por su tamaño, su fuerza y su valor, en igual relación, os lo digo honradamente, la imagen de Pigmalión es menos hermosa que la que yo tanto alabo. Doña Cypris conoció bien la imagen que describo, colocada entre dos pilares en el justo centro de la torre. Aún no he visto otra imagen a la que yo mirase tan a gusto, e incluso la habría adorado de rodillas junto al relicario y la saetera. Jamás la habría cambiado por la arquera ni por su arco, ni por su flecha prendida, y habría entrado allí sin más miramiento. Al menos, lo habría intentado con todas mis fuerzas y pasara lo que pasara, de haber encontrado quien me lo ofreciera o quien, sin más, me lo tolerara.

(vv. 21185-21212)

Así pues, me he encomendado por Dios a las reliquias que os he contado y, si a Dios place, las buscaré tan pronto como tenga tiempo y lugar, provisto de bastón y alforjas. ¡Que Dios me guarde de ser escarnecido o desviado por cualquier asunto que me impida gozar de la rosa!

(vv. 21213-21220)

Venus no tarda más. Deja volar el dardo envuelto en llamas y emplumado para volver locos a los del castillo. Mas sabed que Venus lo lanzó con tal destreza que nadie pudo verlo, por muy atentamente que mirase. Los de dentro quedaron aturdidos al ver el dardo en llamas. El fuego se apodera de la fortaleza y todos se

tuvieron por presos: «¡Traición, traición!», gritan todos, «¡muertos somos, ay, ay! ¡Huyamos lejos de este país!» Y todos arrojan sus llaves allí mismo.

(vv. 21221-21236)

Rechazo, el terrible diablo, al sentir aquel calor corrió más aprisa que ciervo en landa. Ninguno esperó al otro; todos se esforzaron en huir, con las faldas en la cintura. Huyó Miedo y se apresuró Vergüenza, abandonando el castillo envuelto en llamas, y para nada tuvo en cuenta lo que le había enseñado Razón.

(vv. 21237-21246)

Llega entonces la valiente, la bella y estimada Cortesía. Al ver el desastre, saltó dentro del recinto con Piedad y Franqueza para liberar a su hijo del incendio. El fuego se les arredró, y no pararon hasta llegar junto a Dulce Albergue. Cortesía habló entonces, pues no es perezosa en palabras, y dijo primero a Dulce Albergue.

(vv. 21247-21259)

—Bello hijo, he sufrido mucho y he soportado una gran tristeza en mi corazón por esta larga prisión que habéis padecido. ¡Que mal fuego y mala llama abrasen a quien os ha puesto en este estado! Ahora, gracias a Dios, estáis libre, ya que Mala Lengua yace muerta ahí fuera junto con sus borrachines normandos: ya no puede ver ni oír. Tampoco hay que temer a Celos, ni dejar de llevar por su culpa buena vida, ni de gozar en secreto con el amigo. Ella ya no puede oír ni ver tales cosas, y tampoco podrá decírselo nadie, ni logrará encontraros aquí. Y los otros desgraciados, felones y presuntuosos, han huido todos: la fortaleza ha quedado vacía.

(vv. 21260-21280)

Mi querido y muy dulce hijo, por Dios, no os dejéis abrasar aquí. Por amistad os pedimos Franqueza, Piedad y yo, que os entreguéis a ese Amante leal en

cuanto os mande, pues ha sufrido largo tiempo por vos y fue tan honrado que nunca buscó engañaros, porque jamás mintió. Acogedle a él y a cuanto es suyo: él os rinde incluso su alma. Por Dios, no rechacéis ese ofrecimiento, buen dulce hijo, sino aceptadlo por la fe que me debéis y por Amor, que se esfuerza con toda su voluntad por vos.

(vv. 21281-21296)

Bello hijo, Amor vence a todas las cosas, y todas están cerradas bajo su llave. El mismo Virgilio lo confirma con una sentencia clara y cortés, que encontraréis cuando busquéis en las *Bucólicas*: «Amor lo vence todo, y todos debemos acogerle.» Cierto que dice bien y con verdad. En un solo verso lo cuenta todo, y no puede contarse mejor cuento. Buen hijo, socorred a ese amante. ¡Que Dios os proteja a los dos! Concededle el don de la rosa.

(vv. 21297-21309)

—Señora, yo se lo concedo de muy buen grado —responde Dulce Albergue—; desde ahora estamos los dos solos, y puede tomarla ya. Hace tiempo que quiero acogerle, pues sé que me ama sin engaño.

(vv. 21310-21315)

Y yo, que le doy cien mil gracias, de inmediato y como buen peregrino dispuesto, ferviente y sincero, como leal enamorado de corazón, emprendo mi peregrinación a la saetera, tras este sabroso don, y llevo conmigo alforja y bastón tieso y fuerte, tal que no es necesario herrarlo para viajar ni caminar. La alforja también es de buena hechura, de piel ligera y sin costuras, mas sabed que no está vacía: con gran ingenio, Naturaleza puso dentro dos martillitos, pues me parece que ninguno trabaja junto al otro con tanta diligencia, y los había forjado muy sutilmente desde que la hizo, como quien era diestra en forjar mejor de lo que nunca

supo Dédalo. Yo creo que los hizo porque pensaba que así podría herrar a mis palafrenes durante la marcha, y así lo haré por cierto si encuentro la ocasión, porque sé forjar bien, a Dios gracias. Y os aseguro que aprecio más a mi alforja y mis dos martillos que a mi cítara o mi arpa.

(vv. 21316-21346)

Mucho me honró Naturaleza al proveerme de este armamento, y al enseñarme su manejo, que me convirtió en buen y diestro obrero. Ella misma había preparado el bastón para ofrecérmelo como regalo, e incluso quiso emplearse en pulirlo antes de que yo aprendiera; sin embargo, no se ocupó de herrarlo y nunca valió menos por eso. Desde que lo recibí, lo he mantenido siempre conmigo sin perderlo jamás, y no lo perderé si puedo, pues no aceptaría desprenderme de él ni por quinientas veces cien mil libras. Buen don me concedió y por tal lo guardo, y mucho gozo al mirarlo. Le agradezo su presente cuando lo siento feliz y jovial. Siempre me ha confortado en cuantos lugares lo he llevado. Me sirve bien, ¿y sabéis por qué? Cuando me hallo caminando en algún lugar retirado, lo hundo en los fosos en que no veo nada, como para tentar los vados, y puedo jactarme de no tener que nadar, porque sé vadear como se debe y tantear orillas y fondo. Mas a veces me topo con algunos tan profundos y de tan anchas orillas que me costaría y me cansaría menos franquear dos leguas sobre el mar, bordeando la costa, que pasar esos vados peligrosos, ya que a veces los he atravesado muy anchos. Aun así, nunca me he ahogado, pues tan pronto como los tentaba y empezaba a meterme dentro, si los hallaba tales que no tocaba fondo ni con percha ni con remo, me desviaba rodeando bien cerca de la orilla, hasta que llegaba al final. Mas nunca habría logrado salir si no hubiera tenido las armas que Naturaleza me había otorgado.

(vv. 21347-21397)

Dejemos ahora estos anchos caminos para los que caminan por ellos de buen grado, y tomemos nosotros los deleitosos senderos. No sigamos los caminos de carretas; cultivemos las lindas sendas, felices y gozosos, los que vivimos alegremente.

(vv. 21398-21404)

El camino viejo produce más placer que el sendero nuevo, y se encuentra en aquél más beneficio y se le saca mayor provecho. El mismo Juvenal asegura que unirse a una vieja rica es el mejor modo para mejorar la propia condición: si ella recibe con gusto su servicio, lo encumbrará en seguida. También Ovidio confirma con sentencia firme y demostrada que el que se dedique a las viejas recibirá a cambio gran recompensa. Al tomar tal mercancía se adquiere pronto gran riqueza.

(vv. 21405-21420)

Pero el que requiebra a una vieja habrá de guardarse de no decir ni hacer nada que pueda parecer un embuste, si desea robarle su amor o incluso obtenerlo noblemente, en el caso de que Amor lo haya atrapado en sus redes. Pues las duras viejas canosas que han perdido la juventud en que fueron aduladas, burladas y engañadas, cuanto más lo han sido, más se dan cuenta de los discursos embaucadores, y mucho antes que las tiernas doncellas, pues éstas no sospechan argucias al escuchar a los embusteros, sino que creen que sus zalamerías y embelecos son tan verdaderos como el Evangelio, ya que nunca las escaldaron. Por el contrario, las viejas son doctas en el arte del engaño, y sus años y su experiencia les han dado toda la ciencia y la sabiduría, para cuando se les acercan los engatusadores y las requiebran con embelecos, y les repiquetean el oído buscando obtener sus gracias, y suspiran y se humillan, juntan sus manos e imploran merced, y se inclinan y se arrodillan, y lloran tanto que se bañan en lágrimas, y se ponen en cruz ante ellas para prometerles con astucias sus corazo-

nes y sus vidas, sus bienes y su servicio, y les aseguran y juran que fueron, son y serán santos, y así pretenden engañarlas con palabras en las que no hay más que viento; otro tal hace el cazador que tiende su cebo al pájaro como un ladrón, atrayéndolo con dulces cancioncillas, oculto entre los matorrales, para que se acerque a su trampa y caiga atrapado. Hasta el cazador se acerca el pájaro necio, que no sabe descubrir el sofisma con el que le ha engañado como con una figura de dicción, como también hace el cazador de codornices para que la codorniz caiga dentro de la red. La codorniz escucha el canto, se acerca y después se arroja a la red que aquél le ha tendido sobre la hierba fresca y tupida de la primavera; a menos que sea una codorniz vieja que, entonces, ni se acerca al cazador, pues está escarmentada y avisada porque quizá escapó de otra red donde había sido apresada, entre las hierbecillas. Del mismo modo, las viejas de las que antes hablé, que en otro tiempo fueron requebradas y burladas por los embaucadores, huelen de lejos los engaños que hay en las palabras que escuchan y en las actitudes que observan en ellas. Por eso los reciben de peor grado, aunque éstos busquen sinceramente la recompensa de Amor, presos en sus lazos, cuyo solaz es tan agradable y placentera su labor que nada resulta más grato que esta penosa espera, que deleita y angustia. Las viejas tienen tantas sospechas de caer en el anzuelo que aguzan el oído y se esfuerzan por saber si cuanto ellos dicen es verdad o mentira. Sopesan sus palabras porque temen mucho el engaño presente, a causa de los que aún recuerdan haber sufrido antaño. Todas las viejas piensan siempre que sus pretendientes quieren engañarlas.

(vv. 21421-21508)

Si os agrada desviar vuestros corazones hacia ellas, para enriqueceros más aprisa, y si conocéis y os agrada su placer, bien podéis seguir este camino para deleitaros y solazaros. Y los que las buscáis jóvenes, como me

manda mi maestro, cuyos mandamientos son siempre hermosos, y para que no seáis engañados, os aseguro como cosa cierta, y que me crea quien quiera, que es bueno probar de todo para saber gozar luego de las mejores cosas, tal como hace el buen catador, que conoce cada bocado y degusta variadas carnes en la cazuela, asadas, escabechadas o cocidas, fritas y en galantina, en cuanto puede entrar en la cocina, y de este modo es capaz de alabar las que son dulces o reprobar las que amargan, porque ha probado muchas. Sabed pues, sin dudarlo, que quien nunca ha probado lo malo no sabrá apenas nada de lo bueno, y quien ignora lo que vale el honor no podrá conocer nunca la vergüenza. Tampoco sabrá del bienestar si antes no probó el malestar, y no es digno de disfrutar aquél quien no ha sufrido éste. Nadie debería ofrecer placidez alguna a quien no sabe sufrir su contraria. Así sucede con las cosas opuestas: unas son la explicación de las otras. El que quiera definir una, deberá acordarse de la otra; de lo contrario no logrará hacerlo, por mucho que se empeñe. El que no conoce ambas no puede percibir su diferencia, y sin ella no es posible que lleve a buen término cualquier definición que intente.

(vv. 21509-21552)

Con todo mi arnés, que llevaré encima mientras pueda, me acercaré si tengo oportunidad a tocar esas reliquias. Entonces anduve tanto y tanto erré con mi bastón sin herrar que me arrodillé sin tardanza, vigoroso y ágil porque estaba enormemente hambriento, para adorar el hermoso y honorable relicario con corazón piadoso y devoto. Todo estaba ya derruido, pues de nada sirve una guerra contra el fuego, y éste lo había calcinado todo sin tocar siquiera al relicario. Levanté un poco la cortina que lo cubría y me acerqué a la imagen que está en él. La besé muy devotamente y, para poner al abrigo mi bastón, tras del cual colgaba la alforja, quise meterlo en la saetera. Pensé en meterlo de un golpe, mas se salió.

Volví a intentarlo, pero de nada servía: siempre se volvía atrás y era imposible introducirlo. Encontré delante una barrera, que sentía pero no veía, con la que estaba protegido el interior de la saetera desde el mismo momento en que fue construida, y situada justo al borde, porque así era más fuerte y segura. Tuve que emplearme con fuerza, embestir muchas veces y fallar otras tantas.

(vv. 21553-21588)

Si me hubieseis visto combatir y hubierais prestado algo de atención, os habríais acordado de Hércules intentando desmembrar a Caco: tres veces atacó su puerta, tres veces la golpeó y tres veces falló; tres veces se sentó agotado en la vaguada para recuperar aliento: tantas penas y fatigas sufrió. Y yo, que me esfuerzo tanto aquí que ya me veo del todo sudoroso por la angustia, como esta barrera no se rompe, me creo tan fatigado como Hércules, o incluso más. Por fin, le di tantos golpes que descubrí un caminillo por donde pensé atravesarla, mas había que derrumbarla del todo.

(vv. 21589-21606)

Busqué pues paso por el senderito mencionado, tan angosto y estrecho. Al fin, logré romper la barrera y me colé en la saetera, pero sólo a medias. Mucho me apenaba no poder penetrar más, pero era imposible. Sin embargo, por nada del mundo dejé de meter todo el bastón. Sin tardanza lo introduje entero, mas la alforja se quedó atrás, dando golpes con los martillitos que colgaban casi por fuera. Mal daño me hice al hallar paso tan angosto, pues no era suficiente para que yo pasara. Conociendo esa clase de paso, puedo asegurar que nadie lo había atravesado antes: yo fui el primero, y ese lugar no estaba habituado a recibir peajes. Ignoro si después concedió a otros la misma merced que a mí, mas os juro que lo amaba tanto que no lo hubiera creído aunque fuese verdad, porque nadie desconfía fácilmente del ser amado, por muy calumniado que sea: yo aún no lo creo.

Al menos, sé que mi sendero no había sido abierto ni golpeado antes. Por eso me precipité de lleno contra él, porque no existe otra entrada para coger a punto el capullo. Bien sabréis cómo me conduje hasta que tuve ese capullo para mi solaz. Oiréis el modo y la manera para que, cuando llegue la dulce estación, señores jóvenes, y debáis ir a coger rosas en flor o cerradas, lo hagáis con habilidad y no falléis. Actuad como oigáis que yo actúo; de lo contrario, no sabréis cumplir de la mejor manera; si podéis atravesarlo con más holgura y mejor, sin angustiaros ni fatigaros, hacedlo a vuestra manera después de haber aprendido de la mía. Contáis cuando menos con esta ventaja: yo os enseño mi costumbre sin pediros vuestro dinero, y por ello me debéis estar agradecidos.

(vv. 21607-21664)

Tras verme atormentado por aquella situación, me acerqué tanto al rosal que pude extender mis manos sin dificultad hacia las ramas para coger el capullo. Dulce Albergue me rogaba por Dios que no cometiera ningún ultraje y, como me insistía, yo le prometí que no haría más que su voluntad y la mía.

(vv. 21665-21674)

Cogí el rosal por las ramas, más flexibles que el mimbre, y cuando pude sujetarlas con ambas manos, suavemente y sin pincharme, las sacudí, pues no hubiera podido coger el capullo sin moverlas. Las moví y agité todas, sin destrozar una sola, que no deseaba romperlas. Tuve que cortar un poco la corteza, porque de otro modo era imposible alcanzar el don que tanto ansiaba.

(vv. 21675-21688)

Al final, no os digo más, derramé un poco de simiente al sacudir el capullo. Fue cuando lo toqué por dentro, tras dar la vuelta a los pétalos, pues deseaba

hurgar tan a fondo en la flor como debe ser. Entonces mezclé tanto las semillas que no se podían desenredar, de forma que hice crecer y ensancharse todo el tierno capullito. Éste es todo el mal que hice, mas comprendí que el buen Dulce Albergue, que tampoco veía mal alguno en ello, no me guardó rencor, sino que, por el contrario, consiente y permite que haga cuanto se me antoja. Me recuerda la promesa que hice y me dice que no me comporto como debo, y que soy demasiado atrevido, pero no me prohíbe en absoluto que coja el rosal y acaricie su flor, sus ramas y sus hojas.

(vv. 21689-21712)

Viendo que había salido de aquel trance tan noblemente, y que mi triunfo no tenía duda, para mostrarme leal y bondadoso con mis bienhechores, lo cual debe hacer todo buen deudor, y como les estaba de veras agradecido por haberme vuelto tan rico con su merced que seguro que Riqueza nunca lo fue igual que yo, entre sabrosos besos di las gracias diez o veinte veces al dios Amor y a la diosa Venus, que me habían ayudado más que nadie, y después a todos los nobles del ejército, pidiendo a Dios que no niegue su ayuda a los enamorados corteses. Sin embargo, no me acordé de Razón, que tantos esfuerzos empleó contra mí. A pesar de la villana Riqueza, que nunca tuvo piedad y me impidió franquear el senderito que custodiaba, sin cuidarse del paso por donde velozmente y en secreto yo he llegado aquí, y a pesar de mis mortales enemigos, que tanto me hicieron retroceder, en especial Celos, que con todo su rosario de penurias guarda de los amantes a las rosas —¡ved qué bien las protege ahora!—, antes de marcharme de allí, donde me habría quedado siempre si hubiera seguido mis deseos, cogí alborozado la flor de aquel lindo rosal frondoso. De este modo conseguí la rosa roja.

Entretanto, levantóse el día y me desperté.

(vv. 21713-21750)

LECTURA ICONOGRÁFICA

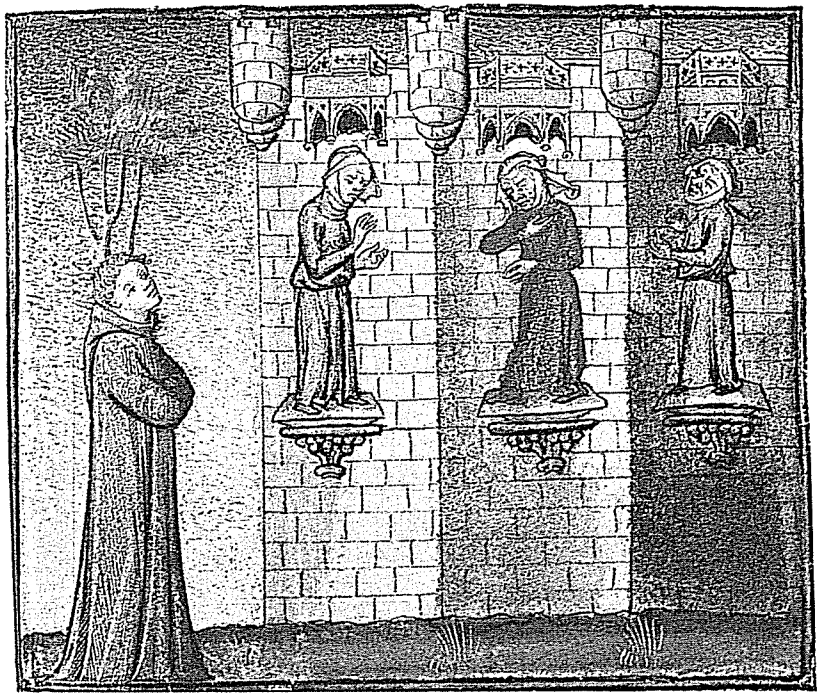
por

Alfred Serrano i Donet



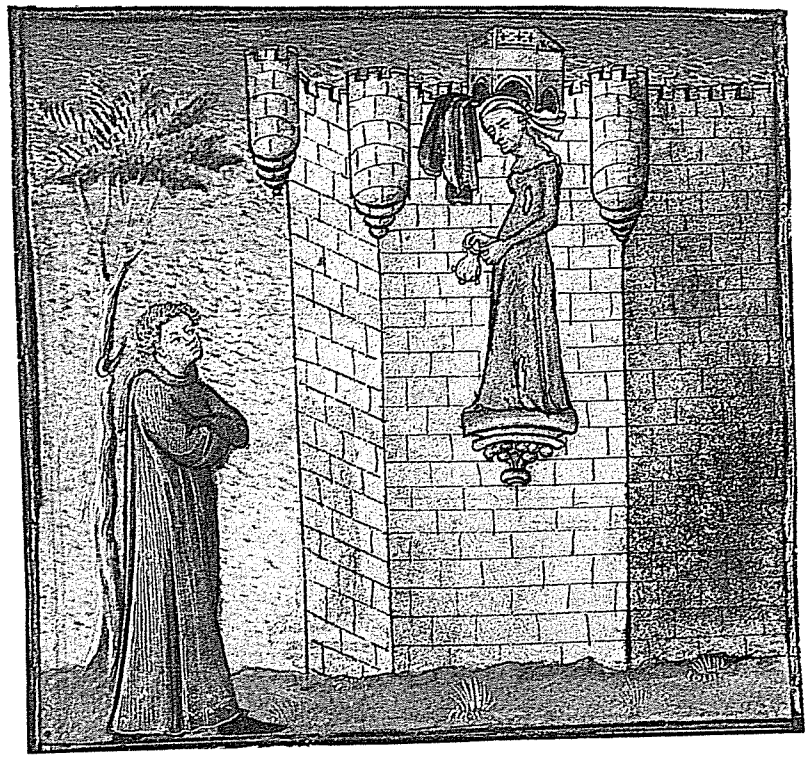


Figura 1.—*La primera miniatura que aparece en el manuscrito del* Roman de la Rose *de la Universidad de Valencia, representa el sueño del poeta; es así como empieza la obra, ya que toda ella está basada en un sueño. Esta manera de estructurar la obra por medio de un sueño proviene de la antigüedad clásica, del* Somnium Scipionis *de Cicerón. También Andreas Capellanus nos habla del sueño como una vía y un modo de vivir. En la miniatura aparecen dos escenas al mismo tiempo. En la parte izquierda vemos la casa del poeta, mientras que en la de la derecha ya aparecen los primeros pasos del sueño, donde el héroe se encuentra con un río, que es una alegoría del río de la vida que el poeta va a seguir hasta llegar al Jardín. El protagonista siente la necesidad de seguir el río, de salir al exterior, porque es el mes de mayo, cuando comienza la Primavera, es decir, cuando se reanuda la vida, cuando los árboles comienzan a florecer y los pájaros a lanzar los primeros cantos melodiosos. Es éste el momento propicio para que comience el amor.*



Figuras del 2 al 6.—*Son toda una serie de personajes que por su condición no pueden cruzar el muro que cerca el Jardín del Amor. Son todas estas figuras alegorías de aquellas actitudes que no debía tener el poeta si quería enamorarse. Estas figuras están pintadas al exterior del Jardín para dar a conocer cuáles son los vicios o sentimientos que son rechazados por el amor, por tanto, todo aquel que quiera ingresar y formar parte de la milicia del amor debe olvidarlas y no practicarlas. Algunas de estas alegorías provienen de Prudencio, mientras que otras son elaboradas por Guillaume de Lorris basándose en la tradición existente sobre poesía amorosa.*

Las palabras de Lewis nos dicen: «En el exterior del muro viene grabada la imagen de los que quedan por siempre excluidos del Jardín, mas la propiedad de la lista se nos pone en evidencia tan pronto recordamos la intención alegórica. Para poder disfrutar de la vida cortesana, simbolizada por el Jardín, se necesitarían, aparte de ciertos dones naturales, y los medios de fortuna suficientes, una cierta selección de auténticas cualidades morales. Ésta es la razón por la que estas figuras quedan excluidas del Jardín».



Las alegorías representadas por orden de aparición son:

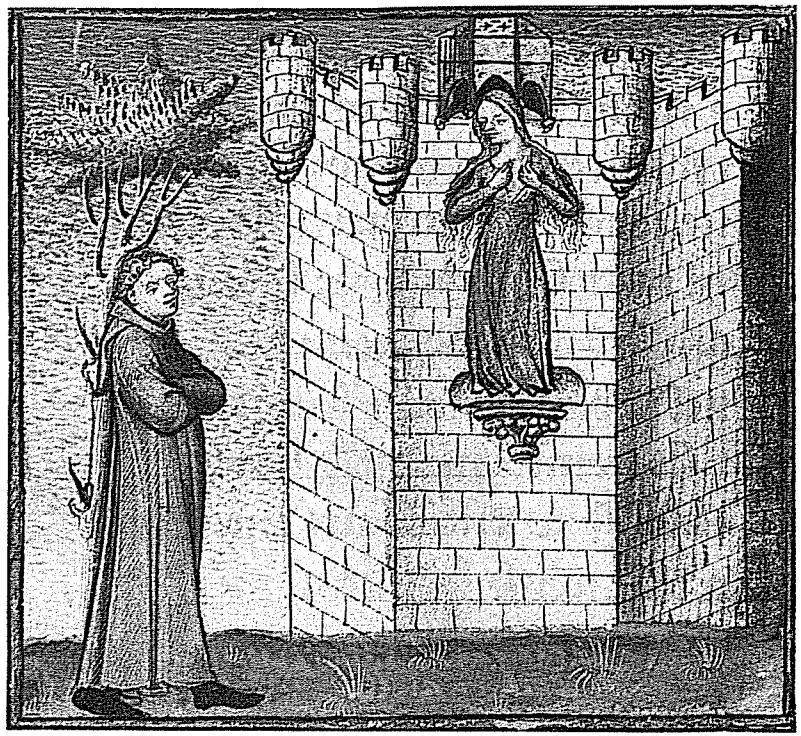
—Felonía: que representa el mayor crimen que se pueda cometer en el mundo feudal, ya que supone romper con todos los compromisos vasalláticos.

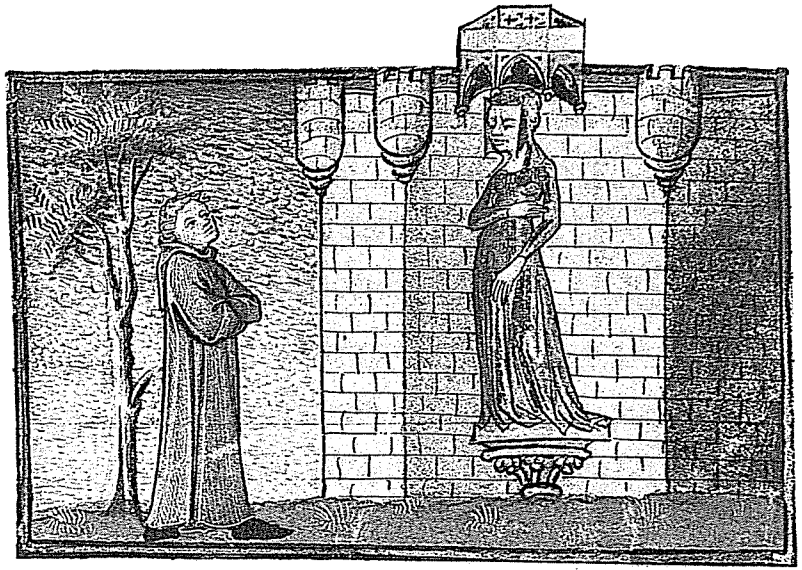
—Malquerencia: representada por una mujer mal vestida que tiene arrugado el ceño y la nariz chata.

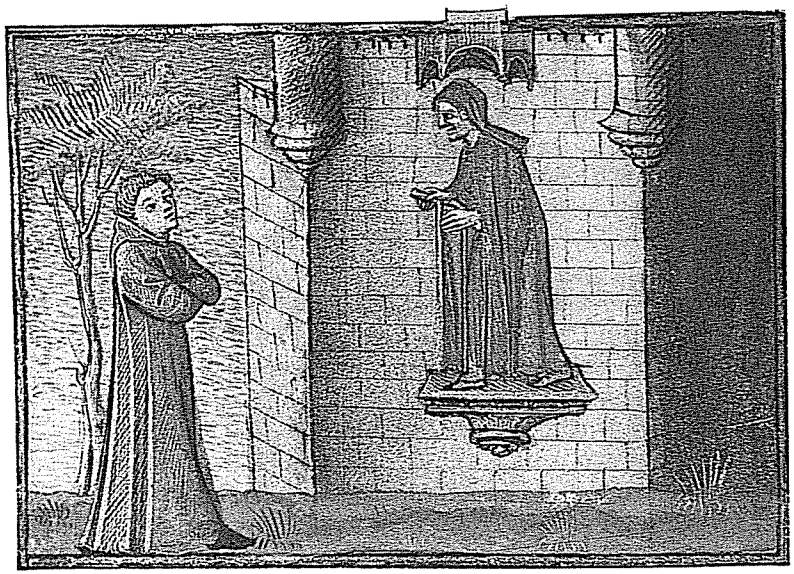
—Villanía: tiene esta alegoría un contenido moral, en ella se unen avaricia, cobardía e infidelidad. Es la actitud antónima de cortesía.

—Codicia: representada por una mujer con las manos curvas y ganchudas, ávidas de dinero y bienes. Esta figura está muy relacionada con avaricia.

—Avaricia: la figura lleva una bolsa de dinero fuertemente cogida con la mano y el vestido totalmente roto, hecho girones.







—Tristeza: representada por una mujer enfermiza que se ha arañado el rostro, se ha revuelto los cabellos y se golpea los pechos con los puños.

—Envidia: tiene la mano en su corazón, como muestra de lo que sufre cuando se hace el bien.

—Vejez: lleva un cayado para apoyarse y el cuerpo recubierto por un manto, puesto que siente frío. Se opone, pues, al amor que es una ardiente pasión.



Figura 7.—*El primer personaje del interior del Jardín que conoce el poeta es Ociosa, que es la reina de este vergel.*

La figura de Ociosa, lleva un espejo en la mano; este espejo se puede identificar con la lujuria, ya que es un atributo de Venus, y en este caso Ociosa es su representación; pero realmente recogiendo la tradición ovidiana y de Andreas Capellanus, encontramos que la lujuria queda descartada dentro del amor cortesano. Más bien, pensamos que en este caso, cuando Ociosa le enseña el espejo al poeta, está enseñándole el reflejo del mundo que hay dentro del Jardín, por este motivo se puede relacionar el espejo con el agua reflejante y con el mito de Narciso, un mito que aparecerá más adelante en la obra.

La aparición de este personaje en primer lugar tiene una explicación fundamentada en la tradición de la poesía amorosa, ya que Ovidio nos dice que para evitar las flechas de Cupido hay que huir de la ociosidad; idea que recoge también Andreas Capellanus y que pasará al poema de Lorris.

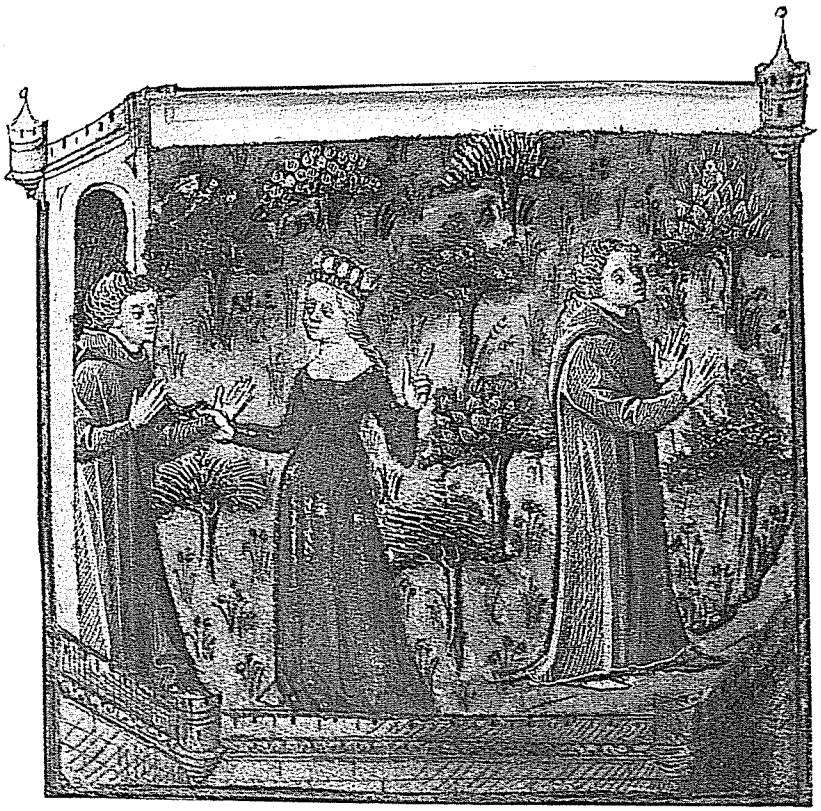


Figura 8.—*El poeta, de la mano de Ociosa, entra en el Jardín del Amor. Es éste el momento en que el héroe ingresa dentro del mundo cortés. Este Jardín es la representación de un microcosmos. Una vez dentro, el poeta ve una muestra de la vegetación y de los pájaros del Jardín, todos ellos relacionados con símbolos del amor. Este vergel descrito es una clara muestra del Locus Amoenus que aparece con gran frecuencia en la literaria medieval. Es al mismo tiempo un recuerdo del Paraíso Terrenal y una amenaza. Es la naturaleza domada y el refugio del mundo aristocrático, donde se cultiva su propia moral.*

Un Jardín de estas características aparece ya en la Biblia, cuando se nos describe el Paraíso Terrenal. También Ovidio hace una descripción del Jardín del Amor, que después pasará a la Edad Media y que llegará a Lorris a través de la Altercatio Phyllidis et Florae *y de Andreas Capellanus.*

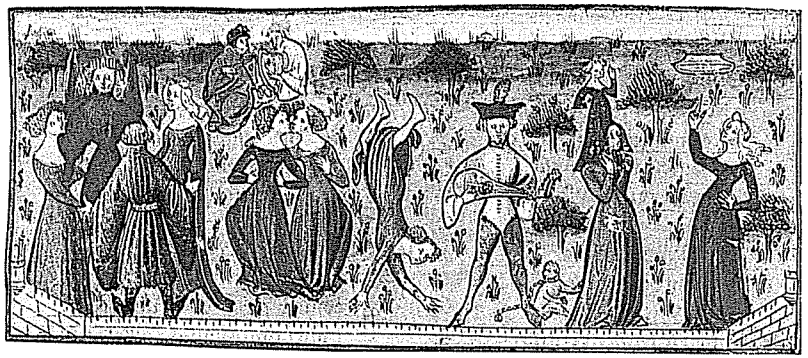


Figura 9.—*Algunos de los personajes que viven en el Jardín del Amor, aparecen en esta miniatura. Todos ellos están practicando la danza o tocando algún instrumento musical. Los instrumentos musicales hacen referencia a la lujuria, al igual que el mono; pero éste al estar atado con una cadena, denotaría una lujuria contenida y controlada.*

Ya Ovidio y también Andreas Capellanus nos hablan de que tanto el canto como la danza son acciones propicias para estimular el amor.



Figura 10.—*Es esta miniatura una de las más interesantes al representar a todos los personajes que forman la corte del dios Cupido.*

Los personajes que aparecen son los antónimos de aquellos que hay pintados en el muro, fuera del Jardín, y que no podían participar del amor. El primero de ellos es Cupido, hijo de Venus y Marte. Aquí no aparece como un niño, que es la manera normal de representarlo, sino que es un caballero vestido a la moda medieval, con una guirnalda de rosas en la cabeza, que son las flores dedicadas a Venus. A su lado y por orden, encontramos las alegorías de Belleza, Riqueza, Generosidad, Franqueza, Solaz —que es el rey y dueño del Jardín—, Cortesía, Ociosa y Juventud. Entre ellos hay jóvenes que les acompañan, pero que no tienen interés especial para nosotros. Sobre todas estas virtudes que acompañan a Cupido encontramos referencias en Ovidio y posteriormente en Andreas Capellanus.

Una mención aparte merece la figura del joven que se encuentra al lado de Cupido y que es su servidor, se trata del personaje de Dulces Ojos. Esta alegoría recibe este nombre debido a que ya desde el mundo clásico y también en el medieval, se creía que el amor entraba por los ojos. Dulces Ojos lleva los arcos y las flechas de Cupido, que son los instrumentos que utiliza el dios para herir de amor a sus víctimas. Lleva dos clases de flechas, cinco en la mano derecha y cinco en la izquierda. Del tema de las dos clases de flechas nos habla Ovidio. Las flechas que lleva en la mano derecha son las afiladas, las que se pueden clavar sin ninguna dificultad, están hechas de oro y son las que producen el amor verdadero; mientras que las flechas de la mano izquierda son romas y hechas de plomo, tienen las propiedades contrarias a las otras. También Dulces Ojos lleva dos arcos distintos, uno de oro pulido que sirve para lanzar las flechas de la mano derecha; el otro es negro y lleno de nudos y lo utiliza para lanzar las flechas de la mano izquierda. Hay que destacar que la simbología medieval identificaba el oro con la inteligencia y con todo aquello superior, mientras que el color negro siempre aludía a la parte inferior humana.



Figura 11.—*El poeta se inserta cada vez más en el mundo cortés y busca el amor, ya que sólo la vida de la corte no iba a satisfacerle durante mucho tiempo. El dios Amor se da cuenta de la buena disposición del poeta y decide hacerlo vasallo suyo. Cupido ha llamado a su sirviente Dulces Ojos para que le entregue el arco y las flechas propicias, éstas son: Belleza, Sencillez, Franqueza, Compañía y Buena Cara. Estas flechas representan alegorías de virtudes que satisfacen al amor, y todas ellas pertenecen a la tradición clásica y medieval. Las flechas que entorpecen el amor son: Orgullo, Villanía, Vergüenza, Desesperación y Cambio en el Pensamiento, también enraizadas con la tradición; estas flechas han sido rechazadas por Cupido que quiere otorgar al poeta un amor placentero.*



Figura 12.—*El poeta ha encontrado la Fuente de Narciso, es una fuente maravillosa hecha con mármol. La fuente simboliza el centro del Paraíso Terrenal, un centro del mundo, un* omphalos, *ya que de ella salen los cuatro ríos que marcan los puntos cardinales. En este caso, el Jardín se emparenta con el Paraíso Terrenal, y la fuente que es el centro del Paraíso, es el centro del Jardín del Amor, el centro de un microcosmos que representa la vida cortesana. Sobre esta fuente hay esculpidas unas letras que dicen: «aquí murió el bello Narciso», con esta información el poeta reconoce la fuente y recuerda la historia de Narciso. Al lado de esta fuente se encuentra un gran pino, símbolo de la esterilidad al ser un árbol que no florece, pero también es el símbolo de la inmortalidad, porque la persistencia de sus hojas y la incorruptibilidad de su resina así lo indican.*



Figura 13.—*El poeta continúa al lado de la Fuente de Narciso, pero no se atreve a mirar al interior, recordando la escena de Narciso y su desgracia. Una vez se ha decidido, encuentra dentro de ella dos piedras de vidrio que reflejan todo el Jardín. En realidad, estas piedras son los ojos de la dama. Esos ojos que reflejan todo el Jardín, contienen y resumen todo ese vago deleite en que ha estado viviendo el poeta durante los últimos momentos en el Jardín del Amor. Esos ojos que son como espejos, que reflejan todo aquello que hay allí dentro, también reflejan un rosedal un poco más apartado, y entre todas las rocas un capullo no abierto todavía.*

Se ha utilizado una alegoría, por medio de la cual se relacionan las piedras de vidrio con los ojos de una dama, y estos ojos con un espejo, que es el símbolo inconfundible de Venus. Es en este momento cuando el poeta se encuentra en condiciones de enamorarse.

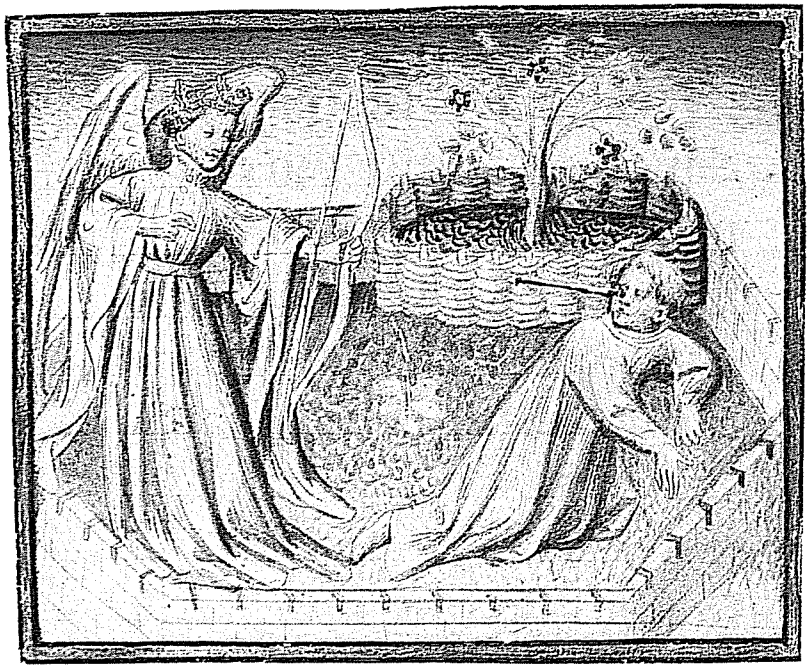


Figura 14.—*Antes de lanzarle la última flecha, Buena Cara, Cupido ha rociado ésta con una medicina, para que suavice el dolor de las heridas de amor. Es interesante remarcar cómo Amor pone un ungüento en la flecha para que éste alivie el dolor del amor y para que el poeta no muera a causa de ello. Estas dos ideas, la de la medicina y la de morir de amor, fueron expresadas por Ovidio y por Andreas Capellanus. Los dos consideran que el amor es como un mal, que se debe curar, y que si no se cura puede conducir al amante a la muerte. El amor era considerado en la Edad Media como un fuego que abrasaba al amante. Esta idea estaba también expresada en Ovidio. Al recibir el poeta la flecha, ésta le produce en un primer momento sensación de auxilio, pero después dolor. Esta idea de que el amor es dulce y amargo al mismo tiempo, ha sido muy difundida, no sólo durante la Edad Media, sino que incluso posteriormente, Alciato le dedica algunos emblemas.*



Figura 15.—*La figura de Dulce Albergue es una elgoría de un sentimiento o estado de ánimo de la dama. Hay que destacar que la representación de la alegoría no es la figura de una mujer, sino la de un hombre. Lo que Guillaume de Lorris ha querido representar con esta alegoría es que existe una cosa que podría calificarse de fracaso o de éxito en una simple conversación con la amada mucho antes de que se pueda hablar de los éxitos o de los fracasos que se tienen como amantes.*

Dulce Albergue no es la misma virtud que Cortesía, pero es hijo de Cortesía. Es algo más que mera urbanidad, pero algo que toda mujer bien nacida encontraría difícil de rehúsar a ningún conocido a menos, que fuese a todas luces indecoroso o grosero. Dulce Albergue es el falso amigo de la virginidad ya que sin ninguna malicia y con buenos sentimientos introduce al amante dentro del cerco donde se encuentra la Rosa. Ya antes de Lorris, esta idea de Dulce Albergue viene expresada por Andreas Capellanus.



Figura 16.—*El poeta cuando se encuentra dentro del cerco de las rosas, no puede privarse de pedirle a Dulce Albergue que le deje oler la Rosa, éste con toda buena voluntad y por ser hijo de Cortesía, no puede negarse a esa petición.*

En la parte superior de la miniatura y escondido entre unos arbustos se encuentra otra figura, es Rechazo, la oposición de Dulce Albergue. Esta alegoría representa otro de los sentimientos de la dama. Rechazo es el vigilante del rosedal, conjuntamente con Vergüenza, Mala Lengua y Miedo. El poeta, cuando Dulce Albergue le ha entregado un brote del rosal, cree que ya ha llegado al término de su aventura, piensa que ya ha conseguido el amor de la dama, por eso se atreve a pedirle a Dulce Albergue que le dé la Rosa que él desea. Dulce Albergue se asusta, y aparece Rechazo. La dama que en un primer momento había recibido al poeta, ahora, a causa de su petición, cambia sus sentimientos y aquello que antes era Dulce Albergue ahora se vuelve Rechazo, debido a la precipitación del héroe. Tanto Ovidio como Andreas Capellanus, nos hablan sobre el tema del rechazo de la dama al amante.



Figura 17.—*Después de haber sido rechazado por la dama, el amante cae en una meditación sobre todo aquello que le había ocurrido desde el momento en que el dios Amor le clavó las flechas, y sobre todos los sufrimientos que estaba pasando a causa de este dios. En ese momento aparece delante del poeta Razón. Esta figura es la representación de Palas o Minerva, que es la divinidad de la Sabiduría ya desde tiempo de los griegos. Razón o Minerva ha bajado de sus dependencias, el templo de la Sabiduría, y ha entrado dentro del Jardín del Amor para aconsejar al poeta. La introducción de un personaje de estas características dentro de un poema amoroso no es obra del ingenio de Guillaume de Lorris, sino que la tradición literaria nos habla de esta figura. Tanto Ovidio como Andreas Capellanus y también Chrétien de Troyes la utilizan e insertan en sus obras. Este último en el libro* le Chevalier de la Charette, *donde Razón y Amor combaten en el interior de Lancelot.*



Figura 18.—*El amante después de la conversación con Razón se ha quedado lleno de tristeza y dolor, en ese momento recuerda una de las advertencias del dios Amor; la advertencia era que cuando se encontrara en una difícil situación contara sus penas de amor a un amigo, a una persona de confianza. Amigo representa a esta persona de confianza a la que el amante le cuenta todo el proceso amoroso. Ya la tradición de la poesía amorosa nos habla de esta figura, y ella aparece en Ovidio y en Andreas Capellanus, aunque los dos autores no coinciden en la opinión de que un amor se deba contar a un amigo. Mientras que Ovidio no es partidario de que los problemas amorosos sean compartidos por otra persona, Andreas Capellanus opina lo contrario.*



Figura 19.—*Amigo le ha dicho al poeta que vuelva al cerco de las rosas y que le suplique a Rechazo, que se reconcilie con él. El amante intenta así comenzar de nuevo las relaciones con la dama, volver a encontrar a Dulce Albergue para que la aventura amorosa empiece de nuevo a establecerse. El poeta le hace las peticiones a Rechazo desde fuera del cerco de las rosas, ya que éste le había prohibido que entrara dentro del rosedal. Rechazo lleva un palo para hacer huir a todo aquel que intente cruzar el cerco. Sobre los ruegos que tiene que hacer el amante a la amada en un momento desfavorable nos hablan Ovidio y Andreas Capellanus.*



Figura 20.—*La miniatura nos muestra a Rechazo rodeado por Piedad y Franqueza, que intentan convencerlo para que el poeta reciba la compañía de Dulce Albergue. Piedad y Franqueza son alegorías de dos sentimientos de la dama, que intentan vencer a Rechazo para que el amante vuelva a tener propicio a Dulce Albergue. Cuando el poeta fue a rogarle a Rechazo, es decir, cuando fue a rogarle a la dama, ésta debido a los sentimientos y a su posición social no pudo quedar impasible. Las plegarias del amante han suscitado nuevos sentimientos, Piedad y Franqueza. Estos sentimientos intentan apartar a Rechazo del interior del corazón de la dama, para que torne la buena acogida de la dama para con el amante, es decir, para que regrese Dulce Albergue. Piedad y Franqueza son los dos aliados de Dulce Albergue, y los que intentan que el amante consiga de nuevo reanudar su aventura amorosa. Antes que Guillaume de Lorris, Ovidio y Andreas Capellanus insertaron en sus poemas amorosos estas figuras.*

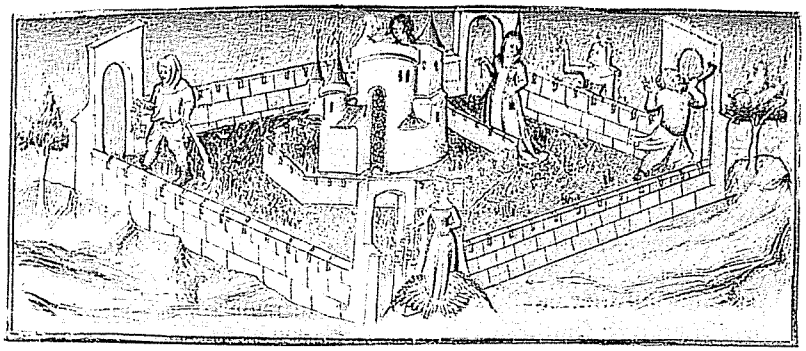


Figura 21.—*La miniatura representa el castillo construido por Celos para encerrar a Dulce Albergue. Este castillo es cuadrado, de la simbología de esta forma ya hemos hablado en otras miniaturas, y cuenta con un foso, gruesos muros, almenas y todo tipo de maquinaria para la guerra. Lorris nos describe este castillo como si fuese una fortaleza real, que estuviera preparada para el ataque de los enemigos.*

Los personajes que cuidan cada una de las puertas del castillo son:

—Rechazo, que tiene la llave de la puerta de la izquierda.

—Vergüenza, que guarda la puerta de la parte superior de la miniatura.

—Miedo, que vigila la puerta que aparece en primer plano.

—Mala Lengua, que tiene las llaves de la puerta de la derecha.

Al centro de la muralla hay un pequeño bastión que guarda a Dulce Albergue, acompañado por un Ama o vigilante que está encargada de cuidarlo. Este personaje ya no es una alegoría, sino que ya está totalmente personalizado.

Fuera de la muralla se encuentra Celos, que comprueba su obra y está atenta, vigila todo aquello que ocurre en el interior. De esta manera el resultado que espera Celos, de que el amor se olvide entre el poeta y la dama, no puede fallar.

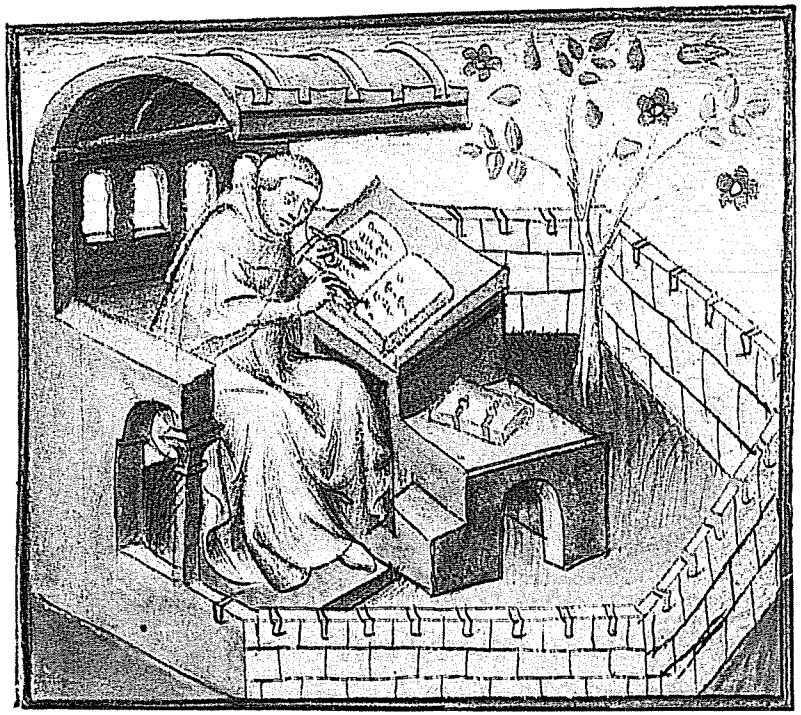


Figura 22.—*Con esta miniatura comienza la segunda parte del* Roman de la Rose. *Esta parte fue escrita por el maestro Jean de Meun y es la más extensa del libro. En la miniatura aparece el escritor sentado en una cátedra con dosel, al lado de la Rosa, en actitud de escribir el libro.*

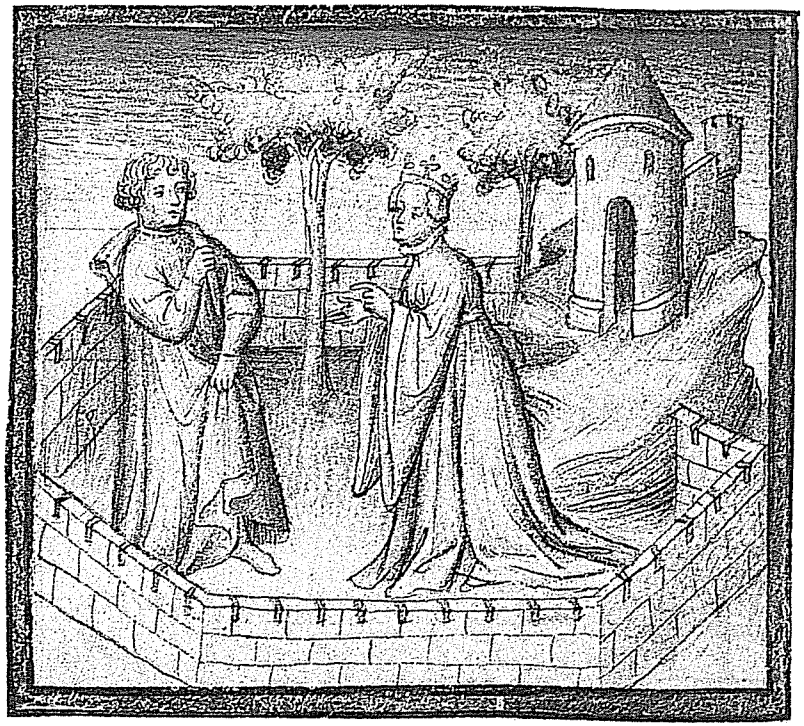


Figura 23.—*Como en la parte anterior, el héroe recibe la visita de Razón, que baja del templo de la Sabiduría. Razón acude a consolar al poeta y a darle ánimos para que abandone su aventura amorosa, que desista en el empeño de conseguir la Rosa.*



Figura 24.—*La mitología nos cuenta que Dédalo con su hijo Ícaro fueron encerrados por Minos en el laberinto del Minotauro. Para salir del laberinto Dédalo fabricó unas alas para sí y otras para su hijo, las pegó con cera y los dos huyeron volando. Antes de partir, Dédalo había recomendado a Ícaro que no se remontase en exceso ni volase demasiado bajo. Pero Ícaro, lleno de orgullo, no atendió los consejos de su padre; elevóse por los aires, y se acercó tanto al sol que la cera se derritió, y el imprudente cayó al mar.*



Figura 25.—*Aparece en la miniatura la figura de Saturno devorando a sus hijos; Júpiter, para matarlo, le corta el órgano sexual y lo lanza al agua. De esta manera sería proclamado rey de los dioses del Olimpo. La simbología de Saturno se mezcla con la de Cronos, el dios del tiempo, por este motivo aparece con la guadaña y la serpiente que se muerde la cola u ouroboros, ambos elementos símbolos del tiempo.*

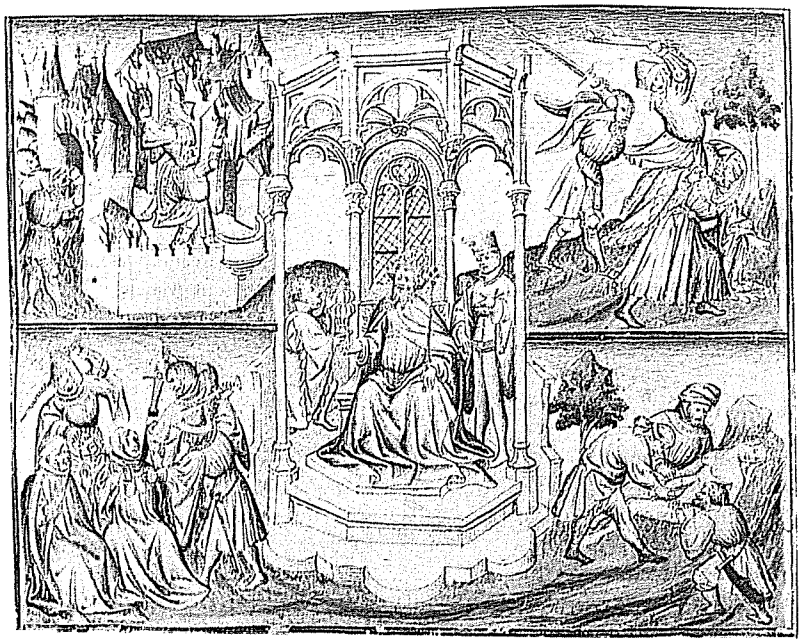


Figura 26.—*En el centro de la miniatura, en un palacete abierto y sentado en su trono, Nerón con dos consejeros. Alrededor de esta escena, cuatro cuadros de la vida y hechos de este emperador: 1) El incendio de Roma. 2) La muerte de los Senadores. 3) El asesinato de su hermano. 4) La muerte y desmembración de su madre.*



Figura 27.—*En el fragor de la batalla, Manfredo es aprisionado y muerto.*



Figura 28.—*La diosa Fortuna, que aparece con los ojos vendados —la Fortuna es ciega—, está dando de beber a las gentes del líquido que hay en los dos toneles de Zeus. Zeus o Júpiter aparece dentro de una aureola, que se conoce con el nombre de mandorla o almendra mística. Se le reconoce por el águila que tiene a sus pies, atributo que se le da a este dios.*

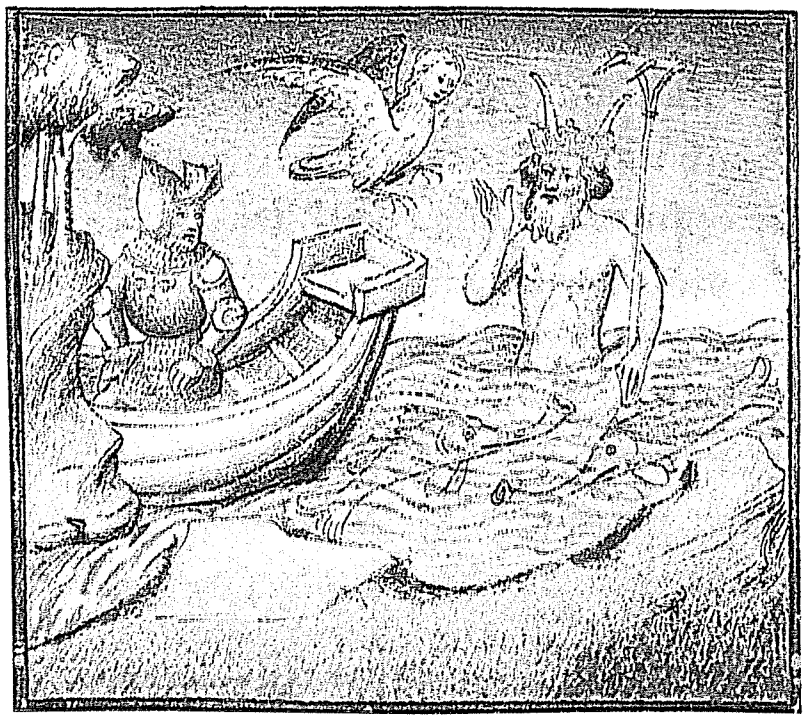


Figura 29.—*Jasón va en busca del vellocino de oro a la Cólquide. El vellocino era una piel de carnero que Eetes, rey de Colco había consagrado a Ares. Hasta llegar al vellocino, Jasón y los Argonautas debían afrontar numerosos problemas, como los que hay anunciados en la miniatura por Poseidón. El que aparece reflejado en la miniatura es el dulce canto de las sirenas, representado por el ave con rostro de mujer, que obligaba a los marinos a desviarse de su ruta y a estrellarse contra los arrecifes, pero que Jasón desoyó y superó.*

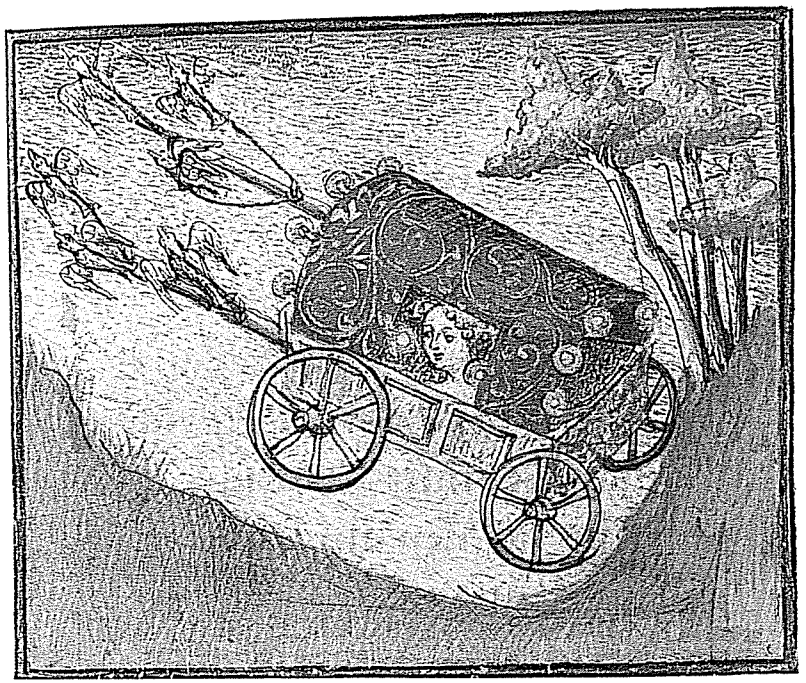


Figura 30.—*Aparece en la miniatura Venus en su carro del amor arrastrado por palomas, animales que le están consagrados.*

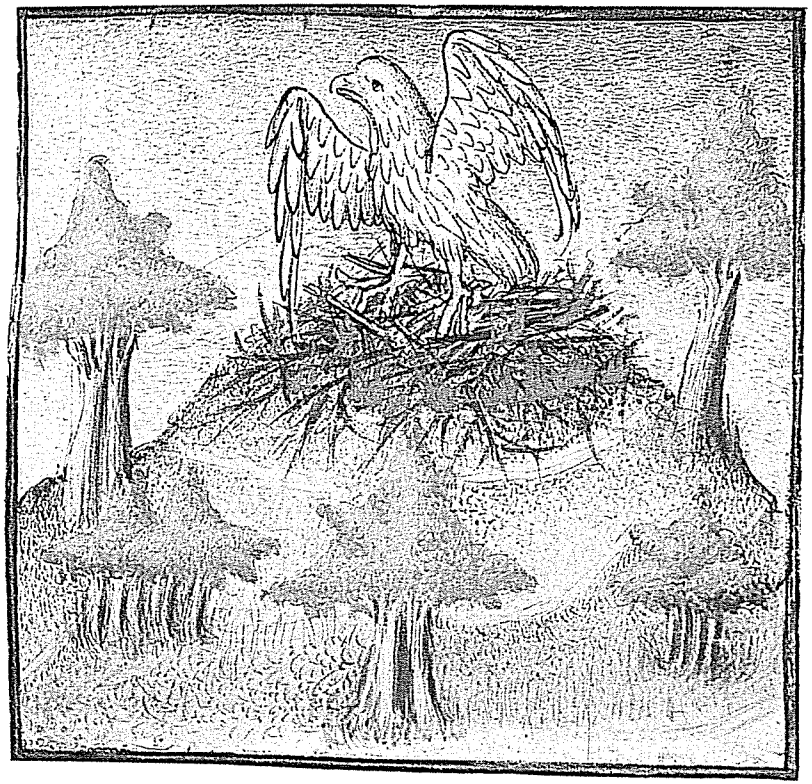
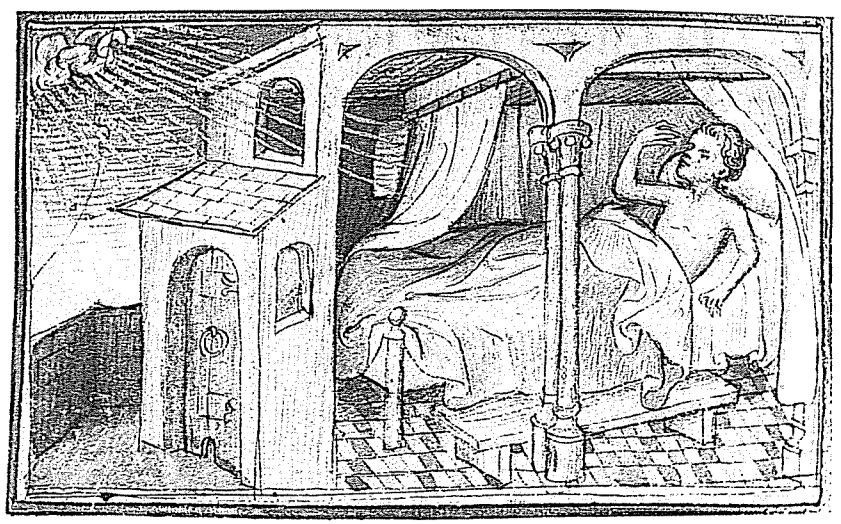


Figura 31.—*Los Bestiarios nos cuentan que el ave Fénix se renueva y rejuvenece por medio de sus mismas cenizas, después de haber sido quemada en una hoguera.*

Figura 32.—*La miniatura representa las penas y sufrimientos que padecen los hombres en el infierno; entre estas penas encontramos: la horca, el fuego eterno, la parrilla, la rueda dentada, el empalamiento, subir una piedra que siempre se vuelve a caer o llenar de agua un tonel que está agujereado.*



Figura 33.—*Con esta miniatura acaba la aventura amorosa del héroe del* Roman de la Rose. *El poeta se encuentra en su casa, acostado en su lecho pero en actitud de levantarse, ya que el sueño que ha tenido durante toda la noche se ha desvanecido con los primeros rayos del sol y la luz del día.*



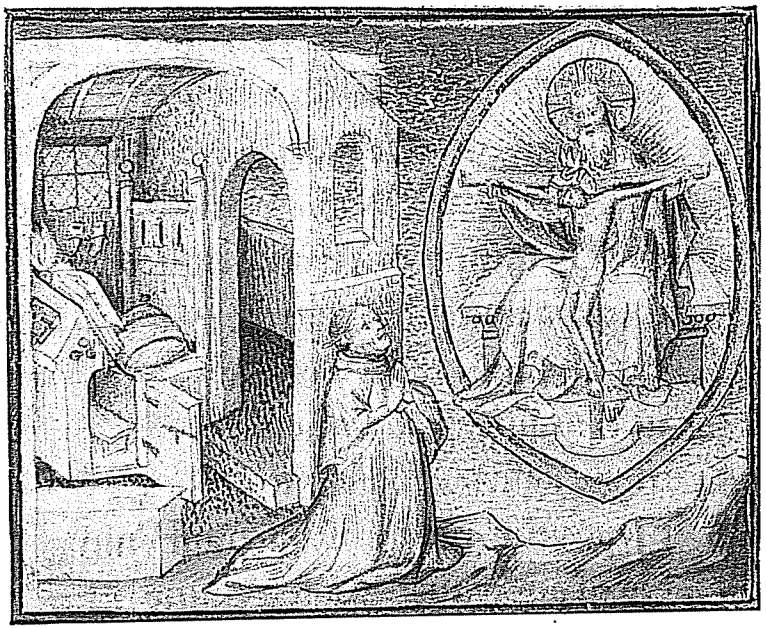


Figura 34.—*A partir de esta miniatura comienza la obra conocida como el Testamento de Jean de Meun. En la imagen nos encontramos al maestro de Meun ante la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que se encuentran dentro de la mandorla mística. El maestro está arrodillado, en actitud de pedir iluminación y acierto en sus actos.*

BIBLIOGRAFÍA DE LA LECTURA ICONOGRÁFICA

Alciato, *Emblemas*. Edición y comentario de Santiago Sebastián. Madrid, Ediciones Akal, S.A., 1985.

Beigbeder, Olivier, *Léxique des Symboles*. Zodiaque, 1969.

Bestiario Toscano. Edición de S. Panunzio, Barcelona, Barcino, 1964.

Bonilla, Luis, *Los mitos de la Humanidad*. Madrid, Prensa española, 1971.

Burgess, G. S., *Contribution a l'étude sémantique du vocabulaire précourtois*.

Capellanus, Andrés, *Tratado sobre el amor*. Traducción de Inés Creixell Vidal-Quadras, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985.

Centre of estudy of vernacular literature in the Middle Age. Medieval iconography and narrative. Odense University Press, 1980.

Cirlot, J. E., *Diccionario de símbolos*. Barcelona, Labor, 1969.

Chevalier, Jean, *Dictionnaire des Symboles*. París, Robert Laffont, 1969.

Diel, Paul, *El simbolismo en la mitología griega*. Barcelona, Labor, 1976.

Droulers, Eugene, *Dictionnaire des attributs, allegories et symboles*. Turmont, Brepols.

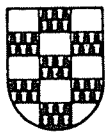
Fleming, J. V., *The «Roman de la Rose». A Study in Allegory and Iconography*, Princeton, U.P., 1963.

Gaytan, Carlos, *Diccionario mitológico*. México, Diana, 1975.

Gutiérrez del Caño, Marcelino, *Catálogo de los manuscritos existentes en la Biblioteca de la Universidad de*

Valencia. Imprenta de Antonio López y compañía.
Haidu, Peter, *Lion, Quene, Cupeé. L'écart symbolique chez Chrétien de Troyes*. Genève, Droz, 1972.
Hall, James, *Dictionary of subjects and symbols in art*. London, John Murray, 1975.
Jauss, H. R., «La transformation de la forme allégorique française au Moyen Age», en *Humanisme Medieval*.
Jung, M. R., *Etudes sur le poéme allégorique en France au Moyen Age*. Berna, Francke, 1971.
Lejeune, Rita, «A propos de la estructure du Roman de la Rosa de Guillaume de Lorris» en *Etudes de langue et litteráture du Moyen Age*. París, Champion, 1973.
Lewis, C. S., *La alegoría del amor. Estudio de la tradición medieval*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1969.
Lorris, G., *El Roman de la Rose*. Traducción de Carlos Alvar. Barcelona, El Festín de Esopo, 1985.
Louis, R., *Le Roman de la Rose. Essai d'interpretation de l'allegorisme érotique*. París, Champion, 1974.
Luquiens, F. B., «The Roman de la Rose and medieval Castilian Literature», en *Romanische Forschungen*, núm. XX.
Riquer, M. de, *Historia de la literatura Catalana*.
Ovidio Nason, P., *Ars Amatoria*. Texto revisado y traducido de Jordi Pérez Durá con la colaboración de Miquel Dolç. Fundación Bernat Metge, Barcelona, 1977.
Ovidio Nason, P., *Remedia Amoris*. Texto revisado y traducción de Jordi Pérez Durá con la colaboración de Miquel Dolç. Fundación Bernat Metge. Barcelona, 1979.
Ovidio Nason, P., *Amors*. Texto revisado y traducido por Jordi Pérez Durá con la colaboración de Miquel Dolç. Fundación Bernat Metge. Barcelona, 1971.
Ovidio Nason, P., *Metamorfosis*. Texto revisado y traducido por Jordi Pérez Durá con la colaboración de Miquel Dolç. Fundación Bernat Métge. Barcelona, 1973.

Sebastián López, Santiago, «Lectura crítica de la *Amorum Emblemata* de Otto Vaenius», en *Boletín del museo e instituto Camón Aznar*, núm. 11, Zaragoza, 1985.
Sebastián López, Santiago, *Mensaje del arte medieval*. Ediciones El Almendro, Córdoba, 1984.
Seznec, J., *Los dioses de la antigüedad en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid, Taurus, 1983.
Tervarent, *Atributs et symboles dans l'art profane*. Genève, Droz, 1958.
Tuve, Rossemond, *Allegorical imagery. Some medieval books and their posterity*. Princeton, Princeton University Press, 1977.
Van Marle, Raimond, *Iconographie de l'art profane au Moyen Age et à la Renaissance*. Hacker Art Books, New York, 1971.



ESTE LIBRO SE COMPUSO EN CARACTERES
CENTURY SOBRE PAPEL REGISTRO
AHUESADO 100 GRAMOS
DE GVARRO CASAS

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE DICIEMBRE DE 1986
EN MADRID